

DOUGLAS
PRESTON

LINCOLN
CHILD



EL RELICARIO



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Cuando la policía encuentra dos esqueletos unidos en un óseo abrazo en un río de Manhattan, Margo Green, conservadora del Museo de Historia Natural de Nueva York, es invitada a colaborar en la investigación, no sólo por sus conocimientos antropológicos sino por su experiencia el año anterior en el enfrentamiento con una horrenda bestia que andaba suelta por los sótanos del museo. Los esqueletos presentan señales de violencia y unas grotescas anomalías que apuntan a una sola cosa: el despertar de una pesadilla dormida. Al misterio de los esqueletos se suma una serie de brutales crímenes. Con la ayuda de un teniente de policía, un enigmático agente del F.B.I. y un eminente científico, Margo indaga el origen de los asesinatos. La investigación los llevará a un pavoroso laberinto de túneles, cloacas y galerías horadado bajo Manhattan, donde se revela por fin el verdadero secreto de la Bestia del Museo.

El entusiasmo despertado por la primera aventura del agente Aloysius X.L. Pendergast, *El ídolo perdido*, animó a sus autores, Douglas Preston y Lincoln Child, a la preparación de esta segunda parte o secuela, la cual, a las pocas semanas de su publicación ya se había convertido en un auténtico best seller.

L=LIBROS

Douglas Preston & Lincoln Child

El relicario

Agente Pendergast 02

Los crímenes del museo 02

*Lincoln Child dedica este libro
a su hija Veronica*

*Douglas Preston dedica este libro
al doctor James Mortimer Gibbons*

Agradecimientos

Los autores desean expresar su agradecimiento a las siguientes personas que, de las más diversas maneras, han contribuido a la publicación de este libro: Bob Gleason, Matthew Snyder, Denis Kelly, Stephen de las Heras, Jim Cush, Linda Quinton, Tom Espensheid, Dan Rabinowitz, Caleb Rabinowitz, Karen Lovell, Mark Gallagher, Bob Wincott, Lee Suckno y Georgette Piligian.

Estamos especialmente agradecidos a Tom Doherty y Harvey Klinger, sin cuyos consejos y diligente esfuerzo la aparición de *El relicario* no habría sido posible.

Damos las gracias, asimismo, al departamento de ventas de Tor Forge por su dedicación y ahínco.

Vaya también nuestra gratitud a todos los lectores que nos han brindado su apoyo, ya sea telefoneando a los programas de radio o televisión a que asistíamos como invitados, hablándonos cuando firmábamos ejemplares, comunicándose con nosotros mediante el correo electrónico o convencional, o simplemente leyendo y disfrutando de nuestros libros. El entusiasmo despertado por *El ídolo perdido* fue el principal impulso para la preparación de esta segunda parte.

A todos ellos —y también a quienes deberían haber sido mencionados y no lo han sido— nuestro más sincero agradecimiento.

Escuchamos lo que nadie ha dicho;
miramos lo que nadie ve.

KAKUZO OKAKURA, *El libro del té*

PRIMERA PARTE

Huesos antiguos

Snow comprobó el regulador y las válvulas y se palpó el traje de neopreno de arriba abajo. Todo estaba en orden, exactamente igual que la última vez que lo había comprobado, sesenta segundos antes.

—Faltan cinco minutos —anunció el sargento de la Brigada Submarinista, y redujo a la mitad la velocidad de la lancha.

—Estupendo —dijo Fernández con su voz sarcástica, haciéndose oír por encima del rugido del potente motor diesel—. Estupendo.

Los demás guardaron silencio. Snow ya había advertido en anteriores salidas que la charla se desvanecía a medida que el equipo se aproximaba a su destino.

Contempló por encima de la popa el pardusco abanico que se desplegaba tras la hélice en la espuma del río Harlem. Allí el río alcanzaba una considerable anchura, y sus aguas fluían mansamente bajo la gris calima de aquella mañana de agosto. Volvió la cabeza hacia la orilla, haciendo una mueca al notar el molesto roce del caucho en el cuello. Había imponentes edificios con los cristales rotos, espectrales esqueletos de antiguos almacenes y fábricas, un patio de recreo abandonado. No, no del todo abandonado: un niño se mecía en un herrumbroso columpio.

—¡Eh, guía! —dijo Fernández, dirigiéndose a Snow—. Asegúrate de que llevas puestos los pañales de entrenamiento.

Snow, sin desviar la vista de la orilla, se tiró de los guantes para calzárselos a fondo.

—La última vez que dejamos venir a un novato a una inmersión como ésta —continuó Fernández—, se cagó encima. ¡Dios, qué asco! Lo obligamos a ir en el espejo de popa todo el camino de regreso a la base. Y eso que fuimos a Liberty Island, un paseo en comparación con la Cloaca.

—Cállate, Fernández —ordenó el sargento sin alzar la voz.

Snow siguió mirando por encima de la popa. Al incorporarse a la Brigada Submarinista procedente de un puesto mucho más convencional en el Departamento de Policía de Nueva York, cometió el grave error de mencionar que en otro tiempo trabajó como guía de buceo en el golfo de California. Después, ya demasiado tarde, se enteró de que varios miembros del equipo se habían dedicado antes a tareas comerciales como el tendido de cables, el mantenimiento de oleoductos y el montaje de plataformas petrolíferas. Para ellos, los guías de buceo eran tipos remilgados, ineptos y mal acostumbrados que sólo se sentían a gusto en aguas claras y arenas limpias. Fernández en particular aprovechaba la menor ocasión para recordárselo.

La lancha escoró bruscamente a estribor cuando el sargento viró hacia la orilla. Aminoró aún más la velocidad a medida que se aproximaban a un denso complejo de bloques de apartamentos. De pronto la boca de un pequeño túnel

revestido de ladrillo rompió la monotonía de las fachadas grises de hormigón, y el sargento enfiló hacia allí la lancha. Al salir por el otro extremo, en la penumbra reinante, Snow percibió el indescriptible hedor que emanaba de las turbias aguas; se le saltaron las lágrimas e intentó reprimir un súbito acceso de tos. En la proa, Fernández volvió la cabeza y se rió de él. Snow vio bajo su traje abierto una camiseta con el lema extraoficial de la Brigada Submarinista: *NADAMOS EN MIERDA Y BUSCAMOS FIAMBRES*. Sólo que aquella vez no buscaban un fiambre sino un enorme paquete de heroína lanzado la noche anterior desde el puente ferroviario del Humboldt durante un tiroteo con la policía.

El estrecho canal discurría entre dos taludes de hormigón. Unos metros más adelante, bajo el puente del ferrocarril, los aguardaba otra lancha de la policía con el motor apagado, cabeceando suavemente en las sombras veteadas. Snow vio dos hombres a bordo: el piloto y un individuo fornido con un traje de poliéster que le sentaba desastrosamente. Estaba medio calvo y le colgaba un cigarro húmedo de los labios. Se acomodó la cintura del pantalón, escupió al agua y los saludó con la mano.

—Mirad a quién tenemos ahí —dijo el sargento, señalando la otra lancha con el mentón.

—El teniente D'Agosta —comentó uno de los submarinistas sentados en la proa—. Debe de ser un asunto delicado.

—Siempre es un asunto delicado cuando matan a un policía —puntualizó el sargento, que a continuación apagó el motor y dejó que la popa girase lentamente para aproximarse de lado a la otra embarcación.

D'Agosta se acercó a la borda para hablar con los submarinistas, y la lancha se balanceó al desplazarse el peso. Snow advirtió el rastro verdusco y viscoso que dejaba el agua al resbalar por el casco.

—Buenos días —saludó D'Agosta. Hombre por lo normal rubicundo, el teniente parpadeaba en la penumbra del puente como una pálida criatura de las cavernas que rehuyese la luz.

—Dígame, señor —respondió el sargento, ajustándose la correa del profundímetro a la muñeca—, ¿de qué se trata?

—La operación de anoche salió mal —explicó D'Agosta—. Resultó que el fulano era un simple recadero. Tiró la mercancía al agua desde el puente. —Indicó con la cabeza la estructura que se hallaba sobre ellos—. Luego mató a un policía, y se lo cargaron sin contemplaciones. Si encontramos el paquete, podremos dar por cerrado esta mierda de caso.

El sargento de la Brigada Submarinista dejó escapar un suspiro.

—Si el tipo acabó muerto, ¿por qué nos han llamado? —protestó.

—¿No querrá que dejemos ahí abajo un alijo de heroína con un valor de seiscientos billetes? —replicó D'Agosta.

Snow levantó la vista. A través de las ennegrecidas vigas del puente vio las oscuras fachadas de los edificios. Un millar de ventanas sucias observaban el río muerto. Ya es mala suerte, pensó, que el recadero tirase el paquete precisamente aquí, en el río Humboldt, más conocido como Cloaca Máxima en recuerdo de la gran alcantarilla central de la antigua Roma. La Cloaca debía su sobrenombre a la secular acumulación de excrementos, residuos tóxicos, animales muertos y bifenilos policlorados. Sobre ellos pasó un tren traqueteándose y chirriando. La lancha se estremeció bajo sus pies, y la superficie del agua densa y reluciente pareció temblar como gelatina apenas cuajada.

—Muy bien, chicos —oyó decir al sargento—, pongámonos en remojo.

Snow acabó de ajustarse el traje. Sabía que era un submarinista de primera clase. En Portsmouth, donde se había criado, pasaba buena parte de su tiempo en el río Piscataqua, e incluso había salvado un par de vidas. Posteriormente, en el golfo de California, había realizado trabajos técnicos a sesenta metros de profundidad y cazado tiburones. Aun así, aquella inmersión en particular no le entusiasmaba demasiado.

Aunque nunca antes había estado allí, en la base se hablaba de la Cloaca con frecuencia. Entre todos los lugares infectos donde bucear en Nueva York, la Cloaca era el peor con diferencia; peor que el río Arthur, peor que Hell Gate, peor incluso que el canal Gowanus. En otro tiempo, según contaban, el Humboldt había sido un caudaloso afluente del Hudson que atravesaba Manhattan justo al sur de Sugar Hill, un pequeño monte de Harlem. Sin embargo, siglos de aguas residuales, construcción comercial y abandono lo habían convertido en un estancado pozo de inmundicia: un vertedero líquido de todo lo imaginable.

Cuando le llegó el turno de coger las botellas de oxígeno del bastidor de acero inoxidable, se las echó al hombro y se dirigió hacia la popa. Aún no se había acostumbrado a la opresiva y pesada sensación del traje seco. De reojo vio acercarse al sargento.

—¿Todo listo? —preguntó con su voz de barítono.

—Eso creo, señor —respondió Snow—. ¿Y las linternas?

El sargento lo miró con cara de incompreensión.

—Esos edificios tapan la luz —explicó Snow—. Necesitaremos linternas si queremos ver algo, ¿no?

El sargento sonrió.

—No servirían de nada. La Cloaca tiene una profundidad de unos seis metros. Debajo hay otros tres o cuatro metros de sedimentos en suspensión. En cuanto tus aletas agiten esos sedimentos, se extenderán como una bomba de polvo. No verás más allá del cristal de las gafas. Y debajo de los sedimentos hay otros diez metros de lodo. La heroína estará enterrada en algún sitio en medio de ese lodo. Ahí abajo tendrás que ver con las manos. —Escrutó a Snow por un momento con expresión vacilante. Luego, bajando la voz, añadió—: Escucha, esto no va a

parecerse en nada a las prácticas que hiciste en el Hudson. Te he traído únicamente porque Cooney y Schultz siguen en el hospital.

Snow asintió con la cabeza. Los otros dos submarinistas habían contraído una «blasto» —blastomicosis, una infección provocada por ciertas especies de hongos que afectaba a los órganos internos— mientras rescataban el cadáver de un hombre acribillado a balazos del interior de una limusina caída al North River la semana anterior. Pese a los análisis de sangre semanales a que se sometían obligatoriamente para la detección precoz de parásitos, extrañas enfermedades arruinaban la salud de más de un submarinista todos los años.

—Si prefieres quedarte al margen por esta vez, no hay problema —prosiguió el sargento—. Puedes permanecer a bordo y ayudar con las cuerdas guía.

Snow observó a los otros submarinistas mientras se ceñían las cinturones de lastre, se subían las cremalleras de los trajes secos y echaban las cuerdas por la borda. Recordó la primera norma de la brigada: todos buceamos. Fernández, a la vez que afianzaba su cuerda a una cornamusa, se volvió hacia ellos y esbozó una mueca de suficiencia.

—Bucearé, señor —dijo Snow.

El sargento clavó en él la mirada por un largo momento.

—Recuerda las advertencias básicas del período de prácticas. Contrólate. Los buceadores tienden a contener la respiración la primera vez que se sumergen en este estercolero. No lo hagas; es la manera más rápida de acabar con una embolia. No debes dilatar el traje, así que respira acompasadamente, sin hinchar demasiado el pecho. Y sobre todo no sueltes la cuerda. En el lodo es fácil desorientarse y olvidar dónde está la superficie. Pierde la cuerda, y el próximo cadáver que bajemos a buscar será el tuyo. —Señaló la cuerda situada más cerca de la popa—. Tú usarás ésa.

Snow aguardó, regulando la respiración mientras le colocaban las gafas y se amarraban las cuerdas. Finalmente, tras una última comprobación, se dejó caer por la borda.

Pese al sofocante e incómodo traje, el agua le resultaba extraña. Densa y viscosa, no fluía con ímpetu en torno a sus orejas ni se arremolinaba entre sus dedos. Avanzar en ella representaba un notable esfuerzo, como nadar en aceite lubricante.

Asiéndose con fuerza a la cuerda, descendió un par de metros. La quilla de la lancha era ya invisible, oculta por una nube de pequeñas partículas en flotación. Escudriñó alrededor a través de la débil y verdusca luz. Justo frente a los ojos veía su propia mano enguantada sujeta a la cuerda. Algo más allá, atisbaba su otra mano, extendida, buscando a tientas en el agua. Entre ambas se mecían infinitas motas. Por debajo de sus pies veía sólo negrura. Sabía que en esa oscuridad, a sólo unos metros, se hallaba el techo de un mundo distinto: un mundo de lodo espeso y envolvente.

Por primera vez en su vida Snow tomó conciencia de hasta qué punto su sensación de seguridad dependía de la luz y el agua clara. En el golfo de California las aguas seguían siendo cristalinas aun a cincuenta metros de profundidad; allí la luz de la linterna le proporcionaba una sensación de libertad y espacio. Descendió otros dos o tres metros con la vista fija en la negrura que se extendía bajo él.

De pronto, en los límites de su visión, vio o creyó ver a través de las turbias corrientes una especie de neblina sólida, una superficie ondulante y veteada. Era la capa de sedimentos. Continuó sumergiéndose lentamente hacia ella, notando un nudo de aprensión en el estómago. Durante las prácticas el sargento les había advertido que a menudo los buceadores imaginaban cosas absurdas en las aguas espesas. En ocasiones resultaba difícil saber qué era real y qué ilusorio.

Tocó con un pie la extraña superficie flotante, la traspasó, y al instante se elevó en torno a él una densa nube, anulando por completo la visibilidad. Por un momento el pánico se adueñó de él. Manoteó desesperadamente para aferrarse con fuerza a la cuerda. A cada movimiento se formaban ante el cristal de sus gafas remolinos de líquido negro. Contuvo instintivamente el aliento, y se obligó a tomar aire con inspiraciones largas y acompasadas. «¿Qué estupidez es ésta? — pensó—. Mi primera auténtica inmersión en la policía, y parezco casi un inválido». Permaneció inmóvil por unos segundos, esforzándose en controlar la respiración, en someterla de nuevo a un ritmo regular.

Lentamente descendió sujeto a la cuerda, economizando movimientos, procurando conservar la calma. Con cierta sorpresa notó que ya no importaba si tenía los ojos abiertos o cerrados. Su mente volvía una y otra vez a la espesa capa de lodo que lo aguardaba poco más abajo. Había *cosas* en aquel lodo, atrapadas como insectos en ámbar.

De pronto tuvo la impresión de tocar el fondo con los pies. Pero no se semejaba en nada a los lechos marinos que Snow conocía. Aquel fondo parecía en estado de descomposición; cedió bajo su peso con una repugnante textura gomosa y en cuestión de segundos le llegó hasta los tobillos, las rodillas, el pecho, engulléndolo como pegajosas arenas movedizas. Al cabo de un momento le cubría ya la cabeza, y sin embargo Snow seguía descendiendo, ahora más despacio, envuelto por aquel cieno que no veía pero cuya presión notaba contra el neopreno del traje seco. En torno a él oía las burbujas de sus propias exhalaciones, abriéndose paso hacia la superficie no con la rápida efervescencia a que estaba acostumbrado, sino con flatulenta lentitud. El lodo ofrecía más resistencia a medida que Snow bajaba. ¿Cuánto más debía sumergirse en aquella mierda?

Rastreó el espacio que lo rodeaba con la mano libre extendida como le habían enseñado, deslizándola entre el lodo. De vez en cuando tropezaba con algún objeto. En aquella oscuridad absoluta y con las manos protegidas por los gruesos

guantes era difícil identificarlos: ramas, cigüeñales, alambre enmarañado... desechos de siglos atrapados en aquel cementerio de cieno.

Otros tres metros, y volvería a la superficie. Después de aquello ni siquiera el hijo de puta de Fernández se reiría de él.

De repente tocó algo con el brazo. Tiró del objeto y notó que se movía hacia él con una lenta resistencia que implicaba cierto peso. Se enrolló la cuerda en torno a la articulación del brazo para palparlo. Fuera lo que fuese, obviamente no se trataba de un paquete de heroína. Lo soltó y lo empujó para apartarlo.

El objeto giró en el gelatinoso remolino formado por las aletas de Snow y fue a topar contra él, golpeándole las gafas y aflojándole por un instante el regulador. Al recobrar el equilibrio, Snow buscó a tientas un sitio por donde agarrar el objeto para alejarlo de sí.

Tuvo la impresión de hundir las manos en una maraña. Una rama grande, quizá. Pero en algunas partes el objeto era inexplicablemente blando. Lo palpó detenidamente, notando sus superficies lisas, sus bultos redondeados, sus zonas flexibles. Súbitamente comprendió que tenía entre las manos un hueso. Mejor dicho, no uno sino varios, unidos entre sí por correosos tendones. Eran los restos semidescarnados de un animal, un caballo tal vez; pero siguió examinándolo y al cabo de un momento se dio cuenta de que sólo podían ser restos humanos.

Un esqueleto humano. Se esforzó por respirar con lentitud, por pensar de manera coherente. El sentido común y el aprendizaje realizado en el periodo de instrucción le decían que no podía dejarlo allí. Debía sacarlo a la superficie.

Snow pasó la cuerda por la pelvis del esqueleto y empezó a enrollarla en torno a los fémures lo mejor que pudo en medio del espeso lodo. Supuso que los huesos conservaban aún cartilago suficiente para mantenerlos unidos durante el ascenso. Nunca había intentado hacer un nudo en un oscuro cenagal con las manos enguantadas. Ése era un detalle que el sargento había omitido durante la instrucción básica.

Aunque Snow no había encontrado la heroína, aquello era un golpe de suerte. Sin duda se había tropezado con algo importante; un asesinato sin resolver, quizá. Fernández se quedaría de una pieza cuando se enterase.

Sin embargo, por alguna razón, Snow no sentía el menor entusiasmo. Su único deseo en esos momentos era salir de aquel lodazal cuanto antes.

Respiraba con un jadeo rápido y entrecortado, y ya no hacía el menor esfuerzo por controlarse. Sentía frío el traje, pero no podía dejar de dilatarlo. La cuerda se le resbaló, y volvió a intentarlo, manteniendo cerca el esqueleto para no perderlo. No podía apartar de su mente los metros de lodo que había sobre su cabeza, los sedimentos que se arremolinaban encima, el agua viscosa a través de la cual nunca penetraba el sol...

Por fin notó tensarse la cuerda, y en su garganta se formó un mudo gemido de agradecimiento. Se aseguraría de que el nudo era resistente y daría tres

tirones a la cuerda para indicar que había encontrado algo. Luego ascendería guiándose por la cuerda, saldría de aquella negra pesadilla y subiría a bordo de la lancha. Más tarde, ya en tierra firme, se ducharía durante una hora y media, se emborracharía y pensaría en la posibilidad de volver a su anterior trabajo. Al fin y al cabo el submarinismo deportivo estaba en plena temporada. Comprobó la cuerda y la notó bien sujeta en torno a los huesos largos del cadáver. A continuación palpó las costillas y el esternón y pasó más cuerda por la caja torácica, afianzándola para que no se resbalase al izar el esqueleto a la superficie. Siguió explorándolo con los dedos y al llegar al extremo superior de la columna vertebral no halló más que lodo negro.

Faltaba la cabeza. Instintivamente Snow dio un respingo y retiró la mano. De inmediato advirtió, presa de un súbito pánico, que había soltado la cuerda. Giró sobre sí mismo manoteando y se tropezó con algo: de nuevo el esqueleto. Se aferró a él desesperadamente, casi en un abrazo de alivio. Lo recorrió con las manos en busca de la cuerda, tratando de recordar dónde la había atado.

La cuerda no estaba. ¿Se había deshecho el nudo? No, era imposible. Manipulando bruscamente el esqueleto, intentó darle la vuelta, y de pronto notó que el tubo respirador se enganchaba en algo. Echó atrás la cabeza, de nuevo desorientado, y se le aflojaron las gafas. Una sustancia tibia y espesa empezó a resbalarle por la frente. Se sacudió para zafarse y notó que perdía las gafas. Al instante el lodo le inundó los ojos, le entró en la nariz y el oído izquierdo. Con creciente terror se dio cuenta de que se había enredado en un macabro abrazo con un *segundo* esqueleto. Y entonces se apoderó de él un pánico intenso, ciego, irracional.

En la cubierta de la lancha de la policía, el teniente D'Agosta observaba con distante interés mientras sacaban a la superficie al buceador novato. El muchacho era todo un espectáculo: agitando brazos y piernas, lanzando gritos incomprensibles ahogados parcialmente por el lodo, chorreando una sustancia ocre que teñía el agua de color chocolate. Debía de haberse soltado de la cuerda en algún punto, y tenía suerte, mucha suerte, de haber encontrado el camino de regreso a la superficie. D'Agosta aguardó pacientemente mientras subían a bordo al buceador histérico, le quitaban el traje, lo lavaban con las mangueras y lo tranquilizaban. Lo observó vomitar, y por la borda, advirtió con aprobación, no en la cubierta. Había hallado un esqueleto. Dos, al parecer. No era esa su misión, desde luego, pero no estaba mal para un principiante. D'Agosta decidió incluir una mención especial de sus méritos en el informe. Probablemente el chico se recuperaría de aquello si no le había penetrado en los pulmones parte de la inmundicia que le impregnaba la nariz y la boca; y si le había penetrado... en fin, actualmente hacían verdaderos milagros con los antibióticos.

El primer esqueleto, cuando asomó en la revuelta superficie, estaba aún por completo enlodado. Un buceador lo arrastró nadando de costado hasta la lancha de D'Agosta, lo envolvió en una red y trepó a bordo. A continuación el esqueleto fue izado, arañando el casco y goteando, y depositado sobre una lona a los pies de D'Agosta como una especie de siniestra pesca.

—¡Por Dios, podría haberlo limpiado un poco! —protestó D'Agosta con una mueca al percibir el olor a amoníaco. Fuera del agua el esqueleto estaba dentro de su jurisdicción, y no le habría importado en absoluto que volviese al lugar de donde provenía. Reparó en que donde debería haberse hallado el cráneo no había nada.

—¿Quiere que le pase la manguera, señor? —preguntó el buceador, alargando el brazo hacia la bomba.

—Páselela usted primero —sugirió D'Agosta.

El buceador ofrecía un aspecto ridículo, con un condón colgando a un lado de la cabeza y la mugre escurriéndose por las piernas. Dos buceadores más subieron a bordo y tiraron con cuidado de una cuerda a la vez que un tercer buceador mantenía a flote el otro esqueleto con su mano libre. Cuando cayó en la cubierta y quienes se hallaban a bordo vieron que tampoco tenía cabeza, se impuso un tenso silencio. D'Agosta echó un vistazo al enorme paquete de heroína, también recuperado y a buen recaudo en una bolsa precintada. De pronto el paquete había perdido interés.

Chupó pensativamente el cigarro y recorrió la Cloaca con la vista. Su mirada fue a posarse en la vieja salida del colector lateral del West Side. Varias estalactitas, como pequeños dientes, pendían del techo. Aquél era uno de los mayores colectores de la ciudad, y en él se vertían las aguas residuales de prácticamente todo el alcantarillado del Upper West Side. Siempre que se registraban lluvias torrenciales en Manhattan, la planta depuradora del bajo Hudson no daba abasto y miles de litros de aguas residuales iban a parar sin tratamiento previo al colector lateral del West Side. Y de ahí directamente a la Cloaca.

D'Agosta tiró la colilla por la borda.

—Tendrán que ponerse otra vez en remojo —dijo, y expulsó ruidosamente el humo del cigarro—. Quiero esos cráneos.

Louis Padelsky, ayudante del forense de la ciudad de Nueva York, notó que el estómago le hacía ruidos y consultó el reloj. Se moría de hambre, casi literalmente. Estaba a régimen y llevaba tres días tomando sólo batidos. Ese mediodía por fin se echaría al cuerpo una comida de verdad: pollo frito. Se tocó el amplio vientre con la mano, apretando y sopesando, y llegó a la conclusión de que probablemente había disminuido. Sí, con toda seguridad había disminuido.

Tomó un sorbo de su quinto café de la mañana y echó un vistazo a la hoja de entradas. ¡Ah, por fin algo interesante, y no otra víctima de un tiroteo, un apuñalamiento o una sobredosis!

Las puertas de acero inoxidable de la sala de autopsias se abrieron de par en par, y la enfermera forense, Sheila Rocco, entró un cadáver pardusco en una camilla. Padelsky lo observó por un momento, desvió la vista y volvió a observarlo. Llamarlo «cadáver» no era del todo exacto, decidió. Aquellos restos tendidos en la camilla eran poco más que un esqueleto cubierto de jirones de carne. Padelsky arrugó la nariz.

Rocco colocó la camilla bajo los focos y se dispuso a preparar el tubo de drenaje.

—No te molestes —dijo Padelsky. Allí lo único que necesitaba un drenaje era su café. Lo apuró de un trago y tiró el vaso a la papelera. A continuación verificó en la hoja de entradas la referencia consignada en la etiqueta del cadáver, puso sus iniciales en la casilla correspondiente y se calzó un par de guantes verdes de látex.

—¿Qué me has traído esta vez, Sheila? —preguntó—. ¿El hombre de Piltown?

Rocco frunció el entrecejo y ajustó los focos sobre la camilla.

—Éste debe de llevar enterrado dos siglos por lo menos. Y enterrado en mierda, a juzgar por el olor. Quizá sea el faraón Tutankamierda en persona.

Rocco apretó los labios y aguardó mientras Padelsky reía a carcajadas. Cuando terminó, le entregó un sujetapapeles.

Padelsky, moviendo los labios, leyó por encima el informe mecanografiado. De pronto se enderezó.

—Extraído del río Humboldt —masculló—. ¡Santo cielo! —Lanzó una ojeada a la caja de guantes, considerando la idea de ponerse otro par, pero decidió no hacerlo—. Mmm... decapitado, y la cabeza no ha aparecido... sin ropa salvo por un cinturón metálico. —Miró el cadáver y descubrió la bolsa de efectos personales colgada de la camilla. La cogió y dijo—: Echemos un vistazo.

La bolsa contenía un cinturón dorado de Uffizi con un topacio engarzado en la hebilla. Lo habían examinado ya en el laboratorio, pero Padelsky todavía no estaba autorizado a tocarlo. Vio un número en el enchapado posterior del

cinturón.

—Es caro —comentó Padelsky, señalando el cinturón con la barbilla—. Quizá se trate de la mujer de Piltown. O de un travesti. —Rompió a reír nuevamente.

—Podría mostrar un poco más de respeto por los muertos, doctor Padelsky — protestó Rocco con expresión ceñuda.

—Claro, claro. —Padelsky colgó el sujetapapeles de un gancho y ajustó la posición del micrófono situado sobre la camilla—. Sheila, cariño, pon en marcha la grabadora si eres tan amable.

En cuanto la cinta empezó a girar, Padelsky adoptó un tono lacónico y profesional.

—Habla el doctor Louis Padelsky. Son las 12.05 del 2 de agosto. Me ayuda Sheila Rocco, y vamos a iniciar el examen del... —Lanzó una mirada a la etiqueta—. Del número A-1430. Tenemos aquí un cadáver sin cabeza, prácticamente en el esqueleto. ¿Puedes estirarlo, Sheila? Mide quizá un metro treinta y cinco o treinta y ocho. Añadiendo el cráneo desaparecido serían uno sesenta y cinco o sesenta y ocho. Determinemos ahora el sexo del esqueleto. El contorno pélvico es relativamente amplio. Sí, es ginecoide; se trata de una mujer. No se advierten osteofitos en las vértebras lumbares, así que probablemente no había cumplido aún los cuarenta años. Es difícil saber cuánto tiempo ha pasado sumergida. Se percibe un claro olor a... cloaca. Los huesos presentan un color naranja pardusco y aparentemente han estado mucho tiempo enterrados en el lodo. No obstante, queda suficiente tejido conectivo para mantener unido el esqueleto, y hay asimismo jirones de tejido muscular alrededor de los cóndilos medio y lateral del fémur y también adheridos al sacro y el isquion. Existe, pues, material de sobra para la determinación del grupo sanguíneo y el análisis del ADN. Tijeras, por favor. —Cortó una porción de tejido y la introdujo en una bolsa—. Sheila, ¿podrías ladear la pelvis del cadáver? Veamos... el esqueleto permanece articulado en su mayor parte, salvo, claro está, por el cráneo desaparecido. También falta, según parece, el axis..., quedan seis vértebras cervicales..., faltan las dos costillas flotantes y el pie izquierdo.

Continuó describiendo el esqueleto. Por fin se apartó del micrófono y dijo:

—Sheila, por favor, las cizallas.

Rocco le entregó un pequeño instrumento, que Padelsky empleó para separar el húmero del cúbito.

—Elevador de periostio. —Hurgó entre las vértebras y extrajo de la parte más próxima al hueso unas cuantas muestras de tejido conectivo. A continuación se puso unas gafas protectoras desechables—. La sierra, por favor.

Rocco le tendió una pequeña sierra alimentada por nitrógeno, y Padelsky, tras ponerla en marcha, aguardó hasta que el tacómetro indicó las r.p.m. correctas. Cuando la hoja de diamante rozó el hueso, un agudo zumbido, como un mosquito furioso, llenó la pequeña sala. Simultáneamente un olor a polvo óseo, aguas

residuales, tuétano putrefacto y muerte inundó el aire.

Padelsky separó secciones en varios puntos, que Rocco guardó en bolsas de plástico y precintó.

—Quiero las imágenes del microscopio electrónico de exploración y ampliaciones estereoscópicas de cada microsección —dijo Padelsky a la vez que se apartaba de la camilla y apagaba la grabadora.

Rocco anotó sus peticiones en las bolsas herméticas con un rotulador negro de punta gruesa.

Llamaron a la puerta. Rocco abrió y al instante salió de la sala. Al cabo de unos minutos asomó la cabeza y anunció:

—Tienen una identificación provisional a partir del cinturón, doctor. Es Pamela Wisher.

—¿Pamela Wisher, la chica de la alta sociedad? —preguntó Padelsky, quitándose las gafas y retrocediendo un paso—. ¡Dios santo!

—Y hay un segundo esqueleto —continuó Rocco—. Encontrado en el mismo sitio.

Padelsky se había acercado a un profundo lavabo metálico, dispuesto a despojarse de los guantes y lavarse las manos.

—¿Un segundo esqueleto? —repitió airado—. ¿Por qué demonios no los han traído juntos? Debería haberlos examinado a la vez.

Echó un vistazo al reloj: la una y cuarto. Tendría que retrasar el almuerzo hasta las tres como mínimo, y sentía ya vahídos a causa del hambre.

Las puertas se abrieron, y Rocco empujó la segunda camilla hasta los focos. Mientras la enfermera preparaba el cadáver, Padelsky volvió a encender la grabadora y fue por otro café.

—A éste también le falta la cabeza —informó Rocco.

—¿En serio? —repuso Padelsky, incrédulo. Se dirigió hacia la camilla contemplando el esqueleto. De pronto se quedó paralizado, con el vaso de café en los labios—. ¿Qué demo...?

Bajó el vaso y, boquiabierto, observó atentamente. Dejó el vaso de café, corrió junto a la camilla, se inclinó sobre el esqueleto y palpó ligeramente una de las costillas con las yemas de los dedos enguantados.

—¿Doctor Padelsky? —dijo Rocco.

Padelsky se irguió, se acercó de nuevo a la grabadora y la apagó con brusquedad.

—Tapa el cadáver y ve a buscar al doctor Brambell. Y no hables a nadie de esto. —Señaló hacia el esqueleto con la cabeza—. A nadie.

Rocco vaciló por un instante, mirando el esqueleto con expresión de perplejidad y los ojos cada vez más abiertos.

—Sheila, cariño, *ahora* mismo —apremió Padelsky.

El teléfono rompió de pronto el silencio reinante en el pequeño despacho del museo. Margo Green, la cara a sólo unos centímetros del monitor de su terminal, se recostó en la silla con cierto sentimiento de culpabilidad, y un corto mechón de cabello castaño le cayó sobre los ojos.

El teléfono volvió a sonar, y Margo hizo además de descolgar pero vaciló. Sin duda era alguno de los informáticos de proceso de datos para quejarse de la gran cantidad de tiempo de la CPU que absorbía su programa de regresión cladística. Se reclinó de nuevo contra el respaldo y esperó a que el teléfono dejase de sonar, notando en los músculos de la espalda y las piernas un agradable cosquilleo, resultado de la sesión de gimnasia de la noche anterior. En un gesto tan rutinario que era ya casi instintivo, cogió de su escritorio la pequeña pelota de goma y empezó a estrujarla rítmicamente. El programa concluiría en cinco minutos, y a partir de ese momento Margo estaría dispuesta a escuchar cualquier queja.

Margo sabía que, de acuerdo con la nueva política de reducción de costes, los procesos por lotes complejos requerían una autorización previa; pero eso habría representado un inacabable intercambio de mensajes a través del correo electrónico antes de ejecutar el programa. Y necesitaba los resultados sin demora.

Por lo menos la Universidad de Columbia, donde había sido profesora adjunta antes de aceptar aquel empleo como ayudante de conservador en el Museo de Historia Natural de Nueva York, no entraba continuamente en aquellas rachas de recortes presupuestarios. Y cuanto peor era la situación económica del museo, más recurría a las exposiciones ostentosas pero insustanciales. Margo había reparado ya en la prematura propaganda de la gran atracción del año siguiente: *Las plagas del siglo XXI*.

Echó un vistazo a la pantalla para comprobar la marcha del programa de regresión y luego dejó la pelota de goma, metió la mano en el bolso y extrajo el *New York Post*. Entre semana, el *Post* y una taza de café solo se habían convertido en su ritual matutino. Por alguna razón encontraba refrescante la virulenta actitud del *Post*, como la del Gordo de *Los papeles póstumos del Club Pickwick*. Además, sabía que su viejo amigo Bill Smithback no la perdonaría si llegaba a perderse una sola crónica de sucesos firmada por él.

Se extendió el diario sobre la falda y, a su pesar, sonrió al ver el titular de primera plana. Era típico del *Post*, un estridente rótulo que ocupaba una tercera parte de la página:

EL CADÁVER DE LA CLOACA
IDENTIFICADO COMO EL DE LA
DESAPARECIDA JOVEN DE LA ALTA SOCIEDAD

Ojeó el encabezamiento. Sin ninguna duda era obra de Smithback «El segundo artículo en primera plana este mes», pensó Margo. Después de eso debía de estar más insoportable que de costumbre, vanagloriándose como nunca.

Leyó por encima el artículo, redactado en el más puro estilo Smithback sensacionalista y macabro, recreándose en los detalles más truculentos. En los párrafos iniciales resumía los hechos ya de sobra conocidos por todos los neoyorquinos. La «bella heredera». Pamela Wisher, famosa por sus maratonianas juergas nocturnas, había desaparecido dos meses atrás de un club de Central Park South. A partir de ese momento su «rostro risueño de deslumbrantes dientes, perdida mirada azul y exuberante cabello rubio» había ocupado todas las esquinas desde la calle Cincuenta y siete hasta la Noventa y seis. Margo había visto a menudo las fotocopias en color de un retrato de Pamela Wisher mientras corría desde su apartamento en West End Avenue hasta el museo.

Y ahora, proseguía el artículo sin dar respiro, acababa de determinarse que el cadáver hallado el día anterior —«enterrado en inmundicia» en el fondo del río Humboldt y «unido en un óseo abrazo» a otro esqueleto— era el de Pamela Wisher. La identidad del segundo esqueleto aún no se conocía. Acompañaba el artículo una fotografía del novio de Pamela, el joven vizconde Adair, sentado en el bordillo de la acera frente al Platypus Lounge con la cabeza entre las manos minutos después de recibir la noticia de su horrenda muerte. La policía, naturalmente, había «iniciado enérgicas diligencias» para esclarecer el hecho. Para concluir, Smithback añadía las declaraciones al respecto de varios ciudadanos de a pie, todas ellas del tipo «Espero que frían en la silla eléctrica al hijo de puta que ha hecho una cosa así».

Margo desvió la vista del periódico, recordando la granulada imagen de Pamela Wisher en los numerosos carteles pegados en las calles. Se merecía mejor suerte que acabar como bomba informativa del verano en Nueva York.

El penetrante timbre del teléfono volvió a interrumpir sus pensamientos. Miró la pantalla y vio complacida que el programa por fin había terminado. «Ahora ya puedo contestar», se dijo. Tarde o temprano tenía que aguantar el rapapolvo.

—Margo Green. Dígame.

—¿Doctora Green?—preguntó una voz—. Ya era hora.

El cerrado acento de Queens le resultaba vagamente familiar, como un sueño medio olvidado. Un tono bronco, autoritario. Margo rastreó en su memoria el rostro correspondiente a la voz que hablaba al otro lado de la línea. «... sólo podemos decir que se ha hallado un cadáver en el recinto y se ha iniciado una investigación...». Alarmada, se recostó en la silla.

—¿Teniente D'Agosta?—preguntó.

—Necesitamos su colaboración en el Laboratorio de Antropología Forense — anunció D'Agosta—. Venga cuanto antes, por favor.

—¿Podría saber...?

—No. Lo siento. Deje lo que esté haciendo y baje inmediatamente.

La línea se cortó con un brusco chasquido.

Margo apartó el auricular de su cara y lo observó como si esperase una explicación. Luego abrió el bolso, guardó dentro el *Post* —poniendo especial cuidado en ocultar con él una pequeña pistola semiautomática—, echó atrás la silla y salió apresuradamente del despacho.

Bill Smithback pasó con fingida indiferencia ante la imponente fachada del número 9 de Central Park South, un señorial edificio de ladrillo y caliza labrada construido por McKim, Mead y White. Había un par de porteros bajo la marquesina con ribetes dorados que se extendía hasta el bordillo de la acera. En el suntuoso vestíbulo vio más personal de servicio en posición de firmes. Como se temía, era uno de esos bloques de apartamentos con área de estacionamiento ante la puerta y una desproporcionada dotación de empleados. No iba a ser fácil. Nada fácil.

Dobló la esquina de la Sexta Avenida y se detuvo a tramar una táctica eficaz. Metió la mano en uno de los bolsillos exteriores de su chaqueta sport y palpó el microcasete que llevaba dentro para localizar el botón de grabación. Llegado el momento podría encenderlo discretamente. Observó su reflejo entre el sinfín de zapatos italianos de un escaparate. Era la imagen misma del niño bien, o cuando menos lo más parecido considerando las limitaciones de su vestuario. Tomó aire, volvió a doblar la esquina y se dirigió con paso resuelto hacia la marquesina de color crema. Uno de los dos porteros uniformados lo miró con expresión imperturbable, su mano enguantada en el tirador metálico de la puerta.

—Vengo a ver a la señora Wisher —anunció Smithback

—Su nombre, si es tan amable —preguntó el portero con tono neutro.

—Soy amigo de Pamela.

—Lo siento —respondió el portero sin inmutarse—, pero la señora Wisher hoy no recibe a nadie.

Smithback pensó deprisa. El portero le había preguntado cómo se llamaba antes de negarle el paso. De ahí se deducía que la señora Wisher sí esperaba a alguien.

—Si necesita saberlo, es por la cita de esta mañana —dijo Smithback—. Lamentablemente ha habido un cambio. ¿Le importaría avisarle por mí?

El portero dudó por un momento, pero finalmente abrió la puerta y acompañó a Smithback al interior del vestíbulo con resplandeciente suelo de mármol. El periodista miró alrededor. El conserje, un hombre entrado en años y enjuto, se hallaba de pie tras un artefacto de bronce que parecía más una fortaleza que un mostrador de recepción. Al fondo había un guarda jurado sentado tras una mesa Luis XVI, y junto a él un ascensorista de pie con las piernas ligeramente separadas y las manos cruzadas ante el cinturón.

—Este caballero desea ver a la señora Wisher —informó el portero al conserje.

El conserje lo miró desde su fortín.

—Sí, dígame.

Smithback respiró hondo. Por lo menos había llegado hasta el vestíbulo.

—Es en relación con la cita que la señora Wisher tenía concertada. Ha habido un cambio.

El conserje escrutó en silencio sus zapatos, su chaqueta y su corte de pelo. Smithback aguardó, disimulando su irritación ante tal reconocimiento y confiando en haber logrado el aspecto de joven formal de familia adinerada.

—¿A quién debo anunciar? —preguntó el conserje con tono adusto.

—A un amigo de la familia. Con eso bastará.

El conserje esperó inmóvil, sin apartar la vista de él.

—Bill Smithback—se apresuró a añadir. Con toda seguridad, la señora Wisher no leía el *New York Post*.

El conserje bajó la vista y consultó algo que se hallaba extendido ante él.

—¿Qué ha ocurrido con la persona que tenía que venir a las once? —preguntó.

—Me han enviado a mí en su lugar —contestó Smithback, alegrándose de pronto de que fuesen las 10.32.

El conserje se dio media vuelta y desapareció en un reducido despacho. Salió al cabo de un minuto.

—Haga el favor de ponerse al teléfono que hay en la mesa que tiene a su lado —indicó.

Smithback descolgó el auricular y se lo acercó a la oreja.

—¿Cómo? ¿Es que George ha cancelado la cita? —dijo una voz débil y seca con el dejo de las clases altas.

—Señora Wisher, permítame que suba a hablar con usted sobre Pamela.

Se produjo un silencio.

—¿Quién es usted? —preguntó la voz.

—Bill Smithback.

Siguió otro silencio, esta vez más largo.

—Conozco cierta información sobre la muerte de su hija —prosiguió Smithback—, algo muy importante, que probablemente la policía no le ha comunicado. Seguramente deseará usted saber...

—Sí, sí; no lo dudo —lo interrumpió la voz.

—No cuelgue —rogó Smithback, obligándose de nuevo a pensar rápidamente. La línea quedó en silencio.

—¿Señora Wisher?

Oyó un chasquido. La mujer había colgado.

En fin, se dijo Smithback, he hecho todo lo posible. Podía esperar fuera, en un banco del parque al otro lado de la calle, por si la señora Wisher salía del edificio en algún momento del día. Pero aun mientras consideraba la posibilidad, sabía que la señora Wisher no abandonaría su elegante refugio en el futuro inmediato.

Sonó un teléfono junto al conserje. La señora Wisher, sin duda. Por temor a que lo echasen de allí con cajas destempladas, Smithback se encaminó

rápidamente hacia la puerta.

—¡Señor Smithback! —lo llamó el portero alzando la voz.

Smithback se volvió. Ésa era la parte que menos le gustaba.

El conserje le dirigió una mirada inexpresiva con el auricular junto a la oreja.

—El ascensor está por allí.

—¿El ascensor? —preguntó Smithback.

El conserje asintió con la cabeza y añadió:

—Es la planta dieciocho.

Al llegar a la planta 18, el ascensorista abrió primero la reja del ascensor y después unas macizas puertas de roble, y Smithback salió directamente a un amplio recibidor de color melocotón con ramos de flores por todas partes. La consola, contra una pared lateral, estaba totalmente cubierta de notas de condolencia, incluido un montón de sobres recién llegados todavía por abrir. Al fondo del silencioso recibidor había una puerta cristalera de dos hojas entornada. Smithback se dirigió lentamente hacia allí.

La puerta daba a un espacioso salón. Sobre la tupida moqueta había sofás y divanes estilo imperio dispuestos en precisos ángulos simétricos. Una hilera de altas ventanas abarcaba toda la pared del fondo. Smithback sabía que, abiertas, ofrecían una espectacular vista de Central Park. Pero en ese momento se hallaban completamente cerradas, y los postigos atrancados sumían el exquisito ambiente en una densa penumbra.

Se produjo un fugaz movimiento a un lado. Al volverse, Smithback vio, sentada en el extremo de un sofá, a una mujer menuda y atildada de cabello castaño y elegante peinado. Llevaba un sencillo vestido oscuro. Sin hablar, le indicó que tomase asiento. Smithback eligió un sillón de orejas situado frente a la señora Wisher. En la mesita de centro que los separaba había un juego de té y a listo para servir, y Smithback recorrió con la mirada el surtido de bollos, mermeladas, platos de miel y nata. La mujer no le ofreció nada, y él comprendió que aquello estaba preparado para la cita prevista. Lo asaltó cierta intranquilidad al pensar que George —sin duda la visita que esperaba a las once — podía presentarse en cualquier momento.

Smithback se aclaró la garganta y dijo:

—Señora Wisher, siento mucho lo de su hija.

Mientras hablaba se dio cuenta de que posiblemente no había mentido. Viendo aquel refinado salón, viendo la nula importancia que aquella riqueza tenía en medio de una tragedia de tal magnitud, tomó profunda conciencia del sentimiento de pérdida de aquella mujer.

La señora Wisher seguía mirándolo, con las manos cruzadas en el regazo. Quizá movió la cabeza en un gesto casi imperceptible, pero la luz era tan tenue

que Smithback no estaba seguro. Manos a la obra, pensó, y disimuladamente se metió una mano en el bolsillo de la chaqueta y pulsó el botón de grabación.

—Apague el casete —dijo la señora Wisher con una voz frágil y algo tensa pero inconfundiblemente imperiosa.

Smithback sacó la mano del bolsillo con un respingo.

—¿Cómo dice?

—Haga el favor de dejar ahí encima el casete, donde yo vea que está apagado.

—Sí, sí, cómo no —respondió Smithback, extrayendo torpemente el aparato.

—¿Es que no tiene la menor decencia? —susurró la mujer.

Smithback, notando que empezaban a arderle las orejas, colocó el microcasete sobre la mesa.

—Primero me da el pésame por la muerte de mi hija —prosiguió la señora Wisher en voz baja— y luego pone en marcha ese odioso artefacto, en mi propia casa.

Smithback se revolvió incómodo en el sillón, eludiendo la mirada de la mujer.

—Sí, verá... —balbuceó Smithback—. Perdone, simplemente... En fin, es mi trabajo. —El mismo se dio cuenta de lo pobre que era el pretexto.

—Ya. Y yo acabo de perder a mi única hija, la única familia que me quedaba. ¿A qué sentimientos, según usted, debemos dar prioridad, señor Smithback?

Smithback guardó silencio, obligándose a sostener su mirada. La mujer permanecía inmóvil, con la vista fija en él y las manos todavía cruzadas sobre el regazo. A Smithback le ocurría algo extraño, algo muy extraño, algo tan ajeno a su naturaleza que apenas lo reconoció. Se sentía violento. No, no era eso exactamente. En realidad, estaba avergonzado. Si él hubiese luchado por conseguir la primicia, por descubrirla, quizá fuese distinto. Pero tener que presentarse allí, ser testigo del dolor de aquella mujer... Cualquier posible entusiasmo por haber sido designado para cubrir una noticia de primera plana se desvanecía ante aquella novedosa sensación.

—¿Usted es, supongo, el Smithback que escribe para ese periódico?

Smithback miró hacia donde la señora Wisher señalaba y vio, con súbito desánimo, un ejemplar del *Post*.

—Sí —contestó.

La señora Wisher volvió a cruzar las manos y añadió:

—Sólo quería asegurarme. Y ahora, veamos, ¿cuál es esa información tan importante respecto a la muerte de mi hija? No, no me lo diga: era otra de sus tretas.

Se produjo un nuevo silencio. De pronto Smithback casi deseó que la auténtica visita de las once apareciese cuanto antes. Cualquier cosa valía con tal de salir de allí.

—¿Cómo lo hace?—preguntó por fin la mujer.

—¿A qué se refiere?

—¿Cómo inventa esas barbaridades? Por lo visto, no basta con que mi hija fuese asesinada brutalmente; los individuos de su calaña además tienen que manchar su recuerdo.

Smithback tragó saliva.

—Señora Wisher, yo sólo...

—Leyendo esa basura —continuó la mujer—, da la impresión de que Pamela era una jovencita egoísta de buena familia que ha acabado como se merecía. Consigue que sus lectores se alegren de que mi hija haya sido asesinada. Así que mi pregunta es muy sencilla: *¿cómo lo hace?*

—Señora Wisher, en esta ciudad la gente no presta atención a nada a menos que se lo escupamos a la cara —empezó a explicar Smithback, pero desistió. Aquello era una burda justificación, y la señora Wisher lo sabía tan bien como él.

La mujer se inclinó lentamente hacia el periodista.

—Usted no sabe nada de Pamela, señor Smithback. Sólo tiene una imagen superficial de ella, y eso es lo único que le interesa.

—¡No es verdad! —prorrumpió Smithback para su propia sorpresa—. Eso no es lo único que me interesa, se lo digo sinceramente. Deseo conocer a la auténtica Pamela Wisher.

La mujer lo observó por un largo momento. Por fin se levantó y salió del salón. Regresó al cabo de un instante con una fotografía enmarcada y se la entregó a Smithback. Aparecía retratada una niña de unos seis años columpiándose en una cuerda atada a una rama de un enorme roble. Gritaba a la cámara, enseñando la dentadura mellada, la falda y las coletas ondeando al viento.

—Ésa es la Pamela que siempre recordaré, señor Smithback—dijo la señora Wisher con voz serena—. Si de verdad le interesa Pamela, publique esa fotografía, y no esa otra que siempre ponen, donde parece una casquivana que sólo piensa en fiestas. —Volvió a sentarse y se alisó la falda—. Ahora empezaba a recuperar la sonrisa desde la muerte de su padre, hace seis meses. Y quería divertirse un poco antes de incorporarse al trabajo el próximo otoño. ¿Qué tiene eso de malo?

—¿Incorporarse al trabajo?—repitió Smithback.

Siguió un breve silencio. Smithback notó la penetrante mirada de la señora Wisher en medio de aquella fúnebre oscuridad.

—Así es. Iba a trabajar en una residencia para enfermos de sida. Lo sabría ya si hubiese intentado informarse.

Smithback tragó saliva.

—Ésa es la *auténtica* Pamela —dijo la mujer, y de pronto se le quebró la voz—. Amable, generosa, llena de vida. Quiero que escriba sobre la auténtica

Pamela.

—Haré lo que pueda —musitó Smithback

El momento de emoción pasó, y la señora Wisher volvió a mostrarse imperturbable y distante. Inclino la cabeza y con un escueto ademán indicó a Smithback que podía retirarse. El periodista dio las gracias entre dientes, recogió el microcasete y se encaminó hacia el ascensor tan deprisa como le permitió su ánimo.

—Una última cosa —dijo la señora Wisher con repentina dureza en la voz. Smithback se detuvo ante la cristalera—. No pueden revelarme cuándo, por qué o ni siquiera cómo murió mi hija. Pero Pamela no habrá muerto en vano, eso se lo prometo. —Hablabá con nueva intensidad, y Smithback se volvió para mirarla—. Acaba de decir algo interesante —prosiguió—. Ha dicho que en esta ciudad nadie presta atención a nada a menos que se lo escupan a la cara. Eso precisamente me propongo hacer.

—¿Cómo? —preguntó Smithback

Pero la señora Wisher se recostó en el sofá, y su rostro se sumió en la penumbra. Smithback atravesó el recibidor y llamó el ascensor, asaltado por una súbita lasitud. Sólo cuando estuvo de nuevo en la calle, deslumbrado por el intenso sol veraniego, volvió a contemplar la fotografía de Pamela Wisher en su infancia, que mantenía firmemente agarrada en su mano derecha. Empezaba a formarse una clara idea de lo temible que era la señora Wisher.

La puerta metálica situada al final del pasillo tenía un discreto rótulo donde se leía ANTROPOLOGÍA FORENSE. En el interior de aquella sala el museo había habilitado un moderno laboratorio para el análisis de restos humanos. Margo giró el picaporte y, sorprendida, descubrió que la puerta estaba cerrada con llave. Había estado allí muchas veces, contribuyendo a examinar desde momias peruanas hasta esqueletos de indios anasazi, y nunca había encontrado la puerta cerrada. Levantó la mano para llamar, pero alguien abrió ya la puerta desde dentro, y sus nudillos golpearon el aire.

Entró y de inmediato se detuvo. El laboratorio, por lo general bien iluminado y lleno de ajetreados estudiantes de posgrado y ayudantes de conservador, estaba anormalmente oscuro. Los voluminosos microscopios electrónicos, los visores de rayos X y los equipos de electroforesis se hallaban silenciosos e inactivos contra las paredes. Una tupida cortina cubría la ventana que en circunstancias normales ofrecía una vista panorámica de Central Park. Un único haz de intensa luz alumbraba el centro de la sala, y alrededor un semicírculo de siluetas aguardaba entre las sombras.

Bajo el haz de luz había una gran mesa de muestras, y en ella yacían un objeto pardusco y nudoso y, al lado, otra cosa alargada y de poca altura tapada con una sábana de plástico azul. Margo observó la mesa con curiosidad y advirtió que el objeto pardusco era un esqueleto humano, adornado con tendones y jirones de carne secos. Se percibía un leve pero inconfundible olor a cadáver.

Oyó el golpe de la puerta al cerrarse y el posterior chasquido de la cerradura. El teniente Vincent D'Agosta, con el mismo traje o uno muy parecido al que llevaba cuando se produjeron los asesinatos de la Bestia del Museo dieciocho meses atrás, volvió junto al grupo, saludándola fugazmente con la cabeza al pasar. Parecía haber engordado unos kilos desde la última vez que lo vio. Margo notó que el marrón tierra de su traje hacía juego con el color del esqueleto.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la tenue luz, escrutó la hilera de siluetas. A la izquierda de D'Agosta se hallaba un hombre nervioso con bata blanca y una taza de café en la carnosa mano. Junto a él, vio la figura alta y delgada de Olivia Merriam, la nueva directora del museo. Detrás de ellos había otra persona, pero la oscuridad no le permitió distinguir más que un impreciso contorno.

—Gracias por venir, doctora Green —dijo la directora con una lánguida sonrisa. Señalando con un vago gesto en dirección a D'Agosta, añadió—: Estos caballeros han solicitado nuestra colaboración.

Quedaron en silencio por un momento. Finalmente D'Agosta lanzó un suspiro de irritación.

—No podemos esperar más. Vive en Mendham, muy lejos de aquí, y anoche, cuando lo telefoneé, no lo noté muy entusiasmado con la idea de venir.

—Miró uno por uno a todos los presentes—. Han leído el *Post* de hoy, supongo.

—No —contestó la directora, contemplándolo con manifiesto desagrado.

—Permítanme, pues, que los ponga en antecedentes. —D'Agosta señaló el esqueleto que reposaba en la mesa de acero inoxidable—. Les presento a Pamela Wisher, hija de Anette y el difunto Horace Wisher. Sin duda han visto su foto por toda la ciudad. Desapareció a eso de las tres de la madrugada del 23 de mayo. Estaba en el Whine Cellar, uno de los varios locales nocturnos instalados en los sótanos de las calles adyacentes a Central Park South. Fue a llamar por teléfono, y nadie volvió a verla. Al menos, hasta ayer, cuando encontramos su esqueleto, excepto el cráneo, en el fondo del río Humboldt. Por lo visto, lo arrastraron hasta allí las aguas de un colector del West Side, probablemente durante alguno de los recientes aguaceros.

Margo miró de nuevo los restos que yacían en la mesa. Había visto innumerables esqueletos en su vida, pero nunca uno de alguien que conociese, ni siquiera de oídas. Costaba creer que aquella espeluznante colección de huesos hubiese sido en otro tiempo la mujer rubia y atractiva sobre la que había estado leyendo hacía apenas quince minutos.

—Y junto a los restos de Pamela Wisher encontramos *eso*. —D'Agosta indicó con el mentón el objeto oculto bajo el plástico azul—. Hasta el momento, gracias a Dios, la prensa sólo sabe que apareció un segundo esqueleto. —Lanzó una mirada a la figura que permanecía aparte en la oscuridad—. Cederé la palabra al doctor Simón Brambell, forense jefe.

Cuando la figura dio un paso al frente y quedó bajo el haz de luz, Margo vio a un hombre flaco de unos sesenta y cinco años. Una piel lisa y tirante se ceñía a la irregular superficie de su cráneo, y sus ojos negros, brillantes y redondos contemplaron a los circunstantes tras los cristales de unas antiguas gafas de concha. Su rostro enjuto y alargado carecía de expresión en igual medida que su cabeza desprovista de pelo.

Se llevó un dedo al labio superior.

—Si se acercan, verán mejor —sugirió con un suave acento dublinés.

Se oyó un rumor de pisadas remisas. El doctor Brambell cogió el borde del plástico azul, permaneció inmóvil por un instante para mirar de nuevo alrededor impassiblemente, y retiró el plástico de un único y diestro movimiento.

Debajo aparecieron los restos de otro cadáver decapitado, tan pardusco y descompuesto como el primero. Pero mientras lo observaba percibió algo extraño. De pronto advirtió de qué se trataba y se le cortó la respiración. El anómalo engrosamiento de los huesos y la desproporcionada curvatura de las principales estructuras articulares no se correspondían con los de un ser humano.

« ¿Qué demonios es eso? », se preguntó.

De repente un brusco golpe sacudió la puerta.

—¡Santo Dios, por fin! —exclamó D'Agosta, y fue rápidamente a abrir.

En el vano apareció Whitney Cadwalader Frock, la gran autoridad en biología evolutiva, en ese momento reacio invitado del teniente D'Agosta. Su silla de ruedas chirrió cuando se aproximó a la mesa de muestras. Sin mirar a los presentes, examinó los esqueletos, prestando especial atención al segundo. Al cabo de unos instantes se echó hacia atrás, y un mechón de pelo blanco que le caía sobre la frente amplia y rosada se deslizó a un lado. Saludó a D'Agosta y la directora del museo con la cabeza. Luego vio a Margo, y asomó a su cara una expresión de sorpresa, que de inmediato dio paso a una sonrisa de satisfacción.

Margo le devolvió la sonrisa. Aunque Frock le había supervisado la tesina durante su primera etapa en el museo, no lo veía desde la fiesta que le habían organizado con motivo de su jubilación. Frock había abandonado el museo para concentrarse en escribir, pero de momento no se tenían aún señales de la prometida segunda parte de su influyente obra *La evolución fractal*.

—Fijense especialmente —prosiguió con tono cordial el forense, que tan sólo había dedicado una breve mirada a la llegada de Frock— en las protuberancias de los huesos largos, las espículas óseas y los osteofitos formados a lo largo de la espina dorsal y en las articulaciones. Observen asimismo la rotación externa de los trocánteres, de veinte grados, y la sección transversal de las costillas, que es trapezoidal en lugar de prismática. Por último, me permito dirigir su atención al engrosamiento de los fémures. En conjunto, un sujeto no muy agraciado. Ésos son, desde luego, los rasgos más llamativos. Sin duda ustedes mismos pueden ver el resto.

D'Agosta expulsó por la nariz el aire de los pulmones y dijo:

—Sin duda.

Frock se aclaró la garganta.

—Conste que no he tenido ocasión de realizar un examen completo, pero me pregunto si ha considerado la posibilidad de que sea una HID.

El forense volvió a mirar a Frock, esta vez con expresión más cauta.

—Una conjetura muy sagaz —respondió—. Sin embargo errónea. El doctor Frock se refiere a una hiperostosis idiopática difusa, un tipo de artritis degenerativa aguda. —Descartó la idea con un gesto—. Tampoco es una osteomalacia, aunque si no estuviésemos en el siglo XX, diría que se trataba del caso de escorbuto más espantoso jamás registrado. Hemos consultado las bases de datos y no hemos encontrado nada que explique semejantes malformaciones. —Brambell acarició la espina dorsal casi con cariño—. Hay otra curiosa anomalía común a los dos esqueletos, y hasta anoche no reparamos en ella. ¿Sería tan amable de acercar el estereomicroscopio, doctor Padelsky?

El hombre grueso de la bata blanca desapareció en la oscuridad y regresó al cabo de un momento empujando un enorme microscopio con portaobjetos abierto. Lo colocó sobre los huesos del cuello del esqueleto deforme, miró por el binocular, ajustó el enfoque y retrocedió.

Frock avanzó en su silla hacia el microscopio y aproximó el rostro al visor con cierta dificultad. Permaneció inmóvil por lo que pareció un espacio de varios minutos, inclinado sobre el esqueleto. Finalmente apartó la silla pero guardó silencio.

—¿Doctora Green?—ofreció el forense, volviéndose hacia ella.

Margo se acercó al microscopio y miró, consciente de que era el centro de atención. Al principio no distinguió la imagen. Pasados unos segundos advirtió que el zoom del estereomicroscopio enfocaba una cervical. En uno de los bordes se veían varias muescas regulares y poco profundas. Adherida al hueso había un poco de sustancia extraña de color marrón, junto con fragmentos de cartílago, hebras de tejido muscular y una untuosa partícula de adipocira.

Se irguió lentamente, asaltada por un antiguo miedo, reacia a admitir qué le traían a la memoria aquellas muescas en el hueso.

El forense enarcó las cejas.

—¿Su opinión, doctora Green?

Margo respiró hondo.

—Yo diría que parecen marcas de dientes.

Ella y Frock cruzaron una mirada.

Margo sabía ya —*ambos* lo sabían— por qué habían solicitado la presencia de Frock en aquella reunión.

Brambell aguardó mientras los demás miraban por turno a través del microscopio. A continuación, sin pronunciar palabra, situó el zoom sobre el esqueleto de Pamela Wisher y enfocó la pelvis. Nuevamente Frock fue el primero en colocarse ante el microscopio, y Margo lo siguió. Esta vez resultaba innegable: algunas de las marcas habían perforado el hueso y penetrado hasta los conductos medulares.

Frock parpadeó bajo la luz blanca y fría.

—El teniente D'Agosta me explicó que los esqueletos procedían del colector lateral del West Side.

—En efecto —confirmó D'Agosta.

—Y los arrastraron hasta el exterior las recientes lluvias.

—Ésa es la hipótesis.

—Quizá algún perro salvaje alteró la paz de nuestra pareja mientras sus cadáveres estaban en el alcantarillado.

—Es una posibilidad —dijo Brambell—. He calculado que la presión necesaria para provocar las marcas más profundas es de alrededor de ochenta y cinco kilogramos por centímetro cuadrado. Un tanto excesiva para un perro, ¿no le parece?

—No para un, pongamos por caso, ridgeback rodesiano —replicó Frock.

Brambell inclinó la cabeza.

—Ni para el perro de los Baskerville, profesor.

Frock frunció el entrecejo al oír el sarcasmo.

—Dudo que esas marcas hayan sido realizadas con tanta fuerza como usted cree.

—Un caimán —aventuró D'Agosta.

Todos se volvieron hacia él.

—Un caimán —repetió casi a la defensiva—. Ya saben: los echan por el váter cuando aún son crías y luego crecen en las cloacas. —Miró alrededor—. Lo leí en algún sitio.

Brambell dejó escapar una risotada tan seca como el polvo.

—Los caimanes, como cualquier otro reptil, tienen dientes cónicos. Esas marcas son de dientes pequeños y triangulares de mamífero, probablemente de un cánido.

—¿Un cánido pero no un perro? —dijo Frock—. No olvidemos el principio de la navaja de Occam. La explicación más simple suele ser la correcta.

Brambell inclinó la cabeza para mirar a Frock

—Ya sé que en su disciplina la navaja de Occam goza de gran aceptación, doctor Frock. En mi profesión, en cambio, da mejor resultado la filosofía de Sherlock Holmes: « Cuando se ha descartado lo imposible, aquello que queda, *por improbable que parezca*, debe de ser la verdad » .

—¿Y en este caso qué solución queda, doctor Brambell? —preguntó Frock con aspereza.

—Por ahora no he encontrado explicación.

Frock se recostó en su silla de ruedas.

—Este segundo esqueleto es interesante. Quizá incluso compense el viaje desde Mendham. Pero olvida que estoy retirado.

Margo lo observó con la frente arrugada. Normalmente el profesor habría mostrado mayor entusiasmo ante tal enigma. Se preguntó si aquello recordaba a Frock —acaso del mismo modo que a ella misma— los acontecimientos de dieciocho meses atrás. Eso podía explicar su renuencia. No era la clase de recuerdos idónea para asegurar una jubilación tranquila.

—Doctor Frock —terció Olivia Merriam—, confiábamos en que nos ayudase a analizar el esqueleto. Dadas las circunstancias, el museo ha accedido a poner el laboratorio a disposición de la policía. Con mucho gusto le proporcionaremos a usted un despacho en la quinta planta y una secretaria durante todo el tiempo que sea necesario.

Frock enarcó las cejas.

—Seguramente el depósito de cadáveres municipal cuenta con el equipo más avanzado, por no hablar de la lúcida mente médica del doctor Brambell, aquí presente.

—Está en lo cierto respecto a mi lúcida mente, doctor Frock —repuso Brambell—. Pero en cuanto a lo del equipo más avanzado, por desgracia se

equivoca. Los recortes presupuestarios de los últimos años nos han impedido modernizarnos. Además, el depósito de cadáveres es un lugar quizá demasiado público para esta clase de asuntos. En estos momentos se halla infestado de periodistas y unidades móviles de televisión. —Se detuvo por un instante—. Y naturalmente los forenses no poseemos sus conocimientos y experiencia.

—Gracias —respondió Frock, y señaló el segundo esqueleto—. Pero no creo que sea muy difícil identificar a alguien que en vida debió de ser como, por así decirlo, el eslabón perdido.

—Lo hemos intentado, se lo aseguro —aclaró D'Agosta—. En las últimas veinticuatro horas hemos comprobado todas las desapariciones denunciadas en los estados de Nueva York, Nueva Jersey y Connecticut, y nada. Por lo que sabemos, nunca ha existido un monstruo como ése, y menos uno que se haya perdido en las cloacas de esta ciudad y haya acabado mordido por algún animal.

Frock parecía no escuchar la respuesta a su pregunta. Agachó lentamente la cabeza y se quedó inmóvil con el mentón contra el pecho durante unos minutos. Salvo por algún que otro impaciente chasquido con la lengua del doctor Brambell, el laboratorio permanecía en silencio. Finalmente Frock salió de su letargo, exhaló un largo suspiro y asintió con un gesto que Margo interpretó como hastiada resignación.

—De acuerdo. Les concedo una semana. Tengo otros asuntos pendientes en la ciudad. ¿Desean, supongo, que la doctora Green colabore conmigo?

Margo reparó demasiado tarde en que no se había detenido a pensar por qué la habían invitado a aquella reunión secreta. Pero de pronto veía clara la razón. Sabía que Frock tenía total confianza en ella. Juntos habían resuelto el misterio de la Bestia del Museo. «Habrán imaginado —pensó—, que Frock sólo accedería a trabajar conmigo».

—Un momento —balbuceó Margo—. Me será imposible.

Todas las miradas se centraron en ella, y Margo notó que había hablado con involuntaria vehemencia.

—Quería decir —rectificó tartamudeando— que ahora no dispongo de tiempo.

Frock le dirigió una mirada comprensiva. Él más que nadie era consciente de los aterradores recuerdos que aquel encargo podía despertar.

Una ceñuda expresión contrajo las estrechas facciones de la directora.

—Hablaré con el doctor Hawthorne —anunció—. Cuento con todo el tiempo que necesite para ayudar a la policía.

Margo hizo ademán de protestar, pero desistió. Su nombramiento como conservadora del museo era demasiado reciente para negarse.

—Muy bien —dijo Brambell, y una sonrisa tensa y fugaz asomó a su rostro—. Naturalmente yo trabajaré con ustedes. Antes de despedirnos, desearía recordarles que el hecho requiere la más absoluta discreción. Ya ha sido bastante

engorroso tener que comunicar a la prensa que Pamela Wisher fue hallada muerta y decapitada. Si además corriese la voz de que nuestra popular chica de la alta sociedad fue mordisqueada después de morir... o quizá antes... —Se acarició la calva mientras su voz se desvanecía gradualmente.

Frock alzó la vista de inmediato.

—¿Las marcas de dientes no fueron *post mortem*?

—Ésa, doctor Frock, es la gran duda del momento. O cuando menos una de ellas. El alcalde y el jefe de policía esperan impacientes los resultados.

Frock guardó silencio, y quedó claro que la reunión había concluido. Se volvieron para irse, casi todos contentos de alejarse de los restos descarnados y parduscos que yacían en la mesa de muestras.

Al pasar junto a Margo, la directora del museo giró la cabeza y dijo:

—Si puedo ayudarles en algo, hágamelo saber.

El doctor Brambell dirigió una última mirada a Frock y Margo y siguió los pasos de la directora.

El teniente D'Agosta fue el último en marcharse. En el umbral de la puerta, se detuvo y dijo:

—Si tienen que hablar con alguien, hablen conmigo.

Abrió la boca para añadir algo, pero cambió de idea, se despidió inclinando la cabeza y se dio media vuelta. Cerró la puerta al salir, y Margo se quedó sola con Frock, Pamela Wisher y el esqueleto insólitamente deforme.

Frock irguió el tronco en su silla de ruedas.

—Margo, por favor, eche la llave y encienda todas las luces. —Rodó hacia la mesa de muestras—. Mejor será que se lave y se ponga una bata y unos guantes.

Margo contempló los dos esqueletos por un momento y luego miró al viejo profesor.

—Doctor Frock, no cree que esto sea obra de...

Frock se volvió al instante hacia ella con una extraña expresión en el rostro rosado. La miró a los ojos y negó con la cabeza.

—No —susurró con firmeza—. No hasta que tengamos la total certeza.

Margo sostuvo su mirada por unos segundos. Finalmente asintió y fue hacia los interruptores. La tácita sospecha que ambos albergaban era mucho más inquietante que los dos siniestros esqueletos.

En los recovecos del Cat's Paw, un bar de ambiente cargado, Smithback se apretujó en el interior de una estrecha cabina telefónica. Sosteniendo su vaso en equilibrio en una mano e intentando distinguir las teclas en la escasa luz, marcó el número de la oficina para averiguar cuántos mensajes le habían dejado esta vez.

Smithback nunca había dudado que era uno de los mayores periodistas de Nueva York. Probablemente el mayor. Hacía un año y medio había ofrecido al mundo la historia de la Bestia del Museo. Y no con la habitual objetividad y lejanía, sino que había estado metido de lleno con D'Agosta y los otros, luchando en la oscuridad de aquella noche de abril. Gracias al libro publicado poco tiempo después, se afianzó en el puesto de cronista de sucesos del *Post*. Ahora había surgido el asunto de Pamela Wisher, y no precisamente pronto. Las grandes noticias eran menos frecuentes de lo que había imaginado, y además siempre había otros periodistas dispuestos a pisarle la exclusiva, sin ir más lejos Bryce Harriman, su homólogo en el *Times* y una deshonra para la profesión. Pero si jugaba bien sus cartas, la nueva noticia podía tener el mismo alcance que la historia de Mbun. O quizá más.

Un gran periodista, pensó mientras oía sonar el teléfono al otro lado de la línea, se adapta a las opciones que se le presentan. Un ejemplo de ello era la noticia de Pamela Wisher. Smithback no había previsto ni remotamente la reacción de la madre. Lo había impresionado. Smithback se había sentido incómodo y profundamente conmovido. Espoleado por esas emociones nuevas para él, había escrito otra crónica para la siguiente edición, bautizando a Pamela Wisher con el sobrenombre de Ángel de Central Park South y pintando su muerte con tintes trágicos. Pero la verdadera genialidad había sido la idea de ofrecer una recompensa de cien mil dólares por cualquier información que ayudase a descubrir al asesino. Se le había ocurrido mientras redactaba el artículo. Presentándose de inmediato en el despacho del nuevo director del *Post*, Arnold Murray, le había mostrado el texto a medio escribir y expuesto la idea de la recompensa. El director, entusiasmado, la había autorizado en el acto sin consultar siquiera con el editor.

Ginny, la secretaria de redacción, se puso al teléfono notablemente agitada. Se habían producido ya veinte llamadas en relación con la recompensa, todas falsas.

—¿Y ya está? —repuso Smithback, desalentado.

—Bueno, también ha venido a verte un tipo... chocante, ¿sabes? —explicó atropelladamente la secretaria. Era baja y delgada, vivía en Ronkonkoma, y estaba colada por Smithback.

—¿Y?

—Vestía con harapos y olía fatal. ¡Dios mío, apenas podía respirarse a su

lado! Y estaba como colocado o algo así, ¿sabes?

« Quizá sea un soplo útil », pensó Smithback con creciente optimismo.

—¿Qué quería?

—Ha dicho que tiene información sobre el asesinato de Pamela Wisher. Ha propuesto que te reúnas con él en el servicio de caballeros de la Penn Station.

A Smithback casi se le cayó el vaso.

—¿El servicio de caballeros? Es broma, ¿no?

—Sí, el servicio de caballeros. Eso es lo que él ha dicho. ¿Crees que se trata de un pervertido? —Ginny hablaba con manifiesto entusiasmo.

—¿En qué servicio de caballeros? —preguntó Smithback, y de inmediato oyó ruido de papel.

—Aquí lo tengo anotado. Extremo norte de la estación, nivel inferior, justo a la izquierda de la escalera mecánica de la vía 12. A las ocho de esta noche.

—¿Cuál era exactamente esa información?

—No ha dicho nada más.

—Gracias.

Smithback colgó y miró la hora en su reloj: las ocho menos cuarto. ¿El servicio de caballeros de la Penn Station? Tendría que estar loco o desesperado, pensó, para seguir una pista como ésa.

Smithback nunca había entrado en los servicios de la Penn Station. Ni siquiera conocía a nadie que hubiese puesto allí los pies. Al abrir la puerta de una amplia y calurosa sala que emanaba un hedor asfixiante de orina y diarrea rancia, pensó que preferiría mearse encima a usar los servicios de la estación.

Llegaba con cinco minutos de retraso. Probablemente ese fulano se ha marchado ya, supuso Smithback esperanzado. Eso si es que en realidad ha venido. Se disponía a escabullirse cuando oyó una voz cavernosa.

—¿William Smithback?

—¿Qué? —respondió, y echó un nervioso vistazo alrededor, escudriñando los vacíos servicios.

Al cabo de un instante vio descender dos piernas en el cubículo más alejado. La puerta se abrió. Un hombre demacrado y de corta estatura salió y se dirigió hacia él con paso vacilante. Tenía la cara sucia y la ropa oscurecida por la grasa y el polvo. El pelo, enredado y apelmazado, adoptaba alarmantes formas. Una barba de color indescriptible bajaba demediada hasta dos puntos simétricos cercanos a su ombligo, visible a través de un largo desgarrón en la camisa.

—¿William Smithback? —repetió el hombre, escrutándolo con ojos empañados.

—¿Quién iba a ser, si no?

Sin más explicaciones, el hombre se dio media vuelta y se encaminó de

nuevo hacia el fondo de los servicios. Se detuvo frente a la puerta abierta del último cubículo, se volvió y esperó.

—¿Tiene información para mí? —preguntó Smithback.

—Venga conmigo —dijo el hombre, y señaló hacia el cubículo.

—Ni hablar —contestó Smithback—. Si tiene algo que decirme, dígamelo aquí. No estoy dispuesto a meterme ahí con usted.

—Pero éste es el camino —insistió el hombre, señalando otra vez hacia el cubículo.

—El camino ¿adónde?

—Abajo.

Smithback se aproximó con precaución al cubículo. El hombre ya había entrado y se hallaba tras el inodoro, retirando una gran plancha de metal pintado que cubría un irregular agujero en la mugrienta pared de baldosas.

—¿Por ahí? —preguntó Smithback.

El hombre movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—¿Adónde se va?

—Abajo —repitió el hombre.

—No cuente conmigo —dijo Smithback, y retrocedió.

El hombre lo miró a los ojos.

—Tengo que llevarlo hasta Mephisto —anunció—. Quiere hablar con usted sobre el asesinato de esa chica. Sabe algo importante.

—¿Por quién me toma?

El hombre mantenía la vista fija en él.

—Confíe en mí —se limitó a decir.

Por alguna razón, pese a la mugre y los ojos de drogado, Smithback creyó a aquel individuo.

—¿Qué sabe?

—Tiene que hablar con Mephisto.

—¿Quién es ese Mephisto?

—Nuestro jefe —respondió el hombre, e hizo un gesto de indiferencia como si no fuese necesaria más presentación.

—¿Nuestro?

El hombre asintió con la cabeza.

—De la comunidad de la Ruta 666.

A pesar de sus dudas, Smithback sintió el cosquilleo de la curiosidad. ¿Una comunidad subterránea organizada? Eso por sí solo aumentaría la tirada del periódico. Y si además el tal Mephisto realmente sabía algo sobre el asesinato de Pamela Wisher...

—¿Dónde está exactamente esa comunidad de la Ruta 666? —preguntó.

—No puedo decírselo. Pero lo llevaré hasta allí.

—¿Y usted cómo se llama?

—Me conocen como Artillero —respondió el hombre con un destello de orgullo en la mirada.

—Oiga, por mí lo seguiría —dijo Smithback—, pero no querrá que me meta en ese agujero así sin más. Podrían tenderme una emboscada, asaltarme o vaya usted a saber.

El hombre movió la cabeza en un vehemente gesto de negación.

—Yo lo protegeré. Todo el mundo sabe que soy el principal mensajero de Mephisto. Conmigo estará a salvo.

Smithback lo miró fijamente: ojos legañosos, nariz húmeda, barba sucia de nigromante. Había ido hasta la redacción del *Post*, y ésa era una considerable complicación para alguien a todas luces indigente.

De pronto cobró forma en su mente la cara de suficiencia de Bryce Harriman. Lo imaginó frente al director del *Times* mientras éste le preguntaba por enésima vez cómo era posible que un periodistilla como Smithback se le hubiese adelantado.

Le gustó la imagen.

El hombre conocido como Artillero sostuvo la plancha de hojalata mientras Smithback entraba torpemente. Cuando estuvieron los dos dentro, volvió a colocarla en su sitio con sumo cuidado y cerró el hueco totalmente con unos ladrillos sueltos.

Smithback echó un vistazo alrededor y vio que se hallaban en un túnel largo y estrecho. Las tuberías del agua y el gas pasaban sobre sus cabezas como gruesas venas grises. El techo era bajo, pero no tanto como para impedir mantenerse erguido a un hombre de la estatura de Smithback. La luz vespertina penetraba por las rejillas cenitales, espaciadas a intervalos de cien metros.

El periodista siguió a la figura baja y encorvada que avanzaba ante él en la penumbra. De vez en cuando el estruendo de un tren cercano sacudía el espacio frío y húmedo que los envolvía; Smithback sentía el sonido más en los huesos que en los oídos.

Caminaron en dirección norte por lo que parecía un túnel interminable. Al cabo de diez o quince minutos cierta inquietud asaltó a Smithback.

—Disculpe —dijo—, pero ¿qué necesidad había de semejante paseo?

—Mephisto mantiene en secreto las entradas más próximas a nuestra comunidad.

Smithback asintió con la cabeza a la vez que esquivaba con un amplio rodeo el cuerpo hinchado de un perro muerto. No era extraño que la gente que vivía en aquellos túneles fuese un tanto paranoica, pero la situación empezaba a resultar ridícula. Por la distancia que habían recorrido, podían estar ya bajo el Central Park.

Pronto el túnel empezó a torcer suavemente a la derecha. Smithback distinguió una serie de puertas de acero en la maciza pared de hormigón. Caían

gotas de agua de una ancha tubería con recubrimiento aislante. En su superficie se leía:

PELIGRO: CONTIENE FIBRAS DE ALUMINIO. PROCURE NO
LEVANTAR POLVO. RIESGO DE CÁNCER Y ENFERMEDADES
PULMONARES.

El Artillero se detuvo, extrajo de entre sus harapos una llave y la introdujo en la cerradura de la primera puerta.

—¿Cómo ha conseguido esa llave? —preguntó Smithback.

—En nuestra comunidad somos gente de recursos —respondió el hombre mientras abría la puerta y hacía pasar al periodista.

Al cerrarse la puerta, la negrura de la noche cayó súbitamente sobre Smithback. Cuando se dio cuenta de hasta qué punto dependía segundos antes de la tenue luz que se filtraba por las rejillas del techo, lo invadió un repentino pánico.

—¿No lleva linterna? —balbuceó.

Se produjo un chasquido y de pronto apareció la llama de una cerilla de madera. En la parpadeante claridad, Smithback vio unos peldaños de cemento que descendían hasta donde iluminaba la luz de la cerilla.

El Artillero sacudió la mano y la cerilla se apagó.

—¿Contento? —dijo la voz apagada y monótona.

—No —repuso Smithback al instante—. Encienda otra.

—Cuando sea necesario.

Smithback bajó a tientas por la escalera, con las palmas de las manos contra las paredes frías y resbaladizas. El descenso se le antojó interminable. De repente destelló otra cerilla, y Smithback vio que la escalera daba a un enorme túnel de ferrocarril; los railes plateados reflejaban la anaranjada luz con mortecino resplandor.

—¿Dónde estamos? —quiso saber Smithback.

—En la vía 100 —contestó el hombre—. En el segundo nivel bajo tierra.

—¿Aún no hemos llegado?

Se extinguió la cerilla y reinó de nuevo la oscuridad.

—Sígame —indicó la voz—. Cuando le diga que pare, pare. Inmediatamente.

Se aventuraron a cruzar las vías. Tropezando con los railes, Smithback necesitó un nuevo esfuerzo de voluntad para vencer el pánico.

—Alto —ordenó la voz. Smithback se detuvo a la vez que se encendía otra cerilla—. ¿Ve eso? —preguntó el Artillero, señalando una reluciente barra de metal junto a la que había pintada una raya amarilla—. Es un tercer raíl. Está electrificado. No lo pise.

La cerilla se apagó. Smithback oyó a su guía avanzar unos pasos en la cerrada

y húmeda oscuridad.

—¡Encienda otra! —gritó.

Apareció la llama de una cerilla. Smithback dio una zancada sobre el tercer raíl.

—¿Hay más de éstos? —preguntó, señalando el raíl.

—Sí —respondió el Artillero—. Yo se los indicaré.

—¡Dios! —exclamó Smithback cuando se extinguió la lumbre—. ¿Qué ocurre si se pisan?

—La corriente hace estallar el cuerpo; revienta los brazos, las piernas, la cabeza —explicó la voz incorpórea. Tras un breve silencio, añadió—: No conviene pisarlos.

Llameó otra cerilla, iluminando nuevamente un raíl contiguo a una raya amarilla. Smithback pasó por encima con sumo cuidado y luego miró hacia donde el Artillero señalaba, un agujero de aproximadamente medio metro de altura y un metro de anchura abierto en la parte inferior de un viejo arco que había sido tapiado con hormigón ligero.

—Bajaremos por ahí —anunció el Artillero.

Del agujero salió una vaharada fétida y caliente, y Smithback no pudo contener las náuseas. Mezclado con aquel hedor, creyó percibir fugazmente un olor a leña quemada.

—¿Por ahí? —repitió Smithback con incredulidad, volviendo la cabeza en otra dirección—. ¿Hay que seguir bajando? ¿Espera que me tire al suelo y entre ahí a rastras?

Pero su acompañante se encogía ya para penetrar por el agujero.

—Por ahí no paso —dijo Smithback alzando la voz y agachándose junto al agujero—. Me niego a meterme ahí. Si el tal Mephisto quiere hablar conmigo, tendrá que venir aquí.

Tras unos instantes de silencio la voz del Artillero resonó en la oscuridad al otro lado del muro de hormigón:

—Mephisto nunca sube más allá del tercer nivel.

—Pues esta vez tendrá que hacer una excepción —dijo Smithback, procurando aparentar mayor firmeza de la que sentía. Se dio cuenta de que, depositando su confianza en aquel individuo extraño e inestable, se había puesto en una situación muy delicada. Lo rodeaba una oscuridad impenetrable y se veía incapaz de encontrar el camino de regreso.

Siguió un largo silencio.

—¿Aún está ahí? —preguntó Smithback

—Espere ahí —exigió de pronto la voz.

—¿Se marcha? Déjeme unas cerillas —rogó Smithback.

Algo le tocó la rodilla, y lanzó una exclamación de sorpresa. Era la mano mugrienta del Artillero, que le tendía algo desde el otro lado del muro.

—¿Sólo tres?—preguntó Smithback tras contar a ciegas las cerillas.

—Las otras las necesito —contestó la voz, ya alejándose. Añadió algo más, pero Smithback no consiguió entenderlo.

Lo envolvió el silencio. Aún agachado, se apoyó contra la pared, sin atreverse a sentarse, manteniendo firmemente sujetas las cerillas. Se maldijo por haber cometido la estupidez de seguir a aquel hombre hasta allí. « Esto no lo merece ninguna exclusiva », pensó. ¿Sería capaz de regresar con sólo tres cerillas? Cerró los ojos y se concentró, tratando de recordar cómo había llegado hasta allí. Finalmente se rindió. Con tres cerillas apenas conseguiría pasar de los railes electrificados.

Quando sus rodillas empezaron a protestar por la postura, se irguió. Aguzó la vista y el oído. La oscuridad era tan absoluta que comenzó a imaginar cosas: formas, movimientos. Permaneció inmóvil, intentando respirar acompasadamente, mientras transcurría una eternidad. Aquello era una locura. Si al menos...

—¡Plumífero! —dijo una voz espectral procedente del agujero.

—¿Qué?—gritó Smithback, volviéndose de inmediato.

—Hablo con William Smithback, plumífero de profesión, ¿no es así? —Era una voz grave y cascada, un siniestro sonsonete que ascendía de las profundidades.

—Sí, sí, soy Smithback Bill Smithback —contestó con una angustiada sensación por tener que hablar con aquella voz incorpórea surgida de la oscuridad —. ¿Quién es usted?

—Mephisto —respondió la voz, arrastrando la ese del nombre con un virulento siseo.

—¿Por qué ha tardado tanto? —dijo Smithback nervioso, agachándose de nuevo junto al agujero abierto en el hormigón.

—El camino hasta aquí arriba es largo.

Smithback guardó silencio por un momento, pensando que aquel hombre —en ese instante oculto a corta distancia de él, bajo sus pies— debía de haber *ascendido* varios niveles para llegar hasta allí.

—¿Va a salir de ahí?—preguntó.

—¡No! Debería honrarle que haya venido, plumífero. En cinco años nunca había estado tan cerca de la superficie.

—Y eso ¿por qué? —dijo Smithback, buscando a tientas los botones de su microcasete.

—Porque éstos son mis dominios. Soy amo y señor de todo aquello que puede verse hasta donde la vista alcanza.

—Pero yo no veo nada.

Al otro lado del agujero resonó una cáustica carcajada.

—Se equivoca. Ve la *oscuridad*. Y mis dominios son esa oscuridad. Por

encima de usted pasan trenes atronadores, y la gente que vive en la superficie corre de un lado a otro con sus absurdos cometidos. Pero el territorio que se extiende bajo el Central Park... la Ruta 666, la Senda de Ho Chi Minh, el Blocao... me pertenece.

Smithback reflexionó por un instante. El sentido irónico de un topónimo como Ruta 666 resultaba obvio; para los otros dos, en cambio, no encontraba explicación.

—La Senda de Ho Chi Minh —repitió—. ¿Qué es eso?

—Una comunidad, como las otras —repuso la voz sibilante—. Unida ahora a la mía para mayor protección. En otro tiempo conocíamos bien la senda. Muchos de nosotros combatimos en aquella guerra cínica contra una nación atrasada e inocente. Y por eso precisamente nos condenaron al ostracismo. Ahora vivimos aquí abajo en un exilio voluntario, respirando, apareándonos, muriendo. Nuestro mayor deseo es que nos dejen en paz.

Smithback volvió a palpar el casete, confiando en que grabase hasta la última palabra. Había oído decir que algún que otro mendigo buscaba refugio en los túneles del metro; pero toda una colonia...

—Así pues, ¿todos los miembros de esas comunidades son personas sin hogar? —preguntó.

Siguieron unos segundos de silencio.

—No nos gusta que nos describan así, plumífero. *Sí* tenemos hogar, y si no fuese usted tan timorato, se lo enseñaría. No nos falta de nada. Las tuberías nos proporcionan agua potable para cocinar y lavarnos; los cables nos suministran electricidad. Y nuestros mensajeros traen las contadas cosas que necesitamos de la superficie. En el Blocao tenemos incluso una enfermera y una maestra. Otras zonas subterráneas, como los apartaderos ferroviarios del West End, son incivilizadas y peligrosas. Pero aquí vivimos dignamente.

—¿Una maestra? ¿Quiere decir que hay niños aquí abajo?

—Es usted un ingenuo. Muchos vienen aquí *porque* tienen hijos, y la perversa máquina del Estado intenta arrebatarlos para darlos en adopción. Prefieren mi mundo de la oscuridad y el calor a su mundo de la desesperación, plumífero.

—¿Por qué me llama así?

Del agujero surgió otra cáustica risotada.

—Ése es su trabajo, ¿no? ¿William Smithback, plumífero?

—Sí, pero...

—Para ser periodista, no es usted muy leído. Antes de nuestra próxima conversación estúdiase *Las Dunciadas* de Pope.

Smithback empezaba a intuir que aquel hombre no era lo que inicialmente había imaginado.

—¿Quién es usted realmente? —preguntó—. ¿Cuál es su verdadero nombre?

Se produjo otro silencio.

—Eso lo dejé arriba junto con todo lo demás —espetó la voz incorpórea—. Ahora soy Mephisto. No vuelva a hacer esa pregunta, ni a mí ni a nadie.

Smithback tragó saliva.

—Lo siento.

Al parecer Mephisto se había enfurecido. Su tono se hizo más cortante.

—Lo he hecho venir por una razón —dijo.

—¿El asesinato de Pamela Wisher? —preguntó Smithback, expectante.

—Según cuenta en sus artículos, tanto su cadáver como el otro aparecieron decapitados. Yo he venido a decirle que la decapitación es sólo una pequeña parte de lo que les ocurrió. —Su voz se quebró en una risa ronca y amarga.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Smithback—. ¿Sabe quién la mató?

—Los mismos que han estado cebándose en mi gente —repuso Mephisto entre dientes—. Los rugosos.

—¿Los rugosos? —repitió Smithback—. No entiendo...

—¡Entonces calle y atienda, plumífero! Ya le he dicho que mi comunidad es un refugio seguro. Y lo había sido siempre hasta hace un año. Ahora nos encontramos bajo una grave amenaza. Quienes se arriesgan a salir de las zonas seguras desaparecen o son asesinados. Asesinados de maneras horribles. Nuestra gente tiene cada vez más miedo. Mis mensajeros han intentado una y otra vez denunciar la situación a la policía. ¡La policía! —Se oyó un iracundo escupitajo, y a continuación la voz subió de volumen—. Los perros guardianes de una sociedad en bancarrota moral. Para ellos somos sólo escoria que no merece más que palizas y malos tratos. ¡Nuestras vidas no valen nada! ¿Cuántos de los nuestros han muerto o desaparecido? El Gordo, Héctor, Annie la Morena, el Sargento Mayor y otros. Sin embargo le arrancan la cabeza a una señorita con medias de seda, ¡y monta en cólera la ciudad entera!

Smithback se humedeció los labios con la lengua. Sentía creciente curiosidad por saber qué información poseía Mephisto.

—¿A qué se refiere exactamente cuando dice que se encuentra bajo amenaza? —preguntó.

Tras unos instantes de silencio Mephisto susurró:

—Bajo una amenaza exterior.

—¿Exterior? —repitió Smithback—. ¿Qué quiere decir? ¿Los amenaza alguien desde aquí afuera?

—No. Exterior a la Ruta 666. Exterior al Blocao —respondió Mephisto—. Aquí abajo hay otro lugar. Un lugar que siempre hemos rehuído. Hace un año empezaron a correr rumores de que ese lugar había sido ocupado. Poco después se produjeron los primeros asesinatos. Desaparecieron algunos de los nuestros. Al principio organizamos partidas de rescate. La mayoría de las víctimas no dejó ni rastro. Pero los pocos cadáveres que encontramos habían sido decapitados, y su carne devorada.

—Un momento —lo interrumpió Smithback—. ¿La carne devorada? ¿Pretende hacerme creer que aquí abajo hay caníbales, gente que asesina y se lleva las cabezas de sus víctimas?

Quizá Mephisto estaba chiflado realmente. Smithback volvió a preguntarse cómo regresaría a la superficie.

—No me gusta el tono de escepticismo que noto en su voz, plumífero —replicó Mephisto—. Ésa es exactamente la situación. ¿Artillero?

—¿Sí? —dijo una voz junto al oído de Smithback.

El periodista saltó a un lado, ahogando un grito de miedo y sorpresa.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó Smithback con voz entrecortada.

—Un gran número de caminos atraviesa mi reino —contestó Mephisto—. Y viviendo aquí, en esta acogedora oscuridad, mejora nuestra visión nocturna.

Smithback tragó saliva.

—Oiga —dijo—, no es que dude de sus palabras. Es sólo que...

—¡Cállese! —advirtió Mephisto—. Ya hemos hablado demasiado. Artillero, acompáñalo a la superficie.

—Pero ¿y la recompensa? —preguntó Smithback, desconcertado—. ¿No me ha hecho venir por eso?

—¿Acaso está sordo? —repuso Mephisto con tono airado—. Su dinero no me sirve de nada. Es la seguridad de mi gente lo que me interesa. Vuelva a su mundo y escriba su artículo. Cuente a quienes viven en la superficie lo que acabo de decirle. Cuénteles que quienesquiera que hayan matado a Pamela Wisher matan también a los míos. Y los asesinatos deben acabar. —La voz incorpórea parecía más lejana, como si resonase en los lóbregos pasadizos que se extendían bajo los pies de Smithback. Con temible vehemencia añadió—: De lo contrario buscaremos *otras* maneras de hacernos oír.

—Pero necesito... —empezó a decir Smithback.

Una mano lo agarró del codo.

—Mephisto se ha ido —anunció el Artillero junto a él—. Lo llevaré arriba.

El teniente D'Agosta estaba sentado en su despacho, exiguo y delimitado por mamparas de cristal, y acariciaba el cigarro que llevaba en el bolsillo de la camisa con la vista fija en el montón de informes relacionados con la inmersión en el río Humboldt. En lugar de cerrar un caso, de pronto tenía dos, y ambos abiertos de par en par. Como de costumbre, nadie sabía nada, nadie había visto nada. El novio de la víctima se hallaba postrado de dolor y no servía como testigo. El padre había muerto hacía meses. La madre era tan distante y poco comunicativa como una diosa de hielo. D'Agosta frunció el entrecejo; el asunto de Pamela Wisher se le antojaba un cargamento de nitroglicerina.

Apartó la mirada de los informes y la posó en el letrero de PROHIBIDO FUMAR colgado frente a la puerta de su despacho. Su expresión se hizo aún más ceñuda. Aquel cartel y una docena como aquél habían aparecido en la comisaría la semana anterior.

Sacó el cigarro del bolsillo y le quitó el envoltorio de plástico. Al fin y al cabo, ninguna norma le impedía mordisquearlo. Lo hizo girar con delicadeza entre el pulgar y el índice por unos segundos, observando la envoltura con mirada crítica. A continuación se lo llevó a la boca.

Permaneció inmóvil por un momento. Finalmente, lanzando un juramento, abrió de un tirón el cajón superior de su escritorio y revolvió el contenido hasta dar con una cerilla de cocina, que encendió frotándola contra la suela del zapato. Acercó la llama a la punta del cigarro y se recostó en la silla, escuchando el suave crepitar del tabaco mientras inhalaba el humo y lo expulsaba lentamente por la nariz.

Sonó el penetrante timbre del intercomunicador.

—¿Sí? —contestó D'Agosta. No podía ser ya una queja. Acababa de encenderlo.

—¿Teniente? —dijo por el aparato la secretaria del departamento—. Tiene una visita. La sargento Hayward.

D'Agosta gruñó e irguió el tronco.

—¿Quién?

—La sargento Hayward. Dice que ha venido a petición suya.

—Yo no he hecho llamar a ninguna sargento Hayward...

Una mujer uniformada apareció en la puerta abierta. Casi por instinto D'Agosta tomó nota mentalmente de sus rasgos más destacados: pequeña, delgada, pechos grandes, pelo negro azabache en marcado contraste con su tez pálida.

—¿Teniente D'Agosta? —preguntó. Parecía imposible, pensó D'Agosta, que una voz tan grave surgiese de un cuerpo tan menudo.

—Tome asiento —dijo, y observó a la sargento mientras ocupaba una silla,

ajena en apariencia a la irregularidad de la situación, como si fuese absolutamente normal que un subordinado irrumpiese en el despacho de un superior cuando le venía en gana—. No recuerdo haberle pedido que viniese, sargento.

—No me lo ha pedido —respondió Hayward—. Pero estaba segura de que desearía verme.

D'Agosta se reclinó contra el respaldo y aspiró lentamente el humo del cigarro. Primero la dejaría exponer el motivo de su visita y luego le apretaría las clavijas. D'Agosta no era muy estricto en cuestión de ordenanzas, pero abordar a un oficial de mayor rango de aquel modo estaba fuera de lugar. Se preguntó si alguno de sus hombres se habría propasado con ella en los archivos o algo así. Ya sólo le faltaba eso: una demanda por acoso sexual entre manos.

—Quería hablarle de los cadáveres que encontraron en la Cloaca —anunció Hayward.

—¿Qué tiene usted que ver con eso? —saltó D'Agosta con sùbita desconfianza. En teoría los detalles de ese caso se mantenían en el máximo secreto.

—Antes de la fusión pertenecía a la Policía de Tráfico —dijo Hayward, y movió la cabeza en un gesto de asentimiento como si eso lo explicase todo—. Todavía sirvo en el West Side, desalojando a los mendigos de la Penn Station, Hell's Kitchen, los apartaderos del ferrocarril, los subterráneos de...

—Un momento —la interrumpió D'Agosta—. ¿Usted? ¿Se dedica usted a sacudir el polvo a los vagabundos?

Supo inmediatamente que su comentario no era bien acogido. Hayward se crispó en la silla, enarcando las cejas ante su manifiesta incredulidad. Se produjo un incómodo silencio.

—No nos gusta que se hable en esos términos de nuestro trabajo, teniente —reprochó por fin la sargento.

D'Agosta decidió que tenía ya demasiadas preocupaciones para seguirle la corriente a aquella inoportuna visita.

—En todo caso estamos en mi despacho —recordó con un gesto de indiferencia.

Hayward lo observó por un momento, y D'Agosta vio desvanecerse en aquellos ojos castaños el buen concepto que tenía de él.

—Muy bien —dijo la sargento—. Si es así como lo prefiere... —Respiró hondo—. Cuando oí hablar de esos esqueletos, me acordé de unos cuantos homicidios recientes entre los topes.

—¿Los topes?

—La gente de los túneles, claro está —explicó Hayward con una expresión de condescendencia que D'Agosta encontró en extremo irritante—. Gente sin hogar que vive en los subterráneos. En fin, el caso es que hoy he leído un artículo

en el *Post*, el que habla de Mephisto.

D'Agosta hizo una mueca de disgusto. No había nadie como Bill Smithback para exaltar los ánimos de los lectores, para empeorar situaciones de por sí malas. Tiempo atrás habían sido amigos —o algo por el estilo—, pero desde que escribía en la sección de sucesos su actitud resultaba casi intolerable. Y D'Agosta no era tan tonto como para pasarle la información interna que incesantemente solicitaba.

—Una persona sin hogar tiene una esperanza de vida muy corta —continuó Hayward—. La de los topos es más corta aún. Pero ese periodista estaba en lo cierto. Algunos de los recientes asesinatos han sido particularmente horribles. Cabezas desaparecidas, cuerpos desmembrados. He pensado que convenía que estuviese usted enterado. —Cambió de posición en la silla y lanzó a D'Agosta una inquietante mirada con sus claros ojos castaños—. Quizá debería haberme ahorrado la molestia.

D'Agosta pasó por alto la última frase.

—¿Y de cuántos homicidios hablamos, Hayward? —preguntó—. ¿Dos? ¿Tres? Tras pensar por unos segundos, Hayward respondió:

—Una media docena.

D'Agosta se quedó inmóvil mirándola, la mano con el cigarro a mitad de camino de la boca.

—¿Media docena? —repitió.

—Eso he dicho. He consultado los archivos antes de venir. En los últimos cuatro meses se han producido siete asesinatos entre los topos que presentan esas características.

D'Agosta bajó el cigarro.

—Veamos si he entendido bien, sargento. Anda por ahí suelto una especie de Jack el Destripador subterráneo, ¿y nadie investiga el caso?

—Oiga, sólo he venido porque tenía una corazonada —replicó Hayward a la defensiva—. A mí no me pida cuentas. Esos homicidios no son mi responsabilidad.

—Entonces ¿por qué no ha empleado los canales de rutina e informado a su superior? ¿Por qué ha decidido contármelo a mí?

—Ya hablé del asunto con mi superior, el capitán Waxie. ¿Lo conoce?

Todo el mundo conocía a Waxie, el capitán de distrito más vago y obeso de la ciudad, un hombre que había accedido al puesto sin hacer nada ni ofender a nadie. El año anterior un alcalde agradecido había propuesto a D'Agosta para un ascenso. Luego llegaron las elecciones, el alcalde Harper perdió el cargo, y un nuevo alcalde entró en el ayuntamiento con promesas de rebajas en los impuestos y reducción del gasto municipal. En el posterior e inevitable período de cambios en la jefatura de policía, Waxie obtuvo el ascenso a capitán y un distrito, y D'Agosta quedó en el olvido. ¡Qué mundo aquél!

Hayward cruzó las piernas y dijo:

—Los homicidios de topos no son como los homicidios en la superficie. En la mayoría de los casos ni siquiera encontramos los cadáveres. Y cuando los encontramos, generalmente las ratas y los perros se nos han adelantado. Muchos son individuos totalmente anónimos, y ni en buen estado es posible identificar los cuerpos. Y sus compañeros no hablan por nada del mundo.

—Y Jack Waxie se limita a dar carpetazo a todo.

Hayward frunció el entrecejo.

—Esa gente le importa un carajo.

D'Agosta la observó por un momento, preguntándose por qué un machista chapado a la antigua como Waxie había admitido entre su personal a una mujer policía de un metro sesenta. Entonces reparó nuevamente en su estrecha cintura, su piel clara y sus ojos castaños y supo la respuesta.

—Muy bien, sargento —dijo por fin—. Intervendré. ¿Conoce los lugares exactos donde ocurrieron los asesinatos?

—Eso es prácticamente lo único que conozco.

D'Agosta vio que se le había apagado el cigarro y buscó otra cerilla en el cajón.

—¿Dónde los encontraron, pues? —preguntó.

—En distintos sitios.

Hayward sacó de un bolsillo un listado de ordenador, lo desplegó y lo dejó sobre el escritorio. D'Agosta echó un vistazo a la hoja mientras encendía el puro.

—El primero apareció el 30 de abril —leyó en voz alta—, en el 624 de la calle 58 Oeste.

—En el sótano, en la sala de calderas. Hay allí un viejo acceso a un cambio de agujas, y por eso estaba dentro de la jurisdicción del Departamento de Transporte.

D'Agosta asintió con la cabeza y consultó de nuevo la hoja.

—El siguiente fue encontrado el 7 de mayo, bajo la estación de metro de Columbus Circle de la línea IRT. Y el tercero en la línea principal B4, vía 22, kilómetro 2. ¿Dónde demonios está eso?

—Es un túnel para trenes de mercancías ahora cerrado que antes comunicaba con los apartaderos del West Side. Los topos abren agujeros en las paredes de esa clase de túneles para ocuparlos.

D'Agosta la escuchaba saboreando el cigarro. El año anterior, al tener noticia del prometido ascenso había cambiado los García y Vegas por los Dunhill. Aunque el ascenso no se hizo realidad, D'Agosta no pudo convencerse de la necesidad de volver a su antigua marca.

Observó de nuevo a Hayward, que seguía mirándolo con semblante impenetrable. Desde luego la sargento no se distinguía por su respeto a los superiores; pero a pesar de su escaso tamaño transmitía seguridad y aplomo. Presentarse

ante él de aquella manera requería iniciativa. También agallas. Por un momento D'Agosta lamentó haber empezado con mal pie la conversación.

—No puede decirse que su visita haya seguido los cauces habituales en el departamento —dijo—. Así y todo, le agradezco que se haya tomado la molestia.

Hayward movió casi imperceptiblemente la cabeza en un gesto de asentimiento como dando a entender que había captado el cumplido pero no lo aceptaba.

—No quiero entrometerme en un terreno que es competencia del capitán Waxie —prosiguió D'Agosta—. Pero tampoco puedo lavarme las manos en este asunto por si existe alguna conexión entre esos asesinatos y mi investigación. Imagino que usted ya lo había supuesto. Así que haremos lo siguiente: nos olvidaremos de que ha venido a verme.

Hayward asintió de nuevo.

—Hablaré a Waxie como si hubiese conseguido esta información por mi cuenta y le propondré una excursión turística.

—A Waxie no va a gustarle la idea —auguró Hayward—. Está muy tranquilo en su despacho.

—Vendrá, seguro que vendrá. No estaría bien visto que un teniente se ocupase de su trabajo mientras él se quedaba de brazos cruzados. Y menos si este asunto trae cola. Un asesino de vagabundos... eso podría tener graves consecuencias políticas. Así que iremos a dar un paseo, sólo nosotros tres. No tiene sentido alarmar a los peces gordos.

Hayward frunció el entrecejo.

—No me parece muy sensato —dijo—. Teniente, los subterráneos son un sitio peligroso. No es nuestro territorio; es de ellos. Tampoco es lo que usted cree. No son un puñado de yonquis cansados de la vida. Ahí abajo vive gente muy radical, comunidades enteras, veteranos de la guerra de Vietnam, ex presidiarios, elementos extremistas del antiguo SDS,^[1] fugitivos de la justicia. Odian a muerte a la policía. Necesitaremos al menos una patrulla.

A D'Agosta le molestó aquel tono brusco e irrespetuoso.

—Mire, Hayward, aquí no se trata de organizar un desembarco. Se trata de echar un vistazo tranquilamente. Ahora mismo estoy atado de manos respecto a este asunto. Si encontramos alguna pista firme, podremos hacerlo oficial.

Hayward guardó silencio.

—Otra cosa, Hayward. Si llega a mis oídos algo acerca de esta breve charla nuestra, sabré de dónde ha salido.

Hayward se puso en pie y se arregló los pantalones azules del uniforme y el cinturón reglamentario.

—Entendido.

—Sabía que lo entendería. —D'Agosta se levantó y expulsó un chorro de humo en dirección al letrero de PROHIBIDO FUMAR. Advirtió que Hayward

miraba el cigarro con una mueca quizá de desdén, quizá de desaprobación. Sacándose otro del bolsillo superior, preguntó con sarcasmo—: ¿Le apetece uno?

Por primera vez Hayward contrajo los labios en lo que podía ser casi una sonrisa.

—Gracias, pero no, gracias. Después de como acabó mi tío, nunca se me ocurriría fumar.

—¿Y cómo acabó?

—Con cáncer de labio. Tuvieron que extirparle los dos labios.

D'Agosta observó a Hayward darse media vuelta y salir rápidamente del despacho. Notó que ni siquiera se había despedido. También notó de pronto que el sabor del cigarro no le resultaba ya tan agradable.

Estaba sentado en la oscuridad, totalmente inmóvil.

Pese a la ausencia de luz, su mirada saltaba de una superficie a otra, recreándose por unos segundos en cada objeto que encontraba. Aquel estado era aún nuevo para él; podía permanecer quieto durante horas, saboreando la extraordinaria agudeza de sus sentidos.

Al cabo de un rato cerró los ojos y escuchó los lejanos ruidos de la ciudad. Gradualmente aisló del murmullo de fondo las diversas conversaciones, pasando de las más cercanas y audibles a las más lejanas, a muchas habitaciones e incluso plantas de distancia. Pasados unos minutos, también éstas se desvanecieron en la bruma de su concentración, y empezó a oír los chillidos y ligeros correteos de los ratones cuyo secreto ciclo de la vida transcurría en el interior de las paredes. En ocasiones creía oír el sonido de la propia Tierra, girando y girando, envuelta en su atmósfera.

Más tarde —no sabía cuánto más tarde— lo asaltó de nuevo el hambre. No era exactamente hambre sino una sensación de que le *faltaba* algo, un ansia indefinida y aún tolerable. Nunca dejaba que el momento del ansia se prolongase demasiado.

Se levantó de inmediato y cruzó el laboratorio con paso rápido y seguro en la oscuridad. Abrió una de las llaves del gas de la pared del fondo, acercó un encendedor de chispa al quemador del mechero correspondiente, y cuando prendió, colocó sobre la llama una retorta con agua destilada. Mientras se calentaba el agua, extrajo una cápsula metálica de un bolsillo secreto cosido en el forro de su chaqueta, desenroscó el tapón y echó unos polvos en la retorta. A la luz, los polvos habían despedido un brillo semejante al del jade claro. Cuando aumentó la temperatura, una sutil nube comenzó a extenderse por el agua hasta que el turbulento contenido de la retorta semejó una tormenta en miniatura.

Apagó el gas y vertió la decocción en un vaso de precipitados. Ése era el punto en que debía sujetarse entre las manos el preparado, vaciarse la mente, realizar los movimientos rituales, dejar que el acariciante vapor ascendiese y anegase las fosas nasales. Pero él no tenía paciencia para eso. Una vez más ingirió vorazmente el líquido, notando la quemazón en el paladar. Rió de su incapacidad para atenerse a los preceptos que con tanta severidad había impuesto a los demás.

Aun antes de volver a sentarse había desaparecido la sensación de vacío y empezado la lenta y larga subida: un calor que se iniciaba en las extremidades y se propagaba hacia su interior hasta que el centro mismo de su cuerpo parecía al rojo vivo. Lo invadió una indescriptible sensación de poder y bienestar. Sus sentidos, ya hiperdesarrollados, se agudizaron hasta que fue capaz de ver motas de polvo infinitesimales en la total oscuridad, hasta que fue capaz de oír a todo

Manhattan en conversación consigo mismo, desde las festivas charlas de los clientes del Rainbow Room, a setenta pisos por encima del Rockefeller Center, hasta los ávidos gemidos de sus propias criaturas, a muchos metros bajo tierra en lugares recónditos y olvidados.

Estaban cada vez más famélicos. Pronto ni siquiera la ceremonia conseguiría contenerlos.

Pero para entonces ya no sería necesario.

La oscuridad parecía casi un brillo cegador. Cerró los ojos y escuchó la vigorosa circulación de la sangre en las entradas y pasadizos naturales de su oído interno. Mantendría los párpados cerrados hasta que pasase el clímax de aquella sensación y se desvaneciese el extraño resplandor plateado que cubría momentáneamente sus ojos. Quienquiera que hubiese llamado «esmalte» a aquel brillo, pensó con una sonrisa, había elegido bien la palabra.

Pronto, demasiado pronto, el apogeo del efecto terminó. Pero permaneció la fuerza, un continuo recordatorio en sus articulaciones y tendones de aquello en que se había transformado. Si sus antiguos colegas pudiesen verlo en ese momento... Sin duda lo comprenderían.

Casi con tristeza volvió a levantarse, reacio a abandonar el lugar que tanto placer le había proporcionado. Pero tenía tareas pendientes.

Aquella sería una noche ajetreada.

Margo se acercó a la puerta, notando con aversión que estaba tan sucia como siempre. Incluso para un museo conocido por su alta tolerancia al polvo, la puerta del Laboratorio de Antropología Física —o Sala de los Esqueletos, como la llamaban todos los miembros del personal sin excepción— estaba mugrienta hasta un límite inconcebible. El contacto de innumerables manos había dejado una pátina de grasa, como un lustroso barniz, en el pomo y la zona circundante. Pensó en sacar un pañuelo del bolso, pero abandonó la idea, agarró el pomo con firmeza y abrió.

Dentro, como de costumbre, la iluminación era escasa, y Margo tuvo que agazar la vista para distinguir las hileras de cajones metálicos que se elevaban hasta el techo como estantes de una enorme biblioteca. Cada cajón contenía un esqueleto humano o como mínimo un fragmento. Pertenecían en su mayoría a indígenas de África y América, pero en ese momento a Margo le interesaba la subsección de esqueletos reunidos con fines médicos más que antropológicos. Como primer paso, el doctor Frock había propuesto examinar los restos de personas con graves alteraciones óseas, partiendo de la hipótesis de que quizá la observación de las víctimas de enfermedades tales como la acromegalia o el síndrome de Proteo podía aclarar algo sobre el extraño esqueleto que los esperaba bajo la sábana de plástico azul en el Laboratorio de Antropología Forense.

Mientras avanzaba entre los gigantescos estantes, Margo dejó escapar un suspiro. Sabía que el inminente encuentro no sería agradable. Sy Hagedorn, administrador del Laboratorio de Antropología Física, era un hombre casi tan viejo y descarnado como los esqueletos que cuidaba. Él, Curly —el vigilante de la entrada del personal—, Emmaline Spragg —de Biología Invertebrada— y algún otro constituían el último vestigio de la vieja guardia del museo. Pese a la base de datos del museo, pese al moderno laboratorio provisto de la más avanzada tecnología que se hallaba al fondo de la Sala de los Esqueletos, Hagedorn se resistía obstinadamente a incorporar métodos de clasificación del siglo XX. Cuando Greg Kawakita, antiguo compañero de Margo en el museo, utilizaba el laboratorio como lugar de trabajo, tenía que soportar el cáustico desprecio de Hagedorn cada vez que abría su ordenador portátil. Kawakita, a sus espaldas, lo llamaba «Stumpy». Sólo Margo y algunos otros estudiantes de posgrado bajo la tutela de Frock sabían que el mote no aludía al diminuto tamaño de Hagedorn, sino a su afinidad con el *Stumpiniceps troglodytes*, un organismo especialmente anodino que pobló el fondo de los mares en el período carbonífero.

Al acordarse de Kawakita, Margo arrugó la frente con un súbito sentimiento de culpabilidad. Hacía unos seis meses Kawakita le había dejado un mensaje en

el contestador automático, disculpándose por no haber dado señales de vida en tanto tiempo y anunciando que volvería a llamar al día siguiente a la misma hora porque necesitaba hablar con ella. Cuando el teléfono sonó nuevamente veinticuatro horas más tarde, Margo hizo ademán de descolgar pero se quedó inmóvil con la mano suspendida a unos centímetros del auricular. Al activarse el contestador no dejaron mensaje, y Margo retiró lentamente la mano, preguntándose qué extraño instinto le había impedido atender la llamada de Kawakita. Pero en realidad ya conocía la respuesta. Kawakita había formado parte de todo aquello junto con Pendergast, Smithback, el teniente D'Agosta e incluso el doctor Frock. Su programa de extrapolación les había permitido conocer mejor a Mbun, la criatura que había sembrado el pánico en el museo y rondaba aún por las pesadillas de Margo. Por egoísta que pareciese, el último de sus deseos era hablar con alguien que le recordase innecesariamente aquellos espantosos días. Una actitud absurda, y más pensando que en ese momento se hallaba metida hasta el cuello en una investigación que...

Un súbito e impertinente carraspeo devolvió a Margo al presente. Al volverse, vio a su lado a un hombre de corta estatura y rostro apergaminado y surcado por innumerables arrugas. Vestía un raído traje de tweed.

—Me ha parecido oír que alguien merodeaba entre mis esqueletos —comentó Hagedorn con expresión ceñuda y los minúsculos brazos cruzados ante el pecho—. Usted dirá.

A su pesar, Margo notó que en su interior un creciente enojo sustituía a sus recuerdos. «Sus» esqueletos. Sí, desde luego parecían suyos. Conteniendo la indignación, sacó del bolso una hoja de papel.

—El doctor Frock quiere que suban estos especímenes al Laboratorio de Antropología Forense —dijo al entregarle la hoja a Hagedorn.

Echó un vistazo al papel, y su ceño se hizo aún más marcado.

—¿Tres esqueletos? —preguntó—. Eso es contrario a las normas.

«¡Anda y que te zurzan, Stumpy!» , pensó Margo, y replicó:

—Es de suma importancia que dispongamos de los esqueletos inmediatamente. Si se requiere una autorización especial, sin duda la doctora Merriam se la dará.

La alusión a la directora surtió el efecto deseado.

—¡Ah, muy bien! Pero sigue siendo contrario a las normas. Acompañeme.

La guió hasta un antiguo escritorio de madera, desportillado y lleno de marcas a fuerza de años de dejadez. Tras el escritorio —en hileras de pequeños cajones— estaban los archivos de Hagedorn. Consultó el primer número de la lista de Frock y recorrió los cajones de arriba abajo con un dedo fino y amarillento. Finalmente se detuvo, tiró del cajón, pasó rápidamente las fichas y extrajo una.

—1930-262 —leyó, y gruñó contrariado—. ¡Qué suerte la mía! Nada menos

que en la fila más alta. Ya no soy lo que era, ¿sabe? La altura me da vértigo. — De pronto se interrumpió. Señalando un punto rojo en el ángulo superior derecho de la ficha, y observó:

—Este esqueleto es uno de los especímenes médicos.

—Los tres lo son —repuso Margo. Si bien era obvio que Hagedorn esperaba una explicación, Margo guardó un inexorable silencio.

Por fin el administrador se aclaró la garganta, enarcando las cejas ante la irregularidad de la solicitud.

—Si insiste —dijo, dejando la ficha en el escritorio y empujándola hacia ella —. Firme ahí. Añada su extensión y departamento, y no olvide anotar el nombre de Frock en la casilla del « Supervisor » .

Margo miró la cartulina mugrienta, con los bordes reblandecidos a causa del uso y el tiempo. « ¡Qué raro! », pensó irónicamente. Es una ficha de biblioteca. En el encabezamiento, pulcramente escrito con mayúsculas, constaba el nombre del esqueleto: Homer Maclean. Ése era en efecto uno de los que había pedido Frock Víctima de una neurofibromatosis, si Margo no recordaba mal.

Se inclinó para garabatear su nombre en la primera línea libre y de pronto se detuvo. Tres o cuatro líneas más arriba en la lista de solicitantes anteriores vio una desigual caligrafía que reconoció de inmediato: G. S. Kawakita, Antropología. Había pedido aquel mismo esqueleto para sus investigaciones cinco años atrás. No le sorprendió. A Greg siempre lo había fascinado lo insólito, lo anormal, la excepción a la regla. Quizá de ahí su atracción por el doctor Frock y su teoría de la evolución fractal.

Recordó que Greg era conocido entre otras cosas por practicar con su caña de pescar en aquella misma sala de almacenamiento, lanzando el cebo en los estrechos pasillos casi en todos los descansos. Cuando Hagedorn no estaba presente, por supuesto. Margo reprimió una sonrisa.

« Sólo me faltaba esto —pensó—. Esta misma noche buscaré el teléfono de Greg en la guía. Más vale tarde que nunca » .

Oyó un sonoro y vibrante resoplido. Levantó la vista y advirtió una mirada impaciente en los ojillos de Hagedorn.

—Basta con su *nombre* —dijo él con tono mordaz—. No necesito un poema lírico, así que no piense tanto, y acabemos de una vez.

La recargada y ancha fachada del club Polyhymnia se levantaba sobre una acera de la calle 45 Oeste, descollando su masa de mármol y arenisca como la popa de un galeón español. Sobre la marquesina, una estatua dorada de la divinidad que daba nombre al club, la musa de la retórica, se apoyaba en un solo pie en ademán de alzar el vuelo. Debajo, la puerta giratoria del club revelaba el ajetreo propio de la noche de un sábado; aunque sólo se permitía la entrada a los miembros de la prensa neoyorquina, eso incluía, como en una ocasión lamentó Horace Greeley, a «la mitad de ociosos juerguistas que vivían al sur de la calle Catorce».

Ya dentro, rodeado del inmutable mobiliario de roble del establecimiento, Bill Smithback se dirigió a la barra y pidió un Caol Ila sin hielo. Si bien el pedigrí del club le importaba poco, estaba muy interesado en el surtido único de whisky escocés expresamente importado. Al primer sorbo de whisky de malta, sintió su boca inundada por el humo de turba y el agua del lago Nam Ban. Lo saboreó por un largo momento y a continuación echó un vistazo alrededor, dispuesto a deleitarse con los gestos de enhorabuena y las miradas de admiración de sus colegas de la prensa.

La asignación de la crónica sobre la muerte de Pamela Wisher había sido una de las mayores oportunidades de su vida. En menos de una semana había colocado ya tres artículos en primera plana. Había logrado que las ambigüedades y vagas amenazas de Mephisto, el jefe de la gente sin hogar, sonasen incisivas y pertinentes. Esa misma tarde, cuando se marchaba del periódico, Murray se había acercado a él y le había dado una efusiva palmada en el hombro. Precisamente Murray, el director que nunca tenía elogios para nadie.

Fallida su inspección de la clientela, se volvió de nuevo hacia la barra y tomó otro sorbo de whisky. Era extraordinario el poder de un periodista, pensó. Incitada por él, la ciudad entera había puesto el grito en el cielo. Ginny, la secretaria de redacción, estaba ya abrumada por el volumen de llamadas en relación con la recompensa, y sería necesario incorporar a una telefonista dedicada exclusivamente a eso. Incluso el alcalde había expresado su indignación. La señora Wisher debía de estar satisfecha de su actuación. Smithback había acertado de pleno.

Una vaga sospecha de que la señora Wisher lo había manipulado con toda intención cruzó fugazmente su conciencia, siendo rechazada de inmediato. Tomó otro sorbo de whisky y cerró los ojos mientras descendía por su garganta como un sueño de un mundo mejor.

Una mano se posó en su hombro, y se volvió con manifiesto entusiasmo. Era Bryce Harriman, el cronista de sucesos del *Times* que cubría también el caso Wisher.

—¡Ah! —dijo Smithback con súbito desánimo.

—Te felicito, Bill —saludó Bryce sin retirar la mano del hombro de Smithback mientras se acodaba en la barra y golpeaba con una moneda el revestimiento de cinc. Dirigiéndose al camarero, dijo—: Una Killians.

Smithback asintió con la cabeza, pensando: « ¡Dios santo, con tanta gente como hay en el mundo, y tener que tropezarme precisamente con este tipo! » .

—Sí, señor. Muy sagaz. Debe de haberles encantado en el *Post* —dijo, haciendo una breve pausa antes de la última palabra.

—Pues sí, francamente —respondió Smithback.

—Tendría que darte las gracias, de hecho. —Harriman cogió su jarra de cerveza y bebió remilgadamente—. Me has dado una excelente idea para un artículo.

—¿En serio? —dijo Smithback sin interés.

—En serio. Explicar la causa por la que la investigación está estancada. Paralizada.

Smithback alzó la vista, y el periodista del *Times* asintió con aire de suficiencia.

—Desde el anuncio de la recompensa se ha producido una avalancha de llamadas absurdas. La policía no tiene más remedio que dar crédito a la mayoría. Y ahora pierden el tiempo con un millar de pistas falsas. Un consejo de amigo, Bill: no te dejes ver por la jefatura en una temporada, digamos unos diez años.

—No me vengas con ésas —repuso Smithback con tono airado—. Le hemos hecho un gran favor a la policía.

—No piensan lo mismo los policías con que yo he hablado.

Smithback volvió la cabeza y tomó otro sorbo de whisky. Estaba acostumbrado a las pullas de Harriman, el licenciado en ciencias de la información por la Universidad de Columbia que se creía un don del cielo para el periodismo. En cualquier caso Smithback mantenía aún buenas relaciones con el teniente D'Agosta. Eso era lo que contaba. Harriman no hacía más que decir tonterías.

—A propósito, Bryce, ¿cómo le ha ido al *Times* esta mañana en los quioscos? —preguntó—. Esta última semana el *Post* ha aumentado la tirada en un cuarenta por ciento.

—Ni lo sé ni me importa. A un verdadero periodista le tienen sin cuidado las ventas.

—Acéptalo, Bryce: me he llevado el gato al agua —replicó Smithback, aprovechando su ventaja—. Conseguí la entrevista con la señora Wisher, y tú no.

Smithback había puesto el dedo en la llaga. El rostro de Harriman se ensombreció. Probablemente su director se lo había echado ya en cara.

—Sí —dijo Harriman—. Sabe de qué pie cojeas, desde luego. Te hace comer

en la palma de su mano. Entretanto la verdadera noticia se cuece en otra parte.

—¿A qué verdadera noticia te refieres?

—Por ejemplo, la identidad del segundo esqueleto. O incluso el actual paradero de los cadáveres. —Harrimanapuró su cerveza con afectada despreocupación sin apartar la vista de Smithback—. ¿Acaso no sabías que los han cambiado de sitio? Estás muy ocupado charlando con chiflados en los túneles del ferrocarril, supongo.

Smithback miró a su colega con un supremo esfuerzo por disimular su asombro. ¿Era aquello una especie de falsa pista? Pero no. La fría mirada de Harriman tras sus gafas de concha era despectiva pero franca.

—Eso aún no lo he averiguado —contestó con cautela.

—No me digas. —Harriman le dio una palmada en la espalda—. Cien mil pavos de recompensa, ¿no? Eso cubriría tu salario de los próximos dos años. Si es que el *Post* no vuelve a hacer suspensión de pagos...

Soltó una carcajada, dejó un billete de cinco dólares en la barra y se marchó.

Smithback, irritado, lo observó alejarse. Así que los cadáveres no estaban ya en el depósito municipal. Debería haberse enterado por su cuenta. Pero ¿adónde los habían trasladado? No había habido preparativos para el funeral, ni entierro. Tenían que estar en algún laboratorio, un laboratorio mejor equipado que el del Instituto Forense. En un lugar seguro, no como las universidades de Columbia o Rockefeller, con estudiantes rondando por todas partes. Al fin y al cabo, se ocupaba del caso el teniente D'Agosta. Como Smithback bien sabía, el teniente era un hombre calculador. No tomaba decisiones precipitadas. ¿Por qué D'Agosta habría trasladado los cadáveres...?

D'Agosta.

De pronto imaginó —mejor dicho, *supo*— dónde se hallaban los esqueletos.

Tras acabarse el whisky, bajó del taburete y se encaminó hacia los teléfonos del vestíbulo por la elegante alfombra roja. Insertó una moneda en el primero y marcó.

—Curly, dígame —contestó una voz cascada a causa de la edad.

—¡Curly! —exclamó el periodista—. Soy Bill Smithback ¿Qué tal va todo?

—Bien, doctor Smithback. Hace mucho que no lo veo por aquí.

Curly, el vigilante de la entrada del personal del Museo de Historia Natural, llamaba « doctor » a todo el mundo. Los príncipes nacían y morían, las dinastías ascendían y caían; pero Curly, como Smithback sabía, permanecería eternamente en su recargada garita de bronce comprobando la identificación de cuantos pasaban por allí.

—Curly, ¿a qué hora del miércoles por la noche llegaron las ambulancias? Ya sabe, las dos que llegaron juntas. —Smithback hablaba de prisa, rogando que el anciano vigilante no supiese que después de publicarse su libro sobre el museo había empezado a ejercer el periodismo.

—A ver, déjeme pensar —dijo Curly con su habitual parsimonia—. Pues lo siento, doctor, pero no recuerdo nada de eso.

—¿De verdad? —preguntó Smithback, desanimado. Hubiese jurado que los esqueletos estaban allí.

—A no ser que se refiera a la que llegó con la sirena y las luces de aviso apagadas. Pero eso fue el jueves temprano, no el miércoles. —Smithback oyó a Curly pasar las hojas del registro de entradas—. Sí, exacto, poco después de las cinco de la mañana.

—Tiene razón. Fue el jueves. ¿En qué estaría yo pensando?

Smithback dio las gracias a Curly y, eufórico, colgó el auricular.

Sonriente, regresó a la barra. Con una sola llamada telefónica había descubierto lo que Harriman llevaba días buscando en vano.

Todo encajaba. Smithback sabía que D'Agosta había utilizado el laboratorio del museo en otros casos, en particular el de los asesinatos de la Bestia del Museo. Era un laboratorio de máxima seguridad en un museo de máxima seguridad. Sin duda había solicitado la colaboración de aquel viejo y pedante conservador, Frock Y quizá también la de la antigua ayudante de Frock, Margo Green, amiga de Smithback durante la época de éste en el museo.

Margo Green, pensó Smithback. Aquello merecía una visita.

Llamó al camarero.

—Paddy, creo que seguiremos en la isla de Islay, pero cambiando de destilería. Ahora tráeme un Laphroaig, por favor. El de quince años.

Tomó un sorbo del extraordinario whisky. Costaba diez pavos la copa, pero sin duda los valía. «Cien mil pavos de recompensa, ¿no? Eso cubriría tu salario de los próximos dos años», se había burlado Harriman. Smithback decidió que en cuanto colocase otro artículo en primera plana pediría un aumento a Murray. Había que aprovechar la coyuntura.

La sargento Hayward descendió por una larga escalera metálica, abrió una puerta angosta y oxidada, y salió a un apartadero abandonado. D'Agosta la seguía con las manos en los bolsillos. La luz del día se filtraba tenuemente por una serie de rejillas situadas a gran altura e iluminaba las motas de polvo que flotaban en el aire quieto. Al salir, D'Agosta miró a izquierda y derecha. En ambas direcciones las vías del ferrocarril se perdían en la oscuridad del túnel. Advirtió que Hayward, bajo tierra, tenía una manera de moverse poco común, un andar sigiloso y cauto.

—¿Dónde está el capitán? —preguntó Hayward.

—Ahora vendrá —contestó D'Agosta, apoyando el tacón del zapato en un rail—. Usted siga adelante.

Observó a Hayward adentrarse en el túnel con movimientos felinos, precedida por el estrecho haz de luz de su linterna. Cualquier duda que pudiese haber albergado sobre la aptitud de aquella mujer menuda para guiarlos se disipó al comprobar la soltura con que se desenvolvía en los subterráneos.

Waxie, en cambio, había aminorado notablemente la marcha desde la visita, hacía un par de horas, al sótano donde unos tres meses antes se había hallado el primer cadáver. Era una sala húmeda, atestada de viejas calderas. Del techo pendían cables podridos. Hayward les había mostrado el colchón encajonado tras una caldera ennegrecida y cubierto de botellas de agua vacías y periódicos rotos. Allí había vivido el muerto. El colchón tenía una mancha de sangre seca de un metro de diámetro, muy mordisqueada por las ratas. Encima, colgaban de una tubería unos calcetines raídos y mohosos.

El cadáver encontrado allí había sido identificado como Hank Jasper, explicó Hayward. No había testigos ni se le conocían parientes o amigos. El expediente tampoco les había servido de nada; no incluía fotografías ni descripción pericial del lugar del crimen. Se reducía al papeleo de rutina, un breve informe forense que dejaba constancia de las «múltiples laceraciones» y el violento aplastamiento del cráneo, y el aviso de un apresurado entierro en la fosa común de Hart Island.

Tampoco había resultado de gran utilidad la visita a los servicios clausurados de la estación de Columbus Circle, donde se había descubierto el segundo cadáver. Sólo habían encontrado basura y restos de sangre en los viejos lavabos y los espejos agrietados que alguien había intentado limpiar sin mucho empeño.

D'Agosta oyó a sus espaldas una maldición entre dientes, y al volverse vio salir por la puerta oxidada la oronda figura del capitán Waxie, que echó un vistazo alrededor con manifiesta repugnancia. En la penumbra su rostro mantecoso y pálido brillaba de una manera poco natural.

—¡Dios santo, Vinnie! —exclamó Waxie, cruzando las vías con sumo cuidado

—. ¿Qué carajo hemos venido a hacer aquí? Ya te he dicho antes que esto no es trabajo para un capitán, y menos un domingo por la tarde. —Señaló con el mentón hacia el oscuro túnel—. Ha sido idea de esa monada, ¿verdad? Desde luego tiene un buen par de tetas. ¿Sabías que le ofrecí un puesto como ayudante personal mía? Pero prefirió seguir con la brigada de desalojo, sacando a los vagabundos de sus madrigueras. No hay quien lo entienda.

«A mí no me parece tan raro», pensó D'Agosta, imaginando lo que podía ser la vida de una mujer atractiva como Hayward a las órdenes de Waxie.

—¡Y ahora se me ha estropeado la condenada radio! —protesto Waxie, irritado.

D'Agosta señaló hacia arriba.

—Dice Hayward que en los subterráneos las radios no funcionan. O al menos no de manera fiable.

—Estupendo. ¿Y cómo vamos, pues, a pedir apoyo?

—No vamos a pedir apoyo. Esto es sólo cosa nuestra.

—Estupendo —repitió Waxie.

D'Agosta observó a Waxie. Sobre su labio superior el sudor manaba en grandes gotas, y sus blaucuzcas mejillas, normalmente firmes, empezaban a colgar.

—Esto está dentro de tu jurisdicción, no de la mía —dijo D'Agosta—. Piensa en lo bien que quedarás si esto llega a tener resonancia, habiendo tomado las riendas del asunto de inmediato, visitando en persona el lugar de los hechos. Para variar. —Se llevó los dedos al bolsillo de la chaqueta para sacar un cigarro, pero cambió de idea—. Y piensa en la mala imagen que darías si los asesinatos tienen relación, y la prensa dice que te desentendiste.

Waxie lo miró con expresión ceñuda.

—No tengo intención de presentarme a la alcaldía, Vinnie.

—No hablo de la alcaldía. Yo sólo sé que cuando empiece a llover mierda, como siempre pasa en estos casos, tendrás las espaldas cubiertas.

Waxie, al parecer ya más tranquilo, dejó escapar un gruñido.

D'Agosta vio acercarse la linterna de Hayward por las vías, y pronto su silueta surgió de la oscuridad.

—Casi hemos llegado —informó—. Hay que bajar un nivel más.

—¿Bajar? —dijo Waxie—. ¡Sargento, creía que éste era el nivel más bajo!

Hayward no contestó.

—¿Y por dónde tenemos que bajar? —preguntó D'Agosta.

Hayward señaló con la cabeza en dirección hacia el lugar de donde había venido.

—A la derecha, a unos cuatrocientos metros, hay otra escalera.

—¿Y si viene un tren? —preguntó Waxie.

—Este tramo está abandonado —dijo Hayward—. No pasan trenes desde

hace mucho tiempo.

—¿Cómo lo sabe?

Hayward enfocó la linterna hacia el suelo e iluminó los railes, cubiertos de una espesa capa de óxido anaranjado. La mirada de D'Agosta ascendió por el haz de luz hasta el rostro de Hayward. No parecía muy contenta con la perspectiva.

—¿Hay algo fuera de lo normal en el siguiente nivel? —preguntó D'Agosta con naturalidad.

Hayward guardó silencio por un momento.

—Por lo general, sólo patrullamos en los niveles superiores. Pero corren ciertas historias, y cuanto más bajo es el nivel, más espantosas son las historias. —Tras una pausa añadió, en una clara insinuación a D'Agosta—: Por eso propuse que viniésemos con un grupo de agentes.

—¿Aquí abajo *vive* gente? —dijo Waxie, ahorrando a D'Agosta la respuesta.

—Claro. —A juzgar por su expresión, Hayward daba por sentado que Waxie debería haber estado ya al corriente—. Es un sitio caliente en invierno, resguardado de la lluvia y el viento. No han de preocuparse de nadie, salvo de los otros topos.

—¿Y cuándo fue la última vez que se desalojó ese nivel?

—Los niveles inferiores no se desalojan, capitán.

—¿Por qué?

Se produjo otro silencio.

—Para empezar, es imposible dar con los topos de las zonas más profundas. Viviendo en la oscuridad desarrollan una buena visión nocturna. Oímos un ruido, y en cuanto nos volvemos, ya han desaparecido. Sólo se hacen un par de rondas anuales al azar con perros adiestrados para encontrar cadáveres. Y ni siquiera en esos casos se baja tanto. Además, es muy peligroso. No todos los topos vienen aquí buscando cobijo. Algunos vienen a esconderse. Algunos huyen de algo, normalmente la justicia. Y también hay depredadores.

—¿Y lo que contaba el artículo del *Post*? —dijo D'Agosta—. Hablaba de una especie de comunidad subterránea. Eso no parecía tan hostil.

—Se refería a los túneles situados bajo el Central Park, teniente, no a los apartaderos del West Side —contestó Hayward—. Hay unas zonas más seguras que otras. Y no olvide que ese artículo mencionaba también otra cosa. Algo sobre unos canibales. —Esbozó una agradable sonrisa.

Waxie abrió la boca para responder, pero volvió a cerrarla y tragó saliva ruidosamente.

Comenzaron a avanzar por las vías en silencio. D'Agosta advirtió que inconscientemente se había llevado la mano a su Smith and Wesson modelo 4946 de doble acción. En el año 93 el cambio a una semiautomática de 9 milímetros había originado cierta controversia en el departamento. Ahora D'Agosta se

alegraba de llevarla.

Una puerta de acero que colgaba del marco en un precario ángulo daba acceso a la escalera. Hayward tiró de ella y se hizo a un lado. D'Agosta entró y de inmediato se le saltaron las lágrimas. Un olor parecido al del amoníaco ofendió a su olfato.

—Yo iré delante, teniente —propuso Hayward.

D'Agosta la dejó pasar. A ese respecto no pensaba discutir.

La escalera de cemento descendía hasta un descansillo y luego doblaba. A D'Agosta los ojos llorosos empezaron a escocerle. El olor era muy penetrante, indescriptible.

—¿A qué demonios huele? —preguntó.

—A orina —contestó Hayward con naturalidad—. Básicamente. Y a algunas otras cosas que preferiré no saber.

A sus espaldas, el resuello de Waxie se hizo más acusado.

Salieron a un espacio húmedo y lóbrego a través de una abertura de contornos irregulares. Hayward recorrió las paredes con la linterna, y D'Agosta tuvo la impresión de que se hallaban en el cavernoso extremo de un antiguo túnel. Pero allí no había raíles, y charcos de aceite y agua salpicaban el desigual suelo de tierra. Se veía basura desperdigada por todas partes: trozos de periódicos, un pantalón roto, un zapato viejo, un pañal recién usado.

D'Agosta oía resoplar a Waxie detrás de él. Se preguntó por qué había dejado de quejarse repentinamente el capitán. Quizá sea el mal olor, pensó.

Hayward se dirigió a un pasadizo que conducía al exterior de la caverna.

—Por aquí —dijo—. El cadáver se encontró ahí dentro, un poco más adelante. Es mejor que no nos separemos, y cuidado no los entuben.

—¿Entuben? —preguntó D'Agosta.

—Alguien podría salir de la oscuridad y golpearlos en la cabeza con un trozo de tubería.

—Yo no veo a nadie —repuso D'Agosta.

—Están aquí —aseguró Hayward.

Waxie respiraba cada vez con mayor dificultad.

Se adentraron lentamente en el pasadizo. Con frecuencia Hayward dirigía la luz hacia las paredes. Cada siete u ocho metros había un amplio espacio rectangular abierto en la roca; zonas de trabajo y almacenamiento utilizadas por las cuadrillas de obreros que construían el metro cien años atrás, explicó Hayward. Mugrientos colchones cubrían el suelo de muchos cubículos. A menudo el haz de la linterna sorprendía a enormes ratas parduscas, que se agitaban entre la basura y se alejaban con insolente lentitud. Pero no había señales de gente.

Hayward se detuvo, se quitó la gorra y volvió a colocarse un mechón de pelo mojado tras la oreja.

—Según el informe, era un cubículo situado justo enfrente de una pasarela de hierro caída —dijo.

D'Agosta intentó respirar a través de la mano, y cuando eso ya no le sirvió, se aflojó el nudo de la corbata y se subió el cuello de la camisa, usándolo a modo de mascarilla para taparse la boca.

—Ahí es —anunció Hayward, alumbrando una herrumbrosa maraña de montantes y vigas. Enfocó la linterna hacia el lado opuesto del pasadizo y localizó el cubículo. A primera vista era como los otros: un metro y medio de longitud, un metro de profundidad, abierto en la roca a una altura de medio metro del suelo.

D'Agosta se acercó y echó un vistazo. Contenia un colchón ladeado, con grandes manchas de sangre seca. La sangre —junto con fragmentos de algo cuya naturaleza D'Agosta prefería desconocer— había salpicado también las paredes. Vio asimismo el omnipresente cajón de embalaje, volcado y medio aplastado. El suelo del cubículo estaba cubierto de periódicos. El hedor era intolerable.

—Éste apareció también decapitado —susurró Hayward—. Lo identificaron mediante las huellas digitales. Shasheen Walker, treinta y dos años. Con una hoja de antecedentes penales tan larga como mi brazo, drogadicto.

En otras circunstancias a D'Agosta le habría parecido ridículo que un policia hablase en susurros. En aquel momento, en cambio, lo agradecía. Se produjo un largo silencio mientras D'Agosta inspeccionaba el cubículo con su propia linterna.

—¿Encontraron la cabeza? —preguntó por fin.

—No —respondió Hayward.

El inmundo cubil no presentaba indicios de registro policial. Pensando que habría preferido estar en cualquier otra parte, hacer cualquier otra cosa, D'Agosta alargó un brazo hacia el interior del cubículo, agarró la esquina de una manta roñosa y tiró de ella.

Algo marrón resbaló de entre los pliegues y rodó hacia el borde exterior del cubículo. Lo que quedaba de la boca permanecía abierto en un grito helado.

—Diría que no buscaron muy a fondo —comentó D'Agosta. Oyó escapar un leve gemido de la garganta de Waxie. Se volvió hacia él y preguntó—: ¿Te pasa algo, Jack?

Waxie no respondió. Su rostro parecía una pálida luna suspendida en la fétida oscuridad.

D'Agosta iluminó de nuevo la cabeza.

—Tendremos que hacer venir a un equipo de técnicos para realizar un registro completo —dijo, e hizo ademán de sacar la radio, pero se detuvo al recordar que allí no funcionaría.

Hayward se acercó.

—¿Teniente?

—¿Sí?

—Los topos han dejado esto tal como estaba porque aquí murió una persona. Son supersticiosos con estas cosas, o por lo menos algunos. Pero en cuanto nos vayamos limpiarán el cubículo de arriba abajo, se desharán de la cabeza, y nunca la encontraremos. No quieren ver policía aquí abajo por nada del mundo.

—¿Y cómo demonios van a enterarse de que hemos estado aquí?

—Ya se lo he dicho, teniente: están aquí, *alrededor*, escuchando.

D'Agosta alumbró en torno con la linterna. El pasadizo estaba en silencio y no se veía un alma.

—¿Y qué propone?

—Si quiere la cabeza, va a tener que llevársela ahora —aconsejó Hayward.

—¡Mierda! —dijo D'Agosta entre dientes—. De acuerdo, sargento, improvisaremos. Acerque esa toalla que hay ahí.

Rodeando a Waxie, que se hallaba paralizado, la sargento Hayward cogió la toalla empapada de agua y la extendió sobre el húmedo hormigón junto a la cabeza. Luego, cubriéndose la mano con la manga del uniforme, empujó la cabeza hacia la toalla con la muñeca.

D'Agosta, con una mezcla de repugnancia y admiración, observó a Hayward juntar las cuatro esquinas de la toalla, formando una pelota. Parpadeó, tratando en vano de alejar el nauseabundo hedor.

—Vámonos. Sargento, la dejo en sus manos.

—No hay problema —dijo Hayward, y levantó la toalla, manteniéndola alejada del cuerpo.

Cuando D'Agosta se puso en marcha, iluminando el pasadizo en dirección a la escalera, se oyó de pronto un silbido. Al instante una botella voló desde la oscuridad y pasó rozándole la cabeza a Waxie. Fue a estrellarse contra la pared. De detrás llegaron susurros.

—¿Quién anda ahí? —gritó D'Agosta—. ¡Alto! ¡Policía!

Otra botella, lanzada con saña, salió de la oscuridad. D'Agosta se dio cuenta, con un extraño escalofrío en la base de la columna vertebral, de que *percibía* pero no veía las formas que se aproximaban a ellos.

—Somos sólo tres, teniente —dijo Hayward con súbito nerviosismo en su voz grave—. ¿Me permite sugerir que nos larguemos de aquí inmediatamente?

Atrás sonó una ronca consigna, seguida de un grito y presurosas pisadas. D'Agosta oyó junto a él un chillido de terror. Al volverse, vio a Waxie, aún paralizado.

—¡Jack, contrólate, por lo que más quieras! —conminó D'Agosta.

Waxie empezó a gimotear. Del otro lado llegó una especie de apagado silbido. D'Agosta se giró y vio la figura menuda de Hayward, tensa y erguida. Tenía las manos a los costados, con los nudillos dirigidos hacia dentro y la toalla con su carga colgando todavía de los dedos. Tomó aire de nuevo con una inspiración profunda y sibilante, como preparándose. A continuación echó un rápido vistazo

alrededor y se encaminó hacia la escalera, alargando de nuevo el brazo para mantener la cabeza a distancia.

—¡Por Dios, no me dejéis aquí! —suplicó Waxie.

D'Agosta tiró con furia de su hombro. Waxie, con un ahogado quejido, se puso en movimiento, primero despacio, luego desaladamente, superando a Hayward y dejándola atrás.

—¡Deprisa! —ordenó D'Agosta a Hayward, empujándola con la mano.

Algo pasó silbando junto a su oreja. Se detuvo, se dio media vuelta, desenfundó la pistola y disparó al techo. En la momentánea claridad del fognazo, vio acercarse a una docena de personas por lo menos, separándose, dispuestas a rodearlo; corrían agachadas, a una extraordinaria velocidad para hallarse a oscuras. Se volvió y huyó hacia la escalera.

En el nivel superior, al otro lado de la puerta medio descolgada, se paró por fin a escuchar, respirando hondo. Hayward esperó junto a él, empuñando su arma. No se oía más sonido que los pasos de Waxie, alejándose por el apartadero hacia la tenue luz.

Al cabo de un momento D'Agosta retrocedió.

—Sargento, si en el futuro sugiere que pidamos refuerzos, o cualquier otra cosa, recuérdeme que le haga caso.

Hayward guardó la pistola.

—Temía que fuese usted a perder los papeles ahí abajo —admitió Hayward—. Pero para ser un novato, señor, no se ha comportado mal.

D'Agosta la miró, advirtiendo que era la primera vez que le daba tratamiento de oficial superior. Estuvo a punto de preguntarle a qué se debía aquella extraña forma de respirar en el pasadizo, pero se abstuvo y dijo:

—¿Todavía la tiene?

Hayward levantó la toalla.

—Pues vámonos de aquí ahora mismo. Ya visitaremos los otros sitios en mejor ocasión.

Camino de la superficie, la imagen que volvía una y otra vez a la mente de D'Agosta no era la horda de vagabundos intentando rodearlo ni el pasadizo húmedo e interminable; era el pañal recién usado.

Margo se lavó las manos en el profundo lavabo metálico del Laboratorio de Antropología Forense y se las secó con un áspero paño de hospital. Echó un vistazo a la camilla donde yacían los restos de Pamela Wisher bajo una sábana. Realizado ya el reconocimiento y extraídas las muestras necesarias, el cadáver quedaría a disposición de la familia esa misma mañana. Al otro lado de la sala, Brambell y Frock examinaban el esqueleto sin identificar, inclinándose sobre las caderas grotescamente torcidas y efectuando complejas mediciones.

—¿Me permite una observación? —dijo Brambell, dejando a un lado una vibrante sierra Stryker.

—¡Cómo no! —contestó Frock con tono obsequioso, acompañando sus palabras con un magnánimo gesto.

Se detestaban mutuamente.

Margo se volvió de espaldas para ocultar una sonrisa mientras se ponía dos guantes de látex en cada mano. Probablemente era la primera vez que veía a Frock ante un hombre dotado de un intelecto —o un ego— comparable al suyo. Era un milagro que hubiesen conseguido avanzar en el trabajo. Sin embargo en sólo unos días habían llevado a cabo el examen de anticuerpos, el análisis osteológico, las pruebas de residuos tóxicos y teratógenos, así como otros muchos procedimientos. Sólo faltaba establecer la secuencia del ADN y realizar el estudio forense de las marcas dentales. Aun así, el cadáver de identidad desconocida seguía siendo un enigma, reacio a desvelar sus secretos. Margo era consciente de que eso añadía aún más tensión al ambiente de por sí cargado que se respiraba en el laboratorio.

—Hasta para la mente más obtusa —decía Brambell con su marcado acento irlandés y la voz temblorosa a causa de la irritación— resultaría evidente que la incisión no pudo originarse desde el lado dorsal, pues en tal caso el proceso transversal se habría visto afectado.

—No sé qué tendrá eso que ver —masculló Frock.

Margo se desentendió de la discusión, que de hecho en su mayor parte tenía muy poco interés para ella. Sus especialidades eran la etnofarmacología y la genética, no la anatomía general. Debía concentrarse en otras cuestiones.

Se dispuso a observar la última electroforesis de gel practicada en los tejidos del esqueleto no identificado, y al inclinarse notó una punzada en los trapecios, efecto sin duda de las pesas de la noche anterior: cinco series de diez en lugar de las tres que hacía normalmente. En los últimos días había intensificado sus sesiones de ejercicios; debía procurar no exigirse demasiado.

Diez minutos de minucioso examen confirmaron sus sospechas: las franjas oscuras de los diversos elementos proteínicos revelaban sólo que se trataba de las proteínas comunes de cualquier músculo humano. Se irguió con un suspiro.

Dejó a un lado las placas de gel, y mientras se frotaba pensativamente un hombro, vio un sobre marrón junto al terminal de trabajo SPARC-10. «Radiografías —pensó—. Deben de haber llegado a primera hora de la mañana». Obviamente Brambell y Frock, enzarzados en su discusión sobre el cadáver, no habían tenido tiempo de mirarlas. Era comprensible: con un cuerpo ya reducido prácticamente a un esqueleto, las radiografías no podían aportar mucha información.

—¿Margo? —la llamó Frock

Margo se acercó a la mesa de reconocimiento.

—Por favor, querida —dijo Frock, haciendo retroceder su silla de ruedas y señalando el microscopio—, examine ese surco descendente en el fémur derecho.

Aunque el zoom estaba en su potencia amplificadora mínima, fue como asomarse a otro mundo. El hueso pardusco apareció en el visor, mostrando sus elevaciones y valles como un paisaje desértico en miniatura.

—¿Qué opina de eso? —preguntó Frock

No era la primera vez que solicitaban el parecer de Margo en una discusión, y a ella no le gustaba el papel.

—Da la impresión de que es una fisura natural en el hueso —respondió con tono neutro—. Parte de las deformaciones y excrescencias que aparentemente afectaron al esqueleto. No se deduce forzosamente que haya sido causada por un diente.

Frock se recostó en la silla de ruedas, incapaz de disimular una sonrisa de triunfo.

—¿Cómo? —dijo Brambell con un parpadeo de incredulidad—. Doctora Green, no pretendo contradecirla, pero eso es una incisión dental longitudinal donde las haya.

—Tampoco yo pretendo contradecirlo, doctor Brambell. —Margo aumentó al máximo la potencia del zoom, y la pequeña fisura se convirtió en una ancha hondonada—. Sin embargo veo aquí poros naturales, en el interior.

Brambell se acercó de inmediato al microscopio, se quitó las viejas gafas de concha y miró por el visor. Contempló la imagen durante unos segundos y se retiró con menor premura de la que había demostrado al aproximarse.

—Mmm —musitó, poniéndose de nuevo las gafas—. Me duele admitir, Frock, que quizá tenga usted razón.

—Querrá decir que *Margo* tiene razón —rectificó Frock

—Sí, naturalmente. La felicito, doctora Green.

El timbre del teléfono evitó a Margo tener que responder. Frock fue hasta el aparato y contestó con tono enérgico. Margo lo observó, dándose cuenta de que era la primera vez que miraba con atención a su antiguo tutor desde que la llamada de D'Agosta había vuelto a reunirlos la semana anterior. Aunque Frock

conservaba su imponente porte, Margo lo notaba más delgado que durante la etapa en que había colaborado con él en el museo. También su silla de ruedas había cambiado; estaba más vieja y gastada. Se preguntó con repentina lástima si su mentor atravesaba tiempos difíciles. Pero si era así, aparentemente no lo afectaba de manera negativa. De hecho parecía más alerta, más vigoroso que durante su período como jefe del Departamento de Antropología.

Frock escuchaba por el auricular, obviamente alarmado por algo. Margo desvió la mirada hacia la ventana del laboratorio y la magnífica vista del Central Park. Los árboles presentaban la verde frondosidad propia del verano y el estanque resplandecía bajo la intensa luz. Al sur, varios botes de remos surcaban placidamente el agua. Habría preferido sin duda alguna hallarse en uno de aquellos botes, tomando el sol, a estar enclaustrada en el museo, desmenuzando huesos podridos.

—Era D'Agosta —informó Frock mientras colgaba el auricular—. Dice que nuestro amigo aquí presente va a tener compañía. Baje las persianas si es tan amable. Para trabajar con microscopio es mejor la luz artificial.

—¿Compañía? ¿Qué quiere decir? —preguntó al instante Margo.

—Así lo ha expresado D'Agosta. Por lo visto, ayer por la tarde encontraron una cabeza en avanzado estado de descomposición durante un registro en los túneles del ferrocarril. Nos la envían para analizar.

El doctor Brambell masculló algo en un vehemente gaélico.

—¿Pertenece la cabeza...? —dijo Margo. Sin atreverse a terminar la frase, señaló hacia los cadáveres.

Frock, con expresión sombría, movió la cabeza en un gesto de negación.

—Según parece, no guarda relación.

Por un momento se impuso el silencio en el laboratorio. Luego los dos hombres, como si respondiesen a una misma señal, regresaron lentamente junto al esqueleto no identificado. No tardaron en oírse murmullos de discrepancia. Margo dejó escapar un largo suspiro y se dirigió de nuevo hacia el equipo de electroforesis. Tenía como mínimo toda una mañana de clasificación por delante.

Su vista volvió a posarse en las radiografías. Habían insistido mucho en que estuviesen listas esa mañana. Tal vez convenía echar una ojeada antes de empezar a clasificar.

Extrajo la primera serie y la dispuso a lo largo de la pantalla fluorescente. Eran tres placas de la parte superior del torso del esqueleto no identificado. Como Margo preveía, revelaban —de hecho, con menor claridad— lo que ya habían observado mediante el examen directo: un esqueleto extrañamente deformado, con engrosamientos grotescos y neoformaciones patológicas en casi todos los procesos osteológicos del cuerpo.

Las descolgó y colocó la siguiente serie, otro juego de tres imágenes, esta vez de la región lumbar.

Lo vio de inmediato: un grupo de cuatro diminutos puntos, blancos y nítidos. Extrañada, acercó la lupa para verlos más de cerca. Los cuatro puntos eran afilados triángulos y formaban un preciso cuadrado en la base misma de la espina dorsal, completamente incrustados en una excrecencia ósea. Tenían que ser metálicos, dedujo Margo; sólo el metal se veía tan opaco en una radiografía.

Se irguió. Los dos hombres seguían inclinados sobre el cadáver y sus murmullos flotaban en el silencioso laboratorio.

—Convendría que viesen esto —dijo Margo.

Brambell llegó primero a la pantalla y observó atentamente. Retrocedió un paso, se reacomodó las gafas y volvió a mirar.

Frock rodó ruidosamente hasta allí un instante después, rozando en su precipitación las piernas del forense.

—Si no le importa —dijo, valiéndose de su pesada silla de ruedas para apartar a Brambell.

Se echó hacia adelante, acercando la cara a sólo unos centímetros de la pantalla.

La sala quedó en silencio, salvo por el ligero zumbido del conducto de la ventilación situado sobre la mesa de reconocimiento. Por una vez, pensó Margo, tanto Brambell como Frock estaban totalmente perplejos.

Era la primera vez que D'Agosta visitaba el despacho del jefe de policía desde el nombramiento de Horlocker, y no podía dar crédito a sus ojos. Parecía un restaurante de barrio con pretensiones. Los macizos muebles de caoba de imitación, la escasa luz ambiental, las tupidas cortinas, los apliques baratos de hierro de estilo mediterráneo con tulipas amarillas. La atmósfera estaba tan lograda que sintió deseos de pedir un gíbson a un camarero.

El jefe Redmond Horlocker se hallaba sentado tras un amplio escritorio sin un solo papel. Waxie había acomodado su considerable humanidad en el sillón más cercano y describía la operación del día anterior. Acababa de llegar al punto en que los tres eran atacados por una turba de vagabundos coléricos, y él, Waxie, los mantenía a raya para que D'Agosta y Hayward pudiesen escapar. Horlocker escuchaba con semblante impasible.

D'Agosta no apartaba la vista de Waxie, animándose a medida que avanzaba la narración. Se planteó intervenir, pero su larga experiencia le decía que no serviría de nada. Waxie era capitán de una comisaría de distrito; no tenía muchas ocasiones de presentarse en la jefatura e impresionar al mandamás. Quizá así se conseguiría una mayor dotación de hombres para el caso. Por otra parte, una vocecilla en el interior de su cerebro vaticinaba que aquél era uno de esos casos en que la mierda salpicaría con especial violencia. Aunque oficialmente él estaba a cargo de la investigación, no le importaba que Waxie se llevase parte del mérito. Cuanto más se dejaba uno ver al principio, más peligraba su culo al final.

Waxie concluyó el relato, y Horlocker, aprovechando la circunstancia, guardó silencio unos instantes para que la reunión adquiriese un cariz más solemne. Finalmente se aclaró la garganta y, volviéndose hacia D'Agosta, preguntó:

—¿Su impresión, teniente?

D'Agosta se enderezó.

—En fin, señor, aún es pronto para decir si existe o no conexión. Así y todo, vale la pena comprobarlo, y no me vendrían mal unos cuantos hombres de refuerzo para...

Sonó un teléfono antiguo que había sobre el escritorio. Horlocker cogió el auricular y escuchó por un momento.

—Eso puede esperar —atajó bruscamente. A continuación colgó, miró de nuevo a D'Agosta y preguntó—: ¿Lee usted el *Post*?

—A veces —respondió D'Agosta. Adivinaba adonde quería ir a parar Horlocker.

—¿Y conoce al tal Smithback, el que escribe todas esas sandeces?

—Sí, señor —admitió D'Agosta.

—¿Es amigo suyo?

D'Agosta tardó unos segundos en contestar.

—No exactamente, señor.

—No exactamente —repitió el jefe de policía—. Por lo que Smithback contaba en su libro sobre la Bestia del Museo, tenía la impresión de que eran ustedes uña y carne. Si damos crédito a esa versión, los dos sin ayuda de nadie salvaron al mundo de aquel ligero problema en el Museo de Historia Natural.

D'Agosta guardó silencio. El papel que él desempeñó en la desastrosa inauguración de la exposición «Supersticiones» era agua pasada. Y en la nueva alcaldía nadie estaba dispuesto a atribuirle el menor mérito.

—Pues su no exactamente amigo Smithback nos trae de cabeza, obligándonos a escuchar a todos los chiflados que telefonean atraídos por su recompensa. En eso están ocupados los hombres de refuerzo que me pide. Usted debería saberlo mejor que nadie. —Horlocker se revolvió irritado en su enorme trono de cuero—. Así pues, en su opinión, los asesinatos de mendigos y el de Pamela Wisher presentan el mismo modus operandi.

D'Agosta asintió con la cabeza.

—Muy bien. Aquí en Nueva York no nos gusta que mueran mendigos asesinados. Es un problema. No causa buena impresión. Pero cuando muere asesinada gente de la alta sociedad, nos enfrentamos con un *auténtico* problema.

¿Queda claro?

—Absolutamente claro —dijo Waxie.

D'Agosta no contestó.

—Lo que quiero que entienda es que nos preocupan los asesinatos de mendigos, e intentaremos poner remedio. Pero tenga en cuenta, D'Agosta, que mendigos mueren todos los días. Entre usted y yo, hay de sobra. Los dos lo sabemos. Por otra parte, toda la ciudad está acosándome por esa chica decapitada. El alcalde quiere que se resuelva el caso. —Se inclinó y apoyó los codos en el escritorio, dejando asomar a su rostro una expresión magnánima—. Mire, soy consciente de que necesita ayuda. Así que permitiré que el capitán Waxie colabore con usted en el caso. He puesto a otra persona al frente del distrito temporalmente para que él disponga de entera libertad.

—¡Sí, señor! —dijo Waxie, irguiendo la espalda.

Al oír la noticia, D'Agosta notó que algo se desmoronaba en su interior. Una calamidad ambulante como Waxie era justamente lo que menos necesitaba en aquellos momentos. No sólo no tendría mayor ayuda, sino que además se vería obligado a hacer de niñera de Waxie continuamente. Lo más conveniente era encargarle alguna tarea secundaria donde no tuviese ocasión de pifiarla. Pero eso creaba un problema de jerarquía: asignar a un capitán de distrito a un caso investigado por un capitán de la Brigada de Homicidios. ¿Qué podía esperarse de una situación así?

—¡D'Agosta! —gritó Horlocker.

D'Agosta alzó la vista.

—¿Qué?

—Acabo de hacerle una pregunta. ¿Cómo van las cosas en el museo?

—Han examinado ya el cadáver de Pamela Wisher y lo han puesto a disposición de la familia —respondió D'Agosta.

—¿Y el otro esqueleto?

—Siguen intentando identificarlo.

—¿Qué se sabe de las marcas de dientes?

—Por lo visto, aún no se han puesto de acuerdo sobre el origen.

Horlocker movió la cabeza en un gesto de disgusto.

—¡Dios santo, D'Agosta! ¿No me había dicho que esa gente sabía lo que se hacía? Espero no tener que arrepentirme de haber aceptado su consejo y sacado los cadáveres del depósito.

—Trabajan en ello el forense jefe y algunos de los mejores especialistas del museo. Los conozco personalmente, y me consta que no hay nadie mejor...

Horlocker exhaló un sonoro suspiro y lo interrumpió con un gesto.

—No me interesan sus currículos. Quiero resultados. Ahora que cuenta con la ayuda de Waxie, la investigación debería avanzar más deprisa. Espero tener noticias a última hora de mañana. ¿Entendido, D'Agosta?

—Sí, señor —dijo D'Agosta, asintiendo con la cabeza.

—Bien. —El jefe señaló la puerta con la mano—. Entonces en marcha. Los dos.

Era, pensó Smithback, la manifestación más insólita que había visto en los diez años que llevaba viviendo en Nueva York. Las pancartas habían sido pintadas por profesionales. El sistema de sonido era de primera clase. Y Smithback tenía la clara impresión de que no iba vestido con la elegancia que la ocasión requería.

La multitud era muy variopinta: señoras de Central Park South y la Quinta Avenida luciendo trajes de Donna Karan y diamantes; banqueros; agentes de seguros; comerciantes, y jóvenes radicales de diversas tendencias siempre dispuestos a reivindicar la desobediencia civil. Había también adolescentes bien vestidos de colegios privados. Pero lo que más asombraba a Smithback era el número de manifestantes. En torno a él se arremolinaban unas dos mil personas. Y los organizadores, quienesquiera que fuesen, poseían sin duda influencia política: la autorización les permitía cortar el tráfico en Grand Army Plaza un día laborable en hora punta. Tras un nutrido cordón policial y filas de cámaras de televisión, aguardaban inmóviles centenares de conductores furiosos.

Smithback sabía que en aquel grupo se concentraba buena parte de la riqueza y el poder de Nueva York. Aquella manifestación no podía tomarse en broma, o al menos eso debían de pensar el alcalde, el jefe de policía y cualquier otra persona del ámbito político neoyorquino. No era la clase de gente que salía a la calle a proclamar sus quejas. Y sin embargo allí estaban.

La señora de Horace Wisher se hallaba de pie en una gran tribuna de madera de secuoya, frente a la estatua dorada de la victoria erigida en el cruce de Central Park South y la Quinta Avenida. Hablaba por un micrófono, y el potente sistema de megafonía amplificaba su voz clara y firme convirtiéndola en una presencia ineludible. A sus espaldas se alzaba una descomunal ampliación de la ya famosa fotografía de su hija Pamela en la infancia.

—¿Hasta cuándo? —preguntó a la muchedumbre allí congregada—. ¿Hasta cuándo permaneceremos de brazos cruzados viendo morir a nuestra ciudad? ¿Hasta cuándo toleraremos los asesinatos de nuestros hijos, nuestros hermanos, nuestros padres? ¿Hasta cuándo viviremos asustados en nuestros propios barrios, en nuestras propias casas? —Miró a la multitud, escuchando el creciente murmullo de asentimiento. Al cabo de unos segundos, prosiguió con tono más sosegado—: Mis antepasados llegaron a Nueva Amsterdam hace trescientos años. Aquí hemos vivido desde entonces. Cuando yo era niña, mi abuela me llevaba a pasear al Central Park por las tardes. Mis compañeras de colegio y yo regresábamos a casa solas al salir de clase cuando ya había anochecido. Ni siquiera cerrábamos con llave la puerta de nuestra casa. ¿Por qué no se ha hecho nada mientras crecía la delincuencia y la drogadicción en nuestras calles? ¿Cuántas madres tendrán que perder a sus hijos para que digamos *basta*?

Se apartó del micrófono, intentando recobrar la serenidad. Un murmullo de

indignación surgió de la multitud. Aquella mujer actuaba con la sencillez y la dignidad de una oradora nata. Smithback levantó aún más el casete, presintiendo ya otra noticia de primera plana.

—Ha llegado la hora de recuperar nuestra ciudad —declaró la señora Wisher, alzando de nuevo la voz—. De recuperarla para nuestros hijos y nietos. Si hace falta ajusticiar a los narcotraficantes, habrá que ajusticiarlos. Si hace falta construir nuevas cárceles por valor de mil millones de dólares, habrá que construirlas. Esto es la guerra. Si no me creéis, consultad las estadísticas. A diario matan a alguno de los nuestros. El año pasado se produjeron mil novecientos asesinatos en Nueva York. Cinco asesinatos al día. Estamos en guerra, amigos míos, y la estamos perdiendo. Es el momento de luchar con todas nuestras armas. ¡Calle a calle, edificio a edificio, desde el Battery Park hasta The Cloisters, desde East End Avenue hasta Riverside Drive, debemos recuperar nuestra ciudad!

El murmullo de indignación iba en aumento. Smithback advirtió que se habían sumado más jóvenes a la muchedumbre, atraídos por el ruido y el gentío. Petacas y botellas de bourbon Wild Turkey pasaban de mano en mano. ¡Vaya con los señores banqueros!, pensó Smithback.

De pronto la señora Wisher se volvió y señaló algo con el dedo. Smithback miró en la dirección que indicaba y notó un súbito revuelo al otro lado del cordón policial. Se había detenido una reluciente limusina negra y de ella se apeó el alcalde, un hombre medio calvo con un traje oscuro, junto con varios asesores. Smithback aguardó, impaciente por ver qué sucedía. Obviamente la magnitud de la concentración había cogido por sorpresa al alcalde, y aquello era un desesperado intento de involucrarse, de mostrar su preocupación.

—¡El alcalde de Nueva York! —exclamó la señora Wisher mientras el alcalde se abría paso hasta la tribuna con la ayuda de varios policías—. ¡Ahí lo tienen! ¡Ha venido a hablarnos!

El murmullo de la multitud se convirtió en vocerío.

—¡Pero no le dejaremos hablar! —dijo la señora Wisher—. ¡Queremos hechos, señor alcalde, no palabras!

La multitud bramó.

—¡Hechos, no palabras! —repitió la señora Wisher a voz en cuello.

—¡Hechos! —coreó la multitud. Los jóvenes empezaron a silbar y abuchear.

El alcalde subía a la tribuna en ese momento, sonriendo y saludando con las manos. A Smithback le pareció que el alcalde pedía el micrófono a la señora Wisher. Ella retrocedió un paso y dijo:

—¡No queremos oír más discursos! ¡No queremos oír más *gilipolleces*!

Acto seguido arrancó el micrófono del pescante y bajó de la tribuna, dejando al alcalde solo ante la muchedumbre con una sonrisa postiza en los labios, incapaz de hacerse oír por encima del clamor.

Fue el impropio final, más que otra cosa, lo que enardeció a la multitud. Se oyó un griterío ininteligible, y la gente se abalanzó hacia la tribuna. Smithback, con una extraña sensación recorriéndole la columna vertebral, observó cómo los manifestantes se enfurecían peligrosamente ante sus ojos. Varias botellas vacías volaron hacia la tribuna, estrellándose una a poco más de un metro del alcalde. Los más jóvenes, agrupados, se abrían paso a empujones hacia la tribuna abucheando y profiriendo insultos. Smithback sólo distinguió algunas palabras aisladas: « Gilipollas. Maricón. Liberal de mierda ». La multitud siguió lanzando objetos, y los asesores del alcalde, viendo que la situación y a no tenía remedio, lo apremiaron para que abandonase la tribuna y volviese a la limusina.

« En fin —pensó Smithback—, es interesante ver que todas las clases sociales se comportan igual al amparo de una turba desenfrenada ». No recordaba haber oído jamás una arenga tan breve y eficaz como la de la señora Wisher. Cuando la sensación de peligro desapareció y la multitud comenzó a dispersarse en iracundos grupos, Smithback fue a sentarse en un banco del parque para anotar sus impresiones mientras las tenía aún frescas en la memoria. Luego consultó su reloj: las cinco y media. Se levantó y corrió por el parque en dirección noroeste. Era mejor estar a tiempo en el sitio, por si acaso.

Margo corría de regreso a casa, con la radio portátil sintonizada en una emisora de noticias, y al doblar la esquina de la calle Sesenta y cinco se detuvo en seco, sorprendida de ver ante el edificio donde vivía una familiar y desgarbada figura apoyada contra la verja de la entrada, el tieso flequillo alzándose como un cuerno castaño sobre su rostro alargado.

—¡Ah, eres tú! —dijo con la respiración entrecortada a la vez que se quitaba los auriculares.

Smithback se irguió, mirándola con una fingida expresión de incredulidad.

—¡Habrás visto! Bien cierto es que hiera más un amigo ingrato que el colmillo de una serpiente. Después de todo lo que pasamos juntos, de ese caudal de recuerdos compartidos, ¿y sólo merezco un « Ah, eres tú » ?

—Hago todo lo posible por dejar atrás ese caudal de recuerdos —respondió Margo, y tras guardarse la radio en el bolso se inclinó para masajearse las pantorrillas—. Además últimamente, cuando nos encontramos, siempre hablamos de lo mismo: tu carrera y lo maravillosa que es.

—Toda una indirecta, una clara indirecta. —Smithback hizo un gesto de resignación—. Está bien. Admito mi culpa. Supongamos, flor de loto, que he venido a compensarte por mis errores pasados. Permíteme que te invite a una copa. —Lanzó a Margo una mirada halagüeña—. ¡Vaya, vaya! ¡Qué buen aspecto tienes! ¿Piensas presentarte al concurso de Miss Universo?

Margo se irguió.

—Ahora estoy ocupada.

Rodeándolo, se dirigió hacia la puerta. Él la cogió por el brazo y dijo con tono insinuante:

—En el Café des Artistes.

Margo se detuvo y lanzó un suspiro.

—De acuerdo —contestó con una ligera sonrisa, soltándose de su mano—. No soy barata, pero supongo que tengo un precio. Dame unos minutos para ducharme y vestirme.

Entraron en el venerable establecimiento por el vestíbulo del Hotel des Artistes. Smithback saludó al maître con la cabeza, y se dirigieron al antiguo y tranquilo bar.

—Tiene buena pinta —comentó Margo, señalando con la barbilla una bandeja de quiche listo para ser distribuido por las mesas.

—Eh, he dicho una copa, no una cena de ocho platos. —Smithback eligió una mesa y se sentó bajo un cuadro de Howard Chandler Christie donde varias mujeres desnudas retozaban delicadamente en un jardín. Guiñó un ojo y, apuntando hacia el lienzo con el pulgar, dijo—: Creo que le gusto a la pelirroja.

Un anciano camarero de rostro arrugado y perpetua sonrisa se acercó y

tomó nota de lo que querían.

—Me gusta este sitio —afirmó Smithback cuando se alejó el camarero con andar pesado—. Son amables. No resisto a los camareros que te hacen sentir como un don nadie. —Advertió una mirada interrogativa en los ojos de Margo—. Bien, llegó la hora de las preguntas. ¿Has leído todos mis artículos desde la última vez que nos vimos?

—Ahí tendré que acogerme a mi derecho a guardar silencio —respondió Margo—. Pero vi tus crónicas sobre Pamela Wisher. La segunda me pareció mucho mejor. La mostrabas como un verdadero ser humano, y no simplemente como un tema al que sacarle provecho. En tu caso, supone todo un cambio de enfoque, ¿no?

—Ésa es mi Margo —bromeó Smithback. El camarero volvió con sus copas y un cuenco de avellanas y se marchó de nuevo—. Precisamente ahora vengo de la manifestación. Esa señora Wisher es una mujer extraordinaria.

Margo asintió con la cabeza.

—Acabo de oír la noticia en la radio. Parece un disparate. No sé si la señora Wisher es consciente de lo que ha desencadenado.

—Al final, casi daba miedo. La gente rica e influyente ha descubierto de pronto el poder de las masas exaltadas.

Margo rió, recordándose no obstante que no debía bajar la guardia. Con Smithback había que ser prudente. Conociéndolo como lo conocía, era muy probable que tuviese un casete escondido en el bolsillo y estuviese grabando la conversación.

—Es extraño —prosiguió Smithback.

—¿Qué es extraño?

Smithback se encogió de hombros.

—Lo poco que se necesita... unos tragos de whisky y quizá el estímulo de formar parte de una multitud... para que un grupo se despoje de su barniz de clase alta y se vuelva violento y peligroso.

—Si supieses algo de antropología —dijo Margo—, no te sorprendería tanto. Además, por lo que he oído, esa multitud no era tan uniforme respecto a la clase social como cierta prensa quiere creer. —Tomó otro sorbo y se reclinó contra el respaldo de la silla—. En cualquier caso, supongo que esto no es una invitación desinteresada. Nunca te he visto gastar dinero sin un motivo.

Smithback dejó su vaso, al parecer sinceramente dolido.

—No salgo de mi asombro. De verdad. No pareces la misma. Últimamente apenas nos vemos, y una vez que hablamos, me echas esas cosas en cara. Y mírate, eres toda músculo, como una gacela. ¿Qué ha sido de aquella Margo desgarbada y caída de hombros que yo conocía y adoraba? ¿A qué se debe semejante cambio?

Margo se dispuso a contestar, pero se contuvo. A saber qué pensaría

Smithback si supiese que además llevaba una pistola en el bolso. ¿A qué se debe ese cambio?, se preguntó también ella. Pero ya conocía la respuesta. Era cierto, ya rara vez veía a Smithback. Y por la misma razón tampoco había visto apenas a su antiguo tutor, el doctor Frock, ni a Kawakita, ni a Pendergast, el agente del FBI, ni a ninguna de las personas que había conocido durante su primera etapa en el museo. Los recuerdos que todos ellos compartían eran demasiado recientes, demasiado horribles. Le bastaba con las pesadillas que aún la despertaban por las noches; nada deseaba menos que avivar el recuerdo de aquella espantosa experiencia.

Pero mientras reflexionaba, la expresión compungida de Smithback se desvaneció en una sonrisa.

—En fin, no tiene sentido fingir —admitió, y dejó escapar una risa burlona—. Me conoces demasiado bien. Sí que hay un motivo. Sé por qué te quedas hasta tan tarde en el museo.

Margo se quedó de una pieza. ¿Cómo se había filtrado la noticia? Pero de inmediato recobró la calma. Smithback era un pescador astuto, y quizá no había tanto cebo en el anzuelo como pretendía hacerle creer.

—Lo suponía —dijo—. ¿Y exactamente por qué me quedo, y cómo te has enterado?

—Tengo mis informadores —respondió Smithback con un gesto de indiferencia—. Tú deberías saberlo mejor que nadie. Hablé con unos viejos amigos del museo, y me contaron que el cadáver de Pamela Wisher y el otro no identificado fueron trasladados al museo el jueves pasado. Tú y el doctor Frock colaboraréis en las autopsias.

Margo permaneció en silencio.

—Puedes hablar con toda tranquilidad; no revelaré la fuente —aseguró Smithback.

—Ya he terminado mi copa. Tengo que irme —dijo Margo, y se puso en pie.

—Espera. —Smithback la agarró de la muñeca—. Hay una cosa que aún no sé. ¿Os han pedido colaboración por las marcas de dientes en los huesos?

Margo se volvió a mirarlo sobresaltada.

—¿Cómo te has enterado de eso? —preguntó.

Smithback exhibió una sonrisa triunfal, y Margo, desmoronándose, se dio cuenta de lo hábilmente que le había tendido el anzuelo. En realidad Smithback tenía sólo conjeturas. Pero con su reacción se las había confirmado.

Volvió a sentarse.

—Eres un hijo de puta, ¿no te lo ha dicho nadie?

El periodista se encogió de hombros.

—No todo eran suposiciones. Me constaba que los cadáveres fueron trasladados al museo. Y si leíste mi entrevista a Mephisto, el jefe subterráneo, ya sabrás que, según él, hay canibales bajo Manhattan.

Margo negó con la cabeza.

—No puedes publicar eso, Bill.

—¿Por qué? Nadie sabrá que ha salido de ti.

—No es eso lo que me preocupa —repuso Margo—. Piensa por un momento más allá de tu próximo plazo de entrega. ¿Te haces idea del revuelo que una noticia así podría provocar en la ciudad? ¿Y qué me dices de tu nueva amiga, la señora Wisher? No sabe nada. ¿Cómo crees que reaccionaría si averiguase que su hija no sólo fue asesinada y decapitada, sino además parcialmente devorada?

Una expresión de pesar ensombreció momentáneamente el rostro de Smithback

—Soy consciente de todo eso, Margo. Pero es una noticia.

—Aplaza un día la publicación.

—¿Por qué?

Margo vaciló.

—Será mejor que me des una buena razón, flor de loto —recalcó Smithback.

Margo dejó escapar un suspiro.

—Muy bien. Porque puede que las marcas de dientes sean de un cánido. Por lo visto, los cuerpos estuvieron mucho tiempo en las cloacas antes de que una tormenta los arrastrase. Probablemente los mordió algún perro callejero.

Un repentino desánimo se reflejó en la cara de Smithback.

—¿Quieres decir que no fueron canibales?

Margo movió la cabeza en un gesto de negación.

—Siento decepcionarte. Seguramente mañana, cuando terminen las pruebas de laboratorio, lo sabremos con toda certeza. Entonces tendrás la exclusiva, te lo prometo. Hay prevista una reunión en el museo mañana al mediodía. Al acabar, hablaré del tema con Frocky D'Agosta.

—Pero ¿qué más da un día antes o un día después?

—Acabo de decírtelo. Publica la noticia ahora, y cundirá el pánico. Ya has visto cómo se ha comportado hoy la flor y nata de Nueva York. Tú mismo lo has dicho. ¿Qué pasará si creen que anda suelto un monstruo, otro Mbun, por ejemplo, o un misterioso asesino en serie con instintos canibales? Y si al día siguiente anunciamos que eran mordeduras de perro, quedarás como un idiota. Ya has sacado de quicio a la policía con el asunto de la recompensa. Si aterrorizas a la ciudad sin razón, te crucificarán.

Smithback se recostó en la silla.

—Mmm.

—Espera sólo un día, Bill —suplicó Margo—. Aún no hay noticia.

Smithback, pensativo, guardó silencio. Finalmente contestó de mala gana:

—De acuerdo. La intuición me dice que me equivoco, pero te concedo un día más. Y después la exclusiva será mía, no lo olvides. Procura que no haya filtraciones a otros medios.

Margo sonrió.

—No te preocupes.

Permanecieron callados por un momento. Por fin Margo lanzó un suspiro y dijo:

—Antes me preguntabas por qué he cambiado. No lo sé. Supongo que estos asesinatos me traen malos recuerdos.

—Te refieres a la Bestia del Museo —dedujo Smithback. Atacaba sistemáticamente el cuenco de avellanas—. Fueron tiempos difíciles.

—Es una manera de expresarlo. —Margo se encogió de hombros—. Después de lo que ocurrió... en fin, quería olvidar. Tenía pesadillas; me despertaba una noche tras otra bañada en un sudor frío. Cuando me fui a Columbia, la situación mejoró. Pensé que había terminado. Pero al volver al museo empezó todo esto... —Se interrumpió. Al cabo de un instante preguntó de improviso—: Bill, ¿sabes qué ha sido de Gregory Kawakita?

—¿Greg? —dijo Smithback. Había dado cuenta de las avellanas y hacía girar el cuenco entre las manos como si buscara más debajo—. No he vuelto a verlo desde que pidió la excedencia en el museo. ¿Por qué lo preguntas? —Entornó los párpados con picardía—. No estaríais liados, ¿verdad?

—No, ni mucho menos —respondió Margo con un ademán de rotunda negación—. Más bien lo contrario. Competíamos siempre por la atención del doctor Frock. Es sólo que hace unos meses me dejó un mensaje en el contestador, y no le devolví la llamada. Tuve la impresión de que estaba enfermo o le pasaba algo. Le noté la voz cambiada. El caso es que al cabo de un tiempo me sentí culpable y busqué su número en la guía, pero no aparece. Tengo curiosidad por saber si se ha marchado de la ciudad. Quizá ha encontrado trabajo en otro sitio.

—Me sorprende —dijo Smithback—. Pero Greg es de esas personas que siempre caen de pie. Probablemente habrá encontrado un puesto de asesor y estará embolsándose trescientos mil dólares al año. —Consultó su reloj—. Tengo que entregar el artículo sobre la manifestación a las nueve, lo cual significa que aún me queda tiempo para otra copa.

Margo lo miró con fingido asombro.

—¿Bill Smithback invitando a una amiga a una segunda ronda? ¿Cómo voy a marcharme ahora? Esto es un acontecimiento histórico.

Nick Bitterman subió briosamente por los peldaños de piedra del Castillo de Belvedere y esperó a Tanya junto al parapeto. Bajo él se extendía el Central Park, una enorme mancha oscura en la puesta de sol. Nick notaba bajo el brazo, a través de la bolsa de papel, el frío contacto de la botella de Dom Perignon. Resultaba agradable en el calor de la tarde. Cada vez que se movía las copas tintineaban en el bolsillo de su chaqueta. Con un gesto mecánico, palpó la caja cuadrada que contenía el anillo. Un diamante estilo Tiffany de un quilate engastado en platino que le había costado cuatro de los grandes en la calle Cuarenta y siete. Había hecho una buena compra. Por fin llegó Tanya, riendo y jadeando. Ya sabía lo del champán, pero el anillo era una sorpresa.

Nick recordó una película en que los dos protagonistas bebían champán en el puente de Brooklyn y luego lanzaban las copas al río. Aquello no estaba mal, pero lo suyo iba a ser mucho mejor. Ningún otro lugar de la ciudad ofrecía una vista más espectacular de Manhattan que las murallas del Castillo de Belvedere al ponerse el sol. Simplemente había que tener la precaución de largarse del parque antes de oscurecer.

Tendió la mano a Tanya cuando ella ascendía los últimos peldaños, y siguieron juntos hasta el extremo del parapeto de piedra. La torre se alzaba sobre ellos, negra en la luz del ocaso, sus ornamentos góticos en cómica contradicción con los aparatos meteorológicos que asomaban sobre las almenas. Volvió la cabeza para mirar el camino por donde habían llegado hasta allí. A sus pies se hallaba el pequeño lago del castillo, y un poco más allá la amplia extensión verde del Great Lawn, que abarcaba hasta la hilera de árboles que daban sombra a las aguas del Reservoir. El Reservoir, bajo el sol poniente, parecía una lámina de oro batido. A su derecha, los edificios de la Quinta Avenida marchaban impasiblemente hacia el norte, reverberando la luz en sus ventanas con reflejos anaranjados; a su izquierda, el perfil de las fachadas de Central Park West, oscurecido por una capa de nubes.

Sacó la botella de champán de su envoltorio de papel de seda marrón, retiró el precinto de plomo y el alambre, apuntó con cuidado, y torpemente empezó a descorcharla. El tapón salió por fin con un sonoro estampido y se perdió de vista. Al cabo de unos segundos lo oyeron caer en el lago.

—¡Bravo! —exclamó Tanya.

Nick llenó las copas y le entregó una a ella.

—Salud.

Entrechocaron las copas, y Nick apuró el champán de un trago. Luego observó a Tanya, que lo tomaba cautamente a sorbos.

—Bébetelo todo —la apremió, y ella vació la copa arrugando la nariz.

—Me hace cosquillas —dijo Tanya entre risas mientras él rellenaba las

copas.

Nick se bebió el champán en dos o tres rápidos tragos y alzó su copa vacía.

—¡Atención, ciudadanos de Manhattan! —gritó desde las murallas, desvaneciéndose su voz en el espacio—. ¡Os habla Nick Bitterman! ¡Proclamo que de aquí a la eternidad el 7 de agosto será el día de Tanya Schmidt!

Tanya se echó a reír, y Nick llenó las copas una tercera vez hasta que el champán las desbordó y no quedó una sola gota en la botella. Cuando las copas estuvieron vacías, Nick rodeó a Tanya con un brazo.

—Ahora, como manda la tradición, las tiraremos —dijo con tono solemne.

Arrojaron las copas al vacío y se inclinaron sobre el parapeto para contemplarlas mientras trazaban un rápido arco descendente y caían ruidosamente al agua. Nick advirtió que en el parque ya no había gente tomando el sol ni patinando ni paseando, y que las inmediaciones del castillo habían quedado desiertas. Más valía no entretenerse mucho tiempo más. Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó la caja y se la entregó. A continuación retrocedió un paso y observó orgulloso a Tanya mientras la abría.

—¡Dios mío, Nick! —exclamó ella—. ¡Debe de haberte costado una fortuna!

—Tú vales una fortuna —respondió Nick. Cuando ella se puso el anillo en el dedo, sonrió, la atrajo hacia sí y la besó brevemente—. Sabes lo que eso significa, ¿no?

Ella le dirigió una mirada radiante. Por encima de sus hombros, Nick vio que la luz era ya escasa entre los árboles.

—¿Y bien? —la apremió.

Tanya le devolvió el beso y le susurró la respuesta al oído.

—Hasta que la muerte nos separe, nena —dijo Nick, y volvió a besarla, esta vez más lentamente, ahuecando una mano en torno a uno de sus pechos.

—¡Nick! —protestó ella, y se apartó riendo.

—Aquí no nos ve nadie —aseguró Nick, bajando su otra mano hasta el trasero de Tanya y estrechando su vientre contra sus caderas.

—Sólo la ciudad entera —repuso ella.

—Déjalos que miren. Puede que aprendan algo. —Deslizó la mano bajo su blusa y le acarició el pezón erecto, mirando alrededor la creciente oscuridad. Musitó—: Será mejor que sigamos con esto en mi apartamento.

Tanya sonrió, se separó de él y se encaminó hacia la escalera de piedra. Contemplándola, admirando la gracia natural de sus movimientos, Nick notó que el caro champán le corría por las venas. No hay nada como el efecto del champán, pensó. Va directo a la cabeza. Y también directo a la vejiga.

—Un momento —dijo—. Tengo que ir a desbeber.

Tanya se volvió para esperarlo mientras él se dirigía hacia la torre. Había unos lavabos escondidos en la parte de atrás, recordó Nick, junto a la escalera metálica del servicio de mantenimiento que subía hasta el equipo meteorológico

y bajaba hasta el lago. Bajo la sombra de la torre reinaba el silencio; los sonidos del tránsito procedentes de East Drive se oían lejanos y amortiguados. Localizó la puerta del lavabo de caballeros y entró. Se bajó la cremallera mientras pasaba ante los oscuros cubículos en dirección a los urinarios. No había nadie más, como había supuesto. Se apoyó contra la fría porcelana y cerró los ojos.

Volvió a abrirlos de inmediato cuando un leve ruido lo arrancó de las ensañaciones del champán. No, decidió; eran sólo imaginaciones suyas. Sacudió la cabeza, riéndose de la paranoia que hasta los neoyorquinos más fogueados llevaban siempre a flor de piel.

El ruido se repitió, esta vez con mucha mayor claridad, y Nick se volvió sorprendido y asustado, aún con el pene en la mano, advirtiendo que en realidad sí había alguien en uno de los cubículos, y salía en ese momento, muy deprisa.

Tanya aguardó de pie junto al parapeto. La brisa nocturna acariciaba su rostro. Notaba en el dedo el anillo de compromiso, pesado y aún extraño. Nick empezaba a tardar demasiado. El parque estaba ya oscuro y el Great Lawn desierto; las luces de la Quinta Avenida se reflejaban trémulamente en la superficie del lago.

Impaciente, fue hasta la torre maciza y oscura y la rodeó. La puerta de los lavabos de caballeros estaba cerrada. Llamó con los nudillos, primero tímidamente, después con mayor insistencia.

—¿Nick? ¡Eh, Nick! ¿Estás ahí?

No se oía más que el rumor de los árboles agitados por el viento. En el aire flotaba un olor extraño, un olor penetrante que le recordó, con una desagradable sensación, el queso feta.

—¿Nick? Ya está bien de juegos.

Abrió la puerta de un empujón y entró.

Por un momento volvió a reinar el silencio en el Castillo de Belvedere. Pero instantes después empezaron a resonar los gritos, ululantes, rasgando la templada noche veraniega con creciente intensidad.

Smithback se sentó ante la barra de su cafetería griega favorita e indicó al cocinero con un gesto que le preparase el desayuno de costumbre: dos huevos escalfados con un acompañamiento de carne picada y remolacha revueltas. Tomó un sorbo de café de la taza que acababan de servirle, dejó escapar un suspiro de satisfacción y se sacó los periódicos de debajo del brazo. Desplegó primero el *Post* y leyó por encima con expresión ligeramente ceñuda el artículo de primera plana sobre el asesinato del Castillo de Belvedere, escrito por Hank McCloskey. Su crónica sobre la concentración de Grand Army Plaza había sido relegada a la página cuatro. La primera plana debería haberle correspondido a él, con la noticia de la participación del museo en las autopsias y la hipótesis sobre las marcas de dientes. Pero le había dado su palabra a Margo. Al día siguiente las cosas serían distintas. Además, quizá su paciencia se vería recompensada por otras primicias.

Llegó el desayuno y empezó con apetito por el revuelto de carne a la vez que dejaba el *Post* y abría el *Times*. Ojeó con desdén los titulares de la parte superior, dispuestos con buen gusto y sin estridencia. Al descender por debajo del pliegue, su vista se detuvo en un titular a una columna donde simplemente se leía: «¿Ha vuelto la Bestia del Museo?». Firmaba el artículo Bryce Harriman, cronista del *Times*.

Smithback siguió leyendo, y el revuelto se convirtió en engrudo en su boca.

8 de agosto. — Los científicos del Museo de Historia Natural de Nueva York continúan con el análisis de los cadáveres decapitados de Pamela Wisher y una persona desconocida, intentando establecer si las marcas de dientes aparecidas en los huesos fueron realizadas por animales salvajes después de la muerte o, por el contrario, fueron la causa misma de la muerte.

El brutal asesinato en la tarde de ayer de Nicholas Bitterman en el Castillo de Belvedere del Central Park ha aumentado las presiones sobre el equipo forense para hallar una respuesta. Varias muertes de personas sin hogar ocurridas en los últimos meses podrían presentar características similares. En estos momentos se desconoce aún si estos cadáveres serán también trasladados al museo para su análisis. Los restos de Pamela Wisher han sido entregados ya a la familia, y recibirán sepultura esta tarde a las 15 h en el cementerio de Holy Cross, Bronxville.

En el museo, las autopsias se llevan a cabo en el mayor secreto. «No quieren que cunda el pánico —declararon fuentes próximas a la investigación—. Pero la palabra que está en mente de todos y nadie se atreve a pronunciar es "Mbwun".»

Mbwun, como se conoce a la Bestia del Museo entre los científicos, era una rara criatura traída inadvertidamente al museo por una malograda expedición a

la Amazonia. En abril del año pasado salió a la luz la presencia de dicha criatura en el subsótano del museo cuando varios visitantes y guardas de seguridad fueron asesinados. La criatura atacó asimismo a una multitud durante la inauguración de una exposición en el museo, provocando el pánico y la errónea activación del sistema de alarma del museo. Como consecuencia de aquello, murieron 46 personas y resultaron heridas casi trescientas, en lo que se recuerda como una de las peores catástrofes ocurridas en Nueva York en los últimos años.

La criatura recibió el nombre de «Mbwun» de los kothoga, una tribu y desaparecida que vivió en el hábitat original del animal a orillas del Alto Xingú, afluente del Amazonas. Durante décadas los antropólogos y los caucheros habían oído rumores de la existencia de un gran animal con aspecto de reptil en el Alto Xingú. En 1987 un antropólogo del Museo de Historia Natural, Julian Whittlesey, organizó una expedición al Alto Xingú para buscar indicios de la tribu y la criatura. Whittlesey desapareció en la selva, y los otros miembros de la infortunada expedición murieron al estrellarse el avión en que viajaban de regreso a Estados Unidos.

En Nueva York se recibieron, no obstante, varias cajas con reliquias reunidas por la expedición. Los objetos habían sido embalados con fibras vegetales que contenían una sustancia vital en la alimentación de Mbwun. Si bien se ignora cómo llegó Mbwun al museo, los conservadores suponen que quedó encerrado accidentalmente en un contenedor de carga junto con el material recopilado por la expedición. La criatura vivió en el vasto subsótano del museo hasta que se quedó sin su alimento natural y empezó a atacar a guardas y visitantes.

El animal resultó muerto durante el posterior tumulto, y su cadáver fue retirado por las autoridades y destruido antes de que pudiese realizarse un detallado estudio taxonómico. Aunque son muchos los misterios que aún envuelven a aquella criatura, se averiguó que vivía en un *tepuí*, una meseta aislada de la cuenca del Amazonas. Las recientes operaciones de extracción hidráulica de oro en el Alto Xingú han tenido un fuerte impacto en el ecosistema de la zona y causado probablemente la extinción de la especie. El profesor Whitney Cadwalader Frock del Departamento de Antropología del museo, autor de *La evolución fractal*, opinaba que la criatura era una aberración evolutiva propiciada por su aislado hábitat tropical.

Las fuentes antes citadas insinuaron que las recientes muertes podrían ser obra de un segundo Mbwun, quizá la pareja del original. Según parece, y aunque no hay declaraciones oficiales al respecto, ésa es también la preocupación del Departamento de Policía de Nueva York. Por lo visto, la policía ha pedido al laboratorio del museo que determine si las marcas de dientes en los huesos se corresponden con las de un perro salvaje, o con las de algo mucho más poderoso... algo como Mbwun.

Smithback, temblando de ira, apartó el plato sin haber probado siquiera los huevos. No sabía qué era peor, si el hecho de que el gilipollas de Harriman le hubiese pisado la primicia, o saber que él, Smithback, tenía ya la noticia y se había dejado disuadir de publicarla.

«Nunca más —juró Smithback—. Nunca más».

En la planta decimoquinta de la jefatura de policía, D'Agosta dejó a un lado ese mismo periódico con un virulento improperio. Los portavoces del Departamento de Policía tendrían que hacer horas extras para evitar la histeria colectiva. Quienquiera que hubiese filtrado aquella información iba a acabar con el culo asado y servido en un restaurante. Al menos, pensó, por una vez no había sido el pelmazo de su amigo Smithback.

A continuación alargó el brazo hacia el teléfono y marcó el número de la oficina del jefe de policía. Hablando de culos, más valía que cuidase el suyo mientras aún estaba a tiempo. Con Horlocker, siempre era mejor hacer la llamada que recibirla.

Le salió el buzón de voz de la secretaria del jefe.

Cogió de nuevo el periódico y al cabo de un instante, con un creciente sentimiento de frustración, volvió a dejarlo. Waxie llegaría de un momento a otro, sin duda poniendo el grito en el cielo por el asesinato del Castillo de Belvedere y el plazo impuesto por el jefe. Ante la perspectiva de ver a Waxie, D'Agosta cerró los ojos involuntariamente, pero lo asaltó tal sensación de cansancio que volvió a abrirlos de inmediato. Sólo había dormido dos horas, y estaba exhausto después de pasar buena parte de la noche subiendo y bajando por las escaleras del Castillo de Belvedere tras el asesinato de Bitterman.

Se puso en pie y se acercó a la ventana. Abajo, en medio del gris y desordenado paisaje urbano, veía un pequeño recuadro negro, el patio de la escuela primaria 362. Las pequeñas formas de los niños corrían de un lado a otro, jugando a tocar y parar y al tejo, sin duda chillando de principio a fin del recreo. «Dios mío —pensó D'Agosta—, lo que yo daría ahora por ser uno de ellos».

Cuando volvió al escritorio, advirtió que el borde del diario había tumbado el marco con la fotografía de su hijo de diez años. Lo enderezó con especial esmero, sonriendo involuntariamente a la cara que le sonreía a él. Después, un poco más animado, se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un cigarro. A la mierda con Horlocker. Lo que tuviese que pasar, pasaría.

Encendió el cigarro, lanzó la cerilla a un cenicero y se aproximó a un amplio plano de la zona oeste de Manhattan sujeto con tachuelas a un tablón de anuncios. La parte correspondiente al distrito estaba salpicada de alfileres con cabezas blancas y rojas. Un rótulo pegado con celo en una esquina aclaraba que los alfileres blancos representaban las desapariciones en los últimos seis meses, y los

rojos, las muertes cuyas circunstancias coincidían con el supuesto *modus operandi*. D'Agosta cogió un alfiler rojo de una bandeja de plástico, localizó el Reservoir del Central Park en el plano y clavó cuidadosamente el alfiler un poco más al sur. Luego retrocedió y, observando el plano con atención, intentó discernir una pauta en el aparente desorden.

Los alfileres blancos superaban en número a los rojos en una proporción de diez a uno. Naturalmente, muchos de aquellos no volverían a dar señales de vida. En Nueva York la gente desaparecía por muy diversas razones. Aun así, era una cantidad excepcionalmente alta, poco más o menos el triple que en un semestre normal. Y al parecer muchos habían sido vistos por última vez en las inmediaciones del Central Park. Siguió mirando el plano. Por alguna razón, la disposición de los puntos no parecía aleatoria. Su cerebro le decía que existía una pauta, pero era incapaz de descubrirla.

—¿Soñando despierto, teniente? —preguntó una voz grave y familiar.

D'Agosta se sobresaltó y giró en redondo. Era Hayward, colaborando y a oficialmente en el caso junto con Waxie.

—¿No sabe llamar a la puerta? —reprochó D'Agosta.

—Sí, sé llamar. Pero ha dicho usted que quería esto cuanto antes.

Hayward sostenía en su delgada mano un grueso fajo de listados de ordenador. D'Agosta aceptó los papeles y comenzó a hojearlos: más asesinatos de gente sin hogar ocurridos en los últimos seis meses, y la mayoría dentro de la jurisdicción de Waxie, en la zona del Central Park/West Side. Como cabía esperar, ninguno había sido investigado.

—¡Dios santo! —exclamó D'Agosta, moviendo la cabeza en un gesto de desesperación—. En fin, vale más que los marquemos en el plano.

Comenzó a leer en voz alta los emplazamientos, y Hayward los señalaba en el plano con alfileres rojos. Se interrumpió por un momento para contemplar la piel clara y la mata de pelo oscuro de la sargento. Aunque, por supuesto, no lo había admitido ante ella, D'Agosta se alegraba de contar con su ayuda. Su inalterable aplomo era como un remanso de paz en medio de un huracán. Y además debía reconocer que su presencia no ofendía a la vista.

Fuera se oyó un repentino alboroto. Algo pesado cayó al suelo con estrépito. Arrugando la frente, D'Agosta indicó a Hayward que saliese a echar un vistazo. Pronto se oyeron más gritos, y una voz aguda y quejumbrosa pronunció el nombre de D'Agosta.

Extrañado, asomó la cabeza por la puerta. En el vestíbulo de Homicidios, un individuo increíblemente sucio forcejeaba con dos agentes que intentaban sujetarlo. Hayward permanecía expectante junto a ellos, su cuerpo menudo en tensión como si aguardase la oportunidad de intervenir. D'Agosta observó al individuo, reparando en el cabello apelmazado, la piel amarillenta propia de un enfermo de ictericia, la estrechez de su famélica complexión, la inevitable bolsa

negra de basura donde guardaba todos sus bienes materiales.

—¡Quiero ver al teniente! —gritó el mendigo con voz aflautada—. Tengo una información. Exijo...

—Amigo —lo interrumpió un agente con expresión de asco, agarrándolo por la mugrienta chaqueta—, si tiene algo que decir, dígamelo a mí, ¿entendido? El teniente está ocupado.

—¡Ahí lo tiene! —El hombre señaló a D'Agosta con un dedo tembloroso—. ¿Lo ve? No está ocupado. Usted, quíteme las manos de encima o presentaré una queja, ¿me oye? Llamaré a mi abogado.

D'Agosta se retiró a su despacho, cerró la puerta y siguió estudiando el plano. El griterío continuó, los penetrantes aullidos del mendigo especialmente molestos, interrumpidos de cuando en cuando por la voz cada vez más airada de Hayward. Aquél se resistía a marcharse.

De pronto la puerta del despacho se abrió de par en par, y el mendigo entró a trompicones, seguido de cerca por Hayward, ya furiosa. El hombre se resguardó en un rincón, aferrándose a la bolsa de basura en actitud protectora.

—¡Tiene que escucharme, teniente! —gritó.

—Es escurridizo, el hijo de puta —dijo Hayward con respiración entrecortada, limpiándose las manos en los delgados muslos—. Escurridizo, literalmente.

D'Agosta lanzó un suspiro de hastío.

—No se preocupe, sargento —respondió D'Agosta. Volviéndose hacia el mendigo, dijo—: De acuerdo. Le concedo cinco minutos. —Señaló la bolsa de basura, cuyo pestilente olor le llegaba ya al olfato—. Pero deje eso afuera.

—Me lo robarán —adujo el hombre con voz ronca.

—Esto es la jefatura de policía —replicó D'Agosta—. Nadie va a robarle esa mierda.

—No es mierda —protestó el mendigo, pero accedió a entregar la grasienta bolsa a Hayward, que rápidamente la sacó del despacho, volvió a entrar y cerró la puerta para librarse del hedor.

De repente el comportamiento del mendigo cambió radicalmente. Se acercó con toda tranquilidad al escritorio y se sentó en una de las butacas, cruzando las piernas y actuando como si estuviese en su despacho. El mal olor era aún más intenso. Recordó a D'Agosta, vaga e inquietantemente, el tufo del túnel del ferrocarril.

—Espero que esté cómodo —dijo D'Agosta, situando el cigarro estratégicamente ante su nariz—. Ya sólo le quedan cuatro minutos.

—Pues la verdad, Vincent —respondió el mendigo—, es que estoy todo lo cómodo que puede estar en mi actual estado.

D'Agosta, atónito, bajó lentamente hasta el escritorio la mano que sostenía el cigarro.

—Lamento comprobar que todavía fuma. —El mendigo observó el cigarro —. Veo, no obstante, que su gusto en materia de tabaco ha mejorado. Antes, si no recuerdo mal, fumaba cigarros con relleno de la República Dominicana y hoja de Connecticut como envoltura. Si es inevitable que fume, ese churchill que tiene en la mano es un notable avance respecto a aquel esparto que antes consumía.

D'Agosta seguía mudo. Conocía aquella voz, aquel cadencioso dejo sureño. Simplemente no lo relacionaba con el vagabundo mugriento y apestoso que tenía sentado enfrente.

—¿Pendergast? —susurró por fin.

El mendigo asintió con la cabeza.

—¿Qué...?

—Espero que perdone mi histriónica aparición —lo interrumpió Pendergast —. Sólo quería probar si el disfraz resultaba convincente.

—Ah —dijo D'Agosta.

Hayward se acercó y observó a D'Agosta. Por primera vez parecía desconcertada.

—¿Teniente...?

D'Agosta respiró hondo y, señalando la andrajosa figura sentada en la butaca con las manos sobre el regazo y las piernas cuidadosamente cruzadas, dijo:

—Sargento, le presento a Pendergast, agente especial del FBI.

Hayward apartó la vista de D'Agosta y contempló al mendigo.

—Gilipolleces —se limitó a decir.

Pendergast rió con ganas. Se acodó en los brazos de la butaca, formó un triángulo con las manos, apoyó el mentón en las yemas de los dedos y miró a Hayward.

—Encantado de conocerla, sargento —saludó—. Le daría la mano, pero...

—No se moleste —se apresuró a contestar Hayward, todavía con un asomo de recelo en el rostro.

De pronto D'Agosta se acercó a su visita y le estrechó las manos finas y sucias.

—¡Santo cielo, Pendergast, me alegro de verlo! Me preguntaba dónde demonios se habría metido. Oí decir que había rechazado el puesto de director de la oficina de Nueva York, pero no lo veía desde...

—Desde los asesinatos del museo, como suele llamárselos —apuntó Pendergast, moviendo la cabeza en un gesto de asentimiento—. Según parece, vuelven a ser noticia de primera plana.

D'Agosta volvió a sentarse y asintió con expresión ceñuda.

Pendergast echó un vistazo al plano.

—Tiene un grave problema entre manos, Vincent. Una serie de brutales asesinatos en la superficie y bajo tierra, la élite de la ciudad aterrorizada, y ahora rumores del retorno de Mbwun.

—No se hace usted idea, Pendergast.

—Perdone que lo contradiga, pero me hago una clarísima idea. De hecho, he venido por si desea ayuda.

El rostro de D'Agosta se iluminó, pero de inmediato el optimismo dio paso a la cautela.

—¿En misión oficial? —preguntó.

Pendergast sonrió.

—Semioficial. Lamentablemente no he conseguido más que eso. Ahora, más o menos, puedo permitirme elegir mis asignaciones temporales. En este último año he trabajado en proyectos técnicos que podemos dejar para otro momento. Y digamos que he recibido autorización para colaborar en este caso con el Departamento de Policía de Nueva York. Lógicamente, debo mantener lo que con tanta delicadeza llamamos « anonimato ». Por ahora no hay pruebas de que se haya cometido un delito federal. —Hizo un ademán de resignación—. Mi problema es, sencillamente, que no puedo quedarme al margen de un caso interesante. Un hábito molesto, pero difícil de abandonar.

D'Agosta lo observó con curiosidad.

—¿Por qué, pues, no nos hemos visto en casi dos años? Nueva York, diría yo, ofrece muchos casos interesantes.

—No para mí —contestó Pendergast, inclinando la cabeza.

—Ésta —dijo D'Agosta, volviéndose hacia Hayward— es la primera buena noticia que tenemos desde que empezó la investigación.

Pendergast miró a Hayward y después nuevamente a D'Agosta, sus claros ojos azules en marcado contraste con su piel sucia.

—Me halaga usted, Vincent. Pero pongámonos manos a la obra. Dado que, por lo visto, mi disfraz los ha convencido a los dos, deseo ponerlo a prueba bajo tierra cuanto antes. Si me ponen al corriente de todo, claro está.

—Así pues, ¿coincide con nosotros en que el asesinato de Pamela Wisher y los asesinatos de mendigos están relacionados? —preguntó Hayward, todavía un poco recelosa.

—Coincido plenamente, sargento... ¿Hayward, se llama? —dijo Pendergast. De inmediato irguió notablemente la espalda—. No será Laura Hayward, ¿verdad?

—¿Por qué lo dice? —repuso Hayward con repentina cautela.

Pendergast volvió a relajarse en la butaca.

—Excelente —murmuró—. Permítame felicitarla por su artículo en el último número del *Journal of Abnormal Sociology*. Ofrece una reveladora visión de la jerarquía entre la gente sin hogar que habita en los subterráneos.

Por primera vez desde que D'Agosta la conocía, Hayward mostró manifiesto malestar. Poco acostumbrada a los cumplidos, se sonrojó y desvió la mirada.

—¿Sargento? —dijo D'Agosta, instándola a explicarse.

—Estoy preparando el doctorado en la Universidad de Nueva York —contestó, mirando aún en otra dirección. De repente se volvió hacia D'Agosta con expresión severa, como si lo desafiase a burlarse de ella—. En mi tesis, estudio la estructura de castas en la sociedad subterránea.

—Estupendo —alabó D'Agosta, sorprendido de la actitud defensiva de Hayward pero a la vez notándose a sí mismo un poco a la defensiva. « ¿Por qué no me lo ha dicho? —pensó—. ¿Acaso cree que soy idiota? ».

—Pero ¿por qué lo publicó en una revista apenas conocida? —continuó Pendergast— La elección obvia habría sido el *Law Enforcement Bulletin*, la publicación oficial de la policía.

Ya recobrado su habitual aplomo, Hayward rió entre dientes.

—¿Está de broma? —dijo.

De pronto D'Agosta comprendió. Ser una mujer menuda y atractiva en la brigada de desalojo de mendigos, compuesta principalmente de hombretones toscos y agresivos, era de por sí bastante difícil; pero estar, además, preparando una tesis doctoral sobre la misma gente que tenía que hostigar... Movi6 la cabeza en un gesto de negación, imaginando las despiadadas mofas de que habría sido objeto por parte de los otros agentes.

—Ah, ya entiendo —dijo Pendergast—. Bien, en cualquier caso, es un placer conocerla. Pero pongámonos en movimiento. Necesitaré los análisis de los lugares donde se ha encontrado a los cadáveres. Cuanto más sepamos sobre el asesino no identificado, antes daremos con él. O ellos. No es un violador, ¿verdad?

—Verdad.

—Quizá sea un fetichista. Según parece, le o les gusta llevarse algún recuerdo de las víctimas. Habrá que consultar los archivos y localizar a cualquier individuo con antecedentes por asesinatos en serie o tendencias homicidas. Por otro lado, quizá podría pedirse a Proceso de Datos que establezcan correlaciones entre los datos conocidos de todas las víctimas. Y después podría hacerse lo mismo con todos los desaparecidos. Deberíamos buscar cualquier aspecto en común, por sutil que sea.

—Me ocuparé de ello —respondió Hayward.

—Excelente. —Pendergast se puso en pie y se acercó al escritorio—. Y ahora si es posible echar un vistazo a los informes...

—Siéntese, por favor —se apresuró a decir D'Agosta, arrugando la nariz—. Su disfraz es demasiado convincente. No sé si me entiende.

—Sí, claro —contestó Pendergast sin darle importancia—. Convincente en extremo. Sargento Hayward, ¿sería tan amable de acercarme esos papeles?

Margo tomó asiento en una de las butacas de la inmensa Sala Linneo, situada en el corazón mismo de la parte más antigua del Museo de Historia Natural, y miró alrededor con curiosidad. Era un elegante espacio cuya construcción databa del año 1882. Un alto techo abovedado se elevaba sobre las paredes forradas de oscura madera de roble. En la base de la cúpula, un intrincado friso representaba la evolución en toda su grandeza, empezando por animales bellamente labrados y terminando con la colosal figura del hombre.

Contempló la imagen del hombre, con levita, chistera y bastón. Era un magnífico monumento a la inicial concepción darwiniana de la evolución: el uniforme avance de lo simple a lo complejo, con el hombre como brillante culminación. Margo sabía que las modernas ideas a ese respecto eran muy distintas. Estaba demostrándose que la evolución era algo mucho más azaroso e incoherente, plagado de vías muertas y sorprendentes cambios de dirección. El doctor Frock, en el pasillo junto a Margo en su silla de ruedas, había contribuido de manera decisiva a forjar ese nuevo punto de vista con su teoría de la evolución fractal. En la actualidad, los biólogos evolucionistas no consideraban ya al hombre la apoteosis de la evolución, sino meramente el punto muerto de una rama secundaria de un subgrupo más amplio y menos evolucionado de los mamíferos. Y la propia palabra « Hombre », pensó Margo con una sonrisa, había caído en desgracia, lo cual era sin duda un paso adelante.

Volvió la cabeza y, alargando el cuello, echó un vistazo a la estrecha cabina de proyección instalada a gran altura en la pared del fondo. La antigua y regia sala había sido transformada en un moderno auditorio, provisto de pizarras mecánicas ocultas, pantallas de cine replegables y lo último en equipo informático multimedia.

Por enésima vez aquel día, se preguntó quién habría filtrado la noticia sobre la intervención del museo. Quiquiera que fuese obviamente no lo sabía todo —no se habían mencionado las grotescas deformidades del segundo esqueleto—, pero sí suficiente. Sin embargo el alivio de no tener que interceder por Smithback se veía empañado por lo que habían revelado los análisis de las marcas dentales encontradas en los esqueletos. Esperaba con inquietud la llegada del cadáver de Bitterman, temiendo casi lo que la autopsia tal vez corroborase.

Oyó un suave zumbido en la parte delantera y miró de nuevo al frente. El proscenio y los bastidores retrocedían a la vez que una enorme pantalla descendía hacia el suelo.

En la sala, con un aforo de dos mil localidades, había exactamente siete tensas personas.

Junto a Margo, Frock tarareaba un pasaje de una ópera de Wagner, tamborileando con sus gruesos dedos en los brazos gastados de la silla de ruedas.

Pese a su rostro inexpresivo, Margo sabía que estaba furioso. Por una cuestión protocolaria Brambell, el forense jefe, expondría los resultados de la investigación, pero evidentemente Frock no estaba muy de acuerdo. Margo veía varias filas más adelante al teniente D'Agosta, sentado en compañía de dos aburridos inspectores de Homicidios y un corpulento capitán con el uniforme arrugado.

Segundos después se apagaron las luces de la sala, y Margo sólo distinguía y a la calva y el rostro estrecho y huesudo de Brambell, alumbrados desde abajo por la lámpara del atril. En una mano sujetaba una especie de extraño estoque de plástico que servía simultáneamente de mando a distancia del proyector de diapositivas y de puntero luminoso. Ciertamente ofrecía un aspecto cadavérico, pensó Margo; Boris Karloff en bata blanca.

—Empezaremos por las pruebas, si les parece —anunció Brambell, surgiendo su aguda y alegre voz atronadoramente por los numerosos altavoces dispuestos a ambos lados de la sala.

A su lado, Margo notó tensarse a Frocka causa de la indignación.

Una gran ampliación de un hueso apareció en la pantalla, bañando la sala y a sus ocupantes de una luz gris y espectral.

—Aquí tienen la fotografía de la tercera vértebra cervical de Pamela Wisher. Se ve con toda claridad la forma de la dentadura. —Mostró la segunda diapositiva—. En esta otra hemos aumentado doscientas veces la marca de uno de esos dientes. Y aquí vemos una imagen transversal. Como pueden apreciar, es sin duda el diente de un mamífero.

La siguiente serie de diapositivas presentaba los resultados de las pruebas de laboratorio realizadas con diversos huesos de los dos cadáveres, registrándose las presiones por centímetro cuadrado necesarias para obtener marcas de profundidades variables.

—Identificamos veintiuna marcas dentales claras en los huesos de las víctimas, ya fuesen incisiones o arañazos —prosiguió Brambell—. Se observan asimismo algunas marcas producidas por un objeto de punta roma, demasiado regulares para ser de dientes pero demasiado desiguales para ser de un cuchillo bien acabado. Son como las que dejaría, quizá, un hacha primitiva o un cuchillo de piedra. Se encuentran principalmente en las vértebras cervicales, lo cual indica tal vez el modo de decapitación. En todo caso, la presión necesaria para causar las marcas dentales —explicó Brambell, señalando los resultados con el puntero electrónico— oscila entre treinta y cinco y sesenta y cinco kilogramos por centímetro cuadrado; es decir, una presión bastante inferior a nuestra estimación inicial de ochenta y cinco kilogramos por centímetro cuadrado.

« Inferior a su estimación inicial », pensó Margo, mirando de reojo a Frock.

En la pantalla apareció otra fotografía.

—Aquí, alrededor de las marcas, el estudio detallado de secciones finas del

hueso revela la entrada de sangre a través de las áreas intersticiales y en la propia médula. Eso indica que las incisiones fueron anteriores a la muerte. —Se produjo un silencio. Brambell se aclaró la garganta y añadió—: En otras palabras, las marcas se produjeron en el momento de la muerte. Debido al avanzado estado de descomposición, resulta imposible establecer una causa *definitiva* de la muerte. Pero creo que podemos afirmar con relativa certeza que las víctimas murieron como consecuencia del severo traumatismo y la masiva pérdida de sangre provocados simultáneamente a las marcas dentales. —Se volvió hacia el auditorio con un ademán teatral—. Todos nos formulamos una misma pregunta, lo sé. La pregunta clave. ¿Qué causó esas marcas? Como ninguno de nosotros ignora, la prensa ha especulado con la hipótesis de que el asesino sea otro Mbwun.

«Está disfrutando», pensó Margo. Notaba crecer la tensión en la sala. D'Agosta estaba sentado en el borde de su butaca.

—Hemos cotejado estas marcas con las que produjo Mbwun hace dieciocho meses, sobre las cuales este museo precisamente posee abundante información. Y hemos llegado a dos firmes conclusiones. —Respiró hondo y miró alrededor—. Primero, estas marcas dentales no concuerdan con los dientes de Mbwun. Difieren en tamaño, longitud y sección transversal.

Margo vio relajarse, casi hundirse, los hombros de D'Agosta.

—Segundo —continuó Brambell—, la presión ejercida para provocar estas marcas no ha superado en ningún caso los sesenta y cinco kilogramos por centímetro cuadrado, lo cual nos induce a pensar en un cánido, o más probablemente en un humano. No en un nuevo Mbwun.

Las diapositivas empezaron a pasar más deprisa, mostrando varias fotografías de marcas dentales.

—La presión ejercida por un hombre sano y habituado a masticar chicle, en un mordisco fuerte, oscila entre sesenta y sesenta y cinco kilogramos por centímetro cuadrado —explicó Brambell—. No existe ninguna diferencia entre estas marcas y el mordisco de un colmillo humano. No puede excluirse, desde luego, que una jauría de perros salvajes atacase, matase y mutilase a las víctimas en los túneles. Sin embargo, a mi juicio, las marcas que aquí vemos se aproximan más a las de un hombre que a las de un perro o cualquier otro hipotético habitante del subsuelo.

—Quizá, doctor Brambell, haya más clases de habitantes en el subsuelo de los que sueña su filosofía^[2] —lo interrumpió de pronto una voz con acento del sur profundo, quizá Alabama o Luisiana, y un tono de ligero cinismo.

Margo volvió la cabeza y descubrió la esbelta y familiar figura del agente especial Pendergast reclinada contra un asiento de las últimas filas. No lo había oído entrar. Pendergast advirtió que le miraba y la saludó con la cabeza, destellando en la oscuridad sus claros ojos azules.

—Señorita Green —dijo—. Disculpe. Ahora debo llamarla doctora Green, ¿no es así?

Margo sonrió y asintió con la cabeza. No había visto al agente del FBI desde la fiesta de despedida en el despacho de Frock Recordó de nuevo que aquella había sido la última vez que vio a la mayoría de las personas relacionadas con los asesinatos de la Bestia del Museo, el doctor Frock, por ejemplo, o Greg Kawakita.

Frock, con cierto esfuerzo, dio la vuelta a la silla, dirigió un gesto de saludo a Pendergast y se colocó nuevamente de cara a la pantalla.

Brambell observaba al recién llegado.

—¿Usted es...?

—Pendergast, agente especial del FBI —se anticipó D'Agosta—. Colabora con nosotros en el caso.

—Comprendo —respondió Brambell—. Mucho gusto. —Se volvió hacia la pantalla con actitud diligente—. Pasemos al siguiente punto: la identificación del cadáver desconocido. En ese frente, tengo buenas noticias. Me temo que será una sorpresa para mis colegas —señaló a Frock y Margo con el mentón—, porque yo mismo acabo de enterarme.

Frock irguió la espalda con una expresión inescrutable en el rostro.

Margo miró alternativamente a los dos científicos. ¿Era posible que Brambell les hubiese ocultado algo con la intención de llevarse todos los laureles?

—Por favor, fíjense en la siguiente diapositiva. —La pantalla mostró otra imagen, la radiografía en que Margo había observado los cuatro triángulos blancos—. Aquí vemos cuatro pequeños triángulos incrustados en las vértebras lumbares del esqueleto desconocido. Al principio, cuando la doctora Green los descubrió, nos quedamos todos perplejos. Pero anoche, en una repentina inspiración, concebí su posible origen. He pasado la mayor parte del día de hoy en contacto con varios cirujanos ortopédicos. Si estoy en lo cierto, conoceremos la identidad del individuo asesinado a finales de esta semana, quizá antes. —Sonrió y paseó una mirada triunfal por la sala, deteniéndose por un instante en Frock con manifiesta insolencia.

—Así pues, cree usted que esos triángulos son... —empezó a decir Pendergast.

—Por el momento —lo interrumpió Brambell con tono tajante— no puedo añadir nada más al respecto.

Alzó el mando a distancia, y apareció otra diapositiva en la pantalla, ésta de una cabeza en avanzado estado de descomposición, sin ojos ni labios, los dientes expuestos en una macabra mueca. Margo sintió la misma repugnancia que había sentido cuando la cabeza llegó al laboratorio.

—Como ya saben —prosiguió Brambell—, ayer nos enviaron también esta cabeza para su análisis. La encontró el teniente D'Agosta mientras investigaba unos asesinatos cometidos recientemente entre la población sin hogar. Si bien no

dispondremos de un informe completo hasta dentro de unos días, nos consta que pertenece a un indigente que murió hace aproximadamente dos meses. Se advierten numerosas marcas, algunas de dientes y otras producidas por un arma toscamente acabada, también en este caso presentes sobre todo alrededor de las vértebras cervicales unidas aún al cráneo. Nos proponemos exhumar el cadáver para realizar una investigación a fondo.

« ¡Oh, no! », pensó Margo.

Brambell pasó varias diapositivas más.

—Del estudio de las heridas del cuello se desprende una vez más que la fuerza ejercida se corresponde con la de un agresor humano, y no la de un nuevo Mbwun.

La pantalla quedó en blanco, y Brambell dejó el puntero en una mesa cercana. Cuando se encendieron las luces, D'Agosta se puso en pie.

—Es un alivio mayor de lo que se imaginan —dijo—. Pero dejemos las cosas claras. ¿Asegura que esas marcas de dientes son de una persona?

Brambell asintió con la cabeza.

—¿No de un perro u otro animal que pueda vivir en las cloacas?

—Dado el carácter y el estado de las marcas, no puede descartarse por completo a un perro. Pero personalmente opino que existen mayores probabilidades de que pertenezcan a uno o varios humanos. Si dispusiésemos aunque sólo fuese de una marca nítida de toda o buena parte de la dentadura, pero desgraciadamente... —Extendió las manos—. Y si se demuestra que algunas de esas incisiones son fruto de un arma, por tosca que sea, obviamente no podrían haber sido producidas por un perro.

—¿Y usted qué piensa, doctor Frock? —preguntó D'Agosta.

—Coincido con el doctor Brambell —contestó Frock lacónicamente, revolviéndose en la silla de ruedas. A continuación masculló—: Por si no lo recuerdan, fui yo quien desde el primer momento sostuve que esto no era obra de una criatura como Mbwun. Me complace que los resultados del análisis me hayan dado la razón. No obstante, debo protestar por el modo en que el doctor Brambell ha actuado respecto a la identificación del cadáver A.

—Tomo cumplida nota —dijo Brambell con una forzada sonrisa.

—El asesino es un vulgar imitador —sentenció el policía corpulento con tono triunfal.

Se produjo un silencio.

El policía se levantó y miró alrededor.

—Anda suelto un bicho raro que se inspira en los asesinatos de la Bestia del Museo —afirmó a voz en grito—. Algún chiflado que va por ahí matando gente, cortando cabezas y quizá comiendo carne humana.

—Eso concuerda con los datos —dijo Brambell—, excepto por el hecho...

—Un asesino en serie que además es mendigo —lo interrumpió el policía.

—Oye, Jack... capitán Waxie —dijo D'Agosta—, eso no explica...

—¡Lo explica todo! —insistió obstinadamente el hombre llamado Waxie.

De pronto se abrió una de las puertas de acceso a la sala, y una voz airada resonó en torno al grupo.

—¿Por qué demonios no se me ha informado de esta reunión?

Margo volvió la cabeza y al instante reconoció aquella cara picada de viruelas, el impecable uniforme, la pesada guarnición de medallas y galones: era Horlocker, el jefe de policía, y bajaba por el pasillo con paso enérgico, seguido de dos ayudantes.

Una expresión de cautela asomó fugazmente al rostro de D'Agosta, dando paso de inmediato a una máscara de neutralidad.

—Jefe, le envié...

—¿Qué? ¿Un comunicado interno? —Furioso, Horlocker se acercó a la fila de butacas donde se hallaban el teniente y Waxie—. D'Agosta, por lo que se ve, ha cometido el mismo error que la otra vez en el museo. No mantuvo al corriente a sus superiores desde el principio. Usted y el imbécil de Coffey se empeñaron en que era un asesino en serie y lo tenían todo bajo control. Cuando se dieron cuenta de lo que era realmente, el museo estaba ya lleno de cadáveres.

—Si me permite un inciso, jefe Horlocker, ésa es una interpretación en extremo inexacta de lo que ocurrió —intervino Pendergast con su voz meliflua desde el otro lado de la sala.

Margo vio a Horlocker volverse hacia la voz.

—¿Quién es ése? —preguntó.

D'Agosta se dispuso a responder, pero Pendergast lo hizo callar alzando una mano.

—Disculpa, Vincent. Jefe Horlocker, soy Pendergast, agente especial del FBI. Horlocker lo miró con expresión ceñuda.

—He oído hablar de usted. También participó en la cagada del museo.

—Una florida metáfora —repuso Pendergast.

—¿Y qué quiere ahora, Pendergast? —preguntó Horlocker con impaciencia —. No tiene competencias en este asunto.

—Colaboro con el teniente D'Agosta en calidad de asesor.

Horlocker arrugó el entrecejo.

—D'Agosta no necesita ayuda.

—Perdone que le contradiga —contestó Pendergast—, pero creo que tanto él como usted necesitan toda la ayuda posible. —Miró a Waxie y luego otra vez a Horlocker—. No se preocupe, jefe, no busco condecoraciones. Estoy aquí para contribuir a determinar la identidad del asesino, no para apropiarme del caso.

—¡Vaya un consuelo! —exclamó Horlocker. Y volviéndose hacia D'Agosta, preguntó:

—¿Y bien? ¿Qué tenemos?

—En opinión del forense, el próximo viernes contaremos con la identificación del esqueleto desconocido —dijo D'Agosta—. Y cree también que las marcas de dientes pertenecen a un humano. O a varios.

—¿A varios? —repitió Horlocker.

—Jefe, a mi juicio, las pruebas apuntan a más de un asesino —confirmó D'Agosta.

Brambell asintió con la cabeza.

Horlocker parecía consternado.

—¿Cómo? ¿Está diciéndome que andan por ahí dos psicópatas con tendencias caníbales? ¡Por Dios, D'Agosta, use la cabeza! Lo que tenemos aquí es un mendigo asesino que se ceba en los de su propia clase, y de vez en cuando una persona de verdad, como Pamela Wisher o ese tal Bitterman, aparece en el momento y lugar menos oportunos y acaba muerta.

—¿Una persona de verdad? —murmuró Pendergast.

—Ya me entiende. Un miembro productivo de la sociedad. Alguien con domicilio conocido. —Horlocker miró a D'Agosta con el entrecejo fruncido—. Le di un plazo, y esperaba mucho más que esto.

Waxie se levantó de la butaca con visible esfuerzo y declaró:

—Yo estoy convencido de que todo es obra de un mismo asesino.

—Exacto —dijo Horlocker, echando un vistazo alrededor por si alguien se atrevía a contradecirlo—. En resumen, nos enfrentamos con un chiflado sin hogar, instalado probablemente en alguna parte del Central Park, que se cree la Bestia del Museo. Y después del condenado artículo del *Times* media ciudad ha enloquecido. —Dirigiéndose a D'Agosta, preguntó—: Y ahora ¿qué planes tiene?

—*Du calme, du calme*, jefe —terció Pendergast con tono apaciguador—. Con frecuencia he observado que quien más alto habla es quien menos tiene que decir.

Horlocker lo miró con expresión de incredulidad.

—A mí no puede hablarme así.

—Al contrario, en esta sala soy el único que *sí* puede hablarle así —respondió con intencionada parsimonia—. Por eso me corresponde a mí señalar que ha planteado usted una serie de conjeturas sin la menor base. Primero, que el asesino es un mendigo. Segundo, que vive en el Central Park. Tercero, que es un psicópata. Y cuarto, que sólo hay uno. —Pendergast contempló a Horlocker casi con benevolencia, como un padre paciente que sigue el juego a un niño molesto—. Ha conseguido amontonar un buen número de suposiciones en una sola frase, jefe Horlocker.

Con la vista fija en Pendergast, Horlocker abrió la boca y volvió a cerrarla. Luego, no sin antes lanzar una fulminante mirada a D'Agosta, se dio media vuelta y salió a grandes zancadas de la sala; sus ayudantes trotaron tras él para no quedarse rezagados.

Al portazo siguieron unos instantes de silencio.

—¡Valiente payasada! —oyó Margo mascullar a Frocka la vez que se movía inquieto en la silla de ruedas.

D'Agosta exhaló un suspiro y se volvió hacia Brambell.

—Mejor será que le envíe un informe al jefe —dijo—. Pero abrévielo un poco, eh; deje sólo lo más importante. E incluya muchas ilustraciones, procurando que la lectura sea amena. Como para un niño de cuarto de primaria.

Brambell, reluciendo su calva bajo el resplandor del proyector, prorrumpió en una aguda risa de satisfacción y respondió:

—¡Cómo no, teniente! Exprimiré al máximo mis aptitudes literarias.

Margo vio que Waxie lanzaba a ambos una mirada de desaprobación y se encaminaba después hacia la puerta.

—No considero muy profesional andar riéndose a costa del jefe —reprochó antes de salir—. Yo personalmente tengo otras cosas más importantes que hacer.

D'Agosta lo miró con furia.

—Pensándolo mejor —dijo lentamente—, redáctelo para un niño de tercer grado, así también podrá leerlo el capitán.

En la cabina de proyección, convertida provisionalmente en su atalaya, Smithback se apartó de la abertura de observación y apagó complacido el casete. Escuchando con atención, aguardó a que la Sala Linneo se vaciase.

El operador salió y entró en la cabina desde la sala de control y miró a Smithback con expresión ceñuda.

—Usted ha dicho...

El periodista le quitó importancia con un gesto.

—Ya sé qué he dicho. No quería inquietarlo más aún. —Smithback extrajo veinte dólares de su cartera y se los entregó—. Tenga.

El operador, nervioso, se guardó el billete en un bolsillo.

—No lo aceptaría si los salarios del museo fuesen mínimamente decentes. Como está la vida en Nueva York, uno no tiene ni para empezar...

—Claro —respondió Smithback, echando un último vistazo por la abertura de observación—. No hace falta que se justifique. Está contribuyendo a la libertad de prensa. Vaya a cenar a un buen restaurante y no se preocupe. Aunque me metan en la cárcel, no revelaré mi fuente de información.

—¿En la cárcel? —gimoteó el operador.

Smithback lo tranquilizó con una palmada en la espalda, salió de la cabina de proyección y, con el casete y la libreta bajo el brazo, recorrió los antiguos y polvorientos pasillos que tan bien recordaba. Afortunadamente en la salida norte vigilaba la vieja Pocahontas, así apodada por la vehemencia con que aplicaba colorete a sus generosas mejillas. Pasó a toda prisa ante ella con una ráfaga de

sonrisas e insinuantes guiños, tapando discretamente la fecha de caducidad de su ajada tarjeta de identificación del museo.

Margo empujó la puerta giratoria de la comisaría del distrito veintisiete, torció a la izquierda y bajó al sótano por la larga y empinada escalera. El pasamanos había desaparecido de la vieja pared amarilla hacía décadas, y Margo debía pisar con cuidado para no resbalar en los peldaños de cemento. Pese al espesor de los cimientos que la rodeaban, empezó a oír las apagadas detonaciones mucho antes de llegar al pie de la escalera.

Ya abajo, tiró de la pesada puerta insonorizada, y de pronto las apagadas detonaciones se convirtieron en ensordecedores estampidos. Con el rostro contraído a causa del estruendo, se dirigió al mostrador. El agente la reconoció y, al ver que abría el bolso, le indicó con un gesto que no era necesario que mostrase su carta de presentación y su permiso especial.

—Vaya a la número diecisiete —dijo, haciéndose oír por encima del ruido y entregándole una docena de blancos y un gastado protector acústico.

Margo anotó su nombre y la hora de entrada en el registro y se dirigió hacia la cabina asignada, poniéndose a la vez el protector acústico. De inmediato el estruendo volvió a ser tolerable. A su izquierda, se hallaban las cabinas sin techo de la galería, casi todas ocupadas por agentes de policía que cargaban sus armas, colgaban los blancos, comprobaban el resultado de sus disparos. A media tarde aquello estaba siempre muy concurrido. Y entre la docena de galerías de tiro de veinticinco metros repartidas por las comisarías de Nueva York, la del distrito veintisiete presumía de ser la mayor y mejor equipada.

Cuando llegó a la cabina diecisiete, sacó del bolso la pistola, una caja de munición FMJ 120 gr y varios cargadores de repuesto. Tras colocar la munición en un estante lateral, revisó la pequeña semiautomática. Los movimientos eran ya tan habituales como extraños habían sido un año atrás, cuando acababa de comprar el arma. Satisfecha, insertó el primer cargador, colgó un blanco corriente en la guía y lo alejó diez metros.

A continuación adoptó rápidamente la posición Weaver, como le habían enseñado: el índice de la mano derecha en el gatillo, la mano izquierda sujetando con firmeza la mano derecha. Alineando la mira y el blanco, apretó el gatillo y dejó que los codos flexionados absorbiesen el retroceso. Miró el blanco por un momento con los ojos entornados y luego disparó sin interrupción hasta vaciar el resto del cargador de diez balas.

Siguiendo la rutina de tiro acostumbrada —cargar, situar el blanco, disparar—, vació casi mecánicamente varios cargadores. Consumida ya media caja de munición, pasó a los blancos de silueta. Al acabarse el último cargador, se volvió para limpiar el arma y, sorprendida, vio a sus espaldas al teniente D'Agosta, que la observaba de brazos cruzados.

—Hola —saludó Margo a voz en grito, quitándose el protector acústico.

D'Agosta señaló el blanco con el mentón.

—Veamos cómo ha ido —dijo. Cuando ella acercó la silueta, comentó con tono de halago—: Una bonita insignia en la solapa.

Margo se echó a reír.

—Gracias —dijo—. En realidad, tengo que agradecerse a usted, y no sólo esto sino también el permiso.

Guardó los cargadores vacíos en el bolso, pensando lo extraña que debió de parecerle su actitud a D'Agosta cuando, tres meses después de resolverse los asesinatos del museo, ella irrumpió en su despacho y le pidió que le consiguiese un permiso de armas. Para protegerse, pretextó. ¿Cómo habría podido explicarle que vivía atormentada por un persistente miedo, por angustiosas pesadillas, por una profunda sensación de vulnerabilidad?

—Me contó Brad que era usted una buena alumna —dijo D'Agosta—. Supuse que se llevarían bien; por eso se lo recomendé. En cuanto al permiso, no debe agradecérmelo a mí. Pendergast se ocupó personalmente del asunto. Por cierto, déjeme ver qué clase de arma le aconsejó Brad.

Margo le entregó la pistola.

—Es una Glock pequeña. Modelo 26, con un «gatillo Nueva York», modificado en fábrica, que ofrece mayor resistencia y reduce el riesgo de accidentes.

—Ligera y agradable al tacto —dictaminó D'Agosta, sopesándola—. Pero tiene un radio de mira corto.

—Su amigo Brad me ayudó mucho a ese respecto. Me enseñó a ajustar la mira y estimar la posible desviación. He hecho todas las prácticas con esta pistola. Probablemente sería incapaz de usar otra.

—Lo dudo. —D'Agosta le devolvió el arma—. Con puntuaciones como ésa, probablemente se desenvolvería bien con cualquier cosa. —Señaló hacia la salida—. Aquí hay mucho ruido. Mejor será que salgamos. La acompaño.

Margo se detuvo ante el mostrador para consignar la hora de salida, y vio con sorpresa que D'Agosta firmaba también en el registro.

—¿Ha venido a disparar? —preguntó.

—¿Por qué no? —respondió D'Agosta—. Incluso los veteranos como yo nos oxidamos. —Salieron de la galería y empezaron a subir por la larga y empinada escalera. —La verdad es que en investigaciones como ésta todo el mundo se pone nervioso. Unas prácticas de tiro no vienen mal, y menos después de la reunión de hoy.

Margo no se molestó en responder. Se detuvo en lo alto de la escalera y esperó a D'Agosta. El teniente llegó por fin con un leve resuello, y salieron por la puerta giratoria a la calle Treinta y uno. Era una tarde fresca y había poco tráfico. Margo consultó su reloj: casi las ocho. Podía volver a casa haciendo jogging, prepararse una cena ligera y acostarse para intentar recuperar el sueño

perdido.

—Estoy seguro de que esa condenada escalera ha provocado más infartos que todas las pastelerías de Nueva York juntas —bromeó D'Agosta—. A usted sin embargo no la afectan, por lo que se ve.

Margo se encogió de hombros.

—Ahora hago ejercicio.

—Ya se nota. No es la misma que hace dieciocho meses. Al menos exteriormente. ¿Qué clase de gimnasia hace?

—Sobre todo musculación. Ya sabe: mucho peso y series cortas.

D'Agosta asintió con la cabeza.

—¿Un par de veces por semana?

—Ejercito en días alternos los músculos superiores e inferiores. También salgo a correr.

—¿Cuánto peso levanta? ¿Cincuenta kilos?

Margo negó con la cabeza.

—Sesenta. Es más cómodo, porque ahora ya no tengo que andar poniendo todo ese montón de discos pequeños en la barra. Me arreglo con los de veinte.

D'Agosta volvió a asentir.

—No está mal. —Se dirigieron hacia la Sexta Avenida—. ¿Y le ha servido?

—¿Cómo dice?

—Que si le ha servido —repitió D'Agosta.

—No le entiendo —dijo Margo, arrugando la frente, pero supo a qué se refería el teniente aun antes de terminar la frase. Al cabo de un momento, bajando la voz, contestó: —La verdad es que sólo en parte.

—No es mi intención entrometerme —dijo D'Agosta, palpándose distraidamente los bolsillos en busca de un cigarro—. Es sólo que no suelo andarme con rodeos, por si no se había dado cuenta. —Encontró uno, quitó la vitola con la uña e inspeccionó la envoltura—. Aquella mierda del museo nos afectó a todos, supongo.

Llegaron a la avenida, y Margo vaciló por un instante, mirando hacia el norte.

—Lo siento —dijo por fin—. Me cuesta hablar de ese tema.

—Lo sé —contestó D'Agosta—. Y más ahora. —Guardó silencio mientras encendía el puro—. Cuidese, doctora Green.

Margo esbozó una débil sonrisa.

—Lo mismo digo. —Tocándose el bolso añadió—: Y gracias de nuevo por esto.

A continuación empezó a correr suavemente entre los coches, camino del West Side y su apartamento.

D'Agosta miró el reloj. Eran las diez de la noche, y pese a sus esfuerzos no tenían aún ni una sola pista. Las patrullas de agentes habían recorrido todos los refugios, centros de acogida y comedores de beneficencia, buscando en vano noticias de alguien que hubiese mostrado un excesivo interés en Mbwun. Hayward, cuyos conocimientos sobre la gente sin hogar que vivía en el subsuelo eran cada vez más valiosos, había dirigido personalmente varias batidas especiales con los grupos de desalojo. Por desgracia, el resultado había sido también decepcionante; los topos se desvanecían ante las patrullas, ocultándose en lugares cada vez más recónditos y oscuros. Además, como Hayward había explicado, las batidas apenas arañaban la superficie de la vasta red de túneles que se extendía bajo las calles de la ciudad. Por lo menos, la avalancha de llamadas telefónicas de chiflados que reclamaban la recompensa del *Post* se había reducido a un simple goteo. Quizá la gente estaba demasiado preocupada por el artículo del *Times* y el asesinato de Bitterman.

Contempló su escritorio, enterrado aún bajo los informes semicoordinados de los distintos grupos de búsqueda. Luego contempló el tablón de anuncios por enésima vez aquella tarde, clavando la vista en el plano como si con la intensidad de su mirada pudiese arrancarle una respuesta. ¿Cuál era la pauta? Tenía que haberla; ésa era la primera regla en el trabajo de investigación policial.

Le traía sin cuidado la opinión de Horlocker; la intuición le decía que aquellas muertes eran obra de más de un asesino. Y no sólo la intuición. Había demasiados crímenes, y el *modus operandi* era similar pero no idéntico: unas víctimas aparecían decapitadas, otras con el cráneo aplastado, y otras simplemente mutiladas. Quizá se trataba de una secta de gente profundamente perturbada. Pero, fuera lo que fuese, los amenazadores plazos impuestos por Horlocker no servían más que para distraerlos de su verdadero cometido y hacerles perder el tiempo. Lo que se requería en aquellas circunstancias era un trabajo de investigación paciente, metódico e inteligente.

D'Agosta rió para sí. «Dios mío —pensó—, cada vez me parezco más a Pendergast».

Al otro lado de la puerta del cuarto de material contiguo a su despacho, D'Agosta empezó a oír extraños ruidos. Hayward había entrado allí minutos antes aprovechando un descanso. Permaneció atento a la puerta, y los ruidos continuaron. Finalmente se levantó, se dirigió a la puerta, abrió y entró. Hayward se hallaba en medio del cuarto, agazapada en una postura animal, la mano izquierda rígidamente extendida al frente como una flecha y la derecha ladeada junto a la cabeza. Tenía ambas manos tensas y ligeramente curvadas, con los pulgares hacia afuera. Mientras D'Agosta la observaba, dio un giro de noventa grados, invirtió las posiciones de los brazos en un mudo golpe de puño, y giró

otros noventa grados. Semejaba una especie de peligroso ballet.

Intercalaba entre los movimientos profundas exhalaciones, no muy distintas del modo de respirar que tanto había sorprendido a D'Agosta durante el enfrentamiento en los túneles. Tras un nuevo giro, Hayward quedó cara a cara ante D'Agosta y bajó las manos pausadamente.

—¿Necesita algo, teniente? —preguntó.

—Sólo que me explique qué demonios hace —respondió D'Agosta.

Hayward se irguió lentamente, dejó escapar el aire de los pulmones y miró a D'Agosta.

—Es una de las series *heian* del *kata*.

—¿Cómo?

—Los ejercicios formales del *kárate shotokan* —dijo Hayward. Advirtiendo la expresión de D'Agosta, aclaró—: Me ayudan a relajarme y mantenerme en forma. Además, teniente, es mi rato de descanso.

—Pues adelante. —D'Agosta se volvió hacia la puerta, pero antes de salir se detuvo—. ¿Qué cinturón es?

Hayward lo miró por un momento en silencio y finalmente contestó:

—Blanco.

—Ya.

Hayward sonrió.

—El *shotokan* es la escuela japonesa de *kárate* original. En general, no les entusiasman los cinturones de colores. Hay seis niveles de cinturón blanco, tres de marrón y el negro.

D'Agosta asintió con la cabeza y preguntó con curiosidad:

—¿Y usted en qué nivel está?

—El mes que viene me presentaré al examen para el cinturón marrón *sankyu*.

D'Agosta oyó abrirse la puerta de su despacho. Al salir del cuarto de material, vio la corpulenta figura del capitán Waxie. Sin mediar palabra, Waxie empezó a pasearse ante el tablón de anuncios con las manos cruzadas tras la espalda, estudiando atentamente el caos de alfileres rojos y blancos.

—Aquí hay una pauta —anunció por fin.

—¿Sí? —preguntó D'Agosta, esforzándose por mantener un tono neutro.

Waxie, sin volverse, asintió sabiamente.

D'Agosta guardó silencio. Sabía que se arrepentiría hasta el día de su muerte de haber involucrado a Waxie en el caso.

—Se origina *aquí* —dijo Waxie, golpeando ruidosamente con un dedo un punto verde del plano.

D'Agosta vio que señalaba el Rumble, la zona más agreste del Central Park.

—¿En qué te basas?

—Muy sencillo —respondió Waxie—. El jefe ha tenido una charla con el

principal actuario de seguros del Departamento de Recursos Humanos, y éste ha observado los lugares de los asesinatos, ha hecho un análisis lineal del área de mayor incidencia y ha dicho que confluyen aquí. ¿Lo ves? Las muertes forman un semicírculo alrededor de este punto. El Castillo de Belvedere es la clave. —Se volvió y miró a D'Agosta—. En el Rumble hay rocas, cuevas, espesas arboledas. Y mucha gente sin hogar. Es el escondite perfecto. *Ahí* encontraremos al asesino.

Esta vez D'Agosta fue incapaz de disimular su incredulidad.

—A ver si lo entiendo. ¿Un agente de seguros de Personal os ha hecho esa sugerencia? ¿Y ha intentado venderos también un plan de ahorro?

Waxie frunció el entrecejo, y sus carnosas mejillas adquirieron un intenso color carmesí.

—No me gusta nada ese tono —reprochó—. No era apropiado en la reunión de esta tarde, y tampoco lo es ahora.

—Dime, Jack —replicó D'Agosta, intentando no perder la paciencia—, ¿qué demonios sabe de asesinatos un actuario, por más que sea un actuario de la policía? Su opinión no basta. Hay que tener en cuenta la entrada, la salida, todo. Además, el asesinato del Castillo de Belvedere es el que más se aleja del *modus operandi*.

D'Agosta desistió. No servía de nada hablar con Waxie. Horlocker era un entusiasta de los especialistas, expertos y asesores. Y Waxie era la obsecuencia en persona...

—Voy a necesitar este plano —dijo Waxie, volviéndose de nuevo hacia el tablón.

D'Agosta observó la ancha espalda que tenía enfrente. De pronto una luz se encendió en su cabeza, y comprendió el motivo de aquello.

—Sírvete tú mismo —replicó—. Los expedientes principales del caso están en esos armarios, y el sargento Hayward conoce bien...

—No necesito a Hayward —lo interrumpió Waxie—. Me basta con el tablón de anuncios y los expedientes. Envíamelos mañana a las ocho a mi despacho, el 2.403. Me han trasladado aquí a jefatura. —Lentamente se dio media vuelta y miró a D'Agosta con recelo—. Lo siento, Vinnie. Creo que se reduce todo a una cuestión de buena comunicación. Entre Horlocker y yo. Quiere a alguien con quien sintonizar. Alguien capaz de tener llamada a la prensa. No es nada personal, compéndelo. Ya veremos con qué misión, pero sigues en el caso. Y ahora que empezaremos a avanzar, puede que te calmes un poco. Mantendremos vigilado el Rumble y atraparemos a ese fulano.

—No lo dudo —respondió D'Agosta. Recordó que aquél era un caso sin solución posible, del que al principio de buena gana se habría desentendido. No le sirvió de consuelo.

Waxie le tendió la mano.

—¿No me guardas rencor, Vinnie?

D'Agosta estrechó la mano tibia y rechoncha.

—En absoluto, Jack—se oyó contestar.

Waxie volvió a echar un vistazo al despacho por si había alguna otra cosa digna de apropiarse. Por fin dijo:

—Bueno, tengo que irme. Quería darte la noticia en persona.

—Gracias.

Se quedaron inmóviles por un momento en el incómodo silencio que siguió. Luego Waxie, en un forzado gesto, le dio una palmada en el hombro y salió del despacho.

D'Agosta oyó un susurro de tela, y Hayward apareció junto a él. Permanecieron callados mientras se alejaban las pisadas por el pasillo de linóleo y desaparecían finalmente en el leve rumor de voces y máquinas de escribir. Entonces Hayward se volvió hacia D'Agosta.

—Teniente, ¿cómo ha consentido que se salga con la suya? —preguntó airada —. Cuando estábamos acorralados en los túneles, ese cagueta salió corriendo.

D'Agosta se sentó y buscó a tientas un cigarro en el primer cajón del escritorio.

—El respeto a los superiores no es su fuerte, ¿eh, sargento? —dijo—. De todos modos, ¿por qué está tan segura de que quedarse con el caso es un premio?

Encontró un cigarro, perforó la corona con la punta de un lápiz, y lo encendió.

Dos horas más tarde, cuando D'Agosta daba las últimas instrucciones para que subiesen los expedientes del caso al nuevo despacho de Waxie, Pendergast entró tranquilamente en el despacho. Era el Pendergast que D'Agosta recordaba: un impecable traje negro en extremo ajustado a su exiguo talle, cabello rubio plateado peinado hacia atrás, mocasines ingleses cosidos a mano de color marrón rojizo. Como de costumbre, parecía más un elegante empresario que un agente del FBI.

—¿Puedo? —preguntó Pendergast, señalando con el mentón la silla para las visitas.

D'Agosta colgó el auricular del teléfono y asintió con la cabeza. Pendergast se deslizó en la silla con la felina agilidad que lo caracterizaba. Echó un vistazo alrededor, reparando en las cajas llenas de expedientes y el espacio vacío en la pared donde antes colgaba el plano. Se volvió hacia D'Agosta y enarcó las cejas con burlona perplejidad.

—Ahora el quebradero de cabeza ha pasado a Waxie —respondió D'Agosta a la pregunta no formulada—. Ha habido cambio de funciones.

—Ya veo —dijo Pendergast—. Sin embargo, teniente, no parece muy desanimado por este giro en los acontecimientos.

—¿Desanimado? —repitió D'Agosta—. Fijese en el despacho. El tablón de anuncios ha desaparecido; los expedientes están en cajas; Hayward se ha ido a dormir; el café está caliente, y tengo un cigarro encendido. Me encuentro de

maravilla.

—Lo dudo mucho. Así y todo, esta noche probablemente dormiré mejor que el señor Waxie. Intranquila yace la cabeza que ciñe la corona,^[3] y esas cosas. —Miró sonriente a D'Agosta—. Y ahora ¿qué?

—Bueno, sigo asignado al caso —contestó D'Agosta—. En condición de qué, lo desconozco; Waxie no se ha molestado en decírmelo.

—Posiblemente él mismo no lo sabe. Pero ya procuraremos que no se quede ocioso.

Pendergast calló, y D'Agosta se recostó en la butaca, saboreando el cigarro y dejando complacido que el silencio se extendiese por el despacho.

—Estuve una vez en Florencia —comentó Pendergast por fin.

—¿Sí? Yo fui a Italia hace poco. Llevé a mi hijo a ver a su bisabuela.

Pendergast asintió con la cabeza.

—¿Visitó el palacio Pitti?

—El palacio ¿qué?

—En realidad, es un museo. Y muy exquisito. En una pared hay un mapa antiguo, un fresco pintado un año antes de que Colón descubriese América.

—No me diga.

—En el lugar donde poco después se encontraría el continente americano no había nada salvo las palabras: « *Cui ci sono dei mostrì* ».

D'Agosta contrajo el rostro.

—Aquí hay ... *mostrì*. ¿Qué es eso?

—Significa: « Aquí hay monstruos ».

—Monstruos, claro. ¡Dios mío, estoy olvidando el italiano! Lo hablaba con mis abuelos.

Pendergast movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Teniente, me gustaría que respondiese a una pregunta.

—Usted dirá.

—Adivine cuál es la mayor región habitada del planeta de la que aún no existen mapas.

D'Agosta se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Milwaukee?

Pendergast esbozó una triste sonrisa.

—No, y tampoco es Mongolia, ni las Antípodas. Es el subsuelo de Nueva York

—Me toma el pelo, ¿no?

—No, no le tomo el pelo. —Pendergast cambió de posición en la silla—. Vincent, el subsuelo de Nueva York me recuerda aquel mapa del palacio Pitti. Es realmente un territorio inexplorado. Y por lo visto posee una extensión inimaginable. Bajo la Grand Central Terminal, por ejemplo, hay casi una docena de pisos, sin contar las cloacas ni los desagües para lluvias. Bajo la Penn Station,

los niveles subterráneos alcanzan una profundidad aún mayor.

—Así que usted ha bajado —dijo D'Agosta.

—Sí. Después de mi primera conversación con usted y la sargento Hayward. En realidad, fue una simple exploración. Quería formarme una impresión del entorno, probar mi capacidad para moverme bajo tierra y reunir información. Conseguí hablar con varios habitantes del subsuelo. Me contaron muchas cosas, e insinuaron más aún.

—¿Averigué algo sobre los asesinatos? —preguntó D'Agosta, echándose hacia adelante.

Pendergast asintió con la cabeza.

—Indirectamente. Pero quienes disponen de mayor información viven mucho más abajo de donde yo me atreví a llegar en mi primer descenso. Lleva tiempo ganarse la confianza de esa gente, y más ahora. Comprenda que están aterrorizados. —Pendergast dirigió sus ojos azules hacia D'Agosta—. Por algunos cuchicheos que logré oír, deduje que un misterioso grupo de gente ha colonizado los subterráneos. Y en la mayoría de los rumores ni siquiera se empleaba la palabra «gente». Según se dice, son seres salvajes, infrahumanos, caníbales. Y son esos seres los causantes de las muertes.

Quedaron en silencio. D'Agosta se levantó, se acercó a la ventana y contempló el paisaje nocturno de Manhattan. Por fin preguntó:

—¿Usted da crédito a eso?

—No lo sé —respondió Pendergast—. Tengo que hablar con Mephisto, el jefe de la comunidad establecida bajo Columbus Circle. Buena parte de sus declaraciones al *Post* en aquel artículo reciente tiene alarmantes visos de realidad. Por desgracia, no es fácil llegar a él. Desconfía de los intrusos y odia con pasión a las autoridades. Pero creo que es él quien puede guiarme hasta donde quiero llegar.

D'Agosta apretó los labios. Al cabo de unos segundos, preguntó:

—¿Necesita compañía?

Una sonrisa fugaz asomó al rostro de Pendergast.

—Es un lugar anárquico y en extremo peligroso. No obstante, tendré en cuenta el ofrecimiento. ¿Le parece bien?

D'Agosta asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Y ahora le recomiendo que se vaya a casa y duerma un rato. —Pendergast se puso en pie—. Nuestro amigo Waxie, aunque no lo sepa, va a necesitar toda la ayuda posible.

Simón Brambell, tarareando una melodía popular irlandesa, cerró la cremallera de la cartera y dirigió una mirada afectuosa al laboratorio: la ducha de seguridad en el rincón; los instrumentos de cromo y acero pulcramente alineados, titilando bajo la tenue luz tras el cristal de la vitrina. Se sentía muy satisfecho de sí mismo. Rememoró una vez más la escena de su pequeño golpe maestro, en especial la imperturbable expresión de Frock mientras él exponía los resultados del análisis; imperturbable en apariencia, porque sin duda escondía una profunda indignación. Lo compensaba por el desdén comentario de Frock acerca de la presión ejercida por los dientes. Pese a que trabajaba para el ayuntamiento, Brambell disfrutaba de la superioridad del mundo académico como cualquier otro.

Se metió la cartera bajo el brazo y volvió a contemplar el laboratorio. Era un laboratorio extraordinario, bien diseñado y bien equipado. Habría deseado disponer de algo tan elegante y completo en el depósito de cadáveres. Sabía, no obstante que su sueño nunca se haría realidad; la ciudad padecía una crisis económica permanente. De no ser porque le apasionaba el lado detectivesco de la patología forense, se trasladaría al instante a una bien provista torre de marfil.

Salió y cerró la puerta con delicadeza, sorprendiéndose como siempre de encontrar el pasillo vacío. Nunca había conocido a una gente tan reacia a alargar la jornada de trabajo como el personal del museo. Sin embargo, le complacía aquel silencio. Le resultaba reconfortante y distinto. También el olor a polvo y madera vieja del museo era muy diferente del hedor a formalina y cuerpos descompuestos que lo invadía todo en el depósito. Como cada noche, salió del museo por el camino más largo, a través de la Sala de África. Los dioramas de aquella sala en particular le parecían auténticas obras de arte. Y a esas horas podía vérselos en todo su esplendor, con las luces de la sala apagadas y cada diorama resplandeciendo con su propia iluminación como una ventana a otro mundo.

Recorrió el largo pasillo y, poco aficionado a los ascensores, bajó a pie los tres pisos. Tras cruzar un arco metálico, se halló en la Sala de la Vida Marina. Sólo quedaban encendidas las lámparas nocturnas, y la sala, en completo silencio salvo por los continuos crujidos y gemidos del viejo edificio, presentaba un aspecto lóbrego y misterioso. Encantador, pensó. Ésa era la manera de ver el museo, sin tener que soportar los horribles alaridos de los niños y las estridentes voces de sus profesores. Pasó bajo una réplica de un calamar gigante y, un poco más allá, entre un par de amarillentos colmillos de elefante y entró en la Sala de África.

Eran las doce de la noche. Recorrió la sala despacio, entre los distintos grupos de animales en sus respectivos hábitats dispuestos junto a las paredes; en la oscuridad, la manada de elefantes colocada en el centro apenas se distinguía. Los

gorilas eran sus preferidos, y se detuvo ante ellos, apretando los labios y fundiéndose con la escena. Era muy real, y deseaba disfrutarla. La investigación tocaba ya a su fin, y él prácticamente había concluido su trabajo. Si sus hipótesis eran correctas, las autopsias del pobre Bitterman y los restos de Shasheen Walker darían resultados idénticos a las anteriores.

Finalmente, dejando escapar un suspiro, salió por una puerta baja y siguió hacia la Torre por un pasillo de piedra. Conocía la historia de la famosa torre. En 1870, Endurance S. Flyte, magnate del ferrocarril y tercer director del Museo de Historia Natural, encargó la ampliación del edificio original con una nueva ala enorme y semejante a una fortaleza. Debía construirse a imitación del castillo galés de Caernarvon, que Flyte había intentado en vano comprar. Al final se impuso la cordura, y Flyte fue destituido del cargo cuando sólo se había terminado la torre central de su fortaleza. En la actualidad piedra angular de la fachada suroccidental de la institución, la Torre se usaba básicamente para almacenar las inagotables colecciones del museo. También era, según había oído Brambell, el lugar de encuentro de los empleados del museo con gustos más macabros.

La oscura sala de aspecto catedralicio que constituía la base de la Torre estaba vacía, y sus pisadas resonaron mientras atravesaba el suelo de mármol en dirección a la salida de personal. Saludó al vigilante con la cabeza y salió a Museum Drive, notando el aire húmedo de la noche. A pesar de la hora, la cercana avenida seguía concurrida de gente y taxis. Se apartó unos pasos del edificio y contempló la Torre con admiración. Por más veces que la viese, nunca se cansaba de mirarla. Alzándose a más de cien metros, coronada de almenas en forma de colmillos, en días despejados su sombra se proyectaba hasta la calle Cincuenta y nueve. Aquella noche, blanquecina bajo la pálida luna, parecía alterada, llena de fantasmas.

Finalmente, con un suspiro, se puso en marcha, dobló la esquina de la calle Ochenta y uno y, de nuevo tarareando, se alejó en dirección oeste, hacia el Hudson y su modesto apartamento. A medida que avanzaba, la calle se tornaba gradualmente más sórdida y se reducían los transeúntes. Pero Brambell caminaba con paso enérgico, ajeno a todo, respirando el aire nocturno. Soplabla una agradable brisa, fresca y tonificante, ideal para una noche veraniega. Cenaría un bocado, lavaría rápidamente los platos, tomaría un dedo de whisky y en una hora estaría entre las sábanas. Como de costumbre, se levantaría a las cinco de la mañana; era uno de esos afortunados que apenas necesitaban dormir. Para un forense era una gran ventaja pasar con unas pocas horas de sueño, sobre todo si deseaba llegar a lo máximo en su profesión. Incontables veces había sido el primero en llegar al lugar en que se había cometido un crimen importante, y sólo por el hecho de estar despierto cuando todo el mundo dormía.

Aquella zona era aún más sórdida, y sin embargo se hallaba a sólo una calle

de Broadway y las concurridas panaderías, librerías y tiendas de comida preparada. Brambell pasó ante la hilera de decrepitas casas de piedra, subdivididas ahora en pequeños apartamentos. Un grupo de borrachos inofensivos mataba el tiempo en la otra esquina.

Al llegar a la mitad de la manzana, advirtió de reojo un movimiento en el oscuro hueco de la escalera que bajaba al sótano de un viejo edificio. Apretó el paso. Además, del oscuro hueco subía un nauseabundo olor, muy intenso incluso para Nueva York. Al oír que algo avanzaba rápidamente por la acera tras él, metió la mano de modo instintivo en la cartera en busca del bisturí que siempre llevaba. Al cerrarse sus dedos en torno al frío mango ergonómico del bisturí, apretó los labios. No estaba asustado; lo habían asaltado tres veces, una a punta de pistola y dos amenazándolo con un cuchillo, y sabía exactamente cómo manejar aquellas situaciones. Sacó el bisturí de la cartera y se dio media vuelta, pero no vio nada. Desconcertado, miró alrededor por un momento, hasta que un brazo le rodeó el cuello y lo arrastró a la oscuridad. Supuso —con una objetividad sorprendente en aquellas circunstancias— que era un brazo; tenía que ser un brazo, y sin embargo parecía resbaladizo y muy fuerte. Casi inmediatamente después notó una extraña sensación de presión en la garganta, justo debajo de la nuez. Sí, ciertamente era una sensación muy extraña.

Margo abrió la puerta del Laboratorio de Antropología Forense, ufanándose de encontrar la sala oscura y vacía. Aquella era la primera vez que llegaba antes que el doctor Brambell. Casi todas las mañanas, al entrar Margo, Brambell se hallaba ya sentado en un taburete tomando un café y la saludaba enarcando sus finas cejas por encima del vaso. Después comentaba que el museo, para preparar el café, en lugar de agua debía de usar formaldehído de segunda mano cedido por el Departamento de Conservación de Animales. Otras mañanas Frock llegaba también antes que ella, y los veía a ambos inclinados sobre una mesa o un informe, enzarzados en una de sus comedidas disputas.

Dejó el bolso en un cajón y, poniéndose la bata, se acercó a la ventana. El sol había asomado ya sobre los edificios de la Quinta Avenida y bañaba en tonos dorados y cobrizos la majestuosa fachada del museo. Bajo la ventana, el parque ya despertaba: madres que llevaban a sus hijos al zoo; gente que trotaba por la larga pista oval que rodeaba el Reservoir. Su mirada se dirigió hacia el sur y se posó en la mole violácea del Castillo de Belvedere. Al ver la oscura parte trasera, donde Nicholas Bitterman había hallado una muerte violenta, sintió un escalofrío. Sabía que su cadáver decapitado sería trasladado al museo esa misma mañana.

Se abrió la puerta y entró el doctor Frock en su silla de ruedas, una enorme silueta en la penumbra del laboratorio. Cuando lo iluminó el sol, Margo se volvió para darle los buenos días, pero al ver su expresión, se quedó inmóvil.

—Doctor Frock, ¿se encuentra bien? —preguntó.

Frock se aproximó lentamente a ella. Por lo general rubicundo, en ese momento estaba pálido y demacrado.

—Tengo que darle una trágica noticia —susurró—. Esta mañana muy temprano he recibido una noticia. Simon Brambell fue asesinado anoche cuando regresaba a casa después de salir del museo.

Margo arrugó el entrecejo y contuvo la respiración.

—¿Simon Brambell? —repitió atónita al cabo de un instante.

Frock se acercó más a ella y le cogió la mano.

—Siento tener que ser yo quien la informe, querida. Ha sido todo tan repentino...

—Pero ¿cómo murió? —preguntó Margo.

—Según parece, lo agredieron en la calle Ochenta y uno —explicó Frock—. Lo degollaron. Aparte de eso... —Extendió las manos, y Margo notó que le temblaban de la emoción.

Era increíble, como un extraño sueño. Margo no podía aceptar que el hombre que había visto frente a la enorme pantalla de proyección la tarde anterior, manejando el puntero electrónico como una espada de samurai, estuviese muerto.

Frock suspiró.

—Aunque quizá no lo sepa, Margo —añadió—, Simon y yo no siempre estábamos de acuerdo. Teníamos nuestras discrepancias profesionales. Pero me inspiraba un profundo respeto. Es una gran pérdida para el Instituto Forense. Y también para nuestro trabajo en este crucial momento.

—Nuestro trabajo —repitió Margo mecánicamente. Tras un silencio, agregó—: Pero ¿quién lo mató?

—No hubo testigos.

Se quedaron los dos quietos por un momento, la mano de Margo entre las de Frock, cálidas y reconfortantes. Luego él se apartó lentamente y dijo:

—Desconozco quién será el sustituto de Simon, si es que envían a alguien. Pero no me cabe duda que él desearía que continuásemos con el mismo espíritu que nos ha impulsado desde el principio. —Rodó hasta la pared del fondo y encendió los focos, inundando de luz el centro del laboratorio—. Siempre he pensado que el trabajo es el mejor antídoto contra el dolor. —Guardó silencio por unos segundos, y luego volvió a suspirar, como si se obligase a seguir—. ¿Le importaría sacar el cadáver A de la cámara frigorífica? Tengo una hipótesis acerca de la posible anomalía genética que causó tales deformidades. A menos que prefiera tomarse el día libre, claro está. —Miró a Margo con expresión interrogante.

—No —contestó ella, reafirmando en su respuesta con un enérgico gesto de negación.

Frock tenía razón. Brambell habría deseado que continuasen con la investigación. Margo cruzó despacio la sala, se agachó, abrió la puerta de la cámara y tiró de la larga bandeja metálica. El cadáver no identificado había quedado reducido a una serie de bultos irregulares bajo la sábana azul. Lo colocó sobre una mesa móvil y lo situó bajo los focos.

Frock retiró la sábana con cuidado y acometió la ardua tarea de medir los huesos del carpo del esqueleto deforme con un calibrador. Sumida en una extraña sensación de irrealidad, Margo examinó otro juego de resonancias magnéticas. El laboratorio quedó durante largo rato en silencio.

—¿Sabe a qué nueva pista se refería ayer Simon? —dijo Frock por fin.

—¿Cómo? —preguntó Margo, alzando la vista—. ¡Ah, no! No me comentó nada. Me sorprendió tanto como a usted.

—Es una lástima. Que yo sepa, no dejó ninguna nota al respecto. —Frock hizo una pausa. Finalmente añadió en voz baja—: Esto es un grave contratiempo, Margo. Puede que nunca averigüemos qué descubrió.

—Nadie hace sus planes pensando que va a morir al día siguiente.

Frock negó con la cabeza.

—Simon era como la mayoría de los forenses que he conocido. Los casos apasionantes y con amplia repercusión pública como éste son poco frecuentes, y

cuando se tropiezan con uno... en fin, no siempre son capaces de resistirse a la teatralidad. —De pronto consultó su reloj—. ¡Vaya! Me olvidaba de que me esperan en Osteología. Margo, ¿le importaría dejar eso y sustituirme aquí un rato? No sé si se debe a la trágica noticia, o si llevo ya demasiado tiempo con la vista fija en estos huesos; pero quizá sería conveniente que otro par de ojos siguiesen con el trabajo.

—No, en absoluto —respondió Margo—. ¿Qué busca exactamente?

—Ojalá lo supiera. Estoy casi seguro de que esta persona tenía una enfermedad congénita. Quiero cuantificar los cambios morfológicos para ver si ha existido una alteración genética. Por desgracia, eso exige medir casi todos los huesos del cuerpo. He pensado en empezar por la muñeca y los dedos, ya que, como sabe, son las zonas más sensibles a las alteraciones genéticas.

Margo observó los restos extendidos sobre la mesa de reconocimiento.

—Pero eso podría representar días —dijo.

Frock hizo un gesto de exasperación.

—De sobra lo sé, querida.

Agarró los aros de la silla de ruedas y se impulsó con fuerza hacia la puerta.

Margo, hastiada, empezó a medir cada hueso con el calibrador electrónico e introducir las medidas en el ordenador. Incluso los huesos más pequeños requerían una docena de mediciones, y pronto la larga columna de cifras comenzó a desaparecer en la parte superior de la pantalla a medida que tecleaba nuevos datos. Procuró no impacientarse con aquel tedioso trabajo y el sepulcral silencio del laboratorio. Si Frock estaba en lo cierto y la deformación era congénita, la búsqueda para identificar el cadáver se restringiría notablemente. Y a esas alturas cualquier pista era útil, pues los esqueletos del Laboratorio de Antropología Física no habían aportado indicio alguno. Mientras trabajaba, se preguntó qué habría opinado Brambell de aquello. Pero el recuerdo de Brambell la inquietaba demasiado. Pensar que lo habían atacado y asesinado... Movié la cabeza en un gesto de negación, obligándose a concentrarse en otras cosas.

El súbito sonido del teléfono la sobresaltó, impidiéndole completar una medición especialmente complicada. Volvió a sonar —dos zumbidos cortos—, y se dio cuenta de que era una llamada exterior. Probablemente era D'Agosta, por algo relacionado con el doctor Brambell.

Descolgó.

—Antropología Forense.

—¿Puedo hablar con el doctor Brambell? —preguntó una voz apresurada y juvenil.

—¿El doctor Brambell? —repitió Margo. Su mente se aceleró. ¿Y si era un pariente? ¿Qué podía decirle?

—¿Me oye? —dijo la voz.

—Sí, sí —contestó Margo—. El doctor Brambell no está. ¿Puedo ayudarle en

algo?

—No estoy seguro. Se trata de un asunto confidencial. ¿Con quién hablo?

—Soy la doctora Green. Colaboro con él.

—¡Ah! En ese caso, no hay problema. Soy el doctor Cavalieri, del St. Luke's Hospital Center de Baltimore. He identificado al paciente que buscaba el doctor Brambell.

—¿El paciente?

—Sí, el que sufría una espondilolistesis. —Margo oyó ruido de papel al otro lado de la línea—. Las radiografías que me envió son realmente extrañas. En un primer momento pensé que era una broma o algo así. Casi se me pasó por alto.

Margo buscó alrededor un bloc y un lápiz.

—Mejor será que empiece desde el principio.

—Está bien —dijo la voz—. Soy un cirujano ortopédico de Baltimore. Sólo otros dos especialistas y yo nos dedicamos a la cirugía correctiva de la espondilolistesis. Y el doctor Brambell lo sabía, como es lógico.

—¿Espondilolistesis?

Se produjo un silencio.

—¿No es usted médica? —preguntó Cavalieri con repentino tono de desaprobación.

Margo respiró hondo.

—Doctor Cavalieri, mejor será que lo ponga al corriente. El doctor Brambell... en fin, murió anoche. Yo soy bióloga evolutiva y colaboraba con él en el análisis de los restos de varias víctimas de homicidio. Puesto que el doctor Brambell no está ya con nosotros, necesito que me informe de todo.

—¿Murió anoche? ¡Pero si ayer mismo hablé con él!

—Ha sido algo imprevisto —respondió Margo. No deseaba entrar en detalles.

—¡Es una tragedia! El doctor Brambell era muy conocido en todo el país, y ya no digamos en el Reino Unido... —La voz decayó gradualmente.

Margo, sosteniendo el auricular silencioso junto al oído, pensó de nuevo en la última vez que vio al forense, en el escenario de la Sala Linneo, sus labios enarcados en una maliciosa sonrisa, sus ojos brillando tras las gafas de concha.

Un suspiro al otro lado de la línea la arrancó de sus recuerdos.

—Una espondilolistesis es una fractura con deslizamiento de las vértebras lumbares —explicó Cavalieri—. La corregimos fijando una placa metálica a la espina dorsal mediante tornillos. Al apretar los tornillos, la presión ejercida sobre la placa devuelve las vértebras fracturadas a su posición normal.

—No acabo de ver la relación con nuestro caso —dijo Margo.

—¿Recuerda los cuatro triángulos blancos visibles en las radiografías que me envió el doctor Brambell? Eso son las sujeciones para los tornillos de la placa. Ese paciente había sido sometido a una operación de espondilolistesis. Es un procedimiento que utilizan muy pocos cirujanos, y por tanto resulta fácil seguirle

el rastro.

—Entiendo.

—Me consta que esas radiografías son de uno de mis pacientes por una buena razón —prosiguió Cavalieri—. No cabe duda de que esos tornillos en particular fueron fabricados por Steel-Med Products, una empresa de Mineápolis que quebró en 1989. Realicé más de treinta operaciones con tornillos de Steel-Med. Empleaba una técnica especial que yo mismo había creado, consistente en fijar los tornillos al proceso transversal de la segunda lumbar. Daba un resultado excelente, de hecho. Si desea más información, encontrará un artículo sobre el tema en el número de otoño de 1987 del *Journal of American Orthopedics*. Sujetaba mejor el hueso y requería menos fusión ósea. Sólo aplicábamos esa técnica yo y otros dos cirujanos de este centro que trabajaban bajo mi supervisión. Naturalmente, empezó a considerarse obsoleta cuando se desarrolló el procedimiento de Steinmann. Así que, en definitiva, prácticamente sólo la empleé yo.

Margo percibía el orgullo en su voz.

—Pero ahí está el misterio —continuó el doctor Cavalieri—: ningún cirujano que yo conozca retiraría la placa correctora de esta clase de espondilolistesis. Sencillamente no se hace. Sin embargo estas radiografías demuestran con toda claridad que alguien, sabe Dios por qué, ha quitado la placa metálica y los tornillos a mi paciente, dejando sólo las sujeciones. Las sujeciones, claro está, no pueden extraerse; van incrustadas en el hueso. Pero el motivo por el que le fue retirada la placa a este individuo... —Su voz se desvaneció.

Margo tomaba nota apresuradamente.

—Siga.

—Como le he dicho, nada más ver las radiografías supe que era uno de mis pacientes. No obstante, me asombró el estado del esqueleto, ese caos de excrescencias óseas. Me consta que nunca he intervenido a nadie en esas condiciones.

—¿Las excrescencias, por tanto, se produjeron después?

—Sin duda. De todos modos revisé mi archivo de historiales médicos y, basándome en las radiografías, conseguí identificar al paciente. Lo operé la mañana del 2 de octubre de 1988.

—¿Y cómo se llamaba? —preguntó Margo con el lápiz a punto. De reojo vio que Frock había vuelto al laboratorio y se acercaba a ella, escuchando atentamente.

—Tengo el nombre anotado por aquí —dijo el doctor Cavalieri, y Margo oyó de nuevo ruido de papeles—. Por supuesto, le enviaré por fax todo el material correspondiente, pero supongo que necesita saber ya... Sí, aquí está. El paciente se llamaba Gregory S. Kawakita.

Margo sintió que se le helaba la sangre.

—¿Greg Kawakita?—repitió con voz entrecortada.

—Sí, Gregory S. Kawakita. No hay duda. Casualmente también era, según la ficha, doctor en biología evolutiva. ¿Lo conocía, quizá?

Incapaz de hablar, Margo colgó el auricular. Primero el doctor Brambell y ahora... Miró a Frock y se alarmó al advertir la lividez de su rostro. Recostado a un lado de la silla, tenía una mano en el pecho y respiraba con dificultad.

—¿Gregory Kawakita?—murmuró—. ¿Ése es Gregory? ¡Santo Dios!

Volviendo a respirar con normalidad, Frock cerró los ojos e inclinó lentamente la cabeza. Margo se dio media vuelta y corrió hacia la ventana, ahogando sus sollozos.

Su mente, por propia iniciativa, rememoró la horrible semana vivida dieciocho meses atrás, cuando empezaron a producirse asesinatos en el museo, luego la inauguración de la exposición «Supersticiones», la matanza y, por último, la muerte de Mbwn. Por entonces Greg Kawakita era ayudante de conservador en el museo, discípulo de Frock y colega de Margo. La colaboración de Greg, más que la de ningún otro, había sido esencial para identificar y detener al monstruo. Su programa de extrapolación genética proporcionó la clave, reveló qué era Mbwn y cómo podía aniquilarse. Pero el terror de aquellos días los afectó a todos, y de manera especial a Greg. Poco después renunció a su puesto en el museo, abandonando una brillante carrera. Desde entonces nadie había vuelto a tener noticias suyas.

Nadie excepto Margo. Greg había intentado ponerse en contacto con ella hacía varios meses, dejándole un mensaje en el contestador automático, diciéndole que necesitaba algo, que necesitaba ayuda. Margo no se había molestado en devolverle la llamada.

Y de pronto descubría el motivo por el que Greg debía de haberse marchado del museo: padecía una espantosa enfermedad que le deformaba los huesos, que lo convertía gradualmente en el retorcido esqueleto que yacía en la mesa de reconocimiento. Sin duda se sentía avergonzado, probablemente asustado. Quizá había buscado algún tratamiento. Acaso en sus últimos días no tenía ni un techo bajo el que vivir. Y después el insulto final a una vida en otro tiempo tan prometedora: el asesinato, la decapitación, los huesos roídos frenéticamente en la oscuridad.

Se asomó a la ventana, estremeciéndose bajo el cálido sol. Aunque Margo no conocía con exactitud las circunstancias de su final, sin duda había sido horroroso. Quizá ella, de haber sabido el estado en que se hallaba, podría haberlo ayudado. Pero no pensaba más que en olvidar, tratando de evadirse con su trabajo y el ejercicio físico. Y no había hecho nada.

—¿Doctor Frock?—dijo.

Oyó acercarse la silla de ruedas.

—Doctor Frock... —susurró, pero se interrumpió, incapaz de continuar.

Notó un contacto suave en el codo. A Frock le temblaba la mano a causa de la emoción.

—Déjeme pensar un momento —musitó Frock—. Sólo un momento, por favor. ¿Cómo ha podido ocurrir una cosa así? Pensar que ese lastimoso montón de huesos... que hemos examinado, manipulado, desmembrado... fue Gregory... —Se le quebró la voz. Un rayo de sol iluminó su mano cuando se desprendió del codo de Margo.

Ella permaneció inmóvil y cerró los ojos para evitar la luz, notando cómo entraba y salía el oxígeno a bocanadas de sus pulmones. Por fin recobró el ánimo lo suficiente para apartarse de la ventana. Pero no para aproximarse a la mesa de reconocimiento. Se preguntaba si sería capaz de hacer frente de nuevo a los restos esparcidos sobre la mesa. Se volvió hacia Frock, que estaba detrás de ella, paralizado, con la mirada perdida.

—Será mejor que avisemos a D'Agosta —sugirió Margo.

Frock siguió en silencio. Tras un largo rato asintió con la cabeza.

SEGUNDA PARTE

Cui ci sono dei mostri

Por razones obvias, no existe un censo fiable de la población que habita en los subterráneos de Manhattan. No obstante, el estudio Rushing-Bunten de 1994 revela que viven 2.750 personas en la pequeña zona limitada en el suroeste por la Penn Station y en el noreste por la Grand Central Terminal, población que asciende a 4.500 personas en los meses de invierno. Basándome en mi propia experiencia, considero que tal estimación es bastante moderada.

Análogamente, no se dispone de un registro de los nacimientos y defunciones que se producen en las comunidades establecidas bajo Nueva York. Sin embargo, dada la desproporcionada cantidad de drogadictos, delincuentes, ex reclusos, disminuidos psíquicos y desequilibrados mentales que tienden a instalarse bajo la superficie, es evidente que las condiciones de vida de ese mundo son en extremo difíciles y peligrosas. La gente expone muy diversas razones para apartarse de la sociedad y recluirse en los túneles de ferrocarril y otros espacios subterráneos: mayor intimidad, seguridad, profunda marginación social. Se ha calculado que la esperanza de vida de una persona, una vez que ha descendido bajo tierra, es de aproximadamente veintidós meses.

L. HAYWARD

Casta y sociedad bajo Manhattan

(de próxima aparición).

La calle 63 Oeste se extendía hacia el río Hudson, y las dos hileras de magníficos edificios de apartamentos daban lugar gradualmente a cuidadas casas de piedra rojiza. D'Agosta caminaba con determinación, la vista baja, y una intensa sensación de ser el blanco de todas las miradas. La figura andrajosa y maloliente de Pendergast caminaba arrastrando los pies justo delante de él.

—¡Vaya un pasatiempo para mi tarde libre! —masculló D'Agosta.

Aunque le picaba en los lugares más recónditos del cuerpo, decidió no rascarse. Rascarse implicaba tocar la vieja y mugrienta gabardina que llevaba, o la roñosa camisa escocesa de poliéster, o el pantalón raído y lustroso. Se preguntaba de dónde habría sacado Pendergast todo aquello.

Para colmo, la suciedad y la grasa con que había tenido que embadurnarse la cara eran auténticas, y no simple maquillaje. Incluso los zapatos le repugnaban. Pero al mostrarse reacio a vestirse con aquella indumentaria, Pendergast se había limitado a decir: « Vincent, su vida depende de ello ».

Ni siquiera le había permitido llevar el arma o la placa, aduciendo: « Ni se imagina lo que harían con usted si le encontrasen una placa encima ». En realidad, pensaba D'Agosta con pesar, toda la expedición en sí era una clara violación del reglamento.

Alzó la vista por un instante y vio que se acercaba una mujer con un impecable vestido veraniego y zapatos de tacón paseando a un chihuahua. La mujer se detuvo en seco y desvió la mirada con cara de asco. Cuando Pendergast pasó junto a ella, el perro saltó hacia adelante y empezó a lanzar agudos y estridentes ladridos. Pendergast se apartó, y el perro, tirando de la correa, redobló sus histéricos esfuerzos.

Pese a lo violento que se sentía, o quizá por eso mismo, D'Agosta fue incapaz de reprimir un creciente enojo por la expresión de desprecio de la mujer. « ¿Quién le da derecho a juzgarnos? », pensó. Al pasar por su lado, paró y se volvió hacia ella.

—¡Que le vaya a bien! —gruñó, echando el mentón hacia adelante.

La mujer retrocedió.

—Es usted un tipejo asqueroso —prorrumpió—. ¡*Petit Chou*, no te acerques a él!

Pendergast agarró a D'Agosta de un brazo y lo arrastró hasta la esquina de Columbus Avenue.

—¿Está loco? —reprochó en voz baja.

Mientras se alejaban a toda prisa, D'Agosta oyó gritar a la mujer:

—¡Ayuda! ¡Esos hombres me han amenazado!

Pendergast apretó el paso en dirección sur, y D'Agosta tuvo que correr tras él para no rezagarse. Adentrándose en la penumbra de un ancho pasaje situado en

medio de la manzana, Pendergast se arrodilló rápidamente sobre las planchas de acero de una salida de emergencia del metro. Valiéndose de una pequeña herramienta con forma de gancho, levantó las planchas e indicó a D'Agosta que descendiese por la escalera metálica. Entró detrás de D'Agosta en el oscuro hueco y volvió a cerrar las planchas. Al pie de la escalera había dos vías de tren escasamente iluminadas. Cruzaron las vías y llegaron a un arco que daba acceso a otra escalera descendente, cuyos peldaños bajaron de dos en dos.

Pendergast se detuvo en el último escalón. D'Agosta, jadeante, paró junto a él en la total oscuridad. Al cabo de unos segundos Pendergast encendió una linterna de bolsillo.

—« ¡Que le vaya bien!» —dijo, remedando a D'Agosta, y chasqueó la lengua—. ¿A quién se le ocurre, Vincent?

—Sólo pretendía ser amable —repuso D'Agosta con tono acre.

—Podría haber hecho fracasar esta pequeña expedición aun antes de salir de puerto. Recuérdelo bien: ha venido conmigo sólo para completar mi disfraz. Únicamente presentándome como jefe de otra comunidad conseguiré entrevistarme con Mephisto. Y nunca viajaría sin mi ayuda de campo. —Señaló un estrecho túnel secundario con la linterna—. Por ahí se va hacia el este, hacia su territorio.

D'Agosta asintió con la cabeza.

—Recuerde mis instrucciones. Hablaré yo. Es imprescindible que olvide momentáneamente que es policía. Ocurra lo que ocurra, no intervenga. —Sacó dos blandos gorros de lana de un bolsillo de su mugrienta gabardina. Entregándole uno a D'Agosta, dijo—: Póngase esto.

—¿Por qué?

—Cubrirse sirve para ocultar el verdadero contorno de la cabeza. Además, si nos vemos obligados a una huida precipitada, sólo con quitarnos los gorros ofreceremos un perfil distinto. Recuerde que no estamos acostumbrados a la oscuridad. Ellos nos llevan ventaja.

Pendergast volvió a meterse la mano en el bolsillo y extrajo un pequeño objeto que se colocó en la boca.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó D'Agosta a la vez que se calaba el gorro.

—Un paladar postizo para cambiar la posición de la lengua y modificar así las resonancias armónicas de la garganta. Vamos a codearnos con delincuentes, ¿recuerda? El año pasado estuve mucho tiempo en el complejo penitenciario de Rikers's Island, elaborando un estudio caracterológico de los asesinos para la base naval de Quantico. Es posible que aquí vuelva a encontrarme con algunos de ellos. Si eso sucede, no conviene que me reconozcan por mi aspecto ni por mi voz. —Se señaló a sí mismo—. Por supuesto, el disfraz sólo no basta. Debo adaptar mis posturas, mi andar e incluso mis gestos. Su trabajo es más sencillo:

guarde silencio y sígame la corriente. No destaque en modo alguno. ¿Conforme?

D'Agosta asintió con la cabeza.

—Con un poco de suerte, ese tal Mephisto nos llevará en la dirección correcta. Quizá regresemos con las pruebas de los crímenes que describió al *Post*. Eso nos proporcionaría nuevo material forense que necesitamos con urgencia. —Hizo una pausa. Después, empezando a caminar con la linterna encendida, preguntó—: ¿Se ha descubierto algo en relación con el asesinato de Brambell?

—No —contestó D'Agosta—. Waxie y los jefes consideran que es un hecho fortuito, como tantas otras muertes. Yo, en cambio, me pregunto si no tendrá algo que ver con su trabajo.

Pendergast movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Una hipótesis interesante.

—Tengo la impresión de que estas muertes, o al menos parte de ellas, no han ocurrido al azar. Brambell, por ejemplo, estaba a punto de averiguar la identidad del segundo esqueleto. Tal vez alguien prefería que ese dato no saliese a la luz.

Pendergast volvió a asentir.

—He de admitir, teniente, que me quedé atónito al enterarme de que el segundo esqueleto pertenecía a Kawakita. Eso nos deja ante un panorama... mucho más desagradable y complejo. Y hace pensar que el doctor Frock, la doctora Green y los otros que trabajan en el caso deberían ser protegidos.

—Esta mañana he ido al despacho de Horlocker con eso en mente —dijo D'Agosta, frunciendo el entrecejo—. Se ha negado a ofrecer protección a Green y Frock. Según él, Kawakita debía de mantener algún tipo de relación con Pamela Wisher, y tuvieron la desgracia de aparecer los dos juntos en el lugar y momento menos oportunos. Otro hecho fortuito, como el asesinato de Brambell. Lo único que le preocupa es que nada de esto se filtre a la prensa, por lo menos hasta que la familia de Kawakita sea localizada y puesta sobre aviso... si es que hay algún pariente a quien localizar. Creo que alguna vez oí decir que Kawakita era huérfano. Waxie estaba también allí, pavoneándose por el despacho como un gallo sobrealimentado. Me ha recomendado que me esmere más en mantenerlo en secreto, para que no ocurra lo mismo que con el asunto de Pamela Wisher.

—¿Y?

—Le he sugerido que se la machaque un rato. Con educación, eso sí. Había pensado que era mejor no alarmar a Frock y Green. Pero después de la reunión he cambiado de idea y he ido a darles unos consejos. Me han prometido que andarán con cuidado, al menos hasta que terminen su parte del trabajo.

—¿Han descubierto qué causó las deformaciones óseas de Kawakita?

—Todavía no —contestó D'Agosta distraídamente.

Pendergast se volvió hacia él y preguntó:

—¿Qué le pasa?

D'Agosta vaciló.

—Supongo que estoy un poco preocupado por cómo vaya a tomarse esto la doctora Green. Al fin y al cabo, fue idea mía meterlos a ella y a Frock en este asunto, y ahora no sé si hice bien. Frock parece el mismo viejo cascarrabias de siempre, pero Margo... —Guardó silencio por un instante—. Ya sabe cómo reaccionó después de los asesinatos del museo: poniéndose en forma, corriendo a diario, llevando una pistola en el bolso.

—Es una reacción postraumática muy corriente —explicó Pendergast, asintiendo con la cabeza—. A menudo la gente que vive situaciones aterradoras busca maneras de recobrar el control, de atenuar su sensación de vulnerabilidad. De hecho, es una respuesta bastante saludable a las tensiones extremas. —Esbozó una triste sonrisa—. Y conozco pocas experiencias más tensas que la que ella y yo vivimos en aquel pasillo oscuro del museo.

—Sí, pero él lo ha exagerado. Y ahora, con toda esta mierda... En fin, quizá me equivoqué al solicitar su colaboración.

—Tomó usted la decisión correcta. Necesitamos sus conocimientos, y más ahora que Kawakita ha muerto. Investigará sus últimos meses de vida, supongo.

D'Agosta movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Debería pensar en pedirle a la doctora Green que le eche una mano con eso —sugirió Pendergast, y reanudó su reconocimiento del oscuro túnel—. En fin, ¿está listo, Vincent?

—Eso creo. ¿Y si encontramos elementos hostiles?

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de Pendergast.

—Ser tratante en el principal comercio local suele apaciguar a los lugareños.

—¿Drogas? —preguntó D'Agosta con incredulidad.

Pendergast asintió y se abrió la gabardina. A la luz de la linterna, D'Agosta distinguió varios pequeños bolsillos cosidos al sucio forro.

—Por lo visto, casi todos los que viven aquí son o han sido adictos de una u otra cosa. Llevo una farmacia completa —dijo, y señalando los bolsillos uno a uno con el dedo, recitó—: crack, metilfenidato, pentobarbital, Seconal, Blue 88s del ejército. Puede que esto salve nuestras vidas, Vincent. Salvó la mía en mi anterior descenso.

Pendergast metió los dedos en uno de los bolsillos y extrajo una cápsula de color negro.

—Bifetamina —aclaró—, conocida en la hermandad subterránea como « monada negra ».

Contempló la cápsula por unos segundos y luego, con un rápido movimiento, se la echó a la boca.

—Pero ¿qué...? —empezó a decir D'Agosta, pero Pendergast alzó la mano para acallararlo.

—No basta con que *interprete* el personaje —susurró el agente del FBI—.

Tengo que *ser* el personaje. Sin duda el tal Mephisto es un individuo desconfiado y paranoico. Intuir un engaño es posiblemente su mayor habilidad. No lo olvide.

D'Agosta no respondió. Realmente habían penetrado en un mundo ajeno a la sociedad, a la ley, a todo.

Se adentraron en el túnel secundario y siguieron los raíles de una vía abandonada. Cada pocos minutos Pendergast se detenía y consultaba sus notas. Avanzando tras el agente del FBI en la creciente oscuridad, D'Agosta notó con asombro lo pronto que se perdía allí abajo la orientación, el sentido del tiempo.

De pronto Pendergast señaló hacia un resplandor rojizo y trémulo, aparentemente suspendido en la oscuridad, unos cien metros más adelante.

—Hay gente alrededor de esa fogata —susurró—. Probablemente son los «vecinos de arriba», una pequeña comunidad de ocupas instalados en la periferia del territorio de Mephisto. —Observó la luz pensativamente. Al cabo de un momento se volvió hacia D'Agosta y preguntó—: ¿Pasamos al salón?

Sin esperar la respuesta, Pendergast se encaminó hacia el lejano resplandor.

Cuando se acercaban, D'Agosta distinguió una docena de siluetas poco más o menos, tendidas en el suelo o encorvadas sobre cajones de leche. Sobre las brasas se alzaba una borboteante cafetera negra. Pendergast penetró en el círculo de luz y se acuclilló junto a la fogata. Nadie le prestó atención. Metió la mano bajo una de las múltiples capas de ropa que lo envolvían y sacó una botella de vino de Toka. D'Agosta advirtió que todas las miradas se clavaban en la botella.

Pendergast desenroscó el tapón, tomó un largo trago y lanzó un suspiro de satisfacción.

—¿Alguien quiere echarse un lingotazo? —preguntó, dirigiendo la etiqueta de la botella hacia la luz para que todos la viesan.

D'Agosta quedó momentáneamente desconcertado; la voz del agente del FBI había cambiado por completo, adquiriendo un cerrado acento del Brooklyn más barriobajero. La piel blanca, los ojos claros y el pelo rubio de Pendergast resultaban extraños y amenazadores en el parpadeante resplandor.

—Yo —contestó una voz.

Un hombre sentado en un cajón de leche alargó el brazo, cogió la botella y se la llevó a los labios. Se oyó un prolongado gorgoteo. Cuando devolvió la botella a Pendergast, se había evaporado una cuarta parte del contenido. Pendergast pasó a otro la botella, y ésta fue de mano en mano hasta completarse el círculo y volver vacía a su dueño. Sólo uno de ellos lanzó un gruñido de agradecimiento.

D'Agosta procuró situarse de manera que el humo de la fogata lo resguardase del hedor de cuerpos humanos sucios, vino malo y orina rancia.

—Busco a Mephisto —anunció Pendergast al cabo de un momento.

Se produjo cierta agitación en torno al fuego. De pronto aquellos hombres parecían más cautos.

—¿Quién lo busca? —preguntó con tono hostil el primero que había aceptado

la botella.

—Yo lo busco —repuso Pendergast con igual agresividad.

El hombre observó a Pendergast en silencio, evaluándolo.

—Vete a la mierda —dijo por fin, relajándose de nuevo en su asiento.

Pendergast se movió con tal rapidez que D'Agosta, asustado, se apartó de un salto. Cuando volvió a mirar, el hombre yacía boca abajo, con la cara contra los escombros y el pie de Pendergast en el cuello.

—¡Joder! —aulló el hombre.

Pendergast, de pie junto a él, apretó con mayor fuerza.

—Nadie habla así a Whitey —espetó con voz sibilante.

—¡Era en broma, tío!

Pendergast redujo ligeramente la presión.

—Mephisto anda por la Ruta 666 —dijo el hombre desde el suelo.

—¿Dónde está eso?

—¡Suéltame ya, tío! ¡Me haces daño! Ve por la vía 100 hasta el viejo generador. Allí baja por la escalera hasta la pasarela.

Pendergast retiró el pie, y el hombre se incorporó frotándose el cuello.

—A Mephisto no le gustan los intrusos.

—Él y yo tenemos un asunto que tratar —dijo Pendergast.

—¿Sí? ¿Qué asunto?

—Tiene que ver con los rugosos.

Pese a la oscuridad, D'Agosta percibió repentina tensión en el grupo.

—¿Qué pasa con los rugosos? —preguntó otra voz con aspereza.

—Sólo hablaré con Mephisto.

Pendergast hizo una señal a D'Agosta con la cabeza, y ambos siguieron adelante por el lóbrego túnel. Cuando la fogata no era más que un pequeño punto a lo lejos, volvió a encender la linterna.

—Aquí abajo no pueden tolerarse faltas de respeto —explicó en voz baja—. Ni siquiera en un grupo menor como ése. Si notan debilidad, estás perdido.

—Ha sido una maniobra admirable —comentó D'Agosta.

—No es difícil dejar fuera de combate a un borracho. En mi anterior descenso averigüé que en estos niveles superiores el alcohol es la droga predominante. En ese grupo la única excepción era el tipo delgado que estaba más lejos del fuego. Me jugaría algo a que ése se pinchaba. ¿Se ha fijado en que se rascaba distraídamente sin cesar? Eso es un efecto secundario del fentanil, sin lugar a dudas.

El túnel se bifurcó, y Pendergast, tras consultar un plano de ferrocarriles que llevaba en un bolsillo, tomó por el ramal de la izquierda, el más estrecho.

—Esto va a dar a la vía 100 —dijo.

D'Agosta lo siguió. Tras lo que se le antojó una distancia interminable, Pendergast volvió a detenerse y señaló una máquina enorme y oxidada con

grandes poleas, cada una de cuatro metros de diámetro por lo menos. Las podridas correas de transmisión se hallaban amontonadas en el suelo. Al otro lado había una escalera metálica que descendía hasta una pasarela suspendida sobre un antiguo túnel. D'Agosta agachó la cabeza para pasar bajo una tubería con estalactitas en cuya superficie se leía el rótulo H.P. ST. y siguió a Pendergast escalera abajo y por la desvencijada pasarela de rejilla. En el extremo opuesto, una trampilla con bisagras daba acceso a una escalerilla metálica que bajaba hasta un ancho túnel inacabado. Había piedras y montantes oxidados apilados de cualquier manera contra las paredes. Si bien se veían restos de fogatas, el lugar parecía desierto.

—Por lo visto, tendremos que descolgarnos por esa roca —dijo Pendergast, iluminando con la linterna un amplio espacio al final del túnel. Las aristas de la roca relucían debido al paso de incontables manos y pies. De abajo subía un olor acre.

D'Agosta descendió primero, aferrándose desesperadamente al afilado y húmedo basalto. Tardó cinco aterradores minutos en llegar abajo. Se sentía enterrado en el lecho rocoso de la isla.

—Me gustaría ver a alguien bajar por ahí drogado —comentó cuando Pendergast saltó al suelo junto a él. Los músculos de los brazos le temblaban a causa del esfuerzo.

—En este nivel nadie sale a la superficie —contestó Pendergast—. Salvo los mensajeros.

—¿Los mensajeros?

—Según tengo entendido, son los únicos miembros de la comunidad que tienen contacto con el exterior. Recogen y cobran los cheques del programa de ayuda para familias con hijos, buscan comida, recolectan y venden envases reciclables, consiguen medicamentos y leche, compran droga.

Pendergast iluminó las toscas paredes de roca con la linterna. Al fondo vieron una plancha de hojalata acanalada de un metro y medio de altura que cubría parcialmente la entrada de un túnel abandonado. Al lado, pintado toscamente en la pared, un rótulo anunciaba:

SÓLO FAMILIAS. PROHIBIDO EL PASO A TODOS LOS DEMÁS.

Pendergast tiró de la plancha de hojalata, que giró sobre sus bisagras con un estridente chirrido.

—El timbre de la puerta —explicó.

Cuando entraron en el túnel, apareció ante ellos una andrajosa figura empuñando una gran tea. Era alto y tenía un aspecto espantosamente demacrado.

—¿Quiénes sois? —inquirió, impidiendo el paso a Pendergast.

—¿Eres el Artillero? —preguntó Pendergast.

—Fuera de aquí —ordenó el hombre, y los empujó hacia la puerta de hojalata hasta sacarlos de nuevo al pozo de roca—. Me llamo Flint. ¿Qué queréis?

—He venido a ver a Mephisto —contestó Pendergast.

—¿Para qué?

—Soy el jefe de la Tumba de Grant, una pequeña comunidad que vive bajo la Universidad de Columbia. Quiero hablar con él de los asesinatos.

Siguió un prolongado silencio.

—¿Y ése? —dijo Flint finalmente, señalando hacia D'Agosta.

—Mi mensajero.

—¿Lleváis armas o drogas? —preguntó Flint mirando a Pendergast.

—Armas no —respondió Pendergast. A la tenue luz de la tea, pareció de pronto incómodo—. Pero llevo mi propio suministro...

—Aquí no se admiten drogas —dijo Flint—. Somos una comunidad limpia.

Y una mierda, pensó D'Agosta, advirtiendo el brillo de sus ojos.

—Lo siento —repuso Pendergast—. Nunca me separo de mi alijo. Si es un problema...

—¿Qué llevas? —preguntó Flint.

—No es asunto tuyo.

—¿Coca? —aventuró Flint, y D'Agosta percibió un ligero tono de esperanza en su voz.

—Acertaste —respondió Pendergast tras un breve silencio.

—Tendré que confiscártela.

—Considérala un regalo.

Pendergast extrajo un pequeño paquete de papel de aluminio y se lo entregó a Flint, que se apresuró a guardárselo.

—Seguidme —dijo Flint.

D'Agosta cerró la puerta de hojalata al entrar, y Flint los guió hasta una escalera metálica. La escalera terminaba en una estrecha abertura por donde se accedía a una repisa de cemento suspendida a gran altura sobre un enorme espacio cilíndrico. Flint torció a la derecha y empezó a descender por una rampa de cemento en espiral adosada a la pared. Mientras bajaban, D'Agosta advirtió sucesivos cubículos excavados en la roca, todos ellos ocupados por individuos o familias. El resplandor trémulo de velas o lámparas de queroseno iluminaba sus rostros sucios y sus mugrientos colchones. Al otro lado del vasto espacio, vio una tubería rota que sobresalía de la pared. El agua que manaba de ella caía en un charco lodoso. Alrededor había varias figuras agachadas, aparentemente lavando ropa. El agua sucia formaba un arroyo y desaparecía por la irregular boca de un túnel.

Al llegar abajo, cruzaron el arroyo por un viejo tablón. En el suelo, dispersos por toda la caverna, había grupos de gente durmiendo o jugando a las cartas. En

un rincón apartado yacía un hombre con los ojos abiertos y lechosos; D'Agosta advirtió que esperaba su entierro y desvió la mirada.

Flint los llevó por un pasadizo largo y bajo que parecía ramificarse en numerosos túneles. Al final de algunos de ellos, en la exigua luz, D'Agosta vio gente que trabajaba: almacenando latas de alimentos, remendando ropa, destilando alcohol. Finalmente Flint los hizo pasar a una cámara iluminada con luz eléctrica. D'Agosta alzó la vista y vio una única bombilla que pendía de un cable raído procedente de una vieja caja de empalmes situada en un rincón.

D'Agosta echó un vistazo alrededor, reparando en el agrietado revestimiento de ladrillos. De pronto se quedó inmóvil, con una mueca de incredulidad en los labios. En el centro de la cámara había un viejo y destartado furgón de tren, inclinado en un ángulo absurdo y con las ruedas traseras a más de medio metro del suelo. No podía siquiera imaginar cómo había llegado aquello hasta allí. En un costado, sobre el herrumbroso metal rojizo, se distinguían vagamente las letras: NUEVA YO CENTR.

Tras indicarles con un gesto que esperasen allí, Flint entró en el furgón. Asomó al cabo de unos minutos y los llamó con una seña.

Al entrar, D'Agosta vio que se hallaban en una pequeña antecámara, delimitada al fondo por una tupida cortina. Flint había desaparecido. El furgón estaba a oscuras y hacía un calor sofocante.

—¿Sí? —dijo una voz extraña y sibilante al otro lado de la cortina.

Pendergast se aclaró la garganta y contestó:

—Me llaman Whitey, y soy jefe de la comunidad Tumba de Grant. Hemos oído tu llamamiento a la unidad de todos los que vivimos bajo tierra para combatir los asesinatos.

Se produjo un silencio. D'Agosta se preguntó qué habría detrás de la cortina. Quizá nada, pensó. Quizá es como en *El mago de Oz*. Quizá Smithback se inventó la mitad del artículo. Con los periodistas nunca se sabe...

—Adelante —invitó la voz.

Alguien descorrió la cortina. D'Agosta, de mala gana, entró detrás de Pendergast a la cámara.

La iluminación se reducía al reflejo de la bombilla colgada en el exterior y al resplandor de unas brasas que ardían al fondo bajo un respiradero. Frente a ellos había un hombre sentado en una enorme silla semejante a un trono, colocada exactamente en el centro de la cámara. Era alto, de miembros robustos y abundante cabello gris. Vestía un viejo traje de pana con pantalón de pata de elefante y un raído sombrero borsalino. Rodeaba su cuello un macizo collar navajo de plata con turquesas engastadas.

Mephisto les lanzó una penetrante mirada.

—Alcalde Whitey. No es muy original. Difícilmente inspirará respeto un nombre así. Pero muy apropiado para alguien medio albino como tú. —La voz

sibilante había adoptado un tono formal.

D'Agosta notó que Mephisto dirigía hacia él su mirada. Sea lo que sea este tipo, pensó, no está loco. Al menos, no del todo. Se sentía incómodo. En los ojos de Mephisto apareció un destello de recelo.

—¿Y éste quién es?—preguntó.

—Cigarro. Mi principal mensajero.

Mephisto observó por un largo momento a D'Agosta. Por fin se volvió hacia Pendergast y dijo con manifiesta desconfianza:

—Es la primera vez que oigo hablar de esa comunidad.

—Hay una gran red de túneles de servicio bajo la Universidad de Columbia y los edificios anexos —repuso Pendergast—. Somos pocos y nos ocupamos de nuestros asuntos. Los estudiantes son gente generosa.

Mephisto asintió con la cabeza. La expresión de recelo se desvaneció lentamente, dando paso a algo que era una mueca maliciosa o una sonrisa.

—Muy bien. Siempre es un placer conocer a un aliado en esta época oscura. Tomemos algo para darle un rango oficial a la reunión. Ya hablaremos después. —Batió palmas—. ¡Sillas para nuestros invitados! ¡Y avivad ese fuego! Artillero, tráenos un poco de carne.

Un hombre delgado de corta estatura cuya presencia D'Agosta no había advertido surgió de las sombras y salió del furgón. Otro que estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas se levantó con dificultad y, moviéndose con extrema lentitud, apiló varios trozos de madera sobre las brasas y atizó el fuego.

Por si no hacía ya bastante calor aquí dentro, pensó D'Agosta, notando que le corría el sudor bajo la mugrienta camisa.

Entró un hombre enorme y muy musculoso con dos cajones de embalaje que colocó frente a la silla de Mephisto.

—Por favor, caballeros —dijo Mephisto, señalando los cajones con fingida solemnidad.

D'Agosta se sentó con cuidado a la vez que volvía el hombre llamado Artillero con algo húmedo y chorreante envuelto en papel de periódico. Lo depositó junto al fuego, y D'Agosta, al ver el contenido, notó que se le agarrotaba el estómago: era una rata de tamaño considerable con la cabeza aplastada y las patas sacudiéndose aún rítmicamente.

—¡Excelente! —exclamó Mephisto—. Recién cazada, como veis. —Dirigió su intensa mirada a Pendergast—. Coméis conejo de túnel, ¿verdad?

—Por supuesto —contestó Pendergast.

D'Agosta advirtió que el individuo musculoso se hallaba justo detrás de ellos. Empezaba a intuir que iban a someterlos a una prueba que les convenía superar.

Alargando los brazos, Mephisto cogió la rata muerta con una mano y un espetón con la otra. Sujetando la rata por debajo de las patas delanteras, la empaló diestramente por el ano y la colocó sobre el fuego. D'Agosta observó con

horrorizada fascinación cómo se prendía y crepitaba de inmediato el pelo, y la rata se agitaba en un último espasmo. Al cabo de un momento todo el animal llameaba, despidiendo una acre columna de humo hacia el techo del furgón. Las llamas perdieron intensidad, quedando el rabo de la rata reducido a un tirabuzón chamuscado.

Mephisto contempló por un momento la rata. A continuación la retiró del fuego, extrajo un cuchillo de la chaqueta y raspó la piel para acabar de limpiarla de pelo. Tras perforar el vientre para liberar los gases de la cocción, volvió a ponerla sobre la fogata, esta vez a mayor altura.

—Requiere cierta habilidad preparar *le grand souris en brochette* —comentó.

D'Agosta aguardó, consciente de que todas las miradas confluían en Pendergast y él. No quería pensar siquiera qué ocurriría si dejaba entrever el menor indicio de repugnancia.

Pasaron los minutos sin más sonido que el crepitar de la rata. Mephisto hizo girar el espetón y después miró a Pendergast.

—¿Tú, Whitey, cómo la prefieres? —preguntó—. A mí me gusta poco hecha.

—A mí también —respondió Pendergast con la misma tranquilidad que si le ofreciesen un acompañamiento de tostadas en el Tavern on the Green.

«Es sólo un animal —pensó D'Agosta desesperado—. Comérmelo no va a matarme, que es más de lo que puede decirse de estos tipos».

Mephisto dejó escapar un suspiro con mal disimulada impaciencia.

—¿Estará ya a punto? —preguntó.

—Vamos allá —contestó Pendergast, frotándose las manos.

D'Agosta permaneció en silencio.

—Aquí falta un poco de alcohol —dijo Mephisto a voz en grito.

Casi de inmediato apareció una botella medio vacía de Night Train. Mephisto la miró con expresión de enojo.

—¡Tenemos invitados! —prorrumpió, apartando la botella de un manotazo—. Trae algo más apropiado para la ocasión.

No tardaron en llegar una botella verde de Cold Duck y tres vasos de plástico. Mephisto retiró el espetón del fuego, desensartó la rata y la dejó sobre el papel de periódico.

—Haz los honores —propuso, pasándosela a Pendergast.

D'Agosta intentó reprimir una repentina sensación de pánico. ¿Qué debía hacer Pendergast a continuación? Observó con una mezcla de terror y alivio mientras Pendergast, sin vacilar, levantaba la rata y aplicaba los labios al corte del costado. Se oyó una profunda succión cuando absorbió las vísceras del roedor. D'Agosta contuvo una arcada.

Relamiéndose, Pendergast depositó el periódico y su carga frente al anfitrión.

—Excelente —se limitó a decir el agente del FBI.

Mephisto movió la cabeza en un gesto de aprobación.

—Una técnica interesante —comentó.

—Nada del otro mundo —repuso Pendergast, encogiéndose de hombros—. En los túneles de servicio de los alrededores de Columbia echan mucho raticida. Probando el hígado, uno siempre sabe si hay riesgo de envenenarse o no.

Una sonrisa amplia y sincera se extendió por el rostro de Mephisto.

—Lo recordaré —dijo.

Acto seguido, cogió el cuchillo, cortó varias tiras de carne de un anca y se las entregó a D'Agosta.

Había llegado la hora de la verdad. Con el rabillo del ojo D'Agosta vio que la voluminosa figura plantada a sus espaldas se tensaba. Cerrando los ojos, atacó la carne con fingido entusiasmo. Se la metió toda en la boca, masticó con vehemencia y se la tragó casi sin saborearla. Disimuló su suplicio con una sonrisa, esforzándose por sofocar las náuseas que le sacudían el estómago.

—¡Bravo! —exclamó Mephisto, observándolo—. ¡Un auténtico gourmet!

El nivel de tensión decreció sensiblemente. Cuando D'Agosta se recomodó en el cajón de embalaje, llevándose una mano protectora al vientre, el silencio dio paso a susurros y comedidas risas.

—Disculpad mis recelos —dijo Mephisto—. Antes aquí abajo podíamos permitirnos ser más abiertos y confiados. Si sois quienes decís, ya debéis saberlo. Pero corren tiempos difíciles.

Mephisto llenó los vasos y levantó el suyo en un brindis. Cortó varios trozos más de carne y se los pasó a Pendergast. Luego dio buena cuenta del resto de la rata él mismo.

—Permitidme que os presente a mis lugartenientes —prosiguió Mephisto. Señaló al gigante que se hallaba detrás de ellos—. Ése es Little Harry. Se enganchó al caballo muy joven. Incurrió en pequeños robos para pagarse el hábito. Una cosa llevó a la otra, y acabó preso en Attica. Allí aprendió mucho. Al salir, no encontró trabajo. Afortunadamente bajó a los subterráneos y se unió a nuestra comunidad antes de volver a las malas costumbres. —Mephisto señaló a continuación al hombre de movimientos lentos sentado junto al fuego—. Ése es Boy Alice. Daba clases de literatura en un colegio privado de Connecticut. La vida se le complicó. Perdió el empleo, se divorció, se quedó sin dinero y le dio por empinar el codo. Empezó a frecuentar los refugios y comedores de la beneficencia, y allí oyó hablar de nosotros. En cuanto al Artillero, estuvo en Vietnam, y al volver se encontró con que el país que había defendido no quería saber nada de él. —Se limpió la boca con el papel de periódico. Luego añadió—: Os he dicho más de lo que hacía falta. Hemos dejado atrás el pasado, como vosotros seguramente. Así que habéis venido a hablar de los asesinatos.

Pendergast asintió con la cabeza.

—Tres de los nuestros han desaparecido en esta última semana —explicó—, y los demás empiezan a preocuparse. Nos enteramos de tu llamamiento a la

unidad contra los rugosos, los asesinos sin cabeza.

—Ha corrido la voz. Hace dos días tuve noticias del Filósofo. ¿Lo conoces?

Pendergast vaciló apenas un segundo.

—No —contestó.

—Me extraña —dijo Mephisto, entornando los párpados—. Es mi homólogo en las comunidades que viven bajo la Grand Central.

—Quizá algún día nos conozcamos —respondió Pendergast—. Ahora lo que me interesa es llevar noticias tranquilizadoras a mi gente. ¿Qué puedes decirme de los asesinatos y los asesinos?

—Empezaron hace casi un año —contestó Mephisto con un suave siseo—. El primero fue Joe Atcitty. Encontramos su cadáver cerca del Blocao; faltaba la cabeza. Después desapareció Annie la Morena. Luego el Sargento Mayor. Y así uno tras otro. Encontramos a algunos; a la mayoría no. Más tarde supimos gracias a los mandras que se había detectado movimiento en las profundidades.

—¿Los mandras? —repitió Pendergast, frunciendo el entrecejo.

Mephisto volvió a lanzarle una mirada recelosa.

—¿No has oído hablar de los mandras? —Soltó una carcajada de burla—. Deberías salir a estirar las piernas un poco más, alcalde Whitey, darte algún que otro paseo por estos barrios. Los mandras viven debajo de nosotros. Nunca suben; no utilizan ninguna clase de luces. Como las salamandras. *Versteht?* Nos dijeron que había indicios de actividad *debajo* de ellos. —Redujo el volumen de voz a un susurro—. Nos dijeron que la Buhardilla del Diablo había sido colonizada.

D'Agosta dirigió una mirada inquisitiva a Pendergast. Pero el agente del FBI se limitó a asentir y, como para sí, dijo:

—El nivel más bajo de la ciudad.

—El más bajo —remarcó Mephisto.

—¿Has estado allí? —preguntó Pendergast como de pasada.

Mephisto lo miró como dando a entender que ni siquiera él estaba tan loco.

—Pero ¿crees que esa gente es la responsable de los asesinatos?

—No lo creo. Lo sé. Están debajo de nosotros en este mismo momento. —

Mephisto esbozó una fatalista sonrisa—. Pero dudo que la palabra « gente » sea muy exacta.

—¿Qué quieres decir? —dijo Pendergast, y a sin disimular su interés.

—Rumores —susurró Mephisto—. Dicen que los llaman « rugosos » por una razón.

—¿Qué razón?

Mephisto no contestó.

Pendergast se echó hacia atrás.

—¿Y qué podemos hacer?

—¿Qué podemos hacer? —La sonrisa desapareció del rostro de Mephisto—. Podemos despertar a esta ciudad, eso es lo que podemos hacer. Demostrarles que

no sólo los topos, la gente invisible, morirán.

—Y si lo conseguimos, ¿qué puede hacer la ciudad respecto a los rugosos?

Mephisto pensó por un momento.

—Lo que haría con cualquier plaga. Erradicarlos.

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo.

Mephisto posó en el agente del FBI su mirada dura y brillante.

—¿Tienes una idea mejor, Whitey?

Pendergast guardó silencio por un instante.

—Todavía no —respondió por fin.

Robert Willson, bibliotecario de la Sociedad de Historia de Nueva York, miró irritado al otro ocupante de la sala de cartografía. Era un individuo extraño: lúgubre traje negro, ojos claros de gato, cabello rubio casi blanco austeramente peinado hacia atrás. Y molesto. Molesto como pocos. Llevaba allí toda la tarde, pidiendo y desechando mapas sin cesar. Cada vez que Willson se sentaba ante su ordenador para seguir trabajando en su proyecto favorito —la monografía definitiva sobre los fetiches de los indios zuñi—, aquel hombre se levantaba a preguntar algo.

Como si le hubiese leído el pensamiento, el hombre se puso en pie y se encaminó hacia él con ruidosos pasos.

—Disculpe —dijo con su educado pero apremiante acento sureño.

Willson apartó la vista del monitor y lo miró.

—¿Sí?

—Siento importunarle de nuevo, pero tengo entendido que los planos del proyecto de Vaux y Olmstead para el Central Park planteaban la necesidad de construir canales para drenar los pantanos. Querría saber si puedo consultar esos planos.

Willson apretó los labios.

—Esos planos fueron rechazados por la Comisión de Parques —respondió—. Se perdieron. Una tragedia.

Se volvió hacia la pantalla, esperando que aquel individuo captase la indirecta. La verdadera tragedia sería que no pudiese reanudar de una vez su monografía.

—Entiendo —dijo el visitante, sin captar la indirecta en absoluto—. Dígame, pues, cómo se drenaron los pantanos.

Willson, exasperado, se reclinó contra el respaldo de la silla.

—Pensaba que lo sabía todo el mundo. Se usó el acueducto de la calle Ochenta y seis.

—¿Y existen planos de la obra?

—Sí —contestó Willson.

—¿Podría verlos?

Lanzando un suspiro, Willson se levantó y cruzó una vez más la maciza puerta que conducía a las librerías. La sala estaba tan desordenada como de costumbre. Por alguna razón era a la vez enorme y claustrofóbica, con estanterías que se alzaban en la oscuridad a una altura de dos pisos, llenas de planos enrollados y cianotipos enmohecidos. Willson casi notaba posarse el polvo en su calva mientras inspeccionaba las arcanas listas de firmas. Empezó a picarle la nariz. Localizó el estante, extrajo los antiguos planos y los llevó a la pequeña sala de lectura. «¿Por qué la gente pedirá siempre los planos más pesados?», se preguntó.

—Aquí los tiene —dijo Willson, dejándolos sobre el mostrador de caoba.

Observó al hombre mientras se los llevaba a su pupitre y comenzaba a consultarlos, tomando notas y dibujando en una pequeña libreta encuadrada en piel. «Tiene dinero —pensó Willson con acritud—. Ningún profesor podría permitirse un traje como éste».

La sala quedó sumida en un celestial silencio. Por fin podía reanudar su trabajo. Llevó a su mesa unas cuantas fotografías amarillentas y empezó a introducir modificaciones en el capítulo sobre la imaginería de los distintos clanes.

Al cabo de unos minutos advirtió que el visitante se hallaba de nuevo detrás de él. Willson alzó la vista en silencio.

El hombre señaló con el mentón una de las fotografías de Willson. Mostraba una representación abstracta de animal tallada en piedra, con una punta de sílex sujeta al lomo mediante un trozo de tendón.

—En mi opinión —dijo el hombre—, ese fetiche en particular, que según veo ha descrito como puma, es en realidad un oso pardo.

Willson observó su cara pálida y sonriente, preguntándose si hablaba en broma.

—Cushing, que encontró este fetiche en 1883, lo atribuyó específicamente al clan del puma —repuso—. Puede consultarlo usted mismo. —«En estos tiempos cualquiera es un entendido», pensó.

—El fetiche del oso —continuó el hombre, impertérrito— siempre lleva una punta de lanza sujeta a la espalda, como éste. El fetiche del puma lleva una punta de flecha.

—¿Y cuál es la diferencia, si puede saberse? —preguntó Willson, irguiéndose en la silla.

—Un puma se caza con un arco y una flecha. Para matar a un oso se necesita una lanza.

Willson enmudeció.

—Cushing se equivocaba de vez en cuando —concluyó el hombre con delicadeza.

Willson apiló las hojas del manuscrito y lo dejó a un lado.

—Sinceramente, doy más crédito a Cushing que a un... —Dejó la frase inconclusa. Al cabo de un instante, añadió—: Por cierto, la biblioteca cierra dentro de una hora.

—En ese caso —dijo el hombre—, me gustaría ver las láminas del estudio de 1956 sobre las conducciones de gas natural del Upper West Side.

Willson apretó los labios.

—¿Cuáles exactamente?

—Todas, si es tan amable.

Aquello iba ya demasiado lejos.

—Lo siento —contestó Willson con firmeza—, eso no está permitido. No pueden consultarse más de diez planos de una misma serie simultáneamente. —Contempló al visitante con expresión triunfal.

Pero el hombre, absorto en sus pensamientos, no pareció inmutarse. De pronto miró de nuevo al bibliotecario.

—Robert Willson —dijo, señalando la placa colocada sobre la mesa—. Ya sé de qué me sonaba su nombre.

—¿Ah, sí? —preguntó Willson, vacilante.

—Por supuesto. ¿No pronunció usted el año pasado una conferencia excelente sobre las piedras espejismo en el Congreso de Estudios Navajos de Window Rock?

—Pues sí, fui yo.

—Lo suponía. Yo no pude asistir, pero leí las actas. He realizado ciertas investigaciones a título particular sobre la imaginería religiosa del suroeste. —El visitante hizo una pausa—. No tan a fondo como usted, desde luego.

Willson se aclaró la garganta.

—Supongo que uno no dedica treinta años al estudio de ese tema sin que su nombre llegue a ser conocido —dijo con toda la modestia posible.

El visitante sonrió.

—Es un honor conocerlo. Me llamo Pendergast.

Willson tendió la mano y se encontró con un apretón desagradablemente flácido. Él se ufanaba de la firmeza del suyo.

—Resulta alentador ver que continúa con sus estudios —dijo el hombre llamado Pendergast—. Es tan profunda la ignorancia sobre las culturas de los pueblos suroccidentales...

—Lo es, sin duda —convino Willson con plena convicción.

Lo invadió una curiosa sensación de orgullo. Nadie había demostrado nunca el menor interés por su trabajo, al menos nadie capacitado para hablar del tema de manera inteligible. Desde luego aquel tal Pendergast estaba mal informado sobre los fetiches indios, pero...

—Me encantaría seguir hablando con usted —dijo Pendergast—, pero creo que ya le he robado demasiado tiempo.

—Ni mucho menos —respondió Willson—. ¿Qué me ha dicho que quería ver? ¿El estudio del año 56?

Pendergast asintió con la cabeza.

—Y hay otra cosa, si es posible. Tengo entendido que existe un informe sobre los túneles excavados en los años veinte para el proyecto ferroviario de Interborough Rapid Transit. ¿Es así?

Willson lo miró de nuevo con expresión hosca.

—Pero si esa serie consta de sesenta planos... —contestó, apagándose gradualmente su voz.

—Ya veo —dijo Pendergast con manifiesto desánimo—. No está permitido.

De pronto Willson sonrió.

—En fin, no tiene por qué enterarse nadie —respondió, satisfecho de su propia temeridad—. Y no se preocupe por la hora de cierre. Yo me quedaré aún unas horas trabajando en mi monografía. Las normas están para incumplirlas, ¿no?

Transcurridos diez minutos, salió de la oscuridad de la sala contigua empujando un carrito abarrotado de planos sobre el gastado parquet.

Smithback atravesó la cavernosa entrada del Four Seasons, impaciente por dejar atrás el calor, el ruido y el mal olor de Park Avenue. Se acercó a la barra cuadrada con andar acompasado. Había pasado largos ratos en aquellos taburetes, contemplando con envidia el inaccesible paraíso situado en el otro extremo del local, más allá del tapiz de Picasso. En esa ocasión, sin embargo, no se entretuvo en la barra, sino que fue derecho hacia el maître. Bastó la rápida mención de un nombre, y él, Smithback, se encaminó por aquel pasillo de ensueño hacia el exclusivo restaurante.

Pese a que todas las mesas estaban ocupadas, el salón parecía tranquilo y en silencio, ahogándose cualquier sonido en su inmensidad. Pasó entre grandes empresarios, magnates de la prensa y potentados sin escrúpulos en dirección a una de las codiciadas mesas cercanas a la fuente. Allí, ya sentada, lo esperaba la señora Wisher.

—Señor Smithback—dijo—. Gracias por venir. Tome asiento, por favor.

Smithback se sentó en la silla que le había indicado, frente a ella, y echó un vistazo alrededor. Aquel almuerzo se presentaba interesante, y confiaba en disponer de tiempo para disfrutarlo plenamente. Apenas había empezado a redactar su gran artículo, y tenía de plazo hasta las seis.

—¿Le apetece una copa de Amarone? —preguntó la señora Wisher, señalando la botella que había junto a la mesa.

Vestía un austero conjunto formado por una blusa color azafrán y una falda plisada.

—Por favor —respondió Smithback, mirándola a la cara.

Se sentía mucho más cómodo que la primera vez que la vio, sentada remilgadamente en el oscuro salón de su apartamento, con un ejemplar del *Post* al lado como una muda acusación. Su necrológica del «Ángel de Central Park South», la recompensa ofrecida por el *Post* y la favorable crónica sobre la concentración de Grand Army Plaza, pensaba, le garantizaban una cálida acogida.

La señora Wisher hizo una seña al sumiller, esperó a que llenase la copa del periodista y luego se inclinó casi imperceptiblemente sobre la mesa.

—Señor Smithback, se preguntará sin duda por qué le he pedido que almuerce conmigo.

—Cierta curiosidad sí tengo, desde luego —contestó Smithback. Saboreó el vino y le pareció excelente.

—En ese caso, no perderé el tiempo recreándome con su inteligencia. En esta ciudad están a punto de producirse ciertos acontecimientos, y me gustaría que usted los documentase.

—¿Yo? —dijo Smithback, dejando de inmediato la copa.

Los labios de la señora Wisher se enarcaron levemente en lo que quizá fuese una sonrisa.

—Imaginaba que se sorprendería. Pero sepa, señor Smithback, que he llevado a cabo una ligera investigación sobre usted desde nuestra anterior entrevista. Y he leído su libro sobre los asesinatos del museo.

—¿Ha comprado un ejemplar? —preguntó Smithback esperanzado.

—Lo encontré en la biblioteca pública de Amsterdam Avenue. Fue una lectura interesante. Ignoraba que se hubiese visto implicado tan directamente en casi todos los aspectos del suceso.

Smithback escrutó su rostro, pero no percibió el menor indicio de sarcasmo en su expresión.

—Leí también su artículo sobre nuestra concentración —prosiguió la señora Wisher—. Noté en él un tono constructivo del que carecían las reseñas de otros periódicos. —Trazó un amplio gesto con las manos—. Además, debo darle las gracias porque sin usted todo eso no habría ocurrido.

—¿Usted cree? —preguntó Smithback con cierto nerviosismo.

La señora Wisher asintió con la cabeza.

—Fue usted quien me convenció de que la única manera de despertar a esta ciudad es espolearla. ¿Recuerda sus palabras? « En esta ciudad la gente no presta atención a nada a menos que se lo escupamos a la cara ». De no ser por usted, quizá seguiría sentada en el salón de mi casa, escribiendo cartas al alcalde en lugar de encauzar mi dolor hacia una buena causa.

Smithback movió la cabeza en un gesto de asentimiento. La viuda « no muy alegre » tenía su parte de razón.

—Desde aquella concentración, nuestro movimiento se ha difundido de una manera espectacular —dijo la señora Wisher—. Hemos puesto de manifiesto un problema que preocupa a todos por igual. La gente empieza a unirse, gente con poder e influencia. Pero nuestro mensaje va dirigido también al ciudadano de a pie, al hombre de la calle. Y ésa es la clase de personas a las que usted puede llegar con su periódico.

Aunque a Smithback no le gustaba que le recordasen que escribía para el ciudadano de a pie, no se le demudó la expresión. Por otra parte, lo había visto con sus propios ojos: al disolverse la concentración, muchos se habían quedado en las inmediaciones, bebiendo, vociferando, dispuestos a la acción.

—Y ahora le expondré mi propuesta. —La señora Wisher apoyó sus uñas pequeñas y cuidadas en el mantel de hilo—. Le proporcionaré acceso privilegiado a todas las acciones que organice Recuperemos Nuestra Ciudad. Muchas de esas acciones se realizarán intencionadamente sin previo aviso. Ni la prensa ni la policía se enterarán hasta que sea ya demasiado tarde para intervenir. Usted, en cambio, formará parte de mi círculo. Sabrá qué esperar y cuándo esperararlo. Puede acompañarme si lo desea. Y luego se lo escupiré a sus

lectores a la cara.

Smithback se esforzó por disimular su entusiasmo. Esto es demasiado bueno para ser verdad, pensó.

—Imagino que deseará escribir otro libro —continuó la señora Wisher—. Cuando la campaña Recuperemos Nuestra Ciudad llegue a buen puerto, contaré con todo mi apoyo en ese proyecto. Me pondré a su disposición para cuantas entrevistas considere necesarias. Además, Hiram Bennet, el editor de Cygnus House, es amigo íntimo mío. Sin duda le interesará un manuscrito así.

¡Dios santo!, pensó Smithback. Hiram Bennet, el editor por antonomasia. Imaginaba ya la guerra de pujas entre Cygnus House y Stockbridge, la editorial que había publicado su libro sobre el museo. Exigiría a su agente que lo sacase a subasta, partiendo de un mínimo de doscientos mil de los grandes, no, mejor doscientos cincuenta mil, y un diez por ciento de derechos...

—A cambio le pido una cosa —dijo fríamente la señora Wisher, interrumpiendo sus pensamientos—. Que a partir de ahora se dedique plenamente a informar sobre Recuperemos Nuestra Ciudad. Quiero que sus artículos, cuando aparezcan, se centren de manera exclusiva en nuestra causa.

—¿Cómo? —preguntó Smithback—. Señora Wisher, soy cronista de sucesos. Mi contrato me exige presentar material con regularidad.

El espejismo de la fama se desvaneció de inmediato, dando paso al rostro airado del director del *Post*, Arnold Murray, reclamándole su siguiente artículo.

La señora Wisher asintió con la cabeza.

—Me hago cargo. Y creo que dentro de unos días podré suministrarle todo el «material» que desee. Le daré detalles en cuanto redondeemos nuestros planes. Confíe en mí: estoy segura de que los dos saldremos beneficiados de esta relación.

Smithback pensó rápidamente. En dos horas debía presentar su artículo sobre lo que había escuchado a escondidas en la reunión del museo. De hecho ya lo había atrasado con la esperanza de conseguir más información. Aquél era el artículo que le valdría un aumento de sueldo, el artículo con el que volvería a anticiparse al gilipollas de Bryce Harriman.

Pero ¿realmente lo era? El asunto de la recompensa estaba ya un tanto trasnochado, y no había proporcionado pistas. El reportaje sobre Mephisto no había suscitado el interés que preveía. No existían indicios claros de que la muerte del forense guardase relación con el caso, por sospechosa que resultase la coincidencia. Y había que tener en cuenta asimismo las posibles consecuencias de haber entrado en el museo sin autorización.

Por otro lado, la exclusiva que proponía la señora Wisher podía ser la dinamita que andaba buscando. Su intuición periodística le decía que aquello era un éxito seguro. Podía telefonar y pretextar que estaba enfermo, eludir a Murray durante un par de días. Cuando apareciese con el resultado final, todo

quedaría olvidado.

Alzó la vista.

—Señora Wisher, acaba de cerrar un trato.

—Llámeme Anette —dijo ella, mirándolo a la cara por un momento antes de concentrarse de nuevo en la carta—. Y ahora pidamos, ¿le parece? Le recomiendo las vieiras envueltas en hojaldre al limón y caviar. Al cocinero le quedan deliciosas.

Hayward dobló la esquina de la calle Setenta y dos y, deteniéndose en seco, contempló con incredulidad el edificio de color arena que se alzaba ante ella. Sacó de un bolsillo el papel donde tenía anotada la dirección, la comprobó y volvió a alzar la vista. No había error. Sin embargo el edificio parecía más una mansión de una historieta de Charles Addams —unas veinte veces más grande, quizá— que un bloque de apartamentos de Manhattan. La estructura se elevaba, piedra sobre piedra, a la generosa altura de nueve plantas. En lo alto, dos enormes hastiales de dos pisos se cernían como cejas sobre la fachada. El tejado de pizarra guarnecido de cobre estaba erizado de chimeneas, chapiteles, torrecillas, florones... de todo menos mirador. O menos aspilleras habría que decir quizá en este caso, pensó Hayward. El Dakota, se llamaba. Un extraño nombre para un extraño edificio. Había oído hablar de él, pero nunca lo había visto. Pero, claro está, no encontraba muchas excusas para visitar el Upper West Side.

Se dirigió hacia el arco de entrada situado en la fachada sur del edificio. El guarda de seguridad que se hallaba en la garita contigua tomó su nombre e hizo una breve llamada.

—Vestíbulo suroeste —dijo al colgar, y le indicó el camino.

Hayward se adentró por el oscuro túnel y salió a un amplio patio interior. Allí se detuvo un momento a contemplar las fuentes de bronce, pensando que el rumor suave, casi enigmático, del agua parecía fuera de lugar en aquella zona de Manhattan. Dobló a la derecha y se encaminó hacia la esquina del patio más cercana. Atravesó el estrecho vestíbulo, entró en el ascensor y pulsó el botón.

El ascensor subió lentamente y se abrió por fin ante un pequeño espacio rectangular revestido de madera oscura. Al salir, vio enfrente una única puerta. El ascensor se cerró con un susurro y empezó a descender, dejando a Hayward a oscuras. Por un instante pensó que se había equivocado de piso. Oyó un leve ruido e instintivamente movió la mano hacia su arma reglamentaria.

—Sargento Hayward. Estupendo. Pase.

Incluso en la oscuridad, Hayward habría reconocido aquella voz meliflua, aquel acento. Pero la puerta del fondo acababa de abrirse, y el agente Pendergast se hallaba en el vano, perfilándose su esbelta e inconfundible silueta contra el tenue resplandor del interior del apartamento.

Hayward entró, y Pendergast cerró la puerta. Aunque la habitación no era demasiado espaciosa, el alto techo daba una sensación de suntuosidad. Hayward miró alrededor con curiosidad. Tres de las paredes estaban pintadas de un color rosa intenso, bordeadas tanto arriba como abajo por molduras negras. La luz procedía de detrás de lo que parecían finísimos trozos de ágata enmarcados en apliques de bronce con forma de concha situados a unos dos metros de altura. La

cuarta pared estaba recubierta de mármol negro. Por la superficie del mármol corría de arriba abajo una delicada cortina de agua, semejante a una cascada de cristal, desapareciendo con un ligero borboteo por la rejilla del suelo. Había pequeños sofás de piel en distintos puntos de la sala, sus bases hundidas en el tupido pelo de la alfombra. Los únicos elementos decorativos eran unos cuantos cuadros y varias plantas de tallo retorcido dispuestas sobre mesas lacadas. Todo estaba obsesivamente limpio, sin una mancha ni una mota de polvo. Aunque debía de haber otras puertas que conducían al resto de las habitaciones, sus contornos estaban tan bien disimulados que Hayward era incapaz de distinguirlos.

—Siéntese donde guste, señorita Hayward —dijo Pendergast—. ¿Quiere tomar algo?

—No, gracias —respondió Hayward. Eligió el sofá más cercano a la puerta y se dejó envolver voluptuosamente por la suave piel negra. Contempló el cuadro que colgaba de la pared más próxima, un paisaje impresionista con almiar y un sol rosado que por alguna razón le resultaba familiar—. Un sitio agradable, aunque el edificio es un tanto extraño.

—Los vecinos preferimos calificarlo de excéntrico —repuso Pendergast—. Pero a lo largo de los años muchos habrán coincidido con usted, supongo. El Dakota, así llamado porque cuando se construyó en 1884, esta parte de la ciudad parecía tan lejana como el territorio indio. Sin embargo posee una solidez, una especie de permanencia, que me gusta. Levantado sobre un lecho de roca, con paredes de ochenta centímetros de grosor en la planta baja. Pero no ha venido usted a escuchar una conferencia sobre arquitectura. En realidad, me alegro de que se haya dignado venir.

—¿Bromea? —dijo Hayward—. ¿Cómo iba a perderme una visita turística a la choza del agente Pendergast? En la policía, es usted una especie de leyenda, como seguramente ya sabe.

—Muy alentador —comentó Pendergast, acomodándose en un sillón—. Pero lamentablemente la visita turística se reduce a esta habitación. Rara vez recibo a gente aquí. No obstante, me parecía el mejor lugar para nuestra conversación.

—Y eso ¿por qué? —preguntó Hayward mientras seguía inspeccionando la sala. De pronto su vista se posó en la mesa lacada más cercana y, señalándola, exclamó—: ¡Eh, pero sí es un bonsái, un árbol en miniatura! Mi *sensei* en el *dojo* de *kárate* tiene un par.

—Es un *Ginkgo biloba* —explicó Pendergast—; «cabello de doncella» en nuestro idioma. Es el único miembro que queda de una familia de árboles muy común en la prehistoria. Y a su derecha verá una agrupación de arces tridentes enanos. Me siento particularmente orgulloso de su aspecto natural. Todos los árboles de esa agrupación cambian de color en distintos momentos del otoño. Plantarlos del primero al último me llevó nueve años. Su *sensei* podrá explicarle que el secreto de las agrupaciones de árboles es añadir bonsais gradualmente, y

siempre en cantidades impares, hasta que contar el número de troncos exija concentración. Llegados a ese punto, el trabajo ha concluido.

—¿Nueve años?—repitió Hayward—. Debe de tener mucho tiempo libre.

—La verdad es que no. Soy un apasionado de los bonsais. Es un arte que uno nunca domina por completo. Y me fascina esa mezcla de estética natural y artificial. —Cruzó las piernas, su traje negro casi invisible contra la piel negra del sillón, y dio por finalizada su disertación con un ademán—. Pero no me incite a hablar de ello porque no acabaría nunca. Hace un momento me ha preguntado por qué considero éste el mejor sitio para conversar. La razón es muy simple: deseo conocer mejor a la gente sin hogar.

Hayward permaneció en silencio.

—Usted ha trabajado con ellos —prosiguió Pendergast—, los ha *estudiado*. Es una experta en la materia.

—Los otros no opinan lo mismo.

—Si se parasen a pensar, cambiarían de idea. En todo caso, comprendo su susceptibilidad al respecto. Y por eso mismo he creído que podía sentirse más cómoda hablando del tema fuera de las horas de servicio, lejos de la jefatura y la comisaría de distrito.

Pendergast había acertado de pleno, pensó Hayward. Aquella sala extraña y relajante, con su silenciosa cascada y su desnuda belleza, le parecía tan lejana a la jefatura como la luna. Recostada en la embriagadora suavidad del sofá, notó que su natural cautela se disipaba. Pensó en quitarse el voluminoso cinto de la pistola, pero se sentía demasiado a gusto para moverse.

—Yo he estado en los subterráneos dos veces —dijo Pendergast—. La primera sólo para poner a prueba el disfraz y realizar un reconocimiento preliminar, y la segunda para buscar a Mephisto, el jefe de la gente sin hogar. Y cuando lo encontré, comprendí que había subestimado un par de aspectos: la firmeza de sus convicciones y el número de seguidores.

—Nadie sabe exactamente cuántos viven bajo tierra —contestó Hayward—. Sólo una cosa es segura: son muchos más de los que cabría esperar. En cuanto a Mephisto, probablemente ahí abajo es el alcalde más famoso. Su comunidad es la mayor. En realidad, según he oído decir, se compone de varias comunidades: un núcleo de veteranos de Vietnam y reliquias de los sesenta inadaptados y otras comunidades que se unieron a ellos cuando empezaron los asesinatos. Él y los suyos tienen ocupados los túneles más profundos de la zona del Central Park.

—Lo que más me sorprendió fue la gran diversidad que advertí —continuó Pendergast—. Yo esperaba encontrar un tipo de personalidad trastornada predominante, o dos a lo sumo. En cambio, encontré un amplio espectro de seres humanos.

—No toda la gente sin hogar baja a los subterráneos —dijo Hayward—. Pero los que temen los centros de acogida, los que no soportan los comedores de

beneficencia y las rejas del metro, los solitarios, los fanáticos de sectas... esos sí bajan. Primero prueban en los túneles del metro, luego en zonas más profundas. Créame, hay muchos sitios donde esconderse.

Pendergast asintió con la cabeza.

—Incluso en mi primer descenso, quedé asombrado por la inmensidad de los subterráneos. Me sentía como los exploradores Lewis y Clark a punto de adentrarse en una tierra desconocida.

—Y no conoce usted ni la mitad. Existen más de tres mil kilómetros de túneles abandonados a medio excavar, y otros ocho mil kilómetros todavía en uso. Cámaras subterráneas tapiadas y olvidadas. —Hayward se encogió de hombros—. Además, se oyen historias. Por ejemplo, sobre refugios antiaéreos construidos por el Pentágono en los años cincuenta para proteger a la gente importante de Wall Street. Según dicen, algunos conservan todavía agua corriente, suministro eléctrico y alimentos enlatados. Salas de máquinas llenas de maquinaria abandonada, grandes conductos de madera usados antiguamente como cloacas. Todo un espeluznante mundo perdido.

Pendergast se echó hacia adelante en el sillón.

—Sargento Hayward —dijo—, ¿ha oído hablar de la Buhardilla del Diablo?

Hayward asintió con la cabeza.

—Sí. Algo he oído.

—¿Sabría decirme dónde está o cómo localizarla?

Hayward se quedó pensativa por un largo momento.

—No. La mencionaron un par de mendigos durante los desalojos. Pero se oyen tantas tonterías ahí abajo, que una presta poca atención a la mayor parte. Siempre he pensado que era una fantasía absurda.

—¿Conoce a alguien que pueda proporcionarme más información?

Hayward cambió ligeramente de postura.

—Puede hablar con Al Diamond —contestó, dirigiendo la mirada nuevamente al paisaje de los almiarés. Era asombroso, pensó, que con unos cuantos puntos de pintura fuese posible producir una imagen tan clara—. Es un ingeniero del puerto, una auténtica autoridad sobre estructuras subterráneas. Lo llaman siempre que hay una fuga importante a gran profundidad o quieren tender un nuevo gasoducto. —Se interrumpió por un instante—. Pero hace tiempo que no sé nada de él. Quizá haya hincado el pico.

—¿Cómo?

—Que quizá haya muerto, quería decir.

Siguió un silencio, roto sólo por el suave arrullo del agua.

—Si los asesinos han colonizado algún espacio recóndito bajo tierra, el gran número de gente que habita en los túneles será en sí mismo una complicación —dijo Pendergast por fin.

Hayward desvió la mirada del cuadro y la fijó en el agente del FBI.

—Y va a más —afirmó.

—¿A qué se refiere?

—Faltan sólo unas semanas para el principio del otoño —contestó Hayward—. Es en esa época, en previsión del frío del invierno, cuando los mendigos se trasladan masivamente a los subterráneos. Si está en lo cierto sobre esos asesinos, imagine qué ocurrirá en ese momento.

—No, no lo imagino —repuso Pendergast—. Dígamelo usted.

—Temporada de caza —respondió Hayward, y volvió a mirar el paisaje.

El mugriento tramo industrial de la avenida terminaba en una escollera junto a las turbias aguas del East River. El lugar ofrecía una vista panorámica de Roosevelt Island y el puente de la calle Cincuenta y nueve. En la otra orilla, el FDR Drive, desde allí apenas una fina cinta gris, serpenteaba entre los lujosos bloques de apartamentos de Sutton Place y el edificio de las Naciones Unidas. Una buena vista, pensó D'Agosta mientras se apeaba del coche sin distintivos policiales. Una buena vista, y un barrio espantoso.

El sol de agosto caía oblicuamente sobre la avenida, reblandeciendo los charcos de alquitrán y reflejándose trémulamente en el asfalto. Aflojándose el cuello de la camisa, D'Agosta comprobó una vez más la dirección que le había facilitado el Departamento de Personal del museo: avenida Noventa y cuatro, 11-46, Long Island City. Contempló los edificios de las inmediaciones, preguntándose si había algún error. Aquello no se parecía en nada un barrio residencial. A ambos lados de la calle se alineaban almacenes y fábricas abandonadas. Aunque era mediodía, el lugar se hallaba casi desierto; la única señal de vida era un destartado camión que salía en ese momento de un área de carga situada al final de la manzana. Nadie como Waxie para cargarle lo que, en su opinión, era la última misión por orden de prioridad.

Los números 11-46 de la avenida se correspondían con una gruesa puerta de metal, rayada y desportillada, con diez capas de pintura negra por lo menos. Como el resto de las puertas de aquella manzana, parecía la entrada de un almacén vacío. D'Agosta pulsó el botón de un viejo portero automático. Al no recibir respuesta, aporreó la puerta con fuerza. Silencio.

Esperó unos minutos. Luego se adentró por un estrecho callejón contiguo al edificio. Abriéndose paso entre unos rollos de papel alquitranado, se acercó a una ventana de cristal reforzado con malla metálica, agrietado y casi opaco a causa del polvo. Se encaramó a uno de los rollos, limpió parte del cristal con la punta de la corbata y miró adentro.

Cuando su vista se acostumbró a la oscuridad del interior, distinguió un amplio espacio vacío. Tenues líneas de luz se dibujaban en el sucio suelo de cemento. Al fondo, una escalera ascendía a lo que en otro tiempo debió de ser el despacho del encargado. Aparte de eso, nada.

D'Agosta percibió un repentino movimiento en el callejón. Al volverse, vio correr a un hombre hacia él, y en su mano el siniestro brillo de un largo cuchillo de cocina. Instintivamente saltó al suelo y sacó la pistola. Al ver el arma, el hombre paró en seco y se dio media vuelta para huir.

—¡Alto! —bramó D'Agosta—. ¡Policía!

El hombre se volvió de nuevo hacia D'Agosta. Inexplicablemente, una sonrisa apareció en su rostro.

—¡Un policía! —exclamó con manifiesto cinismo—. ¿Quién lo iba a pensar? ¡Un policía por estos barrios!

Siguió inmóvil donde estaba, la sonrisa fija en sus labios. Tenía el aspecto más extraño que D'Agosta había visto en su vida: la cabeza rapada y pintada de verde; una rala perilla; minúsculas gafas estilo Trotski; una camisa de un material semejante a la arpillera; unas viejas zapatillas rojas de deporte.

—Suelte el cuchillo —ordenó D'Agosta.

—Tranquilo, no pasa nada —dijo el hombre—. Pensaba que era un ladrón.

—He dicho que suelte el puñetero cuchillo.

El hombre dejó de sonreír y tiró el cuchillo al suelo a un par de metros por delante de él.

D'Agosta lo apartó con el pie.

—Ahora dése la vuelta, apoye las manos en la pared y separe las piernas.

—¿Qué es esto? ¿La China comunista? —protestó el hombre.

—Haga lo que le digo.

El hombre obedeció sin dejar de rezongar, y D'Agosta lo cacheó, hallando sólo una cartera. La abrió. En el carnet de conducir constaba como dirección el edificio contiguo.

D'Agosta enfundó la pistola y devolvió al hombre la cartera.

—¿No se da cuenta, señor Kirtsema, de que podría haberle pegado un tiro? —preguntó.

—Eh, yo no sabía que era policía. Pensaba que era un ladrón. —Se apartó de la pared y se sacudió el polvo de las manos—. No sabe cuántas veces me han robado. Ustedes ya ni se molestan en responder. Usted es el primer policía que veo por aquí desde hace meses, y...

D'Agosta le indicó que callase con un gesto y dijo:

—Simplemente vaya con más cuidado. Además, no tiene la menor idea de cómo manejar un cuchillo. Si fuese un ladrón, probablemente usted estaría ya muerto.

El hombre se frotó la nariz y masculló algo ininteligible.

—¿Vive en el edificio de al lado? —preguntó D'Agosta. Le era imposible pasar por alto que el tipo llevaba la cabeza rapada y pintada de verde. Procuraba no mirar.

El hombre asintió.

—¿Cuánto hace que vive aquí?

—Unos tres años. Antes tenía un almacén en el Soho, pero me desahucieron. Éste es el único sitio que he encontrado donde puedo trabajar tranquilamente.

—¿Y a qué se dedica?

—Es difícil explicarlo. —El hombre empezó de pronto a mostrarse más cauto—. Además, ¿por qué iba a contestarle?

D'Agosta le enseñó la placa y su identificación.

—Homicidios, ¿eh? —dijo el hombre, mirando la placa—. ¿Han matado a alguien por aquí?

—No. ¿Podemos entrar y hablar un rato?

—¿Es un registro? —preguntó el hombre, mirándolo con recelo—. ¿No debería traer una orden?

D'Agosta contuvo su creciente irritación.

—Se lo pido a modo de colaboración voluntaria. Quiero hacerle unas preguntas sobre el hombre que vivía en este almacén, Kawakita.

—¿Así se le llamaba? Ese sí era un tipo raro, pero que muy raro.

Salieron del callejón, y el hombre llamado Kirtsema sacó una llave y abrió su propia puerta negra de metal. Al entrar, D'Agosta vio que era otro enorme almacén, pintado de color hueso. A lo largo de las paredes había cubos metálicos de formas extrañas llenos de basura. En una esquina se alzaba una palmera muerta. En el centro del almacén, pendían del techo en grupos innumerables cordeles negros. Era como estar contemplando un bosque lunar en una pesadilla. En el rincón más alejado, vio un camastro, un fregadero, un hornillo y un váter al descubierto. No había a la vista más comodidades.

—¿Y eso qué es? —preguntó D'Agosta, señalando los cordeles.

—¡No los enmarañe, por Dios! —gritó Kirtsema, casi derribando a D'Agosta al apartarlo para reparar los daños. Manipulando nerviosamente los cordeles, añadió con tono ofendido—: Nunca deben *tocarse* entre sí.

D'Agosta retrocedió.

—¿Qué es? ¿Un experimento?

—No. Es un entorno artificial, una reproducción de la selva primigenia en la que todos nos desarrollamos, trasladada a Nueva York.

D'Agosta observó los cordeles con incredulidad.

—¿Esto es arte, pues? ¿Quién lo ve?

—Es arte *conceptual* —aclaró Kirtsema con impaciencia—. Nadie lo ve. No está concebido para ser visto. Basta con que *exista*. Los cordeles nunca se tocan, del mismo modo que los seres humanos nunca se relacionan realmente. Estamos solos. Y todo este mundo nunca es visto, del mismo modo que flotamos a través del cosmos sin verlo. Como dijo Derrida: « El arte es aquello que no es arte », lo cual significa...

—¿Sabe si se llamaba Gregory de nombre de pila? —lo interrumpió D'Agosta.

—Jacques. *Jacques* Derrida, no Gregory.

—Me refiero al hombre que vivía al lado.

—Como ya le he dicho, ni siquiera conocía su nombre —contestó Kirtsema—. Huía de él como de la peste. Supongo que ha venido por las quejas.

—¿Las quejas?

—Sí. Telefoné a la policía hasta cansarme. Después de las dos primeras

veces ni se molestaban en venir. —Parpadeó—. No, un momento. Usted es de Homicidios. ¿Ha matado a alguien, ese tipo?

Sin responder, D'Agosta extrajo un bloc de notas del bolsillo de la chaqueta.

—Hábleme de él.

—Se mudó a este barrio hace dos años, quizá un poco menos. Al principio, parecía bastante tranquilo. Luego empezaron a llegar camiones, que descargaban cajas y más cajas. Por esas fechas comenzaron los ruidos: martillazos, golpes, estallidos. Y el olor... —Kirtsema arrugó la nariz en una mueca de asco—. Como si se quemase algo acre. Pintó las ventanas de negro por dentro, pero una vez se rompió un cristal, y pude echar un vistazo antes de que lo cambiase. —Sonrió—. Tenía montado allí un tinglado de lo más extraño. Vi microscopios, vasos grandes de laboratorio que hervían y hervían, cajas grises de metal con lámparas encima, acuarios.

—¿Acuarios?

—Un acuario detrás de otro, hileras y más hileras. Muy grandes, llenos de algas. Era científico, desde luego. —Kirtsema pronunció la palabra con repugnancia—. Un disector, un reduccionista. A mí no me gusta esa manera de concebir el mundo. Yo soy un holista, sargento.

—Ya —dijo D'Agosta.

—Y un día se presentaron aquí los de la compañía eléctrica. Dijeron que tenían que conectar en su almacén unas líneas especiales para uso industrial o algo así. Y a mí me cortaron la corriente durante dos días. ¡Dos días! Pero cualquiera presenta una queja a los de Con Edison, burócratas deshumanizados.

—¿Tenía visitas? —preguntó D'Agosta—. ¿Algún amigo?

—¡Visitas! —exclamó Kirtsema—. Ésa fue la gota que colmó el vaso. Empezó a llegar gente. Siempre de noche. Y llamaban todos a la puerta de la misma manera, como si fuese una contraseña. Fue entonces cuando avisé a la policía. Estaba convencido de que algo extraño pasaba ahí dentro. Pensé que podía tratarse de algún asunto de drogas. Vinieron un par de polis, me aseguraron que todo era legal, y se marcharon. —Movié la cabeza en un gesto de indignación por el recuerdo—. Y las cosas siguieron como antes. Volví a avisar a la policía para quejarme del ruido y el olor, pero después de la segunda visita ya no vinieron más. Y un día, hará quizá un año, el tipo se presentó ante mi puerta. Así, sin previo aviso, a eso de las once de la noche.

—¿Qué quería? —preguntó D'Agosta.

—No lo sé. Posiblemente preguntarme por qué había avisado a la policía. Lo único que sé es que sólo verlo me puso los pelos de punta. Era septiembre y hacía casi tanto calor como ahora, y sin embargo él llevaba un abrigo grueso con una capucha enorme. Se quedó en la penumbra, y no pude verle la cara. Simplemente se plantó allí, en la oscuridad, y me preguntó si podía entrar. Le dije que no, por supuesto. Ya hice bastante, sargento, con no cerrarle la puerta en las

narices.

—Teniente —corrigió D'Agosta distraídamente mientras tomaba notas.

—Da igual. A mí no me gusta etiquetar a la gente. « Ser humano » es la única etiqueta que tiene sentido. —Movi6 en un gesto de asentimiento su verde calva para mayor énfasis.

D'Agosta continuaba escribiendo. Aquella imagen no le recordaba en absoluto al Greg Kawakita que habia conocido en el despacho de Frock después del desastre ocurrido en la inauguración de la exposición « Supersticiones ». Se exprimió la memoria buscando algùn rasgo característico del científico.

—¿Podría describir su voz? —preguntó.

—Sí. Muy grave, y con un ligero ceceo.

D'Agosta frunció el entrecejo.

—¿Algùn acento peculiar?

—Diría que no. Pero el ceceo era tan marcado que me atrevería a asegurárselo. Las palabras casi sonaban a castellano, pero hablaba inglés, no español.

D'Agosta tomó nota mentalmente para preguntarle más tarde a Pendergast qué demonios era el « castellano » .

—¿Cuándo se marchó del barrio, y por qué?

—Un par de semanas después de venir a verme —contestó Kirtsema—. Quizá en octubre. Una noche oí que llegaban dos camiones grandes, lo cual era relativamente habitual. Pero esta vez no descargaban sino que cargaban. Cuando me levanté a mediodía, el almacén estaba vacío. Incluso habían limpiado la pintura negra de los cristales.

—¿A mediodía, dice?

—Mi horario normal de sueño es de cinco de la madrugada a doce del mediodía. No me someto a las rotaciones físicas del sistema tierra-sol-luna, sargento.

—¿Le llamó la atención algùn detalle de los camiones? —preguntó D'Agosta

—. ¿Un logo, por ejemplo? ¿O el nombre de la compañía?

Kirtsema se quedó pensativo por un instante.

—Sí —dijo por fin—. Mudanzas de precisión científica.

D'Agosta observó al hombre de mediana edad con la calva verde.

—¿Está seguro?

—Por completo.

D'Agosta le creyó. Con su aspecto, no serviría ni remotamente como testigo, pero era buen observador. O quizá simplemente entrometido.

—¿Desea añadir algo más?

Volvió a mover la verde calva.

—Sí. Poco después de instalarse aquí ese tipo, se apagaron todas las farolas de la calle, y por lo visto nunca consiguieron arreglarlas. Siguen sin dar luz. Creo que

él tuvo algo que ver con eso, aunque no me explico qué pudo pasar. Telefoneé a Con Edison para plantearle también ese problema; pero, como de costumbre, los robots sin rostro de la compañía no hicieron nada al respecto. Y eso sí, olvídense de pagar el recibo una sola vez y...

—Gracias por su ayuda, señor Kirtsema —lo interrumpió D'Agosta—. Aviseme si recuerda alguna otra cosa. —Cerró el bloc, se lo guardó en el bolsillo y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, se detuvo y dijo—: Ha comentado antes que le han robado varias veces. ¿Qué se han llevado? No parece que haya aquí muchas cosas de valor. —Volvió a echar un vistazo al almacén.

—¡Ideas, sargento! —respondió Kirtsema, alzando el mentón—. Los objetos materiales son superfluos. Pero las ideas no tienen precio. Mire alrededor. ¿Ha visto alguna vez tantas ideas brillantes juntas?

La chimenea de ventilación número doce se alzaba como la imagen de una pesadilla sobre la entrada al túnel Lincoln de la calle Treinta y ocho, un chapitel de ladrillo y metal oxidado de sesenta metros de altura.

Casi en lo alto de la chimenea, adherida como una lapa a la pared anaranjada, había una pequeña cabina de observación. Desde su privilegiada posición en la estrecha escalerilla de acceso, Pendergast veía la cabina a gran distancia por encima de su cabeza. La escalerilla estaba atornillada al lado de la chimenea que daba al río, y en varios puntos los tornillos se habían desprendido. Mientras ascendía, veía a través de la rejilla de los peldaños de hierro el tráfico que entraba en el túnel treinta metros más abajo.

La escalerilla quedó a la sombra cuando Pendergast se acercó a la base de la cabina de observación. Alzando la vista, advirtió que tenía una escotilla en el suelo provista de una manivela circular, como la puerta estanca de un submarino, y marcada con las palabras:

AUTORIDAD PORTUARIA DE NUEVA YORK.

El rugido procedente de la chimenea de ventilación se asemejaba al ruido de un motor a reacción, y Pendergast tuvo que llamar varias veces a la escotilla para hacerse oír por la persona que se hallaba en la cabina.

Pendergast entró en el reducido espacio y se arregló el traje mientras el ocupante de la cabina —un fibroso de corta estatura vestido con una camisa de cuadros y un mono— cerraba la escotilla. Tres lados de la cabina de observación daban al Hudson, los accesos al túnel Lincoln y el enorme generador que alimentaba los extractores encargados de absorber el aire viciado del interior del túnel y expulsarlo al exterior por las chimeneas de ventilación. Estirando el cuello, Pendergast vio las turbinas del sistema de filtración del túnel, retumbando justo debajo de ellos.

El hombre, tras cerrar la escotilla, fue a sentarse a un taburete colocado ante una mesa de dibujo. No había más asiento que aquél en la pequeña cabina. Pendergast vio que el hombre lo miraba y movía la boca como si hablase. Sin embargo el zumbido de la chimenea de ventilación ahogaba cualquier otro sonido.

—¿Cómo? —preguntó Pendergast a voz en cuello, acercándose a él. La escotilla del suelo aislaba escasamente la cabina del ruido y los humos del tráfico.

—Identificación —respondió el hombre—. Me dijeron que traería alguna clase de identificación.

Pendergast se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y le mostró

su identificación del FBI. El hombre la examinó detenidamente.

—Usted es el señor Albert Diamond, ¿no? —preguntó Pendergast.

—Al —dijo el hombre con naturalidad—. ¿Qué necesita?

—Según he oído, es usted quien mejor conoce los subterráneos de Nueva York —explicó Pendergast—. Siempre le consultan cuando han de perforar un nuevo túnel para el metro o reparar un gasoducto.

Diamond miró fijamente a Pendergast. Una de sus mejillas se hinchó mientras se recorría lentamente los molares inferiores con la lengua.

—Así es, supongo —respondió por fin.

—¿Cuándo visitó por última vez los subterráneos?

Diamond alzó un puño, lo abrió dos veces y lo volvió a cerrar.

—¿Diez? —dijo Pendergast—. ¿Hace diez meses?

Diamond negó con la cabeza.

—¿Años?

Diamond asintió.

—¿Por qué tanto tiempo?

—Me cansé. Solicité el traslado aquí.

—¿Lo solicitó? Una interesante elección de puesto. Prácticamente lo más alejado del subsuelo sin tener que subirse a un avión. ¿Era ésa su idea?

Diamond hizo un gesto de indiferencia, sin darle la razón ni contradecirlo.

—Necesito cierta información —continuó Pendergast a voz en grito. Había demasiado ruido en la cabina de observación para andarse con rodeos.

Diamond asintió, y el bulto de la mejilla ascendió lentamente cuando inició la inspección de los molares superiores.

—Hábleme de la Buhardilla del Diablo.

El bulto de la mejilla se detuvo en el acto. Al cabo de un instante, Diamond cambió de posición en el taburete pero permaneció callado.

—Me han dicho —prosiguió Pendergast— que hay túneles a gran profundidad bajo el Central Park. A una profundidad mucho mayor que la del resto. He oído que llaman a esa zona la Buhardilla del Diablo. Sin embargo no he encontrado constancia de la existencia de dicho lugar, al menos por ese nombre.

Diamond bajó la vista.

—¿La Buhardilla del Diablo? —repitió de mala gana transcurridos unos segundos.

—¿Conoce ese lugar?

Diamond se metió la mano bajo el mono de trabajo y sacó una pequeña petaca con algo que no era agua. Tomó un largo trago y volvió a guardársela sin invitar a Pendergast. Dijo algo inaudible a causa del estruendo de la chimenea de ventilación.

—¿Cómo? —preguntó Pendergast, acercándose todavía más.

—He dicho que sí, lo conozco.

—Hábleme de él, si es tan amable.

Diamond desvió la mirada y contempló la orilla de Nueva Jersey al otro lado del río.

—Los cabrones de los ricachos —masculló.

—¿Perdone?

—Los cabrones de los ricachos —repitió Diamond—. No querían tener el menor contacto con la clase trabajadora.

—¿Los ricachos?

—Sí, ya sabe: Astor, Rockefeller, Morgan, y todos los demás. Construyeron esos túneles hace más de cien años.

—No entiendo —dijo Pendergast.

—Túneles de ferrocarril —prorrumpió Diamond, malhumorado—. Pretendían construirse una línea de ferrocarril privada. Venía de Pelham y pasaba bajo el parque, el hotel Knickerbocker, las mansiones de la Quinta Avenida. Estaciones y salas de espera privadas con todos los lujos. No se privaban de nada.

—Pero ¿por qué a esa profundidad?

Diamond sonrió por primera vez.

—Cosas de la geología. Tenían que perforar bajo los túneles de metro y líneas de ferrocarril ya existentes, claro está. Pero justo debajo había un estrato de lutita, un tipo de roca sedimentaria precámbrica de pésima calidad. La lutita admite cloacas y conducciones de agua, pero no un túnel de ferrocarril. Así que tuvieron que bajar más. La Buhardilla del Diablo está a una profundidad equivalente a treinta plantas.

—Pero ¿por qué se embarcaron en semejante empresa? —preguntó Pendergast.

Diamond lo miró con expresión de incredulidad.

—¿Por qué? ¿A usted qué le parece? Esos remilgados no querían compartir las vías ni las señales con las líneas de tren regulares. Perforando los túneles a esa profundidad, podían salir directamente de la ciudad, subir hasta Crotón y tener pista libre. Sin retrasos, sin mezclarse con la gente corriente.

—Eso no explica por qué no hay documentos de su existencia —adujo Pendergast.

—La construcción costó una fortuna. Y no todo el dinero salió de los bolsillos de los magnates del petróleo. Pidieron favores al ayuntamiento. —Diamond se tocó un lado de la nariz—. No suele dejarse constancia de esa clase de construcción.

—¿Por qué abandonaron el proyecto?

—Las labores de mantenimiento eran interminables. Al estar los túneles bajo las cloacas y los colectores de lluvias, no había manera de conservarlos secos. Se producían, además, acumulaciones de metano, de monóxido de carbono,

etcétera.

Pendergast asintió con la cabeza.

—Gases pesados que descendían a los niveles inferiores.

—Gastaron millones en esos condenados túneles, y no consiguieron acabar la línea. En las inundaciones del 98, cuando no llevaban abiertos ni dos años, las bombas no dieron abasto y quedó todo anegado de aguas residuales. Así que tapiaron los accesos, sin molestarse siquiera en sacar la maquinaria.

Diamond se calló, y en la cabina se oyó sólo el rugido de la chimenea de ventilación.

—¿Existe algún plano de esos túneles? —preguntó Pendergast al cabo de un momento.

—¿Planos? —repitió Diamond, alzando la vista al techo—. Me pasé veinte años buscando los planos. No hay ningún plano. Lo que sé lo averigüé charlando con unos cuantos viejos.

—¿Usted ha estado allí?

Diamond dio un respingo. Al cabo de un momento, asintió con la cabeza.

—¿Podría dibujármelos?

Diamond guardó silencio.

Pendergast se acercó a él.

—Aunque fuese un simple esbozo, le estaría muy agradecido —dijo. Se llevó la mano a una solapa como para alisársela, pero como por arte de magia asomó entre sus delgados dedos un billete de cien dólares, arqueándose hacia el ingeniero.

Diamond miró el billete como si reflexionase. Finalmente lo cogió, formó con él una bola y se lo metió en el bolsillo. A continuación, se volvió hacia la mesa de dibujo y empezó a trazar diestras líneas en una hoja amarilla de papel milimetrado. Una intrincada red de túneles comenzó a cobrar forma.

—Esto es lo mejor que puedo ofrecerle —dijo pasados unos minutos, irguiéndose en el taburete—. Yo acostumbraba a entrar por ahí. Muchas de las cavidades situadas al sur del parque se rellenaron de hormigón, y los túneles situados al norte se hundieron hace años. Tendrá que descender por el Cuello de Botella. Siga por el túnel de alimentación número 18 desde el punto donde se cruza con la tubería de agua número 24.

—¿El Cuello de Botella? —preguntó Pendergast.

Diamond asintió con la cabeza, rascándose la nariz con un dedo sucio.

—Una veta de granito atraviesa el lecho de roca sobre el que se asienta el parque. Es de una dureza extrema. En su día, para ahorrar tiempo y dinamita, los técnicos de las compañías de suministros optaron por abrir un enorme agujero y lo canalizaron todo por allí. Los túneles Astor se encuentran justo debajo. Que yo sepa, ésa es la única vía de acceso desde el sur, a menos, claro, que tenga un traje de submarinista.

Pendergast aceptó la hoja y la examinó atentamente.

—Gracias, señor Diamond. ¿Cabe alguna posibilidad de que desee volver ahí abajo e inspeccionar con mayor detenimiento la Buhardilla del Diablo? A cambio de una remuneración justa, por supuesto.

Diamond se llevó la petaca a los labios y tomó otro largo trago. Después contestó:

—No volvería a bajar ahí por todo el dinero del mundo.

Pendergast inclinó la cabeza.

—Otra cosa —añadió Diamond—. No lo llame Buhardilla del Diablo, si no le importa. Eso es jerga de topos. Son los túneles Astor.

—¿Túneles Astor?

—Sí. El proyecto fue idea de la señora Astor. Según se cuenta, convenció a su marido de que construyese la primera estación privada bajo su mansión de la Quinta Avenida. Así empezó todo.

—¿De dónde ha salido el nombre «Buhardilla del Diablo»? —preguntó Pendergast.

Diamond sonrió con amargura.

—No lo sé. Pero piense un poco. Imagine túneles a una profundidad de treinta pisos, con grandes murales de azulejos. Imagine salas de espera con sofás, espejos, elegantes vidrieras de colores. Imagine ascensores hidráulicos con suelos de parquet y cortinas de terciopelo. Y ahora piense en qué estado debe de encontrarse todo eso después de anegarlo en aguas residuales y tenerlo cerrado a cal y canto durante un siglo. —Se echó hacia atrás y miró a Pendergast—. No sé a usted, pero a mí se me antojaría la buhardilla del mismísimo infierno.

Los apartaderos ferroviarios del West Side ocupaban una amplia hondonada en la zona más occidental de Manhattan, prácticamente invisible para los millones de neoyorquinos que vivían y trabajaban a escasa distancia de allí, y con sus treinta hectáreas de superficie constituían el terreno no urbanizado más extenso de la isla después del Central Park. Uno de los principales núcleos del transporte ferroviario a principios de siglo, se hallaba en la actualidad en el más completo abandono: raíles herrumbrosos que se perdían entre lampazos y ailantos, viejas vías muertas rotas y olvidadas, almacenes con el techo hundido y las paredes llenas de pintadas.

En los últimos veinte años aquella porción de tierra había dado pie a proyectos urbanísticos, querellas, manipulaciones políticas y bancarrotas. Gradualmente los arrendatarios de los almacenes habían renunciado a sus contratos y abandonado la zona, dejando paso a vándalos, pirómanos y gente sin hogar. En una esquina del terreno se concentraba un pequeño grupo de chabolas construidas de madera contrachapada, cartón y hojalata. Junto a ellas había patéticos huertos de guisantes y calabazas en absoluto desorden.

Margo se hallaba en medio de un solar cubierto de escombros chamuscados, flanqueado por dos antiguos edificios de la compañía ferroviaria. El almacén que antes ocupaba el solar había ardido por completo hacía cuatro meses. La estructura había quedado reducida a un ennegrecido armazón de vigas y algunos muros bajos de hormigón. El suelo de cemento permanecía oculto bajo medio metro de cascotes y tablas quemadas. En un rincón se veían los restos de varias mesas alargadas de metal, y sobre ellas aparatos aplastados y cristal fundido. Miró alrededor, a través de las sombras vespertinas que se entretejían sobre los escombros. Había varios objetos voluminosos que en otro tiempo habían sido máquinas con cubiertas metálicas; las cubiertas se habían fundido, dejando a la vista los mecanismos internos, marañas de cables y circuitos integrados. El olor acre del plástico y el alquitrán quemados seguía obstinadamente adherido a todo.

D'Agosta apareció junto a ella y preguntó:

—¿Qué opina?

Margo movió la cabeza en un gesto de duda.

—¿Está seguro de que ésta fue la última dirección conocida de Greg?

—Me lo ha confirmado la compañía de mudanzas. El incendio del almacén y su muerte se produjeron más o menos en las mismas fechas, así que probablemente no tuvo tiempo de mudarse a otro sitio. Pero usó un alias para solicitar el suministro eléctrico y la línea telefónica, así que no estamos seguros.

—¿Un alias? —Margo seguía contemplando los restos del almacén—. Me pregunto si murió antes o después del incendio.

—Yo me pregunto eso y otras muchas cosas —dijo D'Agosta.

—Parece un laboratorio.

D'Agosta asintió con la cabeza.

—Eso hasta yo lo había supuesto. Ese tal Kawakita era científico. Como usted.

—No exactamente. Greg se dedicaba sobre todo a la genética y la biología evolutiva. Mi especialidad es la farmacología antropológica.

—Igual da. —D'Agosta se reacomodó la cintura del pantalón—. Mi duda es qué clase de laboratorio era éste.

—Así, sin más, no sabría decirle. Necesitaría averiguar qué eran esas máquinas del rincón. Y a partir del cristal fundido que hay sobre esas mesas tendría que formarme una idea de los accesorios que utilizaba y cómo estaban dispuestos.

—¿Y bien? —dijo D'Agosta, mirándola.

—Y bien ¿qué?

—¿Quiere ocuparse de ello?

Margo se volvió hacia él.

—¿Por qué yo? En el Departamento de Policía debe de haber especialistas...

—No les interesa —la interrumpió D'Agosta—. En su lista de prioridades, esto está justo por debajo de las multas de aparcamiento.

Margo, sorprendida, arrugó el entrecejo.

—A los jefes les trae sin cuidado Kawakita y a qué pudiese dedicarse antes de su muerte. Consideran que fue una víctima fortuita más. Como el propio Brambell.

—¿Y usted no está de acuerdo? ¿Cree que estaba implicado en los asesinatos?

D'Agosta sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó la frente.

—Francamente, no lo sé. Pero intuyo que Kawakita estaba metido en algo, y me gustaría saber de qué se trataba. Usted lo conocía, ¿verdad?

—Sí —contestó Margo.

—Yo sólo lo vi una vez, en la fiesta de despedida que Frock organizó para Pendergast. ¿Cómo era?

Margo pensó por un momento.

—Muy inteligente. Un científico de primera.

—¿Y qué puede decirme de su personalidad?

—No era la persona más encantadora del museo —respondió Margo con cautela—. Era... en fin, un tanto inflexible, podríamos decir. Siempre tuve la impresión de que habría sido capaz de cualquier cosa por promocionarse profesionalmente. No se relacionaba apenas con el resto del personal y no parecía confiar en nadie que pudiese... —Se interrumpió.

—¿Sí?

—¿Es esto necesario? No me gusta hablar mal de alguien que no está presente para defenderse.

—Pues ésa suele ser la mejor ocasión. ¿Era la clase de hombre que podría

involucrarse en actividades delictivas?

—No, en absoluto. Era uno de esos científicos que antepone la ciencia a los valores humanos, y yo no siempre aprobaba su sentido ético, pero no era un delincuente. —Titubeó—. Intentó ponerse en contacto conmigo hace un tiempo, quizá un mes antes de morir.

D'Agosta la miró con curiosidad.

—¿Sabe qué quería? No parece que él y usted fuesen precisamente amigos.

—Amigos íntimos no. Pero éramos colegas. Si él tenía algún problema... — Su rostro se ensombreció—. Quizá podría haberlo ayudado, y ni siquiera le devolví la llamada.

—Probablemente nunca lo sabrá. En todo caso, le agradecería que echase un vistazo por aquí, que intentase averiguar a qué se dedicaba.

Margo vaciló, y D'Agosta la miró con mayor atención.

—¿Quién sabe? —añadió con un tono más distendido—. Quizá le sirva para aplacar a alguno de esos demonios internos.

« Bonita manera de decirlo —pensó Margo, consciente sin embargo de que el teniente no albergaba mala intención—. El teniente D'Agosta, psicólogo popular. Y ahora me saldrá con que examinar este montón de escombros me servirá para “liberar mi ansiedad” .»

Contempló por un momento el almacén derruido.

—De acuerdo, teniente —accedió por fin.

—¿Quiere que haga venir a un fotógrafo? —sugirió D'Agosta.

—Quizá después. Por ahora me bastará con hacer unos dibujos.

—Muy bien —respondió D'Agosta, que parecía inquieto.

—Ya puede marcharse —dijo Margo—. No hace falta que se quede ahí mirando.

—Ni hablar —repuso D'Agosta—. Después de lo de Brambell, no pienso dejarla sola.

—Teniente...

—De todos modos, tengo que recoger unas cenizas para las pruebas de detección de sustancias inflamables. No la molestaré. —Malhumorado, permaneció inmóvil junto a ella.

Margo dejó escapar un suspiro, sacó un cuaderno de dibujo del bolso y observó de nuevo el laboratorio en ruinas. Era un lugar deprimente, como una muda acusación: « Podrías haber hecho algo. Greg intentó ponerse en contacto contigo. Quizá las cosas no habrían acabado así» .

Sacudió la cabeza, disipando el sentimiento de culpabilidad. No le serviría de nada. Además, si en algún sitio podía encontrar una explicación a la muerte de Greg, era allí. Y tal vez la única manera de huir de aquella pesadilla era bajar la cabeza y ponerse manos a la obra de inmediato. En todo caso, le permitía alejarse un rato del Laboratorio de Antropología Forense, que empezaba a

parecer un osario. El cadáver de Bitterman había llegado del depósito el miércoles por la tarde, trayendo consigo nuevas dudas. Las marcas en los huesos del cuello indicaban que había sido decapitado mediante alguna clase de cuchillo tosco y primitivo. El asesino —o los asesinos— había realizado su siniestro trabajo con precipitación.

Dibujó a grandes rasgos el laboratorio, teniendo en cuenta las dimensiones de las paredes, la colocación de las mesas y la disposición de los montones de equipo destrozado. Todo laboratorio poseía una dinámica, que dependía de la clase de tareas que se llevasen a cabo. Si bien el equipo permitía averiguar de manera general la clase de investigación que se realizaba, la dinámica revelaba la aplicación específica.

Una vez completado el esbozo global, Margo pasó a las mesas. Al ser de metal, habían resistido relativamente bien el calor del fuego. Dibujó un rectángulo por cada mesa y luego se concentró en los restos de cristal fundido: vasos de precipitados, pipetas, probetas graduadas y otros accesorios que por el momento era imposible identificar. Se intuía una compleja disposición multinivel. Sin duda se había efectuado allí algún tipo de investigación bioquímica avanzada. Pero ¿qué tipo exactamente?

Se detuvo por un instante y aspiró la mezcla de olores del aislante eléctrico quemado y la brisa salina del Hudson. Luego dirigió su atención a la maquinaria. Era un material caro, a juzgar por las cubiertas de acero inoxidable mate y los restos de los paneles de control y los displays fluorescentes de vacío.

Margo se ocupó primero de la máquina más grande. La cubierta de metal se había desmontado a causa del calor y las piezas interiores se habían desunido. La golpeó ligeramente con un pie, y se desplomó con gran estrépito. Margo retrocedió de un salto y de pronto tomó conciencia de lo solitario que era aquel lugar. Más allá de los apartaderos y del río, el sol se hallaba suspendido justo encima de las Palisades de Nueva Jersey. Veía planear las gaviotas sobre los postes podridos de viejos embarcaderos que se adentraban en el Hudson desde la orilla y oía sus gritos. Lejos de los apartaderos terminaba una alegre tarde de verano. Allí sin embargo, en aquel lugar ruinoso y abandonado, no había espacio para la alegría. Miró a D'Agosta, que había recogido sus muestras y contemplaba el Hudson de brazos cruzados bajo el sol poniente. De pronto Margo se alegró de que el teniente hubiese insistido en quedarse.

Se inclinó sobre la máquina, riéndose de su nerviosismo. Revolviendo entre los fragmentos de metal chamuscado y descolorido, encontró por fin la placa frontal. Tras limpiar el hollín, distinguió el rótulo: WESTERLY GENETICS EQUIPMENT, junto con el logo de la WGE. Abajo, en la pestaña de acoplamiento, llevaba estampados un número de serie y las palabras: ANALIZADOR-SECUENCIADOR INTEGRADO DE ADN WGE. Anotó la información en el cuaderno.

En un rincón había restos fundidos de maquinaria que parecía distinta al resto. Margo la examinó, observando y retirando las piezas una a una para deducir qué era. Por lo visto, se trataba de un complejo equipo para la síntesis química de compuestos orgánicos, provisto incluso de aparatos de fraccionamiento y destilación, gradientes de difusión y nodos eléctricos de bajo voltaje. Al fondo, donde el calor había causado menos daños, encontró fragmentos de varios frascos de Erlenmayer. A juzgar por los rótulos grabados con esmeril en el cristal, en su mayor parte habían contenido sustancias químicas corrientes en un laboratorio. Sin embargo no reconoció de inmediato uno de los rótulos fragmentarios: 7-DIHIDROCOL... ACTIVADO.

Dio la vuelta al fragmento de frasco. El nombre del compuesto le resultaba familiar, pero no conseguía recordarlo. Finalmente, metió el fragmento en el bolso. Consultaría el nombre en la enciclopedia de química orgánica del laboratorio.

Junto a la máquina encontró los restos de una fina libreta, quemada completamente salvo por unas cuantas páginas que habían quedado carbonizadas. Cuando la cogió, empezó a desmenuzarse entre sus dedos. Reunió con sumo cuidado los trozos chamuscados, los introdujo en una bolsa con cierre hermético, y la guardó también en el bolso.

Al cabo de un cuarto de hora ya había identificado suficientes aparatos para estar segura de una cosa: aquello había sido un laboratorio de genética de alto nivel. Margo trabajaba a diario con aparatos semejantes y estimaba el coste de aquel laboratorio destruido en más de medio millón de dólares.

Retrocedió un paso, pensando: ¿De dónde sacaría Kawakita el dinero para financiar un laboratorio de estas características? ¿Y qué demonios se proponía?

Mientras recorría el laboratorio tomando notas en el cuaderno, algo le llamó la atención. En el suelo, entre los cascotes y el cristal fundido, distinguió algo semejante a cinco grandes charcos de barro —endurecido por efecto del fuego — rodeados de grava.

Movida por la curiosidad, se inclinó para examinarlos de cerca. En el charco más próximo había incrustado un objeto metálico del tamaño de un puño. Sacó una pequeña navaja del bolso y, haciendo palanca, consiguió liberar el objeto del barro. Con el filo de la navaja, raspó la costra que lo recubría, adherida a la superficie como cemento. Debajo leyó las letras: MATERIAL... ARIOS... Dando vueltas al objeto, llegó a la conclusión de que era una bomba de acuario.

Se irguió y contempló los cinco charcos similares de barro, alineados bajo lo que quedaba de una pared. La grava, los cristales rotos... Debían de ser los restos de cinco acuarios. Acuarios enormes, a juzgar por el tamaño de los charcos. Pero ¿acuarios llenos de barro? No tenía sentido.

Arrodillándose, hundió la navaja en la masa seca más cercana y presionó oblicuamente. Se desprendió una porción de barro, disgregándose en varios

trozos. Cogió el fragmento mayor y lo examinó, sorprendiéndose al ver las raíces y parte del tallo de una planta, a salvo del fuego gracias a la capa protectora de barro. Lamentándose del escaso tamaño de la navaja, limpió la planta de barro y la alzó para contemplarla en la tenue luz.

De pronto dejó caer la planta y retiró bruscamente la mano como si quemase. Al cabo de un momento volvió a cogerla y la observó detenidamente, notando cómo se le aceleraba el corazón. No es posible, pensó.

Conocía aquella planta; la conocía bien. El tallo duro y fibroso y las nudosas raíces despertaron en ella dolorosos recuerdos. Se vio a sí misma sentada en el Laboratorio de Genética del museo, la vista fija en el visor de un microscopio, horas antes de la desastrosa inauguración de la exposición « Supersticiones ». Era la rara planta amazónica que Mbwun ansiaba con desesperación; la planta cuyas hojas, hacia casi una década, Whittlesey había utilizado inadvertidamente como material de embalaje en la fatídica caja de reliquias que había enviado al museo desde el Alto Xingú. Se suponía que la planta se había extinguido; su hábitat natural había sido arrasado y los vestigios existentes en el museo habían sido destruidos por las autoridades cuando por fin se consiguió matar a Mbwun, la Bestia del Museo.

Margo se levantó y se limpió de hollín las rodillas. Greg Kawakita había logrado hacerse con la planta y la cultivaba en aquellos acuarios enormes.

« Pero ¿para qué? », se preguntó.

De repente la asaltó una horrible sospecha, pero la rechazó de inmediato. No era posible que Greg estuviese alimentando a un segundo Mbwun.

¿O sí lo era?

—Teniente, ¿sabe qué es esto? —preguntó Margo.

D'Agosta se acercó.

—No tengo la más remota idea.

—Una *Liliceae mbwunensis*. La planta de Mbwun.

—¿Me toma el pelo? —dijo D'Agosta.

Margo negó lentamente con la cabeza.

—Ojalá fuese así.

Permanecieron inmóviles mientras el sol se ponía tras las Palisades, envolviendo los lejanos edificios en un nimbo de luz dorada. Observando de nuevo la planta mientras hacía hueco en su bolso para colocarla, Margo notó algo que antes le había pasado inadvertido.

En la base de la raíz, a lo largo de la xilema, había una pequeña hendidura en forma de doble uve, resultante de una operación de injertado. Una hendidura como aquella, sabía Margo, sólo podía significar dos cosas. Un experimento corriente de hibridación.

O un complejo experimento de ingeniería genética.

A la hora del almuerzo Hayward, aún con la boca llena, abrió bruscamente la puerta. Tragándose el bocado de atún, anunció:

—Acaba de telefonar el capitán Waxie. Quiere que baje inmediatamente a la unidad de interrogatorios. Lo han cogido.

D'Agosta levantó la vista después de clavar los últimos alfileres correspondientes a personas desaparecidas en un plano que sustituía al que Waxie se había llevado.

—¿A quién?

—¿A quién va a ser? —repuso Hayward, enarcando las cejas—. A *él*. Al asesino que imitaba a la Bestia del Museo.

—¡No joda! —exclamó el teniente. Se plantó al instante en la puerta, descolgó la chaqueta de la percha y se la puso.

—Lo han cogido en el Ramble —dijo Hayward mientras cruzaban la oficina en dirección a los ascensores—. Un agente que estaba de vigilancia en la zona oyó gritos y se acercó a ver qué ocurría. El tipo acababa de apuñalar a un vagabundo y se proponía cortarle la cabeza.

—¿Cómo saben que se proponía cortarle la cabeza?

—Pregúntele al capitán Waxie —contestó Hayward, encogiéndose de hombros.

—¿Y el cuchillo?

—De fabricación casera. Muy rudimentario. Exactamente lo que buscaban —explicó Hayward, al parecer no muy convencida.

Las puertas del ascensor se abrieron y dentro apareció Pendergast. Viendo que D'Agosta y Hayward se disponían a entrar, los miró con expresión interrogativa.

—El asesino está en la unidad de interrogatorios —dijo D'Agosta—. Waxie quiere que baje.

—¿En serio? —El agente del FBI retrocedió y pulsó el botón de la segunda planta—. Pues bajemos, cómo no. Siento curiosidad por ver qué clase de pez ha pescado Waxie.

La unidad de interrogatorios de la jefatura de policía se componía de una serie de lóbreas habitaciones de color gris con paredes de hormigón y macizas puertas metálicas. El agente que estaba de guardia en la entrada les franqueó el paso y los envió al área de observación de la celda número nueve. Allí encontraron a Waxie, que, repantigado en una silla, contemplaba la celda a través del cristal unidireccional. Al oírlos llegar, alzó la vista, saludó a D'Agosta con un gruñido, miró a Pendergast con expresión ceñuda y no se fijó siquiera en Hayward.

—¿Ha hablado? —preguntó D'Agosta.

Tras otro gruñido, Waxie contestó:

—Ah, sí. No hace otra cosa que hablar. Pero hasta el momento sólo hemos oído una sarta de gilipolleces. Dice llamarse Jeffrey, y de ahí no sale. Pero pronto le sacaremos la verdad. He pensado que entretanto quizá querrías preguntarle alguna que otra cosa. —En su triunfo, Waxie se mostraba generoso, rebosante de seguridad en sí mismo.

A través del cristal, D'Agosta vio a un hombre desaliñado con mirada de loco. Los movimientos mudos y rápidos de su boca contrastaban casi cómicamente con la rígida inmovilidad de su cuerpo.

—¿Es ése? —dijo D'Agosta con escepticismo.

—El mismo.

D'Agosta siguió mirando a través del cristal.

—Parece difícil que alguien tan pequeño haya causado tantos estragos.

Waxie contrajo los labios en una mueca defensiva.

—Quizá hay a soportado muchas humillaciones en su vida.

D'Agosta se inclinó y apretó el botón del micrófono interior. Al instante, una avalancha de palabras soeces afluyó al altavoz situado sobre el cristal. D'Agosta escuchó por un momento y volvió a apagar el micrófono.

—¿Qué se sabe sobre el arma del crimen? —preguntó a Waxie.

El capitán se encogió de hombros.

—Es de fabricación casera. Un trozo de acero hundido en un palo de madera. El mango estaba envuelto en un paño, gasa o algo así. Estaba demasiado manchado de sangre para saber qué era. Habrá que esperar el informe forense.

—Acero —dijo Pendergast.

—Acero —repitió Waxie.

—No piedra.

—He dicho acero. Vaya a verlo usted mismo.

—Lo haremos —terció D'Agosta, apartándose del cristal—. Pero ahora veamos qué nos cuenta ese tipo.

Se dirigió hacia la puerta, y Pendergast lo siguió en silencio.

La celda número nueve era como cualquier sala de interrogatorios de cualquier comisaría del país. Una mesa de madera con la superficie rayada ocupaba el centro del austero espacio. A un extremo de la mesa estaba el detenido, sentado en una silla de respaldo recto con las manos esposadas a la espalda. En una de las sillas dispuestas al otro lado de la mesa, un inspector manejaba la grabadora y soportaba los insultos con absoluta indiferencia. En rincones opuestos de la celda montaban guardia dos agentes armados y uniformados. Dos ampliaciones en blanco y negro colgaban de las paredes laterales: una mostraba el cuerpo desgarrado y mutilado de Nicholas Bitterman en el suelo del servicio de caballeros del Castillo de Belvedere; la otra era la ya famosa fotografía de Pamela Wisher difundida por el *Post*. Desde un ángulo del

techo, una cámara de vídeo grababa imparcialmente la reunión.

D'Agosta tomó asiento y percibió un familiar olor a sudor, calcetines húmedos y miedo. Waxie acomodó con cuidado su considerable humanidad en la silla contigua. Hayward se quedó de pie junto al agente uniformado más cercano. Pendergast cerró la puerta y se apoyó contra ella, cruzando de manera informal los brazos ante la impecable pechera de su chaqueta negra.

El detenido había dejado de vociferar al abrirse la puerta, y escrutaba a los recién llegados desde detrás de un grasiento mechón de pelo. Posó la mirada en Hayward por un largo momento; luego la desvió.

—¿Qué coño mira? —dijo por fin, dirigiéndose a D'Agosta.

—No lo sé —contestó D'Agosta—. Dígamelo usted.

—Váyase a la mierda.

D'Agosta dejó escapar un suspiro.

—¿Conoce sus derechos?

El detenido sonrió, revelando unos dientes pequeños y sucios.

—Me los ha leído ese gordo maricón que tiene al lado. No necesito que un abogado me coja de la mano.

—¡Cuidado con esa boca! —saltó Waxie, rojo de ira.

—No, gordinflón, cuida tú la tuya. Y también de paso ese pedazo de culo que tienes —replicó el detenido, y prorrumpió en carcajadas.

Hayward no se molestó en disimular la sonrisa.

D'Agosta se preguntó si la conversación habría discurrido en esos términos antes de llegar él.

—¿Qué ha pasado en el parque? —preguntó.

—¿Quiere que se lo diga punto por punto? Primero, ese fulano estaba durmiendo en mi sitio. Segundo, me ha silbado como una serpiente de Egipto. Tercero, no tenía la bendición de Dios. Cuarto...

Waxie lo interrumpió con un ademán y dijo:

—Ya nos hacemos una idea. ¿Y los otros?

Jeffrey permaneció en silencio.

—Vamos —insistió Waxie—. ¿A quién más has matado?

—A muchos —respondió por fin—. Todo el que me ofende recibe su merecido. —Se inclinó sobre la mesa—. Vale más que te andes con cuidado, gordinflón, no vaya a rebanarte un pedazo de grasa.

D'Agosta apoyó una mano en el brazo de Waxie para contenerlo.

—Así pues, ¿a quién más ha matado? —se apresuró a preguntar.

—Ah, ya me conocen. Conocen bien a Jeffrey, el gato querubín. Sigo mi camino.

—¿Y qué dices de Pamela Wisher? —lo interrumpió Waxie—. No lo niegues, Jeffrey.

—No lo niego —repuso el detenido, y las profundas arrugas que nacían en las

comisuras de sus ojos se ensancharon—. Esos cerdos me faltaron al respeto, todos. Se lo merecían.

—¿Y qué hiciste con las cabezas? —preguntó Waxie al instante.

—¿Las cabezas? —preguntó Jeffrey.

D'Agosta creyó advertir en su voz una ligera vacilación.

—Estás metido hasta el cuello —prosiguió Waxie—, ahora no intentes negarlo.

—¿Las cabezas? —repitió Jeffrey—. Me las comí; eso hice con las cabezas.

Waxie lanzó una mirada triunfal a D'Agosta.

—¿Y qué pasó con el tipo del Castillo de Belvedere, Nick Bitterman? Háblame de él.

—Eso estuvo bien. Aquel maricón no sabía lo que era el respeto. Era un hipócrita, un miserable. Era el adversario. —Empezó a mecerse en la silla.

—¿El adversario? —preguntó D'Agosta, frunciendo el entrecejo.

—El príncipe de los adversarios.

—Sí —dijo Pendergast con tono comprensivo—. Debes contrarrestar las fuerzas de la oscuridad. —Eran las primeras palabras que pronunciaba desde que habían entrado en la celda.

El detenido se balanceó con más brío.

—Sí, sí.

—Con tu piel eléctrica —añadió Pendergast.

De pronto se interrumpió el balanceo.

—Y con tus ojos radiantes —prosiguió Pendergast. A continuación se apartó de la puerta y se acercó lentamente al sospechoso, mirándolo a la cara.

—¿Quién es usted? —susurró Jeffrey, observando a Pendergast.

Pendergast guardó silencio por un momento.

—Kit Smart —contestó por fin sin retirar la mirada de Jeffrey.

D'Agosta advirtió desconcertado el cambio que se produjo súbitamente en el detenido. El color abandonó su rostro al instante. Contempló a Pendergast, moviendo mudamente los labios. De pronto, lanzando un alarido, se echó hacia atrás con tal violencia que la silla se desplomó. Hayward y los dos agentes uniformados se abalanzaron de inmediato sobre la figura que pataleaba en el suelo e intentaron inmovilizarla.

—Por Dios, Pendergast, ¿qué le ha dicho? —preguntó Waxie, levantándose con dificultad de la silla.

—Lo que había que decir, según parece. —Pendergast miró a Hayward y añadió—: Por favor, proporciónale a ese hombre todo el consuelo posible. Creo que podemos dejar que el capitán Waxie siga con el interrogatorio desde este punto.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó D'Agosta mientras subían en ascensor a Homicidios.

—Ignoro su verdadero nombre —respondió Pendergast mientras se arreglaba el nudo de la corbata—. Pero desde luego no se llama Jeffrey. Y no es la persona que buscamos.

—Eso dígaselo a Waxie.

Pendergast dirigió una mirada cordial a D'Agosta.

—Acabamos de ver un caso clásico de esquizofrenia paranoica, agravado por un trastorno de personalidad múltiple. ¿Se ha fijado en que ese hombre parecía entrar y salir de dos personajes distintos? Por un lado, estaba el matón, sin duda tan poco convincente para usted como para mí. Por otro lado, estaba el asesino visionario, infinitamente más peligroso. ¿Ha oído sus palabras? « Segundo, me ha silbado como una serpiente de Egipto ». O cuando ha dicho: « Jeffrey, el gato querubín » .

—Claro que lo he oído —respondió D'Agosta—. Hablaba como si acabasen de entregarle los diez mandamientos o algo así.

—O algo así. Tiene usted razón: sus desvarios presentaban la estructura y la cadencia del lenguaje escrito. También a mí me ha dado esa impresión. En ese punto me he dado cuenta de que estaba citando unos versos del viejo poema *Jubilate Agno*, de Christopher Smart.

—La primera vez que oigo ese nombre.

—Es una obra muy poco conocida de un escritor muy poco conocido — explicó Pendergast con una ligera sonrisa—. Sin embargo, causa un innegable impacto desde su extraña concepción; debería leerla. El autor, Smart la escribió en un estado de semilocura mientras cumplía condena por no pagar sus deudas. Eso al margen, en un largo pasaje del poema, Smart describe a su gato, *Jeoffry*, al que consideraba una especie de crisálida en plena transformación física.

—Si usted lo dice. Pero ¿qué tiene eso que ver con nuestro ruidoso amigo de allá abajo?

—Obviamente el pobre hombre se identifica con el gato del poema —aclaró Pendergast.

—¿Con el *gato*? —preguntó D'Agosta, incrédulo.

—¿Por qué no? Kit Smart, el auténtico Kit Smart, se identificaba sin duda con su gato. Es una potente imagen de la metamorfosis. Seguramente ese pobre hombre fue en otro tiempo profesor o poeta frustrado, antes de emprender el lento descenso hacia la locura. Ha matado a un hombre, es cierto; pero sólo cuando se ha cruzado en su camino en mal momento. En cuanto a los otros asesinatos... —Pendergast descartó la idea con un gesto—. Hay muchos indicios de que ese hombre no es nuestro objetivo.

—Como las fotografías —dijo D'Agosta.

Todo buen interrogador sabía que ningún asesino era capaz de desviar la mirada de las fotografías de sus víctimas o los objetos presentes en el lugar del crimen. Y por lo que D'Agosta había visto, Jeffrey no se había fijado siquiera en ninguna de las fotografías.

—Exacto. —Las puertas del ascensor se abrieron con un susurro, y los dos se encaminaron hacia el despacho de D'Agosta a través del barullo de la oficina—. O el hecho de que este asesinato, como Waxie lo describe, no presente ninguno de los elementos de los sanguinarios ataques padecidos por las otras víctimas. En todo caso, en cuanto he reconocido la identificación neurótica con el poema, ha sido fácil sacar su locura a la superficie. —Pendergast cerró la puerta del despacho y esperó a que D'Agosta se sentase para continuar—. Pero olvidemos este molesto incidente. ¿Ha habido suerte con las correlaciones de datos que pedí?

—Proceso de Datos las ha entregado esta misma mañana. —D'Agosta hojeó un grueso fajo de listados de impresora—. Veamos. El ochenta y cinco por ciento de las víctimas eran varones. Y el noventa y dos por ciento residían en Manhattan, incluida la población flotante.

—Me interesan básicamente los rasgos que *todas* las víctimas tenían en común.

—Comprendo. —D'Agosta permaneció en silencio por un momento—. Los apellidos de todos ellos empezaban por letras distintas de I, S, U, V, X y Z.

Pendergast contrajo los labios en lo que podía ser una fugaz sonrisa.

—Todos eran mayores de doce años y menores de cincuenta y seis — continuó D'Agosta—. Ninguna de las víctimas nació en noviembre.

—Siga.

—Creo que eso es todo. —D'Agosta pasó unas cuantas hojas más—. Ah, hay otra cosa. Pedimos que se contrastasen los datos con los rasgos genéricos asociados a los asesinos en serie. La única circunstancia común es que ninguno de los asesinatos se cometió con luna llena.

Pendergast se irguió en la silla.

—¿Ah, sí? Merece la pena recordarlo. ¿Algo más?

—No, eso es todo.

—Gracias. —Se hundió de nuevo en la silla—. Pero es muy poco. Información es lo que necesitamos, Vincent, datos concretos. Y por eso no puedo atrasarlo más.

D'Agosta lo miró desconcertado. Al cabo de un instante frunció el entrecejo.

—Va a bajar otra vez.

—En efecto. Si el capitán Waxie insiste en que ese hombre es el asesino, se suprimirán las patrullas de excepción en la zona. Se reducirán las precauciones, creándose una atmósfera que facilitará los asesinatos.

—¿Adónde piensa ir? —preguntó D'Agosta.

—A la Buhardilla del Diablo.

D'Agosta resopló.

—Vamos, Pendergast. No sabe siquiera si ese lugar existe, y mucho menos cómo llegar hasta allí. Sólo tiene la palabra de ese vagabundo.

—Creo que la palabra de Mephisto es digna de crédito —respondió Pendergast—. Y además tengo mucho más que su palabra. Hablé con un ingeniero, Al Diamond. Me explicó que la llamada Buhardilla del Diablo es en realidad una serie de túneles, construidos por las familias más ricas de Nueva York a finales del siglo pasado. Se proponían crear una línea privada de ferrocarril, pero abandonaron el intento pocos años después. Y he conseguido reconstruir aproximadamente el recorrido de esos túneles.

Pendergast cogió un rotulador del escritorio y se acercó al plano donde estaban señalados los asesinatos y desapariciones de personas. Apoyó la punta del rotulador en el cruce de Park Avenue y la calle Cuarenta y cinco; desde allí trazó una línea que llegaba hasta la Quinta Avenida, ascendía hasta Grand Army Plaza, cruzaba en diagonal el Central Park y seguía hacia el norte por Central Park West. Luego retrocedió y miró a D'Agosta con expresión de perplejidad.

D'Agosta observó el plano. Salvo por unos cuantos puntos en el parque, todos los alfileres blancos y rojos se concentraban a lo largo de la línea que había dibujado Pendergast.

—¡Joder! —exclamó D'Agosta en un susurro.

—Ciertamente —dijo Pendergast—. Diamond señaló también que los tramos al norte y sur del parque habían sido rellenados, así que mi destino está bajo el parque.

—Lo acompaño —propuso D'Agosta, sacando un cigarro de un cajón.

—Lo siento, Vincent. Ahora que el resto de la policía está a punto de bajar la guardia, su presencia aquí es vital. Y conviene que usted y Margo Green determinen la naturaleza exacta de las actividades de Kawakita. No conocemos aún cuál fue su participación en todo esto. Por otra parte, esta vez me moveré con el mayor sigilo. Será una incursión sumamente peligrosa. Si bajásemos los dos, se duplicaría el riesgo de ser descubiertos. —Puso el tapón al rotulador y lo ajustó con un golpe de dedo—. No obstante, si puede prescindir de la pericia de la sargento Hayward durante unas horas, no me vendría mal su ayuda en mis preparativos.

D'Agosta arrugó la frente y dejó el cigarro.

—Por Dios, Pendergast, el camino es largo. Pasará ahí la noche entera.

—La noche y mucho más, me temo. —El agente del FBI dejó el rotulador en el escritorio—. Si no ha tenido noticias mías dentro de setenta y dos horas... —Guardó silencio por un instante. De pronto sonrió y estrechó la mano a D'Agosta—. Sería absurdo organizar una partida de rescate.

—¿Y qué comerá?

Pendergast fingió sorpresa.

—¿Ha olvidado la exquisitez del conejo de vía *au vin*, asado con leña?

D'Agosta hizo una mueca de asco, y Pendergast le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—No tema, teniente. Iré bien provisionado: comida, planos... todo lo necesario.

—Es como el viaje al centro de la tierra —comentó D'Agosta, moviendo la cabeza, en un gesto de pesimismo.

—En efecto. Me siento como un explorador a punto de salir con rumbo a tierras desconocidas, pobladas por tribus desconocidas. Resulta extraño pensar que se encuentran justo debajo de nuestros pies. *Cui ci sono dei mostri*, amigo mío. Confío en poder eludir a *i mostri*. Nuestra común amiga Hayward me verá partir.

Pendergast permaneció inmóvil por un momento, al parecer absorto en sus pensamientos. Por fin, el último de los grandes exploradores se despidió de D'Agosta con un gesto y salió al pasillo, reflejándose la luz de los fluorescentes en la pelusilla de seda de su traje negro con un brillo apagado.

Pendergast subió rápidamente por los peldaños de la entrada de la Biblioteca Pública de Nueva York con una gran bolsa de lona y piel en la mano. Detrás de él, Hayward se detuvo a contemplar los descomunales leones de mármol que flanqueaban la escalinata.

—No tenga miedo, sargento —dijo Pendergast—. Ya han recibido su ración de comida del mediodía.

Pese al calor, Pendergast llevaba una larga gabardina abotonada de arriba abajo.

Dentro, el vestíbulo de mármol estaba oscuro y agradablemente fresco. Pendergast habló en voz baja con un vigilante, le mostró su identificación y le formuló unas cuantas preguntas. Luego, haciendo una seña a Hayward para que lo siguiese, se dirigió hacia una puerta situada bajo la monumental escalera doble.

—Sargento Hayward, usted conoce los subterráneos de Manhattan mejor que cualquiera de nosotros —dijo Pendergast cuando entraron en un pequeño ascensor revestido de piel—. Me ha dado ya inestimables consejos. ¿Tiene alguna última recomendación?

El ascensor comenzó a descender.

—Sí —contestó Hayward—. No vaya.

Pendergast sonrió.

—Lamentablemente eso no es una opción. Únicamente un reconocimiento directo demostrará si los túneles Astor son o no el origen de los asesinatos.

—Entonces déjeme que lo acompañe —propuso al instante Hayward.

Pendergast negó con la cabeza.

—Ojalá pudiese, sinceramente. Pero pretendo actuar con el mayor sigilo. Dos personas implicarían un nivel de ruido inaceptable.

El ascensor se detuvo en la planta más baja, la 3-B, y salieron a un pasillo oscuro.

—Entonces vaya con pies de plomo —sugirió Hayward—. La mayoría de los topos bajan a los subterráneos para eludir enfrentamientos, no para iniciarlos. Pero hay también muchos depredadores. Las drogas y el alcohol complican aún más las cosas. Recuerde que ven mejor, oyen mejor y conocen los túneles. Se mire por donde se mire, está usted en desventaja.

—Cierto —convino Pendergast—. Por esa misma razón haré todo lo posible para equilibrar la balanza.

Se detuvo frente a una vieja puerta, abrió con una llave y dejó pasar a Hayward. La sargento vio que era una sala con estanterías metálicas hasta el techo, abarrotadas de libros antiguos. Los pasillos entre las estanterías tenían apenas cincuenta centímetros de anchura. El olor a polvo y moho era insufrible.

—Por cierto, ¿qué hacemos aquí? —preguntó Hayward, siguiendo a Pendergast entre las estanterías.

—De todos los edificios que he examinado, éste era el que tenía los planos más claros y el mejor acceso a los túneles Astor —explicó Pendergast—. Me queda aún un largo descenso por delante, y me apartaré un poco de mi destino final; pero he considerado prudente reducir los riesgos al mínimo. —Se detuvo y echó un vistazo alrededor. Finalmente, señalando con el mentón uno de los estrechos pasillos, dijo—: Ah, debe de ser por aquí.

Abrió con llave otra puerta mucho más pequeña que la anterior y guió a Hayward escalera abajo hasta una reducida habitación con el suelo sin pavimentar.

—Justo debajo de nosotros hay un conducto de acceso —continuó Pendergast—. Se construyó en 1925 como parte de un sistema neumático para entregar libros a la biblioteca de Mid-Manhattan. El proyecto se suspendió durante la Depresión y ya no se reanudó. Así y todo, debería permitirme acceder a uno de los principales túneles de alimentación.

Pendergast dejó la bolsa e inspeccionó el suelo con una linterna. A continuación quitó el polvo de una vieja trampilla y la levantó con la ayuda de Hayward. Debajo apareció un angosto y oscuro conducto revestido de baldosas. Lo iluminó con la linterna para echar una ojeada y al cabo de un momento, al parecer satisfecho, se irguió y empezó a desabrocharse la larga gabardina.

Hayward, sorprendida, lo miró con los ojos entornados. Bajo la gabardina, el agente del FBI llevaba un uniforme de faena militar con un irregular estampado negro y gris. Las cremalleras y hebillas eran de plástico negro con acabado mate.

Pendergast sonrió.

—Un insólito uniforme de camuflaje, ¿no le parece? —dijo—. Fíjese en que tiene color gris en lugar del habitual caqui. Está diseñado para situaciones de oscuridad absoluta.

Se arrodilló junto a la bolsa y la abrió. Extrajo de un compartimiento un tubo de maquillaje negro de uso militar y comenzó a extenderse por las manos y la cara. A continuación sacó una tira de fieltro enrollada. Mientras Pendergast la examinaba, Hayward advirtió que llevaba varios bolsillos cosidos en el borde interior.

—Un pequeño y completo equipo para improvisar un disfraz: maquinilla de afeitar, toallitas, espejo, goma de postizos —explicó Pendergast—. Esta vez pretendo evitar la detección. No deseo reunirme con nadie ni con nada. Pero me llevaré esto por si acaso.

Metió el tubo de maquillaje negro en uno de los bolsillos de la tira de fieltro, volvió a enrollarla y se la guardó bajo la camisa. Después extrajo de la bolsa una pistola de cañón corto cuyo acabado mate parecía más propio del plástico que

del metal.

—¿Qué es eso? —preguntó Hayward con curiosidad.

Pendergast dio vueltas al arma entre sus manos.

—Es una pistola experimental de 9 milímetros creada por Anschluss GmbH. Dispara una bala mixta de cerámica y teflón con punta redondeada.

—¿Piensa ir de caza?

—Posiblemente ya ha oído hablar de mi encuentro con la Bestia del Museo —respondió Pendergast—. Aquella experiencia me enseñó que uno siempre debe ir preparado. Con esta pequeña pistola podría atravesar a un elefante de parte a parte.

—Un arma ofensiva —comentó Hayward—. En más de un sentido.

—Interpretaré eso como una señal de aprobación —dijo Pendergast—. Naturalmente, el aspecto defensivo será cuando menos tan importante como el ofensivo. Llevo mi propia armadura.

Se bajó los hombros del uniforme, revelando un chaleco antibalas. Metió de nuevo la mano en la bolsa y sacó un gorro elástico de goma que se ciñó a la cabeza. Luego extrajo un equipo portátil de depuración de agua y varios objetos más y se los distribuyó por los diversos bolsillos. Por último cogió del interior dos bolsas cuidadosamente precintadas que contenían tiras de algo negro parecido al cuero de zapato.

—Pemmican —anunció.

—¿Cómo?

—Solomillo cortado en tiras, curado y triturado después con bayas, fruta y frutos secos. Posee todas las vitaminas, minerales y proteínas que un hombre necesita. Y sorprendentemente no sabe mal. Lo usaban los indios americanos, y nadie ha inventado aún un alimento mejor para llevar en una expedición. Lewis y Clark se nutrieron de esto durante meses.

—Bueno, parece que va bien aprovisionado —dijo Hayward, moviendo la cabeza con admiración—. Siempre y cuando no se pierda.

Pendergast se bajó la cremallera del uniforme y le mostró el forro.

—Quizá ésta sea mi posesión más imprescindible: los mapas. Como los aviadores de la Segunda Guerra Mundial, los he reproducido en mi cazadora, por así decirlo. —Señaló con el mentón la intrincada red de conductos, túneles y niveles que había dibujado con trazo preciso en el forro de color crema.

Se subió la cremallera del uniforme de camuflaje y después, como si acabase de recordar algo, se metió la mano en un bolsillo y le entregó a Hayward un juego de llaves.

—Había pensado envolverlas con cinta adhesiva para evitar el tintineo, pero es mejor que se las quede usted. —De otro bolsillo extrajo su cartera e identificación del FBI, que tendió también a la sargento—. Hágame el favor de entregarle esto al teniente D'Agosta. Ahí abajo no voy a necesitarlo.

Se palpó el uniforme con las manos como para comprobar que no olvidaba nada. Después se volvió hacia la trampilla y entró con cuidado en el conducto.

—Le agradeceré que cuide de eso por mí —dijo Pendergast, señalando la bolsa.

—No se preocupe —respondió Hayward—. Envieme una postal.

La trampilla se cerró sobre el conducto húmedo y oscuro, y Hayward corrió el pasador con un rápido giro de muñeca.

Margo permanecía atenta a la valoración, casi sin pestañear. Con cada nueva gota que veía temblar en el extremo de la bureta y caer en la solución, aguardaba expectante un cambio de color. La tranquila respiración de Frock a sus espaldas —ya que también él estaba pendiente del proceso— le recordaba que ella contenía el aliento inconscientemente.

De pronto la solución adoptó un vivo color amarillo. Margo cerró la llave de paso de la bureta y marcó el nivel en el tubo graduado.

Retrocedió un paso, consciente de que empezaba a invadirla una sensación desagradablemente familiar: una sensación de desasosiego, incluso de miedo. Quedándose inmóvil, recordó los dramáticos momentos vividos en otro laboratorio a cien metros de aquél, en el mismo pasillo, hacía un año y medio. También en aquella ocasión se hallaban ellos dos solos, pegados a la pantalla del ordenador, mientras el extrapolador genético —el programa desarrollado por Kawakita— listaba los atributos físicos de la criatura que más tarde sería conocida como Mbwun, la Bestia del Museo.

Recordaba que casi maldijo a Julian Whittlesey, el científico cuya expedición se había perdido en la selva amazónica. Whittlesey, que inadvertidamente había utilizado fibras de cierta planta acuática como material de embalaje en las cajas que había enviado al museo. Whittlesey no sabía —ninguno de ellos lo sabía— que la bestia Mbwun dependía de esa planta. Necesitaba las hormonas de la planta para sobrevivir. Y cuando su hábitat fue devastado, la bestia partió en busca de la única fuente de alimento que le quedaba: la fibras usadas como material de embalaje en las cajas. Irónicamente, las cajas se guardaron bajo llave en la zona protegida del museo, hecho que obligó a la criatura a encontrar el sucedáneo más parecido a las hormonas de la planta, el hipotálamo del cerebro humano.

Contemplando la solución de color amarillo, Margo se dio cuenta de que, además de miedo, sentía insatisfacción. En todo aquello había algo extraño, todavía sin explicar. Había experimentado esa misma sensación cuando se llevaron el cadáver de Mbwun tras la matanza ocurrida durante la inauguración de la exposición « Supersticiones ». Se lo llevaron en una furgoneta blanca con matrícula del gobierno, y no volvieron a saber nada de él. Aunque siempre se había negado a admitirlo, desde el principio tuvo la impresión de que no habían llegado al fondo de la cuestión, de que no habían averiguado realmente qué era Mbwun. Inicialmente Margo confiaba en ver los resultados de la autopsia, un informe forense, algo que explicase, para empezar, cómo había sabido la bestia llegar al museo. O por qué la criatura presentaba una proporción tan alta de genes humanos. Algo, cualquier cosa, que permitiese zanjar el asunto, y quizá incluso poner fin a sus pesadillas.

De pronto Margo comprendía que la teoría de Frock—según la cual, Mbwun era una aberración evolutiva— nunca la había convencido por completo. Contra su voluntad, se obligó a pensar en los escasos momentos en que había tenido a la bestia ante sus propios ojos, corriendo por el pasillo oscuro hacia ella y Pendergast, con un brillo triunfal en la mirada salvaje. A ella le parecía más un híbrido que una aberración. Pero ¿un híbrido de qué?

Oyó que Frock cambiaba de posición en la silla de ruedas e interrumpió sus pensamientos.

—Probémoslo otra vez —dijo Frock—. Para asegurarnos.

—Yo ya estoy segura —contestó Margo.

—Querida, es usted demasiado joven para estar segura de algo —repuso Frock con una sonrisa—. Recuerde que todo resultado experimental debe poder reproducirse. No pretendo decepcionarla, pero me temo que al final habremos perdido un tiempo valioso que podríamos haber dedicado a examinar el cadáver de Bitterman.

Conteniendo su enojo, Margo preparó de nuevo las soluciones para la valoración. A ese paso, tardarían semanas en disponer de resultados sobre sus hallazgos en el laboratorio derruido de Kawakita. Frock era conocido por la minuciosidad y precisión de sus experimentos científicos, y como de costumbre no parecía darse cuenta de que en aquel caso el tiempo era vital. Pero naturalmente, como casi todos los grandes científicos, estaba abstraído, más interesado en sus propias teorías y su propio trabajo que en los ajenos. Margo recordó las conversaciones que mantenían cuando Frock supervisaba su tesis doctoral. Contaba una anécdota tras otra de sus viajes por África, Sudamérica y Australia en la época en que no estaba aún encadenado a una silla de ruedas, dedicando más tiempo a sus relatos que a la investigación de Margo.

Llevaban horas concentrados en las valoraciones y los programas de regresión lineal, intentando llegar a alguna conclusión sobre las plantas que Margo había encontrado entre los escombros del almacén. Margo observó la solución, masajeándose la parte baja de la espalda. D'Agosta tenía la convicción de que las fibras contenían alguna clase de droga psicoactiva. Pero hasta el momento no habían descubierto nada que sustentase esa hipótesis. Si se hubiese conservado parte de las fibras originales, pensó Margo, ahora podríamos realizar un estudio comparativo. Pero el Centro para el Control de Enfermedades había exigido que se destruyesen todos los restos de fibras originales. Habían insistido incluso en que incinerase su bolso, que había utilizado una vez para transportar algunas de las fibras.

Ése era otro enigma. Si se habían destruido todas las fibras, ¿cómo habían llegado algunas de ellas a poder de Greg Kawakita? ¿Cómo había logrado cultivar la planta? Y sobre todo: ¿Con qué fin la había cultivado?

Y estaba asimismo el misterio del frasco con el rótulo 7—DIHIDROCOL...

ACTIVADO. Obviamente faltaban las letras ESTEROL; lo había consultado, riéndose de su propia estupidez al descubrirlo. No era de extrañar que el nombre le hubiese resultado familiar de inmediato; se trataba de la forma más común de vitamina D₃. En cuanto cayó en la cuenta, comprendió que el equipo de química orgánica del laboratorio de Kawakita había sido un sistema improvisado para sintetizar vitamina D. Pero ¿para qué?

La solución se volvió amarilla, y Margo marcó el nivel; como preveía, era exactamente el mismo. Frock, desplazando de un sitio a otro parte del equipo en el otro extremo del laboratorio, no prestó atención. Margo vaciló por un instante, preguntándose qué hacer a continuación. Finalmente se acercó al estereomicroscopio y separó otra pequeña fibra de la muestra, que disminuía rápidamente.

Frock se aproximó mientras Margo manipulaba el portaobjetos.

—Son las siete, Margo —dijo con delicadeza—. Disculpe, pero creo que ha trabajado demasiado. ¿Me permite aconsejarle que lo deje ya por hoy?

—Casi he terminado, doctor Frock —respondió Margo con una sonrisa—. Me gustaría comprobar una última cosa, y después daré por concluida la jornada.

—Ah. ¿Y de qué se trata?

—He pensado en someter una muestra a un análisis por congelación y fractura y obtener una imagen de diez ángstroms mediante el microscopio electrónico de exploración.

Frock arrugó la frente.

—¿Con qué finalidad?

Margo miró la muestra, un diminuto punto en el portaobjetos.

—No estoy muy segura. Cuando estudiamos esta planta por primera vez, sabíamos que era portadora de un retrovirus. Un virus cuyo código genético se correspondía con el de las proteínas humanas y animales. Quería comprobar si ese virus es el origen de la droga.

Frock dejó escapar un murmullo grave que finalmente se convirtió en risa.

—Margo, definitivamente creo que ha llegado el momento de tomarse un descanso —dijo—. Eso son especulaciones absurdas.

—Quizá —repuso Margo—. Pero yo prefiero llamarlo corazonada.

Frock la miró por un momento y luego suspiró.

—Como guste. Pero yo personalmente necesito descansar. Mañana iré al Morristown Memorial para someterme al interminable chequeo que por lo visto hay que padecer periódicamente cuando uno se jubila. Nos veremos el miércoles.

Margo se despidió y lo observó mientras salía del laboratorio. Empezaba a darse cuenta de que al famoso científico le molestaba que lo contradijesen. Cuando Margo era una simple estudiante de posgrado, tímida y dócil, Frock parecía la gentileza en persona y siempre se mostraba encantador con ella. Pero

ahora que Frock era un miembro emérito del museo y ella conservadora por derecho propio, con opiniones propias, a veces se le notaba poco complacido con su segura actitud.

Trasladó la minúscula muestra a una laminilla cóncava y la llevó hasta el equipo de congelación y fractura. Dentro del aparato, encapsulada en un pequeño bloque de plástico, sería congelada a una temperatura casi de cero absoluto y cortada en dos. Luego el microscopio electrónico de exploración ofrecería una imagen de alta resolución de la superficie fracturada. Por supuesto, Frock tenía razón. En circunstancias normales, un procedimiento como aquél no aportaría nada a su investigación. Margo lo había llamado corazonada, pero en realidad era un último recurso cuando no quedaba ya nada por probar.

No tardó en encenderse una luz verde en el dispositivo criogénico. Manipulando el bloque con un brazo electrónico, Margo desplazó la muestra congelada al portaobjetos de corte. La cuchilla de diamante descendió con suavidad, se produjo un leve chasquido, y el bloque quedó separado en dos partes. Colocando una de las dos mitades en el microscopio electrónico de exploración, ajustó con cuidado el portaobjetos, los controles y el haz de electrones. Al cabo de unos minutos, apareció en la pantalla contigua una nítida imagen en blanco y negro.

Observándola, Margo notó que se le helaba la sangre en las venas.

Como era previsible, se distinguían diminutas partículas hexagonales, el retrovirus que el programa de extrapolación de Kawakita había detectado en las fibras originales de la planta dieciocho meses atrás. Pero allí aparecían en una concentración altísima: los orgánulos estaban literalmente saturados. Alrededor de las partículas se veían vacuolas de considerable tamaño llenas de alguna clase de secreción cristalizada, que sólo podía proceder del retrovirus.

Margo respiró lentamente. Aquel alto grado de concentración y la secreción cristalizada podía significar sólo una cosa: la planta, la *Liliceae mbwunensis*, era sólo una portadora. El *virus* producía la droga. Y no habían podido encontrar rastros de la droga porque se hallaba encapsulada en las vacuolas.

La solución, pues, era sencilla: aislar el retrovirus, introducirlo en un medio de cultivo y ver qué droga producía.

«Kawakita debió de pensar lo mismo», se dijo Margo.

Quizá Kawakita no había intentado manipular genéticamente la planta, sino el virus. En ese caso...

Margo se sentó, devanándose los sesos. Parecía que por fin las cosas comenzaban a encajar: la anterior investigación y la actual; la materia viral y la planta huésped; Mbwun; las fibras. Pero seguía sin explicarse por qué Kawakita había abandonado el museo para ocuparse de aquello. Tampoco entendía cómo podía haberse desplazado Mbwun desde la selva amazónica hasta allí en busca de las plantas que la expedición de Whittlesey había...

Whittlesey.

Llevándose una mano a la boca, se puso en pie. El taburete cayó ruidosamente al suelo de linóleo.

De pronto todo resultaba perfecta y atterradoramente claro.

En aquella ocasión, cuando Smithback salió del ascensor del número 9 de Central Park South y entró en el recibidor del apartamento, notó de inmediato que las ventanas del amplio salón estaban abiertas de par en par. El sol penetraba a raudales, envolviendo en una luz dorada los sofás y las mesas de palisandro y convirtiendo lo que antes parecía una funeraria en un espacio cálido y luminoso.

Anette Wisher se hallaba en el balcón, sentada a una mesa con la superficie de cristal, y llevaba un sombrero de paja y unas gafas de sol. Se volvió hacia él, sonrió y le indicó que tomase asiento. Smithback se acomodó en una de las sillas y contempló admirado la vasta alfombra verde del Central Park, desplegándose en dirección norte hacia la calle Ciento diez.

—Sírvele un té al señor Smithback—ordenó la señora Wisher a la criada que lo había acompañado hasta allí.

—Llámeme Bill, por favor —dijo Smithback, estrechando la mano que la señora Wisher le tendió.

Incluso bajo la luz implacable del verano, advirtió Smithback, la piel de la señora Wisher parecía inmune a los estragos del tiempo. Blanca y tersa, poseía una elasticidad juvenil, sin el menor indicio de la flacidez propia de la edad.

—Agradezco la paciencia que ha demostrado —dijo la señora Wisher al retirar la mano—. Creo que coincidiremos en que está a punto de verse recompensada. Hemos decidido ya el plan de acción, y como le prometí, usted será el primero en saberlo. Naturalmente, debe mantenerlo en secreto.

Smithback aceptó el té y aspiró el aroma exquisito y delicado del jazmín. Sentado en aquel magnífico apartamento, con todo Manhattan a sus pies, tomando té con la mujer que todos los periodistas de la ciudad deseaban entrevistar, sentía un agradable bienestar. Incluso compensaba la humillación de ver cómo le pisaba la primicia el hijo de puta petulante de Bryce Harriman.

—Dado el éxito de la concentración de Grand Army Plaza, hemos decidido poner en marcha una nueva etapa de la campaña Recuperemos Nuestra Ciudad —explicó la señora Wisher.

Smithback asintió con la cabeza.

—El plan es muy sencillo, de hecho —continuó la señora Wisher—. Todas nuestras futuras acciones tendrán lugar sin previo aviso, y cada una de ellas a mayor escala. Y siempre que se cometa un nuevo asesinato, nos manifestaremos ante la jefatura de policía para exigir el final de tales atrocidades. —Se llevó la mano a la cara y se apartó un mechón de cabello suelto—. Pero confío en que no tendremos que esperar demasiado para ver verdaderos cambios.

—Y eso ¿por qué? —preguntó Smithback con curiosidad.

—Mañana por la tarde a las seis nuestros seguidores se congregarán frente a la catedral de San Patricio. Y créame, el grupo que vio en Grand Army Plaza le

parecerá insignificante en comparación. Nos proponemos demostrar a esta ciudad que hablamos en serio. Subiremos por la Quinta Avenida, doblaremos en Central Park South y seguiremos por Central Park West, deteniéndonos a encender velas en todos los lugares donde se han producido asesinatos. Por último, a medianoche, nos concentraremos en el Great Lawn del Central Park para rezar una oración. —Movi6 la cabeza en un gesto de negaci6n—. Me temo que las autoridades municipales no han comprendido a6n el mensaje. Pero cuando vean el centro de Manhattan colapsado por la presencia de un gran n6mero de electores, todos exigiendo que se tomen medidas, sin duda lo comprender6n, se lo aseguro.

—¿Y el alcalde?—pregunt6 Smithback.

—Es posible que el alcalde vuelva a aparecer. Los pol6ticos de su cala6a se sienten atra6dos irresistiblemente por las multitudes. Cuando venga, pienso advertirle que 6sta es su 6ltima oportunidad. Si vuelve a decepcionarnos, estamos dispuestos a pedir nuevas elecciones para apartarlo del cargo. Y cuando acabemos con 6l, no encontrar6 trabajo ni en la perrera de Akron, Ohio. —Una fr6a sonrisa se dibuj6 en sus labios—. Espero que, en su momento, reproduzca usted textualmente mis palabras.

Smithback no pudo evitar sonre6r. Aquello era absolutamente perfecto.

Entró en la húmeda oscuridad del Templo y recorrió con las yemas de los dedos las frías esferas de que se componían las paredes, acariciando las superficies orgánicas, las cavidades y prominencias. Aquél era el lugar que le correspondía, tan parecido a como antes había sido y, sin embargo, tan distinto. Se volvió y se sentó en el trono que le habían construido, notando la curtida superficie del asiento y la elasticidad de los miembros atados, oyendo el ligero chirrido del tendón y el hueso, sus sentidos tan despiertos como nunca antes. La obra quedaría pronto culminada. Como él había llegado ya a su culminación.

Habían trabajado con ahínco para él, su jefe, su amo. Lo amaban y lo temían, como debía ser, y a partir de ese momento lo venerarían. Cerró los ojos y aspiró el aire denso y fragante que se arremolinaba en torno a él como la bruma. En otro tiempo, antes de adquirir el don de la agudeza sensorial, le habría repugnado el hedor del Templo. Ese don se lo debía a la planta; ese don, y otras muchas cosas. Ahora todo era distinto. Aquel olor era para él como un vasto paisaje, siempre cambiante, teñido de todos los colores imaginables, nítido y luminoso en un sitio, lóbrego y misterioso en otro. Aquel olor contenía montes, desfiladeros y desiertos, mares y cielos, ríos y praderas, un panorámico abanico de fragancias indescriptible mediante el lenguaje humano. En comparación, el mundo percibido con la vista resultaba monótono, desagradable, estéril.

Saboreó su triunfo. Donde el otro había fracasado, él había salido airoso. Donde el otro había sucumbido al miedo y la incertidumbre, él había hecho acopio de fuerza y valor. El otro había sido incapaz de descubrir el defecto de la fórmula. Él no sólo había encontrado el defecto, sino que además había dado el siguiente paso y perfeccionado la extraordinaria planta y su secreto contenido. El otro había subestimado la viva necesidad de ritual y ceremonia de sus criaturas. Él no. Sólo él comprendía el sentido último.

Aquélla era la verdadera manifestación del trabajo de toda su vida, y lo atormentaba pensar que no se había dado cuenta antes. Era él, y no el otro, quien poseía la fuerza, la inteligencia y la voluntad para llevarlo a cabo. Sólo él podía depurar el mundo y guiarlo hacia su futuro.

¡El mundo! Mientras mascullaba la palabra, percibía la presión de ese mundo patético sobre él, sobre el santuario de su Templo. Ahora lo veía todo tan claro... Era un mundo superpoblado, plagado de enjambres de humanos que, como insectos, bullían sin objetivo, sin sentido y sin utilidad, agitándose en sus insignificantes y míseras vidas como los frenéticos pistones de una absurda máquina. Siempre estaban sobre él, vertiendo su basura, apareándose, reproduciéndose, muriendo, atados como esclavos a la noria de la existencia humana. Qué fácil, y qué inevitable, sería arrasarlo todo, todo, como quien abre un hormiguero de un puntapié y aplasta las larvas blanquecinas y blandas.

Después vendría el Nuevo Mundo, limpio, diverso y lleno de sueños.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Margo cuando D'Agosta entró en el laboratorio del Departamento de Antropología.

—No vienen —contestó D'Agosta y, tirándose de las patas del pantalón, se sentó en una de las sillas que rodeaban la pequeña mesa de reuniones situada en el centro del laboratorio—. Tenían otro asunto pendiente. —Viendo la expresión de Margo, sacudió la cabeza en un gesto de enojo y dijo—: ¡Bah, qué más da! Para serle sincero, esto no les interesa. Waxie, el tipo que vino cuando Brambell presentó su informe, está ahora al frente del caso. Y cree que ya tiene a su hombre.

—¿Que ya tiene a su hombre? ¿Qué quiere decir?

—Un chiflado que han encontrado en el Central Park. Es un asesino, sí, pero no el que buscamos. O al menos eso piensa Pendergast.

—¿Y dónde está Pendergast?

—En viaje de negocios. —D'Agosta sonrió, como si la respuesta fuese un chiste que sólo él entendía—. Y bien, ¿qué ha averiguado?

—Empezaré por el principio. —Margo respiró hondo—. De esto hace diez años, ¿de acuerdo? Se organiza una expedición a la cuenca del Amazonas. La dirige un científico del museo, Julian Whittlesey. Surgen graves discrepancias, y el equipo se separa. Por diversas razones, nadie regresa con vida. Pero llegan al museo varias cajas de reliquias. Una de ellas contiene una siniestra estatuilla, embalada con un material fibroso.

D'Agosta asintió con la cabeza. Hasta el momento todo era historia pasada.

—Nadie sabe, no obstante, que la estatuilla es la representación de una criatura autóctona y salvaje, ni que el material de embalaje lo forman fibras de una planta vital en la alimentación de esa criatura. Poco después el hábitat de la criatura es devastado a causa de una prospección minera llevada a cabo por el gobierno local. De manera que el monstruo, Mbwn, sigue el rastro a las únicas fibras que quedan, desde la cuenca del Amazonas hasta Belem y desde allí hasta Nueva York. Sobrevive en el sótano del museo, comiendo animales y consumiéndose las fibras de esa planta, de la que por lo visto depende.

D'Agosta volvió a asentir.

—Pues bien, no me lo creo —añadió Margo—. Me lo creía, pero ya no me lo creo.

D'Agosta enarcó las cejas.

—¿Qué es exactamente lo que no se cree?

—Piénselo, teniente. ¿Cómo podría venir un animal salvaje, por inteligente que fuese, desde la cuenca del Amazonas hasta Nueva York detrás de unas cuantas cajas llenas de fibras? Esto está muy lejos de su hábitat.

—No está diciéndome nada que no supiésemos ya cuando acabamos con la

bestia —repuso D'Agosta—. Entonces no había más interpretación que ésa, y yo ahora desde luego no veo ninguna otra. Mbwun estuvo aquí. ¡Por Dios, si hasta noté su aliento! Si no vino del Amazonas, ¿de dónde vino?

—Buena pregunta —dijo Margo—. ¿Y si Mbwun era originariamente de Nueva Yorky no hizo más que volver a casa?

Se produjo un breve silencio.

—¿Volver a casa? —preguntó D'Agosta, desconcertado.

—Sí. ¿Y si Mbwun no era un animal sino un ser humano? ¿Y si era *Whittlesey*?

Esta vez el silencio se prolongó mucho más tiempo. D'Agosta observó a Margo. Por más que estuviese en excelente forma, debía de hallarse al borde del agotamiento después de tantos días trabajando sin descanso. Y luego el asesinato de Brambell, y para colmo descubrir que uno de los cadáveres que había estado examinando pertenecía a un antiguo compañero de trabajo, un compañero además cuya llamada telefónica no había contestado, con el consiguiente sentimiento de culpabilidad. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido, tan egoísta, de meterla en un asunto como aquél, sabiendo lo mucho que la habían afectado los anteriores asesinatos del museo?

—Escuche, doctora Green, creo que le conviene... —empezó a decir.

—Lo sé, lo sé; parece un disparate —lo interrumpió Margo, alzando la mano—. Pero no lo es, se lo garantizo. En este mismo momento mi ayudante realiza en el laboratorio varias pruebas más para verificar mis descubrimientos, así que déjeme acabar. Mbwun tenía un porcentaje asombrosamente alto de ADN humano. Secuenciamos una uña, ¿recuerda? Y no olvide que la criatura mató a todos cuantos se le cruzaron en el camino menos a una persona, Ian Cuthbert. ¿Por qué? Cuthbert era amigo íntimo de *Whittlesey*. Por otra parte, el cadáver de *Whittlesey* nunca apareció.

D'Agosta apretó los dientes. Aquello era una locura. Echó la silla hacia atrás y empezó a levantarse.

—Déjeme acabar —insistió Margo con serenidad.

D'Agosta la miró y vio algo en sus ojos que lo indujo a sentarse de nuevo.

—Teniente —prosiguió Margo—, soy consciente de que todo esto parece absurdo. Cometimos un grave error. Yo soy tan culpable como el que más. La otra vez dejamos el enigma sin resolver. Pero alguien sí encontró la respuesta: *Greg Kawakita*. —Colocó sobre la mesa una ampliación de veinte por veinticinco centímetros de una imagen microscópica—. Esta planta contiene un retrovirus.

—Eso ya lo sabíamos —recordó D'Agosta.

—Pero pasamos por alto el hecho de que este retrovirus posee una facultad única: introduce ADN extraño en la célula huésped. Y produce una droga. Esta tarde he sometido las fibras a unas cuantas pruebas más y he descubierto un par de detalles interesantes. Portan material genético, ADN de reptil, que se inserta en el huésped humano al ingerirse la planta. Y ese ADN a su vez origina una

transformación física. Whittlesey, no sé cómo ni por qué, debió de ingerir la planta durante la expedición, y experimentó un cambio morfológico. *Se convirtió en Mbwun*. Cuando el cambio se operó por completo, sintió la necesidad de consumir regularmente una dosis de la droga presente en la planta. Y cuando el suministro autóctono desapareció, Whittlesey supo que podía encontrar más en el museo. Lo supo porque él había enviado las plantas como material de embalaje en las cajas. Así que regresó a donde se hallaban las cajas. Sólo cuando se vio privado de su provisión de fibras empezó a matar a seres humanos, porque el hipotálamo del cerebro humano contiene una hormona similar a...

—Un momento. ¿Está diciéndome que uno, al comer esa planta, se convierte en una especie de monstruo?—preguntó D'Agosta con incredulidad.

Margo movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Y ahora ya sé qué tenía que ver Greg con todo esto. Él encontró la clave del misterio y decidió perderse de vista para llevar a cabo algún plan. —Desenrolló un gran diagrama sobre la mesa de reuniones—. Aquí tiene un plano de su laboratorio, o al menos de lo que he podido reconstruir. Esa lista que ve en la esquina incluye todo el equipo que identifiqué. En total, incluso a precios de mayorista, debió de costar más de ochocientos mil dólares.

AD'Agosta se le escapó un silbido.

—Dinero de la droga.

—Exacto, teniente—confirmó Margo—. Un laboratorio de esta envergadura sólo podía tener una finalidad: producir algo mediante ingeniería genética a nivel industrial. Y subrayo la palabra « industrial ».

—A finales del año pasado corrieron rumores de que había aparecido en las calles una nueva droga —comentó D'Agosta—. Se llamaba « esmalte ». Muy poco común, muy cara, y con un efecto asombroso. Pero últimamente apenas he oído hablar de ella.

—En la ingeniería genética hay tres fases —explicó Margo, poniendo un dedo en el diagrama—. Primero debe determinarse el mapa del ADN de un organismo. Para eso servían los aparatos colocados contra la pared norte. Combinados, constituían un sistema secuencia de gran potencia. Este primero controla la reacción en cadena de la polimerasa, que duplica el ADN para poderlo secuenciar. Este otro secuencia el ADN. Luego viene esta otra máquina, que era un NAD-1 de Cambridge Systems. Abajo tenemos una. Se trata de un superordenador en extremo especializado que usa CPUs de arseniuro de galio y procesamiento vectorial para analizar los resultados secuenciales. Junto a la pared sur se encontraban los restos fundidos de varios acuarios. Kawakita cultivaba la planta de Mbwun en grandes cantidades para suministrar materia prima a todo este proceso. Y aquí hay un equipo de producción viral Ap-Gel para incubar y cultivar los virus.

La sala quedó sumida en un silencio sepulcral. D'Agosta se enjugó la frente y

se palpó el bolsillo en busca de la tranquilizadora forma de su cigarro. A su pesar, empezaba a creer a Margo.

—Kawakita utilizaba este equipo para *excluir* algunos de los genes del virus. —Margo dispuso varias ampliaciones más sobre la mesa—. Esto son micrografías obtenidas a través del microscopio electrónico de exploración. Revelan que excluía los genes de reptil. ¿Por qué? Porque pretendía anular los efectos *físicos* de la droga.

—¿Qué opina Frock de todo esto? —preguntó D'Agosta, y al instante le pareció advertir un fugaz sonrojo en el rostro de Margo.

—Aún no he tenido ocasión de informarle. Pero sé que se lo tomará con escepticismo. Sigue aferrado a su teoría de la evolución fractal. Por disparatado que esto suene, teniente, existen muchas sustancias en la naturaleza, por ejemplo las hormonas, que causan transformaciones sorprendentes como ésta. Hay una hormona llamada BSTH que convierte a un gusano en una mariposa. Otra es la resotropina-x. Cuando un renacuajo recibe una dosis, se transforma en rana en cuestión de días. Eso mismo está ocurriendo aquí, no me cabe la menor duda. Sólo que ahora hablamos de cambios en un ser humano. —Guardó silencio por un instante—. Hay algo más.

—¿No le parece ya bastante? —repuso D'Agosta.

Margo extrajo de su bolso pequeños fragmentos de papel quemado, protegidos entre láminas de plástico transparente.

—Entre las cenizas del laboratorio encontré un cuaderno, al parecer el diario de trabajo de Kawakita. Éstas eran las únicas partes con texto legible. —Sacó más fotografías—. He pedido ampliaciones de los fragmentos. El primero pertenece a una de las hojas de la mitad del cuaderno. Es una lista.

D'Agosta observó la fotografía. Distinguió unas cuantas palabras en el margen izquierdo del papel chamuscado: «wysoccan, pie azul amante del estiércol». Más abajo, casi a pie de página, se leía: «nube verde, pólvora, corazón de loto».

—¿Usted entiende el sentido? —preguntó D'Agosta, anotando las palabras en su bloc.

—Sólo el de «pólvora» —contestó Margo—. Aunque tengo la sensación de que debería reconocer algo más. —Le entregó otra fotografía—. Ese otro parece una serie de segmentos del código de su programa de extrapolación. Y luego hay uno más largo.

D'Agosta cogió el fragmento que Margo le tendía.

...no puedo vivir sabiendo lo que he... ¿Cómo pude, mientras estaba concentrado en... pasar por alto los efectos psíquicos que...? pero noto al otro cada día más impaciente. Necesito tiempo para...

—Da la impresión de que estuviese tomando conciencia de algo —comentó D'Agosta, devolviéndole la fotografía—. Pero ¿qué hizo exactamente?

—A eso iba —contestó Margo—. Como ve, hace referencia a los efectos psíquicos del esmalte como algo que no había tenido en cuenta. ¿Y se ha fijado en la alusión a « otro »? Esa parte todavía no la entiendo. —Cogió otra ampliación—. Luego está esto. Creo que pertenece a la última página del diario. Observe que, aparte de muchos números y cálculos, aparecen sólo cuatro palabras legibles, separadas por un punto: « ... irreversible. El thyoxin podría... ».

D'Agosta la miró con expresión interrogativa.

—Lo he consultado. El thyoxin es un herbicida experimental, muy potente, para eliminar las algas de los lagos. Si Greg cultivaba esta planta, ¿para qué quería el thyoxin? ¿O la vitamina D, que por lo visto también sintetizaba? Quedan aún muchos detalles que no consigo explicarme.

—Se lo mencionaré a Pendergast, por si le sugiere algo. —D'Agosta contempló las fotografías por un momento y luego las dejó a un lado—. Sigo sin verlo claro, doctora Green. ¿Qué perseguía exactamente Kawakita con todos esos aparatos?

—Probablemente intentaba dominar la droga aislando los genes reptilianos en el virus de la planta de Mbwun.

—¿Dominar?

—Creo que pretendía crear una droga que no provocase cambios físicos grotescos. Conseguir que su consumo proporcionase un estado más alerta, más fuerza, más velocidad, mejor visión en la oscuridad. Es decir, las facultades hipersensoriales que poseía Mbwun, pero sin los efectos secundarios. —Margo enrolló el diagrama—. Tendré que analizar unas muestras de tejido del cadáver de Kawakita para asegurarme; pero creo que encontraremos rastros de la droga de Mbwun, sustancialmente modificada. Y casi con toda certeza descubriremos que la droga ejerce un efecto narcótico de algún tipo.

—¿Cree que Kawakita la tomaba?

—Estoy convencida. Pero debió de equivocarse en algo. Posiblemente no la refinó o purificó bien. Y las deformaciones que vimos en su esqueleto fueron el resultado.

D'Agosta volvió a enjugarse la frente. Necesitaba el cigarro con urgencia.

—Permitame sólo un minuto más —dijo—. Kawakita no era tonto. No habría tomado una droga peligrosa sin más ni más, sólo por ver qué ocurría. Eso es inconcebible.

—Tiene razón, teniente. Y quizá a eso se deba la culpabilidad. ¿Comprende? Kawakita no habría tomado la droga directamente; la habría probado antes con otros.

—¡Oh, no! —masculló D'Agosta. Tras un largo silencio, añadió—: ¡Joder, no!

Bill Trumbull rebosaba optimismo. La bolsa había subido dieciséis puntos aquel día, casi cien en lo que iba de semana, y la tendencia alcista aún no había tocado techo. A sus veinticinco años, se embolsaba ya cien mil dólares anuales. Sus ex compañeros del Babson College iban a reconcomerse de envidia cuando se lo contase en la reunión de la semana siguiente. Casi todos ellos habían acabado en empleos administrativos de poca monta, y con suerte sacaban a lo sumo cincuenta mil.

Trumbull y sus amigos, charlando y riendo, pasaron por los molinetes de la estación de metro de Fulton Street. Eran ya más de las doce de la noche, y volvían del Seaport, donde habían disfrutado de una buena cena, acompañada de abundante cerveza, y hablado interminablemente de lo ricos que llegarían a ser. Ahora estaban alborotados, mofándose del cretino que acababa de incorporarse al programa de capacitación y que no duraría ni un mes.

Trumbull notó una ráfaga de aire viciado y oyó el rumor distante y familiar del tren a la vez que aparecían en el túnel los dos pequeños faros. Llegaría a casa en media hora. Sintió un momentáneo enojo al pensar en lo lejos que vivía de allí —en la calle Noventa y ocho esquina con la Tercera Avenida— y lo mucho que tardaba en llegar a casa desde Wall Street. Quizá era ya hora de mudarse, buscar un *loft* en la parte baja de Manhattan o un agradable apartamento de dos habitaciones entre las calles Sesenta y Setenta. Aunque vivir en el Soho no estaba mal, vivir en el East Side estaba mucho mejor. Un piso alto con balcón, cama grande, moqueta de color crema, muebles de cristal y metal cromado.

—...y ella dice: Cariño, ¿podrías prestarme setenta dólares?

Todos prorrumpieron en obscenas carcajadas al oír el final del chiste, y Trumbull rió también instintivamente.

El rumor se convirtió en un ruido ensordecedor cuando el tren entró en la estación. En broma, un miembro del grupo empujó a Trumbull ligeramente hacia el borde del andén, y él retrocedió de un salto ante el tren que se acercaba. Se detuvo con un estruendoso chirrido de frenos, y todos subieron a uno de los vagones.

Trumbull fue a trompicones hasta un asiento cuando el tren salía de la estación y miró alrededor con expresión de fastidio. El aire acondicionado no funcionaba y todas las ventanillas estaban abiertas, dejando entrar el olor a humedad de los túneles y el ruido atronador del tren. Hacía un calor agobiante. Se aflojó la corbata. Empezaba a sentirse mareado y notaba en las sienes un dolor ligero pero persistente. Consultó su reloj; sólo faltaban seis horas para volver a la oficina. Exhaló un suspiro y se recostó en el asiento. El tren avanzaba rápidamente con tal traqueteo que era imposible hablar. Trumbull cerró los ojos.

En la calle Catorce, bajó parte del grupo para hacer transbordo en dirección a

la Penn Station, despidiéndose de él con apretones de manos y golpes de puño en el hombro. En Grand Central se apearon varios más, y quedaron sólo Trumbull y Jim Kolb, un vendedor de bonos que trabajaba en la planta de abajo. Trumbull no sentía especial simpatía por Kolb. Volvió a cerrar los ojos y dejó escapar un suspiro de cansancio cuando el tren descendió a mayor profundidad para seguir por la vía rápida.

Trumbull advirtió vagamente que el tren se detenía en la estación de la calle Cincuenta y nueve, se abrían las puertas, se volvían a cerrar, y el tren se adentraba de nuevo en la oscuridad, cobrando velocidad para recorrer el tramo de casi treinta manzanas hasta la calle Ochenta y seis. Una parada más, pensó, soñoliento.

De pronto el tren dio un bandazo, redujo la marcha y paró con un chirrido. Pasó un largo momento. Trumbull se sacudió la modorra y se irguió en el asiento con creciente irritación, escuchando los crujidos del vagón inmóvil.

—Hay que joderse —exclamó Kolb—. Hay que joderse con la línea cuatro de Lexington Avenue. —Miró alrededor en busca de alguna reacción a su comentario, pero los otros dos pasajeros, adormilados, no prestaban atención. Luego dio un codazo a Trumbull, que sonrió débilmente a la vez que pensaba que Kolb era un perdedor nato.

Trumbull echó una ojeada al vagón. Vio a una camarera preciosa y a un muchacho negro con un grueso abrigo y un gorro de punto pese a los cuarenta grados a que ascendía la temperatura dentro del tren. Aunque el chico parecía dormido, Trumbull lo observó con cautela. Probablemente vuelve a casa después de una ardua noche de atracos, pensó. Se metió la mano en el bolsillo y tocó su navaja. A él nadie iba a robarle la cartera, por más que en ese momento la llevase vacía.

De repente los altavoces crepitaron y una voz ronca anunció: «Atención, señores pasajeros. Nos hemos detenido a causa de un problema con las señales. En breve reanudaremos la marcha».

—Sí, ya, cuéntame otra mejor —protestó Kolb, indignado.

—¿Eh? —masculló Trumbull.

—Siempre dicen lo mismo. Un problema con las señales. En breve volveremos a movernos. ¡Qué optimistas!

Trumbull cruzó los brazos y cerró de nuevo los ojos. El dolor de cabeza empeoraba y el calor era como un manto sofocante.

—Y pensar que cobran un dólar cincuenta por montar en esta sauna —dijo Kolb—. Será mejor que la próxima vez volvamos en taxi.

Trumbull asintió con indiferencia y miró el reloj: la una menos cuarto.

—No me extraña que la gente entre sin pagar —continuó Kolb.

Trumbull asintió de nuevo, preguntándose cómo hacer callar a Kolb. Oyó un ruido fuera del vagón y echó un vistazo por la ventanilla. Una forma vaga se

acercaba por la vía contigua en la húmeda oscuridad. Algún técnico del metro, sin duda. Quizá aprovechan estas horas para alguna reparación en las vías, pensó Trumbull despreocupadamente viendo aproximarse la figura. Sus esperanzas crecieron por un momento, pero enseguida se desvanecieron. «Y si el tren se ha averiado; mierda, podríamos quedarnos aquí abajo encerrados hasta...».

La figura pasó silenciosamente junto a su ventanilla. Iba vestida de blanco. Trumbull se enderezó de inmediato. No era un operario sino una mujer, una mujer con un vestido largo que corría tambaleándose por las vías. Trumbull la vio alejarse. Justo en el instante en que desaparecía en la oscuridad, Trumbull advirtió una mancha en su espalda que brilló al reflejarse en ella las luces del tren parado.

—¿Has visto eso? —preguntó a Kolb.

Kolb alzó la vista.

—Si he visto ¿qué?

—Ha pasado una mujer corriendo por las vías.

—¿Has bebido una copa de más, Billy? —dijo Kolb, sonriendo.

Trumbull se puso en pie y asomó la cabeza por la ventanilla, escrutando la oscuridad en la dirección en que iba la figura. Nada. Al volverse de nuevo hacia el interior del vagón, se dio cuenta de que nadie había notado nada.

¿Qué ocurría allí? ¿Era un atraco? Se asomó otra vez, pero la mujer no estaba; el túnel había quedado vacío y en silencio.

—Esto no va a ser ni mucho menos «breve» —se quejó Kolb, golpeando con la yema de un dedo su Rolex tornasolado.

Trumbull tenía la cabeza a punto de estallar. Desde luego había bebido suficiente para ver visiones. Ya era la tercera vez esa semana que se emborrachaba. Quizá debería salir menos por las noches. Seguramente había visto a un operario con algo cargado al hombro. O a una operaria. Al fin y al cabo, últimamente había también mujeres en aquella clase de trabajos. Lanzó un vistazo al vagón de delante a través de las puertas de la zona de enganche, pero dentro todo estaba en orden; el único pasajero permanecía inmóvil con mirada ausente. Si había ocurrido algo, avisarían por los altavoces.

Se sentó, cerró los ojos y se concentró en mitigar el dolor de cabeza. Por lo general, no le disgustaba viajar en metro. Era rápido, y el ruido del tren y los destellos de las luces lo mantenían distraído. Pero en ocasiones como aquella, viéndose allí inmovilizado en la asfixiante oscuridad, le era difícil no pensar en la profundidad a la que se hallaba el túnel o los casi dos kilómetros de negrura que se extendían entre él y la siguiente parada.

Al principio creyó que era el sonido de un tren lejano, frenando en una estación. Pero luego, al aguzar el oído, se dio cuenta de que era un grito prolongado y distante, extrañamente distorsionado por el eco.

—¿Qué demonios...? —dijo Kolb, echándose hacia adelante en el asiento.

El joven negro abrió al instante los ojos, y la camarera adoptó una actitud alerta.

Siguió un silencio eléctrico mientras escuchaban expectantes. No se oyó nada más.

—Dios santo, Bill, ¿has oído eso? —preguntó Kolb.

Trumbull no contestó. Se había producido un robo, quizá un asesinato. O aún peor, tal vez una banda avanzaba hacia el tren detenido. Ésa era la más horrenda pesadilla de cualquier usuario del metro.

—Nunca explican nada —protestó Kolb, dirigiendo una mirada nerviosa al altavoz— Alguien debería salir a echar un vistazo.

—Sal si quieres —repuso Trumbull.

—Un grito de hombre —continuó Kolb—. Ha gritado un *hombre*, te lo juro.

Trumbull volvió a mirar por la ventanilla. Esta vez distinguió otra figura que se aproximaba por la vía más alejada; caminaba con una extraña oscilación, casi una cojera.

—Viene alguien —anunció.

—Pregúntale qué pasa.

Trumbull se asomó.

—¡Eh! ¡Eh, oiga! —Vio que la figura se detenía—. ¿Qué ocurre? ¿Hay algún herido?

La figura siguió avanzando. Trumbull la observó mientras se dirigía a la parte delantera del vagón anterior, subía a la zona de enganche y desaparecía. El solitario pasajero continuaba allí, ahora leyendo un libro. Todo volvía a estar en silencio.

—¿Qué ves? —gimoteó Kolb.

Trumbull se sentó.

—Nada —respondió—. Quizá un trabajador del metro llamaba a un compañero.

—Espero que esto se ponga en marcha cuanto antes —comentó la camarera con voz tensa.

El muchacho del abrigo permanecía inmóvil en su asiento, con las manos en los bolsillos. Estoy seguro de que lleva una pistola, pensó Trumbull, sin saber si la idea lo inquietaba o lo tranquilizaba.

Se apagaron las luces del vagón anterior.

—¡Mierda! —exclamó Kolb.

Un violento golpe sonó en el vagón a oscuras, y todo el tren se estremeció como si algo pesado se hubiese estrellado contra él. A continuación se oyó un extraño silbido. A Trumbull se le antojó semejante al sonido de un globo mojado al perder el aire.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó la camarera.

—Yo me largo de aquí —dijo Kolb—. ¿Crees que voy a quedarme esperando

a que una banda reviente esa puerta y venga a por nosotros?

Trumbull descartó la idea con un gesto. Lo que había que hacer era quedarse allí y mantener la calma. Si uno se levantaba y llamaba la atención, sólo conseguía convertirse en la víctima elegida.

Llegó otro ruido del vagón a oscuras, como el sonido de la lluvia al azotar una superficie de metal.

Con cautela, Trumbull se inclinó y miró hacia el otro vagón. Vio que algo salpicaba el cristal de la puerta desde dentro, algo parecido a la pintura. Una pintura espesa y oscura que resbalaba por el cristal.

—¿Qué es eso? —gritó Kolb.

Unos gamberros estaban destrozando el tren, rociándolo de pintura. Al menos parecía pintura, pintura roja. Quizá era el momento de largarse de allí, y aun antes de expresar su decisión, estaba ya de pie y corría hacia la puerta trasera del vagón.

—¡Billy! —gritó Kolb, pisándole los talones.

A sus espaldas, Trumbull oyó un golpe contra la puerta delantera, pisadas de varios pies y el repentino grito de la camarera. Sin detenerse ni volver la cabeza para mirar, agarró el tirador, lo hizo girar y abrió la puerta corredera. Saltó a la zona de enganche y abrió la puerta del vagón de cola, seguido de cerca por Kolb, que salmodiaba:

—¡Joder, joder, joder!

Antes de que las luces de todo el tren se apagarán, Trumbull tuvo tiempo de ver que el vagón de cola estaba vacío. Desesperado, miró alrededor. No había más iluminación que la que procedía de las débiles y espaciadas luces del túnel y del lejano resplandor amarillo de la estación de la calle Cincuenta y nueve.

Se detuvo y se volvió hacia Kolb.

—Tenemos que forzar la puerta de atrás.

En ese mismo instante un disparo resonó en el vagón del que acababan de salir. Cuando se desvaneció el eco de la detonación, a Trumbull le pareció oír que los sollozos de la camarera se interrumpían súbitamente.

—¡Le han cortado el cuello al chico! —gimió Kolb, mirando por encima del hombro.

—¡Cállate! —susurró Trumbull. Oyera lo que oyese, no pensaba volverse a mirar. Corrió hasta la puerta trasera y agarró las pestañas de goma para intentar abrirla—. ¡Ayúdame!

Kolb, con lágrimas en las mejillas, tiró de una de las pestañas.

—¡Más fuerte, por Dios!

Finalmente la puerta cedió con un silbido, y un sofocante olor a tierra inundó el vagón. Trumbull no había tenido aún tiempo de moverse cuando notó que Kolb lo apartaba de un empujón y se lanzaba a las vías a través de la estrecha abertura. Se tensó para saltar, pero de pronto se quedó paralizado. Varias figuras

surgían de la oscuridad del túnel, avanzando hacia Kolb. Trumbull abrió la boca y volvió a cerrarla, tambaleándose ligeramente, sin dar crédito a lo que veía. Las figuras se movían de una manera extraña, aterradoramente ajena. Vio cómo rodeaban a Kolb. Una de las figuras lo agarró del pelo; otra le inmovilizó los brazos. Kolb forcejeaba mudamente en una absurda pantomima. Una tercera figura salió de las sombras, se acercó a Kolb y, con un delicado movimiento, le pasó una mano por la garganta. De inmediato la sangre manó a borbotones en dirección al tren.

Trumbull retrocedió horrorizado, cayó al suelo y se apresuró a ponerse de rodillas, momentáneamente desorientado. En su desesperación, volvió la vista atrás, hacia el vagón del que habían escapado. En la oscuridad, vio a la camarera tendida boca abajo, y junto a ella dos figuras en cucullas, al parecer muy ocupadas con su cabeza.

Trumbull sintió que una desolación indescriptible le perforaba el estómago. Se volvió, saltó a las vías por la puerta de emergencia y echó a correr hacia la tenue y lejana luz de la estación, dejando atrás a las figuras inclinadas sobre Kolb. Notó una violenta arcada y se vomitó en las piernas la cena y la cerveza. Oyó tras él unos pasos rápidos y sonoros. Un sollozo escapó de sus labios.

De pronto dos figuras encapuchadas aparecieron en las vías ante él, recortándose contra la lejana luz de la estación. Trumbull paró en seco al ver que avanzaban hacia él a extraordinaria velocidad. Detrás, las pisadas de sus perseguidores se acercaban. Un extraño aletargamiento le impidió mover los miembros, y notó que ya apenas podía pensar racionalmente. En cuestión de segundos lo atraparían, como a Kolb.

En ese momento el breve destello de una señal luminosa alumbró el rostro de uno de sus atacantes.

Una sola idea, clara e inequívoca, cobró forma en medio del aturdimiento de aquella noche convertida en pesadilla. Rápidamente, observó las vías, localizó las líneas amarillas de advertencia y el raíl limpio y brillante. Metió el pie bajo la cubierta de seguridad, y al instante el mundo se fundió en un maravilloso resplandor.

D'Agosta pensó en el Yankee Stadium: la blanca esfera de cuero surcando el cielo azul de julio, el olor de la hierba recién arrancada al deslizarse el corredor hacia la base, el jugador exterior lanzándose contra la valla con el guante en alto. Era su peculiar forma de meditación trascendental, una manera de aislarse del mundo y recomponer sus ideas. Una técnica especialmente útil cuando todo se había ido al garete.

Mantuvo los ojos cerrados un momento más, intentando olvidar los timbres de los teléfonos, los portazos, el alboroto de las secretarías. En algún lugar, sabía, Waxie corría de un lado a otro como un pavo en celo. Afortunadamente no estaba lo bastante cerca para oír sus graznidos. Pero eso no le servía de consuelo.

Lanzando un suspiro, D'Agosta se obligó a pensar de nuevo en la extraña imagen de Alberta Muñoz, la única superviviente de la matanza del metro.

D'Agosta había llegado al lugar de los hechos cuando la sacaban en camilla por una salida de emergencia de la calle Sesenta y seis, con las manos cruzadas sobre el regazo, expresión plácida y ausente, cuerpo regordete y maternal, la tez tersa y morena en marcado contraste con las sábanas que la envolvían. Sólo Dios sabía cómo había logrado esconderse; por el momento, la señora Muñoz no había pronunciado una sola palabra. El tren se había convertido en un depósito de cadáveres provisional: siete pasajeros y dos empleados del metro muertos; cinco de ellos con los cráneos aplastados y las gargantas cercenadas hasta el hueso, tres decapitados, uno electrocutado por el tercer rail. D'Agosta casi olía ya a los abogados.

La señora Muñoz había sido trasladada de inmediato al St. Luke, donde se hallaba en aislamiento psiquiátrico. Waxie había vociferado, golpeado mesas y proferido amenazas, pero el médico de guardia se había mostrado inflexible: nada de preguntas hasta por lo menos las seis de la mañana.

Tres cabezas desaparecidas. Habían encontrado enseguida los rastros de sangre, pero el equipo de hemoluminiscencia lo estaba pasando mal en el laberinto de húmedos túneles. D'Agosta reconstruyó mentalmente la escena una vez más. Alguien había cortado el cable de una señal poco más allá de la estación de la calle Cincuenta y nueve, provocando de inmediato la detención de todos los trenes expresos del East Side entre las calles Catorce y Ciento veinticinco. Un tren había quedado atrapado en el largo tramo anterior a la estación de la calle Ochenta y seis. Allí lo esperaban, emboscados.

La operación exigía inteligencia y planificación, y quizá conocimiento interno de la red de metro. Por el momento no se habían hallado huellas claras, pero D'Agosta calculaba que los asaltantes habían sido por lo menos seis. No menos de seis ni más de diez. Un ataque bien planeado y bien coordinado.

Pero ¿por qué?

Los técnicos habían determinado que probablemente el hombre electrocutado había pisado el tercer rail adrede. D'Agosta se preguntó qué podía haber visto un hombre para actuar de ese modo. Fuera lo que fuese, quizá Alberta Muñoz también lo hubiese visto. Tenía que hablar con ella antes de que Waxie lo echase todo a perder.

—¡D'Agosta! —bramó una voz familiar, como si le hubiese leído el pensamiento—. ¿Qué coño haces? ¿Dormir?

Abrió lentamente los ojos y observó el rostro rojo y tembloroso.

—Perdona que te despierte en el mejor sueño —continuó Waxie—, pero tenemos entre manos una pequeña crisis...

D'Agosta se irguió en su butaca. Recorrió el despacho con la mirada, localizó su chaqueta en el respaldo de una silla, la cogió y empezó a ponérsela.

—¿Me oyes, D'Agosta? —dijo Waxie a voz en grito.

D'Agosta apartó al capitán y salió al pasillo. Hayward estaba junto a la mesa de seguimiento, leyendo un fax que acababa de llegar. Cuando alzó la vista, D'Agosta le hizo una seña para que se dirigiese hacia el ascensor.

—¿Adónde demonios vas? —preguntó Waxie, saliendo detrás de ellos—. ¿Estás sordo o qué? He dicho que tenemos una crisis...

—Es tu crisis —lo interrumpió D'Agosta—. Resuélvela tú. Yo tengo cosas que hacer.

Cuando se cerraron las puertas del ascensor, D'Agosta se llevó un cigarro a la boca y miró a Hayward.

—¿Al St. Luke? —preguntó la sargento.

D'Agosta asintió con la cabeza.

Al cabo de un momento las puertas se abrieron en el amplio vestíbulo embaldosado. D'Agosta salió pero se detuvo al instante. Al otro lado de las puertas de cristal, una muchedumbre alzaba los puños al aire. Se había triplicado desde que D'Agosta había llegado, a las dos de la madrugada. Aquella mujer de la alta sociedad, la señora Wisher, estaba de pie sobre el capó de un coche de policía y hablaba acaloradamente a través de un megáfono. Los medios de comunicación habían acudido en tropel. D'Agosta veía los destellos de los flashes y los dispositivos de las unidades móviles de la televisión.

Hayward le apoyó una mano en el antebrazo.

—¿Está seguro de que no quiere bajar al sótano y coger un coche patrulla del parque móvil?

D'Agosta se volvió hacia ella.

—Buena idea —dijo, y entró de nuevo en el ascensor.

El médico de guardia los tuvo esperando en las sillas de plástico de la cafetería durante cuarenta y cinco minutos. Era joven y adusto, y a juzgar por su

aspecto estaba exhausto.

—Ya le he dicho a ese capitán que ha venido antes que nada de preguntas hasta las seis —advirtió con voz débil y airada.

D'Agosta se puso en pie y estrechó la mano al médico.

—Soy el teniente D'Agosta, y ésta es la sargento Hayward. Encantado de conocerlo, doctor Wasserman.

El médico dejó escapar un gruñido y retiró la mano.

—Doctor, en primer lugar quiero asegurarle que no deseamos hacer nada que pueda perjudicar a la señora Muñoz.

El médico asintió con la cabeza.

—Y eso sólo usted puede juzgarlo —añadió D'Agosta.

El médico guardó silencio.

—Por otra parte, me consta que un tal capitán Waxie ha estado aquí y ha causado problemas. Quizá incluso lo ha amenazado.

De pronto Wasserman estalló.

—En todos los años que llevo trabajando en el servicio de urgencias de este hospital, nadie me había tratado nunca como ese hijo de puta.

Hayward se rió y dijo:

—Bienvenido al club.

El médico le lanzó una mirada de sorpresa y luego se relajó un poco.

—Doctor, en esa matanza han intervenido por lo menos seis hombres, quizá diez —prosiguió D'Agosta—. Sospecho que son los mismos que mataron a Pamela Wisher, Nicholas Bitterman y muchos otros. Creo también que deben de estar rondando por los túneles del metro en este mismo momento. Es posible que la señora Muñoz sea la única persona viva capaz de identificarlos. Si de verdad considera que mis preguntas pueden afectar negativamente a la señora Muñoz, lo aceptaré. Sólo espero que tenga usted en cuenta que otras vidas pueden correr peligro.

El médico lo miró fijamente durante un largo momento. Finalmente esbozó una leve sonrisa.

—Muy bien, teniente. Accedo con tres condiciones: yo estaré presente; debe hacer sus preguntas con la mayor delicadeza, e interrumpiré el interrogatorio en cuanto yo diga.

D'Agosta asintió.

—Me temo que va a ser una pérdida de tiempo —agregó el médico—. Se encuentra en estado de shock y presenta los primeros síntomas de estrés postraumático.

—Entendido, doctor.

—Bien. Por lo que hemos averiguado, la señora Muñoz es de un pueblo pequeño del centro de México. Trabaja como niñera para una familia del Upper East Side. Sabemos que habla inglés. Aparte de eso, apenas nada más.

La señora Muñoz yacía en la cama del hospital exactamente en la misma posición que en la camilla en que la habían sacado del lugar de los hechos: las manos cruzadas y la mirada perdida. La habitación olía a jabón de glicerina y alcohol desnaturalizado. Hayward se apostó ante la puerta por si Waxie aparecía antes de tiempo. D'Agosta y el médico se sentaron a ambos lados de la cama y permanecieron inmóviles por un momento. Finalmente, sin hablar, Wasserman cogió la mano a su paciente.

D'Agosta sacó la cartera, extrajo una fotografía de uno de los compartimientos, y la sostuvo frente al rostro de la mujer.

—Ésta es mi hija, Isabella —dijo D'Agosta—. Tiene dos años. Preciosa, ¿verdad?

Mantuvo la foto en alto pacientemente hasta que la mujer dirigió hacia ella la mirada. El médico frunció el entrecejo.

—¿Usted tiene hijos? —preguntó D'Agosta, guardándose la foto.

La señora Muñoz lo miró en silencio.

—Señora Muñoz —continuó D'Agosta—. Sé que está en este país ilegalmente.

La mujer desvió la vista de inmediato. El médico lanzó una mirada de advertencia a D'Agosta.

—También sé que mucha gente le ha hecho promesas que no ha cumplido. Pero yo voy a hacerle una promesa que sí cumpliré; se lo juro sobre la foto de mi hija. Si me ayuda, me ocuparé personalmente de que le concedan el permiso de residencia.

La mujer no respondió. D'Agosta sacó otra foto y la sostuvo ante ella.

—¿Señora Muñoz?

Durante un largo momento la mujer no se movió. Por fin su mirada se posó en la fotografía. D'Agosta se sintió algo más relajado.

—Ésta es Pamela Wisher a la edad de dos años.

La señora Muñoz cogió la fotografía.

—Un ángel —susurró.

—La mataron los mismos que han atacado el tren en que usted viajaba. —D'Agosta hablaba con delicadeza pero apresuradamente—. Por favor, señora Muñoz, ayúdeme a encontrar a esos asesinos brutales. No quiero que maten a nadie más.

Una lágrima cayó por la mejilla de la señora Muñoz. Sus labios temblaron.

—Ojos... —dijo la mujer en español.

—¿Cómo dice? —preguntó D'Agosta.

—Ojos... —tradujo la señora Muñoz. Por unos instantes sus labios se movieron sin articular palabra. Por fin, añadió—: Vinieron sin hacer ruido... ojos de lagarto, ojos de diablo. —Sollozó.

D'Agosta abrió la boca dispuesto a hablar, pero la mirada de Wasserman lo disuadió.

—Ojos... caras de diablo... —continuó la señora Muñoz. En español, añadió —: *Cuchillos de pedernal...*

—¿Cómo?

—*Viejos*, caras de viejo...

Se tapó el rostro con las manos y rompió a llorar.

Wasserman se puso en pie.

—Ya basta —ordenó a D'Agosta, gesticulando—. Fuera.

—Pero ¿qué ha...?

—Salga inmediatamente —apremió el médico.

En el pasillo, D'Agosta sacó el bloc y se apresuró a anotar las palabras en español lo mejor que pudo.

—¿Qué es eso? —preguntó Hayward, mirando con curiosidad por encima del brazo de D'Agosta.

—Unas palabras en español.

Hayward arrugó la frente.

—Eso no se parece en nada al español que yo conozco.

D'Agosta le lanzó una mirada severa.

—¿No irá a decirme que además habla español?

Hayward enarcó una ceja.

—En las operaciones de desalojo, no siempre puede una entenderse en inglés con los mendigos. ¿Y a qué viene ahora ese tono?

D'Agosta le colocó el bloc en la palma de la mano.

—Limítese a descubrir qué dice aquí.

Hayward examinó con atención el breve texto, moviendo simultáneamente los labios. Al cabo de un momento se acercó al cubículo de la enfermera y descolgó un teléfono.

Wasserman salió de la habitación y cerró con cuidado la puerta.

—Teniente —dijo a continuación—, ha sido un método... en fin, poco ortodoxo por no decir otra cosa. Pero puede que acabe siendo beneficioso para ella. Gracias.

—No me lo agradezca —contestó D'Agosta—. Me basta con que consiga que se recupere. Aún tengo que hacerle muchas preguntas.

Hayward colgó el teléfono y se dirigió hacia ellos.

—Esto es lo que Jorge y yo hemos podido deducir —anunció, devolviéndole el bloc.

D'Agosta leyó la anotación y frunció el entrecejo.

—¿Cuchillos de pedernal?

—Ni siquiera estamos seguros de que haya dicho eso —respondió Hayward, encogiéndose de hombros—. Pero es lo que más se aproxima a lo que usted ha anotado.

—Gracias —dijo D'Agosta. Se guardó el bloc en el bolsillo y se encaminó

rápidamente hacia la salida. Al cabo de un momento se detuvo como si acabase de recordar algo—. Doctor, probablemente el capitán Waxie vendrá por aquí dentro de una hora.

El rostro de Wasserman se ensombreció.

—Pero supongo que la señora Muñoz está demasiado agotada para recibir visitas. ¿No es así? Si el capitán le causa algún problema, dígame que hable conmigo.

Una amplia sonrisa se dibujó por primera vez en los labios de Wasserman.

Cuando Margo llegó al laboratorio del Departamento de Antropología a las diez de la mañana, era obvio que la reunión había empezado hacía ya un rato. La mesa situada en el centro estaba cubierta de vasos de café, servilletas, envoltorios de comida y cruasanes a medio comer. Margo advirtió sorprendida que, además de Frock, Waxie y D'Agosta, había asistido Horlocker, el jefe de policía. Los vistosos entorchados del cuello de su casaca y su gorra parecían fuera de lugar en medio del equipo de laboratorio. La hostilidad se palpaba en el aire como una tupida cortina.

—¿Esperas que creamos que los asesinos *viven* en esos túneles Astor? —decía Waxie a D'Agosta. Al oírla entrar, se volvió con expresión ceñuda y gruñó—: Me alegro de que haya podido venir.

Frock alzó la vista y, con cara de alivio, echó hacia atrás su silla de ruedas para dejarle hueco junto a la pequeña mesa de reuniones.

—¡Margo! —exclamó—. Por fin. Quizá usted puede aclarar las cosas. El teniente D'Agosta ha hecho ciertas afirmaciones un tanto insólitas acerca de sus descubrimientos en el laboratorio de Greg. Según él, ha realizado usted unas... esto... investigaciones adicionales en mi ausencia. Si no la conociese tan bien como la conozco, querida, pensaría que...

—¡Discúlpeme! —lo interrumpió D'Agosta en voz alta. En el repentino silencio, miró uno por uno a Horlocker, Waxie y Frock. Con un tono más sosegado, añadió—: Me gustaría que la doctora Green expusiese de nuevo sus conclusiones.

Margo tomó asiento, sorprendida al ver que Horlocker permanecía en silencio. Había ocurrido algo, y aunque Margo no sabía de qué se trataba, sin duda guardaba relación con la matanza del metro de la noche anterior. Pensó en disculparse por el retraso, aduciendo que se había quedado en el laboratorio hasta las tres de la madrugada, pero decidió no hacerlo. Posiblemente Jen, su ayudante, seguía trabajando y no se había acostado siquiera.

—Un momento —intervino Waxie—. Decía que...

Horlocker se volvió hacia él y dijo:

—Cállese, Waxie. Doctora Green, creo que será mejor que nos explique qué ha estado investigando exactamente y qué ha descubierto.

Margo respiró hondo.

—No sé qué les ha contado ya el teniente D'Agosta —empezó—, así que seré breve. Estarán ya al corriente de que el esqueleto deformado que encontramos pertenece a Gregory Kawakita, en otro tiempo conservador de este museo. Durante el doctorado, él y yo estuvimos aquí como ayudantes. Cuando dejó el museo, Greg organizó por lo visto una serie de laboratorios clandestinos, hallándose el último en los apartaderos del West Side. Al examinar los escombros

de ese último laboratorio, encontré pruebas de que, antes de morir, Greg se dedicó a producir una versión de *Liliceae mbwunensis* manipulada genéticamente.

—¿Y ésa es la planta que la Bestia del Museo necesitaba para vivir? —preguntó Horlocker.

Margo intentó detectar un tono de sarcasmo en su voz, pero no lo había.

—Sí —contestó—. Pero ahora sé que esa planta no era sólo una fuente de alimentación para la bestia. Si estoy en lo cierto, la planta contiene un retrovirus que provoca cambios morfológicos en la criatura que la ingiere.

—¿Cómo dice? —preguntó Waxie.

—Provoca grandes alteraciones físicas. Whittlesey, el jefe de la expedición que envió las plantas al museo, debió de ingerirla, quizá inadvertidamente, quizá contra su voluntad. Nunca conoceremos los detalles. Sin embargo, está claro que la Bestia del Museo era, de hecho, Julian Whittlesey.

Frock tomó aire ruidosamente. Los demás permanecieron en silencio.

—Sé que es difícil de creer —continuó Margo—. Desde luego no coincide con las conclusiones a que llegamos cuando se consiguió eliminar a la bestia. Entonces pensamos que la criatura era simplemente una aberración evolutiva que necesitaba la planta para vivir. Supusimos que, al verse privada de su hábitat natural, siguió el rastro de las únicas plantas que quedaban hasta el museo. Habían sido utilizadas como material de embalaje en las cajas de reliquias enviadas a Nueva York. Después la bestia, al no poder acceder a las plantas, empezó a alimentarse del sucedáneo más aproximado a su disposición: el hipotálamo humano, que contiene muchas de las hormonas presentes en esa planta.

» Pero ahora pienso que estábamos equivocados. La bestia era Whittlesey, tras haber sufrido grandes deformaciones. Creo también que Kawakita descubrió la verdad. Debió de encontrar algún espécimen de la planta y lo modificó genéticamente. Sospecho que consideraba posible eliminar los efectos negativos de la planta.

—Hábleles de la droga —instó D'Agosta.

—Kawakita producía la planta en grandes cantidades —explicó Margo—. Aunque no estoy segura, creo que de ella se deriva una rara droga de diseño. ¿Cómo la llamó usted? ¿«Esmalte»? Probablemente, además de su carga viral, posee propiedades narcóticas o alucinógenas. Kawakita debía de venderla a un escogido grupo de consumidores, posiblemente con vistas a reunir dinero para costear su investigación. Pero a la vez probaba así la eficacia de su descubrimiento. Obviamente, en algún punto también él ingirió la planta. Eso explica las anómalas malformaciones de su esqueleto.

—Pero si esa droga, planta o lo que sea tiene efectos secundarios tan catastróficos, ¿por qué la tomó Kawakita? —preguntó Horlocker.

—No lo sé —respondió Margo, arrugando la frente—. Debí de seguir perfeccionando la cepa del virus. Supongo que pensó que había suprimido los elementos negativos de la droga. Y seguramente vio algún aspecto beneficioso. He iniciado una serie de experimentos con las plantas que encontré en su laboratorio. Hemos suministrado las fibras a diversos animales, incluidos unos ratones blancos y distintos protozoos. Mi ayudante, Jennifer Lake, está en estos momentos observando los resultados.

—¿Por qué no se me informó...? —empezó a decir Waxie.

D'Agosta se puso en pie de inmediato y se volvió hacia él.

—Cuando te molestes en revisar tu bandeja de entrada y escuchar tus mensajes, descubrirás que has sido informado de todo paso por paso.

—Ya basta —terció Horlocker, alzando una mano—. Teniente, todos sabemos que se han cometido errores. Dejaremos las recriminaciones para más tarde.

D'Agosta se sentó de nuevo. Margo nunca lo había visto tan furioso. Casi daba la impresión de que culpase a todos los presentes —él inclusive— de la tragedia del metro.

—En este momento tenemos entre manos una situación en extremo delicada —prosiguió Horlocker—. El alcalde me acosa a todas horas, exigiendo que se tomen medidas. Y ahora, tras la matanza, el gobernador se ha sumado a las quejas. —Se enjugó la frente con un pañuelo húmedo—. Muy bien. Según la doctora Green, nos encontramos ante un grupo de drogadictos, cuyo proveedor era ese científico, Kawakita. Sólo que ahora Kawakita está muerto. Quizá se les haya acabado el suministro, o quizá han enloquecido. Viven bajo tierra, en esos túneles Astor que D'Agosta ha descrito, abandonados hace mucho tiempo a causa de una inundación. Y necesitan la droga desesperadamente. Cuando carecen de ella, se ven obligados a comer cerebros humanos. Exactamente como Mbwun. De ahí los recientes asesinatos. —Miró alrededor—. ¿Qué pruebas tenemos?

—Las plantas de Mbwun encontradas en el laboratorio de Kawakita —respondió Margo.

—La mayor parte de las muertes se han producido sobre los túneles Astor o en las inmediaciones —añadió D'Agosta—. Eso lo demostró Pendergast.

—Simples hipótesis —dijo Waxie con desdén.

—¿Y el testimonio de docenas de mendigos que afirman que la Buhardilla del Diablo ha sido colonizada? —preguntó Margo.

—¿Vamos a fiarnos de una pandilla de vagabundos y drogadictos? —repuso Waxie.

—¿Por qué iban a mentir? —dijo Margo—. ¿Y quién está en mejor posición que ellos para conocer la verdad?

—¡Muy bien! —Horlocker levantó la mano—. Ante tales pruebas, no nos queda más remedio que aceptarlo. No tenemos ninguna otra pista. Y las autoridades de esta ciudad quieren que actuemos inmediatamente. No mañana ni

pasado mañana, sino ahora mismo.

Frockse aclaró la garganta. Era el primer sonido que emitía desde hacía rato.

—¿Profesor?—dijo Horlocker.

Frockse acercó lentamente a la mesa.

—Perdonen mi escepticismo, pero todo esto me parece un poco descabellado —declaró—. Tengo la impresión de que se han extrapolado los hechos. Dado que no he intervenido en las últimas pruebas, no puedo hablar con pleno conocimiento, naturalmente. —Dirigió a Margo una mirada de ligero reproche —. Pero, por lo general, la explicación más simple es la correcta.

—¿Y cuál es esa explicación si puede saberse?—lo interrumpió D'Agosta.

—¿Perdone?—dijo Frock fríamente, volviéndose hacia D'Agosta.

—Cállese, teniente —ordenó Horlocker.

—Es posible que Kawakita llevase a cabo alguna investigación con la planta de Mbwun —prosiguió Frock—. Y no tengo motivos para dudar de Margo cuando afirma que nuestras suposiciones de hace dieciocho meses fueron algo precipitadas. Pero ¿dónde están las pruebas de la existencia de una droga, o de su distribución?—Frock extendió las manos.

—Por Dios, Frock, lo visitaba una procesión de gente en su laboratorio de Long Island...

Frock volvió a mirar con frialdad a D'Agosta.

—Seguramente también usted recibe visitas en su apartamento de Queens —replicó con manifiesta irritación—, y no por eso es traficante de drogas. Por censurables que fuesen desde el punto de vista profesional, las actividades de Kawakita no guardan relación con lo que, a mi juicio, es obra de una banda de jóvenes con instintos homicidas. Kawakita fue víctima de ellos, como todos los demás. No consigo ver la conexión.

—¿Cómo explica, pues, las malformaciones de Kawakita?

—De acuerdo, producía esa droga y quizá la tomaba. En deferencia a Margo, iré aún más lejos y admitiré, por supuesto sin prueba alguna, que quizá esa droga cause ciertos cambios físicos en quien la consume. Pero eso no demuestra en absoluto que la distribuyese, ni que sus... clientes sean responsables de los asesinatos. Y en cuanto a la idea de que Mbwun fuese Julian Whittlesey... en fin. Se opone frontalmente a la teoría de la evolución.

A su teoría de la evolución, pensó Margo.

Horlocker, en un gesto de cansancio, se pasó la mano por la frente y apartó los papeles y restos del desayuno que cubrían un plano extendido sobre la mesa.

—Tomamos nota de sus objeciones, doctor Frock —dijo—. Pero no importa *quiénes* son esos individuos. Sabemos a qué se dedican y tenemos una idea bastante aproximada de dónde viven. Ahora sólo nos queda actuar.

D'Agosta movió la cabeza en un gesto de negación.

—Creo que es demasiado pronto. Sé que cada minuto cuenta, pero aún hay

muchos detalles que desconocemos. Yo estuve la otra vez en el Museo de Historia Natural, ¿recuerda? *Vî* a Mbwun. Si esos drogadictos poseen aunque sea sólo una mínima parte de las facultades de aquella criatura... —Se encogió de hombros—. Ya vio las fotografías del esqueleto de Kawakita. En mi opinión, no debemos actuar hasta que sepamos con qué nos enfrentamos. Pendergast bajó a los túneles en misión de reconocimiento hace cuarenta y ocho horas. Será mejor esperar a que vuelva.

Frock pareció sorprendido, y Horlocker resopló.

—¿Pendergast? —dijo Horlocker—. Ese hombre no me inspira confianza, y nunca me han gustado sus métodos. No tiene competencias en este asunto. Y francamente, si ha bajado ahí solo, es su problema. Probablemente ya ha pasado a la historia. Disponemos de armamento suficiente para tomar las medidas que sean necesarias.

Waxie asintió enérgicamente.

D'Agosta no parecía muy convencido.

—A lo sumo, propongo algún tipo de esfuerzo de contención hasta que tengamos noticias de Pendergast. Sólo le pido veinticuatro horas, señor.

—Esfuerzo de contención —repitió Horlocker con tono sarcástico, mirando alrededor—. Ni hablar, D'Agosta. ¿Es que no lo ha oído? El alcalde exige que actuemos. No quiere contención. Se nos ha acabado el tiempo. —Se volvió hacia su ayudante—. Póngame con el despacho del alcalde. Y localice a Jack Masters.

—Personalmente comparto la opinión de D'Agosta —afirmó Frock—. No debemos precipitarnos...

—La decisión está tomada, Frock —espetó Horlocker, y concentró su atención en el plano.

Frock se sonrojó. Retrocedió en su silla de ruedas y se dirigió hacia la puerta.

—Voy a dar una vuelta por el museo —comentó, sin hablar a nadie en particular—. Veo que mi presencia aquí está de más.

Margo hizo ademán de levantarse, pero D'Agosta la sujetó del brazo. Entristecida, vio cerrarse la puerta. Frock había sido un visionario, la persona que más había influido en su elección de carrera; sin embargo, ya sólo sentía lástima por el gran científico que tan estancado estaba en sus teorías. Habría sido mucho menos doloroso, pensó, si le hubiesen dejado disfrutar su retiro en paz.

Pendergast se hallaba sobre una pequeña pasarela de metal, contemplando la masa de aguas residuales que fluía lentamente a un metro por debajo de él. En la artificial fosforescencia producida por las gafas de visión nocturna Visny Tek, la superficie del agua brillaba con un resplandor verde e irreal. El olor a gas metano era peligrosamente intenso, y cada pocos minutos inhalaba oxígeno puro de una mascarilla que llevaba oculta bajo el uniforme.

Adornaban la pasarela tiras de papel podrido y otras cosas más difíciles de identificar que habían quedado atrapadas entre las varillas metálicas durante la subida provocada por las últimas lluvias torrenciales. A cada paso, los pies de Pendergast se hundían en blandos montículos de óxido que se adherían al metal como hongos. Avanzaba deprisa, escrutando las pegajosas paredes en busca de la gruesa puerta metálica que anunciaba el descenso final a los túneles Astor. Cada veinte pasos, extraía un pequeño aerosol de un bolsillo y pintaba dos puntos en la pared, indicadores para luces con gran longitud de onda. Los puntos, invisibles para el ojo humano, despedían un fantasmagórico brillo blanco al mirarlos a través de las Visny Tek en modo infrarrojo. Le ayudarían a encontrar el camino de regreso. Sobre todo si, por alguna razón, tenía que salir de allí precipitadamente.

Enfrente, Pendergast distinguió por fin los imprecisos contornos de la puerta que buscaba, reforzada con numerosos remaches y cubierta de una gruesa costra de calcita y herrumbre. Un macizo candado, inmovilizado por el tiempo, colgaba de la plancha frontal. Pendergast se metió la mano en el interior del uniforme, extrajo una pequeña herramienta metálica, y la accionó. El agudo zumbido de una hoja de diamante resonó en la cloaca y un surtidor de chispas parpadeó en la oscuridad. En cuestión de segundos, el candado cayó a la pasarela. Pendergast examinó las bisagras oxidadas y a continuación serró las tres espigas de la puerta.

Guardó la sierra y observó la puerta por un momento. Finalmente agarró la plancha frontal por los bordes y tiró con fuerza. Se oyó un chirrido metálico y la puerta se desprendió del marco, golpeando primero la pasarela y cayendo después ruidosamente al agua. Al otro lado de la puerta, en el suelo, había un oscuro agujero que descendía a profundidades insondables. Pendergast conectó el LED infrarrojo de las gafas y miró por el agujero, sacudiéndose el polvo de los guantes de látex. Seguía sin ver el fondo.

Tras fijar el extremo de una fina cuerda semielástica de kevlar a un perno de hierro, la dejó caer en la oscuridad. Luego sacó de su pequeña mochila un arnés suizo de nailon. Se lo ciñó con cuidado, lo sujetó a la cuerda mediante un mosquetón provisto de un sistema de freno motorizado, penetró en el agujero y se descolgó rápidamente hasta el fondo.

Notó bajo sus botas una superficie blanda. Cuando hubo desenganchado y

guardado el arnés, examinó con atención el lugar. La temperatura era tan elevada que todo tenía un color ceniciento. Ajustó la amplitud de las VisnyTek y gradualmente el espacio donde se hallaba cobró forma ante sus ojos, iluminado por un monocromo verde pálido.

Se hallaba en un túnel largo y monótono. La inmundicia que cubría el suelo tenía un grosor de quince centímetros y era espesa como la grasa de cigüeña. Tras concluir su inspección, se abrió el uniforme y consultó los dibujos del forro. Si el plano era correcto, se encontraba en un túnel de servicio cercano a la vía principal. Quizá a unos quinientos metros de allí estaban los restos del Pabellón de Cristal, la sala de espera privada situada bajo el ya olvidado hotel Knickerbocker, que en otro tiempo se alzaba en la esquina de la Quinta Avenida con Central Park South. Era la mayor sala de espera, mayor que las construidas bajo el Waldorf y las grandes mansiones de la Quinta Avenida. Si existía un punto central en la Buhardilla del Diablo, lo encontraría en el Pabellón de Cristal.

Pendergast avanzó con cautela por el túnel. El olor a metano y descomposición era nauseabundo; aun así, Pendergast respiró hondo por la nariz, percibiendo cierto tufo a cabra que le recordó de inmediato al hedor que había notado en el subsótano del museo dieciocho meses atrás.

El túnel de servicio confluía con un segundo túnel y torcía lentamente hacia la línea principal. Pendergast bajó la vista y se quedó inmóvil. En el lodo había huellas. Huellas de pies descalzos, al parecer recientes. El rastro conducía hacia la línea principal.

Pendergast inhaló oxígeno de la mascarilla y se agachó para examinar más de cerca las huellas. Considerando la elasticidad del lodo, parecían normales, aunque quizá algo más anchas y cortas. Reparó entonces en que los dedos se estrechaban y terminaban en gruesas puntas, más como garras que como uñas. Se advertían ciertas depresiones entre los dedos que indicaban la presencia de membranas interdigitales.

Pendergast se irguió. Así pues, todo era verdad. Los rugosos existían.

Vaciló por un instante y se llevó la mascarilla a la boca de nuevo. A continuación siguió adelante, manteniéndose cerca de la pared. Cuando llegó al cruce de vías, se detuvo por un momento, aguzó el oído, y con un rápido movimiento dobló la esquina y adoptó la postura Weaver, empuñando la pistola.

Nada.

Las huellas se unían a un segundo rastro, mucho más visible, en el centro de la vía principal. Pendergast se arrodilló para examinarlo. Lo formaban innumerables huellas, en su mayoría de pies descalzos, aunque había también algunas pisadas de zapatos o botas. Algunos de los pies eran muy anchos, casi como palas. Otros parecían normales.

Muchos individuos habían pasado por aquel sendero.

Tras otro atento reconocimiento, continuó avanzando. Dejó atrás varios

túneles secundarios, y de todos ellos llegaban huellas que convergían en el rastro principal. Semejaban, pensó Pendergast, la telaraña de huellas que uno encontraba al salir de caza en Botswana o Namibia: numerosos animales que convergían en una charca o una guarida.

Más adelante había una enorme estructura. Si Al Diamond estaba en lo cierto, aquello eran los restos del Pabellón de Cristal. Al acercarse, vio un largo andén, y junto a él, ascendiendo desde la vía, un terraplén de desechos, amontonados por incontables inundaciones.

Con suma cautela, siguió el rastro hasta el terraplén, subió al andén y echó un vistazo alrededor, manteniendo siempre la espalda contra la pared.

Las gafas le mostraron, en severos verdes, una escena de inconcebible decadencia. Lámparas de gas en otro tiempo hermosas colgaban, ahora vacías y esqueléticas, de los azulejos agrietados que adornaban las paredes, y un mosaico de las doce figuras del zodiaco cubría el techo.

Al final del andén, el rastro cruzaba bajo un arco de escasa altura. Pendergast se dirigió hacia allí. De pronto se detuvo. A su olfato llegó un olor inconfundible, arrastrado por una ráfaga de aire caliente desde el otro lado del arco. Metió la mano en la mochila, buscó a tientas el flash de argón de uso militar y lo sacó. Sus potentes destellos cegaban momentáneamente a una persona, incluso en pleno día. El inconveniente era que tardaba siete segundos en recargarse y la batería permitía un máximo de doce fogonazos. Tomando oxígeno otra vez, pasó bajo el arco con el flash en una mano y la pistola apuntada hacia la negrura en la otra.

La imagen quedó en blanco por un instante mientras las gafas de visión nocturna intentaban dar resolución al amplio espacio que se extendía al otro lado del arco. Por lo que Pendergast veía, se hallaba en una gran sala circular. A considerable altura, pendían del techo abovedado los restos de una enorme araña de cristal, sucia y torcida. La cúpula estaba revestida de espejos, ahora resquebrajados, suspendidos sobre Pendergast como un cielo brillante y ruinoso. Aunque no avistaba aún el centro de la sala, distinguió unas piedras planas dispuestas en el suelo de manera irregular. Las huellas seguían esas piedras. En el centro se alzaba una estructura de contornos indefinidos, quizá un puesto de información o un antiguo quiosco de bebidas.

Las paredes curvas, divididas por columnas dóricas de yeso desconchado, se alejaban a ambos lados, perdiéndose de vista. Entre las columnas más cercanas había un enorme mural de azulejos: árboles, un tranquilo lago con un dique de castor y un castor, montes y, en el cielo, una inminente tormenta, todo ello deteriorado por igual. El ruinoso estado del mural y los azulejos rotos le habrían recordado a Pompeya de no ser por el tempestuoso mar de barro seco y suciedad que manchaba la parte inferior. Las paredes estaban veteadas de inmundicia, como si un gigante se hubiese entretenido en pintarlas con los dedos. En lo alto del mural, Pendergast distinguió el apellido ASTOR en una compleja

composición de azulejos. Sonrió. Astor había empezado a amasar su fortuna con las pieles de castor. Aquello había sido en efecto un santuario privado para un grupo de familias muy ricas.

El siguiente intercolumnio contenía otro gran mural. Éste representaba, en medio de un vasto paisaje de cumbres nevadas, una locomotora de vapor que arrastraba una larga fila de vagones tolva y vagones cisterna por un puente colgado sobre un desfiladero. Arriba se leía el apellido VANDERBILT, un hombre que se había enriquecido por medio del ferrocarril. Frente al mural había una vieja otomana con el respaldo roto y los brazosladeados, el relleno enmohecido asomando por los desgarrones de los cojines. Más allá, un intercolumnio con el apellido ROCKEFELLER mostraba una refinería de petróleo en un bucólico escenario, rodeada de granjas, sus columnas de humos teñidas por el sol poniente.

Pendergast avanzó un paso. Observó las hileras de columnas que se alejaban en la oscuridad, los grandes nombres de aquella época dorada resplandeciendo en sus gafas: Vanderbilt, Morgan, Jesup, y otros que no podía distinguir. En el lado opuesto de la sala, un pasillo con el rótulo: AL HOTEL conducía a dos barrocos ascensores; las puertas estaban abiertas y manchadas de verdín, las cabinas totalmente destruidas, los cables enrollados en el suelo como serpientes de hierro. En una pared cercana, entre dos espejos agrietados, pendía un tablón de caoba, alabeado y carcomido, con un horario de trenes. La parte inferior se había desprendido, pero arriba se leía aún:

FINES DE SEMANA EN TEMPORADA

Destino	Hora
Pocantico Hills	10:14
Cold Spring	10:42
Hyde Park	11:30

Junto al horario había una pequeña área de espera, con sillas y sofás destrozados. En medio, Pendergast vio lo que en otro tiempo había sido un piano de cola Bósendorfer. Las inundaciones habían podrido y arrancado casi toda la madera, dejando un macizo armazón metálico, el teclado y una maraña de cuerdas rotas; un esqueleto musical, ahora en silencio.

Pendergast se volvió hacia el centro de la gran sala y escuchó con atención.

Sólo rompía el silencio un suave goteo; miró alrededor y vio caer gotas trémulas del techo. Empezó a avanzar, sin perder de vista el arco y el andén en previsión de que un destello blanco en las gafas indicase la aparición de un cuerpo más caliente que las paredes que lo envolvían. Nada.

El olor a cabra se hizo más intenso.

Cuando la forma de la estructura situada en el centro comenzó a adquirir mayor resolución en la bruma verde de sus gafas, Pendergast advirtió que era demasiado baja para ser un kiosco. Pronto vio que se trataba de una tosca construcción: una cabaña de piedras blancas y lisas con sólo una parte del tejado, rodeada de pedestales y plataformas. Acercándose aún más, descubrió que lo que le habían parecido piedras eran en realidad cráneos.

Pendergast se detuvo y aspiró varias veces el oxígeno depurado. Toda la cabaña estaba construida con cráneos humanos, colocados con el lado anterior hacia afuera. Los contó desde el suelo hasta el techo e hizo una estimación aproximada del diámetro; un rápido cálculo le reveló que la pared circular de la cabaña estaba formada por unos cuatrocientos cincuenta cráneos. Los restos de pelo y cuero cabelludo indicaban que la mayoría, si no todos, procedían de muertos recientes.

Pendergast se dirigió hacia la parte delantera y aguardó inmóvil junto a la entrada durante unos minutos. El rastro terminaba allí, miles de confusas huellas ante la abertura. Sobre la entrada, advirtió tres ideogramas pintados con un líquido oscuro:

數
奇
家

No percibía ningún sonido ni movimiento. Respiró hondo y, agachándose, se volvió hacia la entrada de la cabaña.

Dentro no había nadie. En el suelo, junto a la pared interior, vio cien o más copas ceremoniales de arcilla. Fuera, frente a la entrada, se alzaba una sencilla

mesa de ofrendas. Era de piedra y medía quizá un metro veinte de altura y medio metro de diámetro. La rodeaba una cerca construida aparentemente de huesos humanos atados con cuero sin curtir. Sobre la mesa había extrañas piezas de metal cubiertas de flores marchitas, como si se tratase de un santuario. Pendergast, perplejo, cogió una de las piezas y la examinó. Era un pedazo de metal plano con una gastada asa de goma. Los otros objetos, igualmente anodinos, tampoco le proporcionaron ninguna pista. Se guardó algunos de los más pequeños en un bolsillo.

De pronto las gafas captaron un destello blanco. Pendergast se arrodilló de inmediato detrás de la mesa. La sala seguía en silencio, y se preguntó si habría sido una ilusión óptica. A veces las gafas, como consecuencia de las variaciones térmicas en las capas de aire, producían efectos engañosos.

Pero al cabo de un momento volvió a aparecer algo en su campo de visión: una forma, humana o casi humana, cruzando el arco desde el andén, un borrón blanco seguido de una estela infrarroja. Se dirigía hacia él y, por lo visto, sujetaba algo contra el pecho.

En la absoluta oscuridad, Pendergast alzó la pistola en una mano y el flash en la otra y aguardó en silencio.

Margo se recostó en la endeble silla del laboratorio y se frotó las sienes con las yemas de los dedos. Después de marcharse Frock, la reunión había degenerado rápidamente en discusión. Horlocke había salido para hablar con el alcalde por teléfono en privado. Regresó acompañado de un ingeniero municipal llamado Hausmann. En ese momento Jack Masters, jefe de la Unidad de Respuesta Táctica del Departamento de Policía de Nueva York, hablaba desde el otro lado de la línea por el teléfono de altavoz. Pero aún no habían realizado grandes avances respecto al plan de acción.

—Mire, hemos tardado casi media hora sólo en verificar la existencia de esos túneles Astor —dijo Masters. Su voz llegaba débil y distorsionada a través del altavoz—. ¿Cómo vamos a introducir un equipo?

—Pues envíe varios equipos —repuso Horlocke—. Pruebe por distintos puntos de acceso. Utilice un avance conjunto, así conseguirá penetrar por lo menos un equipo.

—Señor, ni siquiera puede proporcionarme el número o la situación de esos... en fin, como quiera llamarlos. Y no conocemos el terreno. La red de túneles que se extiende bajo Manhattan es muy compleja, y pondría en peligro la vida de mis hombres. Hay muchos elementos desconocidos, muchos puntos propicios para las emboscadas.

—Siempre podría usarse el Cuello de Botella —sugirió Hausmann, el ingeniero municipal, que mordisqueaba con fruición el extremo de su bolígrafo.

—¿Cómo? —dijo Horlocke.

—El Cuello de Botella —repitió el ingeniero—. Todas las conducciones de ese cuadrante pasan por un mismo agujero abierto mediante explosivos en la roca. Desciende a una profundidad de unos cien metros. Los túneles Astor están ahí debajo, en algún sitio.

—Ahí tiene —dijo Horlocke, dirigiéndose al teléfono—. Podríamos acondicionar esa entrada e iniciar la operación desde ahí, ¿no cree?

Se produjo un silencio.

—Supongo que sí, señor.

—De ese modo los tendríamos atrapados.

—Es posible. —La voz de Masters sonaba poco convencida incluso a través del altavoz—. ¿Y luego qué? No podemos sitiarlos indefinidamente. Y no sería nada fácil entrar y eliminarlos. Quedaríamos en un punto muerto. Necesitamos más tiempo para establecer una ruta.

Margo miró a D'Agosta, que escuchaba irritado la conversación. Era lo que él había aconsejado al principio.

Horlocke dio un puñetazo en la mesa.

—¡Maldita sea, no tenemos tiempo! El gobernador no me deja ni respirar. Me

han autorizado a adoptar cualquier medida necesaria para acabar con los asesinatos. Y eso es lo que pienso hacer.

Desde que Horlocker había tomado la decisión, su determinación e impaciencia eran notables. Margo se preguntó qué le habría dicho el alcalde por teléfono para intimidarlo de aquella manera.

Hausmann, el ingeniero, se quitó el bolígrafo de la boca el tiempo justo para decir:

—En todo caso, ¿cómo podemos estar seguros de que esas criaturas viven en los túneles Astor? Bajo Manhattan hay muchos kilómetros de subterráneos.

Horlocker se volvió hacia Margo. Ella se aclaró la garganta, consciente de que acababan de cargarle el muerto.

—Según parece —contestó—, hay mucha gente sin hogar viviendo en los túneles. Si un grupo de esas criaturas se hubiese instalado en algún otro sitio, la gente sin hogar lo sabría. Como se ha dicho antes, no hay razón para dudar de la palabra de ese tal Mephisto. Por otra parte, si las criaturas poseen las características de Mbun, rehuirán la luz. Optarán por los lugares más profundos. Por supuesto —se apresuró a añadir—, el informe de Pendergast nos...

—Gracias —la interrumpió Horlocker, impidiéndole intencionadamente concluir la frase—. ¿Queda claro, Masters? Ya lo ha oído.

De pronto se abrió la puerta, y el chirrido de unas ruedas de goma anunció el regreso de Frock. Margo alzó lentamente la vista, casi temiendo ver el semblante del viejo científico.

—Creo que les debo una disculpa —se limitó a decir Frock, acercándose a la mesa—. Mientras paseaba por las salas del museo, he intentado analizar objetivamente la situación. Y pensándolo mejor, es posible que me haya equivocado. Cuesta admitirlo, pero supongo que la hipótesis propuesta por Margo se ajusta más a los hechos. —Miró a Margo—. Perdóneme, querida. Soy un anciano cansado y demasiado apegado a sus teorías, sobre todo en lo que atañe a la evolución.

—Muy noble por su parte —dijo Horlocker—. Pero dejaremos los exámenes de conciencia para más tarde.

—Necesitamos planos mejores —prosiguió Masters por el altavoz— y más información sobre los hábitos de los elementos hostiles.

—¡Maldita sea! —exclamó Horlocker—. ¿Es que no me ha oído? No tenemos tiempo para prospecciones geológicas. Waxie, ¿usted qué opina?

Se produjo un silencio.

Frock observó a Waxie, que miraba por la ventana como si esperase hallar la ansiada respuesta pintada en la hierba del Great Lawn del Central Park. El capitán frunció el entrecejo, pero siguió callado.

—Al parecer —dijo Frock sin desviar la vista de Waxie—, los dos primeros cadáveres salieron del alcantarillado después de una tormenta a causa de un

aumento de caudal en los colectores.

—Sí, por eso los encontramos tan limpios y aseados —gruñó Horlocker—. ¿Y qué?

—Las marcas de dientes en esas dos víctimas no parecían fruto de un trabajo apresurado —prosiguió Frock—. Cabe pensar que esas criaturas actuaron con calma, sin miedo a ser molestadas. Eso implicaría que los cadáveres estaban cerca de su guarida o en la propia guarida en el momento de roer los huesos. Existen muchos casos análogos en la naturaleza.

—¿Y?

—Si un par de víctimas fueron arrastradas al exterior por una tormenta, ¿qué se requeriría para expulsar de esos túneles la propia guarida?

—¡Eso es! —exclamó Waxie, apartando la mirada de la ventana con expresión triunfal—. ¡Ahogaremos a esos hijos de puta!

—Eso es absurdo —afirmó D'Agosta.

—No, no lo es —dijo Waxie, señalando con vivo entusiasmo por la ventana—. El Reservoir debe desaguarse por el sistema de colectores, ¿no es así? Y cuando los colectores se saturan, ¿no se desborda el agua en los túneles Astor? ¿No hemos dicho que se abandonaron debido a las inundaciones?

Se produjo un breve silencio. Horlocker se volvió hacia el ingeniero con expresión interrogativa.

—Sí, así es —asintió Hausmann—. El Reservoir desagua directamente en el sistema de colectores y las cloacas.

—¿Es factible? —preguntó Horlocker.

Hausmann permaneció pensativo por un instante.

—Tendré que consultar a Duffy para asegurarme —respondió por fin—. Pero a juzgar por la superficie y la profundidad del Reservoir, el volumen de agua debe de rondar los dos millones y medio de metros cúbicos. Si una parte de ese agua, el treinta por ciento, pongamos, se liberase de golpe en el alcantarillado, lo saturaría por completo. Y por lo que se ve, el agua sobrante inundaría los túneles Astor y acabaría en el Hudson.

—¡Exacto! —dijo Waxie, asintiendo triunfalmente.

—A mí me parece una medida un tanto drástica —declaró D'Agosta.

—¿Drástica? —repitió Horlocker—. Perdone, teniente, pero anoche murieron asesinados prácticamente todos los pasajeros de un tren. Esas criaturas están rabiosas, y la situación empeora por momentos. Quizá usted prefiera bajar a entregarles una citación o algo así. Pero eso no serviría de mucho. Las autoridades del estado me persiguen a todas horas exigiéndome acción. De este modo —añadió, señalando hacia la ventana y el Reservoir— podemos acabar con ellos en su propio terreno.

—Pero ¿cómo sabemos adónde va a ir a parar exactamente toda esa agua? —preguntó D'Agosta.

—Nos hacemos una idea bastante aproximada —contestó Hausmann, volviéndose hacia D'Agosta—. Tal como actúa el Cuello de Botella, la inundación quedará restringida al nivel más profundo del cuadrante del Central Park. Los conductos de desagüe conducirán el agua directamente a través del Cuello de Botella hasta los colectores situados a mayor profundidad, que a su vez la verterán en los colectores del West Side y éstos por último la derivarán hacia el Hudson.

—Pendergast dijo que, al norte y el sur del parque, esos túneles están tapiados desde hace años —adujo D'Agosta, hablando casi para sí.

Horlocker miró alrededor, sus facciones contraídas por una sonrisa. A Margo se le antojó una mueca horrible, como si Horlocker no utilizase a menudo esos músculos en particular.

—Quedarán atrapados bajo ese Cuello de Botella, el agua los arrastrará, y se ahogarán —dijo Horlocker—. ¿Alguna objeción?

—Tendrían que asegurarse de que todas las criaturas están ahí abajo cuando se desagüe el Reservoir —advirtió Margo.

La sonrisa desapareció del rostro de Horlocker.

—¡Mierda! —exclamó—. ¿Y cómo vamos a saberlo?

—Uno de los aspectos comunes que revelaron las correlaciones es que ningún asesinato se ha producido con luna llena —comentó D'Agosta, encogiéndose de hombros.

—Eso tiene una explicación —dijo Margo—. Si esas criaturas son como Mbwun, no soportan la luz. Probablemente no salen a la superficie cuando hay luna llena.

—¿Y los mendigos que viven en los túneles, bajo el parque? —preguntó D'Agosta.

Horlocker resopló.

—¿Es que no ha oído a Hausmann, teniente? El agua irá directamente a los niveles más profundos. Según sabemos, los mendigos eluden esa zona. Además, los rugosos habrían matado a cualquiera que rondase a esas profundidades.

Hausmann movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Planearemos una operación controlada que inunde sólo los túneles Astor.

—¿Y si hay topos acampados en el tramo inicial del camino que recorrerá el agua al descender? —insistió D'Agosta.

Horlocker dejó escapar un suspiro.

—¡Joder! Para estar seguros, mejor será que organicemos una batida de desalojo en el cuadrante del Central Park y los llevemos provisionalmente a los refugios. —Horlocker se irguió en la silla—. En realidad, podríamos matar dos pájaros de un tiro, y quizá sacudirnos de encima de una vez a esa Wisher. —Se volvió hacia Waxie—. Esto es lo que yo llamo un plan. Bien hecho.

Waxie se sonrojó y asintió con la cabeza.

—Ahí abajo hay muchos kilómetros de túneles —dijo D'Agosta—, y los mendigos no van a salir voluntariamente.

—D'Agosta —bramó Horlocker—, no quiero oír más objeciones. Por Dios, ¿cuántos mendigos puede haber bajo el Central Park? ¿Cien?

—Son muchos más...

—Si tiene una idea mejor —lo interrumpió Horlocker—, oigámosla. Si no, cálese. —Miró a Waxie—. Esta noche hay luna llena. No podemos esperar otro mes entero, así que actuaremos de inmediato. —Se inclinó sobre el micrófono del teléfono—. Masters, quiero todos los espacios subterráneos de las inmediaciones del Central Park limpios de mendigos antes de medianoche. Desalojen todos los túneles desde la calle Cincuenta y nueve hasta la Ciento diez, y desde Central Park West hasta la Quinta Avenida. Una noche en los refugios no les hará mal a los topos. Solicite colaboración a la autoridad portuaria, a los responsables del transporte urbano, a quien haga falta. Y póngame con el alcalde. Tengo que informarle sobre nuestro plan de acción y pedirle el visto bueno.

—Necesitarán unos cuantos agentes de la Policía de Tráfico ahí abajo —sugirió D'Agosta—. Organizan patrullas de desalojo y saben a qué atenerse.

—No estoy de acuerdo —dijo Waxie de inmediato—. Los topos son gente peligrosa. Hace un par de días un grupo estuvo a punto de matarnos. Para esto se requieren policías de verdad.

—Policías de verdad —repitió D'Agosta. En un tono de voz más alto, añadió—: Entonces que los acompañe por lo menos la sargento Hayward.

—Ni hablar —respondió Waxie—. Sólo sería un estorbo.

—Eso demuestra lo inteligente que eres —espetó D'Agosta—. Es el elemento más valioso que tenías, y ni siquiera te has molestado en explotar sus posibilidades. Hayward es la persona que más sabe sobre la gente sin hogar que vive en los subterráneos. ¿Me has oído? La que más sabe. Créeme, vas a necesitar sus conocimientos y su experiencia en una operación de desalojo de esta envergadura.

Horlocker suspiró.

—Masters, incluya a la sargento Hayward en la batida. Waxie, póngase en contacto con ese técnico de Obras Hidráulicas... ¿Cómo se llamaba? ¿Duffy? Quiero que esas válvulas estén abiertas a medianoche. —Miró alrededor—. Creo que será mejor seguir con esto en jefatura. Profesor Frock, quizá necesitemos su ayuda.

Margo miró a Frock, quien, a su pesar, exteriorizó la satisfacción que le producía sentirse útil.

—Gracias por el ofrecimiento —dijo—. Pero, si es posible, primero pasaré por casa y descansaré un rato. Este asunto me ha agotado.

Sonrió a Horlocker, guiñó un ojo a Margo y se dirigió hacia la puerta.

Margo lo observó salir, pensando: «Nadie imaginará nunca el esfuerzo que le

ha representado admitir su error» .

D'Agosta siguió a Horlocker y Waxie camino del pasillo. En la puerta, se detuvo y se volvió hacia Margo.

—¿Qué opina?

Margo movió la cabeza en un gesto de incertidumbre y se recostó en la silla.

—No lo sé. Soy consciente de que no hay tiempo que perder. Pero no puedo evitar acordarme de lo que ocurrió cuando... —Titubeó. Por fin añadió—: Ojalá Pendergast hubiese vuelto ya.

Sonó el teléfono, y Margo contestó.

—Margo Green. Dígame.

Escuchó por un momento y luego colgó.

—Mejor será que siga usted con lo suyo —dijo a D'Agosta—. Era mi ayudante. Quiere que baje inmediatamente.

Smithback apartó de un empujón a un hombre con un traje de cloqué y dio un codazo a otro, intentando abrirse paso a través de la apiñada multitud. Había calculado mal el tiempo que le costaría llegar; la muchedumbre se apretujaba a lo largo de tres manzanas de la Quinta Avenida, y cada minuto se unían nuevos manifestantes. Ya se había perdido la arenga inicial de la señora Wisher frente a la catedral. Y quería alcanzar el punto donde se encenderían las primeras velas antes de que la multitud reanudase la marcha.

—¡Un poco de cuidado, gilipollas! —protestó un joven, apartándose una petaca de plata de los labios el tiempo justo para hablar.

—¡Vete a la mierda! —replicó Smithback por encima del hombro sin detenerse.

Oyó que la policía empezaba a intervenir en la periferia de la manifestación, tratando en vano de despejar la avenida. Habían llegado varias unidades móviles de televisión, y Smithback vio a los cámaras encaramados a los techos de las camionetas, buscando una buena toma. Al parecer, a los ricos y poderosos de la primera concentración se había sumado una gran cantidad de gente mucho más joven.

—¡Eh, Smithback! —llamó alguien.

Volviéndose, vio a Clarence Kozinsky, un periodista del *Post* que cubría la información de Wall Street.

—Increíble, ¿no? —dijo Kozinsky—. La voz ha corrido como el agua.

—Parece que mi artículo ha surtido efecto —respondió Smithback con orgullo.

Kozinsky negó con la cabeza.

—Lamento desilusionarte, muchacho, pero tu artículo ha salido a la calle hace sólo media hora. No querían arriesgarse a alertar a la policía demasiado pronto. La noticia ha circulado a través de los canales de comunicación de Wall Street. Ya sabes, los teletipos de los agentes, la red interna de la Bolsa, Quotron, LEXIS, etcétera. Parece que los chicos de allá abajo están entusiasmados con todo este revuelo de la señora Wisher. La consideran el remedio a todos sus males. —Kozinsky rió con sorna—. Ya no es sólo el problema de la delincuencia. No me preguntes cómo ha pasado, pero en las charlas de los bares se repite una y otra vez que esa mujer tiene más huevos que el alcalde. Piensan que de un plumazo va a acabar con los gastos sociales, limpiar la ciudad de mendigos, poner a un republicano en la Casa Blanca y llevar de nuevo los Dodgers a Brooklyn.

Smithback miró alrededor y dijo:

—No sabía que se dedicase a las finanzas tanta gente, no ya en Manhattan sino en el mundo entero.

Kozinsky volvió a reír.

—Cuando se habla de Wall Street, la gente da por supuesto que allí sólo hay yuppies con traje gris, dos coma cinco hijos por pareja, una casa en las afueras y una existencia monótona y aburrida. Olvidan que aquello tiene también su lado oscuro. Allí encuentras mensajeros, vendedores de bonos, comerciantes de poca monta, operarios, blanqueadores de dinero, lo que quieras. No hablamos de la flor y nata. Hablamos del neoyorquino corriente y moliente. Además, la cosa ha trascendido el ámbito de Wall Street. Unos han avisado a otros valiéndose de lo que tenían a mano: buscas, correo electrónico, fax. Ahora están uniéndose a la fiesta los empleados de sucursales bancarias y agentes de seguros de toda la ciudad.

Más adelante, entre las hileras de cabezas, Smithback divisó a la señora Wisher. Despidiéndose apresuradamente de Kozinsky, se abrió paso hasta las primeras filas. La señora Wisher se hallaba a la sombra del señorial edificio de los almacenes Bergdorf Goodman, acompañada de un sacerdote católico, un pastor episcopaliano y un rabino. Ante ellos se alzaba un montón de flores y tarjetas de un metro de altura. A un lado había un joven cabizbajo de cabello largo y aire afeminado con un traje a rayas oscuro y gruesos calcetines de color violeta. Smithback reconoció su compungido rostro: era el vizconde Adair, el novio de Pamela Wisher. La señora Wisher, sin maquillar y con el cabello recogido, ofrecía un aspecto austero y digno. Al poner en marcha el casete y alzarlo, Smithback no pudo menos que pensar que aquella mujer era una líder nata.

La señora Wisher permaneció en silencio con la cabeza inclinada durante unos minutos. Por fin se volvió hacia la multitud y ajustó un micrófono inalámbrico. Se aclaró la garganta.

—¡Ciudadanos de Nueva York! —dijo a voz en grito.

Mientras se hacía el silencio entre los congregados, Smithback echó un vistazo alrededor, sorprendido por la claridad y el volumen de su voz. Dispuestas estratégicamente entre el gentío, detectó a varias personas que sostenían en alto mástiles con altavoces portátiles. Pese a la apariencia espontánea de la manifestación, la señora Wisher y sus colaboradores habían tenido en cuenta hasta el último detalle.

Cuando los asistentes hubieron callado, la señora Wisher prosiguió en un tono de voz más bajo.

—Estamos aquí para recordar a Mary Ann Cappiletti, que fue asaltada y asesinada a tiros en este lugar el 14 de marzo. Oremos.

Entre sus frases, Smithback oía ahora con mayor claridad los megáfonos de la policía, ordenando a la multitud que se dispersase. Había llegado la policía montada, encontrándose con que la muchedumbre estaba demasiado apiñada para moverse entre la gente sin peligro, y los caballos, en su frustración,

brincaban en las inmediaciones. Smithback sabía que en esta ocasión la señora Wisher, intencionadamente, no había solicitado permiso a fin de causar la máxima sorpresa y consternación en el ayuntamiento. Como Kozinsky había dicho, anunciar la manifestación a través de canales privados era un sistema de comunicación eficaz. A la vez, permitía prescindir de las fuerzas del orden, los medios y las autoridades municipales, que tenían noticia del acontecimiento cuando era ya demasiado tarde para impedirlo.

—Ha pasado mucho tiempo —decía la señora Wisher—, muchísimo tiempo desde que un niño podía pasear por Nueva York sin temor. Ahora incluso los adultos tenemos miedo; miedo de ir a pie por las calles, de pasear por el parque..., de viajar en metro.

La alusión a la reciente matanza despertó un murmullo airado. Smithback sumó su voz a la de la multitud, sabiendo que probablemente la señora Wisher no había pisado un vagón de metro en su vida.

—¡Esta noche! —gritó de pronto, clavando una mirada encendida en la muchedumbre—. Esta noche pondremos fin a eso. Y empezaremos recuperando el Central Park. A medianoche nos congregaremos, sin miedo, en el Great Lawn.

Un clamor surgió de la multitud y gradualmente cobró tal intensidad que Smithback sintió que la presión casi le oprimía el pecho. Apagó el casete y se lo guardó en el bolsillo; con tanto ruido no servía de nada, y además no necesitaría ayuda para recordar todo aquello. Sabía que a esas alturas habrían llegado ya periodistas por docenas, tanto locales como nacionales. Pero él, Smithback, era el único con acceso directo a Anette Wisher, el único miembro de la prensa que conocía previamente los detalles de la manifestación. Un rato antes había aparecido en los quioscos una edición especial del *Post*. Incluía un encarte con un plano del recorrido y la lista de lugares donde se haría un alto en memoria de las víctimas de asesinato. Smithback se sintió de pronto orgulloso. Veía a mucha gente alrededor con ejemplares del encarte. Kozinsky no lo sabía todo. Él, Smithback, había contribuido a difundir la noticia. Sin duda las ventas del *Post* aumentarían de una manera espectacular, y no lo comprarían sólo las clases trabajadoras, sino también sectores acaudalados e influyentes que normalmente leían el *Times*. A ver cómo explicaba ese fenómeno a su fosilizado director el remilgado de Harriman.

El sol se había puesto tras las torres y minaretes de Central Park West y se percibía ya en el aire la llegada de una cálida noche veraniega. La señora Wisher encendió una pequeña vela e indicó a los religiosos que la acompañaban que prendiesen las suyas.

—Amigos —dijo la señora Wisher, alzando la vela sobre su cabeza—, que nuestras pequeñas llamas, que nuestras pequeñas voces se unan en una furiosa hoguera y un inconfundible clamor. Tenemos un único objetivo, un objetivo que no admite indiferencia ni oposición: *¡Recuperar nuestra ciudad!*

Cuando la multitud comenzó a entonar la consigna, la señora Wisher reanudó la marcha hacia Grand Army Plaza. Con un último esfuerzo, Smithback logró rebasar la primera fila y se incorporó al pequeño séquito que encabezaba la manifestación. Era como hallarse en el ojo de un huracán.

La señora Wisher se volvió hacia él.

—Encantada de verlo, Bill —saludó con la misma tranquilidad que si Smithback estuviese invitado a merendar.

—Encantado de estar aquí —respondió Smithback con una amplia sonrisa.

Cuando la manifestación desfiló lentamente ante el hotel Plaza y dobló por Central Park South, Smithback se giró y vio la gran masa de gente que los seguía, deslizándose como una enorme serpiente por el contorno del parque. Empezaba a afluir gente también del oeste, surgiendo ante ellos de las avenidas Sexta y Séptima. Se advertía una nutrida presencia de gente de alcurnia, hombres y mujeres serenos y canosos. Pero Smithback notó que aumentaban por momentos los jóvenes a que había aludido Kozinsky, vendedores de bonos, empleados de banca, fornidos comerciantes; bebían, silbaban, jaleaban, como si estuviesen preparándose para entrar en acción. Recordó lo poco que habían necesitado en la primera concentración para enardecerse y comenzar a lanzar botellas al alcalde, y se preguntó hasta qué punto sería capaz de controlar a la multitud la señora Wisher si la manifestación adquiría un cariz violento.

Los conductores inmovilizados en Central Park South habían renunciado ya a manifestar su indignación con los cláxones y abandonado sus vehículos para mirar o unirse a los manifestantes; pero el confuso fragor de bocinazos procedente de Columbus Circle era cada vez mayor. Smithback respiró hondo, saboreando el caos como un buen vino. Hay algo en extremo estimulante en los movimientos de masas, pensó.

Un joven se acercó apresuradamente a la señora Wisher.

—Es el alcalde —anunció entre jadeos, y le tendió un teléfono móvil.

La señora Wisher se guardó el micrófono y cogió el teléfono.

—¿Sí? —dijo fríamente sin detenerse. Siguió un largo silencio—. Lamento que no esté usted de acuerdo, pero la hora de los permisos ha pasado. Por lo visto, no se ha dado cuenta de que esta ciudad se halla en una situación de emergencia. Interprete esto como un aviso. Es su última oportunidad para devolver la paz a nuestras calles. —Hizo una pausa y escuchó, tapándose el otro oído con su mano libre para aislarse del ruido de la multitud—. Siento mucho que esta marcha entorpezca el trabajo de sus policías. Y me complace saber que el jefe de la policía ha organizado una operación. Pero permítame que le haga una pregunta: ¿Dónde estaban esos policías cuando asesinaron a mi Pamela? ¿Dónde estaban...? —Escuchó por un momento con impaciencia—. No. Ni hablar. La ciudad está en manos de los delincuentes, y usted me amenaza con una citación? Si no tiene nada más que decir, colgaré. Aquí estamos muy ocupados.

Devolvió el teléfono a su ayudante.

—Si llama otra vez, dígame que no puedo ponerme.

Se volvió hacia Smithback y lo cogió del brazo.

—La siguiente parada es el sitio donde mataron a mi hija. Tengo que ser fuerte, Bill. Me ayudará, ¿verdad?

Smithback se lamó los labios.

—Sí, señora —contestó.

D'Agosta siguió a Margo por una sala polvorienta y mal iluminada de la primera planta del museo. Integrada en otro tiempo a una antigua exposición, la sala llevaba años cerrada al público y en la actualidad se usaba básicamente para almacenar piezas sobrantes de la colección de mamíferos. Alineados a ambos lados de la estrecha sala, había animales disecados en posturas de defensa o ataque. A D'Agosta casi se le enganchó la chaqueta en una garra de un oso alzado sobre las patas traseras, y a partir de ese punto mantuvo los brazos pegados a los costados para no rozarse con los enmohecidos especímenes.

Al doblar la esquina de un pasillo aparentemente sin salida, D'Agosta vio enfrente un gran elefante, su escamosa y ajada piel gris llena de remiendos. Bajo el enorme vientre, oculta en las sombras, vio la puerta metálica de un montacargas.

—Tendremos que darnos prisa —dijo cuando Margo pulsó el botón del montacargas—. En jefatura llevan toda la tarde movilizándolo. Parece que estén preparándose para el desembarco de Normandía. Además, la plataforma Recuperemos Nuestra Ciudad ha organizado una manifestación sorpresa en la Quinta Avenida.

En el aire flotaba un olor que le recordaba a los escenarios de ciertos crímenes que había visitado en pleno verano.

—El laboratorio de taxidermia está aquí al lado —explicó Margo al ver que D'Agosta arrugaba la nariz—. Deben de estar macerando un espécimen.

—Comprendo —dijo D'Agosta. Alzó la vista y contempló el enorme elefante—. ¿Qué ha sido de los colmillos?

—Ése es *Jumbo*, la joya de P. T. Barnum. Lo atropelló un tren en Ontario y le rompió los colmillos. Barnum los molió, preparó una gelatina con el polvo y la sirvió de postre en la cena en memoria de *Jumbo*.

—Un hombre de recursos —comentó D'Agosta, y se llevó un cigarro a la boca. Con semejante olor, nadie podía quejarse por un poco de humo.

—Lo siento, pero está prohibido fumar —dijo Margo, sonriendo tímidamente—. Puede haber metano en el aire.

D'Agosta volvió a guardarse el cigarro en el momento en que se abría la puerta del montacargas. Metano. Ésa sí era una buena razón para no fumar.

Salieron a un sofocante pasillo del sótano con tuberías de calefacción y grandes cajas contra las paredes. Una de las cajas estaba abierta, dejando a la vista el extremo nudoso de un hueso negro del grosor de una rama de árbol. Debe de ser de dinosaurio, pensó D'Agosta. Tuvo que esforzarse por controlar la aprensión al recordar la última vez que había estado en el sótano del museo.

—Hemos probado la droga en varios organismos —explicó Margo al entrar en una sala cuyas intensas luces de neón contrastaban con la oscuridad del

pasillo. En un rincón había una empleada de laboratorio inclinada sobre un osciloscopio—. Ratones, bacterias *E. coli*, algas azules y varios organismos unicelulares. Los ratones están aquí.

D'Agosta echó un vistazo a la columna de jaulas que Margo le indicaba y retrocedió de inmediato.

—¡Dios santo! —exclamó.

Las paredes blancas de las jaulas estaban salpicadas de sangre. En el suelo de cada jaula había cuerpos desgarrados de ratones envueltos en sus propias entrañas.

Margo contempló las jaulas.

—Como ve, sólo sigue con vida uno de los cuatro ratones de cada jaula.

—¿Por qué no los puso a todos en jaulas separadas? —preguntó D'Agosta.

Margo se volvió hacia él.

—Colocarlos juntos era la clave del experimento. Quería observar su comportamiento, además de los cambios físicos.

—Parece que se han descontrolado un poco.

Margo asintió.

—Todos esos ratones se han alimentado con la planta de Mbun, quedando infectados por el retrovirus. No es frecuente que un virus que afecta a los humanos afecte también a los ratones. Por lo general, cada virus se ceba en un huésped específico. Y ahora fijese en esto.

Cuando Margo se acercó a la jaula más alta, el ratón superviviente saltó hacia ella y se aferró a la tela metálica, silbando y lanzando dentelladas al aire con sus incisivos largos y amarillos.

—Encantador —dijo D'Agosta—. Se han matado entre sí, ¿verdad?

Margo asintió con la cabeza.

—Y lo más sorprendente es que este ratón quedó malherido durante la lucha. Observe que, sin embargo, las heridas han cicatrizado por completo. En las otras jaulas se ha producido el mismo fenómeno. Según parece, la droga posee poderosas propiedades rejuvenecedoras o curativas. Probablemente tienen fofobia, pero ya sabíamos que la droga aumentaba la sensibilidad a la luz. De hecho, Jen se dejó una luz encendida anoche, y por la mañana la colonia de protozoos situada justo debajo había muerto. —Miró las jaulas por un momento—. Quiero enseñarle otra cosa —dijo por fin—. Jen, ¿me echas una mano?

Con la ayuda de la otra mujer, deslizó un pequeño tabique divisorio en la jaula más alta, arrinconando al ratón vivo a un lado. A continuación, con gran destreza, extrajo los cuerpos de los ratones muertos valiéndose de unas pinzas largas y los depositó en un recipiente de Pyrex.

—Echemos un vistazo rápido —dijo mientras llevaba los restos al laboratorio principal y los colocaba en el portaobjetos de un estereomicroscopio de gran campo visual. Acercando los ojos al visor, hurgó los restos de un ratón con un

escalpelo. Ante la mirada de D'Agosta, realizó una incisión en la parte posterior de la cabeza, retiró la piel del cráneo y lo examinó con detenimiento. Con otro corte, dejó a la vista la médula espinal y observó atentamente las vértebras. Irguiéndose, concluyó—: Como ve, parece normal. Salvo por las cualidades rejuvenecedoras, da la impresión de que los principales cambios son conductuales, no morfológicos. Al menos, así ocurre con esta especie. Aún es pronto para tener la total certeza, pero quizá al final Kawakita consiguió dominar la droga.

—Sí, cuando era ya demasiado tarde —añadió D'Agosta.

—Eso es lo que me desconcierta. Kawakita debió de consumir la droga antes de que alcanzase esta etapa de desarrollo. ¿Por qué correría semejante riesgo? Ni siquiera después de probarla en otra gente, podía estar totalmente seguro del resultado. No era propio de él actuar de manera tan irreflexiva.

—Arrogancia —aventuró D'Agosta.

—La arrogancia no explica que una persona se utilice a sí misma como cobaya. Kawakita era un científico muy meticuloso, casi en exceso. Eso no encaja con su modo de ser.

—Hay casos de adicción incluso en la gente a priori menos propensa —aseguró D'Agosta—. Lo he visto docenas de veces. Médicos, enfermeras. Hasta policías.

—Puede ser. —Margo no parecía muy convencida—. En cualquier caso, ahí tenemos a las bacterias y protozoos a los que inoculamos el retrovirus. Curiosamente, la prueba ha dado negativo en todos..., amebas, paramecios, rotíferos..., en todos menos en éste. —Abrió una incubadora que contenía varias hileras de cápsulas de Petri cubiertas de agar violeta. En cada cápsula, un círculo brillante del tamaño de una moneda indicaba la presencia de una colonia de protozoos. Extrajo una cápsula—. Esto es *B. meresgerii*, un organismo unicelular marino que vive en aguas poco profundas, alojado sobre el kelp y otras algas. Por lo general, se alimenta de plancton. Lo utilizo con frecuencia, porque es relativamente dócil y muy sensible a las sustancias químicas.

Con sumo cuidado, recogió mediante una pequeña espátula metálica una muestra del organismo unicelular e impregnó con ella una laminilla de cristal. A continuación colocó la laminilla en el portaobjetos del microscopio, ajustó el objetivo y se apartó para que D'Agosta echase un vistazo.

En un primer momento D'Agosta no vio nada. Luego distinguió claramente, contra el fondo reticulado, numerosas formas redondas que agitaban sus cilios con furia.

—¿No ha dicho que eran dóciles? —preguntó D'Agosta sin retirarse del visor.

—Normalmente lo son.

De pronto D'Agosta advirtió que sus frenéticos movimientos no eran en absoluto fortuitos. Las diminutas criaturas se atacaban mutuamente, rasgándose

las membranas externas y penetrando en las brechas abiertas.

—También ha dicho que comían plancton.

—Por lo general, sí —respondió Margo—. Escalofriante, ¿no?

—Sí, ésa es la palabra —convino D'Agosta, y se apartó del microscopio, sorprendido por la sensación de inquietud que le había causado la ferocidad de aquellas minúsculas criaturas.

—Suponía que le interesaría verlo. —Margo se aproximó de nuevo al microscopio y echó otra ojeada—. Porque si planean... —Se interrumpió de pronto, quedándose inmóvil, como adherida al microscopio.

—¿Qué ocurre? —preguntó D'Agosta.

Margo tardó más de un minuto en contestar.

—Es extraño —murmuró por fin. Se volvió hacia su ayudante—. Jen, ¿puedes tener parte de la muestra con eosina? Y necesito también un trazador radiactivo para averiguar cuáles son los miembros originales de la colonia.

Indicándole a D'Agosta que esperase, Margo preparó el trazador con su ayudante y colocó la colonia de nuevo bajo el estereomicroscopio. Permaneció con la vista fija en el visor durante lo que a D'Agosta se le antojó una eternidad. Finalmente se irguió, garabateó unas ecuaciones en su cuaderno y volvió a mirar por el microscopio. D'Agosta oyó que calculaba algo en susurros.

—Estos protozoos —explicó al cabo de un rato— tienen una vida media de dieciséis horas. Llevan aquí treinta y seis. El *B. meresgerii*, incubado a treinta y siete grados se divide una vez cada ocho horas. Así que —concluyó, señalando una ecuación diferencial en su cuaderno— después de treinta y seis horas debería darse una proporción de siete protozoos muertos por cada nueve vivos.

—¿Y? —preguntó D'Agosta.

—Acabo de hacer un cálculo aproximado, y la proporción de protozoos muertos es la mitad de lo que debería ser.

—¿Y eso qué significa?

—Que los *B. meresgerii* están dividiéndose a un ritmo más bajo, o que...

Volvió a mirar por el microscopio, y D'Agosta oyó que calculaba otra vez. Se irguió de nuevo, esta vez más despacio.

—Se dividen a un ritmo normal —dijo en voz baja.

D'Agosta acarició el cigarro que llevaba en el bolsillo superior y preguntó:

—¿Y entonces?

—Ahora su vida media es un cincuenta por ciento más larga —contestó Margo.

D'Agosta la observó por un momento.

—He ahí el motivo de Kawakita —dijo por fin.

Alguien llamó suavemente a la puerta. Cuando Margo se disponía a abrir, entró Pendergast y los saludó a los dos inclinando la cabeza. Vestía de nuevo su impecable traje negro, y su rostro, aunque algo ojeroso, no revelaba indicios de

su reciente expedición excepto por un leve arañazo sobre la ceja izquierda.

—¡Pendergast! —exclamó D'Agosta—. Ya era hora.

—Ciertamente —respondió el agente del FBI—. Suponía que lo encontraría aquí, Vincent. Siento haber tardado tanto en dar señales de vida. El viaje era algo más arduo de lo que preveía. Podría haber venido a informarle de mi encuentro media hora antes, pero he considerado que era esencial ducharme y cambiarme de ropa.

—¿Su encuentro? —preguntó Margo con incredulidad—. ¿Los ha visto?

Pendergast asintió con la cabeza.

—Eso, y muchas cosas más. Pero, para empezar, pónganme al corriente sobre la situación aquí arriba. Ya me he enterado de la tragedia del metro, claro está, y he visto a la policía montada preparada como para un desfile. Pero supongo que me he perdido muchas otras cosas.

Escuchó atentamente mientras Margo y D'Agosta le informaban sobre la verdadera naturaleza de la droga, las circunstancias de las muertes de Whittlesey y Kawakita, y el plan de inundar los túneles Astor. No interrumpió más que para formular unas cuantas preguntas cuando Margo resumió los resultados de sus experimentos.

—Fascinante —comentó al final—. Fascinante, y en extremo alarmante. —Tomó asiento junto a una mesa cercana y cruzó las delgadas piernas—. Todo eso presenta inquietantes paralelismos con mis propias investigaciones. Verán, en los túneles Astor existe un punto de reunión. Se halla en los restos de lo que en su día fue el Pabellón de Cristal, la estación de tren privada situada bajo el desaparecido hotel Knickerbocker. En el centro del pabellón, encontré una peculiar cabaña, construida de arriba abajo con cráneos humanos. Innumerables huellas convergían en esa cabaña. Enfrente había algo parecido a una mesa de ofrendas, junto con diversos artefactos. Mientras la examinaba, apareció en la oscuridad una de esas criaturas.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Margo casi a su pesar.

—Es difícil decirlo —respondió Pendergast, arrugando la frente—. No llegué a estar demasiado cerca, y el dispositivo de visión nocturna que llevaba no ofrece una buena resolución a cierta distancia. Parecía humano, o casi humano. Pero su modo de andar... en fin, no era normal. —Por lo visto, el agente del FBI no encontraba palabras para expresarse, cosa poco habitual en él—. Al correr se encorvaba de un modo extraño, sosteniendo algo contra el pecho que probablemente se proponía añadir a la cabaña. Lo cegué con un destello y disparé, pero el resplandor sobrecargó las gafas, y cuando recuperé la visión, la criatura había desaparecido.

—¿Le dio? —preguntó D'Agosta.

—Eso creo. Vi rastros de sangre. Pero en ese punto estaba ya impaciente por volver a la superficie. —Miró a Margo, enarcando una ceja—. Tengo la

impresión de que unas criaturas son más deformes que otras. En todo caso, hay tres cosas indudables: son rápidas, ven en la oscuridad y su malevolencia no tiene límites.

—Y viven en los túneles Astor —añadió Margo, estremeciéndose—. Todas bajo la influencia del esmalte. Muerto Kawakita y privadas de las plantas, probablemente las ha enloquecido la necesidad.

—Eso cabría pensar —dijo Pendergast.

—Y esa cabaña que ha descrito debe de ser el lugar donde Kawakita administraba la droga —prosiguió Margo—. Al menos en la etapa final, cuando la situación empezaba a escapar a su control. Pero todo eso hace pensar en un comportamiento casi ceremonial.

—Exactamente —asintió Pendergast—. Sobre la entrada de la cabaña descubrí unos ideogramas japoneses que, traducidos a nuestro idioma, significan más o menos «Morada de lo Asimétrico». Con esa expresión se describe a veces a los salones de té japoneses.

D'Agosta frunció el entrecejo.

—¿Salones de té? No lo entiendo.

—Al principio tampoco yo lo entendía. Pero cuanto más pienso en ello, más clara veo la intención de Kawakita. El *roji*, una serie de piedras planas dispuestas de manera irregular ante la cabaña, la escasa ornamentación, el santuario sencillo e inacabado; todos esos son elementos de la ceremonia del té.

—Debía de preparar la planta en infusión, como el té —comentó Margo—. Pero por qué se tomaba tantas molestias... —Hizo una pausa—. A menos que el ritual en sí mismo...

—Eso mismo he pensado yo —convino Pendergast—. Con el tiempo, debió de resultarle cada vez más difícil controlar a esas criaturas. En algún momento dejó de vender la droga y comprendió que simplemente tenía que proporcionarla. Kawakita también estudió antropología, ¿no es cierto? Conocía, pues, el efecto apaciguador, *amansador*, del ritual y la ceremonia.

—Así que creó un ritual de reparto —dijo Margo—. Los chamanes de las culturas primitivas recurrían a menudo a esa clase de ceremonias para imponer orden y preservar su poder.

—Y se inspiró en la ceremonia del té —continuó Pendergast—. Si fue en una actitud reverente o irreverente, nunca lo sabremos. Aunque supongo que fue una de sus cínicas aportaciones, teniendo en cuenta los otros elementos que introdujo. ¿Recuerda las anotaciones quemadas que encontró en el laboratorio de Kawakita?

—Precisamente aquí las tengo —dijo D'Agosta. Sacó su bloc, buscó la hoja y se lo entregó a Pendergast.

—Ah, sí. Nube verde, pólvora, corazón de loto. Todo eso son tés verdes no demasiado corrientes. —Pendergast señaló el bloc—. Y esto: «pie azul amante del estiércol». ¿Le suena de algo, doctora Green?

—Me suena de algo, pero no sé de qué.

Pendergast arqueó los labios en una ligera sonrisa.

—No es una sola sustancia sino dos. Lo que los miembros de la comunidad Ruta 666 sin duda llamarían « champiñones ».

—¡Claro! —Margo chasqueó los dedos—. *Caerulipes y coprophila*.

—Ahí me he perdido —admitió D'Agosta.

—El psilocybe pie azul y el psilocybe amante del estiércol —explicó Margo—. Son dos de los hongos alucinógenos más potentes.

—Y hay otra cosa, wysoccan —murmuró Pendergast—. Si la memoria no me engaña, eso es una bebida utilizada por los indios algonquinos en las ceremonias de iniciación. Contenía una cantidad considerable de escopolamina, un peligroso alucinógeno que provoca un estado de profunda narcosis.

—¿Eso, pues, viene a ser como la lista de la compra? —dijo D'Agosta.

—Quizá. Quizá Kawakita pretendía modificar el brebaje de algún modo, amansar a los consumidores de la droga.

—Si está en lo cierto, y Kawakita quería mantener bajo control a los consumidores de esmalte, ¿qué función cumplía esa cabaña de cráneos? —preguntó Margo—. Algo así, cabe pensar, tendría precisamente el efecto contrario, los incitaría más aún.

—Cierto —dijo Pendergast—. En este rompecabezas falta aún una pieza grande.

—Una cabaña, construida con cráneos —susurró Margo—. Eso lo he leído en algún sitio. Creo recordar que se mencionaba algo así en el diario de Whittlesey.

Pendergast la miró pensativamente.

—¿En serio? Interesante.

—Consultaremos el archivo. Podemos usar el terminal de mi despacho.

Los rayos del sol vespertino penetraban por la única ventana del pequeño despacho de Margo, extendiendo un manto dorado sobre los papeles y los libros. Observada por Pendergast y D'Agosta, se sentó ante su escritorio, se acercó el teclado y empezó a escribir.

—El año pasado el museo consiguió una subvención para escanear todos los cuadernos de notas de las expediciones y documentos similares e introducirlos en una base de datos —explicó—. Con un poco de suerte, encontraremos ahí el diario.

Inició una búsqueda simultánea de tres palabras: « Whittlesey », « cabaña » y « cráneos ». En la pantalla apareció un único documento. Margo lo solicitó al instante e hizo avanzar el texto hasta la penúltima entrada. Mientras leía las frases, fríamente impersonales en el monitor, los recuerdos de dieciocho meses atrás acudieron inevitablemente a su memoria: ella sentada en un oscuro despacho del museo con Bill Smithback, mirando por encima del hombro del periodista en tanto él hojeaba con avidez el enmohecido cuaderno.

...Crocker, Carlos y yo seguimos adelante. Casi de inmediato nos detuvimos para reordenar el contenido de la caja. Un recipiente de muestras se había roto en el interior. Mientras me ocupaba de esa tarea, Crocker se desvió del camino y llegó a un pequeño claro donde había una cabaña medio derruida. Había sido construida completamente con cráneos humanos, sujetos mediante huesos humanos clavados al suelo como en un jacal. En su parte superior, los cráneos presentaban orificios dentados. Una mesa de ofrendas, hecha de huesos atados con tendones, ocupaba el centro de la cabaña. Sobre la mesa encontramos una estatuilla y extrañas tallas de madera.

Pero me estoy anticipando a los hechos. Llevamos hasta allí el equipo para investigar, volvimos a abrir la caja, sacamos la bolsa de herramientas, pero antes de que empezásemos a investigar una anciana nativa salió de pronto de la maleza tambaleándose —enferma o ebria, es imposible saberlo— y señaló la caja, gimiendo...

—Con esto basta —dijo Margo con involuntaria brusquedad, y salió del documento. Lo último que necesitaba en aquellos momentos era otro recordatorio del contenido de aquella siniestra caja.

—Muy curioso —comentó Pendergast—. Quizá deberíamos resumir lo que sabemos hasta ahora. Kawakita refinó la droga conocida como « esmalte », la probó con otras personas y luego consumió él mismo una versión mejorada. Los desafortunados consumidores, deformados por la droga y cada vez más sensibles a la luz, bajaron a los subterráneos. Ya en estado salvaje, empezaron a alimentarse de la gente sin hogar que vive bajo tierra. Ahora, muerto Kawakita y cortado el suministro de esmalte, se han intensificado sus cacerías.

—Y conocemos el motivo por el que Kawakita tomó la droga —añadió Margo—. Al parecer, la droga posee propiedades rejuvenecedoras, incluso alarga la vida. Esas criaturas recibieron una versión inicial de la droga. Y por lo visto Kawakita siguió perfeccionándola aun después de empezar a consumirla. Los especímenes de mi laboratorio no presentan anomalías físicas. Pero la droga tiene efectos negativos hasta en su versión final, y prueba de ello es la conducta agresiva que ha provocado en los ratones e incluso los protozoos.

—Pero quedan aún tres dudas —dijo de pronto D'Agosta.

Pendergast y Margo se volvieron hacia él.

—Primero, ¿por qué lo mataron esas criaturas? Pues parece evidente que es eso lo que ocurrió.

—Quizá eran cada vez más incontrolables —sugirió Pendergast.

—O se volvieron contra él, considerándolo la causa de su lamentable estado —añadió Margo—. O quizá se estableció una lucha de poder entre él y una de las criaturas. Recuerde lo que escribió en su cuaderno: « Noto al otro cada día más impaciente » .

—Segundo —continuó D'Agosta—, ¿qué significa la otra nota de su cuaderno, donde menciona el herbicida, el thyoxin? Eso no encaja en ninguna parte. ¿O la vitamina D que, según usted, sintetizaba?

—Y no olvide que Kawakita también escribió en su cuaderno la palabra « irreversible » —dijo Pendergast—. Quizá al final se dio cuenta de que no podía enmendar el daño que había causado.

—Y eso podría explicar los remordimientos que se adivinan en sus notas —comentó Margo—. Según parece, concentró sus esfuerzos en evitar los cambios físicos originados por la droga, pero pasó por alto los efectos que podía tener en la mente la nueva cepa del virus.

—Tercero, y último —prosiguió D'Agosta—, ¿qué sentido tenía reconstruir esa cabaña de cráneos mencionada en el diario de Whittlesey?

Esta vez Margo y Pendergast permanecieron en silencio.

Por fin, Pendergast suspiró y dijo:

—Tiene razón, Vincent. La finalidad de eso me resulta incomprensible. Tan incomprensible como los extraños trozos de metal que encontré en la mesa de ofrendas.

Pendergast extrajo los objetos y los extendió sobre la mesa de trabajo de Margo. D'Agosta los cogió de inmediato y los examinó.

—¿No podrían ser simplemente desechos? —preguntó.

Pendergast negó con la cabeza.

—Estaban colocados con sumo esmero, casi con cariño, como reliquias en un relicario.

—¿Un qué?

—Un relicario —repitió Pendergast—, un lugar donde se exhiben objetos venerados.

—Personalmente no los encuentro muy dignos de veneración, la verdad. Parecen piezas de un tablero de mandos, o de un aparato eléctrico, quizá. —D'Agosta se volvió hacia Margo—. ¿Alguna idea?

Margo se apartó del escritorio, se levantó y se acercó a la mesa de trabajo. Cogió uno de los fragmentos de metal, lo observó por un momento y volvió a dejarlo.

—Podrían ser cualquier cosa —dijo, y cogió otro objeto, un tubo metálico con un extremo recubierto de goma gris.

—Cualquier cosa —repitió Pendergast—. Pero tengo la impresión de que cuando descubramos qué son, y por qué estaban dispuestos como objetos sagrados sobre una plataforma de piedra a una profundidad de treinta pisos bajo Nueva York, tendremos la clave del rompecabezas.

Hayward se echó al hombro el equipo antidisturbios, se ajustó la lámpara de visera que llevaba ceñida a la cabeza, y echó un vistazo a la multitud de uniformes azules que se arremolinaba en el patio central de la comisaría de la calle Cincuenta y nueve. Debía localizar la patrulla cinco, comandada por el teniente Miller; pero el amplio patio era un caos, donde todo el mundo intentaba encontrar a todo el mundo y, por consiguiente, nadie encontraba a nadie.

Vio aparecer al jefe Horlocker, que llegaba de pasar revista a las patrullas reunidas en la calle Ochenta y uno, bajo el museo. Horlocker se colocó al fondo del patio, junto al jefe de la Unidad de Respuesta Táctica, Jack Masters, un hombre enjuto de cara avinagrada. Masters, cuyos largos brazos colgaban normalmente a los costados como los de un simio, hacía ahora aspavientos mientras hablaba a un grupo de tenientes, dando palmadas a diversos mapas y trazando en ellos líneas imaginarias. A su lado, Horlocker asentía con la cabeza y sostenía un puntero semejante a un bastón con el que de vez en cuando señalaba un mapa para hacer hincapié en algún punto de especial importancia. Mientras Hayward los observaba, Horlocker despidió a los tenientes y Masters se proveyó de un megáfono.

—¡Atención! —bramó con voz ronca—. ¿Están ya agrupadas todas las patrullas?

A Hayward todo aquello le recordaba un campamento de niños exploradores.

Un confuso rumor que podía interpretarse como un «No» recorrió el patio.

—En ese caso, patrulla uno aquí —dijo Masters, señalando al frente—. Patrulla dos, en el lado sur.

Siguió asignando secciones del patio a las patrullas. Hayward se dirigió al punto de reunión de la patrulla cinco. Cuando llegó, el teniente Miller extendía un gran plano con el área de responsabilidad de su patrulla sombreada en azul. Miller llevaba un ligero uniforme de asalto gris cuyos holgados pliegues no conseguían ocultar su abundante capa de tejido adiposo.

—No quiero actos heroicos ni enfrentamientos —decía Miller—. ¿Entendido? Básicamente se trata de una misión propia de agentes de tráfico, nada extraordinario. Ante la menor resistencia, usen su máscara y el gas lacrimógeno. No se anden con rodeos; demuestren que la cosa va en serio. No obstante, no preveo problemas. Hagan bien su trabajo, y estaremos fuera dentro de una hora.

Hayward abrió la boca para intervenir, pero se contuvo. En su opinión, emplear gas lacrimógeno bajo tierra podía resultar un tanto arriesgado. En una ocasión, años antes de que la Policía de Tráfico perdiese su autonomía y se integrase como una unidad más en el Departamento de Policía de Nueva York, algún alto jefe sugirió que se usasen gases para sofocar un disturbio. Los agentes casi se sublevaron. El gas lacrimógeno tenía malas consecuencias incluso en la

superficie, pero bajo tierra podía ser mortífero. Y por lo que Hayward veía en el plano, su patrulla debía cubrir los túneles de metro y mantenimiento situados a mayor profundidad bajo la estación de Columbus Circle.

Miller miró alrededor, balanceándose las gafas de sol que llevaba colgadas del cuello.

—Recuerden que la mayoría de los topos están enganchados a una cosa u otra, y muchos debilitados quizá por abusar de la bebida —dijo—. Demuéstrémosles autoridad, y obedecerán. Limitense a ponerlos en movimiento y hacerlos salir como a ganado, ¿queda claro? Una vez que estén en marcha, azúcenlos para que no paren. Dirijanlos hacia este punto central, bajo el desvío número dos. Ése es el lugar de espera para las patrullas cuatro, cinco y seis. Cuando las tres patrullas se hayan reagrupado, conduciremos a los topos hasta aquí, la salida del metro más cercana al parque.

—¿Teniente Miller? —dijo por fin Hayward, incapaz de seguir callada un solo segundo más.

El teniente se volvió hacia ella.

—Yo he participado en el desalojo de algunos de esos túneles, y conozco bien a los topos. No va a ser tan fácil moverlos como usted piensa.

Miller abrió más los ojos, como si no la hubiese visto hasta ese momento.

—¿Usted? —preguntó, incrédulo—. ¿En las misiones de desalojo?

—Sí, señor —contestó Hayward, pensando que al siguiente que le preguntase eso iba a darle una patada en los huevos.

—¡Dios santo! —dijo Miller, moviendo la cabeza.

Se produjo un silencio mientras el resto de la patrulla observaba a Hayward.

—¿Hay aquí algún otro ex policía de tráfico? —preguntó Miller, mirando al grupo.

Otro agente levantó la mano. Hayward reparó de inmediato en sus rasgos más visibles: alto, negro, la constitución de un tanque.

—¿Nombre? —bramó Miller.

—Carlin —respondió el corpulento agente con un marcado acento sureño.

—¿Alguien más? —preguntó Miller.

Nadie contestó.

—Bien.

—Nosotros los ex policías de tráfico conocemos esos túneles —comentó Carlin con tono afable—. Es una lástima que no hayan incluido a más en esta excursión. Señor.

—¿Carlin? —repuso Miller—. Lleva el gas; lleva la porra; lleva la pistola. Así que no se mee en los pantalones. Y cuando necesite su opinión, se la preguntaré. —Miller miró alrededor—. Aquí hay demasiada gente. Esta acción requeriría un reducido grupo de élite. Pero el jefe lo quiere así, y las órdenes son órdenes.

Hayward echó también un vistazo al patio y calculó que habría unos cien

agentes.

—Sólo bajo Columbus Circle viven por lo menos trescientos mendigos —dijo con toda tranquilidad.

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo los ha contado por última vez? —preguntó Miller.

Hayward no contestó.

—Siempre tiene que haber uno así —masculló Miller sin dirigirse a nadie en particular—. Escúchenme bien. Esto es una operación táctica, y tenemos que estar unidos y obedecer órdenes. ¿Queda claro?

Varios hombres asintieron. Carlin miró a Hayward, dándole a entender cuál era su opinión de Miller.

—Muy bien. Iremos de dos en dos; elijan compañero —ordenó Miller, y enrolló el plano.

Hayward se volvió hacia Carlin, y él movió la cabeza en un gesto de asentimiento. Al acercarse, Hayward comprobó que la corpulencia de Carlin, contra su primera impresión, no se debía al exceso de peso; era un hombre fuerte, con la complexión de un levantador de pesas, sin un gramo de grasa en ninguna parte.

—¿Qué tal? —preguntó Carlin—. ¿Dónde hacía la ronda antes de la fusión?

—Bajo la Penn Station. Me llamo Hayward.

Con el raballo del ojo, Hayward advirtió una expresión de desdén en el rostro de Miller al verlos juntos.

—En realidad, esto es trabajo para un hombre —comentó Miller, mirando todavía a Hayward—. Siempre existe la posibilidad de que las cosas se pongan feas. No se lo echaremos en cara si...

—Estando aquí el agente Carlin —lo interrumpió Hayward—, hay *hombre* de sobra por los dos.

Lanzó una mirada de aprobación al fornido cuerpo de Carlin y luego fijó la vista maliciosamente en el vientre de Miller.

Varios hombres prorrumpieron en carcajadas, y Miller frunció el entrecejo.

—Ya les encontraré alguna tarea en retaguardia —dijo.

—¡Agentes del orden! —rugió de pronto Horlocker por el megáfono—. Disponemos de menos de cuatro horas para desalojar a los mendigos de los túneles situados bajo el Central Park y sus inmediaciones. Recuerden que exactamente a las doce de la noche millones de litros de agua del Reservoir se verterán en el sistema de colectores. El agua será canalizada con toda precisión; pero sería imposible tener la certeza de que la corriente no arrastrase a ningún mendigo. Por eso es imprescindible que lleven a cabo esta operación, y que mucho antes de esa hora haya sido evacuado todo el mundo de la zona indicada. *Todo el mundo*. No se trata de una evacuación temporal. Aprovecharemos esta ocasión única para desalojar de una vez por todas a los mendigos de esos túneles. Todos ustedes tienen ya asignadas misiones específicas, y los jefes de equipo han

sido elegidos por su experiencia. No existe ningún motivo que impida completar la operación en el tiempo previsto.

» Lo tenemos ya todo preparado para proporcionar comida y cobijo a esa gente esta noche. Explíquenselo si es necesario. En los puntos de salida marcados en los planos los aguardan autobuses que los trasladarán a los centros de acogida de Manhattan y las otras zonas de la ciudad. No esperamos que opongan resistencia. Pero si eso ocurriese, ya conocen las órdenes.

Miró por un momento al grupo y luego volvió a levantar el megáfono.

—Sus compañeros de la sección norte ya han recibido detalladas instrucciones, e iniciarán la operación en el mismo momento que ustedes. Recuerden que, una vez en los subterráneos, las radios tienen un alcance limitado. Quizá puedan comunicarse entre sí y con los jefes de equipos cercanos; pero la comunicación con la superficie será intermitente en el mejor de los casos. Así pues, cíñanse al plan, cíñanse al horario, y lleven a cabo su parte. —Dio un paso al frente—. ¡Y ahora, agentes, en marcha!

Las filas de policías uniformados se cuadraron mientras Horlocker pasaba revista, dando palmadas en la espalda a algunos y pronunciando palabras de aliento. Al llegar a Hayward, se detuvo y la miró con expresión ceñuda.

—Usted es Hayward, ¿no? ¿La chica de D'Agosta?

Y una mierda, la «chica de D'Agosta», pensó.

—Trabajo con D'Agosta, señor —contestó.

Horlocker asintió con la cabeza.

—Muy bien. Adelante, pues.

—Eh, señor, creo que sería mejor... —empezó a decir Hayward, pero uno de los ayudantes de Horlocker acababa de reclamar su atención, balbuceando algo sobre una manifestación en el Central Park mucho más numerosa de lo previsto, y el jefe se marchó rápidamente.

Miller lanzó una mirada de advertencia a Hayward.

Cuando Horlocker salió del patio con su séquito de ayudantes, Masters cogió el megáfono y ordenó:

—Abandonen el recinto por patrullas.

Miller se volvió hacia su grupo con una sonrisa de medio lado y dijo:

—Muy bien, agentes, cacemos a unos cuantos topos.

El capitán Waxie salió de la comisaría del Central Park, un edificio antiguo con los muros de pudinga, y resoplando se adentró en la oscuridad de los árboles por el camino que torcía hacia el norte. A su izquierda iba un policía uniformado de la comisaría; a su derecha, Stan Duffy, ingeniero jefe de hidráulica del ayuntamiento. Duffy caminaba deprisa un par de pasos por delante de ellos y volvía la cabeza con impaciencia.

—No corra tanto —dijo Waxie, jadeando—. Esto no es una maratón.

—No me gusta estar en el parque tan tarde —respondió Duffy con voz atiplada—. Y menos con la oleada de asesinatos de los últimos días. Lo esperaba en la comisaría desde hacía media hora.

—Por encima de la calle Cuarenta y dos está todo paralizado —dijo Waxie—. Hay un atasco increíble. Es culpa de esa Wisher. Así, sin más, ha salido de la nada una manifestación.

Waxie movió la cabeza en un gesto de indignación. Habían colapsado Central Park West y Central Park South, y aún quedaban manifestantes rezagados en la Quinta Avenida, provocando un caos inimaginable. «Si yo fuese el alcalde —pensó—, los habría metido a todos en la cárcel».

Al cabo de un momento apareció a su derecha el quiosco de música, vacío y en silencio, adornado con una capa de pintadas de una densidad inconcebible, un paraíso para los atracadores. Duffy le lanzó una nerviosa mirada y se apresuró más aún.

Siguiendo el East Drive, dejaron atrás el estanque. A lo lejos, más allá de los sombríos límites del parque, Waxie oía gritos y aplausos, bocinazos y ruido de motores. Miró su reloj: las ocho y media. El plan era iniciar la secuencia de desagüe a las ocho cuarenta y cinco. Apretó el paso. Tenían el tiempo justo.

El Centro de Medición del Reservoir del Central Park se hallaba en un viejo edificio de piedra a unos quinientos metros al sur del Reservoir. Waxie lo veía y a entre los árboles, una única luz brillando tras una ventana sucia. Aminoró la marcha mientras Duffy, que se había adelantado, metía una llave en la cerradura de la pesada puerta metálica. Al abrirse hacia adentro, reveló una sala de piedra pobremente decorada con mesas de mapas y polvorientos instrumentos hidrométricos olvidados hacía mucho tiempo. En un rincón, en marcado contraste con el resto del material, había un complejo equipo informático, compuesto de varios monitores, impresoras y periféricos de aspecto extraño.

Cuando entraron, Duffy cerró la puerta con llave y se dirigió a la consola.

—Es la primera vez que hago esto —dijo con tono intranquilo, sacando de debajo de un escritorio un manual que pesaba por lo menos siete kilos.

—No nos venga ahora con ésas —replicó Waxie.

Duffy dirigió hacia él sus ojos amarillentos. Por un momento dio la impresión

de que se disponía a hablar. Pero finalmente se concentró en el manual y pasó hojas durante varios minutos. Después se volvió hacia el ordenador y empezó a teclear. Una serie de comandos apareció en el monitor más grande.

—¿En qué consiste esto? —preguntó Waxie, desplazando de una pierna a otra el peso de su cuerpo. Debido al alto grado de humedad de la sala, le dolían las articulaciones.

—Es muy sencillo —contestó Duffy—. El agua procedente de los montes Catskill inferiores alimenta por gravedad el Reservoir del Central Park. Por grande que el Reservoir parezca, contiene sólo un volumen de agua equivalente al consumo de Manhattan durante tres días. Es en realidad un depósito de almacenamiento temporal, utilizado para absorber subidas y bajadas en el nivel de demanda. —Seguía tecleando—. Este sistema de control está programado para anticiparse a esas subidas y bajadas, y ajusta el caudal de entrada al Reservoir conforme a eso. Puede abrir y cerrar compuertas en lugares tan alejados como la montaña Storm King, a más de ciento cincuenta kilómetros de aquí. El programa tiene en cuenta los datos sobre consumo de agua de los últimos veinte años, introduce como factor los partes meteorológicos más recientes, y realiza una estimación continua de la demanda. —Sintiéndose a salvo entre las paredes de su cubil, Duffy siguió explayándose a gusto sobre su especialidad—. A veces se producen desviaciones respecto a la estimación, claro está. Cuando la demanda es menor que la prevista y afluye demasiada agua hacia el Reservoir, el ordenador abre el desagüe principal y vierte el agua sobrante en los colectores y cloacas. Cuando la demanda es inesperadamente alta, se cierra el desagüe principal y en los pantanos de nuestra área hidrográfica se abren las compuertas necesarias para aumentar el caudal de entrada.

—¿En serio? —dijo Waxie, que había perdido el interés a partir de la segunda frase.

—Ahora voy a anular el automatismo para abrir simultáneamente las compuertas de los pantanos y el desagüe principal. Así aumentará el caudal de entrada y el exceso se desaguará inmediatamente en el alcantarillado. Es una solución sencilla y elegante. Sólo tengo que programar el sistema para que a las doce de la noche libere medio millón de metros cúbicos de agua, es decir, unos quinientos millones de litros, y después vuelva al modo de funcionamiento automático.

—¿El Reservoir no se quedará seco, pues? —preguntó Waxie.

Duffy sonrió con indulgencia.

—Sinceramente, capitán, no tenemos la menor intención de alarmar a la población. Créame, esto puede hacerse con una mínima incidencia en el suministro de agua. Dudo que el nivel del Reservoir baje más de un metro. Es un sistema increíble, la verdad. Cuesta creer que se proyectase hace más de un siglo; los ingenieros de entonces se anticiparon incluso a las necesidades de hoy

en día. —Su sonrisa se desvaneció—. Aun así, nunca se ha realizado un desagüe a esta escala. ¿Está convencido de que quiere ponerlo en marcha? Todas las válvulas abiertas a la vez... en fin, lo único que puedo asegurarle es que va a provocar una crecida de mil demonios ahí abajo.

—Ya ha oído al jefe —respondió Waxie, frotándose la protuberante nariz con el pulgar—. Usted preocúpese sólo de que funcione.

—Funcionará, eso sin duda —afirmó Duffy.

Waxie le apoyó una mano en el hombro.

—Claro que funcionará —dijo Waxie—. Porque si no, acabará de operario de compuertas en la planta depuradora del Bajo Hudson.

Duffy soltó una nerviosa carcajada.

—*Sinceramente*, capitán —repitió—, no hay necesidad de amenazas.

Duffy continuó tecleando, y Waxie empezó a pasearse por la sala. El agente uniformado permanecía inmutable junto a la puerta, observando la maniobra sin interés.

—¿Cuánto tardará en verterse ese volumen de agua? —preguntó Waxie al cabo de un rato.

—Unos ocho minutos.

Waxie lanzó un gruñido de sorpresa.

—¿Ocho minutos para verter quinientos millones de litros?

—Si no he entendido mal, quieren que el agua se vierta lo más deprisa posible para inundar los túneles más profundos de la zona del Central Park y limpiarlos por completo, ¿no es así?

Waxie asintió con la cabeza.

—Ocho minutos implican que el sistema de desagüe operará al ciento por ciento de su capacidad. Naturalmente, tardaremos unas tres horas en tener a punto todos los dispositivos hidráulicos. Cuando todo esté listo, será cuestión simplemente de desaguar el Reservoir e inyectarle agua a través de los acueductos procedentes del norte del estado. Así impediremos que el nivel del Reservoir caiga excesivamente. La operación debe realizarse con suma precisión, porque si el caudal de entrada fuese mayor que el de salida... en fin, se produciría un desbordamiento de grandes proporciones en el Central Park.

—Espero, pues, que sepa lo que se trae entre manos —advirtió Waxie—. Quiero que se cumpla el horario previsto, sin retrasos ni fallos técnicos.

El sonido del tecleo se hizo más pausado.

—Deje de preocuparse —dijo Duffy con un dedo suspendido sobre una tecla—. No habrá el menor retraso. Pero no cambien de idea, porque en cuanto pulse esta tecla, todo dependerá del sistema hidráulico. No podré detenerlo. Comprenda...

—Apriete la tecla de una puñetera vez —ordenó Waxie con impaciencia.

Duffy pulsó la tecla con un gesto teatral y se volvió hacia Waxie.

—Hecho —anunció—. Ahora sólo un milagro podría evitar la inundación de los túneles. Y por si no lo ha oído decir, en Nueva York están prohibidos los milagros.

D'Agosta observó las piezas de goma y metal cromado dispuestas sobre la mesa, cogió una y volvió a dejarla, irritado.

—Es lo más raro que he visto en mi vida —dijo—. ¿No podrían haber estado allí por casualidad?

—Le aseguro, Vincent —respondió Pendergast—, que habían sido colocadas con sumo cuidado en el altar, como si fuesen una ofrenda. —El despacho quedó en silencio mientras Pendergast se paseaba inquieto de un lado a otro—. Hay otra cuestión que me preocupa. Kawakita, al fin y al cabo, cultivaba la planta en acuarios. ¿Por qué lo mataron y quemaron el laboratorio? ¿Por qué acabaron con su única fuente de suministro? Si algo aterroriza a un adicto, es perder a su proveedor. Y el laboratorio fue incendiado intencionadamente. Dijo usted que se detectaron restos de sustancias inflamables en las cenizas.

—A menos que la cultivasen también en otra parte —sugirió D'Agosta, tocándose distraídamente el bolsillo delantero de la chaqueta.

—Adelante, enciéndalo —dijo Margo.

D'Agosta la miró.

—¿En serio?

Margo sonrió y asintió con la cabeza.

—Sólo por esta vez. Pero no se lo diga a la directora Merriam.

A D'Agosta se le iluminó la cara.

—Será nuestro secreto —prometió.

Sacó el cigarro, perforó la base con la punta de un lápiz, se acercó a la ventana y levantó la hoja corredera. Encendió el cigarro y exhaló satisfecho la nube de humo sobre el Central Park.

«Ojalá yo tuviese un vicio que me proporcionase la mitad del placer que ése», pensó Margo, observando despreocupadamente a D'Agosta.

—He considerado la posibilidad de una fuente alternativa de suministro —proseguía Pendergast—. Durante mi expedición permanecí atento a cualquier indicio de un jardín subterráneo. Pero no lo encontré. Una plantación así requiere agua quieta y aire libre. No se me ocurre dónde podrían ocultarla bajo tierra.

Acodándose en el alféizar de la ventana, D'Agosta lanzó otra bocanada de humo azul.

—Fíjense qué caos —comentó, señalando hacia el sur con el mentón—. A Horlocker va a darle una атаque cuando vea eso.

Margo se aproximó a la ventana y recorrió con la mirada el exuberante manto verde del Central Park, umbrío y misterioso bajo los rayos rosados del sol poniente. A su derecha, en Central Park South, oyó el sonido lejano de innumerables bocinas. Una gran muchedumbre de manifestantes llegaba en esos momentos a Grand Army Plaza, moviéndose con el lento fluir de la melaza.

—Eso sí es una manifestación —dijo.

—¡Que si lo es! —repuso D'Agosta—. Y además esa gente vota.

—Espero que el coche que llevaba al doctor Frock no se haya quedado atrapado en el atasco —susurró Margo—. No soporta las multitudes.

Dejó vagar la mirada en dirección norte, más allá de la Sheep Meadow y la fuente de Bethesda, y contempló el plácido óvalo formado por el Reservoir. A media noche, aquella tranquila masa de agua vertería medio millón de metros cúbicos de muerte en los niveles más profundos de Manhattan. De pronto la asaltaron los remordimientos al pensar en los rugosos que serían arrastrados por la crecida. Pero de inmediato volvieron a su memoria las jaulas de ratones ensangrentadas, la súbita ferocidad de los *B. meresgerii*. Aquélla era una droga siniestra, una droga que multiplicaba por mil la agresividad natural con que la evolución había dotado a casi todos los seres vivos. Y Kawakita, él mismo infectado, creía que el proceso era irreversible...

—Me alegro de no estar ahí abajo —masculló D'Agosta, fumando pensativamente.

Margo movió la cabeza en un gesto de asentimiento. De reojo veía a Pendergast pasearse por el despacho, cogiendo objetos y dejándolos de nuevo en su sitio.

Cuando mañana vuelva a salir el sol, pensó Margo, el volumen del Reservoir se habrá reducido en medio millón de metros cúbicos. Su mirada se posó en la superficie del agua, donde se reflejaban los últimos rayos de sol en tonos anaranjados, rojizos y verdes. Era una bella vista, su callada calma en contraste con el alboroto de los manifestantes y los bocinazos de los desesperados conductores a veinte manzanas de allí.

De pronto Margo frunció el entrecejo. Nunca había visto reflejos verdes a la puesta del sol.

Estirándose hacia adelante, observó con atención la superficie del agua, que la sombra empezaba a cubrir rápidamente. En el menguante resplandor, vio con claridad opacas manchas verdes en el agua. Una sospecha extraña y horrible cobró forma en su mente de manera espontánea. «Agua quieta y aire libre», había dicho Pendergast.

Es imposible, pensó Margo. Alguien se habría dado cuenta. ¿O quizá no?

Se dio media vuelta y miró a Pendergast. El agente del FBI advirtió su expresión y se detuvo al instante.

—¿Margo? —preguntó, enarcando una ceja.

Margo, en silencio, se volvió de nuevo hacia la ventana. Pendergast siguió su mirada, contempló por un momento el Reservoir, y su cuerpo se tensó. Cuando miró de nuevo a Margo, ella notó en sus ojos la misma sospecha.

—Mejor será que echemos un vistazo —susurró Pendergast.

El Reservoir del Central Park estaba separado de la pista para footing que lo rodeaba por una alta valla de tela metálica. D'Agosta agarró la base de la valla y dio un violento tirón hacia arriba, dejando un hueco para pasar. Seguida de cerca por Pendergast y D'Agosta, Margo corrió por el camino de grava hasta la orilla. Allí se metió en el agua y vadeó hasta un grupo de extrañas plantas acuáticas, aterrorizada por una sensación de familiaridad. Arrancó la más cercana y la levantó, observando sus raíces carnosas y chorreantes.

—*Liliceae mbwunensis* —dijo—. Están cultivándola en el Reservoir. Así planeaba Kawakita resolver el problema del suministro. Los acuarios eran limitados. De manera que no sólo manipuló genéticamente la droga, sino que además hibridó la planta para adaptarla a un clima templado.

—He ahí su fuente alternativa —comentó D'Agosta, todavía con el cigarro en la boca.

Vadeando hasta Margo, Pendergast hundió las manos en el agua, arrancó varias plantas y las examinó en la escasa luz del crepúsculo. Varias personas que trotaban en torno al Reservoir interrumpieron su robótica carrera y contemplaron boquiabiertos la inusitada escena: una joven con bata de laboratorio, un hombre corpulento con un cigarro en los labios que resplandecía como una tea y un hombre alto de clarísimo cabello rubio con un traje negro a medida metidos hasta el pecho en el depósito de suministro de agua de Manhattan.

Pendergast alzó una de las plantas y vio que de su tallo pendía una gran vaina pardusca. La vaina estaba enroscada y abierta.

—Están granando —murmuró—. Desaguardo el Reservoir, simplemente se verterá la planta y su mortífero contenido en el río Hudson... y en el mar.

Se produjo un silencio, roto sólo por los lejanos bocinazos.

—Pero esta planta no crece en agua salada —prosiguió Pendergast—. ¿Verdad, doctora Green?

—No, claro que no. La salinidad... —Una espantosa idea se abrió paso hasta la conciencia de Margo—. ¡Dios santo, qué estúpida he sido!

Pendergast se volvió hacia ella con las cejas enarcadas.

—La salinidad —repitió Margo.

—No la entiendo —dijo Pendergast.

—El único organismo unicelular afectado por el virus fue el *B. meresgerii* —continuó Margo lentamente—. Existe una diferencia entre el *B. meresgerii* y los otros organismos en que probamos la droga. En las cápsulas de Petri que contenían el *B. meresgerii* empleamos un medio de cultivo salino. El *B. meresgerii* es un organismo marino. Vive en un entorno salino.

—¿Y? —preguntó D'Agosta.

—Es un método habitual para activar un virus. Basta con añadir al medio de cultivo una pequeña cantidad de solución salina. En el agua fría y dulce del

Reservoir, la planta permanece aletargada, pero cuando esas semillas lleguen al mar, el agua salina activará el virus. Y propagará la droga por el ecosistema.

—En el Hudson, la corriente de marea llega más arriba de Manhattan —añadió Pendergast.

Margo soltó la planta y retrocedió.

—Ya hemos visto el efecto que tenía la droga en un solo organismo microscópico. Si se propaga por el mar, sabe Dios cuál será el resultado final. La ecología marina podría alterarse radicalmente. Y la cadena alimentaria depende de los mares.

—Un momento —intervino D'Agosta—. El mar es muy grande.

—El mar distribuye las semillas de muchas plantas de agua dulce y plantas terrestres —dijo Margo—. ¿Quién sabe qué plantas y animales colonizará el virus? Y en realidad poco importará si la planta se propaga por el mar, o si las semillas consiguen llegar a los estuarios y las marismas.

Pendergast salió del agua y se echó al hombro la planta, manchándose la espalda con las nudosas raíces.

—Nos quedan tres horas —anunció.

TERCERA PARTE

La cabaña de cráneos

Puede resultar ilustrativo contemplar los diversos estratos de la sociedad subterránea de Nueva York del mismo modo que contemplaríamos una sección transversal geológica, o una cadena alimentaria que muestra el desarrollo desde el depredador hasta la presa. Ocupan el lugar más alto de la cadena quienes habitan en el nebuloso mundo situado entre los subterráneos y la superficie, individuos que de día acuden a los comedores de beneficencia, las oficinas de protección social, o incluso a sus puestos de trabajo, y de noche regresan a los túneles a beber o dormir. Luego están las personas que carecen de hogar de manera permanente, habitual o patológica, quienes simplemente prefieren la inmundicia cálida y oscura de los subterráneos a la inmundicia claramente visible y a menudo fría de las calles. Debajo de ellos —con frecuencia literalmente debajo— se encuentran los delincuentes y adictos a diversas sustancias, quienes utilizan los túneles del metro y el ferrocarril como refugio o escondite. En el punto más bajo de esta sección transversal están aquellos espíritus disfuncionales para quienes la vida normal de la superficie resulta demasiado compleja o dolorosa; rehúyen los albergues de beneficencia y escapan a lugares oscuros que les pertenecen sólo a ellos. Y por supuesto existen otros grupos más difíciles de clasificar que viven al margen de estos estratos básicos de la sociedad subterránea: depredadores, asesinos empedernidos, visionarios, locos. Esta última categoría comprende una proporción creciente de personas sin hogar, debido principalmente al cierre por orden judicial de muchas instituciones psiquiátricas estatales en los últimos años.

Todos los seres humanos tienden a organizarse en comunidades, buscando así protección, defensa e interacción social. La gente sin hogar —inclusive los «topos» más alienados de los niveles más profundos— no es una excepción. Aquellos que han elegido vivir bajo tierra en perpetua oscuridad forman también sus sociedades y comunidades. Naturalmente, el término «sociedad» en sí mismo se presta a confusión cuando lo aplicamos a la población subterránea. La sociedad implica regularidad y orden; la vida subterránea es, por definición, desordenada y entrópica. Alianzas, grupos y comunidades se constituyen y disuelven con la fluidez del mercurio. En un lugar donde la vida es corta, a menudo brutal y siempre carente de luz natural, las ceremonias y sutilezas de la sociedad civilizada pueden desvanecerse como cenizas barridas por la menor ráfaga de viento.

L. HAYWARD
Casta y sociedad bajo Manhattan
(de próxima aparición).

Hayward mantenía la vista fija al frente, atenta a los reflejos de las lámparas en el techo bajo y las húmedas paredes del túnel abandonado, semejantes a los destellos de luces de emergencia. El aparatoso escudo antidisturbios de plexiglás le pesaba en el hombro. A su derecha percibía la presencia alerta y serena de Carlin en la oscuridad. Al parecer, conocía bien su trabajo. Sabía que bajo tierra no había peor actitud que la fanfarronería. A los topos no les gustaba que se entrometieran en sus vidas, y si algo los encolerizaba más que la visión de un policía, era la visión de muchos policías en tareas de desalojo.

Al frente, donde estaba Miller, se oían continuas risas y bravatas. La patrulla cinco ya había desalojado a dos grupos de mendigos de los niveles superiores, topos periféricos que habían huido aterrorizados hacia la superficie ante la falange de treinta policías. Aquello había servido para enfervorizar más aún a la patrulla. Hayward movió la cabeza en un gesto de disgusto. Aún no habían encontrado a los topos más radicales. Y era raro. Deberían haber visto ya más mendigos en los túneles del metro situados bajo Columbus Circle. Hayward había advertido restos de fogatas aún humeantes. Eso quería decir que los topos se habían escondido. Lo cual no era de extrañar, considerando el alboroto que estaban organizando.

La patrulla siguió adelante, deteniéndose de vez en cuando para que pequeños destacamentos explorasen nichos y pasadizos laterales. Hayward veía regresar a los agentes con las manos vacías, pavoneándose, dando puntapiés a la basura, los escudos antidisturbios a un lado. En el aire flotaban vapores de amoníaco. Pese a que habían descendido ya a una profundidad donde normalmente no llegaban las partidas de desalojo, el ambiente de excursión aún no había desaparecido y nadie se quejaba. Espera a que empiecen a respirar hondo, pensó Hayward.

El túnel se cortó de pronto, y la patrulla, en fila de a uno, descendió por una escalera metálica al siguiente nivel. Por lo visto, nadie sabía dónde estaba el tal Mephisto ni cuántos mendigos formaban la comunidad Ruta 666, el principal objetivo de la patrulla. Pero a nadie parecía preocuparle. «Ya saldrá de su madriguera —había dicho Miller—. Si no lo encontramos nosotros, lo encontrará el gas».

Mientras bajaba tras el bullicioso grupo, Hayward tenía la sensación de estar hundiéndose en agua fétida y caliente. La escalera salía a un túnel inacabado. En lo alto de las paredes toscamente labradas corrían tuberías de agua viejas y húmedas. Delante de ellos, las risas dieron paso a cuchicheos y gruñidos.

—Cuidado dónde pisa —advirtió Hayward, enfocando el suelo del túnel, salpicado de estrechos orificios de taladro.

—No me gustaría meter el pie en uno de esos —comentó Carlin, su enorme cabeza mayor aún por el casco que llevaba puesto. Empujó un guijarro con el

pie hasta el agujero más cercano y escuchó con atención. Al cabo de unos segundos se oyó el eco de un golpeteo lejano—. Debe de haber caído más de treinta metros. Y por el sonido, parece que abajo también está hueco.

—Fíjese —susurró Hayward, dirigiendo el haz de la lámpara a las tuberías de madera podrida.

—Tienen cien años por lo menos —dijo Carlin—. Creo...

Hayward le apoyó una mano en el brazo para hacerlo callar. En la total oscuridad del túnel se oía un tenue tamborileo.

Un apagado rumor de voces llegó de la cabeza de la patrulla. Aguzando el oído, Hayward notó que el tamborileo se aceleraba e instantes después volvía a perder ritmo, siguiendo una cadencia secreta.

—¿Quién va ahí? —preguntó Miller a voz en grito.

Al suave sonido se unió otro tamborileo, éste más grave, y luego otro, hasta que una infernal sinfonia de ruido pareció inundar el túnel.

—¿Qué demonios es eso? —dijo Miller. Sacó su arma y apuntó en la dirección que enfocaba su lámpara—. ¡Policia! ¡Salgan inmediatamente!

En respuesta, como burlándose de él, resonó el tamborileo entre las paredes del túnel, pero nadie se dejó ver.

—Jones y McMahan, adelántense unos cien metros con su grupo —ordenó Miller—. Stanislaw y Fredericks, vayan a inspeccionar la retaguardia.

Hayward esperó mientras los pequeños destacamentos desaparecían en la oscuridad y volvían con las manos vacías minutos después.

—¿No irán a decirme que no han visto nada? —bramó Miller ante los gestos de desconcierto de sus hombres—. Ese ruido lo hace alguien.

El tamborileo disminuyó hasta convertirse en un único y rítmico golpeteo.

Hayward dio un paso al frente.

—Son los topos, golpeando las tuberías...

—Cállese, Hayward —la interrumpió Miller con expresión ceñuda.

Hayward notó que el resto de la patrulla prestaba atención a sus palabras.

—Así es como se comunican entre sí, señor —añadió Carlin.

Miller se volvió hacia él, su rostro oscuro e inescrutable en la negrura del túnel.

—Saben que estamos aquí —prosiguió Hayward—. Están advirtiéndolo a las comunidades cercanas, avisándolas de que van a ser atacadas.

—Ya, claro —dijo Miller—. ¿Acaso tiene poderes telepáticos, sargento?

—¿Y usted entiende el morse, teniente? —replicó Hayward.

Miller no supo qué contestar. Al cabo de un momento soltó una estridente carcajada.

—Aquí Hayward piensa que los nativos están inquietos.

El jocosó comentario fue recibido con risas poco convencidas. El tamborileo continuó.

—¿Y ahora qué dice? —preguntó Miller con tono sarcástico.

Hayward escuchó.

—Se han movilizado.

Tras un largo silencio, Miller bramó:

—¡Qué sarta de gilipolces! —Se volvió hacia su grupo—. ¡Adelante en fila de a dos! Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Cuando Hayward se disponía a protestar, se oyó un golpe sordo a corta distancia. Uno de los hombres situados en las primeras filas gimió, retrocedió tambaleándose y dejó caer el escudo. Una piedra enorme rodó hasta los pies de Hayward.

—¡Formación! —gritó Miller—. ¡Escudos en alto!

Los haces de una docena de lámparas barrieron la negrura alrededor, enfocando nichos y viejos techos. Carlin se aproximó al policia agredido.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

El agente McMahon, asintió con la cabeza, respirando con dificultad.

—El hijo de puta me ha dado en pleno estómago. El chaleco antibalas ha amortiguado el golpe.

—¡Salgan de ahí! —gritó Miller a la oscuridad.

Volaron otras dos piedras, surcando los haces de luz como murciélagos. Una cayó en el suelo polvoriento del túnel y la otra golpeó de refilón el escudo de Miller. El teniente disparó su arma y las balas de goma rebotaron en el tosco techo.

Hayward escuchó alejarse por el túnel el eco de las detonaciones hasta extinguirse por completo. Los hombres escrutaban la oscuridad alarmados, balanceándose, ya nerviosos. Aquélla no era forma de abordar una operación de desalojo de tal envergadura.

Respirando hondo, Hayward se dirigió hacia la cabeza de la patrulla.

—Teniente, mejor será que salgamos *ahora mismo*...

De pronto empezó a caer una lluvia de objetos: botellas, piedras y basura lanzadas desde delante. Los agentes se agacharon detrás de los escudos para protegerse la cara.

—¡Mierda! —exclamó una voz al borde de la histeria—. ¡Esos cabrones nos están tirando mierda!

Cuando Hayward miró en torno buscando a Carlin, otra voz cercana musitó con manifiesta incredulidad:

—¡Dios santo!

Hayward giró en redondo y sintió que le flaqueaban las piernas ante lo que veían sus ojos: un harapiento ejército de mendigos avanzaba hacia ellos desde *detrás*, en una maniobra perfectamente planeada. En el exiguo resplandor de las lámparas era imposible hacer una estimación fiable, pero Hayward calculó que había centenares, todos ellos lanzando gritos de rabia y empuñando barras

angulares de hierro y trozos de varillas de acero del tipo utilizado como refuerzo en el hormigón armado.

—¡Atrás! —rugió Miller, apuntando a la turba con su arma—. ¡Replieguense y disparen!

Sonó una descarga cerrada, un estampido breve pero insoportable en el reducido espacio del túnel. Hayward creyó oír los impactos sordos de las balas de goma contra los cuerpos. Varios atacantes de la primera fila se desplomaron, aullando de dolor y buscándose entre los andrajos las heridas de bala que creían haber recibido.

—¡Fuera los cerdos! —clamó un topo alto y mugriento de apelmazado pelo blanco y mirada salvaje, y la muchedumbre reanudó la marcha hacia ellos.

Hayward vio retroceder a Miller, refugiándose en el confuso grupo de agentes y dando órdenes contradictorias. Sonaron más disparos, pero era imposible ver nada en el caos de luces que se deslizaban frenéticamente por las paredes y el techo. Los topos gritaban todos a una; era un alarido ululante y furioso que ponía los pelos de punta.

—¡Joder! —exclamó Hayward estupefacta al ver que la turba atravesaba el parpadeante resplandor de las lámparas y entraba en lucha con la falange de policías.

—¡Por el otro lado! —advirtió un agente—. ¡Vienen también por el otro lado!

Se oyó ruido de cristales rotos, y el túnel quedó sumido en la oscuridad, viéndose sólo algún que otro destello cada vez que alguien disparaba. Hayward permaneció inmóvil en medio del caos, desorientada por la falta de luz e intentando conservar la calma.

De pronto notó una mano grasienta entre los omóplatos. Su momentánea parálisis desapareció de inmediato. Soltando el escudo y desplazando el peso del cuerpo hacia adelante, lanzó a su agresor por encima del hombro y le asestó un furioso golpe con la bota en el abdomen. Entre los chillidos y las detonaciones, oyó aullar de dolor al hombre. Otra figura se aproximaba rápidamente a ella. Instintivamente, Hayward adoptó una postura defensiva: encogida, el peso apoyado en la pierna izquierda, el brazo izquierdo en posición vertical ante la cara. A la vez que fintaba, lanzó un golpe con el brazo izquierdo y acto seguido giró en redondo sobre la pierna apoyada, alzó la otra pierna y derribó al atacante de una patada.

—¡Joder! —dijo Carlin con tono de aprobación, abriéndose paso hacia ella.

La oscuridad era ya absoluta. A menos que consiguiesen luz, estaban perdidos. Sin pérdida de tiempo, Hayward buscó a tientas una bengala en su cinturón, la levantó y tiró del cordón de encendido. El túnel quedó bañado por una fantasmagórica luz anaranjada. Atónita, Hayward contempló las figuras que forcejeaban alrededor. Se hallaban acorralados por un gran número de topos. Oyó un chasquido y vio aparecer otra luz junto a ella. Al menos Carlin

conservaba la suficiente presencia de ánimo para seguir su ejemplo.

Hayward alzó la bengala sobre su cabeza y observó la situación, pensando cómo reorganizar la patrulla. No veía a Miller por ninguna parte. Recogió el escudo, desenfundó la porra y probó a avanzar unos pasos. Dos topes corrieron hacia ella, pero los puso en retirada con certeros baquetazos. Carlin, vio Hayward de reojo, permanecía a su lado, intimidando a los agresores con su imponente corpulencia y guardándole el flanco con ayuda de su escudo y su porra. Hayward sabía que, en su mayoría, los mendigos de los subterráneos estaban desnutridos y débiles a causa de la drogadicción. Si bien las bengalas habían reducido temporalmente la ventaja de los topes, el mayor peligro seguía siendo su superioridad numérica.

Otros agentes se agruparon en torno a ellos dos. Situándose contra una pared, se atrincheraron tras una barrera de escudos. Hayward advirtió que el grupo de topes que los habían atacado desde la retaguardia era relativamente pequeño y empezaba a unirse al grupo principal. La mayor parte de los policías rehacían la formación al otro lado de la turba, que avanzaba por el túnel hacia la escalera, gritando y arrojando piedras. La única manera de salir era flanquear a la muchedumbre, obligándolos simultáneamente a subir al nivel superior.

—¡Siganme! —gritó Hayward—. ¡Llévemoslos hacia la salida!

Esquivando piedras y botellas, guió al grupo hacia el flanco derecho de la turba. Los mendigos retrocedieron, y Hayward disparó por encima de sus cabezas, dispersándolos. Menguado ya su arsenal de proyectiles, la lluvia de objetos comenzó a amainar. Los alaridos e insultos continuaban de manera intermitente, pero su moral decrecía, y Hayward advirtió con alivio que la turba se retiraba en desorden.

Se detuvo por un instante para recobrar el aliento y evaluar la situación. Dos policías yacían en el suelo mugriento del túnel, uno revolviéndose con la cabeza entre los brazos, el otro al parecer inconsciente.

—¡Carlin! —dijo Hayward, y señaló a los heridos con la barbilla.

De repente se produjo un violento tumulto entre la multitud en retirada. Hayward levantó la bengala y estiró el cuello para ver la causa del súbito alboroto. Allí estaba Miller, aislado del resto de los policías al otro lado de la turba. Probablemente había intentado huir durante el primer ataque y había quedado acorralado por la segunda emboscada.

Hayward oyó un ruido seco y vio aparecer una nube de humo, empalagosamente verde a la trémula luz de la bengala. Miller, aterrorizado, debía de haber echado mano del gas lacrimógeno.

« ¡Dios, sólo nos faltaba eso! », pensó.

—¡Las máscaras! —advirtió a voz en cuello.

El gas avanzó lenta y sinuosamente hacia ellos, extendiéndose por el suelo como una alfombra venenosa.

Hayward se apresuró a colocarse la máscara y se ajustó el cierre de velcro.

Al salir de la nube de humo, agachado y con la máscara puesta, Miller parecía un alienígena.

—¡Échenles el gas! —ordenó con voz ahogada.

—¡No! —protestó Hayward—. ¡Aquí no! ¡Hay dos hombres heridos!

Miller pasó ante Hayward sin mirarla siquiera, agarró un bote del cinturón del agente más cercano, tiró de la anilla y lo lanzó hacia la turba. Hayward vio volar otros dos o tres botes de humo, arrojados por agentes que, presas del pánico, seguían el ejemplo de Miller. Se oyeron más chasquidos a medida que otros policías tiraban de las anillas, y la multitud de topos desapareció entre las espirales de humo. Hayward vio que Miller ordenaba a varios agentes que lanzasen sus botes por los orificios abiertos en el suelo del túnel.

—Haremos salir a esos hijos de puta a fuerza de gas —decía—. Si hay más topos escondidos ahí abajo, los obligaremos a subir con esto.

Carlin, arrodillado junto al policía tendido boca abajo, alzó la vista y rugió:

—¡Pare ya, maldita sea!

Las nubes de gas ascendían lentamente, propagándose por todo el túnel. Alrededor, policías de rodillas echaban botes de humo por los orificios. Hayward advirtió que los topos corrían atropelladamente hacia la escalera, intentando escapar del gas.

—¡Se acabó el tiempo! —gritó Miller. Su voz aguda se quebró—. ¡Salgamos de aquí!

En su mayor parte, los policías no se hicieron rogar y desaparecieron en la nube de humo.

Hayward se abrió paso hacia Carlin, inclinado aún sobre el agente caído junto a McMahon. El otro herido se había incorporado y vomitaba sujetándose el estómago. El gas se acercaba a ellos.

—Retrocedamos un poco —sugirió Hayward—. No podemos ponerle la máscara a ese hombre hasta que acabe de devolver.

El policía se puso en pie lentamente, tambaleándose y cogiéndose la cabeza. Hayward lo ayudó a alejarse mientras Carlin y McMahon llevaban al policía inconsciente a un lugar más seguro del túnel.

—Despierte, amigo —dijo Carlin, dándole palmadas en las mejillas y examinando la profunda brecha abierta en su frente.

El muro verde de gas lacrimógeno estaba cada vez más cerca.

El herido parpadeó.

—¿Se encuentra bien?

—Mierda —murmuró el hombre, tratando de incorporarse.

—¿Puede pensar con claridad? —preguntó Carlin—. ¿Cómo se llama?

—Beal —respondió con voz apagada.

El gas casi los había alcanzado. Carlin desprendió la máscara del cinturón de

Beal.

—Voy a ponerle esto, ¿de acuerdo?

Beal asintió con expresión ausente. Carlin le ciñó la máscara y abrió la válvula del distribuidor. Luego lo ayudó a levantarse con cuidado.

—No puedo andar —dijo Beal.

—Apóyese en nosotros —respondió Carlin—. Lo sacaremos de aquí.

La nube los había envuelto ya, una extraña neblina verdosa iluminada por el decreciente resplandor de las bengalas. Avanzaron lentamente, casi arrastrando a Beal, hasta donde se hallaba Hayward, que ajustaba la máscara en torno a la cabeza del otro herido.

—Vámonos —dijo Hayward.

Atravesaron el gas lacrimógeno con cautela. Al otro lado no había nadie. Los mendigos habían huido del gas, y Miller, al frente de la patrulla, los había seguido. Hayward encendió su radio, pero no consiguió ponerse en contacto con nadie a través del denso zumbido de interferencias. A lo lejos, oían toses y maldiciones, procedentes de los rezagados ocultos en el laberinto de túneles inferiores obligados a subir a la superficie por el gas. Hayward no tenía el menor deseo de tropezarse con ellos cuando saliesen.

Al llegar a la escalera, Beal se dobló de pronto por la cintura y vomitó en la máscara. Separándose de inmediato del otro herido, Hayward arrancó la máscara a Beal. El agente agachó la cabeza y volvió a levantarla al instante al respirar el gas. Tensó los miembros, se revolvió y, soltándose de los otros dos hombres, se desplomó con la cara entre las manos.

—Tenemos que seguir —gritó McMahon.

—Sigan ustedes —dijo Hayward—. Yo no pienso dejar aquí a este hombre.

McMahon, indeciso, permaneció inmóvil. Carlin le lanzó una mirada iracunda. Por fin McMahon, con expresión ceñuda, cedió.

—Está bien, me quedo.

Con la ayuda de McMahon, Hayward levantó a Beal, que respiraba con dificultad.

—O camina, o nos ahogamos todos —susurró Hayward al oído de Beal—. Es así de sencillo, amigo mío.

El Departamento de Policía de Nueva York había habilitado un centro de control de crisis para la operación de desagüe. Entrando detrás de Pendergast y D'Agosta, Margo vio varias hileras de equipo de comunicaciones colocado todavía en plataformas rodantes. Había numerosos policías uniformados de pie en torno a las mesas cubiertas de mapas. Por el suelo serpenteaban gruesos cables negros unidos con cinta aislante.

Horlocker y Waxie se hallaban sentados ante una larga mesa, de espaldas al equipo de comunicaciones. Incluso desde la puerta, Margo advirtió en sus rostros el brillo del sudor. Cerca de ellos, un hombre de escasa estatura y poblado bigote trabajaba ante un ordenador.

—¿Qué es esto? —preguntó Horlocker al verlos llegar—. ¿Un comité de damas en visita de cortesía?

—Señor —dijo D'Agosta—, no podemos desaguar el Reservoir.

Horlocker ladeó la cabeza.

—D'Agosta, ahora no puedo atenderle. Por si no tenía ya bastante, ahora para colmo debo ocuparme de la manifestación de esa Wisher. Entretanto se lleva a cabo bajo tierra la operación de desalojo del siglo. He desplegado a todo mi contingente. Así que si quiere decirme algo, envíeme una carta, ¿entendido? —Hizo una pausa—. ¿Qué? ¿Han ido a darse un baño?

—El Reservoir —intervino Pendergast, avanzando un paso— está infestado de estas peligrosas plantas. Es la especie que Mbwun necesitaba para vivir, la planta de la que Kawakita extraía su droga. Y está granando. —Arrojó sobre la mesa la planta lodosa que llevaba al hombro—. Ahí la tiene. Llena a rebosar de esmalte. Ahora sabemos dónde la cultivaban.

—¿Qué demonios hace? —protestó Horlocker—. ¡Quite esa mierda de mi mesa!

—Eh, D'Agosta —dijo Waxie—, hace un rato nos has convencido de que debíamos sacar a esos monstruos verdes tuyos de las cloacas, y eso nos proponemos. ¿Qué pasa? ¿Ahora quieres echarte atrás? Pues ni hablar.

D'Agosta contempló con repugnancia la sudorosa papada de Waxie.

—Pedazo de gilipollas —respondió—. Para empezar, la idea de desaguar el Reservoir ha sido tuya.

—Mucho cuidado...

—Caballeros, por favor —terció Pendergast, levantando las manos. Se volvió hacia Horlocker—. Tendremos reproches de sobra que hacernos en otro momento. Ahora el problema más urgente es que cuando esas semillas entren en contacto con el agua salada, se activará el retrovirus portador de la droga. —Sus labios se contrajeron por un instante— Los experimentos de la doctora Green han demostrado que la droga afecta a muy diversas formas de vida, desde

organismos unicelulares hasta el hombre, pasando por toda la cadena alimentaria. ¿Querría usted cargar con la responsabilidad de un cataclismo ecológico a nivel mundial?

—Eso no son más que... —empezó a balbucear Waxie.

Horlocker le apoyó una mano en el brazo y echó un vistazo a la enorme planta que empapaba los papeles esparcidos sobre la mesa de mando.

—A mí no me parece tan peligrosa —dijo.

—No existe la menor duda de que es una *Liliceae mbwunensis* —intervino Margo—. Y contiene una versión manipulada genéticamente del retrovirus de Mbwun.

Horlocker miró a Margo y luego contempló de nuevo la planta.

—Comprendo su incertidumbre —dijo Pendergast con calma—. Han ocurrido muchas cosas desde la reunión de esta mañana. Sólo le pido veinticuatro horas. En ese tiempo la doctora Green realizará las pruebas necesarias. Le demostraremos que esa planta alberga la droga, y que el retrovirus, en contacto con el agua salada, invadiría el ecosistema. Sé que es así; pero si estamos equivocados, me retiraré del caso y podrá usted desaguar el Reservoir cuando quiera.

—Debería haberse retirado ya el primer día —repuso Waxie con desdén—. Usted es del FBI. No tiene jurisdicción sobre esto.

—Ahora que sabemos que existe un delito de fabricación y distribución de droga, la investigación podría pasar a manos del FBI —contestó Pendergast sin inmutarse—. Y de manera inmediata. ¿Eso es lo que quiere?

—Un momento —saltó Horlocker, lanzando una fría mirada a Waxie—. No hay necesidad de llegar a ese extremo. Pero ¿por qué no echamos una buena cantidad de herbicida?

—En este momento no se me ocurre ningún herbicida capaz de matar a todas las plantas sin poner en peligro a los millones de habitantes de Manhattan que consumen ese agua —contestó Pendergast—. ¿Conoce usted alguno, doctora Green?

—Sólo el thyoxin —dijo Margo pensativamente—. Pero tardaría veinticuatro horas, quizá cuarenta y ocho, en matarlas. Es un herbicida de acción lenta.

Margo frunció el entrecejo. Thyoxin, pensó. Yo he oído esa palabra recientemente, estoy segura. Pero ¿dónde? De pronto lo recordó: era una de las palabras que aparecían en las notas fragmentarias del cuaderno quemado de Kawakita.

—Bien, en todo caso será mejor que lo echemos. —Horlocker alzó la vista en un gesto de desesperación—. Tendré que avisar a la Agencia de Protección del Medio Ambiente. ¡Dios, esto se está convirtiendo en un lío de mil demonios!

Margo vio que Horlocker se volvía hacia el hombre de aspecto asustado que trabajaba en el ordenador cercano, encorvado todavía ante el monitor con

exagerada concentración.

—¡Stan!

El hombre se sobresaltó.

—Stan, mejor será que suspenda la secuencia de desagüe —dijo Horlocker con un suspiro—. Al menos hasta que aclaremos este asunto. Waxie, póngase en contacto con Masters. Dígale que continúe con el desalojo de los túneles, pero adviértale que deberemos tener a los mendigos apartados de la circulación otras veinticuatro horas más.

Margo vio que el hombre sentado ante el ordenador palidecía.

Horlocker lo miró de nuevo y preguntó:

—¿Me ha oído, Duffy?

—No puedo suspenderla —contestó el hombre llamado Duffy con voz casi inaudible.

Se produjo un silencio.

—¿Cómo? —preguntó Pendergast.

Al ver la expresión en el rostro de Pendergast, Margo sintió una punzada de miedo. Ella había supuesto que el problema se reducía a convencer a Horlocker.

—¿Qué quiere decir con eso? —prorrumpió Horlocker—. Vaya al ordenador e introduzca la orden.

—No funciona así —respondió Duffy—. Como le expliqué al capitán Waxie, una vez iniciada la secuencia el sistema se alimenta por gravedad. Toneladas de agua vienen en este momento hacia aquí. Los dispositivos hidráulicos son todos automáticos y...

Horlocker dio un puñetazo en la mesa.

—¿De qué demonios me habla?

—No puedo detener el proceso con el ordenador —contestó Duffy con voz entrecortada.

—A mí no me había dicho nada de eso —gimoteó Waxie—. Lo juro...

Horlocker lo obligó a callar con una mirada feroz. Bajando la voz, se dirigió de nuevo al ingeniero.

—No quiero saber lo que *no* puede hacer. Sólo dígame qué *puede* hacer.

—Bueno —masculló Duffy—, alguien podría acceder al desagüe principal desde debajo del Reservoir y cerrar las válvulas manualmente. Pero sería una operación arriesgada. Dudo que los mecanismos manuales de esas válvulas se hayan utilizado desde que se automatizó el sistema. De eso hace al menos doce años. En cuanto al caudal de entrada, es imposible detenerlo. Millones de litros de agua bajan hacia aquí desde las montañas a través de tuberías de dos metros y medio de diámetro. Aunque consigamos cerrar esas válvulas a mano, no hay manera de detener el agua. Cuando entre en el Reservoir desde el norte, subirá el nivel. El agua se desbordará en el Central Parky...

—Da igual que el parque se convierta en un lago. Llévase a Waxie y tantos

hombres como necesite y hágalo.

—Pero, señor —dijo Waxie con los ojos desorbitados—, creo que sería mejor... —Su voz se fue apagando.

Duffy movía nerviosamente las manos.

—Es muy difícil acceder a esos mecanismos —balbuceó—. Están justo debajo del Reservoir, suspendidos bajo el sistema de válvulas, y sale mucha agua. Alguien podría resultar herido...

—Duffy —lo interrumpió Horlockø—, lárguese de aquí ahora mismo y cierre esas válvulas. ¿Entendido?

—Sí —respondió Duffy, lívido.

Horlockø se volvió hacia Waxie.

—Usted puso esto en marcha, y usted lo detendrá. ¿Alguna pregunta?

—Sí, señor —contestó Waxie.

—¿Qué?

—Quería decir no, señor.

Se produjo un silencio. Nadie se movió.

—¿A qué esperan, pues? —bramó Horlockø.

Margo se hizo a un lado para dejar pasar a Waxie cuando éste, de mala gana, se puso en pie y siguió a Duffy hacia la puerta.

La entrada del Whine Cellar —uno de los muchos sótanos rehabilitados como locales nocturnos que habían aparecido por todo Manhattan en el último año— era poco más que una estrecha puerta art déco, colocada como por casualidad en el ángulo inferior izquierdo de la fachada de la Hampshire House. Desde su privilegiada posición junto a la entrada, Smithback veía un mar de cabezas que se extendía a uno y otro lado de la avenida, sobresaliendo sólo las copas de los ginkgos alineados ante el Central Park. Muchos de los manifestantes mantenían la vista baja en reverente silencio; otros —en su mayoría jóvenes con camisetas blancas arremangadas y corbatas aflojadas— bebían cerveza y chocaban las palmas de las manos unos con otros. En la segunda fila, una muchacha sostenía en alto una pancarta que rezaba: PAMELA, NUNCA TE OLVIDAREMOS; una lágrima resbalaba lentamente por su mejilla. Smithback no pudo menos que notar que en la otra mano llevaba un ejemplar del *Post* con su reciente artículo. Cuando la gente de las primeras filas calló, Smithback oyó claramente los gritos de los manifestantes, mezclados con las advertencias de la policía a través de los megáfonos —cada vez más lejanas—, los ululatos de las sirenas y los bocinazos de los coches.

Junto a él, la señora Wisher colocó una vela ante un gran retrato de su hija. Tenía el pulso firme, pero la llama oscilaba incesantemente agitada por la fresca brisa nocturna. El silencio se hizo más profundo cuando se arrodilló para orar. Al cabo de un momento volvió a ponerse en pie y se aproximó a un alto montón de flores, permitiendo a varios amigos adelantarse por turno y depositar sus velas junto a la de ella. Pasaron los minutos. Finalmente la señora Wisher dirigió una última mirada a la fotografía, ahora rodeada de velas. Por un instante pareció tambalearse, y Smithback se apresuró a cogerla del brazo. Ella lo miró, como si de pronto hubiese olvidado sus propósitos. Sin embargo la mirada distante desapareció de sus ojos; dio a Smithback un fuerte apretón en el brazo, casi doloroso, y se soltó de él para volverse hacia la multitud.

—Quiero expresar mi dolor —dijo con voz clara— a todas las madres que han perdido a sus hijos a causa de la delincuencia, de los asesinatos, de la enfermedad que se ha apoderado de esta ciudad y este país. Eso es todo.

Varias cámaras de televisión habían conseguido abrirse paso hasta la primera fila; pero la señora Wisher se limitó a alzar la cabeza en actitud desafiante.

—¡A Central Park West! —anunció a voz en grito—. ¡Y al Great Lawn!

Smithback permaneció cerca de ella mientras la muchedumbre reanudaba la marcha hacia el oeste, impulsada por su propio motor interno. Pese a la abundante bebida que corría entre los manifestantes de menor edad, todo parecía bajo control. Casi parecía que la multitud fuese consciente de estar participando en un acontecimiento memorable. Cruzaron la Séptima Avenida. Casi hasta

donde la vista alcanzaba, se divisaban varias filas ininterrumpidas de luces rojas de freno. El sonido de los silbatos y megáfonos de la policía era ahora un continuo gemido, un monótono ruido de fondo procedente de todas direcciones. Smithback se rezagó por un momento para consultar el programa de la manifestación publicado por el *Post*. Se cumplía el horario previsto. Quedaban tres paradas más, todas en Central Park West. Luego entrarían en el parque para la oración final de medianoche.

Cuando rodeaban Columbus Circle, Smithback echó un vistazo hacia Broadway, una ancha brecha gris entre las apretadas filas de edificios. Allí la policía había actuado más deprisa, y la calle estaba cortada y desierta hasta Times Square, ofreciendo un aspecto extraño sin tráfico, reflejándose la luz de incontables farolas sobre el pavimento. Unos cuantos agentes y coches patrulla controlaban el acceso a la calle en el otro extremo; probablemente el resto de la policía seguía movilizado, en un esfuerzo por organizar la circulación e impedir que se sumasen más manifestantes a la marcha. Smithback movió la cabeza en un gesto de asombro, pensando que una mujer diminuta había conseguido paralizar casi por completo el centro de la ciudad. Después de aquello no podían desoír las quejas de la señora Wisher. Y por esa misma razón tampoco podían pasar por alto sus artículos. Lo tenía ya todo planeado. Primero, un artículo en profundidad sobre el acontecimiento, escrito literalmente a la derecha de la señora Wisher, pero por supuesto con su particular enfoque. Luego una serie de perfiles, entrevistas y notas de elogio, con vistas ya al futuro libro. Fácilmente sacaría medio millón de pavos en concepto de derechos por la edición en tapa dura, quizá el doble por la edición en rústica, y eso sólo por las ventas nacionales; si sumaba los derechos de publicación en otros países, que ascenderían al menos a...

Sus cálculos se vieron de pronto interrumpidos por un extraño ruido. Desapareció y volvió a oírse al cabo de un momento, tan grave que parecía más una vibración que un sonido. Smithback notó que alrededor el rumor de las voces perdía intensidad; por lo visto, otros lo habían oído también. De repente en Broadway, a unas dos manzanas de allí, una tapa de alcantarilla se elevó sobre el asfalto y cayó a un lado. Una nube de vapor ascendió hacia el cielo e instantes después salió un hombre increíblemente sucio, estornudando y tosiendo a la luz de las farolas, sus inmundos harapos agitándose en torno a sus miembros. Por un momento Smithback pensó que era el Artillero, el individuo de aspecto abstraído que lo había guiado hasta Mephisto. Al cabo de unos segundos surgió otro hombre de la boca de alcantarilla, sangrando profusamente por un corte abierto en la sien. Lo siguió un tercero, y un cuarto.

Smithback oyó junto a él una profunda inhalación. Al volverse, vio que la señora Wisher caminaba con paso vacilante. De inmediato se aproximó a ella.

—¿Qué está pasando?—preguntó ella casi en un susurro.

Súbitamente saltó otra tapa de alcantarilla más cerca de los manifestantes, y varias figuras demacradas treparon al exterior, tosiendo y desorientadas. Smithback observó estupefacto al andrajoso grupo, incapaz de adivinar la edad o ni siquiera el sexo de ninguno de ellos bajo el pelo pegoteado y la suciedad incrustada. Algunos blandían trozos de tubería o varillas de acero; otros, bates o porras rotas de policía. Uno llevaba en la cabeza algo que parecía una gorra nueva de policía. Los manifestantes más próximos a Broadway se habían detenido y contemplaban el espectáculo. Smithback oyó un nuevo rumor entre la multitud que lo rodeaba: murmullos de preocupación por parte de las personas de mayor edad y mejor vestidas; silbidos y abucheos procedentes de los jóvenes radicales y los oficinistas. Una neblina verde emanó de la estación de metro de la línea IRT, y más mendigos subieron atropelladamente por la escalera. A medida que salía más gente de las bocas de alcantarilla y el metro, fue formándose un andrajoso ejército, y en sus rostros el inicial desconcierto dio paso a una manifiesta hostilidad.

Uno de los harapientos se acercó y dirigió una mirada furiosa a la primera fila de manifestantes. Abrió la boca y prorrumpió en un inarticulado rugido de rabia y frustración, alzando una varilla de acero sobre la cabeza como si fuese un bastón.

En respuesta, los demás mendigos gritaron y levantaron las manos. Smithback advirtió que cada mano sujetaba algo: piedras, trozos de cemento, barras de hierro. Muchos tenían cortes y contusiones. Daba la impresión de que estuviesen preparándose para una batalla, o acabasen de librarla.

¿Qué demonios es esto?, pensó Smithback. ¿De dónde han salido estos tipos? Por un instante se preguntó si se trataría acaso de una especie de atraco a gran escala. Recordó de pronto las últimas palabras de Mephisto mientras él escuchaba agachado en la oscuridad: «Buscaremos *otras* maneras de hacernos oír». Ahora no, pensó Smithback. No podrían haber elegido peor momento.

Una voluta de humo se aproximó arrastrada por la brisa, y varios de los manifestantes que se hallaban más cerca empezaron a jadear. Al cabo de unos segundos, Smithback sintió un intenso escozor en los ojos y comprendió que lo que le había parecido vapor era en realidad gas lacrimógeno. En el tramo desierto de Broadway, más allá de los mendigos, Smithback vio a un reducido grupo de policías—sus uniformes desgarrados y sucios— salir por una escalera del metro y dirigirse a tropicones hacia los lejanos coches patrulla.

«Joder —pensó—, aquí ha pasado algo serio» .

—¿Dónde está Mephisto?—preguntó a voz en cuello uno de los mendigos.

—He oído decir que se lo llevaba la policía.

La turba se enardecía por momentos.

—¡Polis de mierda! —exclamó alguien—. Me juego algo a que le han dado una paliza.

—¿Qué hacen ahí esos asquerosos? —oyó preguntar Smithback a un joven detrás de él.

—No lo sé —contestó otra voz—. Desde luego es demasiado tarde para cobrar un cheque de la protección social.

El comentario se recibió con risas y abucheos dispersos.

—¡Mephisto! —empezó a entonar la multitud de harapientos frente a ellos—. ¿Dónde está Mephisto?

—Seguramente esos hijos de puta lo han asesinado.

Se produjo un repentino alboroto entre los manifestantes en el lado de la calle contiguo al parque, y Smithback, al volverse, vio que en el suelo una gran rejilla del metro se abría violentamente y salía otro grupo de mendigos.

—¡Asesinado! —denunciaba un harapiento—. ¡Esos cabrones lo han asesinado!

El hombre que se había adelantado agitó su varilla de acero.

—¡Lo pagarán! ¡Esta vez lo pagarán! —Alzó los brazos—. ¡Esos hijos de puta nos han gaseado!

En respuesta, la turba de vagabundos prorrumpió en furiosos gritos.

—¡Han arrasado nuestros hogares!

Otro rugido surgió de la turba.

—¡Ahora nosotros destrozaremos los suyos!

El harapiento lanzó su varilla contra el cristal de una sucursal bancaria cercana. La varilla rompió la vidriera y fue a caer en el vestíbulo. Empezó a sonar una alarma, ahogada de inmediato por el bullicio ambiental.

—¡Eh! —protestó alguien junto a Smithback—. ¿Habéis visto qué ha hecho ese gilipollas?

La turba de vagabundos, vociferando, arrojó una lluvia de objetos hacia los edificios de Broadway. Smithback, mirando a izquierda y derecha, vio que seguían saliendo mendigos de las alcantarillas, los respiraderos y las bocas de metro, desahogando en Broadway y Central Park West su ira incoherente. Por encima de los alaridos, oyó el tenue e insistente ulular de los vehículos de emergencia. Incontables fragmentos de cristal resplandecían sobre el pavimento negro.

Smithback se sobresaltó al oír la voz amplificada de la señora Wisher. Con el micrófono en la mano, se había vuelto para arengar a los manifestantes.

—¿Ven lo que está ocurriendo? —preguntó. Su voz reverberó en las altas fachadas y se perdió en el parque oscuro y silencioso—. Esta gente pretende destruir lo que nosotros hemos venido a preservar.

En torno a ella comenzaron a elevarse voces indignadas. Smithback miró alrededor. Los grupos de manifestantes de mayor edad —los iniciales seguidores de la señora Wisher— cruzaban unas palabras, señalaban hacia la Quinta Avenida o Central Park West y se alejaban apresuradamente, huyendo del

inminente enfrentamiento. Otros, los elementos más jóvenes y agresivos, gritaban airados y avanzaban hacia la turba.

Las cámaras de televisión iban de un lado a otro, unas enfocando a la señora Wisher, otras a los vagabundos, que subían por la calle, haciendo acopio de nuevos proyectiles en los contenedores y cubos de basura, lanzando aullidos de ira y desafío.

La señora Wisher miró a los manifestantes, extendió las manos y volvió a juntarlas como si reuniese al grupo bajo su estandarte.

—¡Fijense en esa escoria! ¿Vamos a consentirlo, esta noche precisamente?

En el posterior instante de silencio, dirigió a la multitud una mirada en parte interrogativa, en parte suplicante. Los vagabundos de las primeras filas interrumpieron por un momento sus desmanes, sorprendidos por aquella voz atronadora y omnipresente que surgía de una docena de altavoces.

—¡Nada de eso! —exclamó una voz joven.

Con una mezcla de veneración y temor, Smithback observó a la señora Wisher, que alzó un brazo por encima de la cabeza y luego, con imperiosa determinación, lo bajó y señaló a la creciente muchedumbre de vagabundos.

—¡Ésa es la gente que destruiría nuestra ciudad! —declaró, y si bien su voz era firme, Smithback detectó un asomo de histeria.

—¡Fijaos en esos vagos! —gritó un joven, abriéndose paso hasta la primera fila de manifestantes. Un ruidoso grupo se congregó junto a él, a escasos tres metros de los mendigos. Dirigiéndose al jefe, dijo—: ¡Búscate un trabajo, gilipollas!

Entre los topos se produjo un silencio sepulcral y amenazador.

—¿Te crees que me mato a trabajar y pago impuestos para mantenerte? —preguntó el joven.

Un murmullo de indignación surgió de la muchedumbre de mendigos.

—¿Por qué no haces algo por tu país en lugar de vivir de él? —reprochó el joven. Dio un paso al frente y escupió en el suelo—. Vago de mierda.

Los manifestantes lanzaron un rugido de aprobación.

Un mendigo se adelantó al resto, agitando el puño del brazo izquierdo.

—¡Mira lo que he hecho por mi país! —graznó—. Lo he dado *todo*. —Mostró el puño a un lado y a otro y, con la cara crispada por la ira, se volvió hacia el joven—. Chu Lai, ¿te suena de algo?

Los topos avanzaron, y el colérico murmullo se convirtió en clamor.

Smithback observó a la señora Wisher, que seguía mirando a los mendigos con expresión fría y severa. Creía realmente que aquellos individuos eran el enemigo, comprendió Smithback con creciente incredulidad.

—¡Vete a la mierda, sanguijuela! —profirió una voz ebria.

—¡Vete a atracar a tus amigos izquierdistas! —gritó un joven fornido, provocando un estallido de estentóreas carcajadas.

—¡Mataron a mi hermano! —dijo indignado un topo, un hombre alto y delgado—. Caído por la patria, colina Phon Mak, 2 de agosto de 1969. —Dio un paso al frente y levantó el dedo medio en un violento gesto ante el joven fornido—. Métete en el culo tu país de mierda, gilipollas.

—La lástima es que no te matasen a ti también —replicó el joven—. Así habría un despojo menos vagando por las calles.

De pronto una botella, lanzada desde la multitud encolerizada de mendigos, voló por el aire y acertó de pleno en la cabeza del joven. Éste retrocedió tambaleándose, sosteniéndose apenas sobre las piernas, y se llevó las manos a la frente, que sangraba a borbotones.

Fue como si la muchedumbre de manifestantes estallase de repente. Con un clamor inarticulado, los jóvenes se abalanzaron hacia los mendigos. Smithback miró alrededor desconcertado. Los manifestantes de mayor edad habían desaparecido, dejando atrás a los elementos incontrolables y ebrios. Él mismo se vio envuelto por la horda de manifestantes que arremetía con gritos furiosos contra los mendigos. Zarandeado y momentáneamente desorientado, buscó a la señora Wisher y su séquito, pero también ellos se habían evaporado.

Por más que forcejeó, Smithback se vio arrastrado por la riada de gente. Por encima del vocerío, empezó a oír el escalofriante ruido de los palos contra los huesos y los puños contra la carne. Alaridos de dolor y rabia se mezclaron con el griterío colérico. Notó un golpe en los hombros y cayó de rodillas, cubriéndose instintivamente la cabeza con los brazos. De reojo vio deslizarse su casete por el asfalto y quedar reducido a añicos bajo los pies de los contendientes. Intentó levantarse, pero se agachó de nuevo al ver volar en su dirección un pedazo de cemento. Resultaba asombroso contemplar cómo, en cuestión de segundos, el caos se había adueñado de las calles oscuras.

La gran duda era qué o quién había obligado a los mendigos a salir en tropel a la superficie. Smithback sólo sabía que de pronto cada bando veía al rival como la encarnación del diablo. Se había impuesto la mentalidad de las masas exaltadas.

Aún de rodillas, irguió el tronco y miró alrededor desesperado, entre sacudidas y empujones. La manifestación se había disuelto. Sin embargo su artículo aún era salvable; quizá no sólo salvable si aquella algarada alcanzaba las proporciones que cabía prever. Pero tenía que alejarse de la muchedumbre, apostarse en algún lugar elevado desde donde disponer de una buena perspectiva de la situación. Miró al norte, hacia el parque. Sobre el mar de puños y palos en alto, avistó la estatua en bronce de Shakespeare, que contemplaba plácidamente el caos. Agachado, se encaminó hacia allí. Un vagabundo de ojos desorbitados corrió hacia él, aullando y blandiendo amenazadoramente una botella vacía de cerveza. De manera instintiva, Smithback lanzó el puño, y la figura se desplomó con las manos en el estómago. Sorprendido, Smithback advirtió que era una mujer.

—Lo siento, señora —murmuró, escabullándose.

Mientras cruzaba Central Park South, crujían bajo sus pies los cascotes y cristales rotos. Apartó a un borracho de un empujón, se abrió paso entre un grupo de ruidosos jóvenes con trajes caros pero hechos jirones y finalmente llegó a la otra acera.

En la periferia del tumulto, el ruido decrecía notablemente. Evitando los excrementos de paloma, trepó al pedestal de la estatua y se agarró a los pliegues inferiores de la ropa de Shakespeare. Luego se encaramó al brazo y el libro de bronce, y desde allí se subió a los anchos hombros del bardo.

La vista era imponente. La refriega se extendía por Central Park South y Broadway abajo. De la estación de metro de Columbus Circle, así como de las rejillas y respiraderos que bordeaban el parque, seguían saliendo mendigos. Nunca habría imaginado que hubiese tanta gente sin hogar en el mundo, y tampoco, de hecho, tantos jóvenes yuppies borrachos. Desde allí veía también a los manifestantes de mayor edad, la guardia principal de la plataforma Recuperemos Nuestra Ciudad, que se retiraban en ordenada formación hacia Amsterdam Avenue, alejándose lo más posible del tumulto e intentando desesperadamente encontrar taxis. Ante él, se formaban y desintegraban sin cesar grupos de gente vociferante. Con horrorizada fascinación, contempló los lanzamientos de objetos, las peleas a puñetazos, las batallas con palos. En el suelo yacían ya numerosas víctimas, sin conocimiento o acaso algo peor. La sangre corría entre los cascotes y cristales rotos que salpicaban la calle. A la vez, buena parte del enfrentamiento se reducía a insultos, empujones y afectados aspavientos; mucho ruido y pocas nueces. Por fin, varios destacamentos de policía antidisturbios abrieron brecha en la multitud; pero no eran suficientes, y la algarada se desplazaba gradualmente hacia el parque, donde sería más difícil controlarla. ¿Dónde se ha metido el resto de la policía?, volvió a preguntarse Smithback.

Pese a su horror y aversión, una parte de él experimentaba una sensación de euforia: ¡Qué artículo saldría de todo aquello! Aguzó la vista en la oscuridad, intentando retener las imágenes en su memoria, redactando ya mentalmente el encabezamiento de la crónica. La turba de mendigos parecía ganar terreno, gritando con justificada ira y obligando a retroceder hacia el parque a los manifestantes. Aunque sin duda muchos de los topos se hallaban debilitados por sus precarias vidas, era evidente que conocían mucho mejor las tácticas de la reyerta callejera que sus adversarios. Varias cámaras de televisión habían quedado destrozadas en el tumulto, y las restantes unidades móviles, sus focos brillando en la oscuridad, se habían agrupado en una defensiva falange. Otros, subidos a los tejados de los edificios próximos y provistos de teleobjetivos, envolvían a los alborotadores en un misterioso resplandor blanco.

Una mancha azul en la multitud llamó su atención. Un apretado grupo de

policías, con las porras en alto, se abría camino entre la muchedumbre. En el centro del grupo vio a un civil asustado con un poblado bigote y a un tipo gordo y sudoroso que reconoció en el acto. Era el capitán Waxie.

Intrigado, Smithback observó desfilar al grupo entre los alborotadores. Allí había algo extraño. Al cabo de un momento cayó en la cuenta: los policías no hacían nada para detener la lucha o controlar a la multitud. Por lo visto, se limitaban a proteger a los dos hombres situados en el centro del grupo, Waxie y el otro tipo. Por fin llegaron a la acera y corrieron hacia una de las entradas del parque. Obviamente habían acudido allí con alguna misión; se dirigían apresuradamente a algún sitio en particular.

« Pero ¿qué misión puede ser más importante que dispersar un tumulto? », pensó Smithback

Permaneció tenso e inmóvil por unos instantes sobre los hombros de Shakespeare, atormentado por la indecisión. Luego bajó rápidamente de la estatua, rodeó la baja tapia de piedra y corrió tras el grupo, adentrándose en la envolvente oscuridad del Central Park

D'Agosta se retiró de los labios el cigarro húmedo, se quitó una hebra de tabaco de la lengua y examinó la boquilla húmeda con irritación. Margo lo observó palparse los bolsillos en busca de una cerilla. No la encontró y miró a Margo enarcando las cejas en una tática interrogación. Ella movió la cabeza en un gesto de negación. D'Agosta se volvió hacia Horlocker y abrió la boca para hablar, pero cambió de idea. El jefe tenía una radio portátil pegada a la oreja y no parecía muy contento.

—¿Mizner?—vociferó—. ¿Me recibe?

Se oyó un prolongado y débil gemido que, supuso Margo, debía de ser Mizner.

—Simplemente reduzca y detenga a los... —empezó a decir Horlocker.

Se oyó otro débil gemido.

—¿Quinientos? ¿Que han salido del metro? Mire, Mizner, no me venga con ésas. ¿Por qué no están en los autobuses?

Horlocker calló de nuevo para escuchar. Con el rabillo del ojo, Margo vio a Pendergast sentado en el borde de una silla, apoyado contra una unidad de radio móvil, al parecer absorto en la lectura de un ejemplar del periódico *Policeman's Gazette*.

—Control antidisturbios, gases lacrimógenos, me importa un carajo el método que... ¿Los manifestantes? ¿Cómo que están luchando con los manifestantes? —Apartó la radio, la observó con incredulidad y volvió a acercársela al oído—. No, por Dios, no use el gas cerca de los manifestantes. Mire, tenemos a la Veinte y la Veintidós bajo tierra; la Veintiuno está en los puestos de control; la parte alta se encuentra... En fin, déjelo. Dígale a Perillo que convoque a todos los subjefes a una reunión relámpago dentro de cinco minutos. Haga venir gente de fuera de Manhattan, movilice a los agentes que no están de servicio, traiga guardia urbana, lo que sea. Necesitamos más hombres en ese punto, ¿me ha oído?

Cortó la comunicación con un golpe furioso y descolgó el auricular de un teléfono.

—Curtis, póngame con la oficina del gobernador. La evacuación se ha desplazado hacia el sur, y parte de los mendigos que hemos desalojado de los túneles en la zona del parque están causando disturbios. Se han tropezado con la manifestación en Central Park South. Tendrá que intervenir la Guardia Nacional. Luego póngase en contacto con Masters; vamos a necesitar un helicóptero de la Unidad de Respuesta Táctica por si acaso. Dígale que saque los vehículos de asalto del arsenal de Lexington Avenue. No, esto último olvídelo; ni siquiera conseguirían llegar. Mejor avise a la subcomisaría del parque. Yo mismo telefonaré al alcalde.

Colgó, esta vez con mayor suavidad. Una única gota de sudor descendía con lentitud por su frente, que en cuestión de segundos había pasado de un encendido

color rojo a un gris ceniciento. Horlocker miró alrededor, aparentemente sin ver a los policías que corrían de un lado a otro del centro de control, ni los transmisores que crepitaban en innumerables bandas de frecuencia. A ojos de Margo, parecía un hombre cuyo mundo acabase de hundirse de repente.

Pendergast plegó cuidadosamente el periódico y lo dejó en la mesa. Luego se inclinó y se atusó el claro cabello con la mano derecha.

—He estado dando vueltas a este asunto —comentó casi con despreocupación.

Ajá, pensó Margo.

Pendergast se aproximó despacio hasta situarse frente a Horlocker.

—Me parece que esta situación es demasiado peligrosa para dejarla en manos de un solo hombre.

Horlocker cerró los ojos. Al cabo de un momento, volvió a abrirlos y, como si realizase un colosal esfuerzo, dirigió la mirada hacia el rostro plácido de Pendergast.

—¿De qué demonios me habla? —preguntó.

—Dependemos de que nuestro amigo Waxie cierre manualmente las válvulas del Reservoir y detenga el proceso de desagüe.

Pendergast se llevó un dedo a los labios como si estuviese a punto de revelar un secreto.

—Sin querer pecar de indiscreto, opino que el capitán Waxie ha demostrado no ser... digamos, el más fiable de los recaderos. Si fracasa, se producirá una catástrofe de proporciones inimaginables. La planta de Mbwun será arrastrada por el agua hasta los túneles Astor y de ahí saldrá al mar abierto. Una vez expuesto a la salinidad, el retrovirus quedará fuera de control. Podría alterar la ecología marina de manera sustancial.

—Peor aún —se oyó decir Margo—, puede que se introduzca en la cadena alimentaria, y a partir de ahí... —Se interrumpió.

—Esa historia ya la he oído antes —repuso Horlocker—. Y la segunda vez no mejora en absoluto. Hable claro.

—Propongo lo que en el FBI llamamos una solución redundante —dijo Pendergast.

Cuando Horlocker se disponía a hablar, un policía uniformado le hizo una seña desde una mesa de comunicaciones.

—El capitán Waxie para usted, señor —anunció—. Se lo paso por la línea abierta.

Horlocker cogió de nuevo el auricular.

—Waxie, informe de su situación. —Calló para escuchar—. Hable más alto; no oigo nada. ¿Qué? ¿Cómo que no está seguro? ¡Pues resuélvalo, maldita sea! A ver, póngame con Duffy. Waxie, ¿me oye? Se está cortando. ¿Waxie? ¡Waxie!

Dejó el auricular en su horquilla con un ruidoso golpe.

—¡Comuníqueme otra vez con Waxie! —bramó.

—¿Me permite que continúe? —preguntó Pendergast—. Si lo que acabo de oír es indicio de algo, nos queda poco tiempo, así que seré breve. Si Waxie fracasa y el Reservoir se desagua, debemos tener a punto un plan alternativo para impedir que las plantas lleguen al Hudson.

—¿Y cómo demonios vamos a hacerlo? —preguntó D'Agosta—. Son casi las diez. La operación de desagüe está programada para dentro de poco más de dos horas.

—¿No habría alguna manera de evitar sólo el paso de las plantas? —sugirió Margo— ¿Colocando filtros en las tuberías de desagüe o algo así?

—Una idea interesante, doctora Green —dijo Pendergast, mirándola con sus ojos claros. Guardó silencio por un instante—. Imagino que servirían unos filtros de cinco micras. Pero ¿dónde encontraríamos filtros de las dimensiones necesarias y a fabricados? ¿Y cómo calcularíamos las tolerancias requeridas para resistir la enorme presión del agua? ¿Y cómo podríamos asegurarnos de que habíamos obstruido todas las salidas? —Negó con la cabeza—. Me temo que la única solución que tenemos, dada la limitación de tiempo, es cerrar las salidas de los túneles Astor con explosivos. He estudiado los planos. Bastaría con una docena de cargas de C-4 colocadas en los lugares precisos.

Horlocker se volvió hacia Pendergast.

—Está loco —dijo con calma.

En la puerta del centro de control se produjo un repentino alboroto, y Margo, al dirigir hacia allí la mirada, vio entrar atropelladamente a varios policías. Llevaban los uniformes rotos y enlodados, y uno de ellos tenía una aparatosa brecha en la frente. En medio del grupo, forcejeaba ferozmente un hombre en extremo sucio con un andrajoso traje de pana. Manchas de sangre veteaban su apelmazada cabellera gris. Rodeaba su cuello un gran collar de turquesas, y las puntas de una barba mugrienta le rozaban los puños esposados.

—Hemos cogido al cabecilla —informó con voz entrecortada uno de los policías, arrastrando al hombre hasta Horlocker.

D'Agosta lo miró con expresión de incredulidad.

—¡Es Mephisto! —exclamó.

—¡Vaya! —comentó Horlocker con tono sarcástico—. ¿Un amigo suyo?

—Simplemente un conocido —respondió Pendergast.

Margo observó al hombre llamado Mephisto, que escrutó alternativamente a D'Agosta y Pendergast. De pronto, al reconocerlos, apareció un brillo en su penetrante mirada y su rostro enrojeció.

—¡Vosotros! —acusó con voz sibilante—. ¡Whitey! Erais espías. ¡Traidores! ¡Cerdos!

Se revolvió con furia y consiguió zafarse de los agentes, pero de inmediato lo derribaron y sujetaron de nuevo. Se resistió y pugné, alzando las manos

esposadas.

—¡Judas! —prorrumpió, mirando a Pendergast.

—Es un jodido lunático —comentó Horlocker, observando el forcejeo del grupo en el suelo embaldosado.

—Lo dudo —repuso Pendergast—. ¿Acaso actuaría usted de otra manera si acabasen de gasear su casa para desalojarlo por la fuerza?

Mephisto arremetió de nuevo.

—¡Agárrenlo, por Dios! —ordenó Horlocker, alejándose a una distancia prudencial. A continuación se volvió hacia Pendergast y con insultante delicadeza, como parodiando a un padre que sigue la corriente a un hijo tonto, dijo—: Y ahora veamos si he entendido bien. Propone usted volar los túneles Astor, ¿no es así?

—Más que los túneles, las salidas —contestó Pendergast, indiferente al sarcasmo—. Es vital impedir que el agua del Reservoir llegue al mar. Pero quizá así podríamos resolver los dos problemas: acabar con los habitantes de los túneles Astor y, a la vez, impedir que se propague el retrovirus. Sólo tenemos que retener el agua durante cuarenta y ocho horas, hasta que el herbicida cumpla su función.

De reojo, Margo advirtió que Mephisto se había quedado inmóvil.

—Podemos enviar un equipo de submarinistas por los canales de desagüe del río —continuó Pendergast—. El trayecto hasta el sumidero de los túneles Astor es relativamente sencillo.

Horlocker movió la cabeza en un gesto de negación.

—He estudiado detenidamente el sistema —aseguró Pendergast—. Al llenarse los túneles Astor, el agua se encauza hacia el colector lateral del West Side. Eso es lo que debemos tapar.

—Esto es increíble —dijo Horlocker, inclinando la cabeza y apoyándola en los nudillos de una mano.

—Pero cabe la posibilidad de que no baste con eso —prosiguió Pendergast, pensando en voz alta sin prestar atención a Horlocker—. Para asegurarnos, debemos cerrar la Buhardilla del Diablo también desde arriba. Según los planos, el Cuello de Botella y sus tuberías de desagüe son un sistema cerrado hasta el Reservoir, así que para mantener el agua embalsada sólo hay que cerrar cualquier vía de salida situada inmediatamente debajo. Eso impedirá asimismo que esas criaturas encuentren refugio en alguna bolsa de aire.

Horlocker no salía de su asombro. Pendergast cogió un papel y dibujó rápidamente un diagrama.

—¿Ve? —dijo—. El agua descenderá por el Cuello de Botella, aquí. El segundo equipo bajará desde la superficie y cerrará cualquier canal de salida situado justo debajo del Cuello de Botella. Varios niveles más abajo se encuentra la Buhardilla del Diablo y los canales de desagüe que derivan el agua hacia el río. El equipo de submarinistas de la Compañía de Operaciones Especiales de la

Marina colocará las cargas en las bocas de esos canales. —Alzó la vista—. El agua se embalsará en los túneles Astor, y los rugosos no tendrán escapatoria.

Un ronco resuello surgió de la garganta del hombre esposado, y a Margo se le erizó el vello de la nuca.

—Yo acompañaré al segundo equipo, naturalmente —continuó Pendergast con calma—. Necesitarán un guía, y ya he estado allí una vez. Tengo un plano rudimentario de esa área y he estudiado la documentación existente sobre las obras subterráneas más cercanas a la superficie. Iría yo solo, pero harán falta varios hombres para transportar el explosivo plástico.

—No dará resultado, Judas —advirtió Mephisto con aspereza—. No llegará a la Buhardilla del Diablo a tiempo.

Horlocker alzó de pronto la vista y dio un puñetazo en la mesa.

—Ya he oído bastante —espetó—. Se acabó el recreo. Pendergast, tengo una situación de crisis entre manos, así que lárguese.

—Sólo yo conozco los túneles lo suficiente para llevarlo de ida y vuelta antes de las doce —afirmó Mephisto, mirando fijamente a Pendergast.

Pendergast sostuvo su mirada con expresión pensativa.

—Puede que tenga razón —contestó por fin.

—Ya basta —bramó Horlocker al grupo de policías que custodiaban a Mephisto—. Llévenselo. Nos ocuparemos de él cuando las cosas vuelvan a la normalidad.

—¿Y qué ganaría usted con eso, señor Mephisto? —preguntó Pendergast.

—Espacio para vivir. El fin del acoso. Una compensación para mi gente.

Pendergast observó a Mephisto con rostro inescrutable.

—He dicho que se lo lleven —repitió Horlocker, furioso.

Los policías obligaron a Mephisto a levantarse y empezaron a arrastrarlo hacia la puerta.

—Quédense donde están —dijo Pendergast. Pese a que no había alzado la voz, el tono era tan imperioso que los policías, instintivamente, se detuvieron en seco.

Horlocker se volvió hacia él. Una vena palpitaba en su sien.

—¿Qué se ha creído? —preguntó casi en un susurro.

—Jefe Horlocker, tomo bajo mi custodia a este individuo por la autoridad que me confiere ser agente federal del gobierno de Estados Unidos.

—Eso es un farol —replicó Horlocker.

—Pendergast —susurró Margo—, nos quedan apenas dos horas.

El agente movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Me gustaría quedarme e intercambiar cumplidos, pero por desgracia no tengo tiempo —dijo, dirigiéndose a Horlocker. Volviéndose hacia D'Agosta, añadió—: Vincent, por favor, pida la llave de las esposas a estos caballeros.

Pendergast miró al grupo de policías.

—Ustedes, dejen a ese hombre bajo mi custodia.

—¡No obedezcan! —gritó Horlocker.

—Señor, no puede oponerse a los federales —respondió uno de los policías.

Pendergast se acercó al harapiento, que estaba ya junto a D'Agosta, frotándose las muñecas esposadas.

—Señor Mephisto —dijo Pendergast en voz baja—. Ignoro qué papel ha desempeñado en los sucesos de hoy, y no puedo garantizar su libertad. Pero si me ayuda, quizá podamos librar a esta ciudad de los asesinos que han estado cebándose en su comunidad. Y le prometo que sus reivindicaciones de derechos para la gente sin hogar serán escuchadas. —Tendió su mano. Mephisto entornó los ojos.

—Ya me mintió una vez —reprochó.

—No había otra forma de acceder a usted —contestó Pendergast sin retirar la mano—. Esto no es una lucha entre ricos y pobres. Si antes lo era, ya no lo es. Si fracasamos, todos padeceremos las consecuencias por igual, Park Avenue y la Ruta 666.

Siguió un largo silencio. Por fin Mephisto asintió.

—¡Qué conmovedor! —exclamó Horlocker—. Espero que se ahoguen en la mierda.

Smithback miró a través de la oxidada rejilla del suelo de la pasarela sobre la que se hallaba hacia la vertiginosa oscuridad del pozo revestido de ladrillo. Oía a Waxie y el resto del grupo —a gran profundidad—, pero no los veía. Una vez más esperó fervientemente que aquello no fuese una pérdida de tiempo. Pero al fin y al cabo había seguido a Waxie hasta allí, y bien podía esperar un rato y averiguar qué ocurría.

Avanzó con cautela, intentando ver a los cinco hombres que estaban bajo él. La pasarela podrida colgaba de la cara inferior de un gigantesco cuenco de metal picado, formando un arco largo y suave hacia un pozo que parecía descender al centro mismo de la tierra. La pasarela se combaba cada vez que Smithback se movía. Al llegar a una escalerilla vertical, se asomó al frío espacio y miró hacia abajo. Una batería de reflectores iluminaba el pozo, pero ni siquiera su potente luz conseguía penetrar plenamente en la oscuridad. Un hilillo de agua procedente de una grieta en el techo caía en espiral hacia el vacío, desapareciendo silenciosamente en la negrura. De arriba llegaba un sonido metálico, semejante a los chirridos del casco de un submarino bajo altas presiones. Una continua corriente de aire fresco ascendía del fondo del pozo, agitándole el flequillo.

Ni en sus más descabelladas fantasías habría imaginado que pudiese existir un espacio tan antiguo y extraño bajo el Reservoir del Central Park. Suponía que el gran techo de metal era en realidad el depósito de desagüe del Reservoir, donde su lecho de tierra se unía con la compleja red de colectores y canales de alimentación. Procuró no pensar en la enorme masa de agua suspendida justo sobre su cabeza.

En las sombras del pozo, vio al grupo sobre una pequeña plataforma contigua a la escalerilla. Smithback distinguía vagamente una maraña de tuberías de hierro, ruedas y válvulas semejante a una máquina infernal de una pesadilla de la era industrial. La escalerilla debía de estar muy resbaladiza a causa del vapor condensado y la pequeña plataforma situada bastante más abajo no tenía barandilla. Smithback apoyó un pie en el primer escalón, pero se lo pensó mejor y retrocedió. Este es tan buen puesto de observación como cualquier otro, se dijo, acuclillándose en la pasarela. Desde allí lo veía todo, permaneciendo él prácticamente invisible.

Abajo, los haces de las linternas se deslizaban por las paredes de ladrillo. Las voces de los policías, resonantes y distorsionadas, flotaban hacia él. Reconoció el timbre grave de Waxie, que había oído antes desde la cabina de proyección del museo. Al parecer, el corpulento policía hablaba por su radio. Guardó la radio y se volvió hacia el hombre de aspecto nervioso en mangas de camisa. Por lo visto, discutían enconadamente por algo.

—Es usted un embustero —acusaba Waxie—. A mí no me ha dicho que la

operación era irreversible.

—Sí se lo he dicho, claro que se lo he dicho —gimoteó el otro hombre—. Y usted incluso ha remarcado que no habría cambio de planes. Ojalá hubiese grabado la conversación, porque...

—Cállese. ¿Son ésas las válvulas?

—Están aquí, al fondo.

Siguió un instante de silencio y luego, cuando los hombres cambiaron de posición, una chirriante protesta del metal.

—¿Es segura esta plataforma? —preguntó Waxie, y su voz retumbó en las profundidades del pozo.

—¿Y yo qué sé? —respondió la voz aguda—. Cuando se informatizó el sistema, abandonaron el mantenimiento...

—De acuerdo, de acuerdo. Usted, Duffy, haga lo que tenga que hacer, y marchémonos de aquí.

Smithback asomó un poco más la cabeza y vio que el hombre llamado Duffy examinaba el juego de válvulas.

—Tenemos que cerrar manualmente todas éstas, que corresponden al desagüe principal —explicó el hombre—. Así, cuando el ordenador dé inicio a la operación de desagüe, las compuertas se abrirán, pero estas válvulas manuales contendrán el agua. Actúan sobre el sifón principal, si es que aún funcionan. Como le he dicho, nunca se ha probado.

—Estupendo. Quizá le den el premio Nobel. Hágalo cuanto antes.

Hacer ¿qué?, se preguntó Smithback. Daba la impresión de que intentaban impedir el desagüe del Reservoir. No pudo menos que lanzar una mirada a la salida ante la sola idea de que millones de litros pudiesen escapar del depósito que se extendía sobre su cabeza. Pero ¿por qué?, pensó. ¿Algún fallo técnico? Fuera lo que fuese, dudaba que por aquello mereciese la pena perderse el mayor disturbio callejero de los últimos cien años. Smithback sintió un creciente desánimo; definitivamente allí no estaba la noticia.

—Ayúdeme a girar esto —dijo Duffy.

—Ya lo han oído —bramó Waxie, volviéndose hacia los policías.

Desde su puesto de observación, Smithback vio cómo dos de las pequeñas figuras agarraban una gran rueda de hierro. Se oyó un ligero gruñido.

—No se mueve —anunció uno de los policías.

Duffy se inclinó para inspeccionar de cerca el mecanismo.

—¡Alguien ha estado tocando esto! —exclamó, señalando con el dedo—. Fíjese. Han bloqueado el eje con plomo. Y han roto estas válvulas. Recientemente, además.

—No me venga con gilipolleces, Duffy.

—Mírelo usted mismo. Esto está inservible.

Se produjo un silencio.

—¡Mierda! —protestó Waxie, visiblemente preocupado—. ¿Puede arreglarse?

—Claro que sí. Siempre y cuando tuviésemos veinticuatro horas. Y sopletes de acetileno, un soldador por arco, vástagos de válvula nuevos, y quizá una docena de piezas más que no se fabrican desde principios de siglo.

—Eso no me sirve. Si no impedimos el desagüe manualmente, estamos perdidos. Usted nos ha metido en este lío, Duffy. Más le vale que lo solucione de una puñetera vez.

—¡Váyase a la mierda, capitán! —Su aguda voz resonó en el pozo—. Ya he aguantado bastante. Es usted un estúpido y un grosero. Ah, sí, y un gordo.

—Eso constará en el informe, Duffy.

—Pues no se olvide de poner lo de gordo, porque...

De pronto quedaron todos en silencio.

—¿Huelen eso? —preguntó uno de los policías.

—¿Qué demonios será? —dijo otra voz.

Smithback olfateó el aire fresco y húmedo, pero no percibió más olor que el del moho y los ladrillos mojados.

—Larguémonos de aquí —propuso Waxie, y de inmediato se agarró a la escalerilla y empezó a subir.

—¡Espere un momento! —dijo Duffy—. ¿Y qué hacemos con las válvulas?

—Acaba de decirme que no podía arreglarlas —contestó Waxie sin mirar abajo.

Smithback oyó una ligera vibración procedente del oscuro fondo del pozo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Duffy, quebrándosele la voz.

—¿Viene o no? —gritó Waxie, izando su torpe cuerpo travesaño a travesaño.

Mientras Smithback miraba, Duffy, vacilante, se asomó al borde de la plataforma a echar un vistazo. Al instante se dio media vuelta y comenzó a trepar por la escalerilla detrás de Waxie. Los policías de uniforme lo siguieron. Smithback supo que en cinco minutos llegarían a la pasarela. Para entonces tendría que haberse marchado, retrocediendo con sigilo por la larga pasarela hasta la salida. Y sin una mala noticia que contar después de tantas molestias. Se volvió para irse, esperando no haberse perdido el resto de la algarada y preguntándose dónde estaría la señora Wisher en esos momentos. «¡Por Dios, qué equivocación! —pensó—. ¿Cómo es posible que la intuición me haya fallado de este modo?». Con la mala suerte que tenía, aquel gilipollas de Bryce Harriman ya debía...

Abajo resonó un chirrido de goznes oxidados e inmediatamente después un violento golpe en una rejilla de hierro.

—¿Qué ha sido eso? —oyó preguntar a Waxie.

Smithback volvió a asomarse. Vio que las figuras colgadas de la escalerilla se habían detenido de repente. Todavía flotaba en el pozo el eco de la última

pregunta de Waxie, desvaneciéndose lentamente. Todo quedó en silencio. Y en el silencio empezó a cobrar forma un rápido golpeteo de pies y manos en los travesaños de la escalerilla, mezclado con unos extraños gruñidos y resuellos que a Smithback le pusieron la carne de gallina.

Las linternas de los policías rastrearón la oscuridad sin revelar nada.

—¿Quién hay ahí? —dijo Waxie, mirando hacia abajo.

—Sube un grupo de gente por la escalerilla —anunció por fin uno de los agentes.

—¡Somos policías! —gritó Waxie, su voz de pronto mucho más aguda.

No hubo respuesta.

—¡Identifíquense!

—Siguen subiendo —informó el policía.

—Otra vez ese olor —dijo una voz distinta.

De repente Smithback lo percibió claramente. Era un intenso olor a cabra. En su memoria irrumpió, casi como un golpe físico, el horrible recuerdo de las horas que había pasado en los sótanos del museo dieciocho meses atrás.

—¡Desenfunden sus armas! —ordenó Waxie, presa del pánico.

Smithback veía ya unas formas oscuras que trepaban rápidamente por la escalerilla desde las profundidades. Iban encapuchadas y llevaban capas oscuras que flameaban tras ellas movidas por la corriente de aire ascendente.

—¿Me han oído? —gritó Waxie—. ¡Deténganse e identifíquense! —Contorsionó su gruesa silueta en la escalerilla y miró a los agentes—. Ustedes esperen ahí. Averigüen qué hacen aquí. Y si han entrado sin permiso, entréguenles citaciones.

Se volvió y siguió subiendo desesperadamente, seguido de cerca por Duffy.

Mientras Smithback miraba, las extrañas figuras llegaron a la plataforma y se acercaron a los policías, inmóviles en la escalerilla. Tras un breve silencio se inició aparentemente un forcejeo, semejante en la penumbra a una elegante danza. La ilusión óptica se desvaneció en el acto al sonar el estampido de una pistola de 9 milímetros, ensordecedor en el confinado espacio; el eco ascendió entre las paredes de ladrillo como un trueno. Al cabo de un instante, un grito ahogó las últimas reverberaciones del disparo, y Smithback vio al primer policía desprenderse de la escalerilla y caer al pozo, una de las extrañas figuras aferrada todavía a él. Los alaridos se atenuaron gradualmente hasta extinguirse por completo.

—¡Deténganlos! —ordenó Waxie por encima del hombro sin interrumpir su atropellado ascenso—. ¡No los dejen pasar!

Mientras Smithback contemplaba la escena horrorizado, las figuras siguieron subiendo aún más deprisa, acompañadas del traqueteo y los gemidos de la escalerilla metálica. El segundo policía disparó desesperadamente contra las figuras, pero en cuestión de segundos lo agarraron de una pierna y, con un

violento tirón, lo arrancaron de la escalerilla. Se precipitó hacia el fondo del pozo, disparando una y otra vez, y el remolino de fogaños del arma se alejó en la oscuridad. El tercer policía, aterrorizado, se volvió y empezó a subir a toda prisa.

Las oscuras figuras trepaban rápidamente tras él, subiendo los peldaños de dos en dos. Una de las figuras atravesó el haz de un reflector, y Smithback vio el brillo fugaz de algo viscoso y húmedo. La primera figura alcanzó al policía y con un amplio movimiento, como si empuñase un cuchillo, pareció segarle las piernas. El policía lanzó un grito de dolor y se retorció en la escalerilla. La figura se situó de inmediato a su altura y empezó a desgarrarle la cara y la garganta mientras las demás continuaban la persecución pasando sobre ellos.

Smithback intentó moverse, pero fue incapaz de apartar la mirada de aquel horrible espectáculo. En su pánico, Waxie había resbalado y colgaba de un lado de la escalerilla, buscando con desesperación un travesaño donde apoyar los pies. Debajo, Duffy subía velozmente, pero varias figuras se aproximaban ya a él.

—¡Me ha cogido la pierna! —gritó Duffy. Sus patadas se oyeron claramente—. ¡Dios mío, auxilio!

Su voz histérica reverberó en el espacio oscuro. Con súbita fuerza nacida del terror, Duffy consiguió zafarse y siguió su frenético ascenso, rebasando a Waxie, que pateaba aún en su esfuerzo por sujetarse.

—¡No! ¡No! —gritó Waxie, intentando apartar a patadas las manos de la figura más cercana, y en uno de los golpes le quitó la capucha.

Smithback retiró instintivamente la cabeza ante la súbita visión, pero no antes de que su cerebro registrase algo salido de su peor pesadilla, más horrendo aún en la escasa luz: unas pupilas estrechas de reptil, unos labios húmedos y viscosos, grandes arrugas y pliegues de piel. De pronto cayó en la cuenta de que aquéllos debían de ser los rugosos a que había aludido Mephisto. Entendió por qué los llamaban así.

Aquella visión sacó a Smithback de su parálisis, y empezó a alejarse por la pasarela. Atrás, oyó que Waxie disparaba su arma. Siguió un rugido de dolor, y a Smithback le temblaron las piernas. Tras otros dos rápidos disparos, Waxie lanzó un gemido largo y lastimero, truncado de pronto por un aterrador gorgoteo.

Smithback corrió furtivamente por la pasarela, intentando evitar que la abrumadora sensación de miedo lo paralizase de nuevo. Atrás, oyó a Duffy —o al menos esperaba que fuese Duffy— que, entre sollozos, trepaba sin cesar. «Tengo bastante ventaja», se dijo; las criaturas se hallaban treinta metros más abajo. Por un momento pensó en volver atrás para ayudar a Duffy, pero en décimas de segundo comprendió que no podía hacer nada por él. «Concédeme el privilegio de vivir para lamentarme de haber huido —rogó histéricamente en sus adentros—, y nunca pediré nada más, nunca».

Pero cuando llegó a la escalera de piedra que conducía a la superficie, y asomó sobre él un acogedor círculo de cielo iluminado por la luna, horrorizado

vio aparecer varias figuras en lo alto de la escalera, tapando las estrellas. Descendían hacia él. Retrocedió hasta la pasarela y escrutó las paredes curvas de ladrillo. A un lado de la pasarela vio la boca de un túnel de acceso, un viejo arco recubierto de cal cristalizada, semejante a la escarcha. Las figuras bajaban deprisa. Smithback saltó hacia el arco, lo atravesó y entró en un túnel de poca altura. Lo iluminaban débiles bombillas dispuestas en el techo a largos intervalos. Corrió como alma que lleva el diablo, dándose cuenta de que el túnel tomaba precisamente el rumbo que no deseaba seguir: hacia abajo, siempre hacia abajo.

El agente de guardia en el depósito de armas del FBI estaba retrepado en su silla, manteniendo ésta en precario equilibrio sobre las patas traseras, y tenía el rostro medio oculto tras un ejemplar de *Soldier of Fortune*. Por encima de la revista, Margo advirtió extrañeza en sus ojos al verlos entrar. En el sótano de la oficina central del FBI en Federal Plaza, probablemente no era habitual recibir la visita de un individuo en extremo andrajoso con mirada de loco, seguido de una mujer joven y un hombre rechoncho. Margo notó que entornaba los ojos y dilataba las aletas de la nariz. También debe de haber olido a Mephisto, pensó.

—¿Puede saberse qué demonios hacen aquí, *caballeros*? —preguntó el vigilante, bajando la revista y echándose lentamente hacia adelante.

—Vienen conmigo —contestó Pendergast con tono enérgico, saliendo de detrás y mostrándole su identificación.

Nada más verlo, el hombre se puso en pie de un salto, dejando caer al suelo la revista.

—Necesito material —dijo Pendergast.

—Sí, señor, enseguida —balbuceó el vigilante, y se apresuró a abrir las dos cerraduras de la puerta situada detrás de él y franquearles el paso.

Margo entró en una gran sala. Hileras e hileras de armarios de madera ascendían ordenadamente hasta el techo.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Margo, siguiendo a Pendergast por el pasillo más cercano.

—Suministros de emergencia —respondió Pendergast—. Viveres, medicamentos, agua embotellada, complementos alimenticios, mantas y colchones, piezas de repuesto para los sistemas básicos, combustible.

—Tienen aquí mierda suficiente para resistir un sitio —masculló D'Agosta.

—Ésa es precisamente la idea, teniente —dijo Pendergast, deteniéndose ante una pequeña puerta metálica en la pared del fondo. Introdujo un código numérico y abrió.

La puerta daba a un estrecho corredor. Armarios de acero inoxidable cubrían las paredes, cada uno con su correspondiente etiqueta de plástico. Al entrar, Margo echó un vistazo a las etiquetas cercanas: M-16/XM-148, CAR-15/SM177E2, KEVLAR S-M, KEVLAR L-XXL.

—El poli y sus juguetes —comentó Mephisto.

Pendergast avanzó rápidamente por el pasillo hasta uno de los armarios, lo abrió y sacó tres mascarillas de plástico transparente, unidas a pequeños botes de oxígeno. Se guardó una y entregó las otras a D'Agosta y Mephisto.

—Por si al bajar le viene en gana gasear a más gente en los túneles, ¿no? —dijo Mephisto, cogiendo torpemente la mascarilla con las manos esposadas.

Pendergast se volvió hacia él.

—Sé que considera que los suyos han sido maltratados por la policía — respondió con calma—. Casualmente, coincido con usted. Le prometo que yo no he tenido nada que ver con eso.

—Jano el de las dos caras habla de nuevo. El alcalde de la Tumba de Grant, claro. Tendría que haber imaginado que era todo una patraña.

—Su propia paranoia y aislamiento me obligó a recurrir a esa estratagema — dijo Pendergast, abriendo un armario tras otro. Extrajo un flash utilizable a modo de visera, varios pares de gafas con largos tubos oculares que debían de ser, supuso Margo, dispositivos de visión nocturna, y unos botes alargados de color amarillo que no reconoció—. Nunca lo he considerado un enemigo.

—Entonces quíteme las esposas.

—No lo haga —advirtió D'Agosta.

Pendergast, que en ese momento sacaba varios machetes militares de un armario, se quedó inmóvil. Finalmente metió los dedos en el bolsillo delantero de su chaqueta negra, se acercó a Mephisto y abrió las esposas con un rápido giro de muñeca. Mephisto las lanzó con desprecio al otro extremo del pasillo.

—¿Es que piensa hacer tallas allá abajo? —preguntó—. Esas navajas de bolsillo que ha cogido no le servirán de gran cosa contra los rugosos. Como mucho les hará cosquillas.

—Confío en que no nos crucemos con ninguno de los habitantes de los túneles Astor —repuso Pendergast con la cabeza metida en un armario mientras se colocaba dos pistolas bajo la cintura del pantalón—. Pero ya he aprendido las ventajas de ir bien preparado.

—Muy bien, señor agente del FBI, disfrutaremos de la cacería de patos. Luego podemos pasar a tomar un té con pastas por la Ruta 666, charlar un rato y quizá incluso disecar sus trofeos.

Pendergast se apartó del armario y se aproximó lentamente a Mephisto.

—¿Qué puedo hacer *exactamente* para convencerlo de la gravedad de esta situación? —preguntó, su rostro a unos centímetros del jefe de la comunidad subterránea. Pese a que hablaba con aparente delicadeza, su voz sonaba por alguna razón amenazadora.

Mephisto retrocedió un paso.

—Si eso es lo que quiere, tendrá que confiar en mí.

—Si no confíase —replicó Pendergast—, no le habría quitado las esposas.

—Entonces demuéstrela —dijo Mephisto, recobrando de inmediato el aplomo—. Déme un arma. Por ejemplo, uno de esos relucientes rifles Stoner que he visto en aquel armario. O como mínimo un calibre 12. Si los liquidan a ustedes, quiero tener la oportunidad de defenderme.

—Por Dios, Pendergast, no sea loco —advirtió D'Agosta—. Este tipo no es de fiar. Ésta es la primera vez que sale a la calle desde que George Bush era presidente.

—¿Cuánto tardará en guiarnos hasta los túneles Astor?—preguntó Pendergast.

—Una hora y media, quizá. Eso, si no les importa mojarse los pies en el camino.

Se produjo un silencio.

—Parece que entiende de armas —comentó Pendergast—. ¿Tiene experiencia?

—Séptimo de Infantería, I-Corps. Herido para mayor gloria de Estados Unidos de la jodida América en el Triángulo de Hierro.

Con una mezcla de repugnancia y fascinación, Margo vio cómo Mephisto se desabrochaba el mugriento pantalón, se lo bajaba y lucía una fruncida cicatriz que atravesaba el abdomen y parte del muslo, terminando en un grueso nudo de tejido cicatricial.

—Tuvieron que volver a meterme las tripas antes de trasladarme en la camilla —añadió Mephisto con una sesgada sonrisa.

Pendergast guardó silencio durante un largo momento. Por fin se dio media vuelta, abrió otro armario y extrajo dos armas automáticas. Se colgó una al hombro y lanzó la otra a D'Agosta. A continuación sacó una caja de munición y una escopeta de repetición de cañón corto. Cerró el armario, se volvió y entregó la escopeta a Mephisto.

—No me falle, soldado —dijo, sujetando aún el cañón con la mano.

Sin hablar, Mephisto le arrancó el arma de la mano y accionó el cargador.

Margo empezó a intuir una molesta actitud. Pendergast había hecho acopio de material, y a ella aún no le había correspondido nada.

—Un momento —protestó—. ¿Y yo qué? ¿Dónde está mi equipo?

—Lo siento, pero usted no viene —respondió Pendergast mientras sacaba chalecos antibalas de un armario y comprobaba las tallas.

—¿Y eso quién lo ha dicho? —replicó Margo—. ¿Por qué no voy? ¿Porque soy una mujer?

—Por favor, doctora Green, usted bien sabe que no es ése el problema. Carece de experiencia en esta clase de acción policial. —Pendergast abrió otro armario y cogió algo del interior—. Tenga, Vincent, encárguese usted de esto, si no le importa.

—Granadas de metralla M-26 —dijo D'Agosta, manipulándolas con sumo cuidado—. Tienen aquí armamento suficiente para invadir China.

—¿Que carezco de experiencia? —repitió Margo sin prestar atención a D'Agosta—. Fui yo quien le salvó el culo en el museo la otra vez, ¿se acuerda? De no ser por mí, se habría convertido usted en excrementos de Mbwnun hace tiempo.

—Soy el primero en admitirlo, doctora Green —respondió Pendergast mientras se colocaba una mochila provista de una manguera terminada en una extraña boquilla con capucha.

—No me diga que eso es un lanzallamas —preguntó D'Agosta.

—Un ABT Fastfire, si no me equivoco —apuntó Mephisto—. Cuando yo estaba en el ejército, llamábamos «neblina púrpura» al fuego que vomitaba. Un arma atroz, otra muestra del sadismo de una república en bancarrota moral. —Miró con curiosidad el contenido de uno de los armarios abiertos.

—Soy antropóloga —continuó Margo—. Conozco a esas criaturas mejor que nadie. Necesitarán mi asesoramiento científico.

—No tanto como para poner en peligro su vida —repuso Pendergast—. El doctor Frock también es antropólogo. ¿Nos lo llevamos para que nos dé su docta opinión sobre la materia?

—Fui yo quien descubrió todo esto, ¿recuerda? —insistió Margo, dándose cuenta de que estaba levantando la voz.

—La doctora Green tiene razón —terció D'Agosta—. No estaríamos aquí ahora de no ser por ella.

—Ésa no es razón para que la involucremos más aún en este asunto. Además, nunca ha bajado a los subterráneos, ni pertenece a la policía.

—¡Oiga! —dijo Margo a voz en grito—. Olvide que soy antropóloga. Olvide la ayuda que les he proporcionado hasta el momento. Soy una experta tiradora. D'Agosta puede dar fe de ello. Y tampoco los retrasaré. Al contrario, seguramente serán ustedes quienes lleven la lengua fuera para seguirme el paso. Hay una razón muy sencilla para incluirme: si surgen problemas allá abajo, cuantos más seamos, mejor.

Pendergast dirigió hacia ella sus ojos claros, y Margo percibió la fuerza de su mirada casi como si le hurgase el pensamiento.

—¿Por qué se siente obligada a hacer esto, doctora Green? —inquirió.

—Porque... —Margo se interrumpió, preguntándose por qué quería en realidad bajar a aquel infierno. Sería mucho más fácil desearles buena suerte, salir del edificio, volver a casa, encargarse de la cena por teléfono al restaurante tailandés de la esquina y ponerse a leer la novela de Thackeray que quería empezar desde hacía un mes.

De pronto comprendió que no era una cuestión de si quería o no hacerlo. Dieciocho meses atrás había mirado a Mbwun a la cara, había visto su propio reflejo en aquellos ojos salvajes. Juntos, ella y Pendergast habían matado a la bestia. Y había dado el asunto por terminado. Tanto ella como todos los demás. Ahora sabía que no era así.

—Hace unos meses Greg Kawakita intentó ponerse en contacto conmigo —dijo por fin—. No me molesté en telefonarlo. Si lo hubiese hecho, quizá nada de esto habría ocurrido. —Calló y al cabo de un momento añadió—: Necesito ver con mis propios ojos que todo ha terminado.

Pendergast mantuvo en ella su mirada escrutadora.

—¡Maldita sea, usted me metió en esto! —exclamó Margo, volviéndose hacia

D'Agosta—. Era el último de mis deseos. Pero he llegado hasta aquí, y ahora necesito ver el final.

—También en eso tiene razón —afirmó D'Agosta—. Yo le pedí que colaborase en la investigación.

Pendergast apoyó las manos en los hombros de Margo, en un gesto físico poco común en él.

—Margo, por favor —dijo con tono ecuánime—. Compréndalo. En el museo, no había alternativa. Estábamos ya atrapados dentro con Mbwun. Esto es distinto. Vamos a correr un riesgo conscientemente. Usted es una civil. Lo siento, pero no puede ser.

—Por una vez estoy de acuerdo con el alcalde Whitey. —Mephisto miró a Margo—. Parece usted una persona honrada, y eso quiere decir que está fuera de lugar en compañía de gente como ésta. Deje que los maten a ellos, que para eso son funcionarios.

Pendergast siguió mirando a Margo por un momento. Finalmente retiró las manos y se volvió hacia Mephisto.

—¿Cuál es el camino? —preguntó.

—La línea de Lexington, bajo los almacenes Bloomingdale —contestó Mephisto—. Hay un túnel abandonado a unos quinientos metros al norte de la vía rápida. Lleva derecho hasta el parque y allí baja hacia el Cuello de Botella.

—¡Dios santo! —exclamó D'Agosta—. Quizá usaron esa ruta para tender la emboscada al tren.

—Es posible. —Pendergast guardó silencio por un instante, como si estuviese absorto en sus pensamientos—. Tenemos que recoger los explosivos en la sección C —añadió de pronto, y se dirigió hacia la puerta—. En marcha. Nos quedan menos de dos horas.

—Vamos, Margo —dijo D'Agosta por encima del hombro, siguiendo al trote a Pendergast—. La acompañaremos a la salida.

Margo permaneció inmóvil, viéndolos alejarse rápidamente hacia la puerta exterior del depósito de armas.

—¡Mierda! —gritó en un arrebató de frustración.

Tiró el bolso al suelo y dio un furioso puntapié al armario más cercano. Luego se arrodilló, cubriéndose la cabeza con los brazos.

Snow consultó la hora en el enorme reloj de pared. Tras la rejilla protectora, las estrechas manecillas marcaban las 22.15. Recorrió con la vista la sala vacía: los reguladores y botellas de oxígeno de repuesto, las aletas rotas y las grandes gafas de buceo. Su mirada se posó por fin en la montaña de papeles que tenía frente a él, en el escritorio, e hizo una mueca de aversión. Allí estaba, teóricamente recuperándose de una infección bacteriana en los pulmones. Pero tanto él como el resto de la Brigada Submarinista del Departamento de Policía de Nueva York sabían que había caído en desgracia. El sargento, llevándose aparte, lo había felicitado por su trabajo; pero Snow había notado que era sólo un cumplido. Ni siquiera importaba que los esqueletos que había encontrado hubiesen sido el punto de partida de una gran investigación policial. El hecho era que se había saltado de la cuerda, se había saltado en su primera inmersión en la brigada. Ya ni siquiera tenía que soportar las burlas de Fernández.

Dejó escapar un suspiro, contemplando a través del mugriento cristal de la ventana el embarcadero desierto y el agua oscura y untuosa, brillando a la luz de la luna. El resto del equipo había salido horas antes con destino al East River, donde había caído un helicóptero. Y en la ciudad ocurría algo grave; la radio del puesto no dejaba de captar mensajes acerca de manifestaciones, disturbios, movilizaciones, medidas de control de masas. Por lo visto, había acción en todas partes menos en su tranquilo rincón de los muelles de Brooklyn. Y allí estaba él, rellenando informes.

Volvió a suspirar, grapó unos papeles, los colocó en una carpeta, la cerró y la lanzó a la bandeja de salida. Un perro muerto, extraído del canal Gowanus. Causa de la muerte: una herida de bala. Dueño desconocido. Caso cerrado. Cogió otra carpeta del montón: Randolph Rowell, veintidós años. Saltó del puente de Triborough. Nota de suicidio hallada en un bolsillo. Causa de la muerte: ahogamiento. Caso cerrado.

Mientras dejaba la carpeta en la bandeja, oyó el ruido de una lancha que se acercaba al embarcadero. Regresaban pronto. Sin embargo el motor sonaba distinto, pensó, más ronco. Quizá necesitaba una puesta a punto.

Oyó unas rápidas pisadas en el embarcadero de madera y la puerta del puesto se abrió de par en par. Eran unos hombres con trajes húmedos de color negro, sin insignias, los rostros pintados de negro y verde con tintura de camuflaje. Cada uno llevaba colgados al cuello dos macutos gemelos de goma y látex.

—¿Dónde está el equipo submarinista? —preguntó con aspereza el hombre más adelantado, una enorme mole con acento de Texas.

—En el East River, donde se ha estrellado el helicóptero —contestó Snow—. ¿Son ustedes del segundo equipo?

Echó un vistazo por la ventana y se sorprendió al ver no la habitual fueraborda azul y blanca de la policía, sino una potente lancha de motor interno con el casco en V, elevándose apenas sobre el agua y tan oscura como quienes habían llegado en ella.

—¿Todo el equipo? —dijo el hombre.

—Menos y o. ¿Quiénes son ustedes?

—Amigo, no somos los sobrinos que su madre perdió de vista hace años, eso se lo aseguro —repuso el hombre con tono cortante—. Necesitamos a alguien que conozca el camino más corto al colector lateral del West Side, y lo necesitamos ya.

A Snow lo asaltó una repentina ansiedad.

—Déjeme avisar al sargento...

—No hay tiempo. ¿Conoce usted el camino?

—Bueno, conozco las salidas de la red de alcantarillas de Manhattan. Forma parte de la instrucción básica. Todo policía...

—¿Puede guiarnos hasta el interior del colector? —lo interrumpió el hombre con brusquedad.

—¿Quieren entrar en el colector lateral del West Side? La mayoría de las salidas están enrejadas, o son demasiado estrechas para...

—Sólo conteste la pregunta: ¿Sí o no?

—Creo que sí —respondió Snow, titubeando ligeramente.

—¿Su nombre?

—Snow. Agente Snow.

—Suba a la lancha.

—Pero mi traje y mis botellas...

—Tenemos todo lo que necesita. Puede ponerse el traje por el camino.

Snow se levantó de inmediato y siguió a los hombres hacia el embarcadero. Aquello no parecía una invitación que pudiese rehusar.

—Todavía no me ha dicho quiénes...

El hombre se detuvo, ya con un pie en la borda de la lancha, y se presentó:

—Comandante Rachlin, jefe de patrulla, Equipo Siete Azul de la Compañía de Operaciones Especiales de la Marina. Y ahora en marcha.

El timonel salió a toda velocidad del embarcadero.

—Atento al timón —ordenó el comandante, e indicó a Snow que se acercase—. He aquí la operación. —Levantó un asiento forrado y sacó del baúl situado debajo un fajo de mapas a prueba de agua—. Nos dividiremos en cuatro equipos, dos hombres por equipo. —Miró alrededor—. ¡Donovan!

—Señor —contestó un hombre, y se aproximó. Pese al traje, se lo veía delgado y fibroso. Sus rasgos faciales quedaban ocultos por el neopreno y la tintura de camuflaje.

—Donovan, usted y Snow irán juntos.

El hombre no contestó, y Snow interpretó su silencio como fastidio.

—¿Qué ocurre? —preguntó Snow.

—Se trata de una DS —respondió Rachlin.

—Una ¿qué?

El comandante le lanzó una mirada severa.

—Demolición submarina. Con saber eso, le basta.

—¿Tiene alguna relación con los últimos asesinatos? —preguntó Snow.

El comandante lo miró fijamente.

—Para ser un submarinista de bañera, novato y tonto del culo, hace demasiadas preguntas, amigo.

Snow guardó silencio. No se atrevió a mirar a Donovan.

—Desde este punto podemos guiarnos por los planos —dijo Rachlin, desplegando uno de los mapas y señalando un punto azul con el pulgar—. Pero con la construcción de la nueva planta depuradora estas vías de acceso han quedado obsoletas. Así que usted ha de llevarnos hasta ese punto.

Snow se inclinó sobre el mapa plastificado. En lo alto, escrito con precisa letra inglesa, se leía:

ESTUDIO DE LA RED DE ALCANTARILLAS Y COLECTORES DEL WEST SIDE, CUADRANTE INFERIOR, 1932.

Debajo había un laberinto de finas líneas entrecruzadas. Alguien había dibujado tres grupos de puntos bajo el lado occidental del Central Park. Contempló la compleja retícula, su mente acelerada. El río Humboldt era el acceso más sencillo, pero el camino hasta allí desde donde se hallaban era largo y sinuoso. Además, no quería volver a aquel lugar, nunca a ser posible. Trató de recordar las sesiones de instrucción, los interminables días adentrándose una y otra vez en canales lodosos. ¿Dónde más desaguaba el colector lateral del West Side?

—Esto no es una pregunta de examen —apremió Rachlin—. Dése prisa. Tenemos el tiempo justo.

Snow alzó la vista. Conocía una ruta, de hecho una ruta muy directa. Bueno, pensó, ellos lo han querido.

—La propia planta depuradora del Bajo Hudson —dijo—. Podemos entrar a través del pozo de sedimentación principal.

Se produjo un silencio, y Snow echó un vistazo alrededor.

—¿Tenemos que sumergirnos en aguas residuales? —preguntó una voz grave.

El comandante volvió la cabeza.

—Ya lo han oído. —Lanzó un traje húmedo a Snow—. Y ahora mueva el culo y vaya abajo a ponerse el traje. Tenemos que estar fuera y con la misión cumplida seis minutos antes de las doce.

Margo, furiosa, permanecía sentada en el frío suelo de baldosas del depósito de armas. No sabía con quién estaba más enojada, si con D'Agosta por haberla metido en aquel horrible asunto, con Pendergast por haberse negado a llevarla, o consigo misma por ser incapaz de olvidarse de todo. Pero no podía olvidarse. A esas alturas veía ya con toda claridad la larga sombra que los asesinatos del museo —la aterradora lucha final en el sótano— habían proyectado sobre ella. Le habían quitado el sueño, habían hecho añicos su paz de espíritu. Y ahora, para colmo, esta mierda, se dijo.

Sabía que Pendergast pensaba en su seguridad; sin embargo, no podía contener su frustración por quedarse al margen. «De no ser por mí —pensó—, seguirían como al principio. Yo descubrí la relación entre Mbwn y Whittlesey. Yo deduje lo que en realidad había ocurrido». Con un poco más de tiempo, incluso habría atado los desconcertantes cabos sueltos que aún quedaban: ¿Qué significaban los crípticos fragmentos del diario de Kawakita? ¿Para qué utilizaba el thyoxin? ¿Por qué sintetizaba vitamina D en su último laboratorio?

De hecho, el papel del thyoxin podía llegar a entenderlo. Las notas del diario permitían entrever que, hacia el final, Kawakita había recapacitado. Por lo visto, se había dado cuenta de que sus últimas versiones del esmalte ya no deformaban el cuerpo, pero deformaban la mente. Quizá incluso conocía el peligro que entrañaba para el medio ambiente el contacto de la planta con el agua salada. En cualquier caso, parecía evidente que Kawakita había decidido enmendar sus errores, limpiando el Reservoir de *Liliceae mbwnensis*. Tal vez las criaturas habían descubierto sus propósitos. Eso explicaría su muerte, ya que obviamente no estaban dispuestas a consentir que nadie las privase de su suministro.

Pero Margo seguía sin comprender qué uso daba a la vitamina D. ¿La necesitaba acaso para el secuenciado genético? No, imposible...

De pronto Margo irguió el tronco y respiró hondo. «Planeaba matar las plantas, de eso estoy segura, —pensó—. Y era consciente de los riesgos que eso entrañaba. Así que la vitamina D no intervenía en la producción de esmalte. Era para...».

Súbitamente lo vio todo claro.

Se puso en pie al instante. No tenía un segundo que perder. Como electrizada, empezó a abrir los cajones de los armarios y desparramar su contenido por el estrecho pasillo, cogiendo lo que necesitaba y guardándose en el bolso: mascarilla de oxígeno, gafas de visión nocturna, balas de 9 milímetros de punta hueca para su semiautomática.

Con la respiración agitada, corrió hasta la sala de almacenamiento contigua. Tiene que estar por aquí en alguna parte, pensó. Apresuradamente, fue de armario en armario, leyendo las etiquetas. Deteniéndose de pronto ante uno, lo

abrió y sacó tres botellas de plástico flexible de un litro con tapón a presión. Tras dejarlas junto al bolso, abrió otro armario y extrajo una garrafa de cuatro litros de agua destilada. A continuación, volvió a recorrer los pasillos de armarios, buscando de nuevo y murmurando. Por fin se detuvo y tiró de la puerta de otro armario. Contenía hileras de frascos con píldoras y comprimidos. Leyó febrilmente las etiquetas, encontró lo que quería y regresó de inmediato junto al bolso.

Arrodillándose, abrió los frascos y los vació, formando pequeños montones de píldoras blancas en el suelo.

—¿Cuál es la concentración, Greg?—dijo en voz alta sin darse cuenta.

No hay manera de saberlo, pensó. Mejor será pecar por exceso. Utilizando la base de uno de los frascos, pulverizó las píldoras y echó varios puñados en cada botella. Llenó las botellas de agua, las agitó enérgicamente y observó la suspensión; un poco rudimentario, quizá, pero no había tiempo para sutilezas. Pronto se disolvería.

Se puso en pie y cogió el bolso, golpeando sin querer los frascos vacíos, que se esparcieron ruidosamente por el pasillo.

—¿Quién hay ahí?—preguntó una voz.

Cayó en la cuenta, demasiado tarde, de que se había olvidado del vigilante. Rápidamente metió las botellas en el bolso, se lo colgó al hombro y se dirigió hacia la puerta.

—Lo siento —dijo—. Me he despistado. —Esperaba aparentar sinceridad.

El vigilante frunció el entrecejo y, dejando la revista, hizo ademán de levantarse.

—¿Hacia dónde ha ido el agente Pendergast?—preguntó con tono apremiante.—. Ha dicho algo de una sección C.

Mencionar el nombre de Pendergast surtió el efecto deseado. El vigilante permaneció sentado en su silla.

—Vaya a los ascensores del área cuatro, suba a la segunda planta y tuerza a la izquierda —indicó.

Margo le dio las gracias y corrió por el pasillo hacia los ascensores. Cuando las puertas se cerraban, consultó su reloj y lanzó una maldición. No había tiempo. Pulsó con rabia el botón del vestíbulo. Cuando se abrieron las puertas, se dispuso a echar a correr; pero, reparando en el gran número de vigilantes, se conformó con cruzar el vestíbulo a paso ligero y, tras devolver el pase de visitante, salió a la húmeda noche de Manhattan.

Una vez fuera, corrió hasta el bordillo de la acera y paró un taxi.

—Esquina de Lexington Avenue con la calle Cincuenta y nueve —dijo, saltando adentro y cerrando la puerta con fuerza.

—De acuerdo, pero va a ser un viaje lento —advirtió el taxista—. Cerca del parque hay una manifestación o disturbios o algo así. El tráfico es más denso que

los pelos del culo de un perro.

—Entonces busque el camino más rápido —respondió Margo, echando un billete de veinte dólares al asiento delantero.

El conductor se dirigió hacia el este y dobló hacia el norte por la Primera Avenida, esquivando los otros vehículos a toda velocidad. Consiguieron llegar a la calle Cuarenta y siete sin detenerse. Delante, Margo vio la calzada convertida en un auténtico aparcamiento de coches y camiones, con los motores al ralenti y las bocinas sonando, seis filas paralelas de luces de frenos que se extendían ininterrumpidamente hasta donde la vista alcanzaba. Sin pensárselo dos veces, cogió el bolso, saltó a la calle y se echó a correr entre los peatones.

Siete minutos más tarde se hallaba en la boca de metro de Bloomingdale. Bajó los escalones de dos en dos, sorteando como podía a los noctámbulos. Le dolía el hombro por el peso del bolso. Por encima del ruido de los motores y los furiosos bocinazos, creyó oír a lo lejos un clamor ahogado y extraño, como si diez mil personas gritasen al unísono. Segundos después, ya bajo tierra, desaparecieron todos los sonidos salvo los chirridos de los trenes. Margo sacó un pase de un bolsillo, cruzó el molinete y corrió escalera abajo hacia el andén. Una pequeña multitud, apiñada junto a la escalera iluminada, esperaba el tren.

—¿Has visto a esos tipos? —preguntaba una muchacha con una camiseta de Columbia—. ¿Qué llevaría en la espalda?

—Probablemente raticida —respondió su compañera—. Aquí abajo se crían unas ratas enormes, ¿sabías? La otra noche, en la estación de la calle 4 Oeste, vi una que debía de ser del tamaño de...

—¿Por dónde se han ido? —la interrumpió Margo con voz entrecortada.

—Han saltado a la vía y han seguido en dirección norte...

Margo corrió hacia el extremo norte del andén. Delante vio perderse en la oscuridad las vías del metro. Pequeños charcos de agua estancada brillaban entre los raíles con un resplandor verde pálido a la luz de las infrecuentes señales de cambio de agujas. Echó un rápido vistazo atrás para asegurarse de que no se aproximaba el tren y luego, respirando hondo, saltó a la vía.

—¡Ahí va otra! —oyó exclamar a alguien en el andén.

Reacomodándose el bolso, empezó a correr, procurando no tropezar en la entrada de grava o en la irregular superficie de las traviesas. Miró a lo lejos con los ojos entornados, intentando en vano distinguir formas o siluetas. Abrió la boca dispuesta a llamar a Pendergast, pero al instante desechó la idea; al fin y al cabo, en aquella misma línea, un poco más adelante, se había producido la matanza del metro hacía no mucho tiempo.

En el mismo momento en que ese pensamiento cruzaba su mente, notó una ráfaga de aire en la nuca. Volvió la cabeza y se estremeció; detrás, en la oscuridad, veía el símbolo circular de color rojo del expreso número cuatro, lejano pero inconfundible.

Corrió aún más deprisa, llenándose los pulmones de aire denso y húmedo. El tren se detendría sólo el tiempo justo para cargar y descargar pasajeros; luego se pondría de nuevo en marcha y se encaminaría hacia ella ganando velocidad. Desesperada, miró alrededor, buscando un entrante para los operarios del metro o algún otro lugar donde refugiarse. Pero la pared del túnel era lisa y oscura hasta donde su vista alcanzaba.

Detrás oyó el timbre de aviso que precedía al cierre de puertas, el silbido de los frenos de aire comprimido y el ronroneo de los motores al reanudarse la marcha. Aterrorizada, se volvió hacia el único refugio que tenía: el estrecho espacio que separaba las dos mitades del túnel. Pasando con cuidado sobre el tercer rail, se apretujó entre dos montantes herrumbrosos, encogiéndose para hacerse más delgada que el cambio de agujas situado junto a ella como un oscuro centinela.

El tren se acercó, lanzando una ensordecedora advertencia con el silbato. Cuando pasó ante ella, se sintió empujada hacia atrás por una contundente ráfaga de aire y, extendiendo los brazos, se aferró a los montantes para no salir despedida hacia la otra vía. Ante sus ojos desfilaron en una rápida sucesión de destellos las ventanillas de los vagones, como si un rollo de película se desplegara horizontalmente frente a ella. Finalmente el tren se alejó hacia el norte con un ligero balanceo, dejando tras de sí una lluvia de chispas.

Tosiendo a causa de la nube de polvo, silbándole los oídos, Margo salió de nuevo a la vía y miró en ambas direcciones. Delante, en la roja estela del tren, distinguió tres figuras, que salían de un hueco en la pared del túnel.

—¡Pendergast! —gritó—. ¡Espere, agente Pendergast!

Las figuras se detuvieron y se volvieron hacia ella. Mientras corría en dirección a los tres hombres, vio las estrechas facciones del agente del FBI, que la miraba inmóvil.

—¿Doctora Green? —oyó decir Margo con el familiar dejo sureño.

—¡Santo cielo, Margo! —exclamó D'Agosta con tono airado—. ¿Qué demonios hace aquí? Pendergast le ha dicho...

—Callen y atiendan —exigió Margo, parándose ante ellos—. He averiguado qué hacía Kawakita con la vitamina D que sintetizaba en su laboratorio. No tenía nada que ver con la planta, o el esmalte, o lo que sea. Estaba fabricando un *arma*.

Aun en la oscuridad, Margo percibió incredulidad en el rostro de D'Agosta. Mephisto se hallaba detrás de él, escuchando en silencio, como una oscura aparición.

—Es verdad —afirmó Margo con voz entrecortada—. Como ya saben, los rugosos no soportan la luz. ¿No es así? Pero no se trata de una simple fobia. En realidad, la *temen*. La luz es mortal para ellos.

—No sé si acabo de entenderlo —dijo Pendergast.

—De hecho, no es la luz en sí. Es lo que la luz *crea*. Los rayos de sol activan

la vitamina D en la piel. ¿De acuerdo? Si para esas criaturas dicha vitamina fuese venenosa, la luz directa les causaría un gran dolor, o incluso la muerte. Por eso murieron algunos de los cultivos inoculados. Estuvieron una noche entera expuestos a la luz de una lámpara. Y eso quizá explicaría incluso por qué los llaman rugosos. La carencia de vitamina D confiere a la piel un aspecto arrugado y correoso. Y la deficiencia de esa vitamina provoca la osteomalacia, un reblandecimiento de los huesos. ¿Recuerdan que, según el doctor Brambell, el esqueleto de Kawakita parecía el resultado de un caso extremo de raquitismo? Pues en efecto así era.

—Pero eso son sólo conjeturas —replicó D'Agosta—. ¿Dónde están las pruebas?

—¿Por qué, si no, la sintetizaba Kawakita? —dijo Margo—. Piense que para él era igualmente venenosa. Sabía que las criaturas irían a por él si destruía su fuente de suministro. Y después, al carecer de la droga, asesinarían sin control. No, tenía que matar las plantas y también a las criaturas.

Pendergast asentía con la cabeza.

—Parece la única explicación posible. Pero ¿por qué ha venido hasta aquí para contárnoslo?

Margo abrió el bolso.

—Porque traigo aquí tres litros de vitamina D en solución.

D'Agosta resopló.

—¿Y qué? No puede decirse que estemos escasos de armas.

—Si hay tantas criaturas como pensamos, no podrán detenerlas por más armas que lleven —dijo Margo—. ¿Recuerda lo que costó acabar con Mbwun?

—Nuestra intención es evitar cualquier encuentro —afirmó Pendergast.

—Pero desde luego no está dispuesto a correr riesgos, y por eso ha traído semejante arsenal —replicó Margo—. Las balas pueden hacerles daño, pero esto —añadió, señalando su bolso— los fulmina.

Pendergast dejó escapar un suspiro.

—Muy bien, doctora Green —dijo—, dénselas; nos las repartiremos entre los tres.

—Ni hablar —repuso Margo—. Yo llevaré las botellas. Y voy con ustedes.

—Viene otro tren —anunció Mephisto.

Pendergast guardó silencio por un momento. Por fin dijo:

—Ya le he explicado que no...

—He venido hasta aquí —lo interrumpió Margo, percibiendo la ira y determinación de sus propias palabras mientras hablaba—. Ahora no voy a volverme atrás. Y no vuelva a advertirme lo peligroso que es. Si quiere que firme algún papel descargando de toda responsabilidad a las autoridades, no tengo inconveniente. Démelo.

—No será necesario. —Pendergast exhaló un profundo suspiro—. Muy bien,

doctora Green. No podemos perder más tiempo en discusiones. Mephisto, llévenos abajo.

Smithback se quedó inmóvil en el túnel, escuchando. De nuevo oyó las pisadas, en esta ocasión más lejanas. Respiró hondo varias veces y tragó saliva, intentando disolver el nudo que tenía en la garganta. Se había perdido en aquellos pasadizos estrechos y oscuros. Ni siquiera sabía si avanzaba en la dirección correcta. Quizá estaba volviendo hacia atrás, hacia los asesinos, quienesquiera que fuesen. Sin embargo la intuición le decía que seguía alejándose del lugar donde se había producido la terrible carnicería. Daba la impresión de que los túneles de resbaladizas paredes bajaban sin cesar.

Las siniestras criaturas que había visto eran sin duda los rugosos, los individuos que Mephisto había denunciado, tal vez responsables también de la matanza del metro. Los rugosos. En unos minutos habían matado por lo menos a cuatro personas. Los gritos de Waxie parecían resonar aún en sus oídos, y ya no estaba seguro de si era un sonido real, o un simple recuerdo.

De pronto irrumpió otro ruido en sus pensamientos, éste muy real: de nuevo las pisadas, y a corta distancia. Aterrorizado, se volvió a un lado y a otro, buscando una salida por donde escapar. Súbitamente una luz intensa lo deslumbró, y detrás surgió una figura que se aproximaba a él. Smithback tensó los músculos, preparándose para una lucha que, afortunadamente, sería breve.

Pero la figura retrocedió, lanzando un chillido de pánico. La linterna cayó a los pies de Smithback. Con profundo alivio, el periodista reconoció el poblado bigote de Duffy, el hombre que subía detrás de Waxie por la escalerilla. Por lo visto, milagrosamente había escapado de sus perseguidores.

—¡Cálmese! —susurró Smithback, agachándose a recoger la linterna antes de que rodase túnel abajo—. Soy periodista. He visto lo que ha ocurrido.

Duffy estaba demasiado asustado, o falto de aliento, para preguntar a Smithback qué hacía allí, bajo el Reservoir del Central Park. Se sentó en el suelo de ladrillo, respirando agitadamente. Cada escasos segundos volvía la cabeza y dirigía una rápida mirada a la oscuridad.

—¿Sabe cómo salir de aquí? —preguntó Smithback.

—No —contestó Duffy entre jadeos—. O quizá sí. Vamos, ayúdeme.

—Me llamo Bill Smithback.

Tendió una mano al tembloroso ingeniero y lo ayudó a levantarse.

—Stan Duffy —dijo el ingeniero.

—¿Cómo ha conseguido librarse de esas criaturas?

—Los he despistado en los túneles de desagüe —respondió Duffy. Una gruesa lágrima resbaló lentamente por su cara manchada de barro.

—¿Por qué todos estos túneles conducen hacia abajo, y no hacia arriba?

Duffy se enjugó los ojos distraídamente con una manga.

—Estamos en unos túneles de desagüe secundarios. En una situación de

emergencia, el agua corre tanto por el conducto principal como por estos conductos secundarios, confluyendo en el Cuello de Botella. En esta zona, todo tiene que pasar por el Cuello de Botella. —Se interrumpió y abrió desmesuradamente los ojos, como si acabase de recordar algo. Luego consultó su reloj—. ¡Tenemos que salir de aquí! ¡Sólo faltan noventa minutos!

—¿Noventa minutos? ¿Para qué? —preguntó Smithback, enfocando al frente la linterna.

—El Reservoir va a desaguarse a las doce de la noche. Ahora ya no hay forma de impedirlo. Y el agua bajará por estos túneles.

—¿Cómo? —murmuró Smithback.

—Quieren inundar los niveles inferiores, los túneles Astor, para deshacerse de esas criaturas. O mejor dicho, querían. Parece que han cambiado de idea. Pero ya es demasiado tarde...

—¿Los túneles Astor? —repitió Smithback, pensando: «Debe de ser la Buhardilla del Diablo de la que hablaba Mephisto» .

Duffy le arrancó la linterna de la mano y se echó a correr túnel abajo.

Smithback lo siguió. El túnel desembocaba en otro mayor que descendía en espiral como un sacacorchos gigante. No había más iluminación que el vacilante haz de la linterna. Intentó mantenerse a los lados del túnel para evitar el riachuelo de agua que bajaba por el centro. Aunque no sabía por qué se molestaba; Duffy chapoteaba en él continuamente, y sus ruidosas pisadas habrían bastado para despertar a los muertos.

Al cabo de unos minutos Duffy se detuvo.

—¡Los he oído! —gritó cuando Smithback lo alcanzó.

—Yo no he oído nada —dijo Smithback, jadeando, y miró alrededor.

Pero Duffy reanudó la carrera, y Smithback salió disparado tras él, con el corazón encogido y la idea de escribir un gran artículo lejos de su mente. Una lóbrega abertura apareció a un lado del túnel, y Duffy se desvió por ella. Smithback lo siguió, y de repente el suelo se abrió bajo sus pies. Un instante después se deslizaba sin control por una rampa mojada y resbaladiza. Mientras rodaba, intentando sujetarse a la viscosa superficie, oía más abajo los gemidos de Duffy. La sensación era semejante a la de los sueños de caídas, sólo que mucho más horrible, dentro de un túnel negro y húmedo, a una profundidad inimaginable bajo Manhattan. De pronto oyó un chapuzón, y segundos después él mismo se halló sumergido en medio metro de agua.

Se levantó de inmediato, dolorido por todas partes pero contento de notar una superficie firme bajo sus pies. El suelo del túnel parecía llano, y a juzgar por el olor el agua estaba relativamente limpia. Junto a él, Duffy lloriqueaba de manera incontrolable.

—Cállese —susurró Smithback—. Va a atraer hacia aquí a esas criaturas.

—¡Dios mío! —dijo Duffy entre sollozos—. Esto no puede estar ocurriendo;

no es posible. ¿Qué son esos seres? ¿Qué...?

Smithback buscó a tientas en la oscuridad el brazo de Duffy y tiró de él con brusquedad.

—¡Cállese! —repitió, rozando con los labios la oreja del ingeniero.

Los sollozos remitieron, quedando en un leve hipo.

—¿Dónde está la linterna? —preguntó Smithback

Sólo recibió un sollozo en respuesta. Pero al cabo de un momento se encendió una débil luz a su lado. Milagrosamente, Duffy no la había soltado.

—¿Dónde estamos?

El hipo dejó de oírse.

—¡Duffy! ¿Dónde estamos?

Un sollozo ahogado.

—No lo sé. En un colector, quizá.

—¿Tiene idea de adónde va a parar?

Duffy se sorbió la nariz.

—Recoge el agua sobrante del Reservoir. Si seguimos por aquí hasta el Cuello de Botella, tal vez consigamos llegar a la red de alcantarillas del nivel inferior.

—¿Y desde ahí cómo salimos? —musitó Smithback

Duffy hipó.

—No lo sé.

Smithback se enjugó la cara y guardó silencio, tratando de amasar el miedo, el dolor y la conmoción para reducirlos a una pequeña bola que fuese capaz de digerir. Intentó pensar en su artículo. Dios, con una noticia como aquélla tenía el éxito asegurado, por lo menos tanto como con los asesinatos de la Bestia del Museo. Y con un poco de suerte tendría aún en el bolsillo la historia de la señora Wisher. Pero primero...

Se oyó un chapoteo. Debido al eco, era difícil calcular la distancia; pero sin duda se acercaba. Se inclinó en la oscuridad, aguzando el oído.

—¡Todavía nos persiguen! —gritó Duffy a escasos centímetros de su tímpano.

Smithback lo agarró del brazo por segunda vez.

—Duffy, cálese y atienda. Si echamos a correr, nos atraparán; son más rápidos que nosotros. Tenemos que despistarlos. Usted conoce la red; dígame por dónde hay que ir.

Duffy pareció serenarse, y Smithback oyó que respiraba hondo.

—Muy bien —dijo el ingeniero—. Los colectores de emergencia tienen estaciones de medición en el tramo final, justo antes del Cuello de Botella. Si realmente es ahí donde estamos, podemos escondernos dentro...

—Vamos allá —susurró Smithback

Avanzaron por el agua en la oscuridad, el haz de la linterna oscilando de pared a pared. Llegaron a un recodo del túnel, y al torcer apareció ante ellos una

máquina enorme y antigua, una especie de gigantesco tornillo hueco engastado horizontalmente sobre un bloque de granito. Sobresalía una oxidada tubería en cada extremo, y detrás había una maraña de tubos parecida a unos intestinos de hierro. En su base, la máquina tenía una pequeña plataforma de rejilla. La corriente de agua continuaba más allá de la estación, desviándose sólo una pequeña parte a la izquierda por un estrecho y sinuoso túnel adyacente. Cogiendo la linterna, Smithback se agarró a la rejilla y se encaramó a ella. A continuación ayudó a subir a Duffy.

—Dentro de la tubería —murmuró Smithback

Empujó a Duffy hacia el interior y después se metió él, arrojando la linterna a la corriente antes de ocultarse por completo.

—¿Está loco? Acaba de tirar...

—Es de plástico —dijo Smithback—. Flotará. Espero que sigan la luz corriente abajo.

Permanecieron en absoluto silencio. Las gruesas paredes de la estación de medición amortiguaban los sonidos del túnel, pero al cabo de unos minutos el chapoteo se oía con mayor nitidez. Los rugosos se acercaban, y deprisa, a juzgar por el ruido. Smithback notó contraerse a Duffy detrás de él, y rogó por que el ingeniero no perdiese la cabeza. El chapoteo se hizo más sonoro, y Smithback los oyó respirar, un trabajoso resuello, como el de un caballo cansado. El chapoteo llegó junto a la estación de medición y se detuvo.

Percibiendo el repugnante olor a cabra, Smithback cerró los ojos con fuerza. Detrás de él, en la negrura, Duffy temblaba violentamente.

Oyó el chapoteo en torno a la estación mientras las criaturas la rodeaban. Llegó un sonido grave, como un resoplido, y a Smithback se le heló la sangre al recordar el finísimo olfato de Mbwun. El chapoteo continuó. Instantes después, con una profunda sensación de alivio, Smithback oyó que se alejaba. Las criaturas seguían túnel abajo.

Respiró lentamente, contando las hondas inhalaciones. Al llegar a treinta, se volvió hacia Duffy.

—¿Por dónde se va a las alcantarillas?

—Por el extremo opuesto —susurró Duffy.

—Pues vámonos.

Con cuidado, se dieron la vuelta en aquel fétido y reducido espacio y se arrastraron hasta el extremo de la tubería. Por fin Duffy salió. Smithback lo oyó hundir un pie en el agua y luego el otro, y cuando él avanzaba ya hacia el exterior, un penetrante grito a través de la oscuridad y algo demasiado espeso y caliente para ser agua le salpicó la cara. Retrocedió aterrizado.

—¡Socorro! —balbuceó Duffy—. No, por favor, va... ¡Dios, mis tripas! Que alguien llame...

La voz se convirtió de repente en un desesperado resuello líquido y

desapareció por fin en medio de un intenso ruido de agua agitada. Smithback, presa del pánico, retrocedió atropelladamente, oyendo un sonido sordo, semejante al golpe de una cuchilla de carnicero en un trozo de carne, seguido de una serie de crujidos de huesos arrancados de sus articulaciones.

Smithback salió por el extremo opuesto de la tubería, cayó de espaldas en el agua, se puso de pie al instante y huyó a toda velocidad por el túnel lateral, sin mirar, sin oír, sin pensar en nada salvo en correr. Corrió y corrió, desviándose una y otra vez en las interminables bifurcaciones, adentrándose cada vez a mayor profundidad en las oscuras entrañas de la tierra. El túnel confluyó con otro, y con otro, cada uno más grande que el anterior. Hasta que de repente un brazo húmedo y extraordinariamente fuerte le rodeó el cuello y una poderosa mano le tapó la boca.

Una hora después de su espontáneo estallido, el disturbio de Central Park South empezaba a declinar. Ya antes de las once de la noche, muchos de los alborotadores iniciales habían agotado ya su ira y su energía. Los heridos abandonaban el campo de batalla con la ayuda de sus compañeros. Los gritos, insultos y amenazas comenzaban a sustituir a los puños, palos y piedras. No obstante, seguía vivo un núcleo central de violencia. A medida que la gente se retiraba de allí, magullada o exhausta, otros llegaban, movidos unos por la curiosidad, otros por la indignación, y otros por el alcohol y las ganas de luchar. Los informativos de la televisión se dejaban llevar cada vez más por el sensacionalismo y la histeria. La voz corrió como una chispa eléctrica por todo Manhattan: por las avenidas Primera y Segunda, donde los jóvenes republicanos se reunían en los bares de alterne para mofarse del presidente del Partido Demócrata; por St. Mark's Place y los reductos marxistas del East Village; por millares de líneas de fax y teléfono. A la vez que se difundía la noticia, se propagaban también los rumores. Unos afirmaban que la gente sin hogar y quienes habían intentado ayudarlos estaban siendo aniquilados en un genocidio instigado por la policía. Otros decían que izquierdistas radicales y elementos del crimen organizado incendiaban bancos, disparaban contra los ciudadanos y saqueaban tiendas. Aquellos que acudían a este llamamiento a la acción se tropezaban —en algunos casos brutalmente— con los últimos grupos de mendigos que salían a la superficie en las inmediaciones del Central Park, huyendo del gas lacrimógeno atrapado en los túneles.

La vanguardia original de la plataforma Recuperemos Nuestra Ciudad —los brahmanes de la riqueza y la influencia en Nueva York— se habían alejado rápidamente del lugar. En su mayor parte, habían regresado a sus mansiones y dúplex consternados. Otros se habían congregado en el Great Lawn, dando por sentado que la policía sofocaría en breve el disturbio y confiando en que la oración final se llevase a cabo según lo previsto. Pero conforme la policía avanzaba sus líneas y acorralaba a los alborotadores, la lucha se trasladó gradualmente al interior del parque, acercándose cada vez más al Great Lawn y al Reservoir. La oscuridad del parque, las densas arboledas, la maleza y el laberinto de caminos entorpecieron los esfuerzos por controlar el disturbio.

La policía acometía contra los alborotadores con cautela. Dispersos a causa de la masiva operación de desalojo, buena parte de los efectivos policiales llegó con retraso al lugar del disturbio. Los altos mandos del cuerpo sabían que podía haber personas influyentes en la multitud enfervorizada, y la idea de gasear o vapulear a un miembro de la élite neoyorquina no habría sido bien acogida por un alcalde con tanta conciencia política como el suyo. Además, había sido necesario enviar un gran contingente de policías a las zonas vecinas de la ciudad,

donde se habían denunciado actos esporádicos de vandalismo y saqueo. Y aunque nadie hablaba de ello, en la mente de todo el mundo estaba presente el temible espectáculo de los disturbios de Crown Heights, ocurridos unos años antes, que se habían prolongado durante tres días y dejado tras de sí un poso de inquietud.

Hayward observó al equipo médico de urgencias mientras trasladaba a Beal en camilla hacia la ambulancia. Las patas posteriores de la camilla se plegaron en el momento en que lo entraban. Beal gimió y se llevó una mano a la cabeza vendada.

—¡Cuidado! —dijo Hayward al enfermero. Apoyó una mano en una de las puertas traseras de la ambulancia y se inclinó hacia el herido—. ¿Qué tal?

—Me he sentido mejor otras veces —respondió Beal con una débil sonrisa.

Hayward asintió con la cabeza.

—Se pondrá bien —afirmó. Se volvió para marcharse.

—¿Sargento? —dijo Beal, y Hayward se detuvo—. El cabrón de Miller habría dejado que encontrase yo solo la salida. O que me ahogase, posiblemente. Creo que le debo la vida.

—No tiene importancia —contestó Hayward—. Forma parte del trabajo, ¿no?

—Puede ser, pero de todos modos no lo olvidaré. Gracias.

Hayward dejó a Beal con el enfermero y rodeó la ambulancia hasta la puerta del conductor.

—¿Qué novedades tenemos? —preguntó.

—¿De qué quiere que le hable? —repuso el conductor, rellenando una hoja de ruta—. ¿De cómo está el oro en el mercado de futuros? ¿De la situación internacional?

—Deje los chistes para mejor ocasión —replicó Hayward. Abarcando Central Park West con un gesto, añadió—: Me refiero a esto.

Una surrealista quietud reinaba en la lóbrega escena. Salvo por los vehículos de emergencia y los coches de policía estacionados cada dos calles, no había tráfico en las inmediaciones. Manchas de oscuridad salpicaban la ancha avenida; sólo un puñado de farolas permanecían encendidas, crepitando y chisporroteando. Esparcidos por el suelo, había trozos de cemento, cristales rotos y basura. Al sur se veían los destellos de muchas más luces giratorias.

—¿Dónde ha estado? —preguntó el conductor—. A menos que haya pasado la última hora en el centro de la tierra, no me explico cómo ha podido perderse esto.

—No anda desencaminado —dijo Hayward—. Hemos estado desalojando a los mendigos de debajo del parque. Han opuesto resistencia. El agente que lleva detrás ha resultado herido, y hemos tardado un buen rato en sacarlo. Estábamos

muy lejos de la superficie y no queríamos apremiarlo demasiado. ¿Entendido? Hemos salido hace cinco minutos por la estación de la calle Setenta y dos y nos hemos encontrado aquí una ciudad fantasma.

—¿Desalojando a los mendigos? —repitió el conductor—. Así que es usted la responsable.

Hayward frunció el entrecejo.

—Responsable ¿de qué?

El conductor de la ambulancia se tocó la oreja. Luego señaló hacia el este como si con eso quedase todo aclarado.

Hayward escuchó con atención. Por encima del zumbido del escáner de la ambulancia y el pulso lejano de la ciudad, distinguió los sonidos que llegaban del Central Park: los graznidos furiosos de los megáfonos, gritos, ulular de sirenas.

—¿Sabrá que Recuperemos Nuestra Ciudad ha organizado una manifestación? —dijo el conductor—. En Central Park South, sin anunciarla.

—Algo he oído —respondió Hayward.

—Ya. En fin, el caso es que de pronto han empezado a salir mendigos de los subterráneos. Y con una actitud bastante hostil, además. Han tenido un roce con los manifestantes, y en un abrir y cerrar de ojos se ha convertido en una batalla campal. La gente se ha vuelto loca, según he oído. Insultos, chillidos, intercambio de golpes. Más tarde ha comenzado el pillaje en los alrededores. La policía ha tardado más de una hora en tener la situación bajo control. En realidad, todavía no está controlada. Pero han conseguido concentrar el alboroto en el parque.

El enfermero hizo una señal desde la parte trasera, y el conductor puso en marcha el motor. La ambulancia se alejó, sus luces deslizándose por las fachadas de piedra caliza. En Central Park West, algo más al norte, Hayward vio curiosos asomados a las ventanas, señalando hacia el parque. Unos cuantos valientes habían bajado a la calle y miraban desde la acera, sin alejarse de la protectora presencia de los porteros uniformados. Contempló la enorme silueta gótica del Dakota, intacto y al parecer al margen del caos. Inconscientemente, recorrió con la mirada la torre de la esquina, donde debían de estar las ventanas del apartamento de Pendergast. Se preguntó si habría regresado entero de la Buhardilla del Diablo.

—¿Se han llevado ya a Beal? —oyó preguntar a Carlin. Su descomunal figura surgió entre las sombras.

—Hace un momento —respondió Hayward, volviéndose hacia él—. ¿Y el otro?

—No ha querido asistencia médica —dijo Carlin—. ¿Se sabe algo de Miller?

—Probablemente estará ya en algún bar de Atlantic Avenue —contestó Hayward con expresión ceñuda—, bebiendo cerveza y alardeando de sus hazañas. Así son las cosas, ¿no? Él recibirá un ascenso, y nosotros amonestaciones por insubordinación.

—Quizá otras veces sea así—comentó Carlin con una sonrisa de complicidad—. Pero ésta no.

—¿Qué quiere decir con eso?—preguntó Hayward. Sin darle tiempo a responder, añadió—: No tiene sentido contar qué hizo o dejó de hacer Miller. Mejor será que nos reportemos.

Cogió su radio y la encendió. Pero todas las frecuencias emitían torrentes de ruido, interferencias y pánico.

«Avanzando hacia el Great Lawn, necesitamos más efectivos... He cogido a ocho de ellos, pero no voy a poder retenerlos mucho más tiempo; si ese furgón tarda mucho en llegar, desaparecerán en la oscuridad... He solicitado una evacuación urgente hace media hora; aquí hay gente herida...».

Hayward apagó la radio y volvió a prendérsela en el cinturón. Luego indicó a Carlin que la siguiese hasta el coche patrulla estacionado en la esquina. Al lado montaba guardia un agente equipado con material antidisturbios, escrutando la calle escopeta en mano.

—¿Dónde está el centro de mando de esta operación?—preguntó Hayward.

El policía se levantó la visera y la miró.

—Hay un puesto avanzado de mando en el castillo—contestó—. Al menos, eso dice el comunicado. Pero en estos momentos está todo bastante desorganizado, como puede verse.

—El Castillo de Belvedere.—Hayward se volvió hacia Carlin—. Mejor será que vayamos.

Mientras corrían por Central Park West, Hayward curiosamente recordó su visita a unos estudios de Hollywood dos años atrás. Había paseado por unos decorados que reproducían una calle de Manhattan y habían sido utilizados en el rodaje de innumerables musicales y películas de gánsters. Había visto farolas, escaparates, bocas de incendios... de todo menos gente. En aquella ocasión, el sentido común le había dicho que a sólo cien metros de allí se hallaban las calles bulliciosas y vibrantes de California. Así y todo, la silenciosa desolación del decorado se le había antojado casi espectral.

Esa noche Central Park West le producía la misma impresión. Aunque a lo lejos oía las bocinas de los coches y las sirenas, y sabía que dentro del parque se concentraba gran número de efectivos de la policía para acabar con los disturbios y la confusión, aquella avenida anormalmente oscura le resultaba irreal y espectral. Sólo algún que otro portero, vecino curioso o control policial rompían el ambiente de ciudad fantasma.

—¡Joder!—masculló Carlin a su lado—. ¿Ha visto eso?

Hayward alzó la vista, y sus lucubraciones se desvanecieron en el acto.

Fue como pasar del orden al caos a través de una zona desmilitarizada. Al sur, al otro lado de la calle Sesenta y cinco, vieron los estragos de la algarada: vidrieras de establecimientos hechas añicos, marquesinas rasgadas cuyos jirones

ondeaban al viento. Allí se incrementaba la presencia policial, con barricadas azules por todas partes. Los coches aparcados junto a la acera no tenían ventanillas ni parabrisas. Unas manzanas más abajo, una grúa de la policía con luces de advertencia amarillas retiraba el chasis humeante de un taxi.

—Parece que por aquí ha pasado una horda de topos no muy contentos —murmuró Hayward.

Cruzaron la calle oblicuamente en dirección a una entrada del parque. Después de la destrucción que acababan de ver, los estrechos caminos de asfalto parecían apacibles y desiertos. Pero los bancos destrozados, las papeleras volcadas, los montones de basura aún llameantes daban mudo testimonio de lo que había ocurrido allí hacía sólo un rato. Y el ruido procedente de las zonas interiores del parque presagiaba un caos aún mayor.

De pronto Hayward se detuvo e hizo parar también a Carlin. Más adelante, en la oscuridad, distinguía a un grupo de personas —era imposible saber cuántas— que caminaba con actitud achulada hacia el Great Lawn. No pueden ser policías, pensó. No llevan cascos, o ni siquiera gorras. Una estridente andanada de abucheos y palabras soeces confirmó su sospecha.

Se encaminó rápidamente hacia ellos, de puntillas para reducir el ruido al mínimo. A diez metros por detrás del grupo, se detuvo.

—¡Alto! —dijo, apoyando la mano en su arma reglamentaria—. ¡Policía!

Pararon y se dieron media vuelta. Eran cuatro, no, cinco hombres, jóvenes, vestidos con chaquetas sport y polos. Hayward se fijó de inmediato en las armas visibles: dos bates de aluminio y algo que parecía un cuchillo de cocina.

La miraron, sonrojados, todavía risueños.

—¿Sí? —contestó uno de ellos, dando un paso al frente.

—No se mueva de donde está —advirtió Hayward. El hombre obedeció—. Y ahora ¿por qué no me explican adónde iban exactamente?

El hombre adelantado se mofó de la estupidez de la pregunta, y señaló hacia el interior del parque ladeando apenas la cabeza.

—Hemos venido a ocuparnos de un asunto —dijo una voz desde el grupo.

Hayward negó con la cabeza.

—Lo que está ocurriendo ahí no es asunto suyo.

—¡Y una mierda que no! —repuso el que encabezaba el grupo—. Una pandilla de vagos ha molido a palos a amigos nuestros. Eso no lo vamos a tolerar. —Avanzó otro paso.

—Eso es cosa de la policía —afirmó Hayward.

—La policía no ha hecho una mierda —replicó el hombre—. Mire cómo lo han dejado todo. Han consentido que esa basura destroce nuestra ciudad.

—Hemos oído que han matado ya a veinte o treinta personas, incluida la señora Wisher —dijo un hombre que llevaba un teléfono móvil, arrastrando las palabras—. Están arrasando la ciudad. Y han venido a ayudarlos unos hijos de

puta del East Village y el Soho. Jodidos activistas de la Universidad de Nueva York. Nuestros amigos necesitan ayuda.

—Ya lo ha oído, ¿no? —añadió el más adelantado—. Así que, señora, no se meta donde no la llaman. —Dio otro paso al frente.

—Si da otro paso más, le haré la raya en el pelo con esto —advirtió Hayward, retirando la mano de la pistola y sacando con soltura la porra. Notó tensarse a Carlin junto a ella.

—Es muy fácil hacerse la dura con una pistola en el cinturón y ese armario humano al lado —dijo el hombre con desdén.

—¿Cree que puede detenernos a los cinco? —preguntó otro del grupo.

—Quizá piensa que puede asfixiarnos a todos con esas tetas que tiene —comentó otro.

Los demás sonrieron.

Hayward respiró hondo y guardó la porra.

—Agente Carlin —dijo—. Haga el favor de alejarse veinte pasos.

Carlin no se movió.

—¡Obedezca! —ordenó Hayward.

Carlin la miró con asombro por un momento. Luego, sin volver la espalda ni apartar la vista del grupo, empezó a retroceder por el camino.

Hayward se acercó pausadamente al cabecilla.

—Ahora escúcheme —dijo con voz serena, mirándolo a los ojos—. Aun quitándome la placa y la pistola, podría mandarlos de una patada en esos culos blandos a Scarsdale o Greenwich o adondequiera que sus mamás los arropen por las noches. Pero no tengo necesidad de hacerlo. Sepa que si no siguen mis instrucciones al pie de la letra, sus mamás no tendrán a quien arropar esta noche. Las pobres estarán mañana haciendo cola en jefatura para pagar sus fianzas. Y ni todo el dinero, el poder y la influencia del mundo servirán para borrar de sus antecedentes penales las palabras « intento de agresión criminal ». En este estado, una persona declarada culpable de un delito grave *nunca* podrá ejercer la abogacía, ni ocupar cargos públicos, ni obtener la licencia de agente de cambio y bolsa. Y eso no les gustaría a sus papás. No les gustaría nada. —Hizo una pausa. A continuación añadió con frialdad—: Así que suelten las armas.

Por un breve instante nadie se movió.

—¡He dicho que suelten sus armas! —repitió Hayward, gritando a pleno pulmón.

En el silencio que siguió, oyó el ruido de un bate de aluminio al caer al asfalto. Luego otro. Después un sonido más suave: una hoja de acero al chocar contra el suelo. Hayward aguardó por un momento y retrocedió un paso.

—Agente Carlin —dijo con calma.

Al instante Carlin estaba junto a ella.

—¿Los cacheo? —preguntó.

Hayward negó con la cabeza.

—Sus carnets de conducir —dijo al grupo—. También los quiero. Tírenlos al suelo ahí mismo.

Tras una breve pausa el joven más adelantado sacó la cartera del bolsillo de la chaqueta y dejó caer la tarjeta de plástico. Los otros siguieron su ejemplo.

—Pueden pasar a recogerlos mañana por jefatura —continuó Hayward—. Ahora quiero que sigan por este camino en dirección contraria hasta llegar a Central Park West. Una vez allí, quiero que cada uno se marche por su lado. No se paren por nada, ni para recoger doscientos dólares del suelo. Derechos a casa, y a dormir. ¿Entendido?

Nadie contestó.

—¡No los oigo! —bramó Hayward, y los hombres se sobresaltaron.

—Entendido —respondieron a coro.

—Pues andando —dijo Hayward.

Los jóvenes permanecieron inmóviles, como si estuviesen clavados al suelo.

—¡Muevan el culo! —gritó Hayward.

El grupo se puso en marcha, en silencio, con la vista al frente. Se alejaron en dirección oeste, primero despacio, luego apretando el paso, y pronto desaparecieron en la oscuridad.

—¡Pandilla de gilipollas! —comentó Carlin—. ¿Cree que realmente han muerto veinte o treinta personas?

Hayward lanzó un gruñido mientras recogía del suelo las armas y los carnets de conducir.

—¡Qué va! Pero si se extiende esa clase de rumores, seguirá viniendo gente como ésa, y esta situación nunca se resolverá. —Dejó escapar un suspiro y entregó a Carlin los bates—. Vamos. Nos reportaremos y veremos si podemos ayudar esta noche. Porque mañana, como bien sabe, va a caer un rapapolvo por lo que ha pasado en los túneles.

—Esta vez no —respondió Carlin, sonriendo.

—Eso mismo ha dicho antes. —Hayward se volvió hacia él—. Explíquese, Carlin.

—Esta vez los justos serán recompensados. Y serán los Miller de este mundo quienes vayan a la picota.

—¿Y desde cuándo tiene el don de la profecía?

—Desde que me he enterado de que nuestro amigo Beal, a quien ha acompañado usted hasta la ambulancia, es hijo de un tal Steven X. Beal.

—¿Steven Beal, el senador del estado? —preguntó Hayward, abriendo desmesuradamente los ojos.

Carlin asintió.

—Beal no quiere que se sepa. Teme que la gente pueda pensar que intenta usar su influencia para conseguir un ascenso rápido o algo así. Pero con el golpe

en la cabeza se le debe haber soltado un poco la lengua.

Hayward permaneció inmóvil por un momento. Luego, sacudiendo la cabeza, se dio media vuelta y se encaminó hacia el Great Lawn.

—¿Sargento?—dijo Carlin.

—¿Sí?

—¿Por qué me ha pedido que me alejase de esa pandilla?

Hayward se detuvo.

—Quería demostrarles que no me daban miedo, y que hablaba en serio.

—¿Y lo habría hecho?

—Si habría hecho, ¿qué?

—Ya sabe, mandarlos a Scarsdale de una patada en el culo y todo eso.

Hayward lo miró, alzando ligeramente la barbilla.

—¿Usted qué cree?

—Creo... —Carlin vaciló—. Creo que es usted una mujer temible, señora Hayward.

Mientras la lancha surcaba las turbias aguas del río Hudson, Snow se puso el traje bajo cubierta, notando temblar el casco con el rugido de los dos potentes motores diesel. Apenas quedaba espacio para moverse entre el equipo de loran, las unidades de geonavegación por vía satélite, el sonar y los armeros. Advirtió que le habían dado un traje húmedo, y no el habitual traje seco, totalmente hermético, que utilizaba la policía, y se arrepintió al instante de haber sugerido el acceso a través de la planta depuradora. Demasiado tarde, pensó mientras se embutía el traje. La lancha dio un bandazo, y Snow salió despedido hacia adelante, golpeándose la cabeza con un mamparo.

Maldiciendo, se frotó la frente. El dolor era real, sin duda, así que no estaba soñando. En efecto se hallaba en una lancha llena de miembros de la Compañía de Operaciones Especiales de la Marina, armados hasta los dientes, enfrascados en sabía Dios qué clase de misión. Lo asaltó una mezcla de miedo y entusiasmo. Era consciente de que allí tenía una oportunidad de redención. Quizá la única que se le presentaría. Esta vez no iba a pifiarla, eso seguro.

Se ajustó la lámpara de visera, se calzó el segundo guante y subió a cubierta. El comandante Rachlin, que en ese momento hablaba con el timonel, se volvió hacia él al verlo salir.

—¿Dónde carajo está su tintura? ¿Y por qué ha tardado tanto?

—El equipo es un poco distinto del que acostumbro a usar, señor.

—Bien, pues tiene desde ahora hasta la incursión para acostumbrarse.

—Sí, señor.

—Donovan, ayúdelo a pintarse —ordenó Rachlin, señalando a Snow con el mentón en un gesto seco y preciso.

Donovan se acercó y, sin mediar palabra, empezó a embadurnarle la frente y las mejillas con tintura negra y verde.

Rachlin indicó al resto del equipo que se aproximase.

—Ahora escuchen con atención —dijo, desenrollando un mapa plástico sobre uno de sus muslos—. Entraremos por el depósito de sedimentación principal situado por encima del colector lateral del West Side. Según Snow, es la vía de acceso más rápida. —Trazó una ruta en el mapa con el dedo—. Cuando lleguemos al primer purgador, seguiremos la ruta prevista hasta aquí, donde se bifurcan los túneles. Éste es nuestro punto de reunión. Una vez alcanzada la posición, los equipos Alfa, Beta y Gamma se repartirán por estos túneles. Yo encabezaré el equipo Alfa. Snow y Donovan son el equipo Delta. Se quedarán cubriendo la retaguardia. ¿Alguna pregunta?

Snow tenía varias, pero optó por callarse. Le escocía la cara a causa de las ásperas caricias de la mano enguantada de Donovan, y la tintura olía a sebo rancio.

El comandante movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Entraremos, colocaremos las cargas y saldremos. Así de sencillo, como en unas maniobras en la base anfibia. Las cargas taponarán los túneles inferiores que desaguan en el colector lateral. Otro equipo baja desde la calle para cerrar el acceso desde arriba. Auténticos profesionales, por lo que se ve. —El comandante lanzó un gruñido—. Aunque cueste creerlo, nos han dicho que usemos DVNs.

—¿DVNs? —repitió Snow.

—Dispositivos de visión nocturna. Pero cualquiera se pone uno encima del traje y las gafas. —Escupió por la borda—. A nosotros no nos da miedo la oscuridad. Y si alguien quiere atacarnos, que lo intente. Así y todo, me gusta ver a qué le vuelo los sesos. —Avanzó un paso—. Muy bien. Hastings, Clapton y Beecham, ustedes llevarán las automáticas; quiero sólo un portador de armas por equipo. Lorenzo, Campion, Donovan y yo nos ocuparemos de la pirotecnia. Tenemos cargas redundantes, así que el peso será considerable. Y ahora a pretrecharse.

Snow observó a los hombres que se colgaban armas automáticas al hombro.

—¿Y yo? —se oyó preguntar.

Rachlin se volvió hacia él.

—No lo sé. Usted ¿qué?

Snow vaciló.

—Me gustaría hacer algo. Ayudar, quiero decir.

Rachlin lo miró con severidad por un momento. Una sonrisa asomó fugazmente a sus labios.

—De acuerdo —dijo por fin—. Será el antorcha de la operación.

—¿El antorcha? —preguntó Snow.

—El antorcha —repitió el comandante, moviendo la cabeza en un gesto de asentimiento—. ¡Beecham! Tíreme el material. —Rachlin cogió el talego de goma impermeable que el otro hombre le lanzó y se lo colgó a Snow al cuello. Luego murmuró:

—Llévelo encima hasta que lleguemos al punto de salida.

—Necesitaré un arma, señor —dijo Snow.

—Denle algo.

De pronto alguien le hincó en el abdomen la culata de un fusil submarino, y él se apresuró a colgárselo al hombro. Creyó oír risas ahogadas, pero no prestó atención. Snow había arponeado muchos peces en el golfo de California, pero nunca había visto arpones tan largos ni de aspecto tan malévolos como los que el fusil llevaba sujetos debajo, provistos en sus extremos de gruesas cargas explosivas.

—No mate a ningún cocodrilo —bromeó Donovan—. Están en peligro de extinción. —Era la primera vez que hablaba.

La vibración de los motores se hizo más grave, y la lancha redujo la

velocidad hasta detenerse junto a un embarcadero de cemento bajo el oscuro perfil de la planta depuradora del Bajo Hudson. Snow contempló la enorme estructura de hormigón con creciente inquietud. La planta, supuestamente de tecnología punta, estaba automatizada por completo; pero Snow había oído que el complejo no había dado más que problemas desde su puesta en marcha hacía casi cinco años. Rogaba a Dios no haberse equivocado en su decisión de entrar a través del depósito de sedimentación principal.

—¿No deberíamos avisarlos de que hemos venido? —preguntó Snow.

Rachlin lo miró con una vaga sonrisa en el rostro.

—Me he anticipado a usted. Ya me he ocupado de eso mientras estaba abajo. Nos esperan.

Dejaron caer una escalerilla de cuerda por la borda, y los hombres bajaron rápidamente al embarcadero. Snow miró alrededor, intentando orientarse. Recordaba la zona de las sesiones de instrucción; la sala de control no estaba lejos de allí. Guiando al equipo, Snow subió por una escalera metálica y pasó ante una serie de depósitos de sedimentación y aireamiento. El olor a metano y aguas fétidas flotaba en el aire como una bruma mefítica. Más allá de los depósitos, Snow se detuvo ante una puerta de metal; su vivo color amarillo contrastaba con el monótono gris del complejo y un rótulo pintado en rojo rezaba: NO ABRIR, SONARÁ LA ALARMA. Rachlin apartó a Snow y abrió la puerta de una patada, dejando a la vista un austero pasillo de cemento bañado por una luz blanca e intensa de fluorescentes. Empezó a sonar una sirena, débil e insistente.

—Adelante —dijo Rachlin con calma.

Snow los guió por dos tramos de escalera hasta un rellano donde se leía: CONTROL. En el rellano había una puerta de dos hojas con un sistema de apertura por tarjeta empotrado en la pared contigua. El comandante retrocedió un paso, dispuesto a abrirlas también de una patada. Finalmente cambió de idea, se acercó a la puerta y empujó suavemente una de las hojas. El cerrojo no estaba echado.

Al otro lado se extendía una enorme sala, inundada de luz y de olor a aguas residuales tratadas. Contra las paredes había aparatos de control y reguladores. En el centro se hallaba el puesto de control, atendido por un único supervisor. El hombre colgaba en ese momento el auricular del teléfono, despeinado y parpadeando, como si la llamada lo hubiese despertado de un sueño profundo.

—¿Saben quién era? —dijo, señalando el teléfono—. Dios santo, era el subdirector de...

—Bien —lo interrumpió Rachlin—. Así no perderemos tiempo. Necesitamos que pare la turbina de flujo principal inmediatamente.

El supervisor miró a Rachlin pestañeando como si acabase de verlo. Luego su mirada recorrió la hilera de hombres de la Compañía de Operaciones Especiales, abriendo cada vez más los ojos.

—¡Joder! —exclamó casi con tono reverente, contemplando el fusil submarino de Snow—. No era broma, veo.

—Dése prisa, amigo —apremió Rachlin—, o tendremos que echarlo al depósito y usar su grueso cadáver para atascar la turbina.

El supervisor se puso en pie de un brinco, corrió hasta un panel y accionó varias palancas.

—No puedo darles más de cinco minutos —dijo por encima del hombro mientras se dirigía a otra batería de controles—. Si la tengo cerrada más tiempo, se desbordará todo al oeste de Lenox Avenue.

—Con cinco minutos nos basta. —Rachlin consultó su reloj—. Llévenos al depósito de sedimentación.

Jadeando ligeramente, el supervisor condujo al equipo de vuelta al rellano y escalera abajo. Tras descender el primer tramo, siguió por un largo pasillo, en cuyo extremo abrió una pequeña puerta de acceso y bajó por una escalera de caracol metálica pintada de rojo. La escalera daba a una estrecha pasarela suspendida a poco más de un metro por encima de una superficie espumosa y ondulante.

—¿De verdad van a meterse ahí adentro? —preguntó el hombre, contemplándolos de nuevo con una expresión de incredulidad en el carnoso rostro.

Snow observó la inmundicia superficial, arrugando la nariz involuntariamente, lamentando haberse encontrado solo en la base esa noche, y arrepintiéndose de haber sugerido aquel punto de entrada. Primero el río Humboldt, pensó, y ahora...

—Respuesta afirmativa —contestó el comandante.

El hombre se humedeció los labios.

—Encontrarán la tubería de alimentación principal a un metro y medio de la superficie, en el lado este del depósito —explicó—. Tengan cuidado con la hélice. Está apagada, pero los álabes seguirán girando por efecto del flujo residual.

Rachlin asintió con la cabeza.

—¿Y dónde está exactamente el primer purgador?

—A noventa y cinco metros de la entrada —respondió el supervisor—. En las bifurcaciones, sigan siempre por la tubería de la izquierda.

—Eso es todo lo que necesitamos saber —dijo Rachlin—. Vuelva arriba y conecte de nuevo la turbina en cuanto llegue.

El hombre guardó silencio, mirando todavía al grupo con asombro.

—¡Muévase! —bramó Rachlin, y el hombre corrió escalera arriba.

Snow fue el primero en sumergirse, dejándose caer de espaldas en el burbotante depósito. Lo siguió Donovan. Cuando abrió los ojos con recelo, se sorprendió al ver lo claras que eran aquellas aguas residuales: poco densas, nada untuosas y con un ligero color lechoso. Saltó el resto del grupo. Snow notó la

humedad en la piel y procuró no pensar en ello.

Nadó contra la suave corriente. Enfrente vio la hélice de la turbina en la boca circular de la tubería, los álabes de acero girando aún lentamente. Se detuvo y aguardó a Rachlin y el resto del equipo, hasta que se hallaron todos suspendidos en el agua junto a él. Rachlin señaló a Snow y, con exagerados gestos, inició una cuenta con los dedos. A la de tres, Snow y Donovan atravesaron rápidamente la hélice. Seguiría el equipo Alfa, luego el Beta y por fin el Gamma.

Snow vio que se hallaba dentro de una enorme tubería de acero cuya pared se perdía en una oscuridad insondable.

El escalofriante terror que había experimentado en el río Humboldt amenazó con aflorar de nuevo a la superficie; pero Snow se controló, respirando más despacio, contando mentalmente sus latidos. Esta vez no se dejaría vencer por el pánico.

Rachlin y su compañero entraron en la tubería, y Rachlin, con un gesto imperioso, indicó a Snow que continuase. De inmediato comenzó a avanzar, guiando al equipo por el túnel. Detrás oyó el zumbido de una turbina, y la hélice cobró velocidad. La corriente se aceleró de manera considerable. Aunque quisiese, no había ya posibilidad de volver atrás.

El túnel descendía oblicuamente, bifurcándose una vez y luego otra. Snow siguió a la izquierda en los dos casos. Después de lo que se le antojó una eternidad, se detuvieron junto al primer purgador, un estrecho pozo vertical de acero poco más ancho que sus hombros. Rachlin indicó que a partir de ese punto él encabezaría la marcha. Siguiendo al equipo, Snow descendió, envuelto en las burbujas de las botellas de oxígeno que lo precedían. Poco después el comandante se detuvo y entró en una tubería horizontal más estrecha aún que el purgador. Snow se mantuvo pegado a Donovan, respirando profundamente y notando el golpeteo de sus botellas contra la pared a cada movimiento.

De pronto el reluciente acero dio paso a una vieja tubería de hierro, cubierta de una esponjosa capa de óxido. El paso de los otros buceadores agitaba las aguas residuales, que adquirían un opaco tono anaranjado ante las gafas de Snow. Siguió avanzando con esfuerzo, percibiendo la tranquilizadora turbulencia de las invisibles aletas de Donovan. Se detuvieron por un instante mientras Rachlin consultaba el mapa con ayuda de una pequeña linterna sumergible. Tras otros dos recodos y un breve tramo ascendente, Snow notó romperse la superficie del agua en torno a su cabeza. Se hallaban en un enorme y antiguo túnel, de unos cinco metros de diámetro quizá, y lleno hasta la mitad de un líquido espeso que fluía lentamente. Era el colector lateral del West Side.

—Snow y Donovan detrás —ordenó la voz ahogada de Rachlin—. Permanezcan en la superficie, pero sigan respirando el oxígeno de las botellas. Probablemente este aire está saturado de metano. Avancen en formación normal.

El comandante echó un rápido vistazo al mapa de plástico que llevaba enganchado en el traje y siguió adelante.

El grupo se desplegó y, nadando en la superficie, emprendió un tortuoso recorrido por la red de tuberías. Snow se jactaba de sus aptitudes como nadador de fondo, pero se sintió claramente superado por los siete hombres que avanzaban por el agua ante él con extrema soltura.

El túnel se abrió por fin en una gran cámara pentagonal; goteantes estalactitas amarillas pendían del techo abovedado. Snow contempló con asombro una maciza cadena de hierro que colgaba de una enorme armella metálica sujeta al vértice de la bóveda. Un hilillo de agua descendía por la cadena hasta el herrumbroso gancho que tenía en su extremo y caía al embalse. Había un embarcadero de cemento. Tres túneles grandes y secos partían de las paredes de la cámara.

—Esto se conoce como Tres Puntos —dijo Rachlin—. Lo utilizaremos como base. La operación debería ser un paseo; aun así, nos ceñiremos a las reglas. Apliquen estrictamente el procedimiento desafío-respuesta; las normas en caso de enfrentamiento son muy sencillas: identifíquense pero disparen sin contemplaciones contra cualquier amenaza u obstáculo. El punto de salida será el canal de la calle Ciento veinticinco. —El comandante miró a sus hombres—. Muy bien, caballeros, ganémonos el rancho.

Por un aterrador momento Margo pensó que los atacaban y se volvió instintivamente, levantando su arma y adoptando la posición de disparo, reacia a mirar la criatura con que forcejeaba Pendergast. D'Agosta maldijo entre dientes. Escrutando la oscuridad a través de las gafas de visión nocturna, aún poco familiarizada con ellas, Margo vio que Pendergast luchaba con una persona, quizá un mendigo que había eludido el desalojo policial. Por su aspecto, bien podía serlo: mojado, rebozado de barro, sangrando al parecer por alguna herida.

—Apague la linterna —susurró Pendergast con tono imperioso.

El haz de luz de la linterna de D'Agosta cegó momentáneamente a Margo antes de apagarse. La resplandeciente imagen parpadeó violentamente mientras las gafas intentaban compensar los cambios de luz y poco a poco volvió a estabilizarse. De pronto el porte desgarbado y el cabello alborotado de aquella figura comenzó a resultarle familiar.

—¿Bill? —preguntó con manifiesta incredulidad.

Pendergast había inmovilizado al hombre en el suelo, abrazándolo casi en actitud protectora, y susurraba algo a su oído. Al cabo de un momento el hombre dejó de oponer resistencia. Pendergast lo soltó y se puso en pie. Margo se inclinó para mirar de cerca a la figura tendida. En efecto era Smithback.

—Esto es increíble —gruñó D'Agosta—. ¿Nos habrá seguido hasta aquí?

Pendergast negó con la cabeza.

—No. Nadie nos ha seguido. —Eché un vistazo a la confluencia de túneles donde se hallaban—. Esto es el Cuello de Botella, donde convergen todos los túneles descendentes del cuadrante del Central Park. Por lo visto, lo perseguían, y su camino se ha cruzado con el nuestro. La cuestión es quién lo perseguía. O qué. —Dejó el lanzallamas en el suelo—. Mejor será que tenga preparado el flash, Vincent.

De repente Smithback se levantó y volvió a caer en la masa de tuberías y conducciones de sesenta centímetros que constituían el suelo del Cuello de Botella.

—¡Han matado a Duffy! —gritó—. ¿Quiénes son ustedes? ¡Ay údenme! No veo nada.

Guardando su arma, Margo se acercó y se arrodilló junto a él. El descenso desde el túnel del metro, a través de ruidosos pasadizos y reverberantes galerías que parecían fuera de lugar a una profundidad de docenas de pisos por debajo de Manhattan, había sido como una interminable pesadilla. Ver salir de pronto a su amigo de la oscuridad, paralizado por el miedo y la conmoción, no hacía más que aumentar esa sensación de irrealidad.

—Bill —dijo con delicadeza—, estás a salvo. Soy Margo. Cálmate, por favor. No nos atrevemos a usar linternas y no tenemos más gafas de visión nocturna.

Pero te ayudaremos.

Smithback se volvió hacia ella, parpadeando, con las pupilas dilatadas.

—¡Quiero salir de aquí! —gritó, intentando ponerse en pie.

—¿Cómo? —preguntó D'Agosta con tono sarcástico—. ¿Y perderse la noticia?

—No puede volver a la superficie usted solo —dijo Pendergast, sujetándolo por el hombro.

Smithback se encorvó, agotado al parecer por el forcejeo.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó por fin.

—Yo podría preguntarle eso mismo —repuso Pendergast—. Mephisto está guiándonos hasta los túneles Astor, la Buhardilla del Diablo. Se había planeado desaguar el Reservoir para inundar los niveles más bajos y expulsar así a los rugosos.

—Idea del capitán Waxie —puntualizó D'Agosta.

—Pero el Reservoir está infestado de plantas de Mbwun. Ahí las cultivaban esas criaturas. Y tenemos que impedir que las plantas lleguen a mar abierto. Ya es tarde para detener la operación de desagüe, así que un equipo de la Compañía de Operaciones Especiales de la Marina ha entrado al alcantarillado desde el río para tapan las salidas del nivel inferior. Nosotros vamos a tapan los accesos a los túneles Astor desde arriba para evitar vertidos al exterior. Embotellaremos el agua, por así decirlo, para que no llegue hasta el río. Si lo conseguimos, quedará todo inundado hasta el Cuello de Botella, pero el agua no pasará de ahí.

Smithback permaneció en silencio con la cabeza agachada.

—Vamos bien armados —añadió Pendergast—, y estamos preparados para cualquier contingencia. Llevamos planos de los túneles. Estará más seguro con nosotros. ¿Comprende, William?

Margo observaba mientras el melifluido discurso de Pendergast surtía un balsámico efecto. Smithback empezó a respirar a un ritmo más lento y finalmente movió la cabeza en un gesto casi imperceptible de asentimiento.

—Y por cierto, ¿usted qué hacía aquí? —preguntó D'Agosta.

Pendergast alzó una mano para eximirlo de contestar, pero Smithback se había vuelto y a hacia el teniente.

—He seguido al capitán Waxie y un grupo de policías hasta la cámara situada bajo el Reservoir —dijo con voz serena—. Trataban de cerrar unas válvulas. Pero, por lo visto, habían sido saboteadas o algo así. Entonces... —Se interrumpió—. Entonces han aparecido ellos.

—Bill, no sigas —intervino Margo.

—Yo me he escapado —prosiguió Smithback, tragando saliva—. Yo y Duffy. Pero nos han encontrado en la estación de medición. Esas criaturas...

—Ya es suficiente —atajó Pendergast con suavidad. Se produjo un silencio—. ¿Saboteadas, dice?

Smithback asintió con la cabeza.

—He oído decir a Duffy que alguien había estropeado las válvulas.

—Eso es preocupante, muy preocupante —dijo Pendergast, y Margo advirtió en su rostro una expresión que antes no había visto—. Será mejor que continuemos. —Volvió a cargarse el lanzallamas a los hombros—. El Cuello de Botella es un sitio ideal para tender una emboscada. —Miró alrededor y susurró —: ¿Mephisto?

Algo se agitó en la oscuridad, y Mephisto surgió de entre las sombras con los brazos cruzados ante el pecho y una amplia sonrisa en los labios, confinada entre el bigote y la barba.

—Estaba disfrutando de este conmovedor encuentro —dijo con su sedoso siseo—. Ahora ya no falta nadie en la alegre banda de aventureros. ¡Hola, plumífero! Veo que esta vez se ha atrevido a bajar más que en nuestra primera entrevista. Con el tiempo uno le coge cariño a esto, ¿verdad?

—No especialmente —murmuró Smithback

—Al menos es un consuelo tener uno a mano a su biógrafo —prosiguió Mephisto. En el artificial resplandor de las gafas, Margo creyó ver un destello dorado y carmesí en sus ojos—. ¿Escribirá un poema épico sobre el acontecimiento? La *Mephistiada*. En pareados heroicos, por favor. Eso suponiendo que viva para contar la historia. Me pregunto quiénes de nosotros sobrevivirán, y quiénes dejarán sus huesos a blanquear aquí abajo para siempre, en los túneles de Manhattan.

—Sigamos —lo interrumpió Pendergast.

—Entiendo. El amigo Whitey considera que ya está bien de charla. Quizá tema que sean *sus* huesos los que queden aquí, pasto de las ratas.

—Tenemos que colocar varias cargas justo debajo del Cuello de Botella — dijo Pendergast sin alterarse—. Si nos quedamos aquí escuchando sus pamplinas, no nos dará tiempo de salir antes de que el Reservoir se desagüe. Y en tal caso serán sus huesos, junto con los míos, los que acaben siendo pasto de las ratas.

—¡Muy bien, muy bien! —repuso Mephisto—. No se enfade.

Mephisto se dio media vuelta y empezó a bajar por un pozo ancho y oscuro.

—No —dijo Smithback

D'Agosta se acercó al periodista.

—Vamos. Lo llevaré del brazo.

El pozo daba a un túnel de techo alto, y aguardaron en la oscuridad mientras Pendergast colocaba varias cargas. Cuando terminó, les indicó que lo siguiesen. Unos centenares de metros más adelante, había una pasarela adosada a la pared del túnel a un par de palmos por encima del nivel del agua. Margo se alegró de no tener que seguir andando con aquella agua fría y nauseabunda hasta los tobillos.

—¡Estupendo! —susurró Mephisto, subiendo a la pasarela—. Quizá se le sequen por fin los zapatos al alcalde de la Tumba de Grant.

—Y quizá el rey de los vagabundos cierre la boca de una vez —replicó D'Agosta con aspereza.

Mephisto dejó escapar un silbido de satisfacción.

—El rey de los vagabundos. Encantador. Tendría que irme a cazar conejos de vía y dejarlos con su exploración espeleológica.

D'Agosta se puso tenso, pero se mordió la lengua. Mephisto los guió por la pasarela hasta un angosto pasadizo. Margo oyó ruido de agua a lo lejos, y pronto el pasadizo terminó ante una cascada. Una estrecha escalerilla de hierro, casi oculta por la inmundicia acumulada durante décadas, descendía al interior de un pozo al pie de la cascada.

Bajaron uno por uno, yendo a parar a un irregular suelo de roca bajo la confluencia de dos tuberías de ciento ochenta centímetros de diámetro. Estrechos barrenos salpicaban las paredes como si hubiese pasado por allí un ejército de desordenadas termitas.

—*Nous sommes arrivés* —anunció Mephisto, y por primera vez Margo creyó notar cierto nerviosismo bajo su fanfarronería—. La Buhardilla del Diablo está justo debajo.

Indicándoles que se detuviesen, Pendergast consultó sus planos y se adentró ruidosamente en el viejo túnel. Cuando los segundos se convirtieron en minutos, Margo no pudo evitar sobresaltarse a cada gota que caía del mohoso techo, cada estornudo ahogado y cada movimiento de inquietud en alguno de los miembros del grupo. Una vez más puso en duda sus propios motivos para unirse a aquella expedición. Empezaba a resultar difícil olvidarse de que estaban a muchos metros de profundidad, en un lóbrego y abandonado laberinto de pasadizos de servicio, túneles de ferrocarril y otros espacios aún más oscuros, con un enemigo al acecho que en cualquier momento...

Oyó algo en la oscuridad junto a ella.

—Querida doctora Green. —Era la voz sedosa y sibilante de Mephisto—. Lamento mucho que haya decidido acompañarnos en este paseo. Pero ya que está aquí, me gustaría pedirle un favor. Tengo la firme intención de dejar que sean sus amigos quienes corran con todo el riesgo. Pero si me ocurriese algo desagradable, quizá tendría usted la amabilidad de entregar este recado por mí.

Margo notó que ponía un pequeño sobre en la palma de su mano. Movida por la curiosidad, hizo ademán de acercarlo a las gafas.

—¡No! —dijo Mephisto, cogiéndole la mano y guiándola al bolsillo de Margo—. Ya habrá tiempo para eso más tarde. Si es necesario...

—¿Por qué yo? —preguntó Margo.

—¿Quién, si no? ¿Pendergast, ese escurridizo agente del FBI? ¿O quizá ese robusto exponente de la flor y nata de nuestra ciudad? ¿O Smithback, el periodista amarillo?

Se oyeron unas rápidas pisadas en la oscuridad, y Pendergast surgió de la

oscuridad.

—Excelente —dijo mientras Mephisto se apartaba de Margo—. Un poco más adelante está la pasarela por donde realicé mi anterior descenso. Las cargas colocadas bajo el Cuello de Botella deberían contener el agua del Reservoir por el sur. Ahora pondremos el resto de las cargas para impedir el paso del agua precedente de las tuberías de alimentación del extremo norte del parque.

La naturalidad con que hablaba parecía más propia de un partido de croquet, pensó Margo, que de aquella pesadilla. Pero la agradecía.

Pendergast desenganchó la manguera del lanzallamas, quitó la capucha de la boquilla y apretó el gatillo por unos segundos.

—Yo iré delante —dijo—. Luego Mephisto. Confío en sus instintos; avíseme si nota algo anormal.

—Estar aquí es anormal —repuso Mephisto—. Desde que llegaron los rugosos, esto ha sido territorio prohibido.

—Margo, usted irá después —continuó Pendergast—. Ocúpese de Smithback Vincent, me gustaría que cubriese la retaguardia. Podría haber un enfrentamiento.

—De acuerdo —contestó D'Agosta.

—Me gustaría ayudar —oyó Margo decir a Smithback.

Pendergast lo miró.

—Sin un arma, no les sirvo de nada —explicó Smithback con voz trémula pero resuelta.

—¿Sabe utilizar un arma? —preguntó Pendergast.

—Antes practicaba el tiro al blanco con una escopeta de calibre 16.

D'Agosta ahogó la risa. Pendergast apretó los labios por un momento, como si calculase algo. Por fin se descolgó la otra arma que llevaba al hombro y se la entregó a Smithback.

—Esto es un M-79. Dispara proyectiles explosivos de 40 milímetros. No dispare si el blanco no se encuentra al menos a treinta metros. D'Agosta le explicará por el camino cómo recargarlo. Si empieza la acción, espero que haya luz suficiente para usted.

Smithback asintió con la cabeza.

—La idea de estar al lado de un periodista con un lanzagranadas me pone muy nervioso —dijo D'Agosta en la oscuridad.

—Colocaremos las cargas y nos marcharemos —añadió Pendergast—. Disparen sólo como último recurso. El ruido atraería a toda la guarida hasta nosotros. Vincent, ponga el flash en modo estroboscópico y úselo al menor indicio de peligro. Primero los cegaremos y luego dispararemos. Asegúrense de quitarse antes las gafas de visión nocturna; la intensidad del flash las sobrecarga. Sabemos que no soportan la luz, así que cuando nos descubran, aprovechemos nuestra ventaja. Margo, ¿hasta qué punto está segura del efecto de la vitamina D?

—Al ciento por ciento —contestó Margo de inmediato. Tras una pausa, rectificó—: Bueno, quizá al noventa y cinco por ciento.

—Ya veo —dijo el agente del FBI—. Bien, si se produce un enfrentamiento, use primero la pistola.

Pendergast echó una última mirada al grupo y después lo condujo con cautela por el antiguo túnel. Margo vio que D'Agosta guiaba a Smithback, sujetándole firmemente el brazo. Recorridos unos cincuenta metros, Pendergast alzó una mano. Uno por uno, todos se detuvieron. Lentamente, Pendergast se llevó un dedo a los labios en un gesto de advertencia. Sacó un encendedor de un bolsillo y lo aproximó a la boquilla del lanzallamas. Tras un chasquido, se vio un destello y se oyó un tenue siseo. Una pequeña llama se formó en torno a la boquilla de cobre.

—¿Alguien huele eso? —susurró Mephisto.

Procurando mantener la calma, Margo respiró por la nariz. Un intenso hedor a metano y amoníaco flotaba en el aire. Y por encima se percibía un olor a cabra que reconoció de inmediato.

Snow apoyó la dolorida espalda contra la pared de ladrillo del embarcadero. Se quitó las aletas y las dejó con cuidado junto a la pared, donde el resto del equipo colocaba en pulcras hileras los lastres y las botellas de oxígeno. Pensó en dejar a un lado el talego de goma, pero recordó que el comandante le había ordenado que no se separase de él hasta concluir la misión. Notaba el suelo viscoso bajo los botines de neopreno. Se sacó la boquilla e hizo una mueca de asco al percibir el olor del ambiente. Sintió un intenso escozor en los ojos y parpadeó varias veces. Mejor será adaptarse, pensó, llevándose la boquilla a los labios e inhalando oxígeno. A partir de ese punto, sabía, seguirían a pie.

Alrededor, los hombres de la Compañía de Operaciones Especiales se despojaban de sus gafas y botellas, abrían mochilas impermeables y ponían a punto el material. El comandante Rachlin encendió una bengala y encajó el asta en una grieta de la pared. Silbó y chisporroteó suavemente, inundando la cámara de una inestable luz roja.

—Preparen sus equipos de comunicación —ordenó Rachlin—. Los usaremos sólo en caso de emergencia, por la frecuencia privada. Quiero que se respete la disciplina de ruido en todo momento. Recuerden, uno por equipo se ocupa del transporte de las cargas redundantes. Si por cualquier razón uno de los tres equipos no consigue llevar a cabo la misión, los otros la completarán. —Echó otro vistazo al mapa de plástico. Luego lo enrolló al máximo y se lo metió bajo la correa de la funda del machete. Dirigiéndose a Donovan, dijo—: Delta, ustedes actuarán como respaldo. Permanezcan aquí, en el punto de reunión, cubriendo a distancia la retaguardia. Si algún equipo no cumple su objetivo, reemplácenlo. —Echó un vistazo alrededor—. Beta, por aquel túnel. Gamma, por el túnel del fondo. Terminan a unos quinientos metros en conductos verticales. Ahí es donde deben colocar las cargas. Nos reuniremos aquí a las veintitrés horas veinte minutos como mucho. Al menor retraso, no llegaremos a la salida. —Rachlin miró fijamente a Snow—. ¿Se encuentra bien, amigo?

Snow movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

El comandante asintió también.

—Vámonos. Beecham, usted viene conmigo.

Snow observó alejarse a los tres equipos, sus sombras oscilando en las paredes brillantes, sus botines chirriando en el espeso lodo. Se sentía incómodo y extraño con los auriculares del equipo de comunicaciones en la cabeza. Cuando los sonidos se desvanecieron, tragados por la oscuridad de los túneles de desagüe, experimentó una creciente sensación de amenaza.

Donovan exploraba la caverna, examinando los montantes y los viejos ladrillos. Al cabo de unos minutos regresó con sigilo a donde se hallaba el equipo, una espectral figura a la luz de la bengala.

—Esto huele fatal —dijo por fin, acucillándose junto a Snow.

Snow no se molestó en dar la respuesta obvia.

—No bucea mal para ser un civil —continuó Donovan, ajustándose el cinto. Por lo visto, la actuación de Snow en los túneles lo había convencido de que no era degradante hablar con él—. Usted es el que sacó los cadáveres de la Cloaca, ¿no?

—Sí —respondió Snow a la defensiva, preguntándose qué habría llegado a oídos de Donovan.

—¡Vaya un trabajo de locos, andar buscando fiambres! —exclamó Donovan, y se echó a reír.

«No mucho peor que matar vietnamitas o colocar explosivos bajo la choza de un pobre desgraciado», pensó Snow. Sin embargo dijo:

—No sólo buscamos cadáveres. Ese día en realidad buscábamos un alijo de heroína que un traficante había tirado desde un puente.

—¿Heroína? Menudo colocón debieron llevar los peces por allí durante un rato.

Snow se aventuró a reír, pero incluso a él le sonó forzada su propia risa. «¿Qué demonios te pasa? —pensó—. Actúa con naturalidad, como Donovan».

—Dudo que en la Cloaca haya habido algún pez vivo en los últimos doscientos años.

—Ahí le doy la razón —dijo Donovan, volviendo a erguirse—. Amigo, no le envidio. Preferiría hacer una semana de preparación física a nadar cinco minutos en esa mierda.

Snow advirtió que Donovan miraba su fusil submarino con una sonrisa irónica.

—Mejor será que lleve un arma de verdad por si tenemos que entrar. —Donovan revolvió en el interior de una de las bolsas y extrajo un fusil ametrallador con un tubo metálico de aspecto cruel acoplado bajo el cañón—. ¿Ha disparado alguna vez un M-16?

—Los tipos de la Unidad de Respuesta Táctica nos dejaron probar algunos durante la merienda de graduación en la academia —contestó Snow.

Una mezcla de incredulidad y sorna se dibujó en las facciones de Donovan.

—¿He oído bien? ¿La merienda de graduación de la academia? Y seguro que su madre le preparó una cesta de comida. —Le lanzó el fusil a Snow. Luego volvió a meter la mano en la bolsa y le entregó varios paquetes con cargadores—. Cada uno lleva treinta balas. En el modo totalmente automático se vacían en menos de dos segundos, así que apriete el gatillo con suavidad. No es precisamente tecnología punta, pero su eficacia está demostrada. —Le pasó otro paquete—. Ese gatillo delantero es para el XM-148, el accesorio lanzagranadas. Ahí dentro encontrará dos cargas de 40 mm, por si de pronto tiene mayores ambiciones.

—Donovan, ¿qué es un antorcha? —dijo Snow. Tenía que preguntarlo.

Una amplia sonrisa apareció lentamente en el rostro pintado del soldado.

—Supongo que no hay inconveniente en que se lo diga. Es el pobre infeliz que ha de encargarse del MAI durante una operación.

—¿El MAI? —repitió Snow, quedándose igual que antes.

—Bengalas de magnesio de alta intensidad. Son obligatorias en todas las operaciones nocturnas, incluso en incursiones furtivas como ésta. Una regla ridícula, pero así son las cosas. Despiden una luz muy intensa. Desenrosque la tapa para armar el detonador, lance una a una distancia prudencial, y en el momento del impacto tendrá una intensidad de luz de medio millón de candelas. Pero no son muy estables, ¿sabe? Basta con que una sola bala alcance el talego, aunque sea algo pequeño como una calibre 22, ¡y bum! El antorcha. ¿Me explico? —Rió entre dientes y fue a deambular de nuevo por la caverna.

Snow cambió de posición, procurando mantener el talego lo más lejos de su pecho posible. Salvo por el irregular chisporroteo de la bengala, reinó el silencio por unos minutos. Luego Snow oyó reír otra vez a Donovan.

—Échele un vistazo a esto —dijo—. ¿Puede creerse que algún chiflado ha estado paseándose por aquí? Y además descalzo.

Dejando a un lado el fusil, Snow se puso en pie y se acercó a mirar. Había un rastro de pisadas en el barro. Y eran recientes; el barro estaba aún húmedo en los contornos.

—¡Y era grande, el hijo de puta! —susurró Donovan—. Debía de calzar como mínimo un cincuenta extraancho. —Volvió a reír.

Snow contempló las extrañas huellas, notando aumentar la sensación de amenaza.

Cuando las risas de Donovan decayeron, oyó a lo lejos un ruido sordo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—¿Qué? —dijo Donovan, arrodillándose y ajustándose el arnés.

—¿No es demasiado pronto para detonar las cargas?

—Yo no he oído nada.

—Yo sí —afirmó Snow, y de pronto el corazón empezó a latirle con fuerza.

Donovan aguzó el oído, pero el silencio era absoluto.

—Cálmese, amigo —dijo—. Empieza a imaginar cosas raras.

—Creo que deberíamos informar al comandante.

Donovan negó con la cabeza.

—Sí, y que se ponga hecho una furia. —Consultó su reloj—. Estricta disciplina de ruido, ¿recuerda? El objetivo de la operación está a un paso de aquí. Volverán dentro de diez minutos. Entonces nos largaremos de esta pocilga. —Escupió con vehemencia en el barro.

La bengala parpadeó y se extinguió, dejando la bóveda a oscuras.

—Mierda —masculló Donovan—. Snow, pásame otra bengala de la bolsa que

tiene a los pies.

Se oyó otro ruido, que cobró nitidez gradualmente hasta resultar obvio que era el sonido entrecortado de unos disparos. Pareció reverberar en las viejas paredes, ascendiendo y decreciendo como una tormenta lejana.

En la oscuridad, Snow oyó que Donovan se levantaba de inmediato y pulsaba el botón del equipo de comunicaciones.

—Equipo Alfa, jefe de patrulla, ¿me oye? —susurró.

La frecuencia captó sólo una ráfaga de interferencia estática.

El suelo tembló.

—¡Eso ha sido una granada! —exclamó Donovan—. ¡Alfa, Beta, contesten!

El suelo volvió a temblar.

—Snow, coja su arma —dijo Donovan, y Snow oyó el largo piñoneo del cerrojo de un fusil bien engrasado—. Esto se está poniendo feo. Alfa, ¿me recibe?

—Perfectamente —contestó Rachlin por el equipo de comunicaciones entre el crepitar de interferencias—. Hemos perdido contacto con Gamma. Prepárense.

—Comprendido —respondió Donovan.

Tras un breve y tenso silencio volvió a oírse la voz del comandante.

—Delta, Gamma debe de haber tenido dificultades para colocar las cargas. Ocupense de la redundancia. Nosotros hemos puesto ya las nuestras y vamos a comprobar la situación de Beta.

—A la orden. —Se encendió una luz, y Donovan miró a Snow—. En marcha. Tenemos que colocar las cargas de Gamma.

Prendiéndose la linterna en la trabilla del hombro, Donovan se echó a correr, agachado y con el fusil en posición perpendicular ante el pecho. Snow tomó aire y lo siguió hacia el túnel. Al bajar la vista, advirtió más pisadas en la parpadeante claridad, numerosos rastros que se entrecruzaban en una delirante maraña, demasiados para pertenecer a los botines de los dos hombres del equipo Gamma.

Al cabo de unos minutos llegaron a un lugar rodeado de pilones que parecía un viejo apartadero, y Donovan aminoró el paso.

—No puede estar mucho más lejos —susurró. Apagó la linterna y escuchó con atención.

—¿Dónde se han metido? —se oyó preguntar Snow.

No le sorprendió que Donovan no se molestase en contestar.

—Hemos regresado al punto de reunión —anunció Rachlin por los auriculares—. Repito: las cargas han sido colocadas con éxito. Vamos a comprobar la situación de Beta.

—Vamos —dijo Donovan, avanzando. De pronto se detuvo y susurró—. ¿Huele eso?

Snow abrió la boca y, al percibir el hedor, la cerró al instante. Se volvió

instintivamente. Era un olor a tierra y putrefacción, tan penetrante que ahogaba las emanaciones del túnel de desagüe. Y en el aire flotaba algo más: el tufo extrañamente dulzón de una carnicería.

Donovan sacudió la cabeza como para alejarlo. A continuación se tensó y siguió adelante. En ese momento, Snow oyó un zumbido en sus auriculares. Tras un tenue silbido sonó de repente la voz de Rachlin:

—... atacan. Bengalas...

Snow se preguntó si había oído bien. Rachlin había hablado con una serenidad anormal. Segundos después crepitó una ráfaga de estática en el equipo de comunicaciones, seguida de un tableteo que parecían disparos.

—¡Alfa! —gritó Donovan—. ¿Me recibe? Corto.

—Sí —contestó Rachlin—. Nos atacan. Beta no lo había conseguido. Nosotros estamos ahora colocando sus cargas. ¡Beecham, allí!

Se oyó un zumbido y después una atronadora explosión. Entre las interferencias llegaban sonidos ininteligibles: voces, quizá alaridos, pero demasiado graves y roncós para ser humanos. A través de las paredes se percibieron de nuevo los estampidos de las armas.

—Delta... —dijo Rachlin por encima del ruido de estática—, rodeados...

—¿Rodeados? —gritó Donovan—. ¿Rodeados por quiénes? ¿Necesitan apoyo o?

Se oyeron más disparos y después un rugido atronador.

—¡Alfa! ¿Necesitan apoyo? —repitió Donovan.

—Dios mío, hay tantos... Beecham, ¿qué demonios es...?

La interferencia estática ahogó la voz de Rachlin. De pronto el equipo de comunicaciones enmudeció, y Snow, clavado al suelo en la oscuridad, pensó que quizá su aparato se había averiado. De pronto los auriculares emitieron un alarido convulso y espeluznante, tan fuerte que parecía sonar junto a él. Siguió el ruido gomoso del neopreno al rasgarse.

—¡Hable, Alfa! —Donovan se volvió hacia Snow—. Aún se recibe por este canal. ¡Comandante, aquí Delta! ¡Conteste!

Se oyó un borboteo de estática, después algo parecido a un chapoteo en el barro, y más estática.

Donovan intentó en vano ajustar la frecuencia. Miró a Snow.

—Vamos —dijo, preparando su arma.

—¿Adónde? —preguntó Snow con la boca áspera como el papel de lija a causa del miedo.

—Aún tenemos que colocar las cargas de Gamma.

—¿Está loco? —susurró Snow con furia—. ¿Es que no ha oído eso? Tenemos que marcharnos de aquí ahora mismo.

Donovan le lanzó una severa mirada.

—Amigo, vamos a colocar las cargas de Gamma. —En su voz, aunque serena, se advertía una inquebrantable determinación, quizá incluso una tácita

amenaza—. Vamos a completar la operación.

Snow tragó saliva.

—Pero ¿y el comandante?

Donovan no apartaba la vista de él.

—Primero terminamos la operación —repitió.

Snow comprendió que no servía de nada discutir. Agarrando con firmeza el M-16, siguió a Donovan en la oscuridad. Poco más adelante había un recodo en el túnel, y un resplandor trémulo procedente del otro lado se reflejaba en la pared de ladrillo.

—Tenga el fusil a punto —advirtió Donovan en un susurro.

Snow dobló con cautela el recodo y paró en seco. El túnel terminaba allí mismo. En la pared del fondo, una escalerilla de hierro ascendía hacia la boca de una gran tubería vertical.

—¡Dios santo! —gimió Donovan.

En un rincón, entre la inmundicia, crepitaba una única bengala, iluminando tenuemente el espacio. Snow miró alrededor con desesperación, absorto en los aterradores detalles. Numerosas marcas de balazos salpicaban las paredes. En una de ellas había saltado parte del paramento, quedando los contornos del orificio quemados y ennegrecidos. Dos formas oscuras yacían desmadradas en el barro junto a la bengala, las mochilas y armas desperdigadas alrededor. Restos de cordita flotaban en el aire quieto.

Donovan se había acercado ya a la figura más cercana, como para despertarla. Pero retrocedió de inmediato, y Snow, al observar al hombre caído, vio que tenía el traje de neopreno rasgado desde el cuello hasta la cintura, y un sanguinolento muñón donde había estado la cabeza.

—Y Champion también —dijo Donovan consternado, mirando al otro cadáver—. Dios, ¿quién puede haber hecho esto?

Snow cerró los ojos y respiró entrecortadamente, intentando mantener un mínimo control.

—Quiquiera que haya sido, debe de haberse marchado por ahí —añadió Donovan, señalando la tubería del techo—. Snow, coja esa bolsa de cargadores.

Snow se agachó y cogió la bolsa. Casi se le resbaló, vio que estaba cubierta de sangre y sustancia blanca.

—Colocaré las cargas aquí —explicó Donovan mientras extraía bloques de C-4 de su propia mochila—. Cubra la salida.

Alzando el cañón del fusil, Snow volvió la espalda a Donovan y permaneció atento al recodo del túnel, que aparecía y desaparecía ante sus ojos en el parpadeante resplandor de la bengala casi apagada. A través del equipo de comunicaciones oyó un susurro de estática, ¿o era quizá el ruido de algo pesado arrastrado por el barro? ¿Era un débil y húmedo balbuceo lo que oía bajo los chirridos y chasquidos eléctricos?

La comunicación volvió a cortarse. De reojo vio a Donovan acoplar el temporizador al explosivo y fijar la hora.

—Veintitrés horas cincuenta y cinco minutos —dijo—. Eso nos deja casi media hora para buscar al comandante y largarnos de aquí. —Se inclinó y quitó las placas de identificación de los cuellos sin cabeza de sus dos compañeros muertos. Cogiendo su arma y guardándose las placas en el chaleco de goma, añadió—: Vámonos.

Cuando empezaban a avanzar, Snow oyó un repentino golpeteo y algo parecido a una tos. Al volverse, vio varias figuras que bajaban por la tubería y saltaban al barro junto a los soldados muertos. Con una extraña sensación de irrealidad, Snow advirtió que iban encapuchadas y envueltas en capas.

—¡Vámonos! —exclamó Donovan, y echó a correr hacia el recodo del túnel.

Snow lo siguió, impulsado por el pánico. Se alejaron de la horrible escena por el viejo túnel de ladrillo. Cuando doblaban el recodo, Donovan resbaló y cayó, rodando en la densa oscuridad.

—¡Opongamos resistencia! —gritó, alzando el fusil y encendiendo simultáneamente una bengala.

Snow se volvió. Las figuras avanzaban hacia ellos, corriendo agachadas y con paso extrañamente firme. El intenso brillo de la bengala pareció detenerlas por un momento. Luego siguieron adelante. Se advertía en sus movimientos algo animal que helaba la sangre. Desplazó el dedo índice bajo el cañón del fusil, buscando el guardamonte. Un zumbido ensordecedor sonó junto a él, y comprendió que Donovan había disparado el lanzagranadas. Se produjo un foganazo y al instante el túnel se sacudió con el estallido. El M-16 se agitó en las manos de Snow, y se dio cuenta de que también él había abierto fuego, rociando el túnel de balas. Se apresuró a retirar el dedo del gatillo. Otra figura dobló el recodo y surgió entre el humo de la granada, colocándose en la línea de tiro de Snow. Apuntó y apretó el gatillo. La figura echó atrás la cabeza, y por una décima de segundo Snow captó la imagen de un rostro increíblemente arrugado y nudoso, sus facciones ocultas bajo grandes pliegues de piel. Se oyó otro zumbido, y la horrenda imagen desapareció entre las llamas y el humo de la segunda granada de Donovan.

Snow siguió apretando el gatillo con el cargador vacío. Retiró el dedo, expulsó el cargador gastado y encajó otro. Aguardaron en posición de fuego. Los ecos se desvanecieron gradualmente. Ninguna otra figura salió del humo y las sombras.

Donovan respiró hondo.

—Volvamos al punto de encuentro —dijo.

Se dieron media vuelta y avanzaron por el túnel. Donovan encendió su linterna, y un delgado haz de luz roja perforó la oscuridad. Snow, con la respiración entrecortada, tragó saliva. Más adelante, a corta distancia, se hallaba Tres Puntos, y el equipo, y la salida. Descubrió que no dejaba de pensar en sus

siguientes acciones, concentrándose sólo en salir del túnel, en llegar a la superficie, porque de lo contrario habría recordado las horribles figuras que los habían atacado, y eso habría supuesto...

De pronto chocó contra la espalda de Donovan. Tambaleándose, miró alrededor, intentando averiguar por qué se había detenido de pronto.

Entonces vio frente a ellos, en el haz de la linterna, un grupo de aquellas mismas criaturas, diez, quizá doce, inmóviles en la densa atmósfera del túnel de desagüe.

Varias sostenían objetos, objetos que pendían al parecer de gran número de apretados hilos. Con una mezcla de terror y fascinación, miró atentamente. En el acto desvió la mirada.

—¡Santo cielo! —susurró—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Abrirnos paso —respondió Donovan con serenidad, alzando el cañón de su arma.

Margo se llevó la mascarilla de oxígeno a la boca y respiró hondo. Luego se pasó a Smithback. El oxígeno despejaba de inmediato la cabeza. Miró alrededor. Al frente del grupo, Pendergast ponía bloques de explosivo plástico en la base de una escotilla abierta. Cada vez que extraía una carga de la bolsa y la colocaba en su lugar correspondiente, se elevaba del suelo una nube de polvo y esporas de hongos que ocultaban momentáneamente su rostro. Detrás de ella se hallaba D'Agosta, con el arma a punto. Mephisto permanecía a un lado, inmóvil y en silencio, sus ojos ascuas rojas en la oscuridad.

Pendergast hundió los detonadores en el C-4 y fijó la hora con cuidado, consultando simultáneamente su reloj. Por fin recogió la bolsa y se puso en pie con sigilo, indicando que debían continuar hasta la siguiente posición. Desde los círculos de sus gafas de visión nocturna hasta el mentón, su cara era una máscara de fino polvo gris. Su traje negro, por lo general impecable, estaba desgarrado y manchado de barro. En otras circunstancias, su aspecto le habría parecido ridículo a Margo, pero en ese momento no estaba de humor para bromas.

El aire estaba tan viciado que Margo inconscientemente se tapó la nariz y la boca con la mano. Respiró de nuevo por la mascarilla.

—No acapares ese oxígeno —susurró Smithback. Esbozó una débil sonrisa, pero su mirada siguió sombría y distante.

Avanzaron por el estrecho pasadizo, Margo guiando a Smithback en la oscuridad. Cada tres metros aproximadamente, sobresalían del techo grandes pernos de hierro. Al cabo de un par de minutos, volvieron a detenerse mientras Pendergast consultaba los planos. Finalmente sacó unas cargas de la bolsa, que ahora sostenía Margo, y las colocó en un hueco cercano al techo.

—Muy bien —dijo—. Otra serie más, y podemos volver a la superficie. Tendremos que salir deprisa.

Reanudó la marcha por el pasadizo y unos metros más adelante se detuvo en seco.

—¿Qué pasa? —preguntó Margo, pero Pendergast alzó una mano para hacerla callar.

—¿Ha oído eso? —susurró por fin.

Margo escuchó atentamente, pero no oyó nada. La atmósfera cerrada y fétida era tan densa como el algodón y sofocaba cualquier sonido. Pero de pronto algo llegó a sus oídos: un sonido retumbante, como un eco de truenos a gran profundidad bajo sus pies.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—No estoy seguro —murmuró Pendergast.

—¿No estará detonando sus cargas el equipo de la Compañía de Operaciones Especiales?

Pendergast negó con la cabeza.

—No suena con tanta potencia como para ser explosivo plástico. Además, aún es pronto.

Pendergast aguzó el oído con expresión ceñuda y, haciendo una seña al resto del grupo, continuó avanzando. Margo lo siguió de cerca, previniendo a Smithback de las subidas y bajadas del pasadizo en su absurdo recorrido a través de la piedra. Se preguntó quién habría construido aquel pasadizo, quizá a cuarenta pisos bajo las calles de Manhattan. Se imaginó a sí misma caminando por Park Avenue, pero el pavimento era sólo una delgada piel de asfalto que cubría una inmensa red de pozos, túneles, galerías y pasillos abiertos en la tierra a gran profundidad, como un avispero infestado de...

Sacudió la cabeza con vehemencia y volvió a respirar oxígeno. Cuando se le aclaró la mente, se dio cuenta de que el ahogado sonido seguía llegando de algún lugar bajo sus pies. Sin embargo ahora era distinto. Tenía una cadencia, como el ronroneo de un motor, ascendiendo y descendiendo.

Pendergast se detuvo de nuevo.

—Hablen sólo en susurros. ¿Entendido? Vincent, tenga el flash a punto.

Enfrente, el túnel terminaba en una gran plancha de hierro remachada. En medio de la pared de metal se abría una única puerta. Pendergast la cruzó con el lanzallamas preparado. La punta llameante osciló, trazando una estela de luz en las gafas de Margo. Al cabo de un momento, Pendergast se asomó a la puerta y les indicó que lo siguiesen.

Cuando entró en el espacio cerrado, Margo se dio cuenta de que el sonido que retumbaba bajo sus pies era un redoble de tambores, mezclado con un canto grave y bisbiseante.

D'Agosta tropezó con Margo al entrar en el compartimiento, y ella saltó adelante con una brusca inhalación de aire. En una de las paredes vio viejos instrumentos y palancas de bronce, con polvo y verdín incrustados en los cuadrantes rotos. En un rincón había un enorme cabrestante y varios generadores oxidados.

Pendergast se dirigió rápidamente al centro de la cámara y se arrodilló junto a una gran trampilla de metal.

—Esto es la sala central de conmutación de los túneles Astor. Si no me equivoco, nos encontramos justo encima del Pabellón de Cristal, en su día la sala de espera privada del hotel Knickerbocker. Desde aquí debería verse el pabellón.

Aguardó hasta que el grupo quedó en absoluto silencio. Entonces recorrió los corroidos fiadores de la trampilla y la deslizó a un lado con sumo cuidado. Margo vio salir un parpadeante resplandor y percibió con mayor claridad el olor a cabra, aquel conocido tufo que impregnaba sus pesadillas. El sonido de los tambores y el ahogado canto aumentaron de volumen. Pendergast se asomó, y el tenue resplandor del Pabellón de Cristal se reflejó trémulamente en su cara.

Observó por un largo momento y luego retrocedió despacio.

—Vincent —dijo—, quizá debería echar un vistazo.

D'Agosta se acercó, se levantó las gafas y se inclinó sobre el agujero. En la débil luz, Margo vio brillar gotas de sudor en su frente, y advirtió que echaba mano inconscientemente a la culata de su arma. Se apartó del agujero en silencio.

Margo notó entonces que Smithback se adelantaba. Miró casi sin pestañear, respirando ruidosamente por la nariz.

—¡Vaya, el plumífero se excita! —susurró Mephisto con tono sarcástico.

Pero, por lo que Margo veía, Smithback no parecía disfrutar de la visión. Empezaron a temblarle las manos, primero ligeramente, luego de manera casi incontrolable. Con una expresión de horror fija en el rostro, permitió que D'Agosta lo alejase de la trampa.

Pendergast hizo una señal a Margo.

—Doctora Green, me gustaría conocer su opinión.

Margo se arrodilló junto al agujero, se levantó las gafas y se asomó al cavernoso espacio. Por unos segundos, su mente fue incapaz de abarcar la imagen que se extendía bajo ella. Se encontró mirando el centro del vasto espacio a través de los destrozados restos de una araña de cristal. Distinguió las ruinas de lo que en otro tiempo había sido una sala de gran elegancia: columnas dóricas, murales gigantescos y cortinas de terciopelo en marcado contraste con el barro y la inmundicia que cubría las paredes. Justo debajo, entre los brazos resquebrajados de la araña y los fragmentos de cristal, vio la cabaña de cráneos que había descrito Pendergast. Al menos un centenar de figuras encapuchadas dispuestas en irregulares filas se balanceaba frente a la cabaña, golpeando el suelo con los pies y entonando aquel canto apagado e ininteligible. A lo lejos, seguía el monótono tamborileo. Entretanto afluían sin cesar otras figuras, que ocupaban sus puestos y se unían al canto. Margo contempló la escena atentamente, parpadeó y volvió a mirar con una mezcla de horror y fascinación. No cabía la menor duda: eran los rugosos.

—Parece un ritual —murmuró Margo.

—Así es —respondió Pendergast junto a ella—. Obviamente ésta es la otra razón por la que nunca se producían asesinatos en noches de luna llena. El ritual sigue realizándose. La cuestión es quién o qué lo dirige ahora que Kawakita está muerto.

—Es posible que tuviese lugar una especie de golpe de Estado —comentó Margo—. En las sociedades primitivas, con frecuencia el chamán era asesinado y sustituido por un rival, por lo general una figura dominante del mismo grupo. —Siguió observando, intrigada pese al miedo y la aversión que sentía—. ¡Dios mío, si Frock viese esto!

—Sí —dijo Pendergast—. Si una de esas criaturas ocupó el lugar de

Kawakita, acabando a la vez con su vida, se explicaría el incremento de asesinatos y la creciente brutalidad de sus actos.

—Fíjese en su manera de andar —susurró Margo—. Casi propia de patizambos. Podría deberse al incipiente escorbuto. Si sus organismos no aceptan la vitamina D, ése sería el resultado.

De pronto se produjo un alboroto, un coro de voces guturales fuera del área de visión de Margo. El grupo se disgregó. Se oyó una serie de llamadas, y Margo vio una figura, encapuchada como el resto, que llegaba lentamente transportada en un palanquín construido de huesos y tiras de cuero trenzadas. La procesión se acercó a la cabaña, incorpórea en el trémulo resplandor. Cuando el palanquín fue introducido en la cabaña, el canto cobró mayor volumen, reverberando en la enorme sala.

—Parece que ha llegado el chamán —dijo Margo—. La ceremonia, sea cual sea, empezará en cualquier momento.

—¿No sería mejor que nos pusiésemos en marcha? —oyó mascullar a D'Agosta—. Lamento estropearles el descubrimiento antropológico, pero en el pasillo hay quince kilos de explosivos que no tardarán en estallar.

—Tiene razón —dijo Pendergast—. Y aún nos queda una carga por colocar. —Apoyó una mano en el brazo de Margo—. Debemos marcharnos, doctora Green.

—Sólo un minuto, por favor —rogó.

Entre la multitud se originó un repentino revuelo, y apareció quizá una docena de figuras encapuchadas, camino de la cabaña. Se arrodillaron ante la entrada y dispusieron varios objetos pequeños y negros en un semicírculo. El canto continuó cuando una figura salió de la cabaña con dos antorchas encendidas.

Margo miró atentamente, intentando averiguar qué eran los objetos negros. Había seis, y desde allí arriba parecían pelotas de goma de forma irregular. Obviamente desempeñaban un papel esencial en la ceremonia. Recordó que en Natal la tribu de los chudzi usaba piedras redondas pintadas de rojo y blanco para simbolizar el ciclo diario de...

Una de las figuras dio un tirón al objeto más cercano, la capucha negra de goma se desprendió, y Margo retrocedió instintivamente, sofocando un gemido de consternación.

Pendergast se aproximó de inmediato a la abertura y miró hacia abajo durante un largo momento. Por fin se irguió y se echó hacia atrás.

—Hemos perdido al equipo de la Compañía de Operaciones Especiales —dijo.

Mephisto se acercó a la trampilla y echó un vistazo al parpadeante espacio; iluminada por el rojizo resplandor, su barba larga y enredada adquirió un aspecto mefistofélico.

—Y ahora, chicos, no olvidéis que es peligroso bañarse después de una

comida pesada —masculló.

—¿Cree que habrán colocado las cargas antes...? —preguntó D'Agosta, y su voz se desvaneció gradualmente en la oscuridad.

—Esperemos que sí —murmuró Pendergast mientras cerraba la trampilla—. Pongamos la última carga y marchémonos antes de que sea demasiado tarde. Permanezcan atentos. Recuerden que nos encontramos prácticamente en su guarida. Manténganse hiperalertas.

—Hiperalertas —repitió Mephisto con desdén.

Pendergast lanzó una mirada de ligero reproche al jefe de los mendigos.

—Ya hablaremos en algún otro momento del bajo concepto que tiene de mí, y de mi opinión sobre sus gustos culinarios —dijo, y se volvió hacia la salida.

Cruzaron la puerta del lado opuesto de la cámara y avanzaron rápidamente por el pasadizo. Tras recorrer unos cien metros, Pendergast se detuvo en un punto donde un túnel de irregulares paredes ascendía hasta el pasadizo principal. A través del estrecho conducto se oía claramente el sonido de los tambores.

—Es extraño —comentó el agente del FBI, contemplando el túnel que confluía en el pasadizo—. Este acceso no consta en el plano. No importa; en todo caso, la última carga debería hundir toda esta estructura.

Siguieron adelante y en unos minutos llegaron a la entrada de un espacio que parecía una antigua zona de mantenimiento. Contra una pared se alzaban pilas de ruedas grandes y herrumbrosas, junto con lo que, a juicio de Margo, podían ser diversas piezas de cambios de agujas y señales. Sobre una mesa podrida descansaba una fiamblera de hojalata; dentro, Margo vio el esqueleto seco de un pollo a medio comer. En apariencia, el lugar había sido abandonado precipitadamente.

—¡Dios, qué sitio! —exclamó D'Agosta—. Uno se pregunta cuál es la verdadera historia de estos túneles.

—O si alguien la conoce todavía después de casi un siglo —añadió Pendergast. Señaló hacia un rincón, donde había una puerta ribeteada de metal entre dos montones de material polvoriento—. Ésa es la escalera de mantenimiento que baja a los túneles Astor. Aquí colocaremos la última carga. —Sacó otro bloque de explosivo de la bolsa, se agachó y lo rebozó de barro.

—¿Y eso? —preguntó D'Agosta—. ¿Camuflaje?

—En efecto —respondió Pendergast mientras moldeaba la carga en torno a la base de un pilar de cemento—. Ésta es, por lo visto, una zona muy transitada. Señaló con el mentón hacia el túnel a título ilustrativo.

—¡Dios mío! —exclamó Margo entre dientes.

Incontables huellas de pies descalzos surcaban el suelo del pasadizo por donde habían llegado. Cogió la mascarilla y tomó oxígeno. Había una humedad próxima al ciento por ciento. Volvió a respirar por la mascarilla y luego se la ofreció a Smithback

—Gracias —dijo el periodista, e inhaló dos veces lentamente. El cabello le caía lacio sobre la frente y llevaba la camisa hecha jirones y manchada de sangre.

«Pobre Bill —pensó Margo—. Parece salido de una cloaca, nunca mejor dicho» .

—¿Cómo estaban las cosas en la superficie? —preguntó Margo para distraerlo de sus pensamientos.

—Era un caos absoluto —contestó el periodista, devolviéndole la mascarilla con un gesto solemne—. En medio de la manifestación organizada por la señora Wisher han empezado a aparecer centenares de topos de los subterráneos. Allí mismo, en Broadway. Según he oído, la policía había echado gases lacrimógenos en los túneles situados entre la calle Noventa y nueve y el parque.

—¿Topos, plumífero? —lo interrumpió Mephisto—. Sí, somos topos. Huimos de la luz, y no por su calor o su brillo, sino por lo que nos muestra: venalidad, corrupción e incontables hormigas obreras aferradas a su rutina.

—Cállese —dijo D'Agosta con aspereza—. Lléveme de regreso a la superficie venal y corrupta, y le prometo que puede ir a esconderse al pozo de mierda más profundo que encuentre sin miedo a que yo vaya a buscarlo.

—Mientras ustedes discutían, he colocado la última carga —anunció Pendergast, frotándose las manos y tirando a un rincón la bolsa de explosivos y vacía—. Me sorprende que con tanta disputa la guarida entera no se nos haya echado ya encima. Ahora marchémonos de aquí cuanto antes. Tenemos menos de treinta minutos.

Con Pendergast al frente, salieron de la zona de mantenimiento.

De pronto el agente del FBI se detuvo. Siguió un breve silencio.

—Vincent —lo oyó susurrar Margo—. ¿Está preparado?

—Nací preparado.

Pendergast comprobó la boquilla del lanzallamas.

—Si es necesario, usaré esto, y luego iniciaremos la retirada. Esperen a que las llamas se extingan por completo antes de avanzar. Esta arma utiliza una mezcla de combustión rápida y limpia creada para la lucha a corta distancia, pero el propelente se adhiere a las superficies durante unos segundos antes de arder. ¿Entendido? Quitense las gafas y cierren los ojos para protegerse del fogaño. No hagan nada hasta que yo dé la señal. Tengan sus armas preparadas.

—¿Qué pasa? —preguntó Margo mientras extraía la Glock y quitaba el seguro. De repente lo olió; era el hedor repugnante de aquellas criaturas, flotando en el aire como una aparición.

—Tenemos que conseguir llegar más allá de aquel acceso —susurró Pendergast—. Vamos.

Empezaron a oírse rápidos pasos ascendentes en el túnel que confluía con el pasadizo poco más adelante. Pendergast bajó la mano, y D'Agosta encendió el

haz de luz a su mínima potencia. Asustada, Margo vio un grupo de criaturas envueltas en capas que corría hacia ellos por el pasadizo. Avanzaban a una velocidad escalofriante. De pronto pareció ocurrir todo a la vez. Pendergast dio el aviso, y D'Agosta accionó el flash con un seco chasquido. Una luz blanca de una intensidad casi sobrenatural inundó el pasadizo, dotando instantáneamente de color a los negros contornos de la roca. Se oyó un extraño zumbido líquido y el lanzallamas escupió una llama azul anaranjada. Pese a que se hallaba tras el agente del FBI, Margo notó en el rostro una brutal vaharada de calor. El chorro alcanzó a las criaturas que se abalanzaban hacia ellos con un sonoro estampido y una lluvia de vertiginosas chispas. Por un momento las figuras siguieron adelante, y Margo, observando a las que ocupaban las primeras filas, tuvo la sensación de que llevaban extrañas túnicas de fuego, que crepitaron y quedaron reducidas a cenizas. El fogueo del flash se desvaneció, pero no antes de que se grabase en las retinas de Margo la espantosa imagen de unos cuerpos encorvados y contrahechos, envueltos en carne quemada, desplomándose, sacudiendo las piernas.

—¡Retrocedan! —gritó Pendergast.

Volvieron atropelladamente a la zona de mantenimiento mientras Pendergast lanzaba otra llamarada. En la ráfaga de luz anaranjada, Margo vio que otras muchas criaturas subían por el túnel de acceso hacia ellos. Instintivamente alzó la pistola y disparó varias veces. Dos de las figuras cayeron de espaldas y desaparecieron en la parpadeante oscuridad. Vagamente, tuvo conciencia de haber perdido a Smithback en los iniciales momentos de desconcierto. Sonó una detonación junto a su oído al disparar Mephisto los dos cañones de la escopeta. Oía gritar a alguien —quizá era ella—, y los inarticulados alaridos de dolor de las criaturas heridas. D'Agosta lanzó una granada al centro del grupo. Se produjo un estampido seco e inmediatamente después una potente explosión sacudió el túnel.

—¡Deprima! —dijo Pendergast—. ¡Bajen por la escalera de mantenimiento!

—¿Está loco? —gritó D'Agosta—. ¡Nos atraparán como a ratas!

—Estamos ya atrapados como ratas —contestó Pendergast—. Son demasiados, y sería una temeridad luchar aquí. Podríamos detonar el C-4. En los túneles Astor, al menos tendremos una oportunidad. ¡Bajen!

D'Agosta abrió la puerta ribeteada de metal, y descendieron rápidamente, con Pendergast detrás lanzando lenguas de fuego hacia el pasadizo. A Margo le ardían los ojos a causa del humo acre que flotaba en el aire. Parpadeando para contener las lágrimas, vio acercarse a otra figura, la capucha caída, el arrugado rostro contraído en una mueca de furia, un mellado cuchillo de pedernal en alto. Adoptando la posición de disparo, vació el cargador en aquella monstruosidad, observando casi con indiferencia cómo estallaban las balas de punta hueca al impactar en su cuerpo, desgarrando la carne correosa. La figura se desplomó y casi de inmediato la sustituyó otra. La alcanzó una ráfaga del lanzallamas y cayó

de espaldas, retorciéndose en un halo de fuego.

Salieron a una pequeña sala de techo alto con azulejos en las paredes y el suelo. Al otro lado de un arco gótico se veía el resplandor rojizo de la ceremonia. Margo echó un rápido vistazo alrededor, esparciendo balas por el suelo mientras rellenaba con desesperación el cargador. El humo saturaba el aire, pero Margo advirtió con alivio que el lugar estaba vacío. Parecía una sala de espera secundaria, pensada quizá para niños; contenía varias mesas bajas, algunas de ellas aún con tableros de damas, ajedrez y backgammon dispuestos para jugar, las piezas cubiertas de telarañas y mohos.

—Una lástima para el que llevaba las negras —comentó Mephisto, mirando la mesa más cercana mientras abría la escopeta para recargarla—. Tenía un peón de ventaja.

Se oyó ruido en la escalera, y al instante otro grupo de rugosos surgió de la oscuridad en dirección a ellos. Pendergast se agachó y lanzó una larga llama hacia las criaturas. Margo apoyó una rodilla en el suelo y disparó, las detonaciones de su pistola ahogadas por el fragor general.

Advirtió un movimiento al otro lado del arco, y al volverse vio otro grupo de criaturas correr hacia ellos desde el Pabellón de Cristal. Smithback, forcejeando desesperadamente con el lanzagranadas, fue reducido y derribado. Pendergast, con la espalda contra la pared, trazaba un arco de llamas, manteniendo a raya a las criaturas que lo rodeaban. Con una curiosa sensación de irrealidad, Margo apuntó a las cabezas de las criaturas que tenía enfrente y empezó a descerrajar un tiro tras otro. Cayó una criatura, luego otra, y después Margo notó que disparaba con el cargador vacío. Retrocedió tan deprisa como pudo, sacando del bolso otro puñado de balas. De pronto notó movimiento alrededor, muy cerca, en todas direcciones. Unos brazos como cables de acero la agarraron por el cuello y le arrancaron la pistola de la mano. Un olor fétido como el aliento de un cadáver inundó sus sentidos. Cerró los ojos, llorando de dolor, miedo y rabia, procurando prepararse lo mejor posible para una muerte inevitable.

Snow observó congregarse a las oscuras figuras en la boca del túnel, cortándoles el paso. Se habían detenido por un momento ante el intenso brillo de la bengala, pero se movían ya hacia ellos con una resolución que le ponía la carne de gallina. No eran bestias sin inteligencia que se lanzasen irreflexivamente a la batalla; se valían de alguna estrategia.

—Atienda —dijo Donovan con calma—. Cargue el XM-148. Dispararemos a la vez cuando yo dé la señal. Usted apunte a la izquierda del grupo; yo apuntaré a la derecha. Luego vuelva a cargar y disparar tan deprisa como pueda. Los lanzagranadas tienden a levantarse, así que apunte a baja altura.

Snow introdujo la carga en el lanzagranadas, notando que el corazón le latía en la garganta. Donovan se tensó a su lado.

—¡Ahora! —gritó Donovan.

Snow apretó el gatillo delantero, y el arma casi se le escapó de las manos cuando la granada partió hacia el grupo. Los destellos de las dos explosiones bañaron el túnel de una luz anaranjada, y Snow advirtió que había apuntado demasiado a la izquierda, dando en la pared del túnel. De pronto, con un violento temblor, se hundió una sección del techo. Gritos de terror surgieron del grupo de encapuchados.

—¡Otra vez! —dijo Donovan mientras colocaba otra granada.

Snow volvió a cargar y disparó de nuevo, esta vez desplazando el cañón ligeramente a la derecha. Como hipnotizado, igual que si ocurriese en cámara lenta, observó salir el proyectil y girar en el aire hasta perderse por encima de las cabezas del confuso grupo de figuras más allá de la boca del túnel. Se produjo otro temblor y un estallido de luz.

—¡Más bajo! —gritó Donovan—. ¡Están acercándose!

Sollozando, Snow abrió la otra bolsa con los dientes, cargó y disparó de nuevo. La feroz columna de fuego se alzó en medio del grupo. Por encima del estruendo de la explosión sonaron penetrantes gritos.

—¡Otra vez! —dijo Donovan, disparando su lanzagranadas—. ¡Tire otra vez!

Snow cargó y apretó el gatillo. El disparo se quedó corto, y la contundente ráfaga de calor los derribó a los dos. Se irguió, parpadeando en la nube de polvo y humo que flotaba en el oscuro espacio. Se le habían acabado las granadas, y llevó el dedo al gatillo trasero.

Donovan alzó una mano. Aguardaron, apuntando los fusiles hacia la negrura, durante lo que a Snow se le antojaron varios minutos. Finalmente Donovan bajó el cañón de su arma.

—Les hemos soltado una verdadera lluvia de mierda —susurró—. Lo ha hecho usted muy bien. Quiero que se quede aquí un momento mientras yo echo un vistazo. Si oye algo, avíseme. Dudo que encontremos nada mucho mayor que

un meñique, pero no voy a arriesgarme.

Comprobó el cargador de su M-16, encendió una bengala y la lanzó hacia la nube de humo. Después avanzó lentamente, pegado a la pared del túnel. Cuando el humo empezó a disiparse, Snow vio los borrosos contornos de la cabeza y los hombros de Donovan, moviéndose con sigilo, su oscura sombra parpadeando tras él.

Sorteó las formas maltrechas y humeantes esparcidas por el suelo. Al llegar a la boca del túnel, se asomó con cautela y girando sobre sí mismo, salió a Tres Puntos. Luego se adentró en la cámara y desapareció en las sombras, dejando a Snow sin más compañía que la oscuridad. De pronto cayó en la cuenta de que llevaba aún colgado del cuello el talego con las bengalas de magnesio, olvidado durante la lucha. Contuvo el impulso de quitárselo y dejarlo allí. «Rachlin ha dicho que no me separase de él hasta el final de la misión —pensó—, y eso haré».

Rachlin... Parecía imposible que aquellas criaturas hubiesen matado al resto del equipo de la Compañía de Operaciones Especiales de la Marina. Eran hombres bien armados y fogueados en el combate. «Si los otros dos túneles eran como éste —se dijo—, quizá alguno haya escapado por la escalerilla del fondo. Si es así, deberíamos volver atrás e intentar...».

Snow interrumpió sus pensamientos, sorprendido por la frialdad con que se planteaba la situación. Quizá era más valiente de lo que creía. O simplemente más tonto. «Si el hijo de puta de Fernández me viese ahora», pensó.

Donovan salió de nuevo de la oscuridad, escudriñó el túnel y le hizo una seña para que se acercase. Snow avanzó rápidamente, pero aminoró el paso ante la espeluznante visión que apareció ante sus ojos. El material seguía pulcramente dispuesto junto a la pared, en contraste con los cuerpos desmembrados que yacían en posiciones absurdas, dispersos por el lodoso suelo del túnel.

—Dése prisa —oyó susurrar a Donovan—. No hay tiempo para hacer turismo.

Snow alzó la vista. Donovan, con los brazos cruzados, examinaba el equipo con expresión ceñuda e impaciente.

De pronto, en la densa oscuridad de la bóveda, una figura negra se lanzó con un chirrido desde la cadena que pendía del techo y cayó sobre Donovan.

Donovan se tambaleó y consiguió zafarse de la criatura, pero saltaron otras dos y empezaron a forcejear con él hasta obligarlo a arrodillarse. Snow retrocedió a trompicones, apuntando el fusil, incapaz de encontrar un ángulo de tiro. Otra figura, cuchillo en mano, corrió hacia el grupo, y Donovan lanzó un alarido inimaginablemente agudo, casi femenino. Realizó un extraño movimiento, como si manejase una sierra, y por fin, con un gutural rugido de triunfo coreado por sus compañeros, levantó la cabeza de Donovan. Momentáneamente paralizado por aquella visión, Snow creyó ver cómo giraban

sin control los ojos de Donovan en sus órbitas, reflejando el resplandor rojo procedente del túnel.

En ese instante Snow empezó a disparar contra el monstruoso grupo apiñado en torno a su víctima, con ráfagas cortas y trazando un arco de izquierda a derecha, como Donovan le había enseñado. Aunque no oía su propia voz, supo que estaba gritando. Al vaciarse el cargador, insertó otro y siguió gritando y disparando hasta que en el segundo cargador tampoco quedaron más balas. Zumbándole los oídos en el repentino silencio, dio un paso al frente. Apartó el humo con la mano y escrutó las sombras en busca de aquellas siniestras apariciones. Dio otro paso, y otro más.

Frente a él, la oscuridad pareció moverse. Se dio media vuelta y echó a correr hacia el fondo del túnel, sus pies chirriando en el barro y el agua estancada, el cargador vacío rebotando ruidosamente en las resbaladizas piedras.

Margo cerró los ojos, apretando los párpados, intentando dejar la mente en blanco ante la inminencia del dolor final. Pero pasó un instante, luego otro, y de pronto notó que la levantaban del suelo y la llevaban en volandas, zarandeándola, las correas del pesado bolso hincándosele en el hombro. Pese al profundo terror, la invadió una sensación de alivio: al menos estaba todavía viva.

A través de los párpados percibió que cruzaba una densa y pestilente oscuridad y llegaba a un espacio tenuemente iluminado. Se obligó a abrir los ojos e intentó orientarse. Vio un espejo hecho añicos, sin la mayor parte del cristal, cubierto por lo que parecían incontables capas de barro seco. Al lado, un tapiz podrido de arriba abajo que representaba un ciervo en cautividad. De pronto notó otra sacudida y en su nueva posición vio unas altas paredes de mármol, un techo brillante, y la ruinosa araña de cristal. Una pequeña lámina de metal resplandecía en el centro del techo: la trampilla a la que estaban asomados hacía apenas diez minutos. «Estoy en el Pabellón de Cristal», pensó.

El repugnante olor era allí más intenso que en ninguna otra parte, y Margo luchó contra el pánico y una creciente desesperación. La arrojaron bruscamente al suelo y se le cortó la respiración a causa del golpe. Jadeando, trató de alzarse sobre un codo. Vio que se hallaba rodeada de rugosos que se movían de un lado a otro cubiertos con sus remendadas capas y capuchas. A pesar del miedo, los observó con curiosidad. Así que éstas son las víctimas del esmalte, pensó. No pudo menos que sentir cierta lástima por lo que les había ocurrido. Se preguntó una vez más si era inevitable que tuviesen que morir, aunque en el fondo sabía que no había otra solución. El propio Kawakita había escrito que no existía antídoto, que los efectos del retrovirus eran irreversibles, como había sido irreversible el estado de Whittlesey.

De pronto otro pensamiento asaltó su mente, y miró alrededor desesperada. Las cargas estaban colocadas y pronto estallarían. Incluso si los rugosos le perdonaban la...

Una de las criaturas se inclinó ante ella y le lanzó una mirada lasciva. La capucha se deslizó hacia atrás por un momento, y una incontenible repugnancia barrió de su mente todo atisbo de lástima e incluso el miedo por el inminente peligro. Fugazmente vio la grotesca piel cubierta de arrugas y flácidos pliegues, los hundidos ojos de reptil, negros, de mirada mortecina, las pupilas reducidas a dos trémulos puntos. Margo desvió la vista.

Oyó un golpe, y vio caer a Pendergast en el suelo junto a ella. Lo siguieron Smithbacky Mephisto, forcejeando ferozmente.

Pendergast la miró con expresión interrogativa. Ella asintió con la cabeza, confirmándole que no estaba herida. Se produjo otro alboroto, y el teniente D'Agosta rodó por el suelo. De inmediato le quitaron el arma y la lanzaron a un

lado. Tenía una brecha sobre el ojo y sangraba copiosamente. Un rugoso arrebató el bolso a Margo, lo arrojó al suelo y se dirigió hacia D'Agosta.

—No te acerques a mí, mutante de mierda —exclamó el policía.

Uno de los rugosos se inclinó y lo abofeteó brutalmente.

—Mejor será que coopere, Vincent —dijo Pendergast con calma—. Estamos en ligera desventaja numérica.

D'Agosta se irguió sobre las rodillas y sacudió la cabeza.

—¿Por qué seguimos vivos?

—Esa es la gran duda del momento —contestó Pendergast—. Me temo que tiene algo que ver con la ceremonia que está a punto de empezar.

—¿Ha oído eso, plumífero? —Mephisto rió con amargura—. Quizá el *Post* compre su siguiente artículo: «¿Cómo me convertí en víctima de un sacrificio humano?».

El suave canto subió nuevamente de volumen, y Margo notó que la ponían de pie de un tirón. Se abrió un camino entre la oscilante multitud, y vio ante ella, a unos seis o siete metros, la cabaña de cráneos. Contempló con mudo terror la macabra construcción, compuesta de un millar de muecas sonrientes, los restos de piel aún adheridos. En el interior se movían varias figuras, y grandes nubes de humo surgían del techo inacabado. La rodeaba una empalizada de huesos humanos, limpiados de carne sin gran esmero. Ante la entrada distinguió varias plataformas ceremoniales de piedra. Dentro, a través de las innumerables cuencas oculares vacías, vio la forma indistinta del palanquín en que había llegado el chamán. Se preguntó qué aspecto tendría la aterradora aparición. No se sentía con valor para soportar la visión de otro rostro como el que la había mirado ávidamente hacia unos minutos.

Una mano la empujó con brusquedad hacia adelante, y a trompicones avanzó hacia la cabaña. De reojo vio forcejear a D'Agosta con los rugosos que lo llevaban a rastras. Smithback se resistía también en silencio. Uno de ellos sacó un cuchillo de aspecto perverso de entre los pliegues de la capa y lo apoyó en la garganta del periodista.

—*Cuchillos de pedernal* —masculló Pendergast en español—. ¿No es eso lo que dijo la superviviente de la matanza del metro?

D'Agosta asintió con la cabeza.

A unos pasos de la empalizada, obligaron a Margo y los demás a detenerse y arrodillarse. Alrededor, el canto y el redoble de tambores había cobrado un tono fervoroso.

Observó las plataformas situadas ante la cabaña. En la más cercana, dispuestos con la meticulosidad propia de un ritual, había varios objetos metálicos.

De pronto Margo contuvo la respiración.

—¡Pendergast! —dijo con voz entrecortada.

Pendergast le dirigió una mirada interrogativa, y ella señaló hacia la plataforma con la cabeza.

—Ah, los objetos más grandes —susurró el agente del FBI—. Sólo pude llevarme los trozos menores.

—Sí —respondió Margo con tono apremiante—, pero reconozco uno de ellos. Es el freno de mano de una silla de ruedas.

Una expresión de sorpresa apareció en el rostro de Pendergast.

—Y esa otra pieza pertenece también a una silla de ruedas —continuó Margo—. Es una palanca para graduar la inclinación, rota por la base.

Pendergast intentó acercarse a la plataforma, pero una de las figuras lo obligó a retroceder.

—Esto es absurdo. ¿Con qué finalidad...? —Pendergast se interrumpió. Luego añadió con un susurro—. Una especie de Lourdes.

—No lo entiendo —contestó Margo.

Pendergast guardó silencio, manteniendo la mirada fija en una de las figuras que se hallaban dentro de la cabaña.

En el interior se oyó un murmullo de tela y al instante empezaron a salir figuras encapuchadas de dos en dos. Cada par acarreaba un gran caldero de líquido humeante. El canto subió de volumen hasta convertirse en una prolongada y monótona cacofonía. Los rugosos depositaron los calderos en los hoyos excavados en el suelo del pabellón. Después apareció el palanquín, conducido por cuatro portadores y tapado con una tupida tela negra. Los portadores bordearon la empalizada, desfilando acompasadamente. Al llegar a la plataforma de piedra mayor y más alejada, colocaron el palanquín sobre ella con sumo cuidado. Los lugartenientes retiraron los soportes y la tela y regresaron lentamente a la cabaña.

Margo escrutó la figura sentada en el palanquín entre las sombras. La oscuridad velaba sus facciones, y sólo era visible el movimiento de unos gruesos dedos ligeramente flexionados. El canto decayó por un instante y volvió a cobrar intensidad, percibiéndose en las voces un tono expectante. De pronto la figura alzó una mano y el canto cesó en el acto. Cuando se inclinó, el parpadeante resplandor iluminó su rostro.

Para Margo fue como si el tiempo se hubiese detenido por un instante. Olvidó el miedo, el dolor de las rodillas, los temporizadores de detonación que avanzaban inexorablemente hacia la hora fijada en los oscuros pasadizos. El hombre sentado en lo alto del palanquín construido de huesos humanos —vestido con sus habituales pantalones de gabardina y su corbata estampada de cachemir— era Whitney Frock.

Abrió la boca para hablar, pero ningún sonido salió de su garganta.

—¡Dios mío! —exclamó Smithback detrás de ella.

Frock contempló a la multitud con rostro impasible, inexpresivo. En la enorme

sala reinaba un silencio sepulcral.

Lentamente la mirada de Frock fue a posarse en los prisioneros arrodillados frente a él. Miró primero a D'Agosta, luego a Smithback y después a Pendergast. Al llegar a Margo, se sobresaltó. Algo se encendió en sus ojos.

—Querida, cuánto lo lamento —dijo—. Sinceramente, no esperaba que formase parte de esta pequeña expedición como asesora científica. Lo siento mucho. No, no me mire de esa forma. Recuerde que, llegado el momento de deshacernos de aquel irlandés entrometido, le perdoné a usted la vida. Aun sabiendo que era un error, debo añadir.

Margo, conmocionada e incrédula, fue incapaz de hablar.

—Sin embargo aún tiene remedio. —La luz que Margo había visto brillar en los ojos de Frock unos segundos antes se extinguió por completo—. En cuanto al resto de ustedes, bienvenidos sean. Creo que deben hacerse algunas presentaciones. Por ejemplo, ¿quién es ese desaliñado caballero vestido con harapos? —Se volvió hacia Mephisto—. Tiene el rostro de un animal salvaje acorralado, y supongo que eso es exactamente. Un nativo, imagino, incorporado a la expedición como guía. Repetiré la pregunta: ¿Cómo se llama?

Mephisto guardó silencio.

—Córtale la garganta si no contesta —ordenó Frock a uno de sus lugartenientes—. No podemos tolerar la descortesía.

—Mephisto —lo oyó responder Margo con voz hosca.

—¡Mephisto! ¡Vaya, vaya! Sin duda el conocimiento es algo peligroso; sobre todo en un marginado. Pero «Mephisto». ¡Qué trivial! Seguramente con ese nombre pretendía infundir temor en sus roñosos seguidores. A mí no me parece un diablo, la verdad, sino sólo un pobre vagabundo embotado por la droga. Sin embargo no debería quejarme; justo es admitir que los individuos como usted nos han sido muy útiles. Quizá encuentre algún viejo amigo entre mis criaturas. — Señaló con un amplio gesto las filas de rugosos.

Mephisto se irguió sin decir nada.

Margo contemplaba atónita a su antiguo profesor. Nunca había visto a Frock comportarse de aquel modo. Siempre había sido diplomático y cuidadoso al hablar. En ese momento, en cambio, mostraba una arrogancia, una ausencia de emoción, que a Margo le resultaba más escalofriante que el miedo y la confusión que sentía.

—¡Y Smithback, el periodista! —exclamó Frock con desprecio—. ¿Acaso lo han traído para documentar la pretendida victoria sobre mis criaturas? Es una pena que no vaya a tener ocasión de contar el verdadero final en ese periodichuco sensacionalista para el que escribe.

—Eso está por verse —replicó Smithback con tono desafiante.

Frock rió con sorna.

—¿Qué carajo es todo esto? —intervino D'Agosta sin dejar de forcejear—.

Mejor será que se explique o...

—¿O qué? —Frock se volvió hacia el policía—. Siempre lo he considerado un sujeto vulgar y maleducado. Pero me sorprende que sea necesario aclararle que no está en situación de exigirme nada. —Dirigiéndose a uno de los encapuchados más cercanos a él, preguntó—: ¿Están desarmados?

En respuesta, la figura asintió lentamente con la cabeza.

—Registrad otra vez a ése —dijo Frock, señalando a Pendergast—. Es muy astuto.

Levantaron bruscamente a Pendergast, lo cachearon y lo obligaron a arrodillarse de nuevo. Con una fría sonrisa en los labios, Frock los escrutó uno por uno.

—Eso era su silla de ruedas, ¿no? —preguntó Pendergast con voz serena, mirando hacia la plataforma.

Frock asintió con la cabeza.

—Mi *mejor* silla de ruedas.

Pendergast se quedó en silencio. Reuniendo por fin fuerzas para hablar, Margo se volvió hacia Frock

—¿Por qué? —se limitó a preguntar.

Frock observó a Margo por un momento y luego hizo una seña a sus lugartenientes. Los encapuchados se situaron tras los enormes calderos. Frock se puso en pie, saltó del palanquín y se acercó sin ayuda al agente del FBI.

—Por esto —contestó. A continuación, con actitud orgullosa, alzó los brazos y recitó con voz clara y resonante—: ¡Como yo me he curado, os curaréis vosotros! ¡Como yo he recobrado la salud, la recobraréis vosotros!

La muchedumbre respondió con un sonoro y continuado clamor, y Margo notó que no eran voces inarticuladas sino una gutural respuesta programada. « Las criaturas hablan —pensó—. O lo intentan » .

El clamor se desvaneció lentamente, dando paso otra vez al canto. El redoble monótono y grave de los tambores se reanudó, y las filas de rugosos comenzaron a aproximarse al semicírculo de calderos. Los lugartenientes sacaron delicadas copas de arcilla de la cabaña. Margo miraba con atención, incapaz de establecer una conexión entre aquellos receptáculos bellamente modelados y la siniestra ceremonia. Las criaturas se adelantaron una por una, cogiendo entre sus manos de uñas largas y duras las copas humeantes y llevándoselas a la boca. Margo apartó la vista, asaltada por un profundo asco al oír sus sorbetones.

—Por esto —repitió Frock, volviéndose hacia Margo—. ¿No se da cuenta? ¿No comprende que nada en el mundo puede igualarse a esto? —En su voz se advertía un tono casi implorante.

Por un momento Margo no entendió a qué se refería. Luego lo vio con claridad: la ceremonia, la droga, las piezas de la silla de ruedas, la alusión de Pendergast al santuario de Lourdes y sus facultades milagrosas.

—Para poder andar —susurró Margo—. Todo esto sólo para poder andar.

La expresión de Frock se endureció al instante.

—¡Qué fácil es para usted juzgarlo! —reprochó—. Usted, que ha caminado toda su vida sin pararse ni un solo momento a pensar en ello. ¿Cómo puede imaginar siquiera qué es verse privado de la libertad de movimiento? Ser un inválido de nacimiento es ya bastante malo, pero conocer ese don y perderlo cuando uno tiene aún por delante los mayores logros de su vida... —La miró—. Para usted, claro está, fui siempre el viejo doctor Frock. Pobre doctor Frock, qué mal debió de pasarlo al contraer la polio en aquel poblado africano de la selva de Ituri; qué desgracia que tuviese que abandonar sus investigaciones de campo... —Acercó su cara a la de ella y añadió entre dientes—: El trabajo de campo era mi *vida*.

—Así pues, continuó la obra del doctor Kawakita —dijo Pendergast—. Terminó lo que él había empezado.

Frock dejó escapar un bufido de desprecio.

—Pobre Gregory. Acudió a mí desesperado. Como seguramente saben, comenzó a tomar la droga prematuramente. —Frock movió el dedo índice en un cínico gesto de reprobación impropio de él—. ¡Muy mal hecho! Y pensar que siempre le insistí en que aplicase procedimientos rigurosos en el laboratorio. Pero el muchacho carecía de la paciencia necesaria. Era arrogante y tenía delirios de inmortalidad. Consumió la droga antes de aislar todos los efectos negativos del retrovirus. Debido a los... *extremos* cambios físicos resultantes, necesitó ayuda. Tenía una placa metálica implantada quirúrgicamente en la espalda. Sufría fuertes dolores y estaba solo y asustado. ¿A quién podía recurrir sino a mí, en mi opresivo y enervante retiro? Y, como es natural, yo pude ayudarlo. No sólo quitándole la placa, sino también purificando más la droga. Pero su *cruel* experimentación —añadió Frock, extendiendo las manos hacia la multitud—, la venta de la droga, lo llevó a la perdición, como no podía ser de otro modo. Cuando los sujetos de sus experimentos se dieron cuenta de lo que había hecho con ellos, lo mataron.

—Así que usted purificó la droga —dijo Pendergast—, y empezó a ingerirla.

—Realizamos las últimas pruebas en un laboratorio pequeño y bastante descuidado que Greg tenía junto al río. El pobre había perdido la convicción necesaria para seguir adelante. O quizá nunca poseyó esa clase de valor, las agallas imprescindibles para que un verdadero científico visionario lleve un experimento hasta su conclusión. Así que terminé lo que él había comenzado. O para ser más exactos, lo *perfeccioné*. La droga todavía causa cambios morfológicos, por supuesto; sin embargo ahora esos cambios, en lugar de deformar, *sanar* lo que la naturaleza ha corrompido. Es el auténtico destino, la auténtica iteración, del retrovirus. Yo soy la prueba viva de su capacidad regeneradora. He sido el primero en efectuar la transición. De hecho, ahora

comprendo con toda claridad que sólo yo podía conseguirlo. Mi silla de ruedas era mi cruz, ¿entienden? Ahora es venerada como símbolo del nuevo mundo que crearemos.

—El nuevo mundo —repitió Pendergast—. Las plantas de Mbwun, cultivadas en el Reservoir.

—Idea de Kawakita —dijo Frock—. Los acuarios son caros y ocupan mucho espacio, ¿comprende? Pero eso fue antes... —Su voz se desvaneció.

—Empiezo a entenderlo —prosiguió Pendergast, tan sereno como si conversase con un viejo amigo en la mesa de una acogedora cafetería—. Desde el principio su plan era desaguar el Reservoir.

—Naturalmente. Gregory había modificado la planta para cultivarla en un clima templado. Nos proponíamos desaguar el Reservoir nosotros mismos y liberar la planta en estos túneles. Mis criaturas rehúyen la luz, y ésta es la madriguera perfecta. Pero, gracias al amigo Waxie, nos ahorraremos el trabajo. Waxie siempre está o, mejor dicho, estaba dispuesto a atribuirse el mérito de ideas ajenas. No sé si lo recordarán, pero fui yo quien sugirió la posibilidad de desaguar el Reservoir.

—Doctor Frock —dijo Margo, procurando mantener su voz bajo control—, parte de esas semillas llegará al Hudson a través del alcantarillado, y de ahí a mar abierto. Cuando entren en contacto con el agua salada, se activará el virus, contaminando el ecosistema de todo el planeta. ¿Es consciente de las consecuencias que eso tendría en la cadena alimentaria?

—Querida Margo, ésa es precisamente la idea. Hay que admitir que es un paso en la evolución, un paso hacia lo desconocido. Pero como bióloga, Margo, se habrá dado cuenta seguramente de que la especie humana ha degenerado. Ha perdido su vigor evolutivo, su capacidad de adaptación. Yo soy el instrumento de la revigorización de la especie.

—¿Y dónde pensaba esconder el culo durante la inundación? —preguntó D'Agosta.

Frocksoltó una carcajada.

—Por lo visto, es usted tan estúpido como para suponer que, en virtud de esta corta excursión, lo conoce ya todo acerca de este mundo subterráneo. Créame, bajo Manhattan existe un mundo mucho más grande, terrible y prodigioso de lo que imagina. Deleitándome en el uso de mis piernas, he deambulado sin cesar. Aquí puedo liberarme de la farsa que debo mantener en la superficie. He encontrado cuevas naturales de increíble belleza; viejos túneles usados por los contrabandistas holandeses en los tiempos de Nueva Amsterdam; agradables rincones adonde podemos retirarnos mientras el agua recorre su camino hacia el mar. No encontrarán esos lugares en ningún plano. Cuando, en breve, medio millón de metros cúbicos de agua descienda por aquí y arrastre hasta el mar las semillas maduras de *Liliceae mbwunensis*, mis criaturas y yo estaremos a salvo

en un túnel situado por encima de la zona inundada. Y cuando pase la inundación, regresaremos a nuestros hogares recién fregados a disfrutar de los frutos que el agua deje tras de sí. Y naturalmente a esperar la llegada de lo que yo llamo la Discontinuidad Holocena.

Margo miró a Frock con incredulidad. Él le sonrió; era una sonrisa lejana y arrogante que nunca antes había visto. Parecía muy seguro de sí mismo. Margo pensó que quizá Frock no estaba enterado de que habían colocado explosivos.

—Sí, querida; es mi teoría de la evolución fractal llevada a su extremo lógico. El retrovirus, o «esmalte» si prefiere, introducido en el principio mismo de la cadena alimentaria. ¡Qué apropiado que sea yo su vector, su agente activador! ¿No le parece, querida? La extinción en masa en el límite K-T resultará insignificante en comparación. Aquello permitió sólo la proliferación de los mamíferos gracias a la eliminación de los dinosaurios. ¿Quién sabe a qué dará paso esta transformación? Las perspectivas son apasionantes.

—Es usted un hombre muy enfermo —dijo Margo, sintiendo que una escalofriante desesperación se adueñaba de ella.

Nunca había imaginado que Frock echase en falta el uso de sus piernas hasta aquel punto. Era su secreta obsesión. Debía de haber previsto las facultades regeneradoras de la droga incluso mientras Kawakita padecía sus consecuencias. Pero obviamente pasaba por alto su capacidad de envenenar la mente. Nunca comprendería —nunca creería— que al perfeccionar la acción de la droga había incrementado exponencialmente su capacidad de estimular los delirios y la violencia, de exacerbar las obsesiones ocultas. Y Margo tenía la impresión de que nada que dijese lo persuadiría.

Los rugosos seguían desfilando ante los calderos. Cuando se llevaban las copas a los labios, Margo veía estremecerse sus cuerpos bajo las capas, incapaz de adivinar si era por placer o por dolor.

—Y conocía nuestros movimientos desde el principio —oyó decir a Pendergast—. Como si los dirigiese usted mismo.

—En cierto sentido, era yo quien los dirigía. Podía confiar en que Margo, como discípula mía, llegaría por sí sola a las conclusiones correctas. Y sabía que su mente inquieta, agente Pendergast, no dejaría de maquinan. Así pues, me aseguré de que la operación de desagüe del Reservoir no pudiese detenerse. Al encontrar aquí una de mis criaturas herida, me reafirmé en mi convicción. ¡Pero qué astuto por su parte enviar a los hombres rana a modo de precaución! Por suerte, todas mis criaturas venían camino de la ceremonia, y les han impedido estropearlos la fiesta. —Parpadeó—. Para ser tan inteligente, me sorprende que haya pensado que podía bajar hasta aquí y derrotarnos con sus ridículas armas. Sin duda no esperaba encontrar tal número de criaturas. Uno más de sus muchos errores.

—Sospecho que hay una parte de la historia que ha omitido, doctor —dijo de

pronto Margo con el tono más ecuánime posible.

Frockse acercó a ella con expresión interrogativa. A Margo le resultaba difícil pensar con claridad viéndolo caminar tan ágilmente. Inhaló una bocanada de aquel aire nocivo.

—Creo que fue usted quien mató a Kawakita —afirmó—. Lo mató y dejó su cuerpo aquí para que pareciese una víctima más.

—¡No me diga! —replicó Frock—. ¿Y eso por qué, si puede saberse?

—Por dos razones —continuó Margo, levantando la voz—. Encontré el diario de Kawakita entre los escombros del laboratorio. Es obvio que empezaba a albergar serias dudas sobre su proyecto. Mencionaba el thyoxin. Imagino que había descubierto el efecto que ejercería la salinidad en el retrovirus, y que planeaba destruir las plantas antes de que usted las vertiese en el Hudson. Puede que la droga hubiese deformado su mente y su cuerpo, pero debía de conservar aún un poco de conciencia.

—Querida, no lo entiende —repuso Frock—. Es *incapaz* de entenderlo.

—Y lo mató porque sabía que los efectos de la droga eran irreversibles. ¿No es así? Yo misma lo comprobé con mis experimentos. No puede usted curar a esta gente, y lo sabe. Pero ¿lo saben *ellos*?

El canto pareció decaer ligeramente entre los rugosos que se hallaban más cerca, y Frock lanzó una rápida mirada a ambos lados.

—Eso son acusaciones de una mujer desesperada. Me parece impropio de usted, querida.

« Están escuchando —pensó Margo—. Quizá aún sea posible convencerlos » .

De pronto la voz de Pendergast irrumpió en sus pensamientos.

—¡Claro! Kawakita recurrió a esta ceremonia, la administración de la droga, porque se le antojó la manera más fácil de apaciguar a sus pobres víctimas. Pero a él no le seducían especialmente los adornos ni el ritual. No se los tomaba en serio. Ésa fue su aportación, doctor Frock. Como antropólogo, la oportunidad de crear su propio culto debe de haberle proporcionado un gran placer. Esbirros, o quizá acólitos, empuñando cuchillos primitivos. Una cabaña de cráneos. Un relicario para su silla de ruedas, símbolo de su transformación.

Frock permaneció inmóvil, sin hablar.

—Ésa es la verdadera razón del reciente incremento de asesinatos —prosiguió Pendergast—. Ya no es por falta de droga, ¿verdad? Ahora tiene el Reservoir lleno. No; ahora el plan es otro. Un plan obsesivo. Un plan *arquitectónico*. —Señaló la cabaña con el mentón—. Necesitaba un templo para su nueva religión, para su deificación personal.

Frock miró a Pendergast. Le temblaban los labios.

—¿Y por qué no? Cada nueva era necesita una nueva religión.

—Pero sigue siendo en esencia una ceremonia, ¿no? Y todo depende del control. Si estas criaturas averiguasen que los efectos de la droga son

irreversibles, ¿qué poder tendría usted sobre ellas?

Se oyó un murmullo entre los rugosos más cercanos.

—¡Basta! —gritó Frock, y dio una palmada—. No nos queda mucho tiempo. ¡Preparadlos! —Margo notó que la agarraban por los brazos, la ponían de pie y le apoyaban la punta de un cuchillo en la garganta—. Desearía que estuviese aquí para ver el cambio con sus propios ojos, Margo. Pero muchos habrán de caer en la transición. Lo siento.

Smithback se abalanzó hacia Frock, pero lo contuvieron.

—¡Doctor Frock! —dijo Pendergast—. Margo fue alumna suya. Recuerde cómo luchamos los tres contra la Bestia del Museo. Aun ahora, no es usted totalmente responsable de lo que ha ocurrido. Quizá le sea aún posible volver a la normalidad. Curaremos su mente.

—¿Y arruinarán mi vida? —Frock se inclinó hacia el agente del FBI y bajó la voz—. ¿Volver a qué normalidad, si puede saberse? ¿La de un conservador emérito inútil, caduco y un tanto ridículo? ¿La de un anciano con apenas unos años de vida por delante? Seguramente las investigaciones de Margo han revelado que la droga tiene otro efecto secundario: elimina la concentración de moléculas radicales libres en los tejidos vivos. Dicho de otro modo, ¡alarga la vida! —Consultó su reloj—. Faltan veinte minutos para las doce. Se nos ha acabado el tiempo.

De repente sopló una ráfaga de viento y pequeñas nubes de polvo se elevaron de la última hilera de cráneos de la cabaña. Casi de inmediato se oyó un penetrante tableteo, y Margo se dio cuenta de que eran disparos de armas automáticas.

A continuación se produjo un extraño chasquido y luego otro, y de pronto un intenso resplandor inundó el pabellón. Alrededor se oían alaridos de dolor. Hubo otro estallido de luz, y la punta del cuchillo desapareció de su garganta. Aturdida y momentáneamente cegada, sacudió la cabeza. El canto había dado paso a un confuso griterío, y Margo oyó surgir furiosos aullidos entre la muchedumbre. Cuando tenía los ojos cerrados, se produjo una nueva erupción de luz, acompañada de más chillidos de dolor. Margo advirtió que uno de los rugosos la soltaba. Con la instintiva rapidez de la desesperación, se revolvió y consiguió zafarse del otro rugoso. Se lanzó al suelo y se alejó a gatas, parpadeando frenéticamente en un esfuerzo por recuperar la visión. Cuando empezaron a disiparse los puntos blancos y negros, vio en el pabellón varias columnas de humo que despedían un brillo inconcebible. Muchos rugosos se retorcían en el suelo, tapándose los rostros con las manos, ocultando las cabezas bajo las capas. Cerca de ella, Pendergast y D'Agosta se habían liberado también y corrían en auxilio de Smithback.

Súbitamente se produjo una violenta explosión, y un lado de la cabaña se desplomó envuelto en llamas. Astillas de hueso salieron despedidas como

metralla hacia las primeras filas de rugosos.

—Debe de haber sobrevivido algún hombre de la Compañía de Operaciones Especiales —gritó Pendergast, tirando de Smithback hacia ellos—. Los disparos provienen del andén contiguo al pabellón. Vamos hacia allí ahora que todavía podemos. ¿Dónde está Mephisto?

En ese preciso instante cayó otro proyectil frente a la cabaña, reduciendo a añicos la empalizada y destrozando dos de los calderos. Un gran charco de líquido humeante se formó en el suelo, resplandeciente bajo la luz. Los rugosos profirieron voces de consternación, y algunos de los que se revolcaban por el suelo en las inmediaciones comenzaron a lamer la preciada sustancia. Frock gritaba y señalaba en la dirección de donde procedían los proyectiles.

D'Agosta y los otros fueron a refugiarse tras la cabaña. Margo vaciló y miró alrededor buscando su bolso. La luz empezaba a perder intensidad, y varias criaturas se encaminaban ya hacia ellos, protegiéndose los ojos contra el resplandor; los cuchillos de pedernal brillaban perversamente en sus manos.

—¡Doctora Green, venga de inmediato! —gritó Pendergast.

De pronto vio el bolso, rasgado y abierto en el suelo polvoriento. Lo cogió y corrió tras Smithback. El grupo se había detenido cerca del arco que conducía al andén, encontrando el paso obstruido por una irregular fila de rugosos.

—¡Mierda! —exclamó D'Agosta con ira.

—¡Eh, Napoleón! —oyó gritar Margo por encima del alboroto. Era la inconfundible voz de Mephisto.

Al volverse, vio repar a Mephisto a una de las plataformas vacías, el collar de turquesas saltando en torno a su cuello. Sonó otra explosión, ésta más lejana, y una columna de fuego brotó en medio de uno de los grupos dispersos.

Frockse volvió hacia Mephisto y lo miró con los ojos entornados.

—Conque vagabundo embotado por la droga, ¿eh? ¡Pues mire esto! —Mephisto se metió la mano en la entrepierna del mugriento pantalón y extrajo lo que a Margo le pareció un disco de plástico verde en forma de riñón—. ¿Sabe qué es? Una mina antipersonal. Llena a rebosar de astillas de metal recubiertas de teflón, impulsadas por una carga equivalente a la de veinte granadas. Muy peligrosa. —Mephisto la sacudió en dirección a Frock—. Está activada, así que ordene a sus correosos esbirros que retrocedan.

Los rugosos se detuvieron.

—Eso es un farol —repuso Frock con calma—. Es un individuo despreciable, pero no un suicida.

—¿Está seguro? —Mephisto sonrió—. ¿Sabe qué le digo? Preferiría volar en pedazos a acabar formando parte de la decoración de su barraca. —Miró a Pendergast—. ¡Eh, Tumba de Grant! Espero que me perdone por llevarme este artefacto de su arsenal. Las promesas están muy bien, pero mi idea era asegurarme de que *nadie* volvía a acosar a la Ruta 666. Ahora mejor será que

vengan aquí si quieren llegar a la superficie.

Pendergast negó con la cabeza y se tocó la muñeca, dándole a entender que se había acabado el tiempo.

—¡Cortadle el cuello! —gritó Frock, haciendo furiosas señas a los rugosos que rodeaban las plataformas.

Los rugosos se precipitaron hacia Mephisto, y él se situó en el centro de la plataforma.

—¡Adiós, alcalde Whitey! —dijo—. ¡Recuerde su promesa!

Margo, horrorizada, volvió la cabeza cuando Mephisto lanzó la mina sobre la muchedumbre que se arremolinaba en torno a sus pies. Se produjo un destello anaranjado y un intenso calor se propagó por el espacio sucio y húmedo. Después notó la onda expansiva, una brutal embestida que la tiró al suelo. Irguiéndose sobre las rodillas, miró atrás y vio ascender una cortina de llamas al otro lado de la cabaña, roja sobre el resplandor blanco de las bengalas. Por un momento distinguió la silueta de Frock, de pie en pose triunfal, los brazos extendidos, el cabello blanco teñido de color naranja por un millar de lenguas de fuego, y después todo desapareció entre el humo y las llamas.

En los posteriores instantes de desconcierto, el grupo de rugosos que les cortaba el paso se disgregó.

—¡Adelante! —gritó Pendergast por encima del fragor del fuego.

Agarrando su bolso, Margo los siguió a través del arco situado en un extremo del Pabellón de Cristal. Al otro lado, en el andén, D'Agosta y Smithback se detuvieron junto a un hombre de complexión ligera, vestido de submarinista y con la cara reluciente por el sudor y la tintura de camuflaje.

Detrás, Margo oyó resuellos húmedos. Los rugosos habían cerrado filas y se abalanzaban hacia ellos. Al llegar al estrecho arco, Margo paró y se dio media vuelta.

—¡Margo! —llamó Pendergast desde el andén—. ¿Qué hace?

—Tenemos que impedirles pasar de aquí —respondió Margo, metiendo una mano en el bolso—. Corriendo, no conseguiremos escapar.

—¡No sea loca! —gritó Pendergast.

Desoyendo su advertencia, Margo agarró dos de las botellas, una en cada mano. Las apretó con fuerza, lanzando chorros de líquido a través del arco.

—¡Alto! —dijo—. En estas botellas tengo dos mil millones de unidades de vitamina D₃.

Los rugosos siguieron avanzando, sus ojos llorosos e inyectados en sangre, su piel manchada y quemada por la intensa luz.

Agitó las botellas.

—¿No me oís? ¡7-dihidrocolesterol activado! ¡Suficiente para mataros a todos aunque fuéis diez veces más!

Cuando se acercaba el primer rugoso, cuchillo en mano, le lanzó un chorro a

la cara y lo mismo hizo con el siguiente. Cayeron de espaldas, retorciéndose, y pequeñas volutas de humo acre se elevaron de su piel.

Los otros rugosos se detuvieron, prorrumpiendo en un incoherente balbuceo.

—¡Vitamina D! —repitió Margo—. ¡Rayos de sol embotellados!

Alzó los brazos y trazó dos arcos de líquido sobre el alborotado grupo. Se oyeron gemidos. Algunos se desplomaron y rasgaron las capas, salpicando a sus compañeros. Margo dio un paso al frente y roció a toda la primera fila. Cayeron de espaldas aterrorizados, llenando el aire de balbuceos y gemidos. Dio otro paso al frente, lanzando un grueso chorro de izquierda a derecha. Los rugosos se dieron media vuelta y se dispersaron, tropezando entre sí, dejando atrás una docena de cuerpos convulsos y humeantes.

Margo retrocedió y vertió el resto de la solución en el suelo y los contornos del arco, dejando encharcada la salida. Luego arrojó las botellas vacías al pabellón.

—¡Vámonos!

Corrió tras los otros y se reunió con ellos junto a una rejilla abierta al fondo del andén.

—Tenemos que volver al punto de encuentro —dijo el submarinista—. Las cargas estallarán dentro de diez minutos.

—Usted primero, Margo —dijo D'Agosta.

Margo saltó a la vía, y cuando empezaba a descender por el sumidero, resonó una serie de explosiones por encima de ellos.

—¡Nuestras cargas! —exclamó D'Agosta—. El fuego debe de haberlas detonado antes de tiempo.

Pendergast se volvió para contestar, pero su voz quedó ahogada por un estruendo que, como los terremotos, se notó primero en los pies y luego en el vientre con progresiva violencia y volumen. Un viento extraño barrió el túnel — un creciente rugido de aire provocado por el hundimiento del Pabellón de Cristal —, arrastrando polvo, humo, papeles y el olor dulzón de la sangre.

Margo descendió por el sumidero y, al final de la escalerilla, saltó a un túnel largo de techo bajo, iluminado sólo por el chisporroteo de una bengala casi extinguida. Varios montones de escombros sobresalían del agua estancada en el suelo del túnel. Sobre ella, los pasadizos seguían retumbando y sacudiéndose como consecuencia de la explosión. Polvo y cascotes le caían en los hombros desde el sumidero.

Smithback cayó en el agua a su lado. Lo siguieron Pendergast, D'Agosta y el submarinista.

—¿Quién demonios es usted? —preguntó D'Agosta—. ¿Y qué ha sido del resto del equipo de la Compañía de Operaciones Especiales?

—Yo no pertenezco a esa compañía, señor —contestó el hombre—. Soy un submarinista de la policía. Agente Snow, señor.

—¡Vaya, vaya! —exclamó D'Agosta—. El causante de todo esto. ¿Tiene una linterna, Snow?

El submarinista encendió otra bengala y un vivo resplandor rojizo iluminó el túnel.

—¡Dios mío! —oyó susurrar Margo a Smithback junto a ella.

De pronto Margo advirtió que lo que en un primer momento le habían parecido montones de escombros eran en realidad cuerpos con trajes de goma, maltrechos y decapitados. Boquetes ennegrecidos e innumerables orificios de bala salpicaban las paredes.

—El equipo Gamma —murmuró Snow—. Al caer mi compañero, he retrocedido para oponer resistencia. Esas criaturas me han seguido tubería arriba, pero han abandonado la persecución en las vías.

—Probablemente llegaban tarde al baile —comentó D'Agosta, contemplando la carnicería con expresión severa.

—¿No ha visto arriba a ningún hombre de la Compañía de Operaciones Especiales, señor? —preguntó Snow—. Me he guiado hasta allí por las huellas. Confiaba en que alguno de ellos hubiese sobrevivido... —Su voz se desvaneció al ver el semblante de D'Agosta.

Se produjo un incómodo silencio.

—Vamos —apremió Snow, recobrando el ánimo—. Hay aquí veinte kilos de C-4 a punto de estallar.

Margo, aturdida, avanzó tambaleándose en la oscuridad. Notaba sólido el suelo del túnel, e intentó que esa solidez se contagiase a sus pies, sus manos y sus brazos. Sabía que no podía permitirse pensar en lo que había visto y averiguado en el Pabellón de Cristal; si lo hacía, sería incapaz de seguir adelante.

Dobló un largo recodo del túnel. Más adelante veía a Snow y D'Agosta, que salían ya al amplio espacio abovedado en el que desembocaba el túnel. A su lado

oía la respiración de Smithback, que de pronto se tornó entrecortada. Margo bajó la vista. Alrededor, esparcidos por el suelo del túnel, yacían los cuerpos destrozados y ensangrentados de al menos una docena de rugosos. La capucha quemada de uno de ellos dejaba a la vista una piel fruncida y vetada de extraordinario grosor.

—Es sorprendente —murmuró Pendergast junto a ella—. Los rasgos de reptil son inconfundibles, y sin embargo predominan los atributos humanos. Un primer paso, por así decirlo, en el camino hacia el estado de Mbwun plenamente desarrollado. Curiosamente, la metamorfosis es mucho mayor en unos especímenes que en otros. Se debe sin duda a los continuos refinamientos y experimentaciones de Kawakita. Es una lástima que no haya tiempo para un estudio más detenido.

El eco de sus pisadas se alejó cuando salieron al amplio espacio donde terminaba el túnel. Había varias figuras más caídas en el agua poco profunda.

—Esto era nuestro punto de encuentro —dijo Snow mientras revisaba rápidamente los equipos colocados junto a una pared de la cámara abovedada. Margo percibía nerviosismo en su voz—. Hay equipos de buceo suficientes para todos, pero no trajes. Tenemos que darnos prisa. Si seguimos aquí cuando estallen las cargas, todo esto se nos vendrá encima.

Pendergast entregó a Margo un juego de botellas de oxígeno.

—Doctora Green —dijo—, hemos escapado gracias a usted. Tenía razón respecto a la vitamina D. Y ha conseguido mantener a las criaturas en el pabellón hasta que las explosiones les han impedido salir. Le prometo que será bienvenida en cualquier otra excursión que organicemos en el futuro.

Margo asintió con la cabeza mientras se calzaba las aletas.

—Gracias, pero con una vez me basta.

El agente del FBI se volvió hacia Snow.

—¿Cuál es la estrategia de salida?

—Hemos entrado por la planta depuradora del Hudson —contestó Snow mientras se colocaba las botellas y una lámpara de visera—. Pero es imposible regresar a través de la depuradora. El plan era salir por el ramal norte del colector lateral del West Side, hasta el canal de la calle Ciento veinticinco.

—¿Puede guiarnos hasta allí? —preguntó Pendergast, entregándole unas botellas de oxígeno a Smithback y ayudándolo a ajustárselas.

—Eso creo —susurró Snow a la par que reunía gafas de buceo—. He echado un buen vistazo a los planos del comandante. Volveremos por la misma ruta hasta el primer purgador. Si ascendemos por el purgador en lugar de bajar, deberíamos llegar al conducto de acceso al colector. Pero el camino es largo, y tendremos que ir con mucho cuidado. Hay compuertas y tuberías de derivación. Si uno se pierde... —Su voz se desvaneció.

—Comprendido —dijo Pendergast, colgándose a los hombros un juego de

botellas de oxígeno—. Señor Smithback, doctora Green, ¿han usado antes equipos de buceo?

—Yo hice un cursillo en la universidad —respondió Smithback, aceptando las gafas que le ofrecían.

—Yo he buceado con tubo respirador en las Bahamas —dijo Margo.

—El principio es el mismo —aseguró Pendergast—. Le ajustaremos el regulador. Respire con normalidad, conserve la calma, y no tendrá el menor problema.

—¡Dense prisa! —dijo Snow, esta vez con tono perentorio, y trotó hacia el otro extremo del espacio abovedado, seguido de cerca por Smithback y Pendergast.

Margo se obligó a correr tras ellos, apretándose a la vez la correa de las botellas. De pronto tropezó con Pendergast, que se había detenido y miraba por encima del hombro.

—¿Vincent? —preguntó.

Margo volvió la cabeza. D'Agosta permanecía inmóvil bajo la bóveda, las gafas de buceo y las botellas de oxígeno todavía en el suelo a sus pies.

—Sigan adelante —dijo.

Pendergast lo miró con expresión interrogativa.

—No sé nadar —explicó D'Agosta.

Margo oyó maldecir a Snow entre dientes. Por un momento nadie se movió. Finalmente Smithback retrocedió hasta el teniente.

—Yo lo ayudaré a salir —dijo—. Sígame.

—Ya se lo he dicho: no sé nadar. Me crié en Queens —replicó D'Agosta con aspereza—. Me hundiré como una piedra.

—No; con esa capa de grasa, imposible —contestó Smithback, y cogió las botellas de oxígeno del suelo y se las colocó a D'Agosta a la espalda—. Sólo tiene que agarrarse a mí. Yo nadaré por los dos si hace falta. En el subsótano mantuvo la cabeza sobre el agua, ¿recuerda? Haga lo mismo que yo, y saldremos de ésta. —Entregó las gafas a D'Agosta y lo empujó hacia el grupo.

Al fondo de la cámara, un río subterráneo desaparecía en la oscuridad. Margo observó primero a Snow y luego a Pendergast ajustarse las gafas y sumergirse en el oscuro líquido. Bajándose las gafas y colocándose la boquilla, se zambulló tras ellos. Tras haber estado respirando la fétida atmósfera del túnel, recibió con alivio el aire de las botellas. Detrás oía el ruidoso chapoteo de D'Agosta, medio nadando, medio flotando en aquel líquido caliente y viscoso, apremiado por Smithback.

Margo nadó tan deprisa como pudo por el túnel, siguiendo el parpadeo de la lámpara de Snow, y esperando oír en cualquier momento el estruendoso estallido de las cargas colocadas por el equipo de la Compañía de Operaciones Especiales, que provocaría la caída del viejo techo de piedra tras ellos. Delante, Snow y

Pendergast se habían detenido, y ella se acercó.

Snow se quitó la boquilla y, señalando hacia abajo, anunció:

—Descenderemos por aquí. Vaya con cuidado para no arañarse y, sobre todo, no trague nada. En la base de este túnel hay una tubería que lleva...

En ese momento sintieron —más que oírla— una vibración sobre sus cabezas, un retumbo grave y rítmico que alcanzó atronadora intensidad.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Smithback con voz entrecortada, aproximándose con D'Agosta—. ¿Las cargas?

—No —susurró Pendergast—. Escuchen: es un sonido continuo. Debe de haber empezado a desgajarse el Reservoir. Antes de tiempo.

Permanecieron inmóviles en el nauseabundo líquido, fascinados pese al peligro por el rugido de millones de litros de agua que descendían en dirección a ellos por el viejo laberinto de tuberías.

—Faltan treinta segundos para la detonación de las otras cargas —dijo Pendergast con calma, consultando su reloj.

Margo aguardó, intentando respirar acompasadamente. Sabía que si las cargas fallaban, morirían en cuestión de minutos.

El túnel comenzó a vibrar violentamente, agitándose la superficie del agua. Alrededor empezaron a llover fragmentos de mampostería y cemento. Snow se ajustó las gafas y echó un último vistazo al túnel. Después se hundió en el agua. Lo siguió Smithback, tirando de D'Agosta pese a sus protestas. Pendergast indicó a Margo que era su turno. Ella se sumergió en la oscuridad, tratando de guiarse por la tenue luz de la lámpara de Snow, que se adentraba en una tubería estrecha y oxidada. Vio que el torpe manoteo de D'Agosta se transformaba en movimientos más regulares a medida que se acostumbraba a respirar el aire de las botellas.

Avanzaron por un tramo recto y después doblaron dos recodos. Margo lanzó una fugaz mirada atrás para asegurarse de que Pendergast los seguía. A través del remolino anaranjado de aguas residuales, vio que el agente del FBI le señalaba que continuase.

El grupo se detuvo en una confluencia. La vieja tubería de hierro dio paso a otra de reluciente acero. Bajo sus pies, en el punto donde se cruzaban los túneles, distinguió un estrecho conducto descendente. Snow señaló al frente y después apuntó arriba con un dedo, indicando que el purgador que comunicaba con el colector lateral del West Side se hallaba justo enfrente.

De pronto se oyó un gran estruendo tras ellos, un sonido profundo y amenazador, extraordinariamente amplificado en aquel espacio reducido y lleno de agua. Siguieron varias detonaciones en rápida sucesión. Bajo el trémulo haz de luz de la lámpara, Margo vio los ojos desorbitados de Snow. Las últimas cargas habían estallado justo a tiempo, obstruyendo los desagües de la Buhardilla del Diablo, cerrándolos para siempre.

Mientras Snow señalaba desesperadamente hacia el purgador, Margo notó un repentino tirón en las piernas, como si un refluo de marea la arrastrase de regreso al punto de encuentro. La sensación desapareció tan súbitamente como había empezado, y alrededor el agua pareció adquirir una inusitada densidad. Por una décima de segundo tuvo la impresión de hallarse suspendida en el ojo de un huracán.

Instantes después los sacudió una violenta ráfaga de sobrepresión procedente del túnel de hierro situado detrás de ellos, un ciclón de agua lodosa que hizo temblar espasmódicamente el túnel. Margo se sintió zarandeada de pared a pared. Se le desprendió la boquilla y luchó por recuperarla en medio de la avalancha de sedimentos y burbujas que la envolvía. Se produjo otra ráfaga de sobrepresión, y esta vez Margo fue succionada por la tubería que se encontraba bajo sus pies. Luchó por volver a la confluencia, pero una horrible fuerza siguió atrayéndola hacia insondables profundidades. Se golpeó contra las paredes de la tubería, como un corcho arrastrado por la corriente. A lo lejos, en el débil resplandor de la lámpara de Snow, vio a Pendergast, que le tendía la mano, pequeña como la de una muñeca a aquella distancia. Notó otra ráfaga, y el estrecho túnel se desmoronó sobre su cabeza con un chirrido metálico. Sin dejar de oír el estruendo, se sintió caer y caer en una acuosa oscuridad.

Hayward trotaba por el Mall hacia el quiosco de música y Cherry Hill, acompañada por el agente Carlin. Pese a su corpulencia, corría ágilmente, con la elegancia de un atleta nato. Ni siquiera sudaba. Había permanecido imperturbable ante el enfrentamiento con los topos, los gases lacrimógenos, e incluso el caos que habían encontrado al regresar a la superficie.

Allí, en la oscuridad del parque, el ruido que antes les había parecido tan lejano era mucho más estridente, un extraño ululato con vida propia que arreciaba y disminuía continuamente. Se producían intermitentes destellos y llamaradas que teñían las nubes de color carmesí.

—¡Dios santo! —exclamó Carlin mientras corría—. Suena como un millón de personas intentando asesinarsen entre sí.

—Quizá sea eso —respondió Hayward, observando a un pelotón de la Guardia Nacional que marchaba a paso ligero hacia el norte frente a ellos.

Cruzaron el Bow Bridge y rodearon el Rumble, aproximándose a la retaguardia de las barreras policiales. En el Transverse había una larga e ininterrumpida fila de vehículos de los medios de información, con los motores al ralentí. Sobre las copas de los árboles flotaba un helicóptero de gruesa panza, batiendo el aire con sus aspas. Una hilera de policías acordonaba el jardín del castillo, y un teniente les indicó que pasasen. Seguida de Carlin, Hayward atravesó el jardín y subió por la escalera hacia la muralla. Allí, en medio de un torbellino de altos mandos de la policía, funcionarios municipales, miembros de la Guardia Nacional y hombres de aspecto nervioso con sus teléfonos móviles pegados al oído, se hallaba el jefe Horlocker, que parecía haber envejecido diez años desde la última vez que Hayward lo había visto, hacía apenas cuatro horas. Hablaba con una mujer menuda y bien vestida cercana a los sesenta años. O mejor dicho, escuchaba mientras la mujer hablaba con frases cortas y concluyentes. Hayward se acercó y reconoció a la mujer; era la líder de la plataforma Recuperemos Nuestra Ciudad, la madre de Pamela Wisher.

—... una atrocidad como nunca antes se había visto en esta ciudad —decía la señora Wisher—. Una docena de amigos míos está ahora en el hospital. ¿Y quién sabe cuántos de nuestros seguidores habrán resultado heridos? Le prometo, y prometo también al alcalde, que sobre esta ciudad va a caer una lluvia de demandas. ¡Una verdadera lluvia, jefe Horlocker!

—Señora Wisher —repuso Horlocker en un valiente intento—, según nuestros informes, han sido los elementos más jóvenes de su manifestación quienes han iniciado el alboroto...

Pero la señora Wisher no lo escuchaba.

—Y cuando esto termine —continuó—, y el parque y las calles queden limpios de la basura y los escombros que ahora la ensucian, nuestra organización

será más fuerte que nunca. Si el alcalde nos temía ya antes de esta noche, mañana nos temerá diez veces más. La muerte de mi hija fue la llama que prendió el fuego de nuestra causa; pero este vergonzoso ataque contra nuestras libertades y nuestra integridad física ha desatado un auténtico incendio. Y no vaya a creer que...

Hayward retrocedió, considerando que quizá aquel no era el mejor momento para abordar al jefe. Notó un tirón en la manga, y al volverse vio que Carlin la miraba. Sin hablar, señaló hacia el Great Lawn. Hayward echó un vistazo y se quedó estupefacta.

En la fresca noche veraniega, el Great Lawn se había convertido en un campo de batalla. Varias docenas de grupos pugnaban, acometían, se retiraban en una caótica escena. A la trémula luz de numerosas pequeñas fogatas encendidas en las papeleras del contorno se veía que la explanada, antes una hermosa alfombra de césped, se había convertido en un basurero. Entre la oscuridad y la inmundicia, era difícil determinar qué alborotadores eran mendigos y cuáles no. Al este y el oeste, se había formado una doble barrera de coches de policía con los faros enfocados hacia la escena. En un rincón, un gran grupo de manifestantes bien vestidos —los pocos representantes que quedaban de la élite del movimiento Recuperemos Nuestra Ciudad— retrocedía hacia el cordón policial, ya persuadido al parecer de que la oración de medianoche no tendría lugar. Pelotones de la policía y la Guardia Nacional avanzaban lentamente desde la periferia, disolviendo refriegas, blandiendo las porras, efectuando detenciones.

—¡Joder! —masculló Hayward con ferviente convicción—. ¡Qué desmadre!

Carlin, sorprendido, se volvió hacia ella y, llevándose la mano a la boca, manifestó su desaprobación con un carraspeo.

Tras ellos se produjo un repentino revuelo. Hayward se giró y vio alejarse a la señora Wisher con paso elegante y la cabeza en alto, acompañada de un séquito de criados y guardaespaldas. Horlocker parecía un púgil después de un mal combate a doce asaltos. Se reclinó contra la pared de color arena del castillo como si buscara apoyo.

—¿Han rociado ya el Reservoir con... en fin, como se llame? —preguntó por fin con la respiración entrecortada.

—Thyoxin —apuntó un hombre bien vestido que se hallaba de pie junto a un equipo de radio autónomo—. Sí, han terminado hace quince minutos.

Horlocker miró alrededor con los ojos hundidos en las cuencas.

—¿Por qué demonios no hemos tenido aún noticias? —Su mirada se posó en Hayward—. ¡Eh, usted! —bramó—. ¿Cómo se llama? ¿Harris?

Hayward se acercó.

—Hayward, señor.

—Da igual. —Horlocker se apartó de la pared con visible esfuerzo—. ¿Sabe

algo de D'Agosta?

—No, señor.

—¿Y del capitán Waxie?

—No, señor.

De pronto Horlocker se desplomó de nuevo contra la pared.

—Santo cielo —masculló, y consultó su reloj—. Faltan diez minutos para las doce. —Se volvió hacia un agente que tenía a su derecha y, señalando hacia el Great Lawn, preguntó—: ¿Por qué demonios no se ha resuelto eso todavía?

—Cuando intentamos rodearlos, se dispersan y reagrupan en otra parte. Y por lo visto ha llegado más gente, salvando el cordón policial por el extremo sur del parque. Es difícil sin gases lacrimógenos.

—¿Y por qué no los usan, pues? —inquirió Horlocker.

—Esas son sus órdenes, señor.

—¿Mis órdenes? Los amigos de esa Wisher se han ido ya, idiota. Utilice los gases. Inmediatamente.

—Sí, señor.

Se oyó una potente explosión, curiosamente amortiguada, como si se hubiese producido en el centro mismo de la tierra. De repente la vida volvió a los miembros de Horlocker. Saltó hacia adelante.

—¿Han oído eso? Son las cargas, las jodidas cargas.

Los agentes encargados de los diversos aparatos de comunicaciones respondieron con una salva de aplausos. Carlin miró a Hayward con expresión de perplejidad.

—¿Las cargas? —preguntó.

—Asombroso —dijo Hayward, encogiéndose de hombros—. ¿De qué se alegrarán tanto con el lío que hay montado?

Como por tácito acuerdo, los dos se volvieron hacia el Great Lawn. El espectáculo ejercía una incomprensible fascinación. Un estridente griterío se elevaba hacia ellos, una onda sonora de una fuerza casi física. Cada pocos segundos algún sonido sobresalía entre el clamor: un juramento, un alarido, un golpe de puño.

De pronto, al otro lado del Great Lawn, Hayward oyó una especie de suspiro, como si los cimientos de Manhattan empezasen a ceder. Al principio no consiguió localizar su procedencia. Luego advirtió que la superficie del Reservoir, generalmente quieta como una balsa de aceite, comenzaba a agitarse. Se formaron pequeñas olas de crestas blancas, y en el centro se inició un burbujeo.

En el centro de mando se hizo el silencio y todas las miradas se dirigieron al Reservoir.

—Olas —susurró Carlin—. En el Reservoir del Central Park. Increíble.

Se oyó un sonido gutural semejante a un eructo, seguido del estremecedor rugido de millones de litros de agua vertiéndose bajo Manhattan con

extraordinaria fuerza. En el Great Lawn, desde donde el Reservoir no era visible, continuaba la algarada. Pero bajo el clamor de los alborotadores Hayward oyó, o más bien sintió, el rumor ahogado de una corriente mientras el sinfín de galerías y olvidados túneles recibía la embestida del agua.

—¡Aún es pronto! —exclamó Horlocker.

Ante la mirada de Hayward, la superficie del Reservoir empezó a descender, primero despacio, luego más rápidamente. En el resplandor de los focos y las fogatas, vio la pared curva del interior del Reservoir, y el agua borboteando contra ella por efecto del gran remolino central.

—Párate —susurró Horlocker.

El nivel siguió bajando inexorablemente.

—Por favor, párate —repitió Horlocker, mirando fijamente hacia el norte.

El Reservoir se desaguaba cada vez más deprisa, y Hayward vio descender la superficie por momentos, revelando más y más pared. De pronto el rumor de agua pareció desvanecerse y disminuyó la turbulencia. El agua se calmó y el descenso se hizo más lento. En el centro de mando el silencio era absoluto.

Hayward observó con atención mientras en el extremo norte del Reservoir empezaba a entrar agua con un ligero burbujeo. En cuestión de segundos, el fino chorro inicial creció y creció hasta convertirse en un impetuoso torrente.

—Hijos de puta —susurró Horlocker—. Lo han conseguido.

Con las salidas inferiores obstruidas, el Reservoir dejó de desaguarse. No obstante, siguió entrando agua procedente de los acuíferos de la parte alta del estado. Con un incesante borboteo, el nivel del agua fue en aumento. El remolino originado en el extremo norte del Reservoir se expandió hasta que dio la impresión de que toda la masa de agua se estremecía por efecto de alguna presión subterránea. El agua subió y subió hasta que por fin, tras temblar su superficie por unos instantes a ras del muro de contención, se desbordó.

—¡Dios! —exclamó Carlin—. Me parece que van a darse un baño.

La enorme riada empezó a extenderse por la oscuridad del parque, ahogando los sonidos de la algarada con su atronador rugido. Paralizada, contemplando la imponente visión, Hayward creyó hallarse ante una enorme bañera que alguien había dejado rebosar. Observó avanzar el agua, arrasando montículos, arrastrando tierra entre los árboles. Era como un gran río, pensó, apacible, poco profundo, pero imparable. Y no cabía la menor duda de hacia dónde se dirigía: la hondonada del Great Lawn.

Se produjo un momento de irresistible suspense mientras los alborotadores que ocupaban la explanada que se extendía bajo las murallas del castillo permanecían ajenos a la inminente avenida de agua. De pronto la riada surgió de entre los árboles al norte del Great Lawn, una resplandeciente franja negra que se llevaba por delante palos, hierbas y basura. Cuando alcanzó la periferia de la multitud, el fragor de la pelea cambió de tono y volumen. Una súbita

incertidumbre asaltó a los alborotadores. Hayward vio a grupos de gente dispersarse, reunirse y volverse a dispersar. En unos segundos el agua cubrió todo el Great Lawn, y la ruidosa multitud corrió hacia los árboles, resbalando y chocando unos con otros en su desesperada huida hacia las salidas del parque.

Y el agua siguió avanzando, bordeando las pistas de béisbol, engullendo fogatas, derribando cubos de basura. Penetró en el teatro Delacorte con un ensordecedor gorgoteo, rodeó y finalmente devoró el Turtle Pond, y se arremolinó en torno a la base del propio Castillo de Belvedere, rompiendo contra las rocas con oscuros espumarajos. Por fin el rumor del agua empezó a decrecer. Cuando las aguas del lago recién creado se calmaron, se reflejaron en la superficie brillantes puntos de luz, cada vez más cuanto más quieta quedaba el agua, hasta parecer un inmenso espejo de estrellas.

El centro de mando permaneció en silencio aún por un largo momento, sobrecogido por el espectáculo. De pronto todos prorrumpieron en vítores, y las voces resonaron en las cámaras y torres del castillo, elevándose en el aire de la fresca noche veraniega.

—Ojalá mi padre hubiese podido verlo —comentó Hayward por encima del griterío, volviéndose a Carlin con una sonrisa en los labios—. Habría dicho que era como echar agua en una pelea de perros. Me juego lo que sea a que habría dicho eso.

El sol asomaba furtivamente sobre el Atlántico, y sus rayos lamían la costa arenosa de Long Island, se deslizaban sobre calas y puertos, pueblos y centros turísticos, evaporaban la humedad del asfalto. Más al oeste, el resplandeciente arco iluminaba las áreas cercanas de Nueva York, tiñendo brevemente de rosa pálido el gris amasijo de edificios. Siguiendo la eclíptica, los rayos herían las aguas del East River y luego bruñían las ventanas de diez mil edificios, convirtiéndolas en una efímera chispa, como si renovasen la ciudad con su luz y calor.

Bajo la tupida maraña de cables y vías de ferrocarril que cruzaban el estrecho canal conocido como río Humboldt, no penetraba la luz. Los bloques que se alzaban en las orillas, vacíos y grises como dientes cariados, eran demasiado numerosos y demasiado altos. A sus pies, la densa agua permanecía quieta, sin más movimiento que el temblor producido por los infrecuentes trenes que pasaban por el puente.

Mientras el sol seguía su inexorable curso hacia el oeste, un único rayo de luz atravesó oblicuamente el laberinto de madera y acero, rojo como la sangre al reflejarse en el hierro oxidado, tan repentino y penetrante como una herida de cuchillo. Se desvaneció tan deprisa como había aparecido, pero no sin antes iluminar una extraña visión: una figura enlodada y maltrecha, enroscada inmóvil sobre un estrecho saliente de ladrillo apenas a unos centímetros sobre el agua negra.

Volvieron la oscuridad y el silencio, y el fétido canal quedó de nuevo tan solitario como siempre. Al cabo de un momento su sueño se vio perturbado por segunda vez: un rumor grave sonó a lo lejos, se acercó en el gris amanecer, pasó por encima, siguió adelante y luego regresó. Y bajo ese rumor se oyó otro, aún más grave, más cercano. La superficie del canal se estremeció, como si volviese de mala gana a la vida.

En la proa del guardacostas se hallaba D'Agosta, rígido y alerta como un centinela.

—¡Allí está! —anunció a voz en grito, señalando a la oscura figura que yacía en el muro de contención. Se volvió hacia el piloto—. ¡Pida que retiren de ahí esos helicópteros! Agitan el agua y levantan los gases fétidos. Además, quizá tengamos que evacuarla en un helicóptero de los servicios médicos.

El piloto lanzó una ojeada a las altas y ruinosas fachadas y los puentes de acero, y una expresión de duda asomó a su rostro, pero no dijo nada.

Smithback corrió a la barandilla y miró hacia las sombras con los ojos entornados.

—¿Qué es este sitio? —preguntó, tirándose del cuello de la camisa para taparse la nariz.

—El río Humboldt —contestó D'Agosta lacónicamente. Se volvió hacia el piloto—. Acérquenos para que el médico le eche un vistazo.

Smithback se estiró y miró por encima de D'Agosta. Sabía que el teniente llevaba un traje marrón —siempre vestía trajes marrones—, pero en ese momento el color de la tela era irreconocible bajo la húmeda capa de barro, polvo, sangre y grasa. La brecha que tenía sobre el ojo era una irregular línea roja. Smithback vio al teniente enjugarse bruscamente la cara con la manga.

—Dios, que haya salido ileso —susurró D'Agosta.

La lancha se aproximó al muro de contención, y el piloto dejó el motor en punto muerto. Al instante D'Agosta y el médico saltaron al saliente y se inclinaron sobre la figura tendida en el suelo. Pendergast se quedó en la popa, callado, con una intensa expresión en su cara pálida.

De pronto Margo se despertó con una sacudida y miró alrededor parpadeando. Intentó incorporarse, pero lanzó un gemido y se llevó la mano a la cabeza.

—¡Margo! —dijo D'Agosta—. Soy el teniente D'Agosta.

—No se me mueva —aconsejó el médico, palpándole con suavidad el cuello.

Desoyendo su recomendación, Margo consiguió sentarse con considerable esfuerzo.

—¿Por qué han tardado tanto? —preguntó, y de repente la sacudió una tos ronca.

—¿Tiene algo roto? —preguntó el médico.

—Todo —respondió Margo con una mueca de dolor—. En realidad, la pierna izquierda, creo.

El médico se concentró en su pierna, cortando la pata de los vaqueros embarrados con mano diestra. Luego examinó por encima el resto de su cuerpo y dijo algo a D'Agosta.

—¡Está bien! —gritó D'Agosta—. Pida al helicóptero de los servicios médicos que se reúna con nosotros en el muelle.

—¿Y bien? —preguntó Margo—. ¿Dónde estaban?

—Nos ha desorientado una pista falsa —contestó Pendergast, ya a su lado—. Una de sus aletas ha aparecido en un depósito de sedimentación de la depuradora, en bastante mal estado. Nos temíamos... —Hizo una pausa—. En fin, hemos tardado un rato en decidirnos a comprobar todas las salidas secundarias del colector lateral del West Side.

—¿Tiene algo roto? —preguntó Smithback

—Quizá algún hueso pequeño del tobillo —respondió el médico—. Bajemos la camilla.

Margo irguió el tronco.

—Creo que puedo prescindir...

—Obedezca al médico —dijo D'Agosta, frunciendo el ceño paternalmente.

Cuando la lancha, por su propio impulso, se arrimó al húmedo muro de ladrillo, Smithback y el piloto bajaron la camilla. A continuación Smithback saltó al saliente y ayudó a Margo a colocarse en la estrecha lona. Tuvieron que subirla a bordo entre tres. D'Agosta brincó a la cubierta detrás de Smithback y el médico e hizo una seña al piloto.

—Sáquenos de aquí cuanto antes.

Los motores diesel retumbaron, y el guardacostas se apartó del muro y surcó las aguas del canal. Margo se tendió con cuidado, apoyando la cabeza en un flotador. Smithback le limpió la cara y las manos con una toalla húmeda.

—¡Qué gusto! —susurró ella.

—En diez minutos estaremos en tierra firme —anunció Pendergast, sentándose junto a Margo—. Y en otros diez la tendremos en una cama de hospital.

Margo abrió la boca para protestar, pero Pendergast la obligó a callar con la mirada.

—Nuestro amigo el agente Snow nos ha puesto al corriente sobre algunos de los organismos que se desarrollan en el río Humboldt —dijo Pendergast—. Y créame, no le vendrá mal un reconocimiento a fondo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Margo. Cerró los ojos y se dejó arrullar por la vibración de los motores.

—Eso depende —contestó Pendergast—. ¿Usted qué recuerda?

—Recuerdo que nos hemos separado —dijo Margo—. La explosión...

—La explosión la ha arrastrado a un túnel de desagüe —explicó Pendergast—. Con la ayuda de Snow, nosotros hemos subido por el purgador y salido finalmente al Hudson. Supongo que usted ha ido a parar al colector que desagua en el río Humboldt.

—Por lo visto, ha seguido el mismo camino por el que las lluvias arrastraron a aquellos dos cadáveres —añadió D'Agosta.

Margo pareció adormilarse. Al cabo de un momento volvió a mover los labios.

—Frock...

Pendergast se apresuró a tocarle los labios con las yemas de los dedos.

—Más tarde —dijo—. Tendremos tiempo de sobra.

Margo negó con la cabeza.

—¿Cómo pudo hacer una cosa así? —murmuró—. ¿Cómo pudo tomar esa droga, construir esa espeluznante cabaña?

—Resulta inquietante descubrir lo poco que uno conoce incluso a los amigos más íntimos —respondió Pendergast—. ¿Quién sabe qué deseos ocultos alimentan el fuego interior que los mantiene vivos? Era imposible imaginar hasta qué punto echaba en falta Frock la posibilidad de andar. Su arrogancia fue siempre obvia. Todos los grandes científicos son en extremo arrogantes. Debíó de

advertir que Kawakita había perfeccionado notablemente la droga a través de sucesivas etapas. Al fin y al cabo, la droga que consumió Kawakita era una versión posterior a la que había dado origen a los rugosos. Frock debía de sentirse muy seguro de su capacidad de corregir lo que Kawakita había pasado por alto. Intuyó las facultades curativas de la droga y explotó al límite esas facultades. Pero la versión final de la droga deformaba la mente mucho más de lo que sanaba el cuerpo. Y sus deseos más profundos, sus ansias más secretas, afloraron a la superficie, agrandados y distorsionados, y empezaron a regir sus actos. La cabaña es en sí la prueba última de esa degeneración. Quería ser dios... *su* dios, el dios de la evolución.

Margo hizo una mueca de consternación. Luego tomó aire, extendió los brazos a los costados y dejó que el balanceo de la lancha alejase aquellos pensamientos. Salieron de la Cloaca, atravesaron el Spuyten Dyvil, y los envolvió al aire limpio del Hudson. La débil luz del amanecer daba paso ya a un caluroso día de finales del verano. D'Agosta contempló en silencio la estela blanca del guardacostas.

Casualmente, Margo notó un bulto en su bolsillo. Metió la mano y sacó el sobre empapado que Mephisto le había entregado en el negro túnel no hacía muchas horas. Movida por la curiosidad, lo abrió. Contenia una breve nota, pero el mensaje había quedado reducido a borrones de tinta. La nota envolvía una fotografía en blanco y negro, deslavazada y arrugada. Mostraba a un niño en un patio polvoriento con una pequeña gorra de maquinista de tren, montado en un caballo de madera con ruedas. La cara regordeta sonreía a la cámara. Al fondo se veía una vieja caravana rodeada de cactus. Detrás de la caravana, a lo lejos, se alzaban unas montañas. Margo contempló por un momento la fotografía, viendo en aquella cara pequeña y feliz el espectro del hombre en que se convertiría. Volvió a guardarse con cuidado la fotografía y el sobre en el bolsillo.

—¿Qué ha pasado con el Reservoir?—preguntó a Pendergast en voz baja.

—El nivel no ha variado en las últimas seis horas —contestó Pendergast—. Por lo visto, el agua ha quedado embalsada.

—Así que lo hemos conseguido.

Pendergast no respondió.

—¿No?—insistió Margo, alarmada.

Pendergast desvió la vista.

—Eso parece —dijo por fin.

—Entonces ¿cuál es el problema? No está seguro, ¿no?

Pendergast se volvió hacia ella, mirándola a la cara con sus ojos claros.

—Con un poco de suerte, los túneles desplomados habrán resistido y no se habrán producido filtraciones. En unas veinticuatro horas, el thyoxin habrá destruido las plantas. Pero no existe una total seguridad, al menos todavía.

—¿Y cómo llegaremos a saberlo?—preguntó Margo.

D'Agosta sonrió.

—Les propongo una cosa. Dentro de un año iré al Mercer's de South Street y pediré un buen filete de pez espada. Y si no me vuelvo loco, quizá entonces podamos respirar tranquilos.

En ese momento el sol asomó sobre Washington Heights, tiñendo el agua oscura del color del oro batido. Smithback, que secaba la cara a Margo, desvió la mirada y contempló la escena: los altos edificios del centro envueltos en destellos rojos y dorados, el puente George Washington bañado de luz plateada.

—Yo personalmente —dijo Pendergast despacio— pienso también evitar los *frutti del mare* en el futuro inmediato.

Margo lo miró, intentando detectar un ánimo de broma en su expresión. Pero Pendergast permanecía imperturbable.

Finalmente Margo se limitó a asentir con la cabeza.

Y por último...

La plataforma Recuperemos Nuestra Ciudad no organizó ninguna concentración más. A la señora Wisher se le concedió un puesto honorario en el ayuntamiento como enlace con la comunidad, y al año siguiente, al salir elegido un nuevo alcalde, colaboró estrechamente con él para fomentar la conciencia ciudadana. En la calle 53 Este se dedicó un pequeño parque a la memoria de Pamela Wisher.

Laura Hayward rechazó un ascenso, optando por abandonar el Departamento de Policía para terminar sus estudios de posgrado en la Universidad de Nueva York.

El vívido relato de Bill Smithback sobre los acontecimientos de aquella noche permaneció varios meses en las listas de libros más vendidos, pese a la profunda criba previa a la publicación llevada a cabo por funcionarios del gobierno bajo la supervisión del agente especial Pendergast. Al final, Margo convenció a Smithback—o mejor dicho, lo *obligó* con amenazas— de que donase la mitad de sus ganancias a diversos centros de acogida de mendigos y organizaciones benéficas.

Un año después de la inundación de los túneles Astor, Pendergast, D'Agosta y Margo Green se reunieron a almorzar en una famosa marisquería cercana al South Street Seaport. Aunque se desconoce el contenido de su conversación, cuando salieron del restaurante el teniente D'Agosta exhibía una amplia sonrisa, al parecer de alivio.

Nota de los autores

Si bien los acontecimientos y personajes descritos en esta novela son ficticios, muchos de los escenarios subterráneos y su población son verídicos. Se ha calculado que cinco mil o más personas sin hogar viven en el laberinto de vías subterráneas, túneles de metro, antiguas conducciones de agua, viejas minas de carbón, cloacas, estaciones y salas de espera abandonadas, gasoductos no utilizados, viejas salas de máquinas y otros espacios existentes bajo Manhattan. Sólo la Grand Central Station tiene siete niveles de túneles, y en algunos lugares las obras subterráneas alcanzan una profundidad de treinta plantas. Los túneles Astor, con sus elegantes estaciones desmoronándose por momentos, existen realmente, a menor escala y con un nombre distinto. No se dispone de planos completos del Manhattan subterráneo. Es en efecto un territorio peligroso e inexplorado.

Buena parte de lo que se narra sobre las personas sin hogar que viven bajo tierra —o «topos»— es cierto. (Algunos prefieren que se los llame personas «sin casa», ya que consideran su hogar los espacios subterráneos). En muchas zonas subterráneas, las personas sin hogar se han organizado en comunidades con nombres tales como «Carretera de Birmania» o «Los Bloques», gobernadas por «alcaldes» electos. Algunos de los topos que pertenecen a estas comunidades no salen a la superficie durante semanas o meses —o incluso más—, y sus ojos se adaptan a niveles de luz muy bajos. Se alimentan de la comida que los «mensajeros» bajan de la superficie, complementada a veces con «conejo de vía», como se ha descrito en el libro. Al menos una de dichas comunidades cuenta con una maestra a tiempo parcial, ya que bajo tierra viven también niños, a menudo llevados allí por sus madres para evitar que el Estado les retire la custodia y los dé en adopción. Los topos se comunican en la oscuridad a largas distancias mediante golpes en las tuberías. Y por último, hay personas sin hogar que afirman haber visto una fabulosa sala de espera en ruinas del siglo XIX, con espejos y azulejos en las paredes, una fuente, un piano de cola y una gran araña de cristal, similar a la que se describe en *El Relicario*.

Conviene asimismo advertir que en otros aspectos importantes los autores han alterado, eliminado o adornado lo que existe bajo Manhattan en interés de la narración.

En opinión de los autores, no sería mucho pedir, a un país rico como el nuestro, que se ofreciese a las personas sin hogar instaladas en los subterráneos asistencia médica, ayuda psiquiátrica, cobijo y respeto, derechos básicos de todos los seres humanos en una sociedad civilizada.

Los autores deben mucho al libro *The Mole People*, de Jennifer Toth. Instamos a leer este excelente, estimulante y a veces aterrador libro a todos aquellos lectores interesados en conocer una visión objetiva de la *subterra*

incognita de Manhattan.



DOUGLAS PRESTON y LINCOLN CHILD son, hasta la fecha, coautores de diecisiete novelas. Cada uno de ellos también escribe novelas de gran éxito por separado. Viven a casi tres mil kilómetros el uno del otro y escriben juntos con la ayuda de internet, el fax y el teléfono.

DOUGLAS PRESTON, que además de escritor es también editor, nació en Cambridge, Massachussets, el 26 de mayo de 1956. Es conocido, sobre todo, por su labor conjunta con LINCOLN CHILD, escribiendo obras de terror o del tipo “tecnico-thriller”. PRESTON se licenció en el Pomona College de Claremont, en California. Comenzó a escribir en colaboración con el Museo de Historia Natural Americano, como escritor y editor, siendo en la misma época (de 1978 a 1985) columnista para la revista *Natural History* y editor del *Curator*. Posteriormente siguió colaborando con otros medios, escribiendo para publicaciones como *New Yorker*, el *Smithsonian*, *Harper's* y *National Geographic*. En 1986 se trasladó a Nuevo Méjico y se dedicó a recorrer a caballo diversas sendas investigando varios hechos históricos, lo que sirvió de base de muchos de sus libros.

LINCOLN CHILD es analista de sistemas, además de escritor, y fue también editor. Nació en Westport, Connecticut, en 1957. Conocido sobre todo por sus obras escritas en colaboración con DOUGLAS PRESTON, CHILD comenzó a escribir siendo aún un niño. Se licenció en Literatura Inglesa en Carleton College, en Minnesota. En 1979 consiguió un empleo menor en la prestigiosa editorial *St. Martin's Press*, y fue escalando puestos hasta convertirse en editor, fundando su sección de terror. Finalmente abandonó el mundo editorial para trabajar como

analista de sistemas en MetLife. Al dejar atrás la edición y concentrarse en algo totalmente diferente, Child empezó a echar de menos los libros y retomó la escritura, publicando su primera novela junto a PRESTON, *The Relic*, la cual fue adaptada y llevada al cine bajo la dirección de Peter Hyams.

Notas

[1] Students for a Democratic Society, organización estudiantil surgida en Estados Unidos a mediados de los años sesenta, contraria a la política beligerante del gobierno en el conflicto vietnamita. (N. del T). <<

[2] Paráfrasis de una frase de la obra: *Hamlet*, de Sir William Shakespeare. (N. del T). <<

[3] Frase de la obra: *Enrique IV*, de Sir William Shakespeare. (N. del T). <<